This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

US 10008.2

Harvard College Library

FROM

Direccion General de Estadistica, Uruguay.

Luis Alberto de Herrera

Desde Wáshington

Correspondencias enviadas á "El Día"

DESDE WASHINGTON

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA
URUGUAY

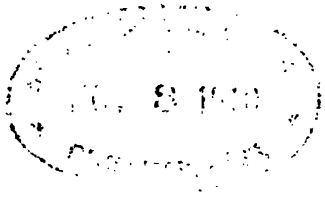
CORRESPONDENCIAS ENVIADAS Á "EL DIA"

POR

LUIS ALBERTO DE HERRERA

MONTEVIDEO
1903

~~15352,13~~
US10008.2



Dirección General de Estadística,
Uruguay.

BOUND MAY 11 1917

A mi madre.

FE DE BAUTISMO

El origen de este libro es el siguiente:

En vísperas de partir para Norte América, y de manera casi incidental, prometí á uno de los redactores del diario montevideano *El Día*, enviarle mis impresiones de viaje, aceptando así la generosa hospitalidad que se ofrecía á mi colaboración honoraria.

Yo mismo nunca pensé cumplir al pié de la letra, como lo hice después, un compromiso contraido tan expontaneamente; pero cuando me incorporé al nuevo escenario á que me lanzaba un capricho acariciador de mi destino, abrumado por la grandeza multiforme de la sociedad que visitaba, me penetré de que importaba incurrir en desidia imperdonable no reflejar en carillas manuscritas las esplendentes enseñanzas que desfilaban atropelladas ante mis ojos. Al placer intelectual de dedicar alguna pequeña parte de mis descansos á tareas de cronista se agregó, pues, el empuje de un deber laborioso.

Diez y ocho meses permanecí en Estados Unidos y México al frente de nuestra Legación, en calidad de Encargado de Negocios. Las dos docenas de correspondencias que escribí en ese lapso de tiempo sirven de índice á mis largas semanas de ausencia. Ellas alcanzan para llenar un volumen. Por eso las lanzo hermanadas á la publicidad. Las presento sin afeites especiales: el material que sigue es el mismo que ya apareció en las columnas de *El Día*, con idénticos títulos, sin mayor pulimiento y descascarado á medias. Al

leer mis crónicas recuérdese, entonces, que ellas fueron escritas sobre el tambor, para la prensa—que exige graficismo y claridad—y sin otras pretensiones que las que puede sustentar un espíritu apasionado por lo bello y por lo bueno.

En consecuencia, no me lastima que se discuta la forma de mis párrafos, unas veces demasiado originales por la expontaneidad de sus descripciones pintorescas; otras, matizados de comparaciones raras; aquí, difusos, en el desarrollo de los temas; allá, desordenados en su eslabonamiento sucesivo.

Otra cosa digo del fondo. Siento cariño por las ideas que vertí, pues ellas fueron seleccionadas entre las mejores que soy capaz de pulsar y expuestas teniendo siempre clavada en la mente la obsesión del bien de mi país. La patria, como los grandes cultos, no reniega del concurso infinitesimal de los humildes.

Precedo la publicación de las correspondencias de un artículo que escribí, antes de partir, para disputar el premio en unos Juegos Florales—que no sé porqué jamás se realizaron,—en mérito á que esa producción de crítica docente y de rápida filosofía social es luego confirmada por las impresiones posteriores de que soy deudor á esa maravillosa democracia del Norte, que influencia tan decisiva ha ejercido en mis ideas y en mis gustos. La teoría proclamada en el referido artículo encuentra sanción consumada en las crónicas, repletas de realidad, que le siguen.

Sinceridad de mi parte, indulgencia de la vuestra, y á la cuestión.

Luis Alberto de Herrera.

Ventajas é inconvenientes en nuestro país del aumento del número de personas que adquieren título para ejercer profesiones liberales

Trabajo presentado á los Juegos Florales que hubieron de realizarse en Montevideo el 25 de Mayo de 1901.

I

El tema propuesto por la Universidad Mayor de la República para ser desarrollado en éste certámen, que versa sobre las ventajas é inconvenientes, en nuestro país, del aumento del número de personas que adquieren título para ejercer profesiones liberales, posee todo el interés y toda la vigorosa actualidad de los asuntos más palpitantes.

Para abonarlo así y sin ocurrir á argumentos irrecusables de índole local, bastará recordar que en el día el mundo civilizado, mordido en sus entrañas de gigante por raras y nerviosas agitaciones, se revuelve incierto, preguntándose cómo deberá ser amamantado el espíritu de las generaciones venideras y qué fórmula de educación pública conviene mejor al porvenir de las naciones.

Un rumor de tormenta parte de las nuevas y de las viejas sociedades. El siglo ya inaugurado será siglo de combate y de todos los rumbos llegan los écos de un gran crujido.

La propaganda tenáz de la prensa, que ilumina con llamaradas de incendio; el avance incesante de las nuevas ideas, vencedoras al través de los mares; la mayor holgura de las

clases humildes; el derecho, paseado en andas por la libertad, que tiene pedestal de granito en las conciencias ya iluminadas; las concitaciones trájicas de los tribunos; sus arengas y sus impulsos, unidos éstos con mil elementos más de regeneración, han creado un nuevo orden de cosas en el campo de las ideas, que ya exije impaciente su confirmación victoriosa en el campo de los hechos.

Es el legado trascendental de la Revolución Francesa, cuyo cobro hoy se hace efectivo sin perdonar los intereses centenarios acumulados; es el cúmplase puesto por la voluntad humana, orgánicamente libre, á los decretos universales y á las conquistas férreas de un pasado de gladiadores; es el espíritu nuevo que desata y rompe ligaduras; es el santo anhelo igualitario que tuvo su primer apóstol en Jesús, el más grande de los filósofos socialistas; es el pueblo, que ya no lleva cataratas en los ojos,—pues sabe leer y escribir,—golpeando en el hombro á todos los absolutismos que se agitan azorados como si estuvieran en presencia de los signos fatídicos de Baltazar.

¿Cómo se detiene este choque de preliminares apocalípticos? ¿Qué dique resistirá á las aguas embravecidas que avanzan arrolladoras, como una enorme marea? Esta profunda interrogación barrena á todos los cerebros pensadores y constituye por si sola la gran ansiedad de la época presente.

Sintetizando, á fin de no perder el hilo del asunto, necesario es decir que los más eminentes hombres de Estado coinciden en afirmar que sólo la educación, razonada y armónica, podrá apagar esta inmensa sed de justicia y de luz que atormenta al orbe que, de otro modo, abandonado al capricho de exasperaciones terribles, ya dibujadas, nos amenaza con la perspectiva de catástrofes aterradoras cuando el destino y la historia quieren ponernos en presencia de un sublime y salvador alumbramiento! Pero, para acercarnos lógicamente al tema que trataremos, conviene señalar el distinto aspecto que ofrece la lucha apuntada en Europa y en América.

Allá, las brutales exijencias del interés internacional, que obliga á las muchedumbres á vivir la mitad de su vida en la

esclavitud militar, el hacinamiento de las clases laborantes en espantosa promiscuidad social y la mala retribución del trabajo humilde, ensangrentado por la competencia, prestan causa á protestas de reivindicación clamorosa y á las más frenéticas propagandas disolventes. Max Nordau, Leon Tolstoi, Bebel, se dán la mano, sin cuidarse de las fronteras, en ésta campaña justa pero de consecuencias formidables y asustadoras.

El mundo viejo quiere su redención y, para alcanzarla, deberá pulverizar, destruir... por eso... porque es *viejo*. Aventuramos ¿es aquella una fosa que se cierra? Aquí, en éste hemisferio virginal, sobra espacio para todas las actividades y consuelo para todos los dolores humanos; aquí, la tierra, cuyos senos tienen las opulencias espléndidas de la juventud, rinde ciento por uno; aquí, ni se oye ruido de cadenas, ni hay plebes que pidan pan, obligadas por cóleras hambrientas, ni se coartan las libertades colectivas.

De ahí que las voces grandilocuentes de los hijos ilustres de ésta parte del globo se abracen en un himno de confraternidad y de incitación al trabajo.

El mundo nuevo quiere su grandeza y, para alcanzarla, deberá crear, construir... por eso... porque es *nuevo*. Preguntamos ahora, ¿es ésta una cuna que se abre?

Con lujo de concisión queda establecido así el diferente carácter y el diferente propósito de la educación en uno y en otro continente. Europa, organismo que cede, obligada por las multitudes busca escudo, para evitar un derrumbe total, en la enseñanza difundida y liberalizada. América, organismo que se afirma, en pleno período plástico, obliga á sus multitudes á aprender y ella lo quiere así, para fundar su posteridad purificada.

Nuestro ambiente continental, limpio de prejuicios caducos, en su insondable diafanidad ostenta la bandera del porvenir pacífico, grande, luminoso de la América.

Ese porvenir será resultado directo de la educación pública, mensajera por valles y por montañas del catecismo de la libertad y del derecho que ciñen, cual ramas de laurel, la frente esplendorosa de las instituciones democráticas.

II

El tema presentado por la Universidad Nacional plantea decididamente el problema de la Instrucción Secundaria.

Para proceder con método y entrando de lleno á la cuestión apuntaremos, por su órden, las ventajas y los inconvenientes de la producción universitaria que, abultada, también puede engendrar en este país *el proletariado de los bachilleres.*

Enseguida abriremos juicio rápido sobre la mejor manera de aumentar aquellas y de disminuir éstos, siendo esa, con seguridad, la parte mas útil del trabajo emprendido por el hecho de recojer toda la filosofía de nuestras modestas observaciones.

Ventaja positiva existe en aumentar el número de las personas de altos conocimientos; en obtener para las lides de la ciencia apóstoles caracterizados que luego serán misioneros de nuestro prestigio y de nuestra fuerza; en sellar esos balances anuales de la intelectualidad nacional llenando los vacíos obligados que dejan los veteranos del saber, caídos en la dura brega, con suplentes guapos y fornidos capaces de heredar con honor el pesado lote de responsabilidades técnicas; en hacer ingenieros, médicos, abogados nuestros; en arrojar semilla de luces en el surco de la inteligencia nativa; en devolver á la campaña, convertidos en hombres, más aún, en hombres de superior provecho, á los jóvenes que ella envía á la metrópoli en demanda de pan espiritual bien amasado; en formar caracteres y nutrir talentos que nos honren en el extrangero; en clavar el nombre de la patria á la altura de su legendaria bandera dándole hijos sábios, inventores y obreros de vuelo; en preparar ciudadanos que sepan morir defendiendo lo justo, porque á querer lo justo aprendieron en los claustros; en que surjan narradores brillantes de nuestras tradiciones heróicas; en que haya poetas de estro de oro; en que los orientales sean espartanos por su pasión austera y atenienses por la intensidad de su genio latino.

Y es la Universidad, con su labor única é incesante, quien

asegura á la patria la no extinción de todas esas razas del esfuerzo y del talento que tienen la resistencia del haz romano.

Desde hace años el país sufre la falta de elementos dirijentes y sin embargo, hay intereses importantísimos que tutelar, múltiples y beneficiosos ministerios que cumplir.

Mejor que nada acredita la veracidad de este aserto la circunstancia de estar las funciones del alto profesorado y de la más elevada alcurnia social entregadas á manos extranjeras.

La Facultad de Medicina, á pesar de ser febril en sus tareas, no llena aún con su producción titulada, las exijencias de la salud nacional. Si en la capital ya empiezan los médicos á incomodarse los unos á los otros, en cambio, los centros urbanos del interior carecen de ellos entregándose, en consecuencia, al peligro y al ridículo de los tratamientos más desautorizados.

La Facultad de Matemáticas, de creación moderna, ha cumplido brillantemente su misión. Por lo demás, su rendimiento no nos sobra ni nos atosiga, pues apenas el gobierno ha dirijido en sentido alabado sus iniciativas en el asunto de vialidad, creando las Inspecciones Técnicas Regionales, han tenido colocación en el servicio público, sin dar abasto su número actual, todos los noveles ingenieros.

¿Hay exceso de abogados? El consenso vulgar así lo dice. Sin embargo, tampoco ocurre tal. Los abogados orientales no alcanzan á dos centenares, y si parece que ellos superabundan, es simplemente porque, en mérito á nuestras contradicciones, las funciones legales, los delicadísimos cargos de la justicia menor—que tanto representa—han sido confiados á personas sin conocimientos jurídicos algunos. El día en que se sancione la reforma de la Administración de Justicia, ya planeada, no habrá letrados bastantes para ocupar las vacantes que se producirán.

De manera que estos comentarios notorios que renuevo, permiten destruir, desde ya, esa voz que da en suponer á las aulas en una porfiada fabricación de titulados sin razón de ser y sin puesto que ocupar.

Avanzando en el exámen ¿acaso el Estado que educa no

ha sentido y no siente el supremo é inefable placer que embarga á los padres en presencia de los triunfos intelectuales de sus hijos y que los transporta de júbilo, al punto de olvidar todos los disgustos, todas las contrariedades, todos los sacrificios que han debido hacer para colocarlos á tan distinguida altura?

La compensación en el favor se palpa. No son ciertamente los éxitos guerreros, oscuros y sangrientos, los que han enaltecido el nombre de la República. Han sido, sí, sus hombres de lustre, sus reputaciones acrisoladas, sus varones, fuertes como el corazón de la palma, quienes fundaron su notoriedad hermosa y sus méritos, arrojando flores y virtudes y talentos á sus plantas, aún en los días negros en que ella creyó morir bajo el filo cruel de la tuberculosis política.....!

Los heraldos salidos de la Universidad, que es frágua, han escrito esas nobles páginas.

Aquellos que repudian la producción titulada exajeran las situaciones, suponiendo que muy en breve no tendremos escenario que ofrecer á los graduados.

Quienes se expresan en términos tales ignoran la capacidad activa del país, que aún está por ser poblado, pues es todavía un inmenso hogar vacío comparativamente á las sociedades europeas, y olvidan que la campaña ofrece tan ancho campo como los centros urbanos á los voluntarios del trabajo profesional.

Considero que el sistema de educación superior vigente no es el más verdadero, á pesar de su indiscutible brillo erudito—como trataré de demostrarlo al coronar este juicio crítico—pero también pienso que sus imperfecciones no llegan al extremo de quitar utilidad á una función social de energías bienhechoras.

Se presta desahogo á un justificado orgullo manifestando que nuestros claustros, tal vez los más concienzudos, ya que no los más ruidosos del continente, son talleres muy avanzados que en nada desmerecen de las elevadas exigencias de la época.

Entonces el reproche que á ellos puede dirigirse alcanza con idéntico vigor á todos los establecimientos semejantes

del hemisferio, pues las trascendentales reformas impuestas por la novísima enseñanza recién empiezan á querer cuajar en las naciones de habla castellana.

El sabio español, doctor Santiago de Alba, afirma que: «el fracaso de las universidades, de los institutos y de las academias peninsulares es total y definitivo».

Pues de nuestras aulas, con ser ellas tan juveniles en edad, no podría decirse tanto, aunque el tiempo y la experiencia en casa agena, que ya empieza á ser muy sugestiva, determinarán seguramente en lo futuro importantes modificaciones.

En conjunto y dentro de lo existente persistimos en aplaudir el funcionamiento de nuestro primer centro que anualmente regala á la nación decenas de ciudadanos de buen temple científico, de ciudadanos que podrán luchar con dificultades positivas para encontrar su composición de lugar en la colmena social, pero que, de cualquier modo, serán elementos perdurables de cultura y de constante refinamiento público.

¿Cuáles son los defectos imputables á nuestra enseñanza universitaria y qué inconvenientes produce ese rendimiento titulado que acabamos de señalar?

Con mayor facilidad podremos caracterizar la faz perniciosa del sistema y al hacerlo así no incurrimos en contradicción, pues si bien cabe encontrar poderosos prestigios en los contingentes aportados á la lucha y á la labor, también, bajo distinto aspecto, hallaremos coyuntura holgada para hacer su crítica.

Ante todo, nadie ignora que el problema de la educación es igualmente un problema social y un problema económico. La dirección de las preferencias profesionales obedece, por encima del capricho individual, á inspiraciones de órden público, por una parte, y por otra, cualquier error entre la oferta universitaria y la demanda de los servicios sociales, engendra un profundo malestar que, entre nosotros, tiene dolorosas repercusiones de indole política.

No volvemos de lo que afirmamos con anterioridad en cuanto á que aquí aun no se ha producido, y ello tardará

tiempo en suceder, el abarrotamiento temido de elementos graduados sin campo decoroso de acción laborante.

Pero ocurre que los titulados, en virtud del concepto erróneo que de su porvenir se forjan al calor de estudios platónicos, en eterno diálogo con el ideal que, bien lo sabemos, con dificultad fija domicilio en la tierra, concluyen la jornada convencidos de que la carrera, vestida con la gasa de media docena de éxitos parciales en la clase, será piedra de toque para resolver las agudas contrariedades del mundo.

Quienes á los quince años han discutido, muy sueltos de cuerpo, sobre la bondad y el alcance de las doctrinas cristianas llenando los salones con el eco de párrafos, si no valiosos por lo menos sonoros; y han encontrado luego una sonrisa de apoyo admirativo en el catedrático; y antes de ser bachilleres ya se permiten abrigar largas aspiraciones; y, á lo mejor, exhaustos de fuerzas y de voluntad, empiezan á rendir exámenes realizando la maravilla, que después resultará tan cara, de prepararse en dos semanas; quienes así ascienden la pesada escalera, cansados, sin apego, con ilimitada vanidad, sufren el más desconsolador é inesperado de los contrastes cuando un buen día, chanceladas las cuentas de lirismos y de mágicas profesías, la madre Universidad los coloca—ya doctores—frente á todas las realidades adversas de la existencia.

¿Qué hacer? ¿A donde dirijirse? ¿Por quién preguntar? ¡Insoluble tortura! En vano el joven diplomado intentará moverse: ni los demás confían en él—lo que resulta natural—ni él mismo se tiene fé, esa fé modesta y fuerte que hace un atleta de un enano y que constituye, bien adobada desde la infancia, un precioso amuleto.

Nuestro estudiante es víctima—tarde lo comprende—de aquellas falsas nociones que de la realidad le brindaron allá en las aulas, cuando se mecía dulcemente al calor de las más seductoras concepciones doctrinales.

Como á las mujeres hermosas, á él lo marcaron multiplicándole elogios, justificados en su orijen, pero siempre y de cualquier modo nocivos á los espíritus inexpertos, como pue-

de serlo una copa de vino generoso que desmoraliza cuando no se tiene el hábito de beber.

La extrema duración de los cursos,—que median entre diez y doce años—concurre á fundar cálculos errados, pues cuesta creer que después de un empeño tan extendido y tan enciclopédico pueda exigir esfuerzos extraordinarios, abrirse una senda.

El profesor Max-Leclerc, en quien el gobierno francés delegó la tarea de hacer un estudio detenido de la organización de los institutos británicos, para trasplantarla al territorio de la gran República, encuentra uno de los motivos eficientes de la superioridad de la enseñanza inglesa en el hecho de que, «los maestros de esa nacionalidad nunca han olvidado que tenían que hacer hombres».

¡Hacer hombres! Hé ahí la frase que condensa la consigna triunfadora de los sajones.

La extensión enorme de las carreras, engendra, á menudo, cansancios mentales aplastadores, pues la inteligencia no soporta impunemente el suplicio de Sísifo. Se resiente, sufre, se gasta, como la piedra de afilar, cuando se la tira y derrocha en pruebas abrumadoras. Citada con naturalidad ella concurre, galana y expontánea al principio, y abre sus entrañas luminosas al agasajo del estudio, como las flores primaverales sus pétalos á los besos acariciadores del rocío. En plena robustez, continúa respondiendo al porfiado reclamo hasta que, agobiada por el esfuerzo, castigada por los insomnios febricientes sobre el libro,—que son la vanguardia de todas las plagas neurasténicas,—cae rendida, para despertar indecisa, á ratos, al conjuro inhumano de los estimulantes.

Algunos llegan á la meta ignorándose mártires; otros se van quedando silenciosos en el camino, de la misma manera que en las noches de marchas forzadas, suavemente conquistados por la fatiga, se rezagan de las columnas militares los menos resistentes, aún en la certeza de que esos desfallecimientos pueden costar la vida! ¿Para qué arrastrarse más si la máquina no tiene ya alientos?

Los últimos, pues, forman en el número de los fracasados. Jóvenes buenos, capaces, competentes, que vencidos en la

primera empresa, gracias «á la enseñanza moderna que no es ni carne ni pescado, ni ordinaria ni de cuaresma», como dice ocurrentemente Blondel, pasan á figurar en las listas pasivas, inválidos de veinte años! Allí quedarán esperando ser favorecidos con un premio de la Lotería de la Caridad, ó con un partido matrimonial ventajoso, que es menos premio que caridad.

Estamos entonces en presencia de unidades desorientadas que, mitad descontentas de sí mismas y mitad descontentas del Estado, que las sacrificó estérilmente,—en ambos casos asistidas de razón—se pasarán los días en perpétua protesta y displicencia.

En efecto, Fouillée constata en su esclarecido estudio sobre el temperamento y el carácter, que existe íntima relación entre las sensaciones trasmitidas por el «gran simpático» y el aspecto exterior del bienestar en los individuos; al punto de poder afirmarse que «quien digiere mal es gruñón y que el atacado de una enfermedad al corazón parece presa de una continua ansiedad».

Análogamente, la agitada situación interna de personas sujetas á mil contrariedades pequeñas, que para nada se creen aptas, pues si no son titulados tampoco dejan de serlo, desocupados y holgazanes contra su voluntad—se hace incompatible con la alegría individual que es, según Goethe, «la fuente de todas las virtudes», y nada sino decepciones y mal humor puede esperarse de lidiadores acobardados antes de entrar en pelea.

Pero, por lo general, la situación de muchos graduados en la Facultad de Ciencias Sociales no es mejor que la de éstos vencidos. Recién en proyecto la reforma judiciaria, que á tantos abogados daría ubicación, al presente los horizontes no clarean. Solo resta esperar, para tejer el primer desencanto grande, con la filosofía india del ciego que tiende al azar su sombrero confiando en la expontánea piedad de los transeuntes.

Los meses corren y la princesa soñada no comparece, y las exijencias de la vida apremian, y, el que menos, tiene imperiosos compromisos de afectos que cumplir, y éstas y otras

obligaciones más prosáicas ya no permiten nuevas prórrogas.

Entonces abre cariñosa sus brazos la política — cuidado con sus halagos! — y así, del día á la mañana, y tras breve cálculo de probabilidades, surje un flamante tribuno partidario que, maldiciendo de las ilusiones principistas ganadas en la Universidad, tira á la calle, por inútiles, los más preciosos atavíos de las conciencias honradas.

¿A la muchedumbre se la compra, como á los niños, con mimos y adulaciones? pues, á conquistar su aplauso, que todos los medios resultan buenos! Desde esa fecha hay un nuevo intransigente y la máscara de los llamados «ódios tradicionales» cubrirá el rostro deslavado de otro más.

Más tarde se pagan tantas apostasías con una banca legislativa y por esas veleidades raras de los acontecimientos enemos en el desertor de la llanura que, ya encumbrado, mpieza á hacer farsa altiva, á un heraldo de los derechos omunes que el pueblo, siempre flaco de memoria, llamará sinteresado!

Nuestra errada educación secundaria engendra pues, no tan irectamente como puede suponerse, graves corrupciones cías y electorales.

Ahí no se detienen sus inconvenientes. Al enumerar los eficios de la enseñanza superior, incorporamos á ellos la paración técnica que adquieren bajo su ancha sombra hos hijos de la campaña — tan necesitada de ilustraciones evueltos por la metrópoli al hogar con nutrido y brillanagaje intelectual.

ero, agreguemos ahora, que, á ser otro el método docente ís inmediatas á la utilidad práctica sus tendencias, la ia apuntada crecería en importancia.

efecto, historiemos *el caso* común para hacer luego su ntario clínico. Él se presenta, en noventa y cinco ejemsobre cien, en la persona del hijo de un hacendado nto que, entregado con alma y vida á la marcación de y á especulaciones jugosísimas sobre haciendas — que osa no ha hecho desde que abrió los ojos — solo ansorber la propiedad del vecino, pues, en el alambrado muere el horizonte de sus aspiraciones individuales.

Tocado por extrañas fascinaciones, queriendo para su prole lo que él nunca tuvo, el fuerte estanciero resuelve un día sacrificarse y envía á uno de sus varones á Montevideo, con la misma facilidad y despreocupación con que remite una partida de cueros vacunos al consignatario amigo. Su afán es convertir en un «doctor» al mozo para así redondear los poderosos prestigios locales del apellido.

Enojoso sería seguir en su evolución al fruto silvestre importado. Con rapidez asombrosa el nuevo estudiante cambia de cáscara y de aficiones y conquistado por todos los refinados atractivos de la gran ciudad, que tan mal parada dejan la memoria de la casa paterna—que es un bajo relieve de encantadora austeridad campesina—concluye por identificarse con el medio artificial donde un día se le arrojó contra su voluntad.

Corren los años, y al fin, al precio de una fortuna despilfarrada, se llena el capricho honrado del viejo propietario. Ciertamente que ese capricho ha arrebatado un espíritu, que puede resultar viril, á las tinieblas de la ignorancia; pero, preguntamos, ¿está prácticamente preparado para afrontar las contingencias de su futuro quien, llamado á ser heredero de cuantiosos intereses rurales, de enormes porciones de terreno y de ganados, no ha aprendido á laborar esos bienes cuya gestión provechosa es el Estado el primero en necesitar? ¿Acaso no hubiera sido mucho más lógico que el hijo de padre estanciero siguiera la huella de su mayor, y que la capital, en vez de devolver á la campaña un brillante leguleyo, le ofreciera un obrero fuerte, de positivos conocimientos agronómicos y versado en todas las exigencias y adelantos de las tareas ganaderiles, que ya poseen contorno de ciencia? ¿Acaso no convendría más á la patria contar con un vecino progresista y de extendido influjo local, gracias á la fortuna material adquirida en herencia y gracias, también, á la fortuna moral adquirida por una concienzuda educación, en vez de tener un nuevo aspirante á diputado, que no otra cosa pretenderá el flamante retoño?

Las riquezas del país tienen su fuente más vigorosa en la

inmensa campaña que centuplicará sus generosidades rentísticas cuando abunden las manos capaces de usufructuarla.

Se insiste por algunos en que la agricultura entre nosotros es un desastre. ¿Puede aceptarse este aserto categórico cuando, río por medio, tenemos el espectáculo prodigioso de la República Argentina salvada de sus más graves catástrofes financieras en hombros de sus millones de bolsas de trigo; cuando la provincia de Santa Fé, hasta ayer yerma y pobre bajo el casco del caballo montonero de Estanislao López, influye en los mercados europeos con su colosal producción agrícola que es de oro?

Nuestro departamento de Canelones, ¿no es el más positivamente poblado de la República; no es el más positivamente rico; no se impone por sus progresos evidentes? Y esto lo ha hecho bajo el imperio activo de inmigrantes canarios que siembran y recojen pagando tributo á increibles y perjudiciales preconceptos y rutinas. ¡Qué no representaría su reemplazo en otras regiones, todavía vírgenes, por hijos del país laboriosos, dirigidos, á su vez, por criollos de vuelo técnico!

La ganadería nacional vive aún en pañales, si recordamos su minucioso carácter en otras partes. Empezando por mencionar que los campos orientales recien están alambrados, que la verdadera veterinaria provoca risotadas en nuestros paisanos, que el refinamiento de los productos recien se inicia con las Férias Departamentales y que las mayores plagas que flagelan á las haciendas se atacan con remedios contemporáneos de la edad de piedra,—se encabeza firmemente el comentario crítico de nuestra situación ganaderil.

En cuanto al comercio en el interior, está monopolizado por elementos extranjeros, que hacen alarde de su condición exótica para eludir todos los compromisos de concurrencia á los progresos locales, y que, encerrados en su concha mercantil, son señores de horca y cuchillo de valiosos intereses analfabetos.

Mucho que nos domina el asombro cuando leemos que, en tiempos de España, contando por cientos los años para atrás, en mérito á desatentados sistemas tributarios, una pieza de

ropa traída á lomo de mula desde las altiplanicies peruanas, valía sumas fabulosas comprada en Córdoba. Sin embargo, esos increíbles anacronismos tienen cierto reflejo en el carácter singular del comercio radicado en nuestro interior, donde los pulperos barren con el resultado de las esquilas y ponen precio exorbitante á los artículos de uso más vulgar, amparados por la torpeza de los estancieros y explotando la ausencia exagerada de comunicaciones.

¿Qué reclaman esas perniciosas dictaduras de economía rural para morir? Pues, la competencia razonada y hábil de los criollos á quienes todo favorece.

Pero no es, á buen seguro, con abogados y con médicos que estos afanes de sólida regeneración fructificarán. La universidad, á pesar de ser un baluarte brillantísimo de civilización, no arma, lo creemos, caballeros para las luchas que acabamos de bosquejar, prosáicas pero fecundas.

Un pensador ilustre, Mr. Victor Duruy, ex-ministro de Instrucción Pública en su país, engolfándose en una crítica irrefutable de los artificios y errores de la alta enseñanza, exclama, al cerrar una entusiasta apología de la labor campestre: «También de cultivos viven las glorias de Francia!»

Aquí termino la apreciación concreta—teniendo presente á nuestro primer instituto—de las ventajas é inconvenientes que origina el aumento de las huestes letradas.

De intento no hemos querido clavar el bisturí en lo hondo para no vernos en el caso de herir, con una crítica inhumana á fuerza de teórica, á la santa institución libertadora de los espíritus que prepara el poderío oriental en el foro, en las ciencias, en el libro y en la tribuna.

Por lo demás, lo repetimos, extravíos evidentes en el rumbo seguido—que hoy apenas se dibujan—recién serán temibles mañana, en un futuro lejano. En la actualidad, hay interés en aumentar el número de personas ilustradas, aún dentro de moldes imperfectos y dentro de un cauce ya agrietado. A pesar de las deficiencias enunciadas, la educación universitaria, mismo la pletórica, la exuberante—á la que todavía no hemos llegado—será más beneficiosa que perjudicial, considerada *en el conjunto de sus méritos y lunares.*

Pero, ¿podría ella ser mejor, reunir mayores elementos eficaces? Afirmamos que sí. Esa decidida aseveración nuestra determina la parte más interesante del trabajo que finalizamos y plantea el exámen del asunto en su verdadero terreno. Auscultado el paciente y señalada la enfermedad, quedaría trunca la obra del médico si se reservara prescribir tratamiento para intentar la victoria sobre el mal. Exhibido lo que es regular, pongamos de relieve lo que sería mejor abriendo, al efecto, un capítulo definitivo, dictado por nuestra sinceridad y ungido por el más intenso amor á la patria.

III

El gran viejo Domingo Faustino Sarmiento, que aun muerto proyecta su genio, gigantesco como sombra de montaña, sobre la inmensidad, decía, apreciando la índole de los nativos, que «nosotros somos demasiados caballeros para ejercer una profesión útil; en cambio, agregaba, al anglo sajón se le vé siempre con la azada en la mano».

Esta observación, que tiene filo de espada como los párrafos rudos del *Facundo*, suda todo el amargor de las verdades desfavorables.

Nadie discute ya que el rasgo saliente de la idiosincracia local no resulta ventajoso.

Estos países hablan mucho, conciben demasiado, sueñan de noche y también de día, bajo la influencia perniciosísima de singulares ópios, y marchan á menudo á ciegas en la prosecución de sus destinos, ora iluminando su senda con claridades solares, ora sumergiendose en profundas tinieblas. El nervio es su motor.

Las naciones del Norte, reunidas en consejo de familia, orgullosas de su férrea estirpe, crecen sólidas, avanzan con lentitud—que es fuerza reflexiva—laboran ó invaden en silencio encadenando antes la victoria á su carro de combate. En el músculo está su palanca.

El distinto régimen seguido en la educación, fijando dos distintos puntos de partida á líneas divergentes, decreta dos distintos criterios y resultados.

Sin entrar á hacer un estudio comparativo, que nos llevaría muy léjos, daremos por sentada una conclusión que ya posee perfil y vigor de teorema en el mundo pensante: la superioridad práctica de la enseñanza sajona sobre la latina.

Pero en el afán de condenar ésto no toquemos el extremo contrario exagerando el elogio de lo otro.

Perfecto ó no el sistema anglo-sajón, probablemente, con seguridad, no rendiría aquí, transplantando íntegro, los pasmosos coeficientes recojidos en otras tierras, en otros climas y en el seno de otras razas.

El problema educacional, como todas las cuestiones complejas, no puede resolverse de plano en tal ó cual sentido, bajo metro inexorable, como si se tratara de medir piés de verso. La Economía Política nos manifiesta que el proteccionismo y el libre cambio suben ó bajan en su temperatura doctrinaria cuando se les acerca á la realidad, pues los organismos sociales hacen depender de su estado íntimo el mayor ó menor auge de una tésis sobre otra.

Lo mismo ocurre en materia de enseñanza. La educación sufre ciertas y determinadas modificaciones, ya sea debido á causas de origen, ya sea por la edad, por la índole especial del medio, por su aspecto, ya sea por circunstancias personalísimas de actualidad obligada. Como los cuerpos químicos, los pueblos tienen su reactivo y precisamente, en encontrarlo ajustado á cada caso, estriba el talento de los reformadores.

¿Qué pide, pues, la educación superior en la República para ser ariete de porvenir?

Primero conviene analizar brevemente las condiciones propias del medio: conocer la tela para elegirle luego marco digno.

Bajo múltiples conceptos es típica la situación de nuestro país en el concierto sud-americano.

El contorno geográfico de la tierra que sirve de pedestal á la gloria inextinguible de Artigas habla al espíritu previsor de futuros éxitos marítimos, porque nuestra prosperidad mayor la encontraremos mañana en el agua, hendiendo la inmensa faja líquida que invita al intercambio con lejanas sociedades; porque la naturaleza, con su lógica de hierro,

nos dice que alguna vez dejarán de estar desiertos nuestros lindos puertos océanicos y litorales; por la misma razón salvadora que ha hecho de Chile una nación marinera, que inmortalizó en los mares el nombre británico, y que lleva al gobierno argentino á invertir sumas fabulosas en iniciativas navales.

Etnológicamente constituimos un ganglio original que solo se imita á si mismo. El legendario espíritu charrúa flota sobre los campos uruguayos y la sangre derramada en luchas fraticidas y en aventuras exteriores, que solo nos dieron honor, atestigua si los descendientes del cacique Zapicán y de Abayubá son ó nó de estirpe guerrera y pujante.

El tipo nativo, que se está fundiendo como se funde el bronce, amalgamando diversas energías, poseerá, una vez concluído, el valor artístico de las campanas, tanto más sonoras cuanto mayor es la complegidad calculada de sus componentes metálicos.

Bajo la faz internacional, la historia, que es de ayer, nos cuenta que una vez los Orientales llevaron sus fronteras hasta el Ibicuí; que al padre de la pátria, otra vez, Córdoba le regaló una espada de honor como «Protector de los Pueblos libres»; que Martín García señala un gran despojo, despojo que no prescribe ante el derecho, de la misma manera que nunca se legitimará ante el criterio argentino el arrebato de las Malvinas, siempre protestado por la cancillería en Lóndres; que la doctrina implantada para resolver el conflicto inventado de la navegación en el río Yaguarón y en la Laguna Merim, acusa una monstruosidad jurídica sin antecedente; que si en 1828 desempeñábamos, como gráficamente lo establecía Lord Ponsomby, el papel de un algodón entre dos cristales con respecto á la Argentina y al Imperio del Brasil, con posteridad hemos sido aplastados por esos gigantes y, al presente, ellos nos escoltan en nuestro progreso y agitaciones internas con demasiada galantería.

Por el lado económico, esa misma contrucción del puerto de Montevideo, que responderá muy pronto á las exigencias de un porfiado clamor nacional, demuestra cuanto es el apremio de las fuerzas productoras y el alcance de las solucio-

nes monumentales á que hay que llegar para servirlas con resultado.

Políticamente la herencia, no tan oscura como suele suponerse, de los pleitos de familia, con su cortejo de ódios, de irregularidades, de errores y de ambiciones frenéticas, que posee á la par la grandeza trájica é imponente de las concepciones shakesperianas, deberá ser recibida por las nuevas generaciones bajo beneficio de inventario. Ellas desbastarán la superficie áspera para reconstituir un poema—como el lapidario que arranca un diamante del fondo de un tosco mineral,—un poema que rompe el molde de lo vulgar en las cargas de Caseros y en los empujes de la defensa de Montevideo; que flamea sus estrofas sobre las ruinas inmortales de Paysandú mártir; que fué escrito con el corazón y con el brazo y aureolado por la epopeya.

El balance, pues, de ese noble pasado aún está por hacerse.

Un país así constituido, pequeño por su extensión territorial, grande por sus merecimientos; un país llamado á destinos de oro, en cuyo seno se agita y crece una raza de aptitudes sobresalientes; un país lleno de vitalidad, pero también lleno de zozobras, que siente á sus espaldas y á su frente la inquietud de temibles vecindades, ¿debe ser educado en el éxtasis, al son de himnos literarios y arrobadores, como la protagonista de *L'Asommoir,* ó pide, por lo contrario, una enseñanza que asegure frutos opulentos por su carácter práctico y austero?

Formulada la pregunta, queda planteada la respuesta.

Pues la Universidad, á pesar de ser benemérita, no llena esos fines trascendentales. Más todavía: el aumento de los graduados en profesiones liberales en vez de aproximarnos á ese rumbo nos aleja de él con perjuicio grave de aquellos sagrados intereses exhibidos.

Tocamos, pues, los últimos eslabones de nuestra tésis.

El país necesita afirmar el sentimiento de su fuerza social. Nuestro porvenir exije el culto más intenso y más verdadero del amor á la patria; y ésto se conseguirá, paulatinamente

aliando en ese propósito final distintos y valiosos factores que apuntaremos.

Fortificar el espíritu oriental será uno de ellos. Estudiando la personalidad de Bismarck, que talló la grandeza de Alemania, dice Charles Benoist, que aquel eminente hombre de Estado fué durante toda su vida y murió repitiéndolo: «prusiano de la cabeza á los piés y hasta la médula de los huesos, siendo esa su divisa en la extraordinaria batalla sostenida para crear el esplendor germánico.»

La civilización ¡qué decimos!, nuestros intereses más vitales reclaman que cuanto antes nos pongamos de acuerdo, sellando con el honor de la apoteosis el abrazo en la posteridad de los padres de la patria, de los que, blancos ó colorados, pusieron los cimientos de nuestras instituciones libres y de nuestro renombre.

Rivera y Oribe, campeones á cada instante de la santa causa de la República, deben dormir su último sueño juntos en la gloria y en la consideración de sus conciudadanos, al lado de Artigas y de Lavalleja. Para ello es necesario aplacar los impulsos de la pasión, extinguir insanias y acortar distancias, creadas solo por convencionalismos llenos de veneno.

Los hijos dignos ¿toleran, acaso, la crítica, aún la justificada, de sus padres culpables? Pues nosotros, que nacimos á la vida libre al calor de las hazañas del Sarandí y del Rincón, debemos atenuar todas las faltas, los más graves errores, ante esas memorias inmaculadas, como mueren las recriminaciones y todos los ódios ante el símbolo reconciliador de la cruz.

Nuestra cultura, ¡que decimos!, nuestros intereses más vitales, exijen que al reinado de las más furibundas mistificaciones históricas, suceda el imperio purificador de la justicia póstuma. Las figuras superiores de Bernardo Berro y de Joaquín Suárez no pueden continuar perteneciendo á los partidos, siendo enaltecidas ó denigradas á voluntad iracunda.

Ese acuerdo impuesto á la sanción retrospectiva provocará una inmensa sensación de alivio y de orgullo en el corazón de la pátria.

Unificadas las conciencias en un mismo propósito de homenaje, deponiendo todos sus oraciones cívicas ante un mismo altar, se consolidará la energía de la acción nacional á la sombra auspiciosa de la concordia.

A la par de esa consagración moral debe surgir la consagración artística. Nuestras plazas están desiertas de monumentos y de estátuas, cuando en las páginas de la historia surjen luminosas las figuras de Orientales ilustres, porque todavía no hemos aprendido á olvidar faltas y á discernir premio impersonal á las virtudes!

¿Cómo se ejemplarizará, entonces, á las generaciones que vienen, agobiadas por dudas blasfemas?

En las escuelas la enseñanza del santo amor á la tierra donde nacimos—pero por encima de los miserables cintillos—fundará prodigiosos resultados. En su encantadora plasticidad espiritual los niños son flores y sin flores no habrá mañana fruto. Imprímase, sin fatiga, la pasión por nuestros héroes, por nuestras tradiciones, por nuestras glorias, en el alma diáfana de los inocentes, de los ciudadanos en preparación.

Que el *pago*, con su fisonomía singular, que el rancho de *totoras*, que el gaucho andariego, valiente y pundonoroso, que nuestro cielo, profundamente azul como el destino que la Providencia nos reserva, que las selvas orientales, que los ríos, que las riquezas, que los prestigios del país querido, surjan vívidos ante la mirada de los niños y envueltos en cendales de santa idolatría.

Bulla en el corazón de la infancia el convencimiento de que nosotros, diminutos en tamaño, somos grandes, somos titánicos, somos invencibles, somos los primeros en el brio de nuestros méritos. Recordemos aquella frase elocuente: «si no fuera inglés quisiera ser inglés.»

Queramos, pues, mucho, sin tasa, al terruño que el afecto á las madres jamás puede pecar por exceso. Ese sentimiento viril que estimulamos. ¿acaso no prepara la ascensión firme é imperecedera del pabellón de la Estrella Solitaria? Y su debilitación, ¿acaso no descubre el secreto de las decadencias internacionales del Perú y Bolivia?

Ese calor de bendición se enciende laborando en las esferas más apartadas. Han aumentado su intensidad Zorrilla de San Martín, vaciando en *La Leyenda Patria* el himno épico de un pueblo que tiene «frente de reyes»; Blanes, rememorando en tela genial la cruzada deslumbradora de los Treinta y Tres; Eduardo Acevedo Díaz, arrancando al olvido, en páginas primorosas, los ecos de tradiciones guerreras que son exclusivamente nuestras; Carlos María Ramírez, fulminando con su talento de atleta á nuestros enemigos del patriciado porteño; Bauzá, probando en su magistral *Historia de la Dominación Española* que Montevideo quiso antes que Buenos Aires la liberación de la metrópoli é intentada supo mejor que la aristocrática rival interpretar la aspiración de las multitudes enardecidas.

Finalmente, concurren á ese mismo fin, estos Juegos Florales, resueltos para exaltar una efeméride de hierro, que llaman á brillante torneo á la inteligencia oriental para que ella honre asuntos y epopeyas orientales.

Es indudable que nuestro régimen actual de enseñanza universitaria no responde á tendencia tan importante. Sucede en las aulas que se investigan á fondo las ciencias de generalización en perjuicio de elevados intereses locales. Las *cosas nuestras* no encuentran hospitalidad holgada en los programas vigentes.

El emperador Guillermo II, y persisto en elegir fuente semejante de opiniones por cuanto Alemania es en la materia discutida la maestra del mundo civilizado, acaba de exponer en un discurso de notoria trascendencia: «Que él desearía ver al elemento nacional más desarrollado en lo que se refiere á la historia, á la geografía y á la mitología de su país. Comencemos, dice, desde el principio entre nosotros por conocer nuestra casa».

Así habla el gobernante de una nacionalidad que triunfó en 1870 con el maestro de escuela. Así habla, todavía pide más acento germánico, el señor real de una tierra que, gracias á su prodigioso poder de absorción, ha vencido los cariños franceses en Alsacia y en Lorena y cuya ya adqui-

rida grandeza lleva el sello profundamente nativo de la política bismarckiana!

¿Qué diremos á ésto, nosotros, que todavía no hemos entrado en la hermosa senda?

Ni en agronomía, ni en ganadería, ni en comercio, podemos contar con un sólo instituto de educación.

La Universidad nuestra presenta otro inconveniente: ella no forma el carácter en sus discípulos.

Falta á sus cláustros el calor que distingue á las asociaciones colectivas de fuerte empuje. La Filosofía que allí se enseña no se aproxima en sus soluciones á las grandes tormentas morales que torturan al individuo y que tanto interesa saber vencer. Ni la Química, ni las Matemáticas, ni la Historia del país, bocetada con miedo, como si se tratara de acontecimientos vergonzantes, ni la atrayente Física, ni el Latín, recetado, para peor, en cucharaditas, ni el estudio nebuloso y aburrido de la Gramática, ninguna de esas investigaciones de alto vuelo presta á la estátua, perfectamente modelada, lo principal: el alma que le falta para poseer animación, vida, fuerza.

Categóricamente afirma Fouillée: «que el hombre no está hecho de antemano, pero que sí se hace.»

Nuestra Universidad, por causas que tal vez escapan á la penetración, no llena esa tarea constructora que está obligada á cumplir, como que ella es el noble taller que monopoliza todas las simpatías y todas las récias esperanzas de la nación.

Pero puede que alguna crítica justificada se esboce apuntando, como un error grave, el colorido monumental que se ha dado á nuestra enseñanza superior. Después de seis años de duro bachillerato y de otros seis de Facultad, la cabeza lacerada de los veteranos que han obtenido premio de constancia, debe presentar, por dentro, con su pletórico apeñuscamiento de ideas mal digeridas y de variadísima extracción, el aspecto ingrato de una biblioteca revolucionada.

Una educacióu tan atosigante, tan abrumadora, no armoniza con el espititu liberal del siglo y resucita la memoria de la anticuada sabiduría monjil.

¿A qué ese soberbio empeño en pasar por la mente del estudiante, al galope, como visión de cinematógrafo, todas las ciencias exactas y todas las ciencias naturales, elijiendo para el efecto á los autores mas especialistas y de exposición más dilatada, cuando esos conocimientos adquiridos de prisa se irán pronto y para siempre, como se desvanecen los perfumes mal aprisionados?

Hemos ojeado libros, modelos de la enseñanza facultativa en los Estados Unidos de América y todo lo que se diga sobre su poca extensión y sencillez será cierto.

Y cuando una sociedad como la citada extremece con sus admirables progresos al mundo entero, ante un ejemplo tan virilmente encarnado, es un asunto nécio pasarse el tiempo en debates de estéril teoricismo.

El estudio detenido de la Constitución Oriental no se practica en la Facultad de Derecho; los futuros estadistas, diplomáticos y políticos salen de ella sin conocer la fé de bautismo de la patria, que debieran dominar al dedillo. ¿Porqué no se habilita un curso exclusivo de ésta asignatura? La Historia Uruguaya, que es catecismo de nuestras glorias y martirios, ¿porqué no se enseña con atenta calma, arrancando preciosas enseñanzas de sus páginas viriles? Será muy loable el conocimiento por lista, como los platos en los hoteles, de los Faraones, pero, ¿no nos interesa más la amistad en el recuerdo de nuestros grandes hombres? El estudio de la Moral Cívica, que ayuda á formar ciudadanos altivos y conscientes, está desterrado de las aulas. Tal vez se le considerará inútil. En vez de nutrir á las huestes juveniles con pasiones impersonales, en vez de inscribir en su conciencia el culto verdadero y tranquilo de la patria y de convencerlas de la obligación permanente en que están de servirla con fidelidad y con pureza de enamorados, se fomenta en ellas el gusto por las rebeliones y el afán tartarinesco de la exhibición y de la irrespetuosidad más grosera por las agenas creencias.

Pues la armonía de todas esas nociones revistadas, que tienden á acentuar el sentimiento nacional y cívico, concu-

rriría eficazmente á labrar sobre acero el carácter de los ciudadanos del porvenir.

Y no se desprecien estas indicaciones á pretexto de que son detalles. No es necesario empaparse en las obras de Smiles para saber que los detalles prestan contextura orgánica á los caracteres.

Las más caudalosas corrientes de agua tienen ascendencia legítima en humildes y perdidos manantiales.

A nuestra Universidad también le falta algo de hogar. Ello proviene, muy probablemente, de la organización libre de los estudios, aún durante el bachillerato, que quita motivo para que se funde el vínculo de una franca y sólida comunidad entre los aspirantes. Ligados ellos por momentos y durante las horas de clase, que son volantes, nunca alcanzan á sentirse identificados.

Los ejercicios atléticos mucho harían en ese sentido. La salud, la buena complexión muscular, afirma el estado moral de los individuos y vigoriza todas las facultades nobles del hombre.

No se haría obra de novedad implantando en nuestros claustros el culto por los juegos físicos; por la pelota, por el *foot ball*, por las carreras á pié, por el gimnasio, por las regatas, actividades placenteras todas que desarrollan soberbiamente la musculatura esclareciendo á la vez las inteligencias.

Además, esas distracciones poseen la ventaja de inclinar en sentido inocente y puro las costumbres de los jóvenes, apartándolos de la vida sedentaria y viciosa del *café*, de la mesa de juego, del *bar* y de las jaranas que envenenan y que matan preciosas energías.

Y la intimidad, nacida en el roce continuado de entusiastas emulaciones atléticas, depura el corazón, aparta á la juventud de perniciosas negligencias y quita de su camino la tentación de los desahogos encarnizados.

Dos universidades inglesas de alta fama, la de Oxford y la de Cambridge, se disputan, año tras año y desde tiempos inmemoriales, el triunfo en regatas anunciadas con larga anticipación, regatas que tienen el mérito de atraerse la curiosidad de todo el gran imperio. El gobierno, para prestigiar

aquí tan saludables tendencias, debiera de instituir premios oficiales que se discernirían en determinada época de los cursos y después de briosa prueba al campeón estudiantil, al más ágil, al más fuerte, al más lucido de entre ellos.

Ya el doctor Vázquez Acevedo, antes de concluir su fecundo rectorado, algo hizo para fomentar la afición universitaria á los ejercicios físicos. El actual rector, doctor Pablo De María, inaugurando con un expresivo y concienzudo discurso el campo de juegos de la sociedad de *foot ball* « Albion », ha demostrado que concede decidida importancia al arraigo de sanas preferencias que marcaron, sólo con modificaciones en la forma, el zenit de la virilidad griega.

Vamos á terminar. El deslumbrante prestigio del tema ha dado ocasión para que las ideas nobles se sucedan efusivas y cariñosas en nuestro espíritu, como las olas que rizan suavemente el mar en los días de calma para morir abrazadas en la misma playa y entre las mismas blondas de espuma.

En nuestra opinión, lo repetimos, la Universidad con su compleja y abstracta organización actual no responde, en concepto estricto, á las necesidades sociológicas de la nación, que atraviesa en la actualidad el período más escabroso de su adolescencia democrática.

Para fundar mejor este juicio, hemos podido detenernos en un exámen minucioso de los diferentes servicios que ella abarca, haciendo, además, la crítica de los textos oficiales y de los programas vigentes. Pero consideramos preferible desechar esta investigación fragmentaria que, fuera de ser pesadísima, nos hubiera obligado á romper el propósito sintético que ha presidido á la redacción de los anteriores párrafos y exijido siempre por ésta clase de manifestaciones literarias. Asi, pues, hemos suprimido la apreciación del notable trabajo del doctor Osvaldo Magnasco, Ministro de Instrucción Pública de la República Argentina, empeñado en la valiente reforma, que tendría afinidades íntimas con el tema aquí tratado.

Sus discursos parlamentarios, llenos de sabiduría, nos hubieran prestado material de prueba muy importante, pero no necesitamos ahondar mayormente el exámen para afirmar que

la enseñanza universitaria actual aquí es defectuosa y que ella ofrece, con sus crecientes cosechas anuales de académicos, tantos inconvenientes en un sentido como ventajas en otro.

A quienes tilden de platónicas mis observaciones, contestaré con Laboulaye: «que un pueblo no es una caravana que atraviesa la arena, sin dejar en ella señales de sus pasos; es una sociedad que tiene un pasado y un porvenir».

Nuestro pasado fué una trajedia; fué, como todos los partos, sublimemente doloroso. No olvidemos sus profundas enseñanzas y seamos dignos de aprovechar derechos y privilegios santificados en un mar de sangre generosa.

Nuestro porvenir hay que hacerlo, grande y redentor, iluminado por las luces de una felicidad meridiana. Para ello es indispensable recordar siempre que si el país necesitó ayer de guerreros para ser independiente, él hoy pide ciudadanos para ser libre.

No descansemos, pues, un solo instante en la genial tarea de formar hombres capaces de sentir intentísimas las vibraciones del patriotismo, de realizar el culto de nuestras instituciones y de concurrir al engrandecimiento de nuestra tierra, que vendrá.

¿Acaso no se vén en los puertos á vapores diminutos remolcando victoriosos, aún contra su voluntad, á enormes y pesados barcos?

¿Acaso los *boers*, defensores hasta la muerte de su país, como el león de su guarida, no nos ofrecen un ejemplo palpitante del poder colosal de los chicos frente á los grandes, cuando éstos pretenden hacer á aquellos víctimas de su desvarío?

En lontananza vislumbro días gloriosos para la República de Artigas. Hagamos carne con nuestra conducta severa, el anhelo unánime de triunfo que murmura pertináz en el pensamiento de las nuevas generaciones y sea la Universidad de Montevideo la obrera más avanzada en esa magnífica jornada, brindando á sus discípulos el tónico de una educación fuerte y viril.

Y el día en que surja el fruto sazonado de estos esfuer-

zos concomitantes; cuando el sol del derecho viva eternamente clavado en la cumbre de nuestros cerros; cuando las mismas brisas de gratitud acaricien la memoria de nuestros próceres; cuando los trigales cubran, por leguas y leguas, la extensión de nuestro bellísimo territorio; cuando ante el altar de la patria huyan avergonzadas las pequeñas pasiones de pequeños bandos, y en los campos las aves gorjeen un mismo himno de alegría, y en las ciudades los talentos sueñen con el ideal de irradiar nuestro poderío concentrado, y en las fronteras levanten marcos divisorios, más sólidos que los de piedra, las energías acordonadas de los paisanos orientales, entonces podremos decir que el futuro nos pertenece, como pertenece el laurel á los inmortales!

Montevideo, Mayo 24 de 1901.

I

La despedida — Los viajeros egoístas y los altruistas — Las fatigas de la marcha — Mareos en traje de etiqueta — Las dobleces del Océano — Río de Janeiro — Su paisaje — Sus condiciones sanitarias — En las Islas Barbados — Fecundidad y miseria — La tierra descubierta por Colón — New York — En pleno caos — La llegada á Washington.

Al salir de Montevideo contraje el compromiso de escribir algunas correspondencias para la prensa, desde mi lejano destino, y ésta es la hora en que borroneo mi primera carilla empezando así la amortización de aquel deber amablemente imperioso.

Confieso que mi larga desidia se bate en retirada en esta ocasión de labor, corrida por circunstancias excepcionales. ¿Cómo ser olvidadizo de la palabra empeñada cuando cumpliendo se halaga también un sentimiento personal que podría titularse egoista, si egoistas pueden ser las ideas buenas? En efecto, escribiendo para los diarios se escribe también para los amigos, para los nuestros, para *los de casa,* en un país en donde afortunadamente ya son muy pocos los que no gustan el pan eucarístico de la lectura periódica. ¡Y cuánta necesidad hay de cambiar impresiones, de hablar, de decir algo, cuando los días de la ausencia empiezan á formar un collar!

Bien sé que á todos no nos sucede lo mismo. Algunos viajeros salen de la patria bufando y echando babas, como esos toros bravíos que en las yerras rompen la resistencia débil de la puerta del corral y disparan campo afuera cual si los ahogara su encierro. Sueñan tanto con interponer dis-

tancia, mares y tierras, entre ellos y el viejo nido, que cualquiera los creería capaces de sacudir sus zapatos al dar un último paso sobre la orilla para no llevar consigo ni rastro de polvo de la aldea en que nacieron. Y sin embargo, apesar de todo, ellos también vuelven. Buscan en el exterior holguras y novedades que compran á peso de oro; recorren anhelosos reinos y ciudades; agotan en excursiones complicadas y en jornadas de observación fulminante, su plétora de agilidad, por lo común más física que intelectual, y cuando el último cartucho de vanidad lo han disparado entra el hastío y sienten ese obligado cansancio que sucede á las impresiones atropelladas. Entonces resurge vívida, exagerada, la memoria de la patria, pero no envuelta en tules de pasión generosa, como la evocan los corazones altruistas, sino apareciendo á la distancia, tras las brumas del océano, con el carácter prosáico y mezquino de una buena posada. Vueltos al terruño, ellos, en vez de abrir su espíritu, que muchas grandes y educadoras lecciones ha debido atesorar, á la interrogación fecunda; en vez de hilvanar el comentario sazonado para convencer de que algo han aprendido; en vez de aplicar á alguna industria ó comercio nuestros nuevos métodos de trabajo adquiridos en el extranjero, en donde tan poco cuesta recogerlos, se enferman de mutismo crónico y hacen de su silencio Bastilla de desdenes. Sólo hablan para decir mal de su país, de sus instituciones, de sus hombres, de sus costumbres, de su porvenir y de su pasado. ¡Cuánto mejor harían esos eternos calumniadores en emigrar para siempre llevando su pesado ó liviano equipaje de esterilidad y de zoncera!

Pero existe otra clase numerosa de viajeros. A ella pertenecen los que, sin conocer otros horizontes, se embarcan contristados sin que alcance á disipar nostalgías la convicción positiva de que á centenares de leguas brilla la sabiduría y tiene fundadas el mundo sus mejores escuelas. Talvez en cierto sentido, recién despiertan ellos cuando salen de cabos y, sin embargo, duele despertar. Instruirse, adquirir nuevos capitales, ganar experiencia y reflexión, es una seductora perspectiva, pero no hay duda que esa aurora vése

empañada por una tristeza tranquila cuando á popa quedan los únicos y verdaderos afectos de la vida, atados al que se va por el lazo leve, casi irónico, de una estela.

Esos ausentes no reniegan jamás de su bandera y sus preferencias nativas ganan, si es posible, en intensidad y en nitidez cuanta mayor es la distancia que los aparta del hogar, como si el espacio de cielo que los separa del país fuera un espejo colosal que proyectara sobre la cubierta del vapor imágenes gigantescas de cosas muy queridas. Es que no hay en el Universo montaña más alta que la patria y á las montañas se las admira mejor desde lejos.

El sello de esa misteriosa atracción se imprime en las nuevas impresiones que se recogen. A toda noticia de ajenos perfeccionamientos sociales, á toda comprobación de maravillosos adelantos en dominios extraños, sucede este rápido y obligado comentario en el fuero interno: — «¡Qué beneficiosa sería esta enseñanza allá entre nosotros; cuánto resultara de divulgar, por heraldos de significación científica, estas innovaciones!» De manera, pues, que el pensamiento tiene entonces el don de la ubicuidad: está cerca y está lejos á la vez. Y movido el observador por el afán noble de cultivar su entendimiento en forma útil, vé, oye, mira y expone estimulado por una inagotable curiosidad. El espíritu adquiere energías sensitivas de placa fotográfica, y siempre, como corolario de todas las jornadas indagadoras, se piensa con cariño, con sed y con hambre de servirlo, en el país civilizado y glorioso en que se naciera.

Yo me incluyo decididamente en el número de esos caminantes y por eso digo que me es agradable conversar con ustedes desde aquí. Y así lo haré, en una forma espontánea y sencilla, dejando á otros más fuertes el patrimonio de las observaciones profundas. Descuella entre éstos el señor ministro plenipotenciario de la República Argentina en los Estados Unidos, doctor Martín García Mérou, quien ilustra á menudo las primeras columnas de *La Nación* bonaerense con sus brillantes escritos. Personalidad concluída y hombre de estado de probada experiencia, bien puede el distinguido di-

plomático hacer cátedra por el hecho de abrir al público su cartera de apuntes.

Narrar impresiones es tarea más escabrosa de lo que parece, pues nada presenta tantas dificultades como el dibujo ensayado del natural. Una sombra fugitiva, el relieve de una arista, bastan á veces para dar realidad al cuadro. ¡Y en estas sociedades extraordinarias hay tantos y tan complejos golpes de luz! Por eso, invadido de un sincero y justo temor, me limitaré á presentar escenas y á describir sucesos sin engolfarme en comentarios, absurdos cuando parten de huéspedes de una quincena. A propósito, á este respecto recuerdo el caso de cierto periodista europeo que visitó años atrás la América latina. Después de detenerse días en las grandes ciudades del continente, se permitió emitir juicios sobre las condiciones y estado característico de cada pueblo. Claro está que siguiendo este camino pronto encontró su imaginación alevosos despeñaderos. En un ¡zás tras! el fantástico forastero abordaba y resolvía las más arduas cuestiones locales. Para revista á vuelo de pájaro bastantes tenemos con las teatrales que son bien malas, por cierto.

De Montevideo á New York, viaje directo, se invierten veinte y tres días, algunos menos que siguiendo el derrotero de Europa. Pero sea ó no el tiempo oro, yo, que he gustado las delicias del primer rumbo, preferiré, en adelante, dar la vuelta por las Islas Británicas. En la presente ocasión la línea curva vale más que la recta. Cuando se establezca la proyectada línea de grandes vapores entre Norte América y el Río de la Plata, entonces será aceptable la ruta que yo elegí ganando en rapidez lo que perdí en comodidad.

Presenta tan poca fachada este viaje, con dos escalas únicas á lo largo del Atlántico, que me da vergüenza ocuparme de él. Pero como todas las cosas deben tener su principio, aunque malo como diría Sancho, apechugaré con esa insoportable esterilidad.

Sólo la experiencia, la brutal experiencia puede abonar lo

que son seis mil millas de trayecto marítimo sin un solo día de reposo. ¡Cómo me he mareado! Ustedes se reirán al leer estas reflexiones y yo ahora, desde tierra, instalado en el tercer piso de un hotel que tiene, diré así, doce séries de casas superpuestas,—los acompaño de muy buena gana en la broma. ¡Humanas contradicciones!

Lo que me consuela de mis pasadas derrotas acuáticas es pensar que los padecimientos fueron en comandita. Los que hemos cruzado el Plata conocemos cuales son los pujos del mar cuando se arrebata; pero allá apenas pasa de un juguete la mala partida. En el medio del Océano el asunto cambia de especie. El más grande de los trasatlánticos, una de esas inmensas moles de vapor que anclados en el puerto parecen inconmovibles, se zangolotean, quieras que no quieras, como una insignificante barca de pescadores.

Por eso mismo resulta imponente el mar. Cuando está plácido y manso, según los marinos, presenta una sugestiva calma exterior; pero bajo esa careta que oculta sus fierezas, se agita siempre, poderoso y hostil, imprimiendo á la nave un balanceo persistente. Hay en ese movimiento de hamaca, que no cesa, cierta terquedad que desespera. Y al fin vence el líquido, lo que debiera no alcanzarnos, sernos inofensivo. ¡Cuántas veces intentamos, en vano, sostener la lucha! Uno se dice: «pues nó; hoy no será». ¿Acaso no aseguran en tierra, los que han viajado, que á los dos días de marcha se adquiere la costumbre?

Indudablemente que las primeras escaramuzas son felices. Todo el empeño del audaz se dirije á exhibirse en perfecto estado haciendo lujo de buenas disposiciones. Cuando pagando tributo á esa graciosa solidaridad, que se hace instantánea en los viajes, viene un ilustre desconocido de la víspera, pero un afectuosísimo amigo de ese día y pregunta á uno como se siente, se le contesta calurosamente: —«¡Oh, muy bien! Si el mar está como un cristal. Ya me he habituado á la vida de abordo». Y esto se afirma con verdadera sinceridad, creyendo que se está en lo cierto, en alguna parte. Por otro lado, se proclama en voz alta el ansiado bienestar con un ribete de intención traviesa y de-

fensiva. Muchas veces negar que se tenga miedo, aunque se tiemble, evita el conflicto.

Pero pronto el blando, el aterciopelado enemigo arranca la ficción y rompe, sin lástima, todos los artificios de sus víctimas. ¿Y cómo resistirle? El desastre se dibuja cuando se pierden las ganas de conversar y se contesta con monosílabos á las solicitudes de los demás. Un pequeño acento y ya el malestar asoma sus propósitos endemoniados colocando en decidida cuarentena al agraciado; otro empujoncito, un amargo cuarto de hora de pelea entre el mar perverso que dice *sí* y uno que dice *no*, entre el infinito y lo finito, y al fin la voluntad abrumada dobla la rodilla y viene la entrega vergonzosa, sin restricciones, sin capitulación.

Y cuando, echados sobre la borda, se piensa, ya con algún alivio del momento, en esa tortura periódica y casi se implora del monstruo, ya que no un perdón, por lo ménos los honores de un armisticio, parece que desde abajo, desde lo hondo de las aguas, parten los ecos de una risa tabernaria. Hay quien afirma que las altas posiciones causan vértigos y que bajo el dominio de un fatal mareo muchos hombres afortunados cometen grandes errores una vez llegados á la cumbre. Si la razón de los desaciertos es la enunciada, á la verdad que hay que perdonarlos. ¡Si á los mareados no les importa nada de nada! (Esto vá al pasar).

En los vapores ingleses existe la costumbre de sentarse á la mesa, de tarde, en traje de rigurosa ceremonia. No puede darse práctica más inadecuada y molesta cuando se está en un comedor que es salón de baile por disposión perentoria del mar. De manera que para ser correctos, por una parte; para no afirmar el mal concepto que de nuestros hábitos sociales se tiene, por otra: y finalmente, para empezar bien la tarde é inspirar compasión al verdugo, pasábamos á diario por la romana del diablo y ¡adelante con la etiqueta en el infierno!

¡Gran principio! Todas las mesas ocupadas; los mozos en constante actividad; pedidos especiales, aquí; rectificaciones, allá; comentarios animados sobre este plato; juicios ge-

nerales, etc., etc. Al ratito, yo, por ejemplo, rompía valientemente la consigna del ceremonial estricto, y con un *Excuse* atencioso emprendía la retirada.

Claro está que nunca faltaba algún valiente, de esos que nacen en todas partes, que dijera irónico: — «Pero parece imposible que este señor lo pase tan mal. Miren ustedes, yo nunca me he mareado y puedo decirlo, pues he hecho siete viajes, de los cuales algunos terribles.» — No cruzársete una espina de bagre en la garganta, rebelde!

Antes de alcanzar al café, muchos, muchísimos habían tomado el camino que siguiera el compadecido, presentando un gracioso espectáculo la cubierta. Señoras vestidas de lujo tiradas en sillones de hamaca, y los hombres, de blanquísima pechera y corbata de orden, recostados significativamente sobre la borda. Hasta el guapo salía á echar su cuarto á espadas, aunque negando siempre estar vencido.

Recuerdo que el señor consul de Norte-América en la Argentina, veterano de la guerra de secesión y muy estimado amigo, decía en uno de los tantos instantes de aplastamiento que compartimos: «No le desearía este suplicio al peor de mis enemigos,» — exclamación sentida que alcanzó á proporcionarnos un paréntesis de alegre comentario.

Será por influjo de reminiscencias recogidas en las páginas inmortales de *Los Trabajadores del Mar*, aunque antes de leer á Víctor Hugo ya algo instintivo me hacía repudiar á la onda amarga, pero lo cierto es que profeso repulsión, casi odio, al formidable elemento nivelador del abismo que separa á unas tierras de otras. Todas las pasiones malas del hombre tienen allí su gráfico reflejo.

Las perversidades hipócritas y enguantadas de los mortales las retrata el mar en sus horas de bonanza, cuando cualquiera juraría que cansado de rechinar sus rencores se reconcilia con el heraldo de la civilización que hiende sus crestas, y precisamente cuando repliega sus dobleces desde abajo, clavando desesperados enconos en la quilla á la vez que acaricia despreocupado la línea de flotación.

En los días nublados, sin sol, sin viento, que prometen borrascas tropicales con vanguardia de aterradores desahogos

atmosféricos, y también en los días de temporal corrido, cuando las olas adquieren el color lívido de los muertos y las furias de los aires tocan el arpa en las cuerdas rígidas del velamen, se reproducen las humanas acuarelas: pasan delante de nuestros ojos, allá, esos espíritus agrios, siempre enfadados, siempre siniestros y celosos, que tanto abundan en un paraje que yo conozco, y, aquí, las grandes tempestades del alma, el himno épico que alguna vez en la vida ensayan los corazones fuertes.

Pero el mar se agita espléndido, en toda la majestad de su grandeza infernal, en sus horas de regocijo loco, cuando se lanza al asalto de la nave entre bramidos y tejiendo, á latigazos, blancos encajes. Como pelota de *foot-ball* va de un lado á otro el barco, repudiado con furor por el lomo de todas las olas, que son entonces montañas. Nada queda en pié dentro de la cárcel trasatlántica. Si de fuerza se trata, no hay fuerza ni presión de caldera capaz de competir con ese monstruo; si de sonidos, no hay bocina en la tierra digna de medir sus notas con la última vibración de la última racha del aquilón que pasa rodando por la bóveda del cielo; si de rumbo, ninguna voluntad puede discutir con la voluntad de las olas que juegan con la caña del timón como si fuera una pajilla.

Al observar estos accesos epilépticos, estas diferentes faces de un duelo á muerte, que empieza en el embarcadero y que sólo se interrumpe en el muelle de llegada, sin ser fantásticos, se piensa que el Océano posee vida, sensibilidad y memoria; que él tiene también, como nosotros, sus agravios; que en su seno palpitan fuerzas gigantescas de organismo; y que él no perdona á la civilización la derrota sangrienta que ella le ha infligido al violar las fronteras, de intención eterna, que él levantara con lujo de pujanzas imperiales!

¿Acaso, cuando el vapor corta la masa azul, no parece que las aguas se recogen sobre su huella, como si cerraran los labios de una inmensa herida, y el flagelo del maderamen ofensor, por marejadas irritadas, no semeja la protesta elocuente de una vitalidad tajeada?

Su afán voraz no tiene segundo. Siempre existe en sus re-

pliegues cavernosos, ancho espacio para recibir nuevas víctimas y jamás sucederá que lejos de la orilla le falte fondo para naufragar al más grande de los barcos.

Campeón de siniestra gloria, júbilos endemoniados parecen saludar á cada nueva víctima que llega.

Osario infinito de los mundos, en sus abismos duermen el último sueño atrevidos conquistadores del ideal, caballeros de la ciencia, piratas y redentores, cresos y desamparados, ambiciosos, perversos y propagandistas, que ninguna potencia de la tierra pudo avasallar para siempre sus cóleras atigradas.

Pero la victoria total pertenece á la civilización desde el día en que el americano Fulton apresuró el amanecer enseñándonos á caminar erguidos sobre las aguas!

Es tan proclamada la belleza del puerto de Río Janeiro y de sus alrededores que al reiterar su elogio casi creo que incurro en la pobre necedad de quienes, en presencia de una hermosa, sólo atinan á articular el mismo estribillo de alabanzas, sin mérito á fuerza de gastado.

Cuando el trasatlántico se aproxima á la costa, buscando la entrada de la bahía, y el perfil raro de las montañas se acentúa, sin que la mirada del viajero pueda adivinar el amparo de un solo seno para la nave fatigada, parece que un error geográfico ha llevado al marino á buscar refugio entre rocas y acantilados. Porque á la retaguardia de esas asperezas andinas, encerrada bien en el fondo, como lago dormido sobre un valle, está el famoso puerto que sirve de desahogo á uno de los más ricos enjambres de la civilización.

Un escritor francés afirmó que, á ser cierta la leyenda del Paraíso, ella debió desarrollarse en el sitio elegido para echar los cimientos de Río de Janeiro, paleta sin igual, preferida por la naturaleza para acumular colores dignos de los jardines edénicos.

El acceso por agua á Montevideo también ofrece sus encantos, pero la perspectiva marítima de la capital fluminense exhibe otro género de atractivos. Aquel es un paisaje plácido, suavemente sugestivo, que se cuela por los ojos sin

sobresalto, como la expresión más acabada de una armonía topográfica. Nuestra ciudad es, en una palabra, gallarda y linda, abrazada desde el mar; apenas presenta los accidentes bastantes para dar variaciones al conjunto; y hasta el mismo Cerro, que es nuestro blason, se iergue tímido sobre las olas, avergonzado de combatirlas. Una acuarela.

Pero el golpe escénico que presenta Rio de Janeiro, obedece á otra arquitectura; es monumental. Un puñado de montañas seleccionadas, estoy seguro, entre las mas altaneras, se apeñuscan sobre la orilla, como si se codearan unas á las otras para obtener puesto delantero, luciendo la blanca divisa de sus sienes eternas, colosales cimeras que harían temblar de envidia á la cimera histórica de Enrique IV. Si alguna ruta existe en la tierra que conduzca al cielo ahí está ella y esos son sus magníficos escalones. La síntesis óptica de aquello no se desvanece. La impresión artística es demasiado soberbia para que pueda borrarse en un recodo del camino. Nuestra ciudad triunfa por la pureza y corrección de sus líneas; el Janeiro domina, abruma con el gigantesco desorden de sus perfiles. Aquel desborde caracteriza un concepto plástico imponente; aquellas exuberancias despiertan las más locas fantasías de la imaginación; aquel horrible y sublime desconcierto de montañas que se abrazan, como bajo una inspiración de lujuria, evoca concepciones apocalípticas. ¡Qué maravilla del arte! Allí debió concluir sus días el genio proscripto; allí, entre grandezas, hubiera encontrado digna sepultura la grandeza trágica de Napoleón; pisando aquellos estribos de granito debió llegar á la inmortalidad el dominador de la Europa y sobre el dorso atlético de aquellas cumbres, que se esfuman en el piélago insondable, debieron rodar sus glorias y las hazañas de sus generales acariciadas por la bandera tricolor.

Pues sobre vertientes que asustan, luchando palmo á palmo con las rocas y con el precipicio, alza la primera ciudad del Brasil el núcleo compacto de su edificación atrevida. En el fondo de esas quebradas se agita, vive y labora un organismo de enormes energías, que allí todo es negación de lo pequeño! Río Janeiro, surgido bajo el ala de cóndor de

sus montañas, se extiende en espléndida gradería desde el picacho hasta la orilla del Océano, en plena posesión de sus vitalidades metropolitanas.

Durante un día pudimos gozar el placer estético de aquella perspectiva única y á la verdad que no nos faltó durante ese espacio de tiempo persona competente que nos apuntara las bellezas locales. Nos referimos á un amable ciudadano brasilero, el doctor Araujo de Vasconcellos, que fué nuestro compañero de viaje hasta New York. Complacía realmente el justo entusiasmo localista de aquel fluminense, apasionado por la ciudad natal. Gracias á él supe que la leyenda atribuye la truncadura que presenta un extraño cono, situado á la entrada de la bahía, á un acto violento de Satanás que, como quisiera entrar al regio recinto contra la voluntad expresa de Dios, tropezó con la cumbre quebrándole de coraje su vértice que, lanzado adelante, señala el boceto pintoresco del Pan de Azúcar, otra escabrosidad altísima.

Estando en cuarentena el vapor no pudimos bajar á tierra.

Pero ocurrió que un residente extranjero muy conceptuado trajo á bordo datos, evidentemente equivocados, sobre la mortalidad á causa de la fiebre amarilla. Según esos informes, el día anterior habían fallecido cuarenta y tantas personas atacadas del terrible mal. Conversando con el doctor Vasconcellos hablamos, por incidente, de esa elevada proporción mortuoria, trasmitida por otros. Nunca hubiera llegado á los oídos del excelente amigo versión tan mortificante. ¡Cómo defendió, con lujo de verba fácil, los títulos de su ciudad; cuántas reflexiones razonables hizo para derribar la mala impresión de la falsa noticia! Hasta llegó á hacer pieza de convencimiento leyéndonos el *Jornal do Commercio* del día, aunque no era necesario tanto esfuerzo noble para borrar el error del ligero informante.

Porque es indudable que la salud de la población de Río Janeiro ha mejorado inmensamente, gracias al empeño acreditado por el gobierno en ese sentido y, en consecuencia, á las excelentes obras de salubridad llevadas á cabo.

Allí fué la fiebre amarilla un flagelo que llegó á asumir todos los negros caracteres de una calamidad pública indo-

mable, pero, á la fecha, son muy distintos los términos del problema y se paga tributo á la verdad reconociendo que, gracias á esfuerzos notables, el mal está encauzado y completamente en derrota. Pero, claro está, como existen muchos *amigos* interesados en que se sostenga el prestigio de la epidemia, á fin de abrir otros emporios continentales al comercio europeo, la propaganda del terror continúa y la gran capital aparece injustamente oscurecida por la niebla de malvadas adulteraciones de información.

Durante diez días largos navegamos por aguas brasileras. ¡Medio flanco del continente pertenece á la república amiga! Cuando uno acredita á la distancia, con hechos prácticos, su enorme potencia comercial y productora adquiere la convicción de que en el Río de la Plata, por lo general, no se tiene concepto exacto sobre las vitalidades del vecino; y cuando se piensa que los frutos nuestros y los frutos brasileros son tan distintos y, por ende, tan propios para un intercambio, mutuamente ventajoso, la lógica vaticina relaciones comerciales y sociales, aún más vigorosas que las existentes en la actualidad, con la próspera nación fronteriza del norte.

A la semana larga de salir de Río Janeiro, llegábamos á Barbados echando el ancla frente á su capital, Bridgetown, ciudad moderna y bonita que cuenta alrededor de cuarenta mil habitantes.

No hay como viajar para hacerse atrevido y preguntón. Por eso será que enseñan tanto las peregrinaciones por el exterior. Pues gracias á esa explicable curiosidad supimos que la isla tiene más pobladores de los que ella necesita y, lo que es peor, de los que puede razonablemente contener. Allí no hay conejos, pero en cambio abundan los negros como las arenas en el mar, que se multiplican de manera fabulosa. También debe observarse que son gentes muy religiosas. Sólo en algunos parajes del Imperio Chino existe tanta densidad de población. Un maestro de escuela de la localidad, que siguió marcha con nosotros á Norte América en goce de una licencia para recuperar la salud y dejar las canas verdes que

le sacaron los negritos, nos decía que Barbados está abocada á un grave problema social, pues el aumento de seres humanos, que es galopante, coincide con la reducción de los recursos, á causa del desmérito que vienen sufriendo los precios del azúcar, única riqueza de la isla. Pavorosa perspectiva que solo una epidemia humanitaria puede modificar, según lo afirmaba nuestro interlocutor. ¡Triste consuelo! Con ese remedio hasta los desahuciados se curan!

De paso, no está de más decir que Barbados, posesión inglesa de tercer ó cuarto orden, y, como puede suponerse, sin mayor entidad cívica, disfruta los favores de esa sabia autonomía que Inglaterra ha proporcionado á sus colonias, atándolas así á su suerte con los vínculos sólidos del respeto y de cariños espontáneos y merecidos. Si el gobernador de la isla es un militar inglés, en cambio el resto de la administración lo integran los nativos, esos morenos que tanto destacan como padres de familia. Hay, pues, dos cámaras locales, el sufragio se practica con toda desenvoltura y prestigio, y el gobierno municipal también allí rinde beneficios esclarecidos. ¡Quién me hubiera dicho que alguna vez echaría un cuarto á espadas sobre las cosas internas de una de las pequeñas Antillas, perdida en las regiones ecuatoriales! Pero téngase presente que yo también fuí en las conversaciones de á bordo discípulo celoso de aquel maestro de la Isla, ya citado, que iba á los Estados Unidos huyendo de los dulcísimos muchachos de Barbados.

En los días subsiguientes volvimos á ver en lontananza el lomo de otras tierras, islas pequeñas, sin nombre algunas, que cualquiera creería que no tienen objeto geográfico.

Pero una mañana el capitán, pasándonos el anteojo y apuntando con el dedo á una masa oscura que surgía de las aguas á medida que avanzaba el vapor, nos dijo: — «Esa fué la primera tierra descubierta por Cristóbal Colón.»

¿Habrá quién juzgue que exageramos al decir que emocionados hundimos la vista en el horizonte? ¿Podría ser por menos? La historia de Colón constituye uno de los

más grandiosos poemas desarrollados en el mundo y su odisea y sus desgracias y sus triunfos inmortales destellan tantas luces legendarias que si ahí no estuvieran las tradiciones y los libros, confirmando la verdad trágica de ese pasado, pudiera creerse que la fantasía de un poeta de inspiración altísima regaló á la humanidad aquellas estrofas heróicas.

Para saciar el deseo ardiente de todos los pasajeros pasó el barco rozando las costas de la isla privilegiada por el destino. Ciertamente que en esos instantes nuestro espíritu evocó la memoria de aquella colosal aventura máxima de los tiempos clásicos, decretada por el genio. Allí, por el mismo paraje que cruzábamos, habían cruzado las naves del insigne genovés; en aquella misma latitud de los mundos descubiertos, el grito consolador de *¡tierra!* hirió los aires cuatrocientos años atrás; allí la epopeya diera su mejor mentís á la ignorancia crasa de los sabios de Salamanca; talvez en ese momento la estela de nuestro barco cortaba la estela de los barcos redentores!

Bien compensó las penurias del mareo ese rato de intenso placer intelectual. Habíamos alcanzado á conocer la primera joya devuelta por Colón á Isabel, más reina en la posteridad por sus desprendimientos inolvidables que por gracia de su augusto poderío.

Un lunes de madrugada entramos al puerto de New York. La temperatura era muy baja y tules de neblina empañaban la pureza de la atmósfera. Muy largo rato demandó esta enojosa operación, pues nuestro barco se dirigía hacia su fondeadero lentamente, desplegando análoga cautela á la que se ejercita por las personas cuando buscan acomodo en el seno de una muchedumbre.

Mentiríamos si dijéramos que pudimos abrazar el conjunto de la gran ciudad americana. New York no cabe, á buen seguro, dentro de una visual, por amplia que ella sea. New York es superlativa: uno de sus arrebales se llama Brooklyn y cuenta un millón de habitantes!

Dispuesta en la boca del puerto, como un faro, se alza la

estátua de la Libertad, regalada por los descendientes de Lafayete á los descendientes de Washington. Allí está bien fundido en bronce justiciero el símbolo de esta nacionalidad avanzada, seguramente la más libre de la tierra. ¿Dónde tendría pedestal más legítimo que en las costas norteamericanas «la libertad iluminando al mundo»?

Una vez fugado de mi prisión trasatlántica—que así no más fué—me puse en marcha buscando la estación del ferrocarril á la capital federal. Creía encontrar mi ruta haciendo gasto de buena voluntad y de atención; pero muy pronto me dí cuenta de la imposibilidad absoluta de cumplir mi intento. Apenas me alejé de los muelles aproximándome á los barrios centrales, perdí totalmente la brujula. ¿De qué valían en aquel laberinto infernal, el estudio minucioso que hiciera abordo de los folletos que me había facilitado el señor ministro americano en Montevideo, de la guía famosa de Baedeker y de las interesantes ampliaciones orales de los afectuosos amigos doctor Enrique Estrázulas y señor Andrés Guerra, viejos conocedores de este mar sin orillas?

Los coches eléctricos que pasan como una exhalación; las corrientes humanas que se deslizan en todos sentidos, desbordándose de las veredas hasta el medio de la calle como aguas salidas de madre; los edificios monstruos de diez pisos, como mínimum, y sin altura máxima señalada, pues los hay hasta de veinte y cinco estantes; los automóviles que van y vienen, sin preocuparse de los transeuntes; los carros, tirados por caballos frisones que avanzan á paso de buey; las bicicletas, que á fuerza de numerosas son una plaga; los millares de mujeres en plena actividad laboriosa; los mercachifles ambulantes atronando los aires con sus extravagantes proclamas; los niños, también ocupados, que circulan llevando en el rostro expresión de hombres, y los hombres convertidos en máquinas de negocios; los silbidos de las usinas, el humo de las fábricas, los *policemen*, firmes como estatuas en el medio de las boca-calles, lujosos y de aspecto veterano, cual si fueran granaderos de la guardia, asociadas estas á mil tonalidades más que escapan á mi

retentiva, constituyen un mosaico maravilloso que sólo puede apreciar el espíritu perdiendo la noción del equilibrio.

¡Así es el eje de este mundo que está en pleno crecimiento! No dudo que las grandes capitales europeas presentarán muchos de los rasgos inquietos que he bosquejado; pero considero, recordando las singulares condiciones activas y prácticas de esta raza, que en ningún otro país tendrá la agitación colectiva los caracteres de asombrosa energía é independencia que ella exhibe aquí.

Pero detengámonos en el declive de las expansiones críticas que ya bastante he abusado de la hospitalidad de ese diario.

Un *gamín*, que leyó en mi rostro mis vacilaciones, se ofreció de guía y, como era natural, yo compré incondicionalmente sus servicios. Empezamos á caminar, si tal puede llamarse á una marcha llevada á media rienda. ¿Qué trayecto seguimos? Me abochorna confesarlo, pero yo, aun llevando los ojos abiertos como patacón, tengo una idea confusísima al respecto. Como recuerdo preciso adelantaré que á las dos horas de peripecias me *consignó* mi hombre en la Estación Pensylvannia desbalijándome de unos dollars, que le dí reconocido, como derechos de comisión. Entre otras reminiscencias extraordinarias que conservo de la aventura, recuerdo que pasamos el puente de Brooklyn; que luego nos internamos entre los desfiladeros—diré así—que separan unas montañas de casas de otras en el riñón de la ciudad; que anduvimos á empujones por la quinta avenida; que enseguida tomamos un vapor y cruzamos un brazo de mar que se llama East-River; que después de otra jornada me echaron dentro de otro vapor y crucé inconsciente otro canal, el Hudson River; que desembarcamos en otra ciudad—New-Jersey—en el fondo de la cual ¡al fin! como si fuera una perla, apareció la anhelada Estación.

Ya era tiempo!

Suprimo otros detalles picantes para acortar el sermón.

Pero no resisto á decirles á ustedes que el viaje á Washington también tuvo su juego completo de revelaciones. En el espacioso coche del ferrocarril aprecié la envidiable auto-

nomía de que aquí también gozan las clases superiores. Para que se den idea de lo que afirmo, debo manifestar que la mayoría de los pasajeros eran señoritas y niños que, solos, por su cuenta, sin un rastro de temor—que en este país verdaderamente libre no procede—se dirigían á mí mismo destino, ó á sus inmediaciones, en la plena conciencia de su señorío y amparados por el respeto y la cultura pública, que aquí son ejemplares. ¿Quién se atrevería en Norte América á mirar de manera insolente á una dama?

Cada vez más impresionado, llevando dentro de la cabeza un torbellino, convencido de que pocas tardes de mi vida valían tanto como la que acababa de cerrarse con la puesta de aquel sol primaveral, pues en horas había visto pasar ante mis ojos el espectáculo cinematográfico de una democracia, me arrellené, despierto ó dormido, pero de todos modos soñando, y así, entre neblinas, desfilamos con velocidad de relámpago, frente á ciudades, á granjas y á pueblos, por Filadelfia, por Wilmington, por Baltimore...

A las seis horas de marcha la voz de: *¡Washington!* dada por el guarda, nos advirtió que habíamos llegado á nuestro destino.

Otra vez estaríamos desorientados—pero Washington no es New York—y pronto un coche nos puso en el hotel teniendo oportunidad en ese trayecto de admirar la histórica Casa Blanca en un severo edificio, rodeado de árboles, que divisamos al pasar...

II

Washington y su idiosincracia — La religión del silencio — Los tranvías eléctricos — Sus ventajas é inconvenientes — El sistema de edificación — El "home" de los norte-americanos — Peculiaridades de la capital norte-americana — Un poco de historia — Apología de nuestro consul general señor Murguiondo — Con Santos Dumont — Juicio de Edison sobre la navegación aérea — El desastre de la Martinica.

También las ciudades, como las gentes honradas, muchas veces presentan su mejor blasón descubriendo su nombre. Más aún: ocurre en ciertos casos muy sindicados de notoriedad que la propia fantasía, por la simple asociación de antecedentes, forja la imagen de parajes sólo conocidos por las referencias del libro. ¡Es tanta la fuerza de la historia! Nosotros nunca hemos recorrido las calles de Roma; pero, ¿acaso el pensamiento, incansable viajero, no nos ha dado ya una idea aproximada de la Ciudad Eterna? ¿Acaso la voz del pasado, que tiene allí ecos colosales, no proclama la memoria de grandezas que fueron, de pujanzas heroicas, de pujanzas artísticas? ¿Acaso una ley de estricta lógica no pide un relicario monumental de mármoles y hierro para guardar tantas leyendas muertas? Es tan imperiosa la fuerza de la fantasía, que pareciera irreverencia ubicar, en el curso de la conversación, casinos, bolsas de negocios, nuestras vulgares carreras de caballos, en el radio augusto de la capital cesárea. Algo idéntico sucede con Atenas. Al pronunciar este nombre se piensa en ruinas gloriosas, casi sepultadas bajo ramas de laurel y de encina, y el espíritu evoca á la

ciudad que cobijó todas las perfecciones griegas y humanas como un paisaje sagrado, extraño á las agitaciones prosaicas de la vida presente.

Pues al pensar en Washington la imaginación nos decía que la capital de los Estados Unidos, de un país de más de setenta millones de habitantes, de un país que exhibe vitalidades gigantescas, debería ser un emporio de multiplicadas é inagotables energías. Tiempo sobrado tiene para ello. Chicago, mucho más joven, es un coloso y aspira á arrebatarle á New York el cetro de la fama manufacturera. Antecedentes también. La pureza de su alcurnia solo podría disputársela Boston, pero Boston no posee el prestigio y la fama exterior que dan la residencia de las autoridades nacionales. Después... el nombre: ¡Washington! ¿No es cierto que este apellido de bronce tiene exigencias muy honrosas, pero por lo mismo muy pesadas para quien lo luce? Por lo demás, concentrándose allí todo el mecanismo de este dilatado engranaje político, siendo el asiento de muchas fuerzas vivas, singularmente aparatosas, el viajero espera hallar una metrópoli en perpetuo desborde de alegrías, de lujo y de fiebres: la capital de la holganza y de los refinamientos en el Norte. Sin embargo, debemos confesar que este concepto que teníamos y que consideramos general no responde á las evidencias, muy diversas, de la realidad. *J'y suis, j'y rest.* Esa, creería, es la divisa de los habitantes de esta casa solariega de la raza americana. Han cambiado los tiempos y con ellos los horizontes; otros son decididamente los rumbos de la pasión nacional; se han alcanzado prosperidades mágicas, talvez nunca concebidas tan esplendentes por los más entusiastas soldados de la Independencia; extraordinarias y conocidas expansiones sociales obligan á entrar de lleno en el camino de radicales transformaciones que van hasta á sacudir el manto de las viejas costumbres patricias; pero en medio á este torbellino de cosas nuevas, algo no ha cambiado, no cambia, no cambiará, y ese algo es la idiosincracia sana, sabia, fuerte y sencilla de este pueblo de obreros y de luchadores.

El fasto, las vanidades frívolas de las sociedades europeas, no encuentran cabida aquí. ¿Para qué interrumpir el salu-

dable ejemplo de vida austera ofrecido por gloriosos antepasados? Excepción hecha del reducido núcleo de extranjeros diplomáticos, Washington sigue despertándose á las ocho de la mañana y entregándose al reposo á las diez de la noche. Después de las funciones de teatro,—que concluyen antes de las once,—sería tarea inútil buscar distracciones en las calles. Quitando contados *restaurants* y clubs sociales, todas las casas, todos los negocios, clausuran sus puertas importándosele muy poco á sus propietarios de las ganancias perdidas. Si el padre de la patria, que tan cerca descansa de su ciudad predilecta, sobre la orilla del Potomac, interrumpiera su sueño de justo y de grande hombre para apreciar la vida actual de sus descendientes, de sus hijos de aquí, pienso que retornaría á la posteridad tranquilo y contento. Es que el impulso primero trae inagotables robusteces. Es que la corriente de salud viene desde las cabeceras del gran río y ninguna curva del camino podrá romperla. En Washington todos los extranjeros unidos no alcanzan á formar un puñado; de manera, pues, que no habiendo colonias, núcleos de población que practiquen distintas costumbres, ningún elemento extraño perturba la tradición de los hábitos locales. No existiendo ni rastros de ese cosmopolitismo general en los países del Río de la Plata, el forastero está obligado, ó á adaptarse rápidamente al nuevo medio, ó á resignarse en caso contrario, al más cruel aislamiento.

Contra lo que podría suponerse, considerando su gran importancia política, Washington no presenta las exterioridades de una vida inquieta y ruidosa. Nada de eso. El oído, acostumbrado a los ecos callejeros, al grito alegre de los vendedores de diarios, á las cornetas de los mayorales de trenvías, al rodar de los carruajes sobre el adoquinado, á la voz aguda de los mercachifles ambulantes, echa muy pronto de menos esas notas pintorescas y comunes en los grandes escenarios. Aquí se practica la religión de la actividad en el mayor silencio y todas las manifestaciones de la vida en común presentan el mismo exterior de callado automatismo. Es indudable que el progreso va poniendo en derrota al bullicio, antes característicos de los grandes poblados. Por una

parte, el asfalto reemplazando al piso de piedra ha quitado una de las más típicas notas á la música metropolitana. Ahora los carruajes, habilitados con llantas de goma—vale decir con guantes puestos,—se deslizan como sombras, oyéndose apenas el eco de los pasos de los troncos sobre la vía. La instalación de los trenes eléctricos, por otra parte, ha dado otro golpe de muerte al bullicio que antes reinaba en la colmena. En efecto, el chasquido de los látigos, el toque de las cornetas, las exclamaciones variadísimas y verdonas de los mayorales, ora estimulando á la yunta, ora protestando de la impertinencia de algún pasajero, ora advirtiendo del peligro á algún transeunte atolondrado, constituían otro resorte de poderosa animación. Si no que lo diga Montevideo, al que sólo faltaba amortajar, tal era su quietud, cuando la huelga total de los empleados de trenvía interrumpió el movimiento de las distintas líneas. Pues los coches impulsados por la electricidad han suprimido todo ese alboroto, de la misma manera que el ferrocarril suprimió, felizmente, hasta la consumación de los siglos, el espectáculo curioso de largas series de carretas arrastrándose por las cuchillas, haciendo de la picana, del *peludo* y del carrero memorias arqueológicas.

Fuera de duda que en la actualidad hay que llevar más abiertos los ojos al cruzar las boca-calles. Los nuevos vehículos van siempre á marchas forzadas, anunciándose apenas con un débil toque de campana. No bien se instala uno en ellos, un arrancón de locomotora sacude los asientos y en minutos se devoran larguísimas distancias sin que nadie se atreva á apearse sin recabar permiso del conductor. Con el sistema moderno las ordenanzas municipales, fijando el número exacto de personas que pueden viajar en cada coche, han perdido razón absoluta de sér, pues la máquina desprecia peso y aún parece que cría más coraje y avanza más veloz cuando lleva repletos los estribos. Por lo demás, también ha quedado desterrada la cortesía en los coches, que la electricidad se irrita cuando se le robá un instante. Hay que subir y bajar de las plataformas á la disparada, en perpétuo alerta, porque el misterioso fluído no sabe esperar, porque quien esto olvida conoce pronto su venganza en forma de rabiosas sacu-

didas de la mole, que hacen materialmente perder el equilibrio, y porque existe peligro positivo de muerte en demorarse á dar las gracias ó á pedir un informe útil cuando en sentido contrario avanza, á dos lados, otro mecanismo también malhumorado y sin conciencia de sus responsabilidades.

Aquí es interesante observar el movimiento de los trenes eléctricos que, brevísimos, desagotan todas las tardes el radio más activo de la capital desparramando carradas y carradas de gente por las villas de los suburbios. Sin un solo asiento disponible ellos se dispersan en todas direcciones llevando atascados los corredores, plataformas y estribos, de hombres, de señoras y de señoritas que se oprimen en el afán ansioso de hacerse un espacio. Muy al revés de lo que pasa entre nosotros, la voz de los empleados de la empresa para nada se oye, porque aquí se entiende que después de pagar su boleto cada cual tiene derecho pleno de hacer lo que se le dé la real gana, tanto de viajar agarrado del freno como de romperse una pierna descendiendo del wagón sin solicitar que pare. La autoridad competente se limita á advertir á los pasajeros, talvez para que luego no puedan alegar ignorancia de las leyes. Así, en letras negras y muy visibles, se avisa á los interesados que viajar de pié en las plataformas es peligroso, como también apearse sin tocar el timbre. Eso basta y nadie tiene nada más que agregar. A la escuela se va á oir lecciones y las empresas no pagan sus empleados para que se pasen el día pronunciando discursos en el desierto. Y toda la organización social responde aquí á ese concepto de libre albedrío que se transparenta en detalles tan insignificantes como el que apunto así como en las faces más serias de la vida colectiva. Aquí la soberanía del *yo* es sagrada mientras ella no roce en la práctica al derecho del vecino. En consecuencia, ese criterio sensato y salvador, que es punto de partida de todos los esfuerzos, permite á cada cual, por humilde que sea, formarse una exacta y valiosa opinión de su propia entidad.

Al presente todas las ciudades de la Unión tienen trenes eléctricos, no concibiéndose ya que pueda perdurar en países civilizados y que se dicen en pleno adelanto el imper-

fecto servicio de las líneas á sangre. Tan lo comprendo así que cuando álguien me ha interrogado: — «Los coches eléctricos de su país, ¿son idénticos á los nuestros?» Me he creído solemnemente obligado á mentir y á completar la novela con datos improvisados ¡cómo que eran fantásticos! En alguna parte vuelve luego la calma á mi conciencia, maltratada por remordimientos, no muy agudos, después de tales travesuras, cuando pienso en lo vergonzoso que sería decir la verdad verdadera, y recordando que algún autor, creo que Sir Harry Wolton, ha definido á los diplomáticos «hombres honestos que suelen mentir en el exterior en provecho de su patria».

¿Cómo convencer á uno de estos americanos inteligentes y despiertos de que nuestro país no desmerece, por su cultura, de los más avanzados, después de confesarle que todavía Montevideo, con sus doscientos cincuenta mil habitantes, no se ha resuelto á desterrar las líneas á sangre? ¿Y si yo agregara que las propuestas presentadas las hostilizó algún diputado por aquello de que es necesario protejer la producción caballar?

Las exigencias de la vida moderna, inquieta, nerviosa, expansiva, hacen indispensable la implantación del nuevo sistema de trenvías, que rinde beneficios de todo carácter. Los *cars* suprimen la incomodidad de las distancias y permiten al empleado vivir á dos ó tres leguas del asiento de sus tareas, sin que lo atormente la preocupación de llegar tarde á su escritorio; representan un notable abaratamiento en los pasajes, lo que extiende á las clases más desheredadas, el beneficio de un trasporte rapidísimo, hasta la fecha casi patrimonial en las personas más holgadas; concurre, en primer término, á la valorización de las tierras, por cuanto quita á los suburbios sus conocidos inconvenientes de distancia, colocándolos materialmente á las puertas del centro de los negocios; determina otras aplicaciones, que no faltan, de los productos caballares, absorbidos por el antiguo modelo; llevan contacto de todo momento á los extremos más apartados de las capitales, y hacen de las poblaciones un ovillo de civilización y de bienestar. Imaginemos lo que representarían ahí

medios de comunicación, mucho más baratos y de facilidad no concebida, entre los puntos más opuestos. Por ejemplo, llegar en un cuarto de hora á Los Pocitos; en algo menos á la Playa Ramírez; al Cerro en algo más, lo mismo que al Prado, Cerrito y Colón.

Topográficamente, Washington no ofrece ningún encanto, pues ella se alza sobre una planicie que solo presenta leves arrugas hacia el lado Oeste y fuera del radio urbano. De manera que sus calles se prolongan sin el detalle de una sola ondulación, luciendo el ribete insuperable que prestan árboles muy coposos. La denominación de las avenidas responde al sentido práctico de este pueblo, designándose por letras sucesivas las que corren de Oriente á Occidente y por número las que hacen ángulo recto con las anteriores.

El tipo general de las casas responde á una arquitectura que parece clásica en el país, pero que no concluye de agradar, talvez por ser tan diferente á la nuestra. Sin embargo, creo que esta impresión mediocre sea, más que de otra cosa, resultado del hábito, pues todos sabemos que el carácter de nuestra antigua edificación es detestable, ya se juzgue por el lado de la estética ó por el lado de la comodidad. Desde luego, señala una circunstancia agradable á la vista el hecho de que al frente de cada casa exista un pequeño jardín. Una consigna, dada por viejas preferencias que se respetan sin excepción, hace que el pobre y el rico, trátese de los alrededores ó del centro, sacrifique gustoso el frente de su solar, en una extensión aproximada de cinco varas de fondo, concediendo así un desahogo á su morada y ampliando su perspectiva. Como el clima presenta crueles alternativas de frio, todo está dispuesto en el interior de los edificios, que reunen verdaderas condiciones de *confort*, para batir con éxito á las bajas temperaturas. Y como si las puertas de cierre hermético y la aglomeración de las habitaciones no bastásen todavía, se tiene siempre en ejercicio el calorífero, que no falta en el más humilde de los hogares.

El exterior de los edificios no seduce. Todos exhiben el sello de pequeños castillos, con frentes irregulares y puer-

tas poco artísticas, motivo que, alejando todo asomo de variedad, crea un conjunto acentuadamente monótono. Pero recordemos que en pocos casos con más acierto que en este puede asegurarse que las apariencias engañan. Que la fisonomía de las construcciones se resiente, para nosotros, de cierta adustez, eso bien lo saben sus moradores y muy poco les preocupa. Casi diré que aceptan con orgullo esa característica. Y les asiste razón. ¿Qué puede significarles el golpe de vista desde la calle, si su *home*, si sus alegrías, si sus afecciones todas, si su bienestar, si su estufa y su libro y sus horas inefables de velada en tertulia de familia y de amigos, tienen un sagrado escenario del lado de adentro de esas paredes desairadas? Al americano, como al inglés, no se le ocurre sacrificar un ápice de su holgura íntima en beneficio de la estética, que deja de merecer consideraciones rigurosas cuando compromete alguna instalación doméstica; de la misma manera que no se le ocurre inquirir quien es su vecino y si viste bien ó si viste mal. Alguien ha calificado de egoista este modo de ser. Como la generosidad de sentimientos no se abona con palabras de miel y con oficiosidades impertinentes de conventillo, pienso que quienes así juzgan modo tan sabio de vivir incurren en irritante injusticia.

Precisamente la fuerza impulsora de la grandeza sajona tiene uno de sus más robustos orígenes en ese apasionado amor al hogar, exclusivo é imperioso como todos los conceptos morales definidos. ¿Acaso ese relativo aislamiento de cada cual no funda en la práctica soberbia de los hechos, la independencia de todos, por cuanto enseña á las unidades el valor inapreciable de la libertad individual y á respetar en los demás lo que se exige sea respetado en uno? ¿Acaso no obedece á leyes lógicas, simpáticas al corazón humano, esa solidaridad suelta y expontánea de los hombres del Norte, que sólo posee carácter oficial durante las horas de labor en común, de tareas aliadas, de agitación comercial, de bancos, de especulaciones, de lucha, pero que desaparece, sin aflojarse en esencia—para remacharse tal vez—durante esas otras horas de esparcimiento, de reposo, de

hogar, de satisfacciones privadas? Sin que yo las sepa en realidad más calurosas, las costumbres de otros países presentan en este punto, caracteres verdaderamente mortificantes. Aquello de que los barrios se alboroten á la llegada de un nuevo habitante y de que se produzca un interrogatorio policial alrededor de su procedencia, orígen y filiación, no señala, á buen seguro, un atractivo. Tampoco lo supone ese otro hábito rancio de las visita de buena vecindad, que á menudo la preparan mala, tan obligadas antes al extremo de juzgarse grave pecado de cortesía el omitirlas. Menos aun la ingerencia atrevida y pesada en los asuntos caseros de quienes se atribuyen prerrogativas de intervención por el hecho simple de vivir en la acera de enfrente. Todas esas imposiciones extrañas y tan familiares, de determinados centros, no denuncian, como se pretende, espíritu solidario y generoso, pero si su adulteración grosera. Son las tales, actitudes farsaicas, tomadas para ofrecer brecha á un afan de curiosidades insaciables que lucha, á porfía, por colocar en medio de la vía pública, expuestas al asalto de temibles maledicencias, las más íntimas y las más puras afecciones individuales. Por fortuna esos rastros de imperfección social van desapareciendo barridos por prácticas nuevas.

Pues á las razas del Norte se les suele imputar, como un defecto, la ausencia de aquellas formas anticuadas de asociación. Egoistas, ellos, porque hacen de su domicilio un recinto sagrado al que solo tienen acceso un número reducido de alianzas sinceras. Egoistas, porque, siendo tan afectivos como los demás, ellos no conciben que se vulnere la libertad del vecino con intrusiones molestas y haciendo de su casa una sucursal de la propia.

Volviendo al tipo de las construcciones, diré que en los extremos,—que definen los albergues con patios imitando páramos y media docena de puertas de dos metros cincuenta de altura para cada habitación,—y las moradas con aspecto de baluartes y diseño interior de conventos, escasas de luz y de espacio libre, existe la arquitectura intermediaria, de conciliación, adoptada ya en Buenos Aires y en pleno vigor tambien en Montevideo, gracias al esfuerzo inteligente de los

buenos discípulos de nuestra Facultad de Matemáticas. Preferimos, sí, esas creaciones de nuevo estilo, cómodas, accesibles á todos los refinamientos de la holgura, á la vez que ámplias, pródigas en iluminación natural y de fisonomía fresca y hospitalaria.

En Washington rige la ley de la abundancia. Todavía no he visto un solo pordiosero. Lo recuerdo con alivio: aquí tampoco hay vendedores de números de lotería. También debo advertir que éste es talvez uno de los pocos puntos paradisiacos de la tierra en que no se habla una sola palabra de política fanática, por la simple razón de que no tienen objeto las elecciones legislativas, ni las elecciones municipales, ni los *meetings*, ni las protestas ó aclamaciones de los partidos. La causa de tan singular dicha, y la denomino así siempre que ella sea compatible con el civismo, como lo es en este caso,—no puede pedirse más sencilla. El distrito federal consta de diez millas cuadradas y después de repetidos ensayos comunales ha quedado confiado su gobierno á un cuerpo de administración, compuesto de dos comisionados civiles elegidos por el Presidente de la República con anuencia del Senado y de un ingeniero, designado entre el personal técnico del Departamento de la Guerra. Cada tres años se renueva esa autoridad. En cuanto al presupuesto de gastos públicos, ellos deben elevarlo al Congreso y, prévia sanción, se cubre por mitad con rentas nacionales y con impuestos locales.

La capital de la Unión cuenta un siglo y pico de existencia. Para evitar el choque de las rivalidades entre los Estados ya el primer Congreso se preocupó de crear una ciudad nacional, sin historia, extraña en absoluto á vinculaciones parciales, á fin de que no siendo de nadie pudiera ser de todos. Persiguiendo ese propósito se pasó el *bill* de 1790 y según refieren las crónicas de la época, después de ardientes debates, se acordó fundarla aceptando la extensión de terreno ofrecida al efecto por los Estados de Virginia y de Maryland, que se mutilaban noblemente para servir el interés federal, aunque luego se le devolvió al primero su parte. Para hacer más gráfica la idea de la infancia de la

capital americana un historiador conocido la describe entonces: «situada en medio de un desierto, con algunas pequeñas casas, sin cristales en las ventanas, esparcidas en las selvas, al través de las cuales se baja sin encontrar un ser humano». ¿No hacen estas honrosas reminiscencias el mejor elogio de los famosos florecimientos actuales y de sus incomparables propulsores? En 1814, durante la segunda guerra contra los ingleses, la nueva ciudad, que á la sazón contaba con diez mil habitantes, fué tomada entregándose á las llamas al Capitolio, la Casa Blanca y todas las dependencias públicas de importancia. Al terminarse la guerra civil entró en senda de positivos adelantos, y en la actualidad su población alcanza á trescientas mil almas. Su progreso es incesante, no concurriendo poco á ese resultado el propósito firme que se adivina en el gobierno federal de ilustrarla con todos los singulares atractivos de una gran metrópoli. Y á la verdad que se prestigia ese anhelo cuando se piensa que la representación exterior de la patria cabe á esta ciudad favorita de la fortuna. Aun tratándose de la más aproximada democracia del mundo, la alta investidura de quien tiene en sus manos las riendas de medio continente exige una residencia que hable de majestades, aunque ellas sólo tengan orígen en la ley. Tanto más si se observa que, gracias á la santa tarea fecundante de las ideas igualitarias, más manda hoy el presidente de los Estados Unidos de América, ungido con autoridad transitoria por el sufragio de millones de hombres libres, que el Czar de todas las Rusias, autócrata por la voluntad odiosa del terror y en hombros de la esclavitud.

Interrumpo el curso de estas generalidades para hacer el elogio más entusiasta de un ciudadano oriental, que de muchísimos años atrás viene sirviendo con lujo de fidelidad, tan invariable como desinteresada, al lejano país de su nacimiento. Quienes alguna vez han tenido relaciones, de cualquier género útil, con Estados Unidos saben ya, antes de que estampe su nombre, que me refiero al señor don Prudencio de Murguiondo, nuestro Cónsul General aquí. Y quienes algo conozcan de los albores de soberanía en el Plata, sobre todo, quienes hayan leido las páginas históricas magistrales de

Francisco Bauzá, no ignoran que su abuelo, coronel colonial del mismo nombre y apellido, fué jefe de un cuerpo, famoso por sus agitaciones en los instantes del crepúsculo patriótico. Tuve especial placer en visitar al señor Murguiondo en su domicilio de Baltimore. Aunque se trate de conocimientos vulgares, interesa recordar, para concebir mejor la grandeza de este organismo social, que Baltimore cuenta setecientos mil habitantes, estando solo á tres cuartos de hora de Washington; pero por ferrocarril americano, adviértase.

¡Cuántos buenos frutos debí á mi iniciativa cortés! Gracias á ella pude solazarme durante horas, que pasaron desapercibidas, en el trato de un caballero, de un patriota y de un trabajador. Lo primero lo lleva escrito el señor Murguiondo en su físico y en su trato, que ofrecen el ejemplo de una alianza seductora de la hidalguía hispana y de la serenidad sajona. Lo segundo, se aprecia muy pronto aquilatando la pasión depurada que aquel servidor siente por la república, pasión que no han conseguido amortiguar ni medio siglo largo de alejamiento, ni la experiencia de afanes loables esterilizados. La tercer arista se pone fácilmente de relieve abrazando en conjunto su labor de épocas, recorriendo sus libros de correspondencia, leyendo sus cartas, llenas de jugo, sus notas, siempre previsoras, sus publicaciones aquí; en una palabra, examinando los elementos con que ha sostenido impertérrito la defensa de la tierra, tan distante! El señor Murguiondo vive en Norte América desde 1846. De entonces acá sólo una vez, hace dos lustros, ha vuelto al Rio de la Plata para tener ocasión de encontrar á sus lares en plena prosperidad y adelanto, apesar de todo y contra todo.

Para probar que no exagero al enaltecer tan ardientemente la actividad veterana é incansable del ciudadano de que hablo, me bastaría con decir que, hoy mismo, un importante órgano de New York dedica media página de su edición dominguera al comentario de la Exposición de productos exclusivos de este país proyectada en Montevideo. Bajo ese artículo de ventajosa propaganda está la inspiración del Cónsul General del Uruguay quien, interrogado en

el desarrollo del mismo sobre cuales son las mercaderías de posible colocación entre nosotros, contesta textualmente al reporter: «Todas las exportaciones americanas responden á casi todas las demandas de la importación oriental, pues Montevideo es una ciudad de carácter acentuadamente cosmopolita. Todo lo que posea mérito verdadero será apreciado y comprado allá. Máquinas de coser, máquinas de escribir, utensilios agrícolas, paños, relojes, rifles, pistolas, municiones, manufacturas, etc.; en definitiva, todo lo que encuentra salida en una plaza como la de New York la tendrá también allá, advirtiendo además, que la base de las transacciones es á oro y al más alto tipo.»

¿No pide caluroso agradecimiento público tanta tenacidad en el esfuerzo noble? ¿No se señala un caso ejemplar de adhesión al terruño y de rara lealtad á una bandera, descubriendo á los ojos de la multitud la figura esclarecida de un compatriota que á los setenta y dos años de edad se emociona al hablar del país de sus mayores y apenas suyo en la materialidad de la vida, pues cincuenta y seis años de ausencia pesan como una lápida sobre la más viril de las afecciones? Presentando al natural á este servidor modesto, ignorado, sin aspiraciones ningunas, contento de ser solicitado, que se entusiasma al calcular los inmensos beneficios que rendirá el nuevo puerto, ¿no se confunde acaso con luces de diamante á los buhos, á los que reniegan de todos nuestros méritos, de todos nuestros latidos, por el hecho de ser nuestros? Bendito sea el imán irresistible de la patria que á todos nos conquista y á todos nos hace buenos!

La gentileza del señor Ministro del Brasil me permitió, la semana última, estrechar la mano de Santos Dumont, glorioso soldado de la ciencia contemporánea. El ya célebre aeronauta ha sido solicitado por los organizadores de la Exposición de San Luis para preparar originales y costosísimas carreras en globo, y con este motivo, de paso para su destino, fué presentado á la sociedad de Washington por el doctor Assis Brazil y señora, quienes dieron al efecto una hermosa fiesta. Como todos los hombres que poseen positivas condiciones superiores, se caracteriza Santos Dumont por

una afabilidad y modestia sugestivas. Habla de sus temerarios esfuerzos en favor de la navegación aérea, como si se tratara de asunto desprovisto de mérito y mostrando siempre en los labios el dibujo de una sonrisa simpática y buena. Es de baja estatura, escaso de carnes, su cabeza es pequeña; tiene ojos vulgares pero iluminados por una expresión agradable; una raya al medio, sin gracia, parte en dos campos su abundante cabellera oscura, cuidadosamente aplastada á los lados. Conversa poco y cuando lo hace levanta poco la voz, como si estuviera avergonzado de su universal notoriedad.

Queda caracterizado así, en cuatro rasgos de pluma imperfecta, el héroe de los aires, el hombre de espíritu y de corazón grande que á los veintiocho años ha subido de golpe, llevado por su globo, hasta el cielo de la fama verdadera. Nadie descubriría en él rasgos enérgicos de audacia, de virilidad ó de fuerza y, sin embargo, él es un irresistible caudillo y sus vuelos de conquistador no tienen igual ni aceptan límite. Santos Dumont también busca un reino de Cipango soñado más allá, más arriba del manto real de las nubes. ¡Qué intrepidez la suya! Desde que monta su barco pone su vida al capricho de una baraja y tira al abismo sus ambiciones. Todo por el afán radiante de servir á la ciencia. Cuántas impresiones de campo de batalla habrá experimentado el bravo marino de las alturas al sentirse arrastrado por corrientes irresistibles, solo, perdido, en la inmensa soledad de los mares azules! Pero el equilibrio de sus facultades destaca admirable, y gracias á él salvó de una muerte segura cuando su último accidente en la costa del Mediterráneo.

A la pregunta de un periodista, sobre si no sentía temor en sus arriesgadas excursiones, contestó: —« Siempre tengo bastante que hacer abordo de mi nave y no dispongo de tiempo para pensar en asustarme. No sé, pues, lo que vale el terror de una caída.» Al desembarcar en New York exclamó entusiasmado: «Vaticino que aquí radicará en el futuro uno de los primeros puertos de los buques aéreos.». ¿Cierto que producen efecto reflexivo raro, cual si se tratara de perspectivas milagrosas, estas afirmaciones de hori-

zonte genial? ¿Y por qué no ha de estar en lo cierto quien ha adquirido con sus hazañas el derecho de ser creido y escuchado? Bien sabemos que la antesala de los grandes esclarecimientos científicos ha sido en todas las edades una convicción de absurdo que, sin ocurrir á los ejemplos clásicos que retratan á Colón ridiculizado porque suponía á la tierra redonda, Fultón desairado como un extravagante visionario por Napoleón, Galileo próximo al suplicio por el delito de ser sabio, y Morse, casi apedreado, se presenta palpitante y á un día de distancia en el caso—creido vana locura—de la telegrafía sin hilos. Se ve claro que el valeroso brasileño está dispuesto á sacrificar todo lo suyo, aun lo más precioso, con tal de alcanzar su propósito colosal. Sin bosquejar pesimismos pensamos que su gallarda empresa puede fácilmente señalar la hora de su martirio y que talvez al poner, unas de tantas veces, su pie en la barquilla veloz, pague con la vida su indomable anhelo de reproducir en la tierra la figura fantástica de aquel Robur que fué, según Julio Verne, dictador de los aires.

Reviste especial interés la conferencia de Santos Dumont con Thomas Edison, inventor de maravillosas *brujerías*. Esto pinta el carácter norteamericano: empezó Edison por decir que la humanidad debía sentirse avergonzada de no haber resuelto aun el problema de la navegación aérea. «Hace poco estando en Florida, dijo, ví un gran pájaro,—creo que era un buitre—que se sostuvo en el espacio durante una hora, sin que moviera las alas de manera perceptible. Cuando Dios hizo ese pájaro él le dió una máquina para que pudiera volar pero no le concedió mucho más. Prestó al ave un cerebro muy chico, habilitándola para dirigir los movimientos de aquella máquina, pero otorgó al hombre un pensamiento muy superior, comparado al de los pájaros. Pues bien, aprovechemos la lección. Ese buitre representa un mecanismo natural para volar, que es mil veces más pesado que el aire que desaloja. En segundos de vuelo perezoso puede trasponer distancias que el hombre vence con enorme dificultad, y esto, como digo, gracias á un simple aleteo. Esa no es más que una máquina y un cerebro chico y no tiene

en realidad nada remarcable. ¿Por qué, entonces, no puede el hombre construir un aparato semejante y eficiente para volar como el buitre? Mucha gente sostiene que ello es debido á que nunca se tuvo la intención de que el ser humano volara; que si la naturaleza lo hubiese intentado así habría dotado á su cuerpo de los elementos indispensables que dió á los pájaros. Pero se podría contestar, aceptando este criterio, que también nunca se pensó que el hombre gozara de otra iluminación que no fuese la del sol, la de la luna y la de las estrellas, que fué originaria; y que no debiéramos movernos de un país á otro, llevados rápidamente por ruedas, porque la naturaleza no las puso á nuestro alcance en los comienzos de la creación.» Así habla el sentido práctico. Avanzando luego opinión, y como respuesta al joven ingeniero que le expresó su empeño constante de reducir las dimensiones del globo, agregó el viejo vencedor de la electricidad:—«Bien; usted está en el buen camino y ha dado un paso firme hacia la solución completa del problema. Persevere; pero deshágase de su globo, combínelo más diminuto cada vez. Mucho tiempo le exigirá hacer el negocio comercialmente posible. Cuando usted reduzca las dimensiones de su globo, tanto que se alcance á verlo con el microscopio, habrá triunfado.» De estas y otras curiosas manifestaciones de Edison se deduce que, en su concepto, el éxito se obtendrá mediante el invento de un mecanismo más pesado que el aire; pero de tales condiciones técnicas — aun desconocidas—que pueda sostenerse en el espacio á la par de los pájaros, y no insistiendo en crear naves que floten á fuer de livianas. De todos modos, Santos Dumont, en su afán de descubrir los arcanos de este nuevo polo, ya se interna, iluminado, en las aguas del mar interior.

¿Recuerdan que en mi primera carta, al referir á la densidad de población en las Antillas menores, y muy especialmente á la Isla de Barbados, apuntaba las preocupaciones sobre el asunto de un maestro de escuela, allí nacido, que sólo veía en alguna gran calamidad pública remedio á situación tan grave? Pues un siniestro capricho de la naturaleza ha dado espantosa realidad á aquellas profecías, enunciadas sin recelo como se enuncian las

probabilidades imposibles. La ciudad de Saint Pierre, enterrada viva por lavas hirvientes, ha dado á la América una Pompeya, más ámplia, más fúnebre, más conmovedora, que la Pompeya de los tiempos clásicos. Las demás islas y aquella bonita población de Bridgetown, que tuvimos ocasión de observar desde á bordo, con sus calles espaciosas señaladas por palmeras centenarias, corren también peligro inmenso. En estos instantes el rugido atronador de volcanes, hasta ayer sin aparente virilidad y ahora con voz más ruidosa que la voz de cien cañones, advierte á muchos pueblos indefensos cuán terrible es su situación y califica otra vez la fragilidad de los destinos humanos. ¡Ojalá la amenaza no se haga carne! Frente á lo inmenso del desastre se destaca lo inmenso del socorro. El mundo entero ha llorado con la Francia. Antes que ninguno resalta por su magnificencia, por su gigantesco significado de caridad, el concurso espléndido de esta gran nación que ha ofrecido á los perjudicados el homenaje de medio millon de pesos oro, sin proclamar su desprendimiento, sin pregonarlo, sin soberbia. Barcos repletos de alimentos, de remedios, con personal médico y científico, han zarpado ya de los puertos americanos para el sitio de la catástrofe. ¿Habrá todavía quién niegue la derecha en todo á este país colosal?

III

La Casa Blanca — Su descripción y su historia — La estátua de Rochambeau — La ceremonia de la inauguraciòn — El presidente Roosevelt — Su oratoria, su figura y sus antecedentes — La emancipación de Cuba — Primeros frutos de la obra — La repùblica de Cuba — Sus relaciones con los Estados Unidos — La obra de los maestros americanos — Sampson y Pauncefote — El ejército yankee — Su idiosincracia — Caracteres envidiables.

No dedicar algún espacio á la histórica Casa Blanca, al hablar de Washington, parece descortesía semejante á la del huesped que no pregunta por los jefes del hogar al que es admitido, porque encarna, la referida, todas las grandes tradiciones de la vida política norteamericana, pudiéndose asegurar que allí han hecho un alto las más ilustres virtudes democráticas del Nuevo Mundo. Jorge Washington puso su piedra fundamental en 1792 y ocho años después la inauguraba el presidente John Adams, aquel glorioso veterano de las luchas institucionales que muchos lustros más tarde sellaba sus labios de moribundo con estas palabras que encierran todo el testamento de un republicano sincero: «¡Independencia para siempre; Jefferson sobrevive!»

En 1814 fué incendiada pero no bien terminó la guerra se procedió á restaurarla, pintándola de blanco para que destacara mejor sobre el fondo oscuro del arbolado que la rodea, circunstancia ésta que le dá su nombre típico. Monroe ya la habitó en 1818 y desde entónces á la fecha nada ha interrumpido el desfile de los presidentes americanos por los salones de la mansión ejecutiva. Ni aun aquellos días récios y terribles de la guerra civil pudie-

ron arrancar á la legalidad de su asiento y todavía se muestra al visitante la ventana desde donde Abraham Lincoln infundió alientos á su pueblo en horas de amargura nacional, cuando los hermanos se batían entre sí por la liberación del negro.

Inclina á pensar que el dominio de las grandes fuerzas morales debe ser incontrastable en el seno de la humanidad, el hecho real de que sea tan meridiano el renombre de una construcción sencilla, limpia, casi insignificante, que no resiste paralelo en su exterior arquitectónico con nuestro actual Casa de Gobierno. Ni el Imperio Británico, ni la Alemania poderosísima del día, ni Italia la escultural, ni Francia con sus leyendas en todo sentido napoleónicas, ni la España arcaica, ni esa Rusia sin límites, pueden presentar, á pesar de sus respectivos apogeos, un solo edificio que hable tanto como la Casa Blanca al corazón de los hombres selectos y al corazón de los hombres rudos.

Cuatro paredes levantadas con modestísima piedra de Virginia, sin edad casi, desprovistas del menor detalle de lujo, poseen ya hoy más prestigio ante el Universo que todos los magníficos palacios de todas las testas coronadas. Es que la Casa Blanca vale por lo que ella dice al espíritu despertando memorias del pasado. ¿Acaso se piensa, al recorrerla, en triunfos sangrientos, en choques de ambición armada, en epopeyas militares, en golpes de Estado, en conflictos trágicos, en guerras de conquista, en déspotas ó en tiranos? No. Como Cornelía otras son las joyas de que esta nación se precia. Al cruzar aquellas salas la imaginación conoce placeres sin una veta cruel ni arbitraria. La encarnación de la mujer patriota y de la esposa ejemplar la ofrece Martha Washington, cuyo retrato ocupa todo un lienzo de pared. La síntesis de todas las perfecciones humanas vaga en la persona del general Washington, reproducida sobre tela al lado de la anterior: juntos en la vida, juntos en la muerte y juntos en la posteridad. Después sigue la sucesión de todos los mandatarios que fueron, y con ellos pasan famas purísimas de ciudadanos sin tacha, de los cuales, uno, de niño, fué leñador; otro, talabartero; aquél, escaló las mas altas posiciones empezando por ser soldado voluntario de la causa de la libertad; el de más allá, aprendió á leer ya hombre!

¡Qué descendencia la del viejo Franklin! Si no por otros medios de convicción, aun más eficientes, la democracia acreditaría la intensidad de sus virtudes apuntando los nombres do esos varones justos, sus hijos.

Muchas veces se ha hablado de restaurar la antigua casa presidencial arrancando de su fisonomía el carácter sobrio y severo que se le imprimió en la infancia, cuando todavía no se creía que esta nacionalidad sería la favorita de las instituciones y del progreso. Se ha repetido que el representante popular de setenta y seis millones de hombres libres debe residir en una mansión moderna y monumental, digna de tanta virilidad, y que la magestad de los Estados Unidos exige que se inmole el relicario de toda una tradición. Estas manifestaciones, hechas en el Congreso, han provocado verdaderas explosiones del sentimiento público, contándose que de todos los extremos de la Unión han recibido los reformadores ardientes protestas.

Háse respondido, en efecto, que entrañaría un crimen de leso patriotismo el sacrificio de la vieja residencia, en el afán rumboso de abrir las puertas á un lujo desatentado; que bien pueden sentirse cómodos en la Casa Blanca los presidentes del día cuando allí vivieron los presidentes de ayer, los atletas de la epopeya nacional; que más vale presentar al visitante ese edificio austero, encarnación exacta de las virtudes de una raza, que creaciones de derroche arquitectónico; que allí palpita, en una palabra, la historia del país y que, en consecuencia, nadie tiene derecho bastante para romper ese precioso recuerdo. Y así se ha reconocido, ¡puede tanto aquí la voluntad de la opinión! De manera, pues, que nada se ha variado en la residencia del gobierno americano. Así sucede que se tropieza con dificultades, en ocasión de las grandes conmemoraciones, debido á la escasez de espacio. Esta circunstancia tan imperativa ha obligado al Senado á resolver que se agregue un nuevo pabellon lateral al edificio, á fin de darle un desahogo indispensable. El frente de la famosa mansión lo abraza la Plaza de Lafayette, espléndido jardin, natural casi, sin acicalamientos ni verjas, que completa el aro de follajes que arranca del Potomac y rodea á la Casa Blanca. Este *square*

ofrece en su centro la estátua ecuestre del heróico general Andrés Jackson, vencedor de los ingleses en la memorable defensa de Nueva Orleans. El ángulo izquierdo lo ocupa el monumento levantado á la memoria de aquel marqués, dos veces noble, que recién casado, rico y lleno de brillantes perspectivas, corrió en horas duras al nuevo continente, soldado voluntario en las luchas por la libertad. Lafayette, dominándolo desde la altura, aparece rodeado de los marinos y capitanes franceses que lo secundaron en su esfuerzo, mientras acepta una espada que le brinda el Derecho. En el extremo posterior, del mismo lado, el bronce consagrará muy pronto el nombre del gran Kosciusko, del justo proscrito.

El ángulo izquierdo de esta plaza, dedicada á los más ilustres extrangeros amigos de Norte América, acaba de ser condecorado con la estátua del mariscal de Rochambeau. Fué la mencionada una ceremonia llena de color que se deslizó rodeada de las mayores solemnidades oficiales. El Cuerpo Diplomático concurrió á ella de rigurosa etiqueta pagando así tributo al deseo evidente de las partes interesadas. En esa oportunidad pude apreciar muchos detalles de relieve. El monumento es una obra gallarda que tiene todo el sello de esa indefinible elegancia que derrama sobre sus concepciones el genio francés.

Sobre un pedestal liso, de cuatro á cinco metros de altura, descansa la estátua del héroe, quien estruja con la mano derecha un papel—el plano de la ciudad sitiada de Yorktown —mientras con la otra apunta hacia adelante, en ademán de señalar el punto débil de las fortificaciones enemigas. A sus piés, también fundida en bronce, aparece la Victoria ofreciendo una espada á la Libertad. Junto á la imágen de ésta resalta el águila americana, pronta, con la garra extendida, en soberbia actitud de ataque.

El pastor de la iglesia de San Patricio bendijo, primero, en breves términos el nuevo monumento y enseguida el señor presidente de los Estados Unidos tomó la palabra agradeciendo en forma calurosa y enfática el expresivo presente de la Francia, «tan poderosa en la paz, como poderosa en la guerra; de la nación amiga cuyo predominio en tantas y

notables ramas del saber y de la civilización será siempre reconocido por el mundo entero.» Mr. Roosevelt es un orador hecho y á poco de oirlo se alcanza que maneja la palabra con verdadera maestría. No lee sus discursos, pero dotado de una admirable memoria, los desarrolla sin descubrir una simple vacilación que bien pudiera ocurrírsele á quien sabe cuanto valor oficial tienen sus expresiones. Articula las palabras con lentitud y en voz tan clara que nadie podrá decir nunca que no lo ha entendido, á la vez que les imprime extraordinario acento, como si se esforzara en convencer á sus oyentes de que siente lo que dice. Después de oirlo y de leerlo se llega á la conclusión de que el primer magistrado norteamericano sanciona también en la práctica la verdad aquella de que «el estilo es el hombre». En efecto, él es como sus párrafos, sólido, fuerte y macizo. Por lo demás, sus gestos de tribuno, llenos de energía y de propia personalidad, responden á su idiosincracia, acentuadamente varonil. Mr. Roosevelt realiza él tipo de los hombres de *mens sana in corpore sano*.

Alto, bien construido, en pleno vigor físico, apasionado por los ejercicios atléticos, cuyas ventajas no pierde ocasión de preconizar, él encarna en el poder la salud envidiable de este pueblo de prodigiosa musculatura. Sus facciones son correctas; sus modales sueltos y benevolentes, como sucede con todos los hombros fuertes; su conversación afable y llana invita á la amistad y enciende rápidas simpatías. Mira en forma abierta, de frente, y así, siempre repudiando dobleces, procede en la altura, aceptando orgulloso el lote de responsabilidades políticas que le apareja su deber.

Señalando con rasgos de hermosa energía cada jalón del áspero camino ha hecho su carrera pública imponiéndose por el imperio de su carácter sin miedos. Solo así pueden explicarse sus extraordinarios éxitos políticos y si bien es necesario aceptar que el puñal de Colgosz apresuró su triunfo definitivo, dándole á los cuarenta y dos años una investidura que nadie tuvo á esa edad antes que él aquí, también debe reconocerse que hasta ella habría llegado, de cualquier modo, gracias á su inmenso prestigio de caudillo. La guerra con

España prestó brillante campo á la voluntad férrea de Mr. Roosevelt permitiéndole exteriorizar, en forma memorable, sus cualidades de luchador.

Ocupaba él por entonces, un puesto de importancia en el Departamento de Guerra. Al iniciarse las operaciones militares, discutiendo con sus compañeros de tareas, sostuvo que caballerías voluntarias, formadas por buenos jinetes, serían más eficaces sobre el terreno que los regimientos. Enseguida abonando la fuerza de sus convicciones, reunió á sus amigos proponiéndoles concurrir al terreno de la guerra debidamente organizados. Aceptada con entusiasmo la idea, muy pronto Teodoro Roosevelt era elegido jefe de cientos de soldados de caballería, escogidos entre los más reputados apellidos de New York. Denomináronse esos guardias nacionales los *Rough riders* (ginetes toscos) y trasladados á la Isla de Cuba llenaron de manera esclarecida su misión dando ellos, con todo resultado, la única carga famosa de la campaña. Ahora bien, imagínese qué enorme repercusión habrá tenido en las filas del pueblo ese singular éxito guerrero del arrojado ciudadano Roosevelt que había ratificado la fama viril de los hijos de América jugando su vida entre las balas y en un clima mortífero, á la par del más humilde soldado. La nación entera se sintió orgullosa de la caballeresca aventura corrida y el brioso jefe de regimiento adquirió perfiles fantásticos. Necesitando el partido republicano afirmar sus posiciones políticas en el Estado de New York levantó su candidatura, como bandera de victoria, que fué votada por miembros aún de la fracción adversaria. Poco después, la Convención de su partido lo proponía para Vicepresidente de la República combinándose la fórmula electoral Mackinley-Roosevelt, que aliaba prestigios irresistibles.

La especial importancia del orador nos ha apartado mucho de la ceremonia inaugural que venimos describiendo. A Mr. Roosevelt siguió en el uso de la palabra el embajador de Francia, Monsieur Cambon, apreciadísimo aquí.

Este diplomático representó á España en los preliminares de paz cerrados en el tratado de Paris. Luego tuvo frases

de verdadera elocuencia el general Porter, cerrando la série el generalísimo Bruyere, jefe superior del ejército francés.

Una inmensa ovación popular saludó su presencia en la tribuna. Con natural curiosidad observé á soldado de tanta gerarquía, llamado, en caso de conflicto, á mandar millones de voluntades y en cuyo talento militar se concentran las esperanzas victoriosas de un pueblo que delira con el reverdecimiento de las glorias imperiales. El general Bruyere representa cincuenta años largos. Su fisonomía inteligente atrae por el conjunto de rasgos enérgicos que la destacan. Bien plantado, sério y agradable en su apariencia, supo aumentar los entusiasmos del auditorio pronunciando conceptos fraternales que hacía más cariñosos aún el acento bizarro y musical de la lengua nativa.

Cuando la condesa de Rochambeau descorrió el velo, entregando la estatua de su antepasado á los amores de un magnífico sol de Mayo, las notas de la Marsellesa y del *Star Spangled Banner* hendieron la altura, abrazadas, mientras el clamoreo de la multitud confirmaba la fuerza simpática del acto. Enseguida desfilaron las tropas presentes de ambas nacionalidades. Cuando llegó su turno á los marinos del «Gaulois» el aplauso unánime de los espectadores, apiñados sobre las aceras, les rindió homenaje en forma atronadora. Un gran latido popular puso término á la fiesta internacional.

En esta quincena se ha producido un suceso venturoso que fortifica la entidad libre del Nuevo Mundo: la independencia de Cuba. El 20 de Mayo el general Wood, representante de la intervención norte-americana, izó personalmente en el Castillo del Morro la bandera de la nueva república, haciendo entrega inmediata al Presidente, señor Tomás Estrada Palma, de las riendas de gobierno.

Comunican los corresponsales que acontecimiento tan inolvidable fué festejado por todas las poblaciones de la Isla, que no economizaron medios para asociarse al gran júbilo. Se explica bien esa alegría. Después de tantos esfuerzos heróicos, de tantos desastres, de tantos audaces y estériles alzamientos, ha adquirido contornos de brillante realidad el

sueño libertador de Maceo y del imponderable Martí. ¿Cómo no concebir que los pechos estallen y los corazones desaten torrentes de ternura patriótica, en presencia de una resurrección esplendorosa, después de un ciclo de sombras, de dolores, de lágrimas y de derrotas? ¡Gobierno propio, bandera propia, autoridades propias! ¿No es esta una gracia bendita?

La democracia toda ha debido conmoverse ante ese nuevo y señalado triunfo de su dogma sacrosanto. Por otra parte, la actitud decidida de Estados Unidos ha venido á disipar las dudas que algunos abrigaron sobre la sinceridad de sus promesas, de hace cuatro años, en favor de la completa emancipación cubana.

Los diferentes capítulos de la jornada se han cerrado sin que el coloso del Norte descubriera un sólo pujo devorador, fácil de satisfacerse en caso de haber existido. La palabra solemnemente empeñada no ha tenido un instante de eclipse. Por cierto que merece caluroso aplauso esta conducta digna cuando el derecho gime en tantas regiones del mundo. Los años corridos de dominación americana en la isla, se han caracterizado por un afán nervioso de reorganizar, de construir, de purificar. Pareciera que el extranjero, con plena conciencia de su augusta misión maternal y ofendido por el cargo de conquistador que se le dirigió, hubiese querido poner en actividad sus singulares energías para desmentir magnificamente el generalizado reproche. Terminada la guerra, Norte América abordó con entusiasta ardor la tarea de encarrilar la situación de Cuba, como deseosa de entregarla á sus hijos limpia de lunares, lozana y próspera.

Nadie negará que se ha alcanzado ese objeto. Basta leer las informaciones administrativas para darse cuenta de lo mucho que se ha hecho en la perla antillana. Para abonar mejor este aserto, tocaremos el asunto de la salud pública que cualquiera consideraria muy lejano de la mente de un dominador provisorio. Lo que se ha hecho allá en ese sentido es extraordinario. La fiebre amarilla fué siempre mal endémico en La Habana, ocurriendo algo semejante con la viruela. Desde que pudo ejercerse normalmente, la autoridad americana dedicó una atención constante al asunto.

Comprobado científicamente que los mosquitos eran los principales propagadores de la fiebre, se inició una campaña de extirpación de los mismos, mientras que, por otro lado, se abordaba, con éxito rápido, la implantación de una buena policía sanitaria. Los resultados de esa reacción los revelan, con más elocuencia que las palabras, las siguientes cifras de estadística comparativa que tomo de una revista insospechable: En Abril de 1898 murieron en La Habana 1.399 personas, lo que dá una proporción de 71.88. En el mismo mes de 1902 murieron sólo 499 personas siendo la proporción de 21.77. En el informe presentado al departamento de estado habla así la autoridad técnica:

«La malaria, fiebre amarilla y viruela, que por generaciones han flagelado á la población de la Habana, han perdido hoy allí su caracter epidémico. Este resultado se comprende recorriendo las calles de la ciudad, guardadas en la más completa limpieza. Pero lo que más ha preocupado á la sanidad ha sido el cuidado del interior de las casas. Una inspección constante y la imposición necesaria de multas, continuada sin descanso durante tres años, han acostumbrado á la gente modesta á conservar en buen estado de higiene sus patios y viviendas. Mucho resta por hacer aún en lo que se refiere al servicio de salubridad». De paso se me ocurre recordar que en el Boletín Mensual de la Salud Pública, editado por este gobierno, teniendo á la vista los informes de sus delegados consulares en el extranjero, Montevideo ofrece la cifra *más alta* de casos de viruela sobre todas las capitales del mundo, pues si bien, á primera vista, Londres parece aventajarla, tomando en consideración el monto de las distintas poblaciones no sucede así. Establece aquella revista que desde el 26 de Octubre de 1901 al 15 de Febrero de 1902 se han producido en nuestra ciudad *ochocientos ocho* casos. Acompañando la mencionada publicación hice notar al gobierno ese dato tan desfavorable que nos perjudica en el exterior.

Es claro que la emancipación cubana no será absoluta, respecto de los Estados Unidos, en materia comercial. Representa demasiado la indicada nación en la balanza de los

negocios mundiales para que su influencia no perturbe los mercados y, sobre todo, los mercados de los pueblos chicos y vecinos. En más de un concepto, pues, la República de Cuba tendrá fatalmente que ser tributaria de Norte América; pero esta vinculación estrecha no ha de presentar caracteres odiosos de impuesta preferencia. Desde hace mucho tiempo existe una poderosa corriente de intercambio, fortificada en la actualidad, gracias al esfuerzo febriciente de esta raza que ha desalojado competencias valiéndose del arma, muy legítima, de la oferta acomodada. Desde que América del Norte abastece hoy, en gran escala industrial, á los más lejanos países, resulta lógico que ella domine en adelante la plaza antillana, por imposición de circunstancias normales y envidiables. Todos sabemos que esa ha sido la sabia característica de la colonización sajona: emancipados los dominios siempre ha subsistido la vinculación valiosísima del comercio que grava perdurable en el corazón de los hijos el prestigio de la nación madre. Pero tenemos más aun; siendo la producción cubana similar, en cierto concepto, de la producción americana y, siendo este país la primer plaza de la isla, muy bien se ha podido colocar á aquélla en angustiosa tortura, aumentando las tarifas de importación, á pretexto de evitar perjudiciales concurrencias. La realidad de ese caso de conflicto la ofrece el azúcar y precisamente el debate sobre el *bill* de Cuba absorbió largas sesiones á la Cámara de Representantes alcanzando á interesar el espíritu público. Algunos Estados de la Unión, en especial Colorado, tienen enormes capitales invertidos en la elaboración de azúcar. Esa gran industria se sostiene próspera en mérito á los favores proteccionistas de la ley Dingley. Por otro lado, Cuba abastece á los Estados del Este, contando con esa exportación entre sus más importantes fuentes de recursos aduaneros. A haberse querido, bien pudo comprometerse el porvenir económico de la nueva nación con la creación de las tarifas absolutamente prohibitivas, en provecho de determinados intereses locales, tanto más cuanto que en el seno de la Cámara, oradores ardientes veían en una posible liberalidad el orígen de grandes catástrofes financieras en Colorado y

otros Estados. Pero triunfó la equidad y se impuso una tarifa racional y alentadora, en el concepto de que la reciprocidad no se hará esperar. Para que se vea la singular atención que las naciones dedican en el día al incremento de su intercambio, agregaré que la prisa con que Inglaterra ha acreditado su ministro en Cuba ha estado á punto de arrebatar á Norte-América la prioridad. El primer representante recibido será el decano del Cuerpo diplomático y en la codicia de esa gerarquía y en el afan de suscribir tratados comerciales ventajosos estriba la causa originaria de tanta gentileza.

Bajo la faz educacional, honda y hermosa es también la huella dejada por los Estados Unidos en la Isla. Apenas terminaron allí las operaciones militares, un ejército de maestros reemplazó, en la ofensiva, al ejército de línea. Unos soldados, seguramente los mejores, sucedieron á otros; y apenas pacificadas las poblaciones surgieron, por centenares, las escuelas públicas imponiendo conocimientos elementales á los desamparados de espíritu. Otro tanto se hizo en Puerto Rico. Según las estadísticas oficiales, se han creado en aquella nueva posesión, en el corto espacio de tres años, mil quinientas escuelas primarias. Y es claro, ya se recogen los frutos de tan sábia magnificencia gubernamental. Así, el idioma inglés, antes absolutamente extraño, es al presente vulgar en la mencionada comarca y ya los naturales no lo repudian y la niñez lo hace suyo. Alíese á esto el auxilio de enérgicas corrientes de comercio, no por ser improvisadas menos eficaces; agréguese todavía el enorme contingente de propaganda insuperable allegada por los americanos, que inmigran en forma expontánea transportándose con sus familias y talleres, y sobre todo, llevando consigo sus singulares facultades para la lucha diaria, y digan luego de quién será la fecunda victoria, si del extrangero ó del nativo. ¿Cómo no dominar cuando se hace de la enseñanza pública una religión y del abecedario un evangelio? ¿Qué ignorancia, qué propósito reaccionario, qué prevención, por justificada que ella sea, qué fanatismo de raza, de secta ó de partido resiste con éxito el ataque de una tan admirable ma-

quinaria de luz, montada sobre cimientos de libertad y de justicia?

Estos efectos evidentes, cuya elocuencia arranca, no de exageraciones tribunicias pero sí de escrupulosas estadísticas, deben ser ampliamente divulgados á fin de que cunda el ejemplo de estos esfuerzos prácticos en favor de las masas sociales. En la escuela está el orígen de la constitución política de este pueblo asombroso de los Estados Unidos, que abrió con páginas de bronce y cerró con paginas de bronce, el siglo pasado. Podrán mortificar algo estas manifestaciones explícitas á quienes juzgan inconsecuencia censurable el reconocimiento de méritos en fracciones políticas distintas á las nuestras, no tan antagónicas como se las supone; pero ya es llegada la hora de que veamos las cosas con ojos propios, mirándolas tales como son y dominados solo por la plausible avidez de recoger elementos de sabiduría. Si pagar homenaje de admiración á las virtudes norte-americanas, es decir, á aquellas cualidades preciosas que forman los rasgos salientes de la entidad nacional, importa incurrir en delito de anglomanía, yo me apresuro á confesarme culpable de esa supuesta aberración, pues cada día que pasa lo señalo con una nueva enseñanza saludable tomada en la calle, en el coche eléctrico, en el vestíbulo del teatro, en las recepciones oficiales y en las asambleas públicas. Porque una cosa no quita la otra; se puede apreciar en mucho, en muchísimo, la idiosincracia nuestra, el valimiento nuestro, sin que tal signifique desconocer cuanto más brillarían nuestros méritos colectivos favorecidos por el complemento de un sólido engarce. Y por otra parte, cuando los éxitos justos eslabonados á exitos ofrecen el resultado palpable de la agena capacidad, se ofende á las leyes más elementales de la lógica, pretendiendo oscurecer con nieblas de pasión y de zoncera el prestigio de una grandeza ya orgánica. El buen criterio manda que se estudie esa creciente lozanía á fin de encontrar y recoger el secreto—que tanta falta nos hace—de una maravillosa combinación social, más fuerte que todos los reactivos aliados de la anarquía. Porque el período ejemplar de los Estados Unidos no es de hoy. La historia del país presenta la

uniformidad correcta de una extensísima planicie, pero de una planicie acostada sobre lecho de montañas, y cada uno de sus capítulos pertenece á la tradición honrada del mundo. Durante más de cien años de vida independiente se han obtenido muchas veces verdaderos laureles en la guerra y sin embargo, hasta ahora no ha habido un sólo soldado americano que se permitiera ambicionar, en forma ilegítima, las alturas del mando á la sombra, tan peligrosa, de la gloria militar. Ni un despotismo, ni un asalto del poder, ni una espada consular clavada jamás en el corazón de la patria!

Ningún ensueño de violación ha turbado la imaginación de los grandes servidores. Si Washington, allá en las nacientes, rechaza sin esfuerzo los honores privilegiados de una nueva reelección, por considerarlo necesario así para el mejor nombre de la democracia, Grant, vencedor gloriosísimo en la guerra civil, renuncia en seguida á los placeres dulces de la jefatura superior del ejército negándose, inflexible, desde entonces á asistir á todo acto de exhibición militar, aún á las revistas preparadas en su honor por algunos soberanos europeos. ¿Nosotros, que tantas desgracias debemos á los desbordes pretorianos, y que hemos visto más de una vez á los parlamentos nacionales deliberando bajo la presión brutal de la tropa de línea, y que hemos alcanzado á despertarnos bajo el azote del motín, tenemos el deber de buscar elementos de enmienda y de regularidad, observando la conducta de quienes sostienen, con mano muy firme, la bandera de la disciplina, del pundonor y de la impuesta preponderancia civil. A los Estados Unidos ya no se les discute, se les imita, y no se alcanza poca dicha pudiendo hacer esto con su misma buena fortuna.

Dos sucesos sensibles acaban de conmover al mundo oficial: el fallecimiento de lord Pauncefote, embajador de Inglaterra, y el del almirante Sampson. Era, el primero, decano del Cuerpo Diplomático y agregaba á los merecimientos de su antigüedad aquí, el renombre de valiosas cualidades personales. Alguien, cuya opinión representa la del gobierno británico—el marqués de Lansdowne—ha dicho que con su desaparición el imperio ha perdido talvez al mejor de sus repre-

sentantes en el exterior. En efecto, los servicios de lord Pauncefote en este país fueron trascendentales. Para comprenderlo así basta con volver la vista un poco atrás y recordar el grado de tirantez á que llegaron, en momentos dados, las relaciones entre Norte América y la madre patria.

Creo que en 1885, antes de inaugurarse la primera administración de Mr. Cleveland, el gobierno americano tuvo que dar expresión á un acentuado desagrado popular pidiendo el inmediato retiro del ministro inglés, Lionel Jackville. Este diplomático había cometido la imprudencia de contestar, dando su opinión por escrito, á una persona que le preguntaba cual era el candidato más ventajoso para los intereses de Inglaterra. Carta tan comprometedora fué publicada en los diarios, recurso eficacísimo para perjudicar al aspirante presidencial favorecido con las simpatías extrangeras. La revelación de tal ligereza produjo una tempestad de ardientes protestas, lo que fácilmente se comprenderá recordando que por entónces el asunto de las pesquerías en el mar de Behering preocupaban en forma muy séria á las cancillerías. Este escabroso litigio de soberanía sobre las aguas polares tuvo instantes de solemne angustia y si bien las dificultades llegaron á salvarse quedó siempre el amargor de un malestar.

En 1894 la célebre cuestión de Venezuela puso otra vez sobre el tapete muy peligrosas cuestiones y hubo día en que la guerra llegó á considerarse inminente. Esto fué cuando Norte-América, invocando los principios altaneros de la doctrina de Monroe, dijo categóricamente á la Gran Bretaña que no estaba dispuesta á tolerar actos de fuerza dirigidos contra la república venezolana. Esta actitud amenazadora planteaba un dilema de fuego, pudiendo afirmarse que nunca, desde 1812, se estuvo más cerca de un conflicto con la nación contrincante. Sin embargo, todas las diferencias se allanaron con éxito satisfactorio para ambas partes. Pues á esa hermosa victoria del espíritu de la paz está ligada, de manera perdurable, la memoria de Lord Pauncefote. Su gestión habilísima, la suavidad de su carácter, sus condiciones insinuantes, puestas en constante ejercicio, aplacaron las

pasiones airadas que flotaban en la atmósfera como banderas de incendio. Las exaltaciones corrientes no lo alcanzaron y conservando calma, su inteligencia superior supo fundir en sabios acuerdos el anhelo morigerado de cada cual. Luego, haciendo de su casa patriarcal el centro de nobles emulaciones sociales, él coronó su obra pacificadora ratificando sus triunfos de diplomático con sus triunfos de hombre de mundo. Por todo eso se ha considerado aquí irreparable la muerte del ministro inglés.

Otro tanto puede decirse del almirante Sampson, después de Dewey la más alta gerarquía de la marina, que tambien acaba de extinguirse. Son demasiados recientes los motivos de la fama adquirida por este veterano para que sea necesario despertar, en detalle, sangrientas reminiscencias. Sampson mandaba en jefe la escuadra vencedora en el combate naval de Santiago de Cuba, y, por consecuencia, á él tocó en suerte derrotar al tan valiente é infortunado Cervera. Tan sonado suceso hizo popular su persona en todos los extremos de la Unión, pero con mucha probabilidad su nombre fué pronunciado por mayor número de lábios, luego, cuando se produjo aquella apasionadísima controversia entre los partidarios suyos y los partidarios del almirante Schley. Condensándolo en pocas palabras, encontramos que el debate tenía orígen en el siguiente punto: Sampson, como jefe superior, había preparado el éxito marítimo, decían los unos, pero Schley, con sus hábiles medidas del momento en el instante rudo y estando ausente Sampson—que á bordo del *New York* ocupaba en viaje de revista un extremo lejano de la línea—obtuvo la ansiada victoria, sostenían los otros. La dilucidación de este asunto provocó lamentables cismas civiles y militares, sin que el fanatismo por este ó por aquel aceptara un justo medio de grandes méritos entre la glorificación sectaria y el ataque cruel; lo que prueba, otra vez, que mientras el mundo sea mundo y en todas partes nada estará tan reñido con la verdad tranquila como las pasiones políticas desatadas.

Tal vez no se exagera al afirmar que las viejas dolencias físicas del almirante Sampson apresuraron su marcha destruc-

tora gracias á la alianza de los disgustos morales originados por estas inacabables disputas. Sin embargo, en presencia de esta tumba, que pertenece á los Estados Unidos, se ha aplacado la estéril contienda. Nadie habla á la conciencia mejor que la muerte. Los biógrafos del almirante Sampson coinciden en reconocer que este marino fué un obrero infatigable y que, gracias á sus esfuerzos beneméritos, que arrancan de muchos años atrás, la armada del país ha alcanzado las sólidas prosperidades de la actualidad. La ceremonia del entierro tuvo los rasgos especialmente tocantes que ellas revisten aquí en general. Ocho marineros penetraron en la iglesia trayendo sobre sus hombros la caja funeraria. Detrás de ellos seguía el cortejo de familia, siempre limitado, haciendo cabeza de duelo la esposa del fallecido, sus hijas señoritas y sus niños menores. Esta es una costumbre exclusiva de los sajones que hace singularmente impresionante y expresiva la última despedida. Pero apesar de que una práctica rigurosa así lo exige, no todas las damas poseen entereza para afrontar tan duro trance. Aunque su voluntad lo quería, la viuda del ilustre presidente Mackinley no tuvo energías físicas bastantes para poder cumplir su deseo de esposa ejemplar y amantísima. Después de un breve servicio religioso, un pequeño grupo llevó los restos al enterratorio, sin que se pronunciara un solo discurso, porque aquí eso no se estila. Enseguida vino el desfile de la tropa: alrededor de mil quinientos hombres de las distintás armas. El aspecto y la marcialidad de los soldados son excelentes. Debo agregar, porque ello es cierto, que los batallones orientales podrían figurar con honor al lado de éstos, pues ellos poseen aquellas brillantes condiciones. Pero yo encuentro aquí, en los cuerpos, una fraternidad familiar entre las unidades, que nosotros no conocemos, y seguramente reñida con el espíritu férreo de la organización prusiana. En lo poco que alcanzo á ver, aquí no existe una valla insalvable entre el superior y el subalterno, entendiéndose que los deberes estrictos de la disciplina no están divorciados de los deberes, también estrictos, del compañerismo. Por ejemplo, está tendida la línea para marchar y esto no priva que los soldados conversen

entre sí, en una forma moderada, y que los jefes de las compañías, en vez de presentarse ceñudos y altaneros, paséen jovialmente por frente á sus subordinados, que son sus amigos, cambiando impresiones con ellos. De acuerdo con este mismo criterio, una vez rota la formación cada cual hace lo que mejor le place, sin aspavientos, sin derroches de venias, sin ese ruido ridículo de entorchados y de espuelas, tan conocido. Si media hora después de una parada sube al tranvía el generalísimo del ejército americano, probablemente tendrá que aceptar asiento al lado del último recluta que, aún conociendo á su vecino y sabiendo cuál es su gerarquia, continuará embebido en la lectura de su diario, como si tal cosa. En este país, sólo en casos excepcionales, usan espada los militares. Contados de éstos son los que visten uniforme y sólo para las obligaciones del servicio.

El traje favorito de todos ellos, extrañémoslo nosotros, consiste en las prendas civiles, porque ellos nunca olvidan que antes que miembros del ejército son ciudadanos y hombres libres, lo que, por supuesto, vale mucho más. Todas esas sencilleces, arraigadas en los hábitos dominantes, dan lugar á que en esta nación no se conozca el brillo de los oropeles y la admiración por los entorchados. El oficial que en Norte América entrara á un teatro haciendo ruido con su espada provocaría risas burlonas, dando derecho á cualquier concurrente para reclamar la intervención de un portero. Pero hay algo más; todas las mujeres americanas sienten orgullo por ese ejército así constituído, en donde sus hermanos, sus maridos y sus hijos ocupan un puesto de distinción, no perdiendo oportunidad de demostrarlo así. Es cosa comun ver á las niñas de las escuelas y á las más conocidas señoritas batiendo palmas, cuando desfilan los cuerpos, ó agitando los pañuelos. Compréndase la fuerza incontrastable que dá á la institución ese apoyo y la conciencia de tan valioso estímulo. ¿Y cómo no explicarse esas demostraciones de cariños puros en una tierra que no debe un sólo cuarto de hora de lágrimas á la milicia, en una tierra en donde aquella nunca ha atentado contra las libertades públicas y en donde se sabe que el más humilde ser-

vidor de la patria lleva en su cartuchera el baston de mariscal?

Pero sólo en los Estados Unidos pueden florecer con éxito tan colosal estas virtudes tan raras. Sólo aquí, en este ambiente educado y de perfecto equilibrio social, caben tan lindas expansiones. ¿Cuál es la causa por la cual el soldado americano, sin ser una máquina inconsciente, sin estar permanentemente apegado á la ordenanza, siendo camarada de sus superiores, rinde en las ocasiones de prueba los brillantes resultados que tanto admiraban los generales de las tropas internacionales en la reciente campaña contra el Celeste Imperio? ¿Por qué, sin ser un autómata, él sabe obedecer tanto como el más sumiso y cumplir las órdenes recibidas con la puntualidad y con el acierto del mejor? La explicación de tan buenos frutos debemos buscarla en la calidad individual de los miembros del ejército, en su grado de instrucción, en el concepto racional y exacto que cada uno tiene de lo que debe ser el amor á la patria y á su bandera, y muy en especial, en la altivez libre, orgánica en esta sociedad, que concluyó hace medio siglo con los esclavos negros y que nunca concebiría la aberración de los esclavos blancos.

El todo resulta insuperable porque las partes que lo integran son también insuperables. Entonces sucede que la disciplina llega espontánea y agradable, propiciada por el esfuerzo inteligente de muchas voluntades asociadas; sin castigos, sin amenazas, sin reprimendas innecesarias. Por otra parte, como el ejército no puede intervenir, ni directa ni indirectamente, en la gestión de los asuntos públicos, nadie se preocupa de adularlo y de darle peligrosas preponderancias. Además, como hasta la fecha él ha sido un resorte secundario de la administración y el país nunca precisó afilarle las garras para lanzarlo al saqueo y á empresas opresoras, las primitivas purezas se mantienen en todo su vigor. Días pasados oía decir á un viejo general que la avanzada cultura de las tropas americanas da lugar á que cueste distinguir al oficial del soldado. Esta frase, de base verídica, lo dice todo.

A esta altura pienso que ya no habrá lector bastante guapo para seguirme. ¡Cuánto tiempo hace que debí detener la pluma! La culpa de todo la tiene este modo nuestro de ser, tan llano y tan sin etiqueta. Nunca camina uno más, y más sin sentirlo, que cuando, tomado del brazo de un amigo íntimo, empieza á vagar, sin rumbo fijo, preocupado sólo de ser sincero y expansivo. ¡Cuántas veces hemos descendido de esa manera desde las lejanías de la Plaza Treinta y Tres hasta esa confitería inolvidable del «Jockey Club», riñon de nuestro Montevideo! Pues á mí se me repite el caso ahora: me parece que mis benevolentes lectores forman también en el número de mis íntimos amigos, y he roto, evidentemente, los límites impuestos por la cortesía. Y bien, ¿por qué no han de ser ellos mis amigos desde que una misma patria nos llama sus hijos?

En la próxima me ocuparé, en exclusivo, de la histórica escuela militar de West-Point, que acabo de visitar en ocasión de su centenario.

IV

Una perspectiva maravillosa — La escuela militar de West Point — Celebración de su centenario — Antecedentes y tradiciones — La fama de sus alumnos — Enseñanza, educación y régimen de vida — Un cadete heróico — El discurso de Roosevelt — Recuerdos de la guerra de Cuba — Un banquete sensacional — Hermoso cuadro de costumbres — Campechada del presidente — Un recuerdo á nuestra Academia.

El centenario de la Escuela Militar de West Point ha sido un verdadero acontecimiento. En el deseo de señalar con recuerdos imborrables una fecha importante, se preparó lucido programa de festejos invitándose, por otra parte, para honrarlos como huéspedes, al señor Presidente de los Estados Unidos y sus ministros, generales en servicio, Cuerpo Diplomático y á los soldados de aureola veterana.

West Point está situado sobre la margen derecha del río Hudson, á una hora larga de viaje de la ciudad de New York. Ese trayecto presenta perspectivas naturales espléndidas. El camino de hierro está tendido sobre la misma orilla del río, con ese lujo de temeridad técnica que se ostenta en todas las construcciones norte-americanas; de manera que los rieles parecen á menudo descansar sobre la misma superficie del elemento líquido. Bosques espesos—que aquí todo el mundo es amigo de los árboles,—sirven de festón al río, coronando con ricos matices las empinadas cumbres, tiradas en dos filas paralelas sobre la rivera del profundo cauce en actitud de espiar los movimientos del manso prisionero azul que se desdobla al pié con suavidades de seda.

De repente, el tren vuela sobre el río, como si su enorme fuerza de impulsión le permitiera dar enormes saltos en el vacío; en seguida, se interna en un estrecho callejón, abierto en piedra viva, que parece ajustadísima sepultura; aquí, nos proporciona el espectáculo virgiliano de campos en cuidadoso cultivo, de pequeños rebaños, de casitas que resaltan encantadoras con sus jardines floridos; allá, nos permite divisar vapores de recreo y carga que suben y bajan la corriente trayendo y llevando riquezas; arriba, también recoje agradables impresiones el espíritu en la contemplación de paisajes favoritos de la naturaleza y favorecidos por la cultura del hombre. Sobre un recodo del Hudson, dominando militar y artísticamente la hermosa región, está West Point, la célebre academia. En ese paraje la belleza escénica se duplica, pues la costa crece en altura mientras avanza en forma enérgica sobre el río, que, obligado por la gran muralla, cambia de curso, continuando su camino luego de confesar su impotencia describiendo una herradura alrededor del obstáculo. Ese soberbio pedestal fué el elegido, hace un siglo, para asiento de una famosa institución. Pero ya antes la importancia estratégica del sitio había destacado. En los tiempos gloriosos de la revolución construyóse allí un fuerte, nunca tomado por el enemigo, cuyas ruinas, perpetuamente amparadas por la bandera del país, tienen el significado de una condecoración legendaria. Con la vista constante de aquellos despojos de un pasado recio, se ofrece á los cadetes la memoria de heroismos ejemplares que no morirán.

La recepción que se nos dispensó en West Point no pudo ser más amable. El gobierno había mandado preparar en el hotel departamentos especiales para sus huéspedes, mientras cuatro capitanes del ejército y profesores del establecimiento nos servían de acompañantes. Gracias á esos dignos oficiales pudimos llenar acabadamente nuestro deseo de recorrer todas las dependencias de la Academia y de ser instruídos sobre su funcionamiento. West Point, antes de alcanzar sus prosperidades de la actualidad, ha pasado por épocas azarosas. En 1799, pocos meses anteriores á su muerte, Washington contestaba á una consulta del insigne Alejandre Hamilton, quien

le proponía el plan de creación de la escuela, aplaudiéndolo de la manera más calurosa y agregando que siempre había considerado de suma importancia para los destinos del país la realización de aquella medida previsora. Insistiendo siempre en aquella sincera modestia, que era su característica y que sublima su memoria, terminaba: «pero nunca he tomado sobre mí la tarea de fundar aquel centro porque la dejo para otros cuyos conocimientos científicos y capacidad para llevar adelante el proyecto los indica para acometer tal empresa.» Por fin, en 1802 nació la Academia en las condiciones más modestas y cuando dificultades de todo género daban colorido de verdadero sacrificio á la iniciativa del gobierno. En 1808 Tomás Jefferson se dirigía al Congreso solicitando autorización para ampliar el plan primitivo, que le fué concedida, y en su último mensaje de 5 de Diciembre de 1815 el presidente Madison solicitaba nuevos perfeccionamientos. John Quincy Adams también dedicó preferente atención á la escuela. «Y recomiendo á vuestro más eficaz cuidado la Academia Militar, como que ella es el más seguro recurso de la defensa nacional. Esta institución ya ha ejercido una felicísima influencia sobre el carácter moral é intelectual de nuestro ejército; y aquellos de los cadetes que, debido á causas diversas, no terminan su carrera no por eso son ciudadanos menos útiles.» Asi se expresaba en un recordado mensaje al Congreso, el general Andrés Jackson, el héroe de la campaña de 1812.

Hemos transcrito sus palabras porque ellas reunen á la autoridad que podría infundirles un veterano de brillantes aptitudes el prestigio que les presta esa calificación hermosa de ciudadanos dada á los servidores armados de la patria. Sin embargo, tantos esfuerzos oficiales no cuajan de la manera deseada y West Point, arrinconada y olvidada como cosa miserable, arrastró una vida casi anémica. La nación estaba harta de lucha y obtenida ya la paz interna y externa, no quería preocuparse de asegurar, en forma práctica, esos bienes invalorables, que tanto importaba el sostenimiento de la Escuela. Dominante esa negligencia, hubo legislador que sostuvo que aquella debía suprimirse, pues originaba demasiadas

erogaciones. Error tan grave nunca llegó á triunfar y no fué necesario que pasaran muchos años para que se probara, hasta la evidencia, lo bien gastado que estaba el dinero invertido en el fomento de la Academia. La guerra de México lo proclama con empuje incontrastable, pudiendo decirse que la buena suerte de las armas americanas en 1847 se debió á la oficialidad competente y bizarra formada en las lejanías del Hudson. Al depositar en West Point los trofeos de aquella jornada, pronunció el general Scott estas palabras justicieras que hoy aparecen escritas sobre una chapa de bronce á la entrada del edificio: «Como, con el apoyo de la Providencia, es principalmente á la Academia Militar que Estados Unidos debe esas hazañas y otras memorables victorias obtenidas en el curso de la misma guerra, yo experimento un vivo placer al entregar estos siete trofeos á la madre de tan consumados oficiales y patriotas».

La fama de tales éxitos dió renombre exagerado á la escuela, lo que vino á perjudicarla al iniciarse la rebelión. Cuenta el escritor militar Pearson Farley, que el país exigía perentoriamente imposibles y como éstos no pudieran alcanzarse cayó por tierra la bien conquistada reputación ¡qué así es siempre el pueblo en sus pasiones! Comenta así, tan necios reclamos, el general Cullum: «Se demandaba de los jóvenes cadetes, que talvez nunca habían dirigido fuerzas más numerosas que una compañía ó un batallón, que de inmediato fueran capaces de mandar grandes ejércitos, compuestos de tropas indisciplinadas, al través de pantanos desconocidos y de intrincados desiertos, para asegurar el triunfo.» Pero á los dos años de empezada la guerra civil ya los elementos de West Point, completados en sus aptitudes teóricas por las enseñanzas sábias de una campaña, ocuparon el puesto lucido que les asignan en la página de la historia sucesos memorables; y así vemos levantarse frente á los nombres de Grant, Sherman, Thomas y Sheridan, en el Norte, los nombres, no menos gallardos, de Lee, de Jackson y de los dos Johnson, en el Sur. Todos cadetes de la Academia. Despierta verdadero interés la lectura de una crónica que relata la forma en que se separaron de la escuela unos

y otros, cada cual para servir á su divisa política. Después del sangriento choque entre hermanos y de las reiteradas pruebas obtenidas en los campos de batalla ya nadie puso en duda los méritos de la escuela. Como último juicio sobre ella, incorporamos estas palabras del general Henry Beecker, dirigidas al ejército del Potomac, que se refieren como las de Jackson, á quienes sabían ser buenos oficiales y mejores ciudadanos. Dicen así: «El modelo del honor en ninguna parte se encontrará mejor que en West Point; el respeto á la ley y á la libertad en ninguna parte será más profundo; la fidelidad escrupulosa, el deber, en ninguna parte tendrá más acentuados caracteres de religión como tampoco la honestidad».

En pleno florecimiento la nación, á su Academia Militar han alcanzado los mismos beneficios. Día por día han ido dilatándose sus recursos y en proporción el número de sus alumnos que si eran diez hace cien años hoy llegan á quinientos once. En la actualidad la escuela, además de una reliquia del patriotismo, es también una promesa: en sus aulas se concentran las esperanzas de la nación que quiere poseer, á todo trance, generales insignes. Respondiendo á esas solicitudes del espíritu público, el Congreso acaba de autorizar al gobierno para invertir la enorme suma de cuatro millones de pesos, que en caso de no ser suficiente podrá elevarse á seis millones, en la restauracion absoluta, completa, deslumbrante, de West Point, que cualquiera creería en ruinas á juzgar por el propósito expuesto, y que ya es, sin embargo, una institución espléndidamente instalada. El ingreso á la escuela ofrece verdaderas dificultades y si bien es cierto que los senadores de cada Estado y el jefe de la Nación pueden proponer candidatos para llenar las becas vacantes, también debe recordarse que esas valiosas influencias resultan estériles, no sirven de salvavidas, cuando no se obtiene éxito en los exámenes de admisión. Allí domina una severidad pareja y por eso pudo decir el otro día uno de los oradores, que era esta una de las instituciones del país la más netamente americana, pues en ninguna parte como en su seno reina la democracia cuando llega la hora de adjudicar honores. El jovencito que obtiene su incorporación al

cuadro puede juzgarse dichoso: si mañana, gracias á un esfuerzo perseverante, gana el premio de un galon podrá lucirlo con singular orgullo, dada su selecta procedencia académica.

Los cadetes, al iniciarse, deben prestar el siguiente voto de pundonor y de honradez militar: «Juro solemnemente que sostendré el imperio de la Constitución de los Estados Unidos y que acataré, con sincera fidelidad, al gobierno nacional; juro que sostendré y defenderé la soberanía de los Estados Unidos por encima de toda dependencia, soberanía ú homenaje que pudiera creer deber á cualquier Estado, condado ó país; y que en todo tiempo obedeceré las órdenes legales de mis oficiales superiores y las ordenanzas y leyes que gobiernan á los ejércitos de los Estados Unidos.» Para memoria de quienes piensan que el soldado, en holocausto á la disciplina, debe abdicar su personalidad moral en su jefe legítimo y someterse como una máquina á sus órdenes, conviene observar que en esas palabres de rígida adhesión solo se habla de acatamiento á *las órdenes legales*. Los cursos duran cuatro años. Ese tiempo se dedica, sin descanso, á la tarea fecunda de hacer hombres, hombres viriles, hombres de honor, hombres de carácter íntegro, de ese medio millar de muchachos entresacados de los puntos más extremos de la Unión. Si, por una parte, ellos dedican muchas horas del día al estudio y maniobras, por otra, adquieron agilidad y fuerza, en la práctica constante de ejercicios atléticos. Juegan al *base-ball*, que es el entretenimiento nacional; hacen continuados ensayos de caballería; se familiarizan con el manejo de los cañones; cuidan ellos mismos de sus caballos y á menudo, preparan su rancho.

Durante el invierno los cadetes duermen dentro de los edificios aparentes, pero en la estación de verano se les obliga á vivir en campamento. Este lo constituyen filas paralelas de carpas color marrón con piso de madera tosca á una altura prudente del suelo, á fin de evitar las sorpresas de pequeñas inundaciones. Estas ligeras viviendas son amplias y están mantenidas con la más escrupulosa corrección. En cada una se albergan dos cadetes que allí tienen todo su

vestuario, trajes de parada, de servicio, como también sus armas. Al mostrarnos esas instalaciones volantes nos explicaban los oficiales la clase de vida á que ellas obligan, sin sospechar que alguno de sus afelpados interlocutores conocía semejantes gajes, por una larga experiencia propia, más cruda, seguramente, que la de ellos. Aunque mil veces profano en el asunto, se me ocurre ventajosísimo ese sistema gráfico que enseña al cadete á sufrir contrariedades, á soportar al aire libre los cambios de temperatura y á dormir escaso de cobijas familiarizándolo con las excentricidades y secretos de la naturaleza. El soldado que no sabe descansar sobre el suelo pelado, teniendo el brazo por almohada, presenta sensibles inconvenientes. Así lo comprenden los americanos y por eso han implantado las carpas.

Pero ellos también piensan ¡y vaya si piensan bien! que para ser aprovechado oficial no basta con ser estudioso y con saber soportar las inclemencias de la intemperie. Quienes lucirán mañana el uniforme de la patria, quienes serán sus caballeros, necesitan saber probar que pueden desempeñarse como tales. Por eso, á la enseñanza del francés, del español y de la historia de los grandes capitanes, se agrega, á la par de otras, la enseñanza del baile y de las buenas maneras en la mesa, en un salón, entre señoras y entre hombres. Alguien supondrá frívolo todo eso, olvidando que en este país no se gasta el tiempo en cosas inútiles. ¿Acaso el tipo perfecto del militar no lo determina la alianza equilibrada de la capacidad, de la energía y de la gentileza? Sobre todo nosotros, que hemos conocido tantas catástrofes, no podemos, justificadamente, recordar sin repulsión á los soldadotes. Si todos, empezando por los civiles, precisamos el cepillo civilizador del trato de las gentes educadas, para aprender á refrenar impulsos y á practicar la cortesía, mejores que ningunos exigen la lección quienes, por dedicarse á la carrera de las armas, que despierta las pasiones más indómitas del individuo,—adquieren, sin sentirlo y muchas veces sin quererlo, el hábito de imponer en forma ruda su voluntad y su persona. De acuerdo con este criterio en West Point se concede á los cadetes que se portan bien,

una noche por semana, el privilegio, que todos codician, de improvisar una tertulia íntima. En esas oportunidades reciben á sus familias y con el contingente de señoritas representado por sus hermanas, primas y amigas, ellos danzan, infatigables y dichosos, bajo la vigilancia de sus profesores, sin que jamás surja el motivo de una reprimenda.

Para reflejar la índole general de la enseñanza que se da en la Escuela, tomo enseguida varias frases de Pearson Farley, que nos iluminan á ese respecto. «A los pocos días de ingresar á ella, dice, las desigualdades externas desaparecen como por efecto de mágia. Deberes, privilegios, ropa, cuartos, alimentos, todo es igual. A nadie se le consiente tener dinero, ó por lo menos, gastarlo. En el curso de una semana todo rastro de diferencias externas ha desaparecido. No existe absolutamente un favoritismo de parte de los instructores. El efecto de todo esto sobre el carácter del cadete es inmediato y admirable. De manera que no cabe ninguna evasiva del deber y existe la seguridad de que la más mínima falta cometida tendrá su correspondiente castigo al finalizar el día. Ni por un instante deja de saber el cadete que de su conducta del presente depende, en gran parte, el brillo futuro de su carrera. Esto todos lo reconocen y lo encuentran justo, así que la consecuencia inmediata de las acciones es cierta y segura. Se educa á cada estudiante en el culto de la fortaleza y de la justicia, convenciéndolo de que portándose bien cumple con su deber y asegura su triunfo. No se discute el asunto: todo se rige por leyes simples y equitativas; de manera que el final es como el resultado de la gravitación, inevitable, inexorable, justo é inmediato. Esas condiciones estimulan al oficial y determinan una saludable emulación de honor personal entre los mismos cadetes. Un mentiroso ó un cobarde es despreciado por sus camaradas, y el estudiante convicto de haber observado una conducta indigna de un soldado ó de un caballero pronto se siente abandonado por todos».

Las fiestas del centenario habían congregado cantidad extraordinaria de huéspedes, al punto de no encontrarse acomodo ni aún en las villas inmediatas. En la noche de nues-

tra llegada asistimos al gran baile, ofrecido por las autoridades del establecimiento á los cadetes, que tuvo lugar en el *hall* que acaba de inaugurarse gracias á la generosidad de un acaudalado militar. Ese espléndido edificio, destinado exclusivamente para actos públicos, consta de un salon inmenso, del mejor gusto artístico, rodeado de hermosas salas laterales que complementan, al infinito, los menores detalles del *confort*. En un piso inferior al nivel del suelo, dejan sus abrigos los visitantes. El mármol domina en el salon central, produciendo un efecto soberbio el conjunto de aquella irreprochable blancura. El techo, sin cargazones, sencillo, plano, se levanta á mucha altura, aumentando las proporciones monumentales del todo, cuya arquitectura sobria impresiona de manera seductora. Agréguese á esto muchas y gloriosas banderas tomadas al enemigo en conflictos memorables; los estandartes usados por los alumnos de la escuela en distintas épocas, que también flamean; cañones, arrebatados en los campos de batalla, que incrustados en las columnas se ofrecen al alcance de la mano; retratos al óleo de los soldados más reputados del país, de tamaño natural, cubriendo los flancos de todas las paredes; un millar de personas llenando la sala con su alegría y con sus encontradas voces; brillantísimos uniformes confundidos con *toilettes* de la más rigurosa etiqueta; mézclense esos singulares matices y se tendrá concepto pálido de una escena mágica. Pero los héroes de la jornada eran los cadetes que, de gran parada, luciendo el traje de pantalon blanco y levita azul de los días históricos, patinaban, radiantes, por el piso encerado engañando corazones, como buenos soldados que serán. Todas las distinciones, todos los halagos, se dividían entre ellos, pues, por convenio tácito, se les había dejado señores del campo, cual si todos coincidiéramos en pensar que era de buen augurio concederles esa noche el patrimonio de todas las victorias sociales.

A hora más avanzada fuimos llevados al club de West Point, en donde nos encontramos con una serie muy distinta de perspectivas. Allí estaban, en íntima tertulia, los militares veteranos, esos impasibles que no hubieran dado

un paso por aproximarse á la fiesta de la hora. Repartidos en grupos jugaban á las cartas y consumían cerveza, hermanados todos por una fraternidad de clase, ruidosa, expansiva, que poco comprendemos nosotros que tenemos la chifladura de cultivar perpetuamente la seriedad, cual si fuera un crimen prestar momentos á la risa, tan humana. Algún deschabetado nos ha hecho creer que para ser inteligentes y profundos se requiere mucha *pose* y ahi nos tienen ustedes empeñados en usar barba y pelos desgreñados, como si fuéramos parientes de Juan Moreira, y en presentarnos con desaliño, y en ser sucios, y en sepultar en lo más hondo los ímpetus joviales, á fin de que se nos haga conocer dichas arlequinescas llamándonos «poetas», «pensadores», «intelectuales». Véase; en cambio estos señores americanos, sin afectaciones tontas, sin prosopopeyas, sin gestos de teatro, alcanzan éxitos colosales, positivos, en el orden de las más diversas actividades. Como casi todo la buena oficialidad del país ha hecho servicio largo en Filipinas, Cuba ó Puerto Rico, el español se ha generalizado. Es de notarse la satisfacción que experimentan ellos cuando trabajosamente formulan un pensamiento en nuestro idioma; si bien su vocabulario se reduce, por lo común, á una docena de palabras. Por aquello de «corazón ladino lengua no ayuda,» la cosa no pasa de escaramuzas ¡son tantas las dificultades de pronunciación y tan diferentes los giros como diferentes las razas! Me he apercibido de que en esta sociedad se considera un título envidiable de cultura poseer el español, cuya característica flexibilidad y elegancia mucho se admira. La vez pasada, en cierta recepción, una señora ponderaba la lengua nativa proclamando: «¡se pueden decir en español tantas dulces galanterías que no tienen fórmula en nuestro inglés, tan seco!» Consideren, pues, la gracia que me causaría oir cantar, á los oficiales en el club, con acompañamiento de piano, la antiquísima letra: «Me gustan todas, me gustan todas... etc.»

A las diez de la mañana siguiente, ante una selecta concurrencia, el señor Presidente de la República, seguido de los invitados oficiales, pasó revista á los cadetes que luego

hicieron diversas evoluciones luciendo soltura y brillante unidad en la acción. Pero la parte más interesante del acto llegó cuando Mr. Roosevelt prendió, sobre el pecho del alumno Calvino P. Titus, una medalla de honor decretada en su favor por acuerdo especial del Congreso. Llamado del seno de las filas vino á colocarse frente al presidente para recibir una tan brillante distinción. Este le estrechó calurosamente la mano dirigiéndole breves palabras de estímulo. Tuvimos oportunidad de escuchar, de labios de su mismo coronel en la hora de peligro, la relación de la hazaña de Titus. Cuando las tropas americanas llègaron frente á la parte de las fortificaciones de Pekín que debían asaltar, durante la campaña internacional, se encontraron con una sólida pared, de una altura no menor de veinte pies, que se alzaba lisa y en línea perpendicular y dominada por fuerzas chinas. Para seguir adelante hacía falta un hombre, dispuesto á morir, que escalara, como un gato, la muralla. El jèfe americano pidió en voz alta ese hombre de coraje; presentando rápida respuesta se separó de las filas el músico Titus, cuadrándose en actitud de esperar órdenes. El valor de aquel soldado que iba, sabiéndolo, á buscar la muerte, produjo efecto conmovedor; pero no había tiempo que perder y pronto el bravo muchacho, llevando un cabo entre los dientes, inició su temeraria ascensión, seguido por las miradas angustiosas de sus camaradas. El mismo atrevimiento de la empresa lo salvó, pues el enemigo nunca supuso semejante audacia; pronto estuvo tendida la escala y conquistada la trinchera, débilmente defendida por el enemigo. En recompensa á ese rasgo de valor, por una ley extraordinaria, se permitió el ingreso á West Point de Calvino P. Titus que, según nos dijeron sus profesores, destaca por su buena conducta y aplicación, como también por lo arraigado de sus ideas religiosas. Tuvimos el gusto de conversar con este viril representante de la juventud académica, aún sin un pelo de barba y ya con antecedentes envidiables.

Las instalaciones de West Point se componen de numerosos y lindos edificios los que, como he dicho, en su mayoría van á ser reemplazados por otros de estilo monumental.

Hay allí una construcción independiente para comedor de los cadetes; casa para el cuadro de catedráticos; casa para el director y su familia; club social, al cual no tienen acceso los alumnos; una bonita iglesia en donde se celebra un servicio todos los domingos; salas de estudio y de recreo; campos para los juegos atléticos; campo de maniobras; salones de tiro y demás complementos indispensables á instituciones de ese género. Pero el suceso más palpitante de los festejos consistía en la gran asamblea oficial de la tarde en el magnífico *hall* que antes describí. Estaba cuajado de selecta concurrencia cuando el jefe de la Academia, coronel Alberto Mills, hizo uso de la palabra para dar la bienvenida á sus huéspedes. Este militar fué herido de bala, en la cabeza, en el combate de San Juan, en Cuba, de cuyas resultas, después de estar entre la vida y la muerte, perdió el ojo derecho. Después de él habló el señor Presidente de los Estados Unidos. Su discurso tuvo el alto significado de una pieza política matizada de útiles observaciones militares. En parte por esto último y en parte para que nuestros lectores puedan darse cuenta propia de la energía tribunicia de Mr. Roosevelt, reproducimos sus párrafos finales, advirtiendo que ellos pierden mucha de su fuerza oratoria arrebatándoles el énfasis varonil que les da su autor al emitirlos, y mal traducidos:

«El día antes de la pelea de San Juan, concluyó, cuando marchábamos hácia una posición, perdimos las comunicaciones con los portadores de nuestros bagajes y alimentos. Esa noche yo tuve por comida lo que el coronel Mills me dió (risas y aplausos) y por cierto que lo encontré lo más sabroso. A la mañana siguiente almorcé con ese mismo jefe y con Shipp, de la Carolina del Sur, otro hijo de West Point, y yo recuerdo haberme felicitado entónces de que mi regimiento—en el cual todos eran voluntarios—tuviera en sus filas, como un ejemplo, miembros como los nombrados, cuya sola presencia infundía valor á la tropa y provocaba alientos. Mills y Shipp entraron en pelea con nuestro regimiento. Muy poco después Shipp caía muerto y Mills era herido en una forma que nos hizo suponer en aquel instante

que jamás pudiera salvar. Y ahora, para terminar, quiero decir lo siguiente á los graduandos. El otro día me llamó mucho la atencion un artículo escrito por uno de nuestros instructores, también formado en West Point, en el cual se refería al cambio que han sufrido las condiciones de la guerra y á la necesidad imprescindible de que así lo comprendieran todos aquellos que quisieran ser buenos oficiales. Yo pienso que ahora va á resultar mucho más difícil alcanzar fama de buen oficial que en el pasado. Yo pienso que, además del valor y la serenidad, que han sido siempre los primeros requisitos del soldado, ustedes deberán demostrar su gran poder de individualidad, si es que ustedes anhelan aplicar al cumplimiento del deber la fórmula más elevada.

«Como muy bien se ha dicho, los adelantos del arte de la guerra durante los últimos años, han acreditado que, en el futuro, la unidad no será el regimiento, ni aún la compañía, pero sí el simple soldado. Si éste no sabe tirar bien, protegerse sólo, obedecer estrictamente las órdenes recibidas, y, llegada la emergencia, afrontar las propias responsabilidades cuando carezca de aquellas, si no posee esas condiciones elementales, lo mejor que puede hacerse es expulsarlo, por inútil, de las filas. En adelante, sobre el campo de batalla cada hombre estará confiado á sus propias iniciativas, en un extenso sentido. Hasta tal punto alcanza esta evolución que ahora los más jóvenes oficiales tendrán que tomar para sí gran parte de la responsabilidad que antes se echaba sobre los jefes, desempeñando á menudo los soldados sus obligaciones sin la vigilancia del superior. Si puesto ese servidor en el terreno se siente nervioso y echa de menos el codo del compañero, lo más práctico será que se retire de la línea y, en cuanto á ustedes, oficiales, si aspiran á brillar deben aprender á cumplir con su deber, cosa tan esencial. La tarea es ruda pero ustedes están obligados á abordarla con éxito y á recordar que, hoy más que nunca, el honor y el crédito del país dependen de la energía y capacidad de su ejército y que esa energía y esa capacidad en la tropa sólo puede alcanzarse por su intermedio. Ustedes, pues, tienen que dedicar todo su tiempo á llevar al

más alto grado de perfeccionamiento la eficacia guerrera de los hombres bajo su mando, no solamente haciendo lo que deben hacer pero haciéndolo de modo que cada subalterno sepa imitarlos. Ahora quiero que pesen lo que voy á decir porque si sólo recojen la mitad de mis palabras no alcanzarán á comprender mi pensamiento.

«Yo he encontrado que en mi regimiento el mejor soldado era el que había servido en el ejército regular en las regiones del Oeste, destacado en las llanuras y luego incorporado por dos años á alguna guarnicion, en donde solo hacía ejercicios doctrinarios, ó á las fuerzas de la Guardia Nacional, que es lo mismo. Si en estas distintas faces él aprendió un cinco por ciento de los asuntos de la guerra, resultará un cinco por ciento superior á cualquier otro, lo que importa una gran ventaja; pero si él pretende saber también la restante fraccion de noventa y cinco partes, resultará peor soldado que cualquier otro. (Risas y aplausos). Recuerdo perfectamente á un subalterno mío, que fuera antes cabo en el ejército de línea. Este jóven voluntario estaba convencido de que lo principal en la guerra consistía en preocuparse de que los ejercicios mecánicos fuesen irreprochables en su exactitud, no habiendo modo de inducirlo á enseñar á la tropa algo más práctico.

«Pero, caballeros, yo no necesito predicarles el desempeño del deber cuando vuestra especial obligación aquí ha sido aprender eso. Más sí les ruego, que tengan presente la diferencia que existe entre la carrera militar de hoy y de ayer, recordando constantemente que la buena milicia no consiste en saber formar con lucidez en los días de parada, pero si en la eficiencia de los servicios en campaña, y que la utilidad, la verdadera gran utilidad de las maniobras que se enseñan en los cuarteles, se alcanza cuando se procura con ellos, no un fin, pero uno de los elementos para llegar al fin. Les observo que no les pido que recuerden algo que jamás pueden olvidar: las lecciones de lealtad, de valor, de firme adhesion á los más altos mandatos del honor, que todos ustedes aprenden desde el instante en que respiran el ambiente de esta gran institución».

Creo que no he desperdiciado espacio transcribiendo esos certeros conceptos, emitidos por un hombre de esperiencia y de inquebrantable voluntad. En cuanto á la inutilidad de la más esmerada instrucción de las compañías en los cuarteles, cuando ella no va asistida de la práctica del campamento y de reiterados ejercicios de tiro, bien podemos confirmarla quienes, en días tristes de conflictos entre hermanos, la vimos exhibirse de continuo. En pleno período de fraternidad, ya extinguidas las viejas cicatrices, es tiempo de que nuestras autoridades militares, teniendo sólo presente los sagrados intereses de la defensa nacional, se preocupen de adaptar nuestro ejército á las modernas exigencias. Para hacinamiento de seres humanos en locales encerrados, de sobra tenemos con nuestras asilos y hospitales. Los soldados no deben hacer vida amontonada y artificial, cual plantas de invernáculo. En las ciudades americanas todavía no he tropezado con un cuartel, debiendo agregar que más fácil es encontrarse con sacerdotes que con soldados por las calles. Todos los cuerpos están repartidos por las fronteras.

Después del presidente habló el general Horacio Porter, embajador en París. Ya había tenido el placer de escuchar á este brillantísimo orador al inaugurarse la estátua erigida al mariscal de Rechambeau, pero en esta nueva oportunidad pude apreciar mejor sus admirables facultades de expresión. Mimado por el auditorio, que lo seguía en sus párrafos con inefable gusto jaloneando cada pensamiento con salvas de aplausos, el general Porter hizo en forma insuperable el elogio sintético de West Point; y cuando, entusiasmado él mismo por su triunfo, evocó los grandes ejemplos ofrecidos por la milicia nacional, exhibiéndose literato y pensador de vuelo, una corriente de delirio patriótico asoció todos los corazones; de pié, damas y caballeros, agitando pañuelos y guantes y bastones, vitorearon á la patria, tan gallardamente enaltecida por el insigne orador. Confieso que yo también me rendí al encanto que fluía de aquellos conceptos bien cortados, vibrantes, sóbrios, viriles, que iban directamente á la cuestión. A ese respecto me decía más tarde un oficial

del ejército, que había ocupado un asiento en frente de mí, que hubiera deseado tener á mano una máquina fotográfica para recoger la expresión complacida de mi rostro. El orador fué aclamado cuando dijo: «el país no acepta excusas de sus soldados; él les exige victorias.» La serie de los discursos restantes no merece mayor comentario.

Por la noche tuvo lugar un banquete monstruoso, para seiscientos cubiertos. Según he leído en los diarios, nunca se ha dado aquí fiesta semejante, tan numerosa y selecta. Los comensales, repartidos en distintas mesas, ocupaban un salon de cien metros, aproximados, de largo, presidiendo la alegre reunión el jefe del Estado con sus ministros. Allí pude conocer nuevas modalidades del carácter americano. Con todos los generales en servicio hacían acto de presencia los generales retirados, jefe superior de las fuerzas nacionales y oficiales de renombre. Todo lo más distinguido del ejército estaba congregado. En otras partes el banquete hubiera tenido un carácter etiquetero, solemne, aburrido, mucho más si se considera que estaba presente el primer mandatario y el Cuerpo Diplomático; pero en los Estados Unidos no sucede así. Durante todo el tiempo de la comida dominó una ensordecedora algazara. Aquí, se cantaban himnos patrióticos; allá, se arrojaban flores sobre un afortunado comensal; en esta mesa, se conversaba con lujo de bullicio mientras en la otra, de pié, se golpeaban las copas en medio de *hurrahs* atronadores.

Para probar la cordialidad de relaciones existentes entre los miembros del ejército, haré referencia á ciertas atenciones de grupo que noté. Los oficiales de cada año, especialmente los jóvenes, se trasladaban en corporacion á las mesas ocupadas por los veteranos y una vez que los rodeaban les dirigían saludos, en coro, mientras agitaban en su honor las servilletas. De manera que los viejos servidores, los soldados, ya escasos, de la guerra civil, recibieron abrumadores y sentidos saludos. Aquel conjunto de contagiosas y nobles satisfacciones me impresionó de la manera más favorable. Pero lo que más me sedujo fué apreciar la completa naturalidad con que se desarrollaban estas escenas ani-

madas bajo la vista del presidente de la Union. Yo he visto á oficiales subalternos pasar en grupo desordenado por frente de aquel, detenerse junto á él, sin pagarle un asomo de reverencia, como si no lo hubieran notado, y entonar la más estruendosa de las manifestaciones vocales en honor de un compañero. También debo agregar que yo he visto al presidente siguiendo complacido esas alegres expansiones, sin preocuparse de su alta investidura, y contento de participar de aquella turbulenta y honrada sociedad. Pero ¿acaso importa la actitud dè éste una benevolencia exagerada ó refleja excesos de familiaridad, signos irrespetuosos, la conducta de aquellos? Bajo ningun concepto y precisamente ahí encuentro el más agradable colorido de esos hábitos de tradicional sencillez. Está tan encarnado aquí en todos los espíritus el acatamiento á la autoridad constitucional, que á nadie se le ocurre, ni como una hipótesis, que alguien desconozca ese postulado, elemental ya en una democracia centenaria. Se juzga que el presidente de la República es el mejor amigo de sus conciudadanos y, sobre todo, se da á cada asunto su lugar.

Así, desde el dintel afuera, incurriría en grave omisión quien en acto de servicio pasara, sin hacer una gran venia, cerca del primer magistrado; pero en una fiesta de camaradas, cuando bajo auspicios dichosos todos los amigos se reunen para brindar por la patria y por su porvenir, significara ridícula petulancia, hondamente censurada, ponerse á fastidiar á aquel con adhesiones de forma, innecesarias en una sociedad que siendo la menos incompleta de las democracias, posee en más alto grado la noción de respeto estricto debido á las autoridadas constituidas, por la simple razón de que ellas son constituidas de manera popular, libre y conciente. Antes de iniciarse los brindis se cantaron en coro, prestando Mr. Roosevelt gustoso el concurso de su voz, los aires nacionales favoritos. Luego siguió un derroche de hermosas manifestaciones solidarias agradeciendo el señor embajador de Italia, en nombre de sus colegas, la hospitalidad recibida. Así terminaron las fiestas del centenario, bien difíciles de olvidar.

Tal vez me he extendido demasiado haciendo su crónica, pero sinceramente he creído que había conveniencia en ofrecer á nuestros cadetes, idea, aunque fuera imperfecta y escrita, de la significación que tiene aquí, en el concepto público, la Academia militar; de lo que se espera de sus alumnos y de las principales virtudes que se les exigen. Lealtad, honor, amor á la patria, amor á las instituciones, por encima de simpatías y de partidos, coraje, desarrollo físico, desarrollo moral, disciplina. ¡Qué esclarecida divisa determinan esas cualidades aliadas! Y nunca se insistirá bastante sobre la necesidad de su culto arraigado en los países del sur, que deben casi todas sus tremendas desgracias á la anarquía, al desórden, á la prepotencia, sin perdón, de la espada. Siempre he creído que en nuestra Escuela Militar está el cimiento de la regeneración de nuestro ejército, como ya lo están probando los hechos. Lo que en ese sentido ella ya ha laborado es incalculable y todavía nosotros no lo alcanzamos.

Estimulemos, sin cesar, la fecunda tarea de esa institución salvadora que ofrece todos los años al país el homenaje precioso de oficiales dignos, ilustrados y de pundonor verdadero, habiendo aventado ya con sus luces hasta la semilla de los motines ignominiosos!

Por el último vapor recibí una docena de ejemplares del «Anuario Estadístico del Uruguay», publicación muy valiosa que mejor se aprecia desde el extrangero y que he repartido en el Canadá, Cuba, México y ésta, para que sea el heraldo elocuente de nuestra cultura y avanzados progresos. Talvez sea esa obra la primera recibida por la Biblioteca de La Habana, después de abierta la era republicana en la isla.

V

Un Congreso Internacional contra la tuberculosis — Importancia del asunto — Intervención de nuestro diplomático — Tesis discutidas — Conclusiones — La mortalidad en el Uruguay — La niñez y la tuberculosis — Una visita á Nueva York — La ciudad vieja y la nueva — El barrio chino — Un parque modelo — La policía norte-americana — Sus procedimientos.

Durante los días 2, 3 y 4 de Junio celebróse en la ciudad de New York el tercer Congreso Americano de la Tuberculosis, al cual, en concepto internacional, sólo tenían acceso los representantes de las distintas naciones del Nuevo Mundo. Especialmente invitado para concurrir á sus sesiones creí que, además de un deber de cortesía, los deberes ineludibles del cargo me imponían la obligación de aceptar tan galante acuerdo, mucho más si se tiene presente que se me solicitaba con carácter honorario. También iba á encararse el asunto, en cierta extensión, bajo la faz legal y, por otra parte, ¿cómo no asociarse á campañas tan humanitarias? Aquí, por lo general, no se crée en nuestras actividades en favor del interés público, pues se supone á la autoridad solo empeñada en sus tejes y manejes políticos y al pueblo sólo preocupado de derrocar á la autoridad. ¡Cuánto nos han perjudicado en el concepto extranjero los desastres institucionales de épocas pasadas! Pienso, pues, que no existe el derecho de desperdiciar las ocasiones nobles que se presentan de poner las cosas en su lugar, rectificando conceptos crueles que ya, por fortuna, no tienen razón de ser. El deseo de hacer acto de presencia en la interesante asamblea, me llevó á New York.

En la mañana del día anunciado se instaló el Congreso, constituído por un centenar de miembros. Los gobernadores de todos los Estados, así como las sociedades científicas de mayor nombradía de la Unión, estaban allí representados. También acreditaban interés en los serios asuntos que iban á debatirse, delegaciones especiales del ejército y de la armada, de las provincias canadienses, de Quebec, Ontario, British Colombia, Prince Edward Island, y New Brunswick y de los gobiernos de México, Guatemala, Costa Rica, Santo Domingo, Brasil y Uruguay. La primera parte de la mañana se dedicó á dar cuenta de las adhesiones, unas escritas, otras orales.

Todos coincidían en abogar por lo mismo: por la constitución de asociaciones solidarias que iniciaran en las distintas secciones del continente la reclamada campaña contra un enemigo más terrible que las guerras, que al fin son azotes pasajeros.

La tuberculosis, se repitió muchas veces por viejos profesores, avanza victoriosa sin que hasta la fecha hayan dedicado los gobiernos suficientes energías al afan impuesto de contenerla. Favorecidas por las nuevas circuntancias creadas por la vida moderna; encontrando terreno singularmente propicio para su desarrollo en el hacinamiento de las grandes ciudades, en las masas de obreros inmolados á las exigencias del industrialismo, ella avanza, sin cesar, socabando los cimientos de la salud del mundo. Casi un quinto de la mortalidad en el universo entero le pertenece por indiscutible derecho, dijo uno de los los delegados del Canadá, y es un remordimiento para los hombres de ciencia, saberlo así, comprobar á diario la intensidad del flajelo y no combatirlo en forma, aliando todas las energías. Pero, ¿qué pueden hacer por sí los médicos si no cuentan con el apoyo de los gobiernos? La propaganda tenaz que un deber elemental ordena, no rendirá frutos si no se confirma la fuerza probatoria de las palabras con la fuerza ejecutiva de los hechos. Desgraciadamente aun la educación no ha roto del todo el dominio de la ignorancia, en el espíritu de las muchedumbres; por lo demás, ¿qué extrañeza puede causar a negligencia de éstas, justificada en mucha parte por la

preocupación devorante de la lucha cuotidiana, cuando abundan los casos del más reprensible y brutal abandono entre las clases más elevadas de la sociedad? En estos y parecidos términos se expresarou muchos de los presentes, antes de entrar al fondo de la cuestión, y acompañando estadísticas sobre las fluctuaciones de la tisis en las distintas regiones. Unánimemente se consideró luminosa una carta abierta dirigida al Congreso por el célebre profesor Benedikt de Viena, en refutación de las doctrinas de Kock, de la cual no diremos una palabra más para no sacar los piés del plato. Las siguientes cuatro tesis absorvieron la atención de la asamblea:

1.ª Legislación preventiva, abrazando el aspecto social, municipal y público de la tuberculosis.

2.ª La tuberculosis considerada en sus aspectos patológico y bacteriológico.

3.ª La tuberculosis en su aspecto médico y quirúrgico, abrazando el estudio de las condiciones sanitarias y climatológicas, luz y electricidad.

4.ª Aspectos veterinarios de la tuberculosis.

Zapatero á tus zapatos. No será ciertamente el que esto escribe quien pretenda hacer un resúmen de interesantes y profundos debates sobre materia médica, sin que esto prive de repetir algo de lo que se dijo encarando el asunto bajo la faz legal. ¿Pueden ó no pueden los gobiernos proceder con los tuberculosos avanzados como si se tratara de epidémicos y arrancarlos del seno de sus hogares en nombre de de la salud pública amenazada? Las dos tésis tuvieron distinguidos sostenedores. Alguien expuso que conceder derecho tan avasallador á la autoridad importaba sacrificar las más elementales regalías del individuo, comprometiendo de manera muy grave la facultad libérrima de cada cual de agitarse como mejor le convenga; que sería en extremo cruel agregar á la catástrofe decretada por la tisis, al elegir sus víctimas entre los miembros de una familia, la verguenza, la afliccion representada por el hecho de que terceros compartan obigatoriamente las intimidades del hogar; que ser atacado por una enfermedad, por grave que ella sea, im-

porta una fatalidad y no un delito y que la ley solo persigue y castiga á éstos en nombre del interés general ofendido por la violación intencional de deberes morales, lo que, á buen seguro, no puede argumentarse en el primer caso. Pero tales razones fueron rebatidas en forma contundente. No se pretende, se contestó, humillar á los particulares añadiendo á las desgracias privadas el sinsabor de las intromisiones públicas, siempre poco delicadas; ni se piensa en imponer presiones duras á quienes bastante y bien injusto castigo tienen en su terrible situacion; ni hay quien sueñe en crear la dictadura peligrosa de ciertas corporaciones oficiales.

Discutir bajo esos aspectos, estrictamente legales y aislados, á nada práctico conduce, pues se sostiene algo que nadie niega hablando del respeto que merece en sus actividades el individuo. Pero, apartando sentimentalismos perniciosos, ¿cumple con su deber el Estado, llamado á velar por la salud común, permitiendo que personas que llevan en sí el germen trasmisible de males asoladores, sacrifiquen, por imprudencia, á muchos inocentes? ¿Debe consentirse, en homenaje á bonitos doctrinarismos, que la ignorancia, el descuido, la torpeza de los unos, provoque verdaderas calamidades sociales á la sombra de idénticas cualidades negativas, tan corrientes, de los otros? ¿El concepto exacto de la libertad consiste en consentir á todo el mundo que haga lo que se le dé la gana sin reconocerse otros frenos que los impulsos del propio capricho? De ningún modo; la libertad de cada cual termina en donde empieza la ajena, y ese patrimonio sagrado del vecino se vulnera gravemente, si un sujeto afectado en condiciones peligrosas esparce en abundancia la semilla de sus propios males, valido de que es libre. Probado como está el carácter temible de la tuberculosis y evidenciados sus avances, están obligados los gobiernos de todos los países civilizados de la tierra á constituir una alianza estrechísima para batir así con éxito al pertinaz enemigo en todas las distintas secciones del Universo. En nombre del bien público ellos deben penetrar decididamente á los hogares flagelados para convencerse de que se adoptan con esos enfermos las medidas rigurosas impuestas por la defensiva

social y, en caso contrario, para tomar á su cargo esa defensiva, en representación legítima de los más. Ellos deben poner en rigor las mismas medidas de vigilancia que se establecen en circunstancias de epidemia, sin detenerse ante consideraciones inaceptables de gerarquía, que la tisis siempre entraña inmensos peligros, ya se hospede en la casa del pobre ó en el palacio del rico. La asamblea aceptó por gran mayoría estas ideas de carácter eficiente agregando que el apoyo del pueblo era indispensable para hacer tan eficaces como se quiere los esfuerzos de la autoridad.

Pero, por lo común, ese pueblo no está preparado para coadyuvar á la tarea extirpadora; él ignora los medios exigidos para combatir con éxito al flagelo; él, dominado por la tenacidad silenciosa del mal que cava sepulturas en forma aleve, tomándose años para abrir y cerrar una fosa, se resigna, contemplando las tácticas lúgubres del adversario incansable, sin atinar á oponerle vallas vencedoras. Esos son los frutos de la ignorancia general, aliada á criminales desidias, y para modificar situación tan lamentable se requiere llevar á las multitudes noticia detallada de las cosas, tales como ellas son; interiorizarla, en forma gráfica, de las catástrofes domésticas á que aboca la tuberculosis cuando no se enfrena su desarrollo; decirle que hijos é hijas, padres y madres, familias desmoronadas, señalan con rastro de cruces su huella, y esto de manera irremediable, si la previsión no decreta medidas prontas y enérgicas. Pues esa propaganda, que conducirá á resultados trascendentales, debe iniciarse simultáneamente en todas las esferas. Ella tendrá en la escuela primaria su mejor resorte. Alguna parte de las muchas lecturas, sin mayor importancia, preparada para los niños, puede reemplazarse, con ventaja, por ejercicios escritos sobre las epidemias y enfermedades más terribles, precedidos, por supuesto, de explicaciones elementales de los maestros. En el espíritu impresionable de las criaturas deben estamparse conceptos generales de higiene y de desinfección, enseñándoles, á la vez, cómo se producen las infecciones y por qué motivo de orden sanitario se prohibe escupir en los trenvías, vender la leche de vacas tuberculosas, usar las ropas de los enfermos conta-

giosos y se adoptan otras muchas precauciones vulgares, cuya bondad evidente muy pocos alcanzan.

Y al pueblo, á ese factor importantísimo que posee todas las impaciencias y ligerezas de los niños y todos los egoismos y soberbias de los hombres, aunque sea ya tarea más difícil, hay que explicarle lo mismo poniendo á contribución las columnas generosas de la prensa, generalizando el conocimiento de las instrucciones definitivas, repartiendo impresos breves y claros, creando ligas populares compuestas de ciudadanos selectos. A propósito de esto último, manifestó el delegado de Ontario que en el Canadá, se habían obtenido resultados, realmente halagüeños, con procedimientos sencilllos que recomendaba por estar ellos al alcance de todas las voluntades. En vista de los avances constantes de la turberculosis, dijo, nos propusimos algunos hombres de ciencia hacer algo práctico para modificar situación tan desastrosa. Al efecto empezamos por constituir centros populares de acción llegando á obtener que cada comuna imitara el ejemplo y creara ligas dependientes de índole parecida. Cuando hubimos adquirido fuerzas de organismo nos dirigimos al parlamento local invocando la representación justa de todos los municipios y pidiendo que se dictara una ley que apoyara nuestra acción. Nuestra iniciativa encontró eco simpático en las Cámaras y, como para dar carácter práctico é inmediato á nuestras gestiones, acompañáramos un proyecto breve y razonable de legislación preventiva, éste fué sancionado y, á la fecha, gracias al esfuerzo coaligado de todos, no hay en todo el Canadá un tuberculoso en el desamparo, habiéndose creado, sin mayores sacrificios y con sólo disponer de parte reducida de las rentas generales, casas de refugio y *sanatoriums*, gratuitos los más y pagos algunos. Ideas tan saludables, y, sobre todo, tan prácticas encontraron caluroso apoyo acordándose elevar á la consideración del gobierno americano el proyecto á que me refiero, presentado por el delegado canadiense, habiéndose declarado, previamente, qne el estado de las cosas á ese respecto en el país, estaba muy distante de ser satisfactorio.

Como profano que soy la prudencia me manda no seguir

al Congreso en sus demás deliberaciones las que, por otra parte, aparecerán muy en breve impresas en volumen. Si, debo agregar que favorecido, á la par de los demás ministros extrangeros y en mérito al rango diplomático, con la vice presidencia honoraria del mismo y obligado por la solicitud afectuosa de los miembros de la Mesa, empeñados en que testimoniáramos de viva voz la adhesión de nuestra sociedad á las nobles tareas emprendidas, no tuve otro remedio que hablar, sobreponiéndome á mi propia confusión. ¡Era tan fácil decir necedades en un idioma extraño! Pero, de cualquier modo, había que salir del atolladero hasta para probar que las nacionalidades del sur de Sud América calzan ya los puntos de una cultura propia aquí no sospechada. Confieso que cuando subí á la tribuna, obedeciendo al llamado del señor presidente Holton, sentí que me flaqueaban las piernas y que se me anudaba la voz. Nunca me he visto en trance más penoso, aunque también declaro que nunca he intentado con mayor energía vencer una dificultad. Bien sabía yo que en aquel momento se juzgaba el valimiento de la patria por lo que iba á decir y por mi desempeño. A ella, pues, encomendé mi suerte y todavía estoy creyendo que gracias á la santidad de la invocación salvé ileso el escollo. Por lo demás, es tan afectuoso el ambiente de las asambleas americanas que uno pronto se familiariza y se siente, como ellos dicen, *at home*. ¡Fueron tan buenos conmigo! Escucharon mis oyentes con tanta paciencia mis sobrios párrafos en mal inglés! Con mi última palabra presenté á la Mesa el folleto estadístico del doctor Joaquín de Salterain, que casualmente hallé entre mis libros, que estudia, con números, el desarrollo de la tísis en el Uruguay en los últimos siete años y que comenta las medidas adoptadas para reprimirla. ¿Verdad que no debemos perder las oportunidades que surgen de enaltecer, en todas las ramas del saber, el nombre del país? Algunos profesores con quienes intimé después de mis palabras de agradecimiento, que vierto textuales en mi nota al gobierno, me interrogaron luego, con evidente curiosidad, sobre los asuntos nuestros, manifestándose sorprendi-

dos de que ahí algo eficaz se hubiera hecho ya para arrebatar víctimas á la tísis.

En la noche del 4 de Junio y ya clausuradas las sesiones, se celebró un gran banquete de despedida en el magnífico hotel Majestic, de cuya grandiosidad se da idea diciendo que casi mide una manzana y que consta de doce pisos. A la hora de los brindis hizo uso de la palabra, en primer término, el vice-alcalde de la ciudad de New York, quien aplaudió la empresa humanitaria abordada, ofreciendo á sus iniciadores el más decidido concurso de la autoridad municipal, la que, por su lado, ya se había preocupado sériamente de cuestión tan trascendental. Luego hubo una sucesión de brindis entusiastas. Agregaré complacido que el presidente dedicó párrafo especial á nuestro país, el más lejano de los allí representados, pidiendo á la asamblea que lo acompañara á formular un voto por la felicidad de una tierra «justamente famosa por la belleza de sus mujeres»; esas fueron sus palabras precisas, que, por supuesto, retribuí. Realmente no me explico como aquel profesor, hombre de gabinete, reñido con las expansiones sociales, tenía conocimiento de esa amable galantería que, talvez con razón positiva, se nos dispensa por ahí. Como remate de lo dicho añadiré que, según veo en el diario de hoy, acaba de constituirse en esta ciudad, por iniciativa de la Sociedad Caritativa, que encabeza el doctor S. Knopf, un Comité Preventivo de la tuberculosis, integrado por once médicos de representación y trece personas más de nombre. Reproduzco enseguida el programa que ellos han acordado para alcanzar los benéficos propósitos que persiguen:

1.º Divulgar profusamente entre el pueblo la doctrina de que la tuberculosis es una enfermedad comunicable, prevenible y curable.

2.º Esparcir todos los conocimientos necesarios para que la gente aprenda á evitarla.

3.º Insistir en la necesidad imperiosa que hay de aumentar el número de hospitales especiales y de sanatorios, poniendo á la vez los remedios corrientes al alcance de los niños y adultos tuberculosos.

4.º Estimular todos los esfuerzos que tiendan á combatir el desarrollo escrofuloso entre los niños.

No está de sobra decir también, que tales ejemplos nunca perjudican, que el gobierno de México acaba de mandar imprimir, para repartirla, una obra de ese mismo doctor S. Knopf, laureado en Berlín, que trata de los modos indicados para contener el azote.

Una nueva visita me ha permitido trabar conocimiento más agradable y más íntimo con esta capital neoyorkina que se destaca por sus corpulencias asustadoras. ¡Qué ciudad tan enorme! Consta de dos partes en el concepto genérico: *Down y Up Town;* esto es, de la ciudad baja y de la ciudad alta, que señalan cada una distinta idiosincracia y muy diversas agitaciones. Aquella, absorbe el mundo de los negocios, de las gestiones aduaneras, de los juegos de bolsa y de la alta banca.—Allí está el riñón bursátil y ella representa lo que, en miniatura, retrata entre nosotros la parte viva de ese Montevideo Antiguo: la calle Rincón, con su apeñuscamiento de casas mayoristas é importadoras; la calle 25 de Agosto, ensordecedora siempre gracias al tránsito constante de las pesadas y feas carretillas, perpétuamente empeñadas en la tarea de desagotar á los muelles; la calle Zabala, que en su cruce con Piedras señala la memoria de tantas fortunas perdidas ó ganadas; la calle Cerrito que atesora las riquezas positivas y conservadoras; y, finalmente, aún esa serie de barrios exóticos, de un extrangerismo sospechoso, que ponen singular anillo al edificio de nuestro Universidad.

Las mejores tradiciones históricas y municipales de New York tienen su engarce propio en *Down Town.* Allí está el asiento típico de la antigua metrópoli, que tuvo su piedra angular en aquel fuerte fundado en 1614 por descubridores holandeses, que se denominó por muchos años Nuevo Amsterdam. Cuenta un minucioso cronista que la famosa *Wall Street* (calle de la Muralla) se llama así porque en ese paraje se erigió una fortificación para garantirse contra los avances de los indios. Debe suponerse que esa parte del municipio no ofrece bellezas, llena como está de callejuelas y de huecos que no han podido arrastrar del todo los estu-

pendos desarrollos posteriores. Y como allí el espacio exigido por millares de escritorios resultaría estrecho, si sólo se contara con edificios normales, allí es donde la arquitectura ha clavado la bandera de las temeridades americanas, alzando edificios monumentales que, sin incurrir en la exageración de la gastada metáfora, puede afirmarse que envuelven en manto real de nubes sus azoteas. ¡Cuántas veces me he detenido al pie de esas construcciones de veinte pisos, que desafían la noción humana de las dimensiones artísticas, absorto ante la enormidad de tales casas, que parecen palomares y que, en ciertos momentos, un fenómeno óptico me las presenta movedizas en sus confines superiores, como si vacilasen y tratabillaran sobre sus cimientos gigantes! De manera que con este audaz desafío de la altura, el terreno va en camino de desdoblarse hasta lo infinito, no estando distante el día en que, en vez de emigrar al norte y al este en busca de temperaturas suaves, se traslade simplemente el domicilio, durante la estación veraniega, á las habitaciones colgadas allí, en la cumbre improvisada, como nidos de cóndores, cual si rivalizacen con los picachos andinos.

El otro día estuve á visitar al Cónsul del Uruguay, que tiene su oficina en un piso número diez y nueve. La subida estuvo muy bien, pero á la bajada sentí una impresión semejante á la que debe experimentarse al descender rápidamente una montaña. El ascensor se descolgaba como una piedra arrojada en el vacío, desarrollando una velocidad que me produjo un efecto intenso, tan desagradable cuanto indefinible. Ahora mismo están concluyendo en la convergencia de Broadway y Quinta Avenida un edificio tan extraordinario que hasta los mismos neoyorquinos se detienen á abrazarlo con una mirada de orgullosa admiración. No se crea que se destaca por el número de pisos, que alcanzan á veinte, pero que no pasan de veinte y cinco. Su rara característica la apunta la escasísima base de la construcción, que se apoya sobre un triángulo agudísimo de tierra. Parece aquello una colosal hoja de espada. Centenares de ventanas criban sus dos lienzos de pared sin que el tercer trozo de ladrillos, que

remata el edificio en su paraje posterior, merezca mención por sus ajustadísimas dimensiones laterales.

New York tiene también sus cientos de iglesias, pero la enormidad del conjunto borra el relieve de las torres, que las cúpulas, las flechas y las sinagogas parecen simples lunares, perdidos al lado de estas nuevas narices arquitectónicas con proporciones de hipérbole. Imagínese el blanco delicioso para los cañones que en oportunidad de un bombardeo ofrecerían esos tableros; concíbanse las escenas horrorosas que, en caso de incendio, se desarrollaran allá arriba, en las últimas séries de cuartos; piénsese en el peligro que corren los obreros creando chapiteles sobre el abismo. En algo deben haber modificado aquí los sistemas dominantes de edificación para poder llegar al hacinamiento millonario de ladrillos, sin peligros ulteriores de derrumbe. Por lo pronto, observo al pasar que los aquí usados son muy distintos á los nuestros; más cortos, mucho más angostos, pero, á la vez, más altos y de escasísimo peso. Se edifica rápidamente, superponiendo unos ladrillos á los otros con la misma soltura con que levantan las criaturas los castillos, colocando en un orden determinado piezas de madera ya combinadas. Aún no me explico de qué manera ligan las fracciones entre sí porque hasta la fecha nunca he visto hacer uso de ese matete de albañilería que nosotros los ignorantes llamamos, mal ó bien, mezcla.

Un ajustado espacio de *Down Town* lo ocupa parte de la colonia italiana, la judia y la china. A los primeros les reprochan generalmente los americanos que sean tan económicos: el dinero vale porque corre y representa valor de intercambio y el que gana, en vez de atesorar febriciente, debe de gastar, á su vez, para que ganen los demás,—he oído decir repetidas veces. Los segundos, en su absoluta mayoría súbditos del Kaiser, se definen á cada instante, en el enjambre callejero, por el perfil corvo y por la expresión fuerte, fría, inquisidora, de sus ojos negros, hermosos y guarnecidos por largas pestañas de seda. En total, y esparcidos en todos los rumbos, se calcula que casi alcanzan á medio millón los alemanes trasplantados á esta capital. Pero

la representación más interesante del cosmopolitismo pertenece á los hijos del Celeste Imperio que nada tienen de celestes y si mucho de sucios. ¡Qué grandes figuras son estos sujetos! Como todos sabemos, la entrada á los Estados Unidos les está prohibida. ¿Acaso por ser defectuosos de físico, por pertenecer á una raza corrompida, ó por sus vicios? No señor, simplemente por su incansable laboriosidad, que llegó á echar por tierra el precio de los jornales infiriendo perjuicio grave al obrero caucásico. El chino es el ser humano que, por sus condiciones singulares, más se asemeja á una máquina: él come poco, apenas duerme y casi no gasta la ropa, pues invierno y verano se arregla con una bata negra, usada sobre el cuerpo. ¿Qué trabajo manual, por muy laborioso que sea, resiste á la competencia de quienes no discuten salarios y sacrifican todo, hasta las más elementales holguras, al afan de la ganancia? De modo pues, que aun en el país más libre de la tierra, ha sido necesaria negar hospitalidad á huéspedes que poseen esas fuerzas, no rivalizadas, de succión. Alcanzan á diez mil los chinos arraigados en New York, gracias á aquello de que las leyes no tienen efecto retroactivo. Se distinguen, ellos, por su espíritu de extrema solidaridad. Así, se les encuentra amontonados, como majada de ovejas, en los peores vericuetos de la ciudad baja.

Para satisfacer una natural curiosidad recorrí, cierta noche, los estantes de aquel bazar amarillo. Si los centros populares de la gran China son por el estilo, decididamente más vale vivir muy lejos de ellos. Un olor característico y repugnante, que luego me dijeron provenía del opio, domina en aquel barrio, compuesto de guaridas que se llaman *restaurants* algunas, tiendas, otras, y, las más, casas particulares. Entremos á uno de esos negocios y enseguida veremos, á cualquier hora del día y de la noche, á ciudadanos chinos echados, sin paréntesis, sobre la máquina de coser, en atmósfera del más absoluto silencio. Para hacer sus pequeñas operaciones comerciales despliegan vivacidades inofensivas de raton. Recuerdo que, como les comprara chucherías y les ofreciese un precio total menor del exhorbitante que me pi-

dieron por cada pieza, se llamaron á consulta en su lengua, trataron de embaucarme haciéndome decir lo que no había dicho, me interrogaron repetidas veces, volvieron á entenderse y después de mirarme mucho, accedieron á mis pretenciones. Pero todo esto hecho con bondad, con dulzura, con tanta mansedumbre de espíritu y laudable afan de lucro que me sentí atraído y dispuesto á reconocer su mucha y meritoria tenacidad laborante.

Jamás el nombre de un chino ocupa espacio en las crónicas policiales de New York y el secreto de esa corrección se explica en dos palabras. Ellos viven aislados, formando mundo aparte de los blancos; ellos evitan todas las circunstancias de conflicto y, en caso de ser víctimas de una evidente injusticia, prefieren soportarla antes de llegar á las contingencias de un lance personal. Feos, sucios, pacientes, con su larga trenza mujeril, ora acomodada en forma de rodete sobre el casco, ora extendida hasta la cintura, como enseña de no sé qué virtudes orientales, ellos se deslizan entre estas muchedumbres inquietas que, respetuosas de todo, han concluido por mirar con alguna simpatía á estos hombres de temperamento blando y tranquilo que jamás gritan, incomodan ni reclaman. Al decir hombres he afirmado más de lo que podemos afirmar nosotros. ¿No hay mujeres entre ellos? Sí que las habrá pero, ¿quién posee sagacidad bastante para poder proclamar que aquella persona que sube al eléctrico es una china y no un chino cuando todos se visten de idéntica manera, cuando todos destacan por sus piés de muñeca y la misma sonrisa afable ilumina los mismos rostros pálidos, sin una veta de colores animados y sin un pelo de barba, y la misma expresión de éxtasis se recoge en sus ojos grandes, oblícuos, de varilla de abanico?

¡Pensar que una inmensa región del Universo sirve de hoya á cuatrocientos millones de estos extravagantes ejemplares! y, lo que es más extraordinario, que ellos para nada pesan en los destinos del mundo, atreviéndose apenas, de vez en cuando, á matar á una media docena de misioneros europeos, para asustarse en seguida de lo obrado y pagar reclamaciones gargantuescas con sabrosos pedazos de tocino territorial!

Se habla del peligro amarillo cuando recién las tropas internacionales acaban de asolar el imperio haciendo de Pekín la encantada, su cuartel general, y cuando el Japón ha cruzado, impunemente, á latigazos el rostro de marfil de su poderoso vecino! Otro será el rumbo que traerá el huracán si las cosas no cambian. Por lo demás, es una fortuna, no bastante apreciada, que esta raza prolífica y de actividades madrepóricas no aliente ensueños de conquista que, de lo contrario, ella, señalando á sus legiones infinitas las fronteras de la Europa, haría despertar de envidia al mismo Atila, renovando en el siglo XX la hazaña clásica de los Bárbaros. ¿Qué harían ellos, en su manifiesta inferioridad militar, frente á los cuadros aguerridos de los ejércitos occidentales?, dirá alguno. Creerlo así importa desconocer el empuje del número cuando el número se eleva á cantidades fantásticas. ¿Es que no hemos visto en el Río de la Plata mangas inmensas de langostas interceptando, por momentos, los rayos solares, posándose una noche en campo de oro, conquistado para el trigo y brillantes arboladas, para ofrecer al día siguiente el espectáculo de un desastre total que llega desde la mata de pasto miserable hasta las cortezas más rebeldes; y á los mismos ferrocarriles interrumpidos en el tránsito porque sus ruedas se inutilizan al masacrar toneladas y toneladas de estos bichitos?

Mas nada hay que temer, pues, por fortuna, los señores chinos, á los placeres de la guerra prefieren las satisfacciones, sin sobresalto, del hogar y del trabajo mal remunerado. Desde hace muchos siglos gustan ellos los beneficios pacíficos y en vez de construir, por la fuerza, nuevas y grandes naciones, se entretienen en hacer lujos de primor, bordando pañuelos de arabesco insuperable y creando preciosas porcelanas; mientras los granos de arroz hervido, que levantan con palitos, y la goma de sus nidos de golondrina, continúan siendo su desideratum en la vida. Y cuando pérdidamente borrachos, intoxicados por el opio, ellos solo desatan su imaginación enferma para desdoblar, en misteriosas lontananzas, visiones inocentes de niños, extraños juegos de volatineros, escenas de dulces y graciosos encantos, romerías de Arlequin,

países de delicias inmortales y hazañas funambulescas, siempre suaves, siempre plácidas, siempre infantiles! El nombre épico de un Napoleón no lo comprenderán nunca; por eso mismo nunca alarmarán á la civilización con bostezos de tigre cebado.

Up-town, la parte alta de New York, condensa las hermosuras de todo género de esta capital. Allí levantan su prestigio los museos, los modernos hospitales, los grandes centros de estudio y multiplicadas academias de arte, siendo suyo también el patrimonio de espléndidos paseos. Esta metrópoli tiene la ventaja, poco comun en otras, de ofrecer á sus habitantes, en el mismo centro, un dilatadísimo parque. A lo largo está comprendido este entre las calles 59 y 110, de manera que casi alcanza una legua en ese sentido, por ocho cuadras de ancho. Apunto con intención este dato expresivo y exacto, porque entre nosotros se toma á menos la necesidad de esos desahogos públicos, al extremo de habérsele arrebatado á nuestra empeñosa Municipalidad la antigua plaza de Carretas para ubicar allí la Facultad de Medicina, que bien ha podido obtener asiento, tan propio y completo como ella se lo merece, sin llegar al sacrificio de una extensión de terreno que servirá mañana de recreo á un nutrido grupo de población. Muchos cientos de miles de pesos ha de haber demandado la formación aquí del Parque Central.

Pero no se crea que la autoridad ha invertido sus fondos en rebuscamientos artísticos de salón. Fácilmente se vé que el propósito perseguido desde un principio fué de no cercenar los sabios derechos de la naturaleza, acrecentando, por lo contrario, la fuerza de su dominio. Aquella presenta un conjunto de bosques, lleno de seducciones rústicas, con enredaderas salvajes que trepan por la roca viva, aquí; por caminos trillados, por una parte, y senderos de estilo indio, por otra; con grupos de árboles macizos, seguidos de caprichosos claros, con umbrosos recovecos y laberintos, por allá. Este dato complementario y extraño los convencerá de que no exagero: en los espacios abiertos, que se asemejan mucho á pequeños potreros, pastan en verano grupos de ovejas, aprovechando la verde gramilla, mientras por todas partes

saltan las ardillas mansas y libres, ora abrazadas al tronco de las hayas en actitud de crucifixión, ora comiendo *peanuts*, maní, ofrecido por los paseantes y tomado en sus mismas manos. Se respeta y cuida aquí tanto á los animales que nadie se atrevería á jugarles una mala partida á estos favorecidos representantes de *nuestro* reino, y ha sido aprovechada de tal modo la topografia del terreno que los panoramas son siempre variados y los lagos azules, que hienden los cisnes, se suceden á las explanadas y á los boscajes y á las alturas de contorno irregular, en un verdadero derroche de desórdenes artísticos. En el Parque Central, con todo intento, no se han creado jardines, que las flores piden marcos más delicados, elegidos con acierto en otros sitios, siendo el objeto exclusivo de ese paseo servir de desahogo práctico á las más diversas expansiones sociales. Allí, pueden las criaturas alcanzar todos los beneficios de salud de un día de campo, y los ancianos gozar las impresiones imponderables de un ambiante puro, tranquilo, y los jinetes galopar, hasta el cansancio, por pistas bastante blandas para el casco de los caballos finos y á la vez bastante duras para no ser pesadas, y los jóvenes entregarse á toda clase de ejercicios atléticos, desde las carreras á pié hasta el remo. Aún siendo extranjero se pasan momentos agradables presenciando el desfile de carrruajes de toda clase, de gallardas amazonas, de ciclistas y de automóviles; todos esos elementos en animada confusión, como colores enlazados sobre una misma paleta, mientras los diminutos prados y los árboles centenarios manchan el fondo del cuadro con un matiz uniforme de creación y de vida y los pájaros libres ponen en música sus alegrías y sus poemas.

No sin razón goza de mucha fama la policía neoyorquina. Sus miembros son seleccionados entre los individuos de mayor talla, á los que luego se completa con una enseñanza apropiada á las exigencias del oficio. Los *policemen* usan sencillo y holgado traje azul oscuro, abrochada al frente la amplia casaca, por cuatro botones plateados. No llevan polainas y en vez de kepí tienen un casco alto, gris, de castor, muy semejante al de los bomberos. No digo nada nuevo

agregando que aquí está desterrado el machete, sustituyéndolo, con evidente ventaja para todos, un palo de madera muy dura, pulida, cuyo grueso se aproxima al de un taco de billar, y sostenido á la muñeca por una manija de cuero curtido. Esa arma de defensa reune muchas bondades, fuera de la economía que representa para el Estado. Ella evita las desgracias que aquí, como en todas partes, puede originar un abuso de autoridad, y aparta del camino del funcionario—no empleo esta palabra en su concepto administrativo—toda tentación homicida provocada por el acaloramiento. Y en realidad vale ella, para repeler una agresión, más que las armas blancas usadas entre nosotros. El palo, blandido por un fuerte brazo catalán, desafía con éxito cualquier ataque, pues no hay avance que rompa el círculo trazado por un hábil molinete. En tales condiciones de impunidad pueden colocarse aquí los vigilantes que, ejercitándose á diario, llegan á adquirir un conocimiento completo de su atributo de mando. Por lo demás, un golpe seco en los huesos de la pierna, provoca dolores agudísimos y obliga á caminar al delincuente más empedernido; otro golpe violento en la cabeza echa por tierra, desmayado, al menos débil.

Esto sin agregar que, en casos apurados, cuando se olvida la lástima, puede cometerse cualquier barbaridad con esa regla de medio metro. Pero debemos decir también que la policía americana rarísimas veces pone en práctica esos medios defensivos, en parte, porque está enseñada á hacerse obedecer sin castigar, y en parte, porque aquí la gente obedece sin esfuerzo. Es tanto el respeto á la autoridad que nadie se atrevería á hacer burla de las órdenes de un vigilante, pues el mismo público empezaría por censurar acremente tal desacato. Es cierto que aquí los policianos, como que saben cumplir sus obligaciones, nunca intentan cometer arbitrariedades. Y no se crea que ellos andan con miramientos si no se les presta atención. Empiezan por decir: *get away*, lo que vale: *¡salga de aquí!*, y si el aludido contesta groseramente y no hace caso á lo que se le manda, enseguida, sin consideraciones de ningun género, le replican con un fuerte empellon, y, si todavía insiste, otra manifesta-

ción, aún más enérgica, impone el respeto. Al presenciar casos por este estilo me he acordado de lo que sucede á nuestros vigilantes, á los cuales todos creemos tener el derecho de interpelar criticando sus instrucciones y revelándonos luego, burlonamente, contra sus insinuaciones. De manera que, como la autoridad es tan ejecutiva y abona de inmediato con hechos contundentes sus voces, aquí no existen los pendencieros, ni hay un insolente que diga indignidades á las damas por la calle. Un simple llamado de la muchacha más humilde del pueblo pondría en situación apurada á cualquiera, fuere quien fuere el irrespetuoso, abriéndole, con seguridad, un espacio en la comisaría. Nadie ignora que con la autoridad no se juega.

Pero lo que verdaderamente admira es ver cómo esa entidad cumple su deber social sin ruido, sin aparato, sin uno sólo de esos exhibicionismos que tanto conocemos. Su organización no responde á ideas militares y ahí se encuentra el sabio secreto de su corrección y de su merecido renombre. Los policianos no hacen la venia á nadie, que su misión no consiste en saludar á personas extrañas al servicio; ellos gozan entera libertad de locomoción dentro de su radio de vigilancia, y tanto se les vé á ciertas horas protegiendo á una anciana que se aturrulla al cruzar la calle, alzando con brazo poderoso, otra vez, á una criatura, como dando amables informaciones al forastero y paseándose con toda calma por la vereda, deteniéndose ante los escaparates para conversar con los amigos de las tiendas, por la integridad de cuyos intereses velan. Así se hace todo aquí: de manera natural, lógica, sin presiones exageradas, que crean siempre un estado de cosas artificial y estéril. Todavía me pregunto cómo se desempeñan para controlar el servicio, porque aún no he visto un sólo oficial inspector á caballo. Todo lo que prueba que, sin disparadas á media rienda, sin reiterados toques de pito, —aquí no existe ese sistema de llamada—y sin infundir alarmas impropias entre los vecindarios, puede mantenerse, á maravillas, el orden público. Veo en los diarios de esa que levantó protestas la actitud de nuestra policía que, obligada por quejas concretas, no permitió en cierto momento la for-

mación de grandes grupos, durante la noche, en la calle Sarandí. Pues en New York, sin que medien aquellas circunstancias, se procede con idéntica rigidez. He visto á personas que conversaban tranquilamente en la esquina de anchas calles, sin incomodar á los transeuntes, obligadas á retirarse sin mayor explicación; y, en lo que va de personal, puedo agregar que habiéndome estacionado sólo, una vez, para presenciar el desfile de paseantes, fuí arrancado de mi éxtasis burgués por el *¡get away!* imperioso y casi grosero de un señor policiano, á quien me guardé muy mucho de chistarle una protesta.

Pero basta por hoy, que ésto, por lo largo, parece sermón de cuaresma y corre peligro, merecidísimo, de no obtener la atenta hospitalidad de ustedes.

VI

El verano en Norte América—En marcha hacia el Canadá—Las nostalgias del viaje—El hábito del silencio entre los yankees—Una ciudad canadiense—El espíritu de sus habitantes—En la escuela de Guelph—La enseñanza teórico-práctica de la agricultura y de la ganadería—Los estudiantes argentinos—Las teorías del director—La propaganda entre los agricultores y ganaderos—La literatura y la ciencia política en la escuela de Guelph—Condiciones sobresalientes de su director—Elogio de los alumnos argentinos—Una fiesta nocturna en Guelph—Manera original de organizarla—El proyecto de mandar alumnos orientales—El presupuesto y las ventajas.

Escribo esta correspondencia desde Toronto, una de las más hermosas ciudades del Canadá. Gracias al verano — que es insoportable en Washington — se produce un desbande completo del mundo oficial, apenas llega la vanguardia de los calores al distrito federal, y desde el señor Presidente de la República, que acaba de instalarse en Oyster Bay, hasta el último de los políticos, todos emigran apresuradamente, buscando, al revés de las golondrinas, temperaturas otoñales. La costumbre, impuesta por el cambio brusco de las estaciones, está arraigada al punto de ser ella una exigencia de buen tono. La alta sociedad, que en todas partes posee líneas frívolas, impone esta fuga de carácter aristocrático. Es indispensable, para no perder calibre, que la pregunta consagrada:—«¿Dónde piensa pasar usted el verano?» tenga una respuesta tourista. Se asegura que en esa inmensa New York hay personas que, no pudiendo salir al campo en el momento solemne, se someten á las torturas

de un largo encierro, negándose á los visitantes, para estar luego en aptitud de ser creídas cuando refieren fantásticas impresiones de viaje. ¿Por qué seremos tan tontos? El Cuerpo Diplomático en masa, también se dispersa, pero, á buen seguro que, al hacerlo así, no paga tributo á prácticas artificiales sino que consulta verdaderas conveniencias de todo género. Paralizada en absoluto la gestión corriente de los asuntos exteriores, fuera insensato resignarse á un cocimiento en vida cuando ferrocarriles insuperables casi convierten en suburbios de la majestuosa metrópoli á encantadores centros de gran recreo. Blandamente arrastrado por el elegante movimiento, salí, sin pesadumbre, de Washington: contagiado del espíritu nervioso dominante en este país extraordinario, nuevas curiosidades de forastero me habían invadido ya. Echado sobre el mapa elegí ruta. La totalidad de los paseantes habían optado por las playas oceánicas, que aquí tienen atractivos espléndidos fuera de la sugestión que ofrecen á los bañistas.

Yo quise conocer ese Canadá que de niño, cuando coleccionaba estampillas postales, lo concebía un país extraño, misterioso, envuelto en el vasto sudario de las nieves árticas; lleno de osos blancos, en tierra, y de ballenas en sus mares inmensos. Sin pretender sentar plaza de muy joven, se me ocurre que todavía tengo algún tiempo por delante para dedicarme á los placeres sedentarios de las estaciones veraniegas, interlineados, dígase de paso, con exigencias sociales, bastante cargosas en un salón con piso de arenas. Por otra parte, hace mucho tiempo que no le profeso simpatía á ese pícaro mar, que tantas malas partidas nos juega cuando uno menos se lo espera. Y á fé que estamos á la recíproca con el soberbio elemento. ¡Le debo cada recuerdo! Cuando yo, á la interrogación sacramental á que he referido, contestaba invariablemente:—«voy al Canadá», siempre tenía que discutir el punto con alguno de esos afectuosos amigos que me he hecho en este medio tan altruista. Más de una vez se me acorraló preguntándoseme cuál era el objeto de andar así, de un lado para otro, y entonces, siguiendo la broma, proclamé que me levaba al dominio británico la intención de comprarme un

sobretodo de pieles! Así, alegremente, sostuvimos más de una tertulia social y nos dimos el *farewell* hasta el próximo invierno, unos, soñando con las delicias de las aguas salobres, otros, proyectando seductoras excursiones cinegéticas en radios limitados, y yo buscando, en el famoso sobretodo de pieles, un pretexto, aunque en miniatura, para caminar mucho.

Nunca me felicitaré bastante de haber sido huésped de este país que todavía no he concluído de visitar. Parecería que después de conocer á Estados Unidos, cuyas maravillosas gorduras, en todos los órdenes, tan preocupada traen á la opinión del mundo, el Canadá apenas puede presentarse á los ojos del viajero como un boceto rudimentario, como una débil imitación de la democracia vecina. Ahí estriba el error. Claro está que abrir paralelo de energías, parando números, entre un país enorme, repleto de población, y otro país, más enorme aun, escasísimo de ella, sería encarar el asunto de mala manera. El Canadá no intenta medir, por ahora, sus fuerzas con quienes han tomado ya, por derecho de conquista legítima, la caña del timón de las especulaciones universales; tanto menos cuanto que entre los primos que separa el río San Lorenzo existe el deseo sincero de estrechar, aun más, si es posible, los vínculos del parentesco. Pero entre ambas ramas de buena cepa sajona resáltan diferencias de hábitos y de crecimiento. Los americanos afirman que los canadienses, muy buenos y muy laboriosos, marchan despacio, á paso de buey. En cambio, éstos dicen de aquéllos que vivir como ellos viven no es vivir, y que, sin necesidad de dejarse dominar por la fiebre de negocios enloquecedores, pueden pasarse holgados y felices estos cuatro días de que disponemos los mortales. Ese gracioso diálogo de pullas fronterizas señala, bajo su cáscara liviana, el carácter de las distintas idiosincracias.

El Canadá vive entregado á la agricultura intensiva, que es su mejor presea; produce, elabora y exporta en condiciones honrosísimas; su bandera es también de paz, de prosperidad, de libertad intensa; pero todavía el espíritu local no ha sentido el mordedor peligroso de las empresas desatadas, de los «trusts», de las combinaciones monstruosas y

soberbias del capital movido por brazos de frágua. Aunque sus instituciones republicanas están en perfecto juego, aun se pasa por colonia, y esto con gusto, con cariño, con el amor indiscutido que se merece una sabia y generosa metrópoli. Pueblo feliz, que nunca sufrió la sombra de un despotismo, ha aprendido á respetar porque se le ha respetado, y á la fecha, cuando podría creérsele requerido por ambiciones de aventura y de calaverada política, sólo se preocupa de multiplicar sus excelentes escuelas públicas y de ganar, en lucha leal, los mercados consumidores de sus productos agrícolas y ganaderos, mientras emprende, ardoroso, la colonización meditada de sus provincias occidentales, disputando, al norte, sus fronteras á los hielos polares. Llegué al Canadá de noche, después de cruzar en tres horas las aguas del lago Ontario, que se desdoblan en inmensa sábana, sin que las rize una sola espuma, cual si al despeñarse por el Niágara hubieran entregado todas sus energías al insondable abismo. Echado sobre un cómodo sillón de cubierta, dejo á la memoria que me encante con sus confidencias, que traen perfume de mi país, mientras á mi alrededor los demás pasajeros hablan en bullicio de los asuntos del día, de tales ó cuales negocios, de Inglaterra, de Kitchener, de la paz sud-africana.

Los oigo, se expresan en un idioma que yo tambien entiendo y, sin embargo, estoy tan lejos de ellos que necesito recapacitar para comprenderlos. ¿Y para qué ese esfuerzo si nada, si absolutamente nada, me interesa lo que dicen, desde que yo sólo en un paraje reducidísimo, estrecho, olvidado del otro hemisferio, siento el calor de santas pasiones locales y sólo allí encuentro temas capaces de encender intensos entusiasmos? Se proclama como real la solidaridad de la familia humana y yo me pregunto, ¿dónde aparece ella en este caso, qué punto de intersección visible presenta el individualismo irreductible de ellos, y el individualismo, también rebelde, mio? No; cada cual busca sólo lo suyo. ¡Si los continentes están cruzados por fronteras, llenas de púas, que señalan el límite de organismos independientes y egoistas en el fondo y, por fas ó por nefas, radicalmente opuestos los

unos á los otros! Este es uno de los tantos mirajes que se rompen recorriendo tierras lejanas. En lo que me vá de personal, debo decir que antes de acostumbrarme á tales sequedades extrangeras, que ahora sin dificultad me explico, he debido ser muchas veces víctima de nuestra característica espontaneidad que aquí, á buen seguro, no corre peligro de producir contagio.

Añadiré también que, al presente, he tomado al pié de la letra, fuera de mis obligaciones, ese exterior impasible y almuerzo y tomo lunch y cómo sentado junto á personas con las cuales me paso semanas enteras sin cambiar una palabra. El otro día un caballero, que ha sido muchísimas veces mi colega de mesa, me dió las *¡buenas tardes!* y todavía estoy pensando á qué circunstancia anormal se debió ese exceso comunicativo. Pero reconozcamos que eso de hacer vida social en el mayor mutismo y bajo la acción de una misma cuerda, como si se tratara de relojes, al lado de muy grandes ventajas — independencia personal, holgura y libertad completa del espíritu — ofrece el sério inconveniente de que uno se expone á perder el uso de la voz por falta de ejercicio. Por lo demás, cuando hasta los gatos, sin subirse á los tejados, cumplen una ley orgánica mayando, que ese será su lenguaje, ¿cómo alabar mucho la abdicación de la facultad más hermosa del hombre? Para tener pretexto para pensar, pues de lo contrario temo que la inteligencia, entregada á tanta pereza, rechine mañana enmohecida y me conteste malhumorada, cual criada respondona, no he encontrado nada mejor que forjarme mis propios interlocutores, fuera del trato con los libros cuya amistad tanto nos ayuda. De manera que ese otro *yo* que he necesitado crear, muy penetrado de mis asuntos y de mis inclinaciones y de mis ideales ¡vaya si lo está sostiene conmigo diálogos animados, llama cariñoso los grandes recuerdos del pasado, me estimula, me interroga, derrota las invasiones nostálgicas con razonamientos llenos de solidez, opone bríos á la laxitud y me ayuda á ser útil y á trabajar. Cuando me engolfo en una de esas peregrinaciones restrospectivas atando, sin esfuerzo, remembranzas é impresiones, me parece que converso con algún camarada muy que-

rido. Todo esto tiene sus ribetes raros, ¿no es cierto? ¡pero, posee tanta realidad! Son simples resultados del aislamiento efectivo que no hay necesidad perentoria de ir al Sahara para saber lo que es la soledad.

La entrada á Toronto, por el lago, presenta atractivos fantásticos. El barco, más que hender, parecería que se deslizara como un pato sobre las aguas dormidas, mientras en la costa luces de mil colores le señalan derrotero destacándose á la distancia cual millares de linternas. En otra oportunidad me ocuparé de las instituciones y caracteres generales del Dominio, pero desde ya puedo decir que Toronto, capital nata del antiguo Alto Canadá, encarna las más puras tradiciones del provincialismo sajón frente á las evidentes preferencias francesas de Montreal y Quebec. Ese paralelismo, que en épocas muy viejas originó conflictos de larga repercusión, ha cambiado de aspecto al pasar por el tamiz de nuevas generaciones, y en la actualidad sólo existe como fuente de fecundas emulaciones y apenas señalando, á la vez, el rastro de históricas leyendas.

Toronto es una ciudad grande, hermosa, vestida de árboles por todos sus suburbios. Muchas de sus calles presentan pavimento de asfalto y otras muchas simplemente pavimento de tierra, abundando también el adoquinado tosco de madera tosca. Su comercio alcanza proporciones importantísimas, que van en rápido aumento. Sin embargo de su prosperidad y tamaño, esta capital aun no ha adquirido el carácter compacto y regular de los grandes focos humanos. Entiendo que su notable adelanto tiene la culpa de todo eso y que pasa con ella lo que con los muchachos en la edad del crecimiento: que, por más holgada que se les mande hacer la ropa, siempre les resulta ajustada debido á que la naturaleza anda más de prisa que el sastre. En el deseo de adquirir algún conocimiento sobre el carácter de la enseñanza agrícola y ganadera superior en el Canadá, antes de emprender viaje había escrito al director del Colegio de Guelph, caballero James Mills, pidiéndole autorización para visitar el instituto que tiene bajo sus órdenes, talvez, en su índole, el mejor del Nuevo Mundo. Recibí respuesta muy afectuosa, de ma-

nera que una mañana salí temprano con rumbo al pueblo de Guelph, que queda á dos horas de ferrocarril. Todo el trayecto se desarrolló entre granjas y campos del más esmerado cultivo. Hasta la última pulgada de tierra conoce los beneficios de una inteligente labranza.

Amenas perspectivas se suceden interminables, las unas á las otras, bosquejadas por la mano del hombre, sobre un lienzo suavemente ondulado, mientras alegres casitas de madera destacan aquí y allá, casi aprisionadas por árboles y huertas, ofreciendo con su tono oscuro, la apariencia de islas en aquel mar color de esmeralda que sólo reconoce las riberas, intangibles siempre, del horizonte. El colegio está á dos millas de Guelph. Utilizando una de las tres líneas eléctricas que tiene este pueblo de *doce mil* habitantes, llegué á mi destino. Pronto me vinculé amistosamente al señor Mills, al cual muy pronto presentaré como un hermoso ejemplo de cualidades sobresalientes. Debo decir que también me llevaba al establecimiento el propósito de saludar á jóvenes de mi relación y parentesco que figuran en el grupo de estudiantes que allí tiene subvencionados la República Argentina. Así, pues, por indicación del señor Mills salí al campo, acompañado, en busca de alguno de ellos. Mucho caminamos por entre canteros y sembrados escuchando, de paso, rápidos é interesantes esclarecimientos. Las dos estaciones estremas del año dividen en dos períodos los cursos. Durante el invierno, cuando parte de la creación descansa en el Canadá, entregada al sueño cataléptico que decretan las temperaturas bajas y la vegetación desaparece de la vista, enterrada bajo verdaderas lápidas de hielo, los alumnos interrumpen las tareas manuales; pero no por eso hacen vida contemplativa. En salas espaciosas, respirando atmósfera entibiada por la acción de abundantes caloríficos, estudian, oyen explicaciones de sus profesores, trabajan en el laboratorio, manejan el microscopio, examinan las diferentes calidades de tierras y, en forma gráfica, sobre el mismo cuerpo de animales reales, aprenden á conocer los caracteres típicos de cada raza, el desarrollo de las enfermedades sobre las especies ganaderas, estado y engorde de presente de cada

ejemplar útil, alcanzando el concepto científico de su engorde ideal para el consumo ó la exportación. Almuerzan á las ocho repartiendo su tiempo, hasta las doce, en diversos quehaceres intelectuales. A esa hora toman lunch, dedicando la primera parte de la tarde á las clases y gastando virilmente la segunda parte en juegos atléticos, despreciados por nosotros y tan preferidos por los pueblos del norte que, á menudo pienso, tienen en esas sanas gimnasias físicas uno de los principales secretos de su bienestar, de su dicha y de su envidiable agilidad para todas las empresas varoniles. Después de comer un rato de tarea liviana y luego, tempranito, á la cama pór aquello de:

« Early to bed and early to rise
Makes a man healthy, wealthy and wise »

Lo que en nuestro lindo idioma se traduce en prosa y quitándole gracia y énfasis, diciendo: que acostarse á hora juiciosa y levantarse idem hace al hombre fuerte, opulento y sabio. En el verano, las cosas pasan de otro modo, sin que se comprometa el plan de enseñanza. Cuando los hielos se van, corridos por el calor,—que también en esta latitud se permite algunos desahogos,—y, tocadas por la vara mágica de los rayos solares, las plantas resucitan como Lázaro, entonces la bullicioso pléyade ocupa nuevas posiciones en el exterior, y con la azada en la mano, ordeñando vacas, fabricando sabrosísimos quesos, limpiando cada uno, todas las semanas, determinada sección de los gallineros y sorprendiendo á las semillas en su maravilloso desarrollo, presidido por el misterio de la fecundación, ellos confirman muchas de las doctrinas recogidas en las páginas de excelentes libros didácticos; mientras atienden, por otro lado, á las evoluciones del trigo,—ya brotado,—á la cebada, á la alfalfa, á los ejemplares forestales y coleccionan yuyos y gramineas con amor de sibaritas. Había quedado en que salí en procura de los estudiantes argentinos. Encontré á varios de ellos, dispersos, cultivando materialmente la tierra, sudorosos, sin saco, en mangas de camisa, entregados con

entusismo, con expontánea afición, á pesquisas agrícolas. Bien pudieron sentirse llenos de orgullo exhibiéndose á mi vista en esas condiciones de sugestiva y reconfortante laboriosidad. De mi sé decir, que les estreché la mano con admiración y con respeto, convencido de que estaba en presencia de jóvenes de una sola pieza, llamados, en el futuro, á ser generales de huestes brillantísimas en la conquista pacífica y definitiva para el arado de las más lejanas comarcas argentinas. Amablemente invitado por el doctor Mills, ocupé un asiento en su mesa, huésped de una familia patriarcal, educada en el culto de las más nobles tradiciones canadienses. Antes de partir el pan, el jefe de la casa, poniéndose de pié, sin aparato, sin ningún aspaviento ritualista, agradeció á lo Alto el favor que le concediera de poder sentarse otra vez entre los suyos. Como quiera que se les juzgue, son esas manifestaciones sinceras y ejemplares para la niñez que afirman el patrimonio precioso de las virtudes domésticas.

En Guelph hay trescientos estudiantes pertenecientes á la provincia de Ontario. Pero, aunque ya de sí muy valiosa la labor enunciada, ella tiene campo aún más dilatado. Todos los años, en el mes de Junio, se abren las puertas del establecimiento á todos los labradores que deseen inspeccionar sus instalaciones, penetrarse de los beneficios incalculables del cultivo llevado en forma sensata y ver, sobre el terreno, leyendo las páginas de un libro que no miente, los resultados que depara la selección inteligente de las especies. Pero el gobierno no reduce su misión, en esas circunstancias, á dirigir un simple llamado á las clases productoras del país, sino que, para hacer el traslado fácil, obtiene rebajas sensibles en los pasajes y determina combinacioues ferrocarrileras apropiadas. Además, él ofrece á los visitantes almuerzo gratis en la misma Escuela, en cuyo local se tienden mesas rústicas. Todo se cumple de manera práctica y todo se concierta para alcanzar sazonado el fruto que se persigue: convencer á los pequeños propietarios de los bienes que apareja la buena agricultura, del interés que para ellos reviste esa enseñanza, probándoles, á la vez, con ejemplos incontrastables,

que la tierra, esa gran madre de todo, exige tratamientos especiales y cuidados solícitos para ser próvida, que en sus senos fecundos encuentra riqueza y prosperidad quien sabe buscarla, y que las plantas, como los hijos, piden vigilancia y cariño para alcanzar su perfecto desarrollo. Los profesores de la escuela aceptan, como parte de sus obligaciones, acompañar á los grupos de visitantes contestando á sus preguntas y esclareciendo las dudas mínimas. A este propósito, me contaban algunos alumnos que la oratoria del doctor Mills es típica. El se dirige á sus oyentes en forma clarísima, abonando sus palabras con el peso de su reconocida autoridad en la materia, y él les dice también que es un mal agricultor quien solo abre un surco respondiendo á una vulgar rutina y sólo levanta los frutos empujado por el afán único de lucro. Siendo el éxito, en ese sentido, ya una victoria, está lejos de ser toda la victoria. El obrero merece el nombre de tal cuando ejerce su tarea con conciencia y aplicando sus esfuerzos con raciocinio. El concepto verdadero del *farmer* moderno lo alcanza quien alía el interés del beneficio material la satisfacción de haber vencido y dominado á las fuerzas físicas, en lucha porfiada, llena de destellos intelectuales. ¿Cabe, por ejemplo, placer más puro y legítimo, para quien maneja el arado y derrama cuidadosamente la semilla, que obligar al surco rebelde á que fecunde pródigo lo que aquel quiere y á pagar obediencia á su señor con las humanas docilidades que demuestra un corcel amaestrado á su amo; pero con la diferencia fundamental de que éste impone su voluntad por el temor, á precio de látigo, mientras que aquel rompe resistencias usando del convencimiento, agregando á terrenos pobres mucho nitrógeno, si quiere recoger cosechas de trigo magníficas,—que matemáticamente obtiene á su tiempo,—y pidiendo al predio, que también tiene su lógica, los frutos que debe dar después de habilitarlo para que los dé?

En todas las ciencias y en todas las artes se aspira á encarnar en la realidad el concepto plástico perfecto que resultaría cumpliendo, de manera irreprochable, los mandatos de la teoría. Pues la agricultura, que tiene algo de éstas y mu-

cho de aquéllas, posee también su tipo de belleza que no consiste, seguramente, en la limpieza artificial de las hojas y en la corrección de líneas y turgencia casual de los tallos, pero sí en una aplicación rigurosa de las leyes que rigen la selección de los productos y, como última etapa de esos esfuerzos experimentales y siempre progresivos, señalando el más alto exponente, frutos superiores y pletóricos que reunan muchas y excelentes robusteces bien aliadas. ¿Acaso la cruza de razas no asume idénticos caracteres, ya se trate de especies animales ó de especies vegetales? ¿Acaso las diferentes calidades de savia no son, entre estas, lo que las diversas sangres entre aquellas? Pues sí, aunque en planos separados, los procesos evolutivos son los mismos y si se concede título de mejor criador á quien, en el refinamiento caballar, aproxima sus potrillos á la fórmula modelo, ¿cómo, pensando lógicamente, no conceder iguales galardones de costoso triunfo á quienes persiguiendo, por ejemplo, el perfeccionamiento de algunos cereales, nos presentan, después de mil ensayos, desgraciados hoy y felices mañana, ora granos de trigo, ora granos de maiz que vencen en tamaño, en fuerza y en salud á los conocidos como mejores en el mercado? Después, hay muchos modos eficaces de servir á la patria. Unos, deponen en el altar el homenaje de afanes ruidosos, que encuentran vehículo iluminado en las deliberaciones de la política, en el foro y en las actividades honestas de la buena milicia, pero existen otros que cooperan á su engrandecimiento con energías de hormiga, desde abajo, prestando á la soberanía popular el sólido é indispensable cimiento de la soberanía productora. De manera que, aumentando el coeficiente de las cosechas, adquiere mayor intensidad el bienestar público, reina la abundancia, se satisfacen con holgura las necesidades internas y todavía queda un grueso saldo de riquezas, más valiosas y más representativas que el oro del Perú, que ofrecido en los mercados extranjeros levanta é ilustra el nombre de la nación. Propaganda más ó menos semejante, esparcida, sin rebuscamiento de palabras, entre oyentes que saben leer y escribir, suscritos á periódicos y capaces de tener propio y certero criterio, deben rendir resultados tan infalibles como benéficos, cuya

importancia trascendental puede alcanzarse diciendo que en el año corriente más de treinta mil labradores han desfilado por entre los sembrados de Guelph. Con estos y aún otros muchos elementos de asimilación y de lucha que nosotros, apesar de nuestros evidentes fracasos, aun persistimos en apreciar como simples detalles, estos pueblos sajones han puesto basamento de granito á sus prosperidades de todo género. ¡Y habrá todavía quien, dominado por la pasión, cierre los ojos al punto de suponer fortuitos los buenos sucesos que ellos alcanzan!

Pero á ustedes les sorprenderá, como me sorprendió á mí, saber que en el programa del colegio la literatura tiene espacio dilatado. Saciaré al respecto vuestra curiosidad, antes de que me interroguéis. Ser agricultor y ser hombre de escasos bienes de fortuna no implica vivir perpetuamente encorbado sobre el rastrillo. Nada estimula más á la labor que entreactos de descanso, acompañados de puros placeres intelectuales. Pues entonces, ¿por qué desterrar de la casa del pequeño propietario rural el posible conocimiento de las obras maestras del ingenio humano, cuando quienes viven en contacto íntimo con la naturaleza, fuente de las más egregias inspiraciones, confidentes fieles de sus secretos,—que para otros son impenetrables,—y admiradores de sus grandezas multiformes, están en aptitud favorecida para gustar el fruto que dan los talentos caudales? Se garantiza la dicha de las familias campesinas, se reemplazan en forma previsora las distracciones de la vida urbana, ofreciendo hermoso pretexto para prolongar las veladas alrededor de la estufa en esas noches de invierno, tan crueles aquí. ¡Cómo dudarlo! Cuando el espíritu obtiene satisfacción á sus apetitos abstractos, el físico también aprovecha esos beneficios pascuales, que no sólo de pan vive el hombre.

Pero el doctor Mills lleva aun más allá el límite de sus anhelos. Hasta la fecha, siendo las clases conservadoras la masa electoral, es decir, la decisiva en los días de sufragio, ha declinado sus funciones públicas dirigentes entregando su representación legislativa á personas de extracción completamente distinta. ¿Por qué ha de continuar domi-

nando este orden de cosas invertido? Sólo error, fundado sobre preocupaciones hereditarias, que el alfabeto ha destruído, puede sostener al presente práctica tan viciosa. Los productores no necesitarán buscarse mandatarios extraños á sus filas el día en que ellos también adquieran el hábito—que no es otra cosa—de hablar en público y de sostener, sin turbarse, las ideas que su cerebro les brinda nítidas.

Por eso en Guelph se añade á la literatura,—que se aprende en Shakespeare, Macaulay, Longfellow, etc., — el estudio de la Economía Política elemental y del arte de gobierno. Sería redundancia insistir sobre la sabiduría de estas tendencias cuando todos sabemos que la fórmula de la verdadera salud parlamentaria se determina, geométricamente, por una pirámide que, sólo en las proximidades de su cúspide, concede espacio á las profesiones liberales mientras los ganaderos, agricultores y comerciantes, dominan toda la extensión de su base, como sucede en la Cámara de los Comunes. En cuanto á los cursos completos duran dos y tres años, según la rama, ofreciéndose, además, un año complementario y definitivo en la Universidad de Toronto, que luego otorga á los vencedores el título de bachilleres en artes, lo que equivale á nuestro doctorado, pues aquí no existe, fuera de la medicina, tal designación. De los profesores puede decirse que ellos son tenaces experimentadores y que, con sus ensayos de todos los días, minuciosos y acertados, despiertan en los discípulos interés altruista por las pesquisas científicas.

Esa es la preciosa bandera de Guelph: enseñanza práctica, sobre el terreno. Visitando las instalaciones de quesería, enfriadas artificialmente en verano, nos encontramos con el jefe de la sección, vestido de largo delantal blanco y sobando, á puño cerrado, una masa gorda, amarilla, de aspecto insuperable, que esperaba en la batea su turno para entrar en el molde. Cuando alabamos, como se merecía, el fruto codiciable de la tarea, nos dijo el competente fabricante que el resultado no estaba á la altura de sus deseos y de las exigencias técnicas estrictas, pues les faltaba á los quesos un tono, probablemente infinitesimal, de preparación. Con la misma conciencia proceden los demás catedráticos y, con segu-

ridad, á ello se debe que, uno, Mr. Harcourt, haya alcanzado novedades en sus estudios sobre las cenizas de las maderas, usadas como fertilizadores; que otro, Mr. Day, haya obtenido una nueva y eficaz fórmula para alimentar á los cerdos, que consiste en una combinación de suero dulce, agua y suero ágrio agregada á sus comidas; que otro, Mr. Pauton, pueda ofrecer sistemas nuevos y propios para atacar á los gusanos enemigos de ciertas plantas; que otro, Mr. Harrison, exponga con éxito sus consideraciones sobre el desarrollo de algunas enfermedades en las piaras, indicando el modo más ventajoso de combatirlas; que otro, Mr. Huts, siguiendo en su crecimiento simultáneo á siete ú ocho variedades de frutas, llegue á poder señalar, con utilísima precisión, las cualidades y méritos de cada una de ellas. Todo esto podrá parecer frívolo, prosaico, á quienes, tocados de las decadencias morales del siglo, no conciben las santas elaboraciones de la naturaleza. Malos deudores que llevan su audacia ignorante hasta el extremo de negar personería en nuestros destinos á la tierra, única y legítima acreedora, siempre en saldo, de la humanidad!

El colegio de Guelph fué fundado, con asiento en un paraje diferente al de hoy, en el año 1874. Sus primeros pasos fueron vacilantes, puede avanzarse que negativos. En 1880 se le ubicó en donde en la actualidad existe, ocupando una superficie de quinientas cincuenta hectáreas. A esta altura de mi descripción pide espacio biográfico la figura del doctor James Mills, *alma mater* de la fecunda institución. Hace veinte y dos años que él tiene las riendas del colegio en sus manos y, para abonar la eficacia de sus sobresalientes energías, ahí están proclamándola, con elocuencia incontrastable, los progresos alcanzados. Mr. Mills posee prestigios de patriarca, entre sus conciudadanos. Uno de ellos acaba de apuntar el grado de esa consideración regalando á la Academia, para que su director los invierta como lo juzgue conveniente, ciento veinte y cinco mil pesos oro que están á su orden personal en una casa de banca.

Con cuarenta mil pesos, oblados por una familia selecta, se han adquirido variadas colecciones de libros especiales, se

han construido laboratorios perfeccionados y se dió edificio apropiado á la biblioteca. Esta última me llamó mucho la atención por la novedad de su instalación. El piso es de vidrio transparente, para que pueda penetrar la luz en abundancia, con espacios medidos por los cuales penetra el aire y traen su respiración reconfortante los calorificos, que también los libros demandan tales cuidados. En cuanto á los estantes, son todos de metal y sin contacto con la pared, pudiéndose modificar, sin dificultad su altura y ubicación. Ahora bien, todas estas obras de arquitectura se acometieron con lujo de economía. El mismo doctor Mills, sin ser dibujante ni ingeniero, trazó los distintos planos, poniendo á contribución su experiencia para coronar el proyecto. Pero lo más extraordinario de este esfuerzo estriba en que el referido es manco, pues le falta todo el brazo derecho. Para exhibir lo que puede una voluntad y lo que representan los verdaderos conocimientos, ahí están las elegantes construcciones levantadas de acuerdo á las más precisas solicitudes técnicas. Para ahorrar dinero, me decía Mr. Mills, hemos puesto escaleras sencillas de madera, y para ahorrar dinero, diferencia de centavos, hemos revestido las paredes, hasta cierta altura, con pino blanco barnizado en vez de lustrado á puño.

No se necesitaron mayores empeños para que, aceptando una galante invitación, fuera huésped esa noche de los jóvenes argentinos Bustamante, Jorge Peltzer Salterain y Avila, que, en mérito á sus distinguidas condiciones personales y estando para concluir la carrera, han obtenido la prerrogativa real de vivir fuera de la Escuela y de hacerse la ilusión de que están en su *home*. La colonia de la otra orilla no se reduce á los nombrados; los jóvenes Panelo, Alberto Fernández, Rivara, Martínez, Granel, Coll, Ocampo y del Carril y algún otro, cuyo apellido involuntariamente escapa á mi memoria, completan el grupo de tan selectos representantes.

Tratándose de un extranjero, los elogios que de ellos haga no sugieren la sospecha de que sean dictados por la parcialidad nacional. Rendir tributo á la justicia talvez provoca una impresión agradable, debido á que los hombres tan poco

acostumbrados estamos, en realidad, á pagar merecidos homenajes. Pero, para que mis palabras de alabanza posean fuerza, además de ser tan sinceras, quiero agregar que de los labios sóbrios del doctor Mills cayeron ellas, de manera que yo sólo me limito á jugar el papel de mal traductor. «Los muchachos,—me dijo éste,—trabajan con firmeza, aprovechan con verdadero éxito su tiempo y—lo que para nosotros vale muchísimo—tienen un alto concepto del honor, esforzándose por no dar motivo á mis censuras.» Estas expresiones terminantes califican el más caluroso aplauso cuando pronunciadas por un miembro de estas razas concisas. La Argentina ha repartido cuarenta y cinco alumnos entre las primeras escuelas prácticas de Estados Unidos y del Canadá. Entre ellos figuran algunos mandados á expensas de sus respectivas familias. Lo que causa extrañeza es ver cómo se han adaptado los jóvenes á que he referido al ambiente típico de este país hospitalario, haciendo en un todo suyas las costumbres locales, adquiriendo los modismos extranjeros y aceptando, con entusiasmo, sus juegos—*lawn-tennis, lacrosse,* patines—y sus atractivos sociales.

También corresponde agregar que ellos gozan de especial partido, por lo que yo casi me atrevo á vaticinar que, si no se les repatria en tiempo, existe peligro inminente de que la compañía sufra dulces bajas en batallas con el género femenino que, á fuerza de admirables estrategias y sólo empleando una inofensiva red, vence en todas las regiones civilizadas.

Para la noche—suave y primaveral como las nuestras—se habían organizado en Guelph dos *garden parties,* es decir, paseos al aire libre—y de paso, quiero hacer constar que si á menudo en el curso de estas páginas, escritas sobre el tambor, deslizo palabras inglesas no es porque me pellizque por ese lado la zoncera y pretenda simular dominio de un idioma que apenas garabateo, sino que á los frutos del país —calificaré así, para no andar con muchos circunloquios, á los juegos nacionales—debe de llamárseles como los bautiza la gente del país en donde ellos nacieron. Imagínense ustedes el efecto detestable que haría oir decir *cuerda* al

lazo, *almohadon* al cojinillo, *sobretodo* al poncho, en vez de yerra, *reunion de animales* á una marcación de ganado, etc., etc! ¿No sería ello risueño? Pues la moraleja tiene aplicación en todas las latitudes y no seré yo, por cierto, quien intente traducir al español conceptos que no admiten ese parentesco, por la muy lógica razón de que ellos denominan ideas determinadas que nos son ajenas, y porque, por más vueltas que se les dé á nuestros dos vintenes, nunca podrá confundírseles con un penique, aunque las dos sean monedas de cobre.

Prefiero, pues, salpicar mis párrafos, en casos obligados, con palabras de otro diccionario, antes de ponerme en competencia gramatical, metafórica y castiza, con aquella respetable familia de los suburbios, tan mentada por la voz popular, que, en su afan de expresar las cosas de manera distinta y más elegante que los demás, en vez de decir, á secas, *pescado*, hablaba «del habitante gentil de las aguas vaporosas arrancado de su reino por la perfidia humana», y cuando agregaba: «hermoso par de luciérnagas colocado en la parte superior del rostro», refería á los ojos. Y talvez esos impuestos extranjerismos, sin yo saber por qué ni como, dan cierto sabor agradable al pensamiento, y yo, que no soy andaluz, necesito, para salir de estos apuros, algunas de esas oportunas caridades. ¡Cuántas veces, aun sabiendo que se trata de factura artificial, volvemos en la calle la cara para admirar de nuevo un rostro iluminado, con atrayente picardía, por lunares de marca Moussion y C.ª! Pues vamos, (de nuevo tengo que lastimar á oídos manchegos) concurrí á un *garden-party* en Guelph, que era á beneficio de una iglesia. Advertiré que no se había gastado un sólo centavo en adornos, pues, entonces, ni con el importe de las entradas se cubrían las erogaciones indispensables. No señor; si se contó con música, y excelente, fué porque un grupo de aficionados prestaron así su concurso desinteresadamente; si hubo marcha «aux flambeaux» se debió á que cada niña y cada señorita trajeron, comprado con su dinero, un farolillo veneciano; si hizo el mejor efecto ese número del programa debieron agradecerlo los espectadores á un decidido vecino,

veterano de la guerra de Crimea, que antes de morirse ha tenido el gusto de estrecharle la mano al actual príncipe de Gales, en su reciente excursión por el Canadá, y que habría sido incontrastable mandando soldados de la alta estirpe de los dirigidos esa noche, cuando el asalto á la Torre de Malackoff; si se nos obsequió—pagando, por entendido—con bizcochos, helados y flores, fué simplemente porque todos los jardines, todas las cocinas y todas las alacenas allegaron su auxilio. Estos detalles de actividad corporativa, ¿no señalan, bien definido, el rastro fundamental y sabio de estas sociedades enérgicas y de voluntad emancipada?

A otra cosa: en Guelph toda la fuerza policial está constituída por dos guardias civiles; y no á consecuencia de que ésta sea una sucursal del paraíso, pero sí porque, desempeñándose con acierto y sin ruido de machetes, esa autoridad es suficiente para espantar á los pícaros, fuera de que aquí se entiende que en la vida normal el mejor guardian de sus intereses es el mismo interesado. ¡Hasta á los muchachos se les enseña á manejarse solos y se va á cuidar con exceso á los hombres!

Salí de Guelph convencido de que no había desperdiciado mis últimas veinticuatro horas. Ahora, como síntesis de todos los comentarios, me pregunto yo: ¿no haríamos obra buena, obra fácil, obra utilísima, ocupando con jóvenes orientales, dignos y capaces, algunas de las becas de la Escuela de Agricultura que acabo de visitar? Seducido por ese ideal conversé detenidamente con el doctor Mills, en quien hallé la mejor disposicóin. Con doscientos pesos trimestrales, en oro canadiense, puede manejarse perfectamente cada alumno, cubriendo todos sus gastos, habitación, libros, etc. Como ya lo he manifestado, los diferentes cursos completos duran dos, tres y cuatro años, según sean ellos. Para argumentar con números, que es lo más eficaz, supongamos que el Uruguay mandara, como mínimun, seis estudiantes por un término de tres años. Tendríamos que, representando cada uno dos mil cuatrocientos pesos, educarlos en forma costaría, en total, catorce mil cuatrocientos pesos, que bien podemos elevar á quince mil incluyendo los pasajes. Como puede apreciarse,

por ese lado no surge dificultad, y también no olvidemos que las joyas, por baratas que sean, siempre tienen precio subido para los pichincheros. Para que las empresas rindan resultado se impone hacerlas en forma.

El gobierno ha enviado á algunos oficiales del ejército á seguir sus estudios en las buenas academias del exterior y á buen seguro, no ha tirado el dinero concurriendo á preparar distinguidos militares. Ahora mismo, con aplauso de todos, acaba de discernir dos becas de pintura. Pues, aún guardando los debidos respetos á esta y á aquella arte, es algo evidente que el futuro exigirá con mayor imperio ganaderos, agricultores y veterinarios de cepa superior.

¿No abrigamos el propósito de fundar la Escuela Nacional de las materias á que refieren esas importantísimas profesiones? ¿No figura en la carpeta de la Comisión de Fomento de la Cámara un auspicioso proyecto en ese sentido, del estimable representante señor Juan Smith? Entre importar ya, sobre tablas, catedráticos europeos, que sólo vendrán, movidos por un afán utilitario, á ganar pronto sus sueldos para irse, y preparar ya, por cuenta propia, en centros de fama consagrada, ese personal de enseñanza, que precisamos urgentemente, no hay lugar á una vacilación. Para sembrar sus generosidades en terreno fértil, el Estado elegiría sus subvencionados entre los mejores estudiantes de cuarto y quinto año de Preparatorios; entre aquellos que destacaran por sus clasificaciones y que fueran, á la vez, de edad juiciosa. Y para obtener producto serio de ese beneficio, el Estado también establecería que ellos quedaban obligados á servirlo, una vez terminada su carrera, por dos años, mediante sueldo merecido. Entonces podríamos encarnar en una práctica poderosa y fecunda ese ideal, que vaga en la atmósfera, de fundar nuestra Escuela de Agricultura y Ganadería. Los alumnos estarán bajo el cuidado y vigilancia de la Legación en Norte América, recibiendo puntualmente, en giros individuales y adelantados, sus cuotas. ¿Necesito, para hacer triunfar este sencillo y fácil proyecto, poner en mayor relieve las conveniencias perseguidas? Con el detalle exigido he formulado la propuesta al gobierno de la nación; de manera que, si ella

se publica, quedará así bien ampliada. De todos modos, pienso que la prensa prestaría un positivo servicio ocupándose del asunto, á fin de que el estímulo de los órganos caracterizados haga más viable esta ú otra iniciativa dirigida al mismo objeto.

VII

Las cataratas del Niágara — Un espectáculo maravilloso — Tradiciones y anécdotas — Aventuras inverosímiles — Las víctimas del abismo — El Niágara artificial — Las aguas dominadas por el hombre — Engendro de la industria yankee — Otro espectáculo asombroso.

Siguiendo el orden cronológico de mis impresiones he debido ocuparme, antes de ahora, del Niágara, prodigio de la naturaleza que conocí, haciendo un alto expreso, al trasladarme de la ciudad americana de Búffalo á la ciudad canadiense de Toronto. Por cierto que no es imputable á olvido este pequeño desorden de narración, olvido que, por otra parte, señalaría una verdadera blasfemia estética, aun en labios tan profanos como los míos. Describir las bellezas del Niágara es tarea más fuerte que nosotros, y por eso, pagando tributo á la costumbre, cómoda y perniciosa, de dejar para mañana el cumplimiento de las obligaciones difíciles, no hemos abordado el árduo empeño. Nos ha tentado la travesura de dar á los lectores gato por liebre, engolfándonos en divagaciones, también interesantes y, sobre todo, muy alejadas de la dificultad magna, á imitación de los señores periodistas que, cuando no tienen artículo de fondo disponible, nos tiran tierra á los ojos contándonos, desde las columnas editoriales, historias viejas del Japón ó las ocurrencias de S. E. el Shah de Persia. Pero huímos á la tentación porque los lectores son nuestros amigos y á los amigos es felonía engañarlos, ¿cierto? Antes de entrar de lleno al combate, y para probarles hasta dónde llega nuestra buena voluntad, debemos de-

cir que permanecimos largo rato extasiados ante las cataratas, vencidos nuestros oídos y nuestro espíritu por aquel trueno de grandeza, en el afan de estudiar todo hasta en sus detalles,—si detalles puede tener el Niágara—para contarles luego á ustedes las impresiones recibidas; pero ese mismo esfuerzo sincero apunta el tamaño de la derrota. Se refiere que cuando nuestro ilustre poeta, el doctor Zorrilla de San Martín, declamó su magnífica «Leyenda Patria» en la Florida, un paisano presente, conmovido á la par del resto del auditorio, sólo atinó á exhibir su justo entusiasmo dirigiendo al cantor de las glorias nacionales un apóstrofe recio que, en otras circunstancias, fuera injuria y que entonces vino á medir la emoción vivísima de un corazón agreste y puro. Confieso que al apartarme por última vez de la barandilla de hierro que me había permitido ser salpicado, sin peligro, por las espumas del coloso, que son sus crines, casi hice las del paisano compatriota. Me lanzo, pues, á la empresa descriptiva para cumplir, sabiendo que voy á ser víctima, tanto como si me alcanzara la famosa catarata que rechina sus furias soberanas en la frontera internacional.

¡Qué marco divisorio! Porque ¿qué líneas reunen bastante fuerza para representar algo que, precisamente, abruma y atrae por ser negación de las concepciones normales y por estar reñido con las habituales armonías? Aunque con algún trabajo, puede retratarse en páginas escritas el espectáculo plácido, sin una brusquedad, de las perspectivas familiares. Con pocas palabras se cierra, vivido, el cuadro de un campo cubierto de espigas; de un paisaje iluminado por las luces miedosas de la luna; de idilios y romerías. Escenas esas, comunes, de todos conocidas, en más ó menos, si la pluma del cronista pone la mitad del esfuerzo narrativo, triunfa, sin duda, porque la imaginación del lector redondea el afán con la memoria instintiva y complementaría de las propias experiencias. Pero no ocurre, ciertamente, lo mismo cuando el tema pertenece al orden de las cosas extraordinarias, ya se trate del escenario terrible de un campo de batalla, lleno de tonalidades trágicas; ya de sacudimientos de tierra con epílogo de catástrofes é inundaciones de lava hirviente; ya

del despeñadero loco de una masa de agua, representativa de doscientos noventa y seis millones de piés cúbicos, en plazo de veinte y cuatro horas, que, reducida á fuerza, vale tanto como la potencia que desarrollarían doscientas mil toneladas de carbón, ó sea la producción minera del mundo entero en un día entero! Si la concepción de esas vitalidades casi insuperables, casi exige un radio de fantasía más dilatado que el de nuestra mente, ¿cómo exigirse la imágen palpitante, limitada dentro de letras y de conceptos, de algo que pesadamente se describe con hileras de números millonarios?

El tren se detuvo en el pueblo del Niágara Falls y, después de interrogar al guarda para confirmar la identidad de la estación célebre que yo buscaba, descendí, arrastrado por una muchedumbre mordida por mis mismas curiosidades. En la calle nos esperaba un escuadrón de cocheros, ansiosos de arrebatar una presa, que aquí el gremio tiene más acentuados sus apetitos de gavilán. Sabiéndome de antemano vencido, parlamenté con el que me pareció tener aspecto de menos pirata, y emprendimos la marcha. Claro está que, á los cinco minutos de movimiento, el celo de la propina desató la lengua del auriga, sujeto parlachín y de cara tan roja que yo, á no ser asunto milagroso, aseguraría que además de sangre, tenía en las venas carmín ó esencia de remolacha. Tal vez fuera esencia de whiskey. Me empujaba el anhelo nervioso de ver, cuanto antes, á ese Niágara que da pié magnífico á las más atrevidas metáforas y que, desde el Barón de Humboldt hasta lord Dickens y Thackeray, ha sido saludado con el homenaje de los más selectos pensamientos. Me soprendía no oir claro, á muchas cuadras, el rumor de sus gigantescos resoplidos de maquinaria. Casi incurro en delito de vulgaridad al repetir que el río Niágara, que pone en comunicación esos dos vasos interiores que se llaman el lago Erie y el lago Ontario, probablemente dos millas antes de precipitarse en el abismo, parte la nutrida cabellera de sus aguas en dos trenzas de las cuales, la una, más espesa, se reclina sobre el hombro de la costa canadiense, mientras, la otra, se despeña, ya en ebullición preliminar, sobre la ribera americana. En ese delta,

abrazada con cariño por tan recia musculatura, gozando placeres de diosa, álzase, miniaturesca, la isla de la Cabra, cual si ella estuviera llamada á dirigir el ceremonial de un nuevo círculo dantesco, el eterno pugilato de la roca y de las aguas embravecidas. Un sólido puente de material la pone en comunicación con la tierra firme, y por allí me hizo cruzar mi guía, á fin de colocarme en un punto de paisaje estratégico. Avanzamos por la isla en sentido de la corriente y, cuando el tránsito fué difícil para el vehículo, descendí y, aprovechando una amplia escalera labrada sobre el suelo y guarnecida de una baranda de hierro, pude aproximarme al extremo más accesible de tan espléndido balcón natural.

Las cataratas son dos, correspondientes una á cada brazo del río. Eran las diez de la mañana y tenía delante de mí á la cascada canadiense, reputada la más interesante por ser la más voluminosa. Sé que desmereceré en vuestra opinión cuando os diga que sufrí un desencanto en el primer instante. Las famas superlativas están siempre expuestas al peligro de que su realidad, por vigorosa que ella sea, no corresponda al concepto popular, hiperbólico y fantástico, aunque no lo sintamos, porque en el fondo del más rudo artesano late el alma de un poeta. ¿Acaso no ocurre lo mismo con los héroes? Aunque sea cierto, ciertísimo, nosotros no queremos convencernos de que el renombre de Dewett, el admirable guerrillero, tenga por marco la estampa prosaica de un simple sembrador. Por lo demás, ¿quién concibe cojo á Anibal ó enclenque á Alejandro? Caprichos, sin fundamento, de la imaginación. Me retiré, casi desalentado, y le insistía luego al cochero:

—No; pero ésta no es la parte más notable. Yo esperaba un conjunto más grande.

—Ya cambiará de opinión, me dijo, con aire de filósofo, mi interlocutor. Así hablan todos al principio.

Y tenía razón el deponente, lo que prueba, otra vez, con la más gráfica de las elocuencias, que donde menos se espera salta una enseñanza útil, y que hasta un automedonte borracho consuetudinario, también alcanza oportunidades de

hacer cátedra y de ilustrar á neófitos. Enseguida me detuve, largo rato, en el extremo derecho de la isla, á fin de observar el escalon americano de las cataratas, y ya empecé á sentirme avergonzado de mis primeras manifestaciones. ¡Qué altanería, qué cóleras, que pujanza! Se me cayeron del todo los anteojos ahumados cuando, parado en el vértice de Prospect Point, frente á las murallas de granito que castiga el torrente, pude hacer la síntesis visual de tanta magestad. ¡Grandioso! Para borrar el recuerdo de mi pecado estético invité á mi desinteresado conocido del pescante á tomar una crema helada, sin acordarme del expresivo argumento que formulaban las chapas coloradotas de sus mejillas. Rectificado el error, á tiempo, saldé mis dos cuentas, la espiritual y la espiritosa, alojándome, sin saber yo mismo hasta cuando, en un hotel inmediato. Las dominaciones verdaderas avanzan despacio y yo me sentía ya bajo el imperio del Niágara y deseaba observar de nuevo el mágico escenario. A media tarde me aproximé, otra vez, á la costa y ya entonces pude apreciar, en su justo valor, aquella belleza, de sello incomparable que, como las soberbias producciones del genio clásico, alcanza nuevas victorias sobre el entendimiento cuanto más estudiada. Recién me creí señor de mis facultades y bastante dueño de mi criterio y por eso hasta aquí he demorado una descripción, que, ya lo he dicho, avasalla mis fuerzas de cronista. Concíbase el espectáculo de una masa líquida colosal, cuya fuerza motriz la calcula la ingeniería en cinco ó seis millones de caballos, precipitándose, surgidora y vertiginosa, por un estribo de ciento sesenta pies de altura y de más de diez cuadras de extensión. Como el declive del río, antes de llegar al obstáculo,—que también el vacío es una barrera,—se acentúa de manera muy notable, el imponente desenlace se viene dibujando desde larga distancia y se afirma cuanta mayor es la inclinación de la gradería. Cada una de las enormes piedras, tiradas al azar por la naturaleza en la cabecera de las rápidas, apunta el origen de un hervor y, como á medida que se avanza, ellas aumentan en cantidad, cual si representaran el rol de partidas exploradoras destacadas por el abismo, an-

sioso de salvar á todo trance el patrimonio de las que alguna vez fueron sus soberanas soledades, y como la corriente irreflenable señala, con huella de rugidos y de espumas, cada una de esas mezquinas resistencias opuestas á su pasaje turbulento, ganando nuevos acentos de locura en cada hostilidad vencida, resulta que al abrazarse y confundirse todos los contingentes de salvajes energías, á cien metros del inmenso parapeto, saludados por la música de clarinadas infernales, se está en presencia de un cuadro arrebatador que sólo encuentra marco digno de su grandeza empotrado entre malezas y entre peñascos. Ya llega el asaltante á un paso del éxito ó de la derrota. Un segundo más y rueda deshecho, mutilado, hasta besar el fondo de la horrorosa sepultura. Esa misma fisonomía aterradora, cuajada de focos siniestros, debió tener aquella zanja maldita de Waterloo, traicionera é insaciable, que tragándose á la flor de las caballerías imperiales, se confabuló con Blücher para cambiar radicalmente los destinos del mundo.

Como sorprendidas ante la existencia inesperada de ese foso gigantesco, las aguas parecen erguirse, para retroceder, cual si las aguijoneara el instinto de las humanas desesperaciones, pero el abismo no perdona y entonces se descuelgan, frenéticas, por aquel trampolín, desafiando, con la temeridad del ataque, la temeridad de la resistencia. Ese es el momento clásico de la lucha, cuando el espíritu, sacudido por borrascas, se rinde para admirar, postrado, tanta maravilla. El vellon blanquísimo, tegido en las rápidas por los dientes incisivos y crueles de un mecanismo cuya maestría artística no admite paralelo; ese manto de espumas inmaculadas, más puro todavía que el armiño, que envidiaría el más grande de los reyes, se desmenuza, queda reducido á polvo, cuando el turbión se desploma, rehaciéndose de nuevo allá abajo, en la llanura de las aguas dominadas, mientras sobre las neblinas que la caída engendra y que semejan un aliento, escribe el sol un arco iris perfecto, que también la creación tiene su signo hermoso de paz y de misericordia. He hablado sólo del blanco cuando en aquella paleta del mundo todos los colores fundamentales tienen espacio y

todas las combinaciones complementarias están representadas, porque, contemplando al Niágara, se asiste á la coronación gloriosísima é infinita de la luz. Allí ha puesto ella con su cetro, el genio de la pintura; allí su capricho hilvana juegos de efectos prismáticos admirables; allí, sobre los encajes con que adorna orgullosa su cresta, cada onda llamada por el vértigo, traza, al pasar, pinceladas que no pertenecen á escuela alguna porque son inimitables. Nada entiendo de arte y, sin embargo, en ciertos momentos influencias extrañas enardecían á mi pobre imaginación estéril.

Mirad como se colora de un precioso rojo ese haz de aguas al arquearse, con las perfecciones de una ceja, sobre la roca viva; ved, á la izquierda, un tono distinto que cualquiera juraría se ha obtenido fundiendo millones de esmeraldas; sorprended, á la derecha, un chorro azul, espléndido, de agua marina, que, atado con lazos de espuma á otros chorros azules, evoca la memoria de una bandera querida; buscad, que la encontraréis, en aquel joyel inagotable, satisfacción á la codicia de príncipes y de artífices, que no hay ensueño de la mente humana que no tenga engarce sobrenatural allí, en esos ríos de pedrería, que se precipitan abrazados, como si quisieran ablandar el corazón del gigante atando á su cuello collares infinitos de perlas, de diamantes, de topacios y de turquesas montadas sobre rubíes. ¿No habrá sido ese el asiento elegido por Satanás para tentar, con escaparate de argumentos feéricos, la virtud de la mujer? Hasta la leyenda mágica de los tesoros del Conde de Monte Cristo huye avergonzada ante esta rivalidad. Todos los talentos del pincel se encontrarían sin originalidad si interrogaran al Niágara, pues desde las bizarrías geniales de Rubens, que están reproducidas en proporciones inmensas, allá, en aquel caudal de aguas bermejas, que posee sombras de rostro humano, hasta las tintas vivísimas de Fortuny y de Villegas, cuya alegre confusión de claveles rojos y multicolores mantos sevillanos, parece calcada en estas irisaciones magníficas del frente, todos los secretos de las más audaz inspiración los descubre, los derrocha, la sugestiva catarata. Y en lo hondo del precipicio, cuando la corriente, después de enterrarse en una pro-

fundidad de doscientos á trescientos piés, vuelve á la superficie, todavía rumorosa, pero ya quebrada—porque se creería que también al líquido una tan enorme caida lo convierte en paralítico—asistimos á una serie de nuevas alquimias luminosas. Aquella pulpa, que se dijera dolorida una vez estrellada contra el suelo, se desliza, sin elasticidad, casi jadeante, cubierta de manchas oscuras con ribetes espumosos, que parecen imitar cuajarones sanguinolentos. Estrias, ora negras, ora violáceas, ora granadinas, caracterizan variadísimos aspectos que encuentran nutrido parentesco en la familia de las ágatas. Ese espectáculo pertenece á las horas del día. Durante la noche el telón no se corre por completo y, favorecidos por el contraste de las sombras, destacan como una corola, los altos penachos que envuelven en sus cendales el sitio de la eterna querella. Entonces el oído gana en atención lo que pierde el sentido de la vista é inclinados sobre la ribera se escucha, en el mayor silencio, la voz silbadora y nunca enronquecida del elemento. Como alaridos de júbilo salvaje, de incitación á la pelea, ruedan aquellos relinchos de volcán. Extraño concierto, presidido por todas las magestades de la tierra; endemoniadas sinfonías, sólo obedientes al compás infinito de la madre naturaleza. ¿Cómo no sentirse subyugado por tanta exuberancia de notas, arrancadas á las entrañas del misterio, cuando en la vida ordinaria la música de una mediocre banda militar nos llama y nos seduce? ¿Puede sorprender, entonces, que el Niágara haga esclavos de sus visitantes, noche y día, lo mismo cuando dialoga con el sol, vistiendo de oro y púrpura sus rayos mensajeros, que al poner en derrota al espíritu de las tinieblas? La atracción magnética que ejerce alcanza intensidades irresistibles y, talvez pagando tributo á esa dominación férrea, es que uno llega hasta el último escalón de la plataforma y, todavía no satisfecho, se inclina, casi con peligro, sobre la baranda, movido por un anhelo raro, que, como las glorias mortales, las glorias inmortales también poseen fascinaciones que invitan al fanatismo.

Si la oratoria tribunicia rompe voluntades, al punto de convertir en aplausos apasionados los apóstrofes iracundos

de la víspera; si la palabra irreprochable de Lamartine amansa y conquista al populacho revolucionario de Paris, ébrio de cólera y orientado por odios de barricada; si, al influjo arrastrador de Castelar, caen instituciones podridas y surje, cual una alborada aunque efímera, el ideal de una república, ¿cómo suponer que esta otra elocuencia, engendrada por el huracán al desplomarse sobre el abismo, mucho más potente, más trágica, más próxima al ensueño, multiplicada millones de veces en la fuerza de sus bajos, de sus agudos y de sus inflexiones épicas, arrojada al oído de una muchedumbre, por la garganta atronadora de otra muchedumbre, cómo suponer, digo, que esa elocuencia, digna de titanes, no arrebate corazones y no rompa la caja del pecho con preces de admiracion? Vencidos por esos atractivos perversos, reproduciendo la escena del débil pajarillo y de la víbora, muchos neuróticos se han adelantado á la cita inevitable, arrojándose al torbellino que, luego de macerar sus cuerpos y de arrancarles girones de carne ensangrentada, apenas se ha dignado escupirlos, como una resaca, informes y deshechos, en las estribaciones inferiores. Días antes de mi llegada, una pobre muchacha, dominada por esa singular pasión romántica, buscó, con éxito, el suicidio en la sima fragorosa. Pocas horas después, sus restos mutilados señalaron el rastro de otro fúnebre naufragio. Leí en los diarios de la localidad que su familia manifestó á la policía, como posible orígen de aquella tragedia, el hecho de que la desgraciada, desde tiempo atrás, venía diciendo que el Niágara la llamaba á sí. Pero no es de ahora que la catarata engulle á infelices que voluntariamente se ofrecen de pasto á sus apetitos canibales. Cuenta la tradición que cuando los indios eran señores de la comarca, ellos inmolaban todos los años la virgen más linda de la tribu arrojándola, como la más valiosa ofrenda, entre los tentáculos del mónstruo, para aplacar así sus cóleras despiadadas. ¡Horrible desposorio con la nada! Agrega la leyenda, que cierta vez la elección sacrílega recayó en la hija única del jefe, pues su belleza no admitía debate. El padre y el novio bajaron la cabeza ante la inmensidad de su infortunio; pero al

día siguiente, cuando la víctima, prisionera de una canoa, por ella sola guiada, emprendió el derrotero de su martirio, impelida con la velocidad de una flecha hácia la enorme quijada, vieron los indios, aterrados, que otra barca se desprendía de la orilla llevando á un hombre anciano, en rumbo á la irremisible perdición: era el padre de la infeliz que acataba y extendía hasta él el fallo inexorable! Desde entonces la superstición suprimió ese homenage al «Dios de las aguas».

No han faltado audaces que han querido gustar el placer mitológico de lanzarse al peligro, de rebotar luego sobre las rompientes y de referir más tarde, ilesos, las impresiones recibidas en el seno de la vorágine. Todos han cumplido las dos primeras partes del arriesgado programa pero, hasta la fecha, ninguno pudo llegar á la tercera. Un célebre nadador inglés hizo la prueba, veinte años atrás, y sólo consiguió aumentar la siniestra estadística. No hace mucho una excéntrica americana, herméticamente encerrada dentro de un barril y en compañía de su falderillo, se atrevió á lo mismo: una nueva cruz en tierra denuncia el resultado de esa empresa. ¡También el Nuevo Mundo tiene su roca Tarpeya! Me contaba el guardían que él fué testigo presencial del sacrificio de la desventurada señora del perrillo. El barril venía patinando, como una boya, entre los borbotones. Cuando el vértigo lo hizo suyo desapareció á las miradas de los espectadores espantados. A los pocos segundos se le pudo divisar, de retorno de la tremenda zambullida, flotando al acaso entre el oleaje, primero, para emprender, tras de breve vacilación, ruta matemática hacia el mismo sitio de las barrancas de piedra, ya de todos conocido. ¿Habría aún vida dentro de la cárcel de madera? Cuando se levantaron las primeras duelas se vió que la ley terrible no admitía excepción y que el barril era un ataud. Blondin, aquel gimnasta francés huésped en alguna ocasión del Río de la Plata, hizo la proeza de cruzar, de lado á lado, guardando el equilibrio sobre una cuerda preparada de antemano. Como si no fuera bastante el lujo de su audacia, agregó un rasgo más emocionante al esfuerzo, cargando sobre sus hom-

bros á un compañero saltimbanqui. Es el caso preguntarse cuál de los dos hizo alarde de más coraje, si el que confiaba á sus propios pies la suerte de su vida ó si quién ponía el destino de la suya, abdicando toda personalidad, en los remos de otro.

Quienes han visto una y otra cascada afirman que la del Iguazú posee aún mayores encantos que la del Niágara. Todo puede ser. Por lo demás, poco nos cuesta aceptar que aquella exceda á ésta, al presente, en sus atavíos, en la inmensidad rústica de los panoramas y boscajes que le sirven de marco. A pesar de que el prodigio jamás perderá su carácter monumental, porqué el timbre de su arquitectura imponderable está por encima de la crítica de los hombres, pienso que el Niágara que dejó extasiado al explorador La Salle en 1678, debió ser aún más impresionante que el Niágara que nosotros hemos podido conocer. Los detalles dan ó quitan y así como las águilas domesticadas no valen tanto como las águilas salvajes, predilectas de la intemperie y favoritas en los festines carniceros, casi me atrevo á decir que los puentes de fierro que cruza el ferrocarril, y los pueblos vecinos, cada día con más aspecto de ciudades, y los parques improvisados en las riberas, y las calzadas, á retaguardia, de material, y el humo de las chimeneas industriales, y el pasaje de los trenvías eléctricos; en una palabra, que la actitud nerviosa de los enjambres nacidos, como custodios, en la inmediación, ha arrancado al coloso matas enteras de su melena leonada. No atino á explicarme bien pero vosotros entendeis mi pensamiento ¿verdad? La civilización, se dirá; más no olvideis que el Niágara, en su cabal y clásico concepto, está reñido con la civilización; que aquél encarna el señorío bárbaro de las soledades y que ésta tiene su símbolo en la colmena; que mientras una vive al calor de todos los refinamientos el otro ofrece la expresión de todos los desórdenes y de todas las inclemencias, en reino de selvas, de pájaros y de fieras. Pues precisamente, ese capital de prestigios indefinibles, que ya se despide de aquí, existe pletórico y todavía intacto en las costas, hasta hoy misteriosas, del Alto Paraná y por eso creo que la catarata del Iguazú ofrezca espectáculo de más sil-

vestre poderío, abrazada por montes inexplorados de palmeras y presidiendo soberana, desde su lecho de Cleopatra, sin sentirse molestada por un sólo lamento de locomotora, las elaboraciones maravillosas de un mundo siniestro y tropical de indios bravos, de tigres y de venenos mortales.

El Niágara, que parece de complexión eterna, está también llamado á pagar su tributo á las edades y á desaparecer, tragado por la misma naturaleza que lo engendró después del período glacial, treinta y un mil años atrás, según unos, hace sólo siete mil quinientos años, según otros, que así es de contradictoria nuestra sabiduría! En efecto, la lucha de Sísifo jamás se interrumpe y las aguas rencorosas siguen imperturbables en su desfile caudaloso mordiendo, entre ladridos, la roca negra y enorme que las ofende. Esa tarea tenaz de todas las horas, de todos los minutos, sin un intervalo, ha concluído por herir, que hasta la misma piedra tiene su talón de Aquiles, y ya se ha probado que la catarata retrocede en su asiento tres ó cuatro piés por año, castigada por los avances de una carie incurable. Dentro de cinco mil años, aseguran los profetas de la ciencia, que el lavaje centenario habrá conseguido limar hasta en sus orígenes al jigantesco estribo, y entonces las aguas del lago Erie, privadas de esa compuerta natural, cambiarán de cauce y hasta de hoya, yendo á aumentar las energías reales del Mississipi. Pero el aire también presta ayuda en la campaña destructora. Hasta el presente no se había podido explicar, con acierto, la causa de las detonaciones que parten del fondo del precipicio; pero en la actualidad ese secreto está descifrado, atribuyéndose, sin género de duda, tales estampidos, á la explosión del aire que aprisiona el magnífico torrente y que una vez condensado estalla, con la fuerza de descargas de artillería, y ayuda así á vencer.

Mi exposicion, tan larga ya, es sin embargo incompleta: todavía no me he detenido á hablaros de una maravilla, hermana ó hija de esta otra, llamada á producir una verdadera revolución social aquí por el alcance de sus proyecciones técnicas. Estoy cierto que no adivinais á donde voy, pues la fama del prodigio aún no se ha universalizado. Re-

fiero al establecimiento motriz, creado frente al torbellino, con la mision estupenda de robarle quinientos cincuenta mil caballos de su fuerza. Bien paga la pena tejer algunos párrafos en honor de tema tan extraordinario. Tierras estas de atrevimientos y de asombros, desde tiempos lejanos se cavilaba con el afan de aprovechar la potencia atlética que engendra la cascada y que se pierde lastimosamente en dominio de cavernas y remolinos. Se cuenta que ya en 1725 hubo quien planteó un molino, servido con esas impulsiones. Nebuloso prolegómeno de un milagro. Muchas voluntades superiores, atenaceadas por el bravo propósito, fracasaron en sus proyectos ante las dificultades de toda índole que era necesario disipar. Parecía insensatez querer encadenar al Niágara en cuyo seno barroso cuajan indomables rebeliones. En 1885 el ingeniero Tomás Evershed, empujado por la misma pasión conquistadora, hizo nuevos estudios del asunto y fundado en ellos solicitó y obtuvo una concesión de la Legislatura de New York para abordar la empresa. Tres años de propaganda porfiada necesitó el proyectista para desvanecer resistencias, pero al fin, en 1889, quedó organizado el sindicato presidido por Pierpont Morgan, William Vanderbilt y John, Jacob Astor, trinidad de magos para quienes ya el oro, á fuerza de abundante, no tiene atractivos. Enseguida se iniciaron las obras y en 1897, al precio de diez y siete millones de dollars, se pudo ofrecer la encarnación práctica y definitiva del ideal perseguido con tanto brío.

Muchos y variados problemas, además del financiero, hubo que resolver para alcanzar un resultado; pero el talento, en sus manifestaciones más complejas, abordó la solución de las difíciles ecuaciones. A una milla y cuarto antes de las cataratas, en el sitio en donde el río empieza á desbordarse, cavóse un canal, en sentido oblícuo á la corriente, de doscientos cincuenta pies de ancho, por doce de profundidad y mil seiscientos de extensión. Ahí se envasa el caudal de líquido necesario. La diferencia de nivel entre este punto y el lecho del Niágara inferior es de doscientos pies, lo que equivale, más ó menos, á una cincuentena de metros; creo sea algo más. Para tener base de comparación obser-

vemos que, si mal no recuerdo, la torre principal de nuestra Catedral, que nos parece y es altísima, mide sólo treinta y seis metros. Pues desde un piso al otro piso cae el pedazo de río prisionero que agrega entonces, á su impulsión natural, la que le proporciona ese descenso vertiginoso por una pared á pico. ¿No es esa una reproducción fidedigna de la catarata, con sus mismos estampidos, con su poder y con sus rebotes macabros, pero más siniestra, todavía, porque la escena se desarrolla en una catacumba, en reino de murciélagos, sin sol y sin panorama? Las aguas, una vez desfloradas, perdida su vitalidad, van á reunirse, como desperdicios, á la corriente madre, para rodar luego, vencidas y humilladas, hasta el lago Ontario y desagotarse más tarde en el océano por ese río San Lorenzo que las recoge cual un embudo. Evaporadas en la inmensidad ellas volverán á fertilizar, mañana, las campañas y á confundirse, después de cumplida su misión reparadora, en una linfa riente y cristalina que ya ha recuperado las fuerzas arrebatadas, como si al coronar las cumbres del cielo hubieran obtenido una purificación y el premio de mágicos estímulos.

¡La eterna metamórfosis y la eterna victoria final! Meditemos ahora sobre cuál debe ser la capacidad de la garganta subterránea que sirve de desahogo artificial. Ese túnel tiene casi dos millas de largo por trescientos ochenta y seis piés de circunferencia. Su declive es tal, que una astilla arrojada en la embocadura recorre todo su trayecto con rapidez de relámpago. Pero el comentario perdería parte de su acento admirativo si no insistiéramos en el mérito de esa construcción que, como digo, abarca un radio aproximado de veinte cuadras á una profundidad de 50 metros largos. Apréciese las proporciones colosales de ese trabajo, emprendido en las entrañas de la tierra, y calcúlense las energías sobrehumanas que él ha demandado para llevarse á término. Muchas vidas costó el temerario esfuerzo, que no impunemente se horada la roca y se interrumpe en su sueño de muerte á todo un período geológico. ¡Qué arteria! En el orden de la teoría científica las dos principales cuestiones que necesitó resolver

la compañía explotadora fueron las que se referían al desarrollo del poder arrancado al torrente y á su apropiada trasmisión con fines industriales. Para solucionar el primer problema se abrió un gran concurso en Londres. Entre veinte proyectos, emanados de los primeros ingenieros de Europa, se aceptó el sometido al examen por los profesores genoveses Faesch y Piccard, quienes presentaron el boceto de una turbina perfeccionada, capaz de producir una potencia de cinco mil caballos. En cuanto al segundo punto, después de un cuidadoso estudio de los diferentes métodos de trasmisión, por alambre, por aire comprimido, por cañerías hidráulicas y por la electricidad, se optó por el último de los mencionados sistemas, utilizándose, al efecto, dinamos de corriente alternativa. Aunque el asunto excita el interés, hasta de los profanos, no avanzaré por este rumbo, pues detesto hablar de cosas tan serias cuando estoy tan lejos de dominarlas.

Sólo me he limitado á dibujar consideraciones fáciles sobre esas victorias del saber.

En el deseo de dar fé de la magnitud del establecimiento, lo recorrí. Ya antes de ahora me he ocupado de esos edificios gigantes de New York, que disputan elevación á los más altaneros monumentos; en esta oportunidad debo referirme á construcciones, también enormes, pero que añaden á ese mérito la característica de desdoblarse para abajo, en condición cada vez más subterránea, cual si pretendieran reclinar su cabeza en las últimas capas del suelo primitivo. Enseguida abonaré la veracidad de tan raras afirmaciones. La casa matriz consta de diez pisos, dispuestos bajo tierra, que no por estar en esa singular condición dejan de ser cómodos y espaciosísimos. En instantes el ascensor nos puso al nivel del más lejano de los espléndidos zótanos. Alzando la vista desde allí, y colocados á respetuosa distancia, pudimos apreciar el espectáculo que ofrece ese ramal del Niágara, al precipitarse, enfrenado por la inteligencia, entre chasquidos y torbellinos. Este espectáculo complementario deben exigirlo todos los touristas, como parte esencial del régio programa. Oprime el espíritu y casi acongoja ver el descenso rabioso, perpétuamente acompañado de truenos, de masa

tan considerable de agua por un conducto que más semeja una grieta. Los focos de luz eléctrica, aquí y allá, apenas abren brecha en la oscuridad. Sus pupilas incandescentes más bien parecieran una simple abotonadura de fuego, llamada á sostener los pliegues fantásticos de un manto de tinieblas y de crespones. A instancias del empleado me asomé al boquete, á fin de ver el canal que da desahogo á la masa desplomada y ya servida.

Todo aquello despertaba impresiones de capricho monstruoso y podía ser cantado, en estrofas neurasténicas, por la lira de esos grandes enfermos que se llaman poetas decadentes. Yo mismo llegué á pensar que hacia acto de presencia en los funerales del otrora irreductible Niágara; que aquellas paredes de granito, tapizadas, por si acaso, de *portland*, representaban una caja funeraria inmensa; que las luces, esparcidas en líneas paralelas, amarillas y lívidas, eran hachones encajados en candelabros de sombras; que las espumas hacían de flores: canastas y canastas de lirios echadas á los pies de la virginidad violada; que el difunto estaba encarnado allí, en aquella mole de extremidades engrilladas, tétrica y de contacto pegajoso, como la piel de la serpiente, y frío, como la piel de los muertos; que mi acompañante y yo, y esos centenares de operarios dispersos por los distintos escalones de tierra, cuyas voces llegaban hasta nosotros amortiguadas y confusas, éramos los doloridos, éramos los deudos que murmurábamos la última plegaria por el alma del ser ausente; y que los ecos sinfónicos que subían desde el fondo, entre blandones, como heraldos de una catástrofe, venían del coro de la enlutada basílica, confundidos los cánticos arrobadores de la religión con las notas récias de un órgano incomparable, enterrado en el mismo corazón de la piedra. Cuando subimos y salí de aquella cárcel, que hubiera espantado aun al feudalismo de Luis el Onceno, y pude divisar de nuevo los campos, bañados por las claridades tibias de un sol primaveral, respiré más á gusto, que un instinto superior aparta al espíritu de lo tenebroso.

Había, pues, conocido, en cierto concepto, el anverso y el reverso de la medalla. Como ocurre en esos museos popu-

lares de figuras de cera, junto á impresiones amables túve cuadros desoladores. Porque el Niágara de arriba es la vida, con todos sus esplendorosos atributos, y el Niágara de abajo evoca á la muerte, con todos sus hielos; aquél, que consagra el triunfo de la luz, demanda un himno de glorificaciones, y éste, que apunta las victorias de las tinieblas, pide, como las sepulturas, un epitafio; los dos son prodigios, pero, mientras en el uno, la naturaleza canta, con voz de bronce, sus alegrías infinitas, parece que en el otro, ella llora sus desventuras; allá, se está en una mazmorra y, aquí entre cumbres, se sueña con aureolas; la libertad ruge allá, y, aquí, esa misma libertad gime cuando el Niágara superior rompe sus cristales contra las rocas que le estorban su camino. Sus cóleras desatadas poseen el timbre de los cañones y se piensa que así con esa estrepitosa energía, debe hablar á los tiempos futuros el clarin de la Fama; pero cuando el Niágara subterráneo rueda y cae, también furioso, sobre el acero de las maquinarias, dijérase que se oye el repicar de mil campanas y se piensa que el conjunto de esa escena podría servir de recurso para imponer á los espíritus débiles con la vision imaginaria del imaginario purgatorio; y, finalmente, á la márgen del uno, la memoria, regocijada, nos trae reminiscencias de jubileo, y la justicia nos susurra al oído que esa grandeza física debiera montar guardia en las tumbas que evocan, como un relicario, el nombre de las grandezas humanas; á la margen del otro, esa misma memoria se despierta bajo el sobresalto, entre apariciones de espectros, y empaña la mente el recuerdo de patíbulos y de suplicios inquisitoriales.

La casa matriz á que he referido abre para la población de Niágara Falls un porvenir lleno de prosperidades. La estadística cuenta que hace ocho años ese pueblo sólo alcanzaba á diez mil habitantes; en la actualidad son veinte y cinco mil sus moradores. Comentando el crecimiento de las ciudades manufactureras, se ha llegado á establecer que cada caballo de fuerza, aplicado á propósitos industriales, representa cinco nuevos individuos adheridos al núcleo. Con este dato por base se dice que, cuando se obtenga el medio

millón de caballos, límite de la concesión, entonces Niágara Falls extenderá el hormiguero de sus barrios, desde lago á lago; la actual ciudad de Búffalo será un apéndice, un Brooklyn, de esta nueva New York; y tres millones, aproximados, de hombres, vivirán holgadamente al pie del coloso y á sus expensas. Apesar de las sorprendentes evoluciones de este medio, creo que tal fenómeno no lo veremos nosotros, aún en el supuesto falso de que lleguemos á abuelitos. Pero nadie puede negar que Niágara Falls dispone, ya hoy, de venturosos horizontes, gracias á la magna empresa implantada en sus cercanías, y que ella aprovecha aquella eficaz impulsión artificial de las aguas, como una barca en plena corriente favorable. Por lo demás, soplan vientos beneficiosos para todos allí pues la sociedad Morgan y C.ª obtiene pingües ganancias con su atrevido negocio.

En efecto, ella ofrece, en la actualidad, á la demanda el poder eléctrico necesario para el funcionamiento industrial á precios cuya baratura no admite competencia. El caballo de fuerza que la empresa, debido á su enorme producción, vende á veinte dollars por día, cuesta cantidad duplicada obtenido con instalaciones particulares. Entonces no debe causar extrañeza saber que ya no se da abasto á las exigencias del mercado. Molinos, trenes, fábricas, ferrocarriles de nuevo sistema, puentes modernos, elevadores, panaderías, laboratorios químicos, curtiembres, fundiciones, automóviles, bombas, exposiciones, en una palabra, todas las actividades de bulto, beben empuje en los dinamos inagotables de la compañía. Estos aparatos, alineados en un salón de cien metros de largo, limpios y brillantes como alhajas y dando veinte y cinco revoluciones por segundo, ofrecen un aspecto extraño. Por cables, de millas y millas de extensión, se trasmiten las energías solicitadas. Búffalo, por ejemplo, distante leguas de Niágara Falls, mueve todos sus servicios públicos aparentes con fuerza comprada allí.

Después de conocer la magnitud del despojo me pregunté; ¿y el Niágara, el viejo é imponderable Niágara, no sufrirá detrimento con esa herida abierta, como un lanzaso, en su flanco y con la succión constante de la casa matriz que

le roba, noche y mañana, con angurrias de ventosa, parte de sus soberbias energias? He oido decir que no existe tal peligro, primero, porque teniendo presente tan remota probabilidad la legislatura que autorizó la concesión puso firme frontera á cualquier tentativa de ensanche del negocio; y después porque es tanto el caudal del río que en nada apreciable disminuye su volúmen una sangría del género mencionado, apesar de sus audaces proporciones. Como al concepto del Niágara se asocia, fuertemente, la idea de algo invencible, libre del alcance de nuestras persecuciones finitas, nada me cuesta aceptar, como exactos, aquellos asertos. Pero, á la vez, pienso que ya el coloso puede llorar su autonomia perdida porque, á la fecha, una voluntad más férrea que la suya dispone del destino del hondo cauce. Deja de ser animal salvaje el potro, una vez ensillado, aunque luego se agite enloquecido al contacto del jinete y hasta consiga botarlo con un corcovo feliz. Pues al Niágara ya le ha puesto freno, y freno mulero, la sabiduría utilitaria y fecunda de los mortales. Y, punto final, porque después de hablar de ese hijo de Sanson todos los temas huyen de mi pensamiento porque todos parecen infinitamente pequeños!

VIII

Sobre nuestro tasajo — Las dificultades con el Brasil — La cuestión en Cuba — En busca de nuevos mercados — La industria tasajera y los frigoríficos — Una evolución necesaria — Consideraciones generales.

La trascendencia que para nosotros posée el asunto tasajo me excusa de explicar el por qué de estas líneas. Ellas serán prosaicas y, á buen seguro, tan secas como el célebre y rico producto nacional que les sirve de motivo.

Por lo demás, el tema reviste palpitante interés. Ya es llegado el tiempo de que, sin renegar de las flores, nos ocupemos, como de algo muy fundamental, de nuestras ovejas y de nuestras vaquitas, cuyo recuerdo no está reñido con la poesía característica del siglo, cuando el contingente precioso de sus cueros, de su sebo, de su lana y de sus hachuras, arroja oro en las cajas de la nación y, llevado al exterior por las corrientes comerciales, divulga la fama de nuestras energías activas, más allá de las fronteras. En cuestión de negocios no tiene cabida el romanticismo de los enamorados, que ven lindas las caras femeninas al través del lente de su pasión, segun dicen. Las estadísticas y los balances, cuando favorables, decretan bellezas públicas, insuperables por lo expresivas. Todos coincidimos en conceder que el chancho, el más idem de los cuadrúpedos, provoca expontáneas prevenciones. Pues el Canadá, exportando su tocino y excelentes jamones, ha creado una nueva y poderosísima corriente de rentas, al punto de que el mismo Buey

Apis sagrado vería con celos como se les lava, cepilla y complace allá en todos sus caprichos de brutos importantes.

Las recientes dificultades tasajeras con el Brasil han reabierto, otra vez, un viejo debate, que tampoco se cerrará ahora, porque para persistir él tiene la misma razón que presentan las heridas mal curadas para no cicatrizar. El mencionado país no puede, en manera alguna, prescindir de las carnes saladas orientales, que constituyen el alimento impuesto de las clases populares. A no mediar el imperio de esa necesidad indiscutible, ya antes de ahora se habrían creado derechos prohibicionistas sangrientos. A pesar de las exigencias de la demanda, en más de una oportunidad se ha intentado castigar á nuestra exportación buscando pretextos sin arraigo sensato. Colazos, entre otras cosas, del contrabando fronterizo que señala la última y refinada instancia del secular pleito mameluco, presentado hoy, felizmente, en condiciones invertidas, y también de ese nuestro comercio de tránsito, que tantas desesperaciones fiscales levanta del otro lado de la divisoria. Pero, por fortuna, como acabamos de verlo en las dificultades recién zanjadas, en el seno del mismo mercado atacante contamos con un aliado formidable cuyas reclamaciones concluyen por imponerse. Esa influencia, tan decisiva, la representan los pobres, los consumidores brasileros, que nada entienden ni quieren entender de las diferencias de tarifas, y que protestan, con calor, cuando se les encarece arbitrariamente el costo de artículos indispensables y sin posible reemplazo. De manera que siempre se ha cedido, hasta la fecha, no en homenaje á nuestros intereses, que se quisiera perjudicar en serio, por vía de represalia considerada merecida, pero sí prestando acatamiento al clamor público. Más intensas que las zozobras de los saladeristas montevideanos fueron en el pasado conflicto las angustias económicas en la república vecina, reflejadas, á diario, en las columnas editoriales de la prensa fluminense. ¿El transitorio triunfo de hoy debe de adormecer nuestras previsiones? Desde hace muchos años está planteada la árdua cuestión, siempre postergada y nunca resuelta.

En 1887 se sostuvo que las carnes servían de vehículo á

los gérmenes epidémicos y se necesitó el esfuerzo extraordinario de una misión diplomática especial para romper las tenacidades de tal absurdo. En 1902, después de mil guerrillas aduaneras y de renovadas astucias, se hace hincapié en los términos de una redacción parlamentaria, que no eran confusos, y cuando semejante estorbo desaparece se crea un sustitutivo apropiado, observando las arpilleras que sirven para el embalaje de los fardos. ¡Escolástica pura! Es, pues, evidente, que el Brasil nos tira al codillo en esta materia en lo que hace, por otra parte, muy bien, si lo exigen sus intereses, que así son de irreductibles y despiadadas las conveniencias comerciales. Constatado ese hecho, cuya mejor demostración se recoge con el simple estudio de los acontecimientos, creemos innecesario insistir en que, si no se nos ha mordido eficazmente hasta el presente, ha sido por la razón sencillísima de que al hacerlo así se corría peligro de hincar el diente en la propia lengua.

Afirmada esta tésis, surjen varias interrogaciones lógicas. ¿Saldremos vencedores en esos tiroteos de cancillería? Pensamos que no. El Brasil, que tiene plena conciencia de que sus consumos nos son preciosos en la actualidad y de que un pequeño aumento de derechos sobre nuestras importaciones obraría con energías de torniquete sobre el vecino, no abandona, como es natural, la perspectiva de esa fecunda satisfacción. El Brasil, que por tantos lustros ha ejercido sobre nosotros autoridad incontrastable de tutor, sueña con reproducir, en el orden económico, ese cuadro de encantadora preponderancia, ya que el curso airado de los sucesos lo ha hecho imposible en el orden político. El Brasil, que sabe como se le despoja impunemente en la frontera terrestre y como se inunda el territorio de Río Grande de mercaderías que entran al país sin dejar una sola gota metálica en sus aduanas, no puede olvidar este perjuicio que se le infiere y se preocupa de devolverlo, sin detenerse á pensar hasta dónde sea esto último justo.

La nación amiga, pues, se viene acomodando para luchar en forma eficiente y á tal fin van dirigidas las escaramuzas de la actualidad. Pero, como queda dicho, nada deci-

sivo puede alcanzarse mientras el tasajo oriental sea elemento único de la alimentación de las clases inferiores. Iniciando ese desbanque, que vendrá, se han dado las mayores facilidades á los saladeros riograndenses, para establecer la competencia al producto extranjero con el producto elaborado en la propia casa. Esa provincia del sur es más grande y más poblada que nuestro país y sus ganados, aunque inferiores á los nuestros, son excelentes. En el mejor de los casos, ese concurso interno concluirá por reducir de manera notable la importación de las carnes uruguayas. Pero esto no es todo; la cría de ganados se ha abordado con verdadero éxito en Minas Geraes y también en las planicies de Matto Grosso. El gobierno central, penetrado de la importancia de tales esfuerzos, le presta apoyo incondicional y ya en Río Janeiro, me decía dias pasados un distinguido ingeniero brasilero, se empieza á preferir aquella oferta nacional, que será incontrastable cuando quede definitivamente resuelto el problema, ya abordado, de las comunicaciones interiores rápidas con la metrópoli. Entonces, ¿qué ocurrirá, en tiempo más ó menos próximo? No se precisa poseer capacidades de estadista para afirmar que el porvenir de nuestro tasajo, en la plaza referida, no presenta caracteres halagüeños y que, de manera paulatina pero sostenida, irán disminuyendo nuestras exportaciones en aquel rumbo. Merece la pena de preocuparnos semejante probabilidad cuando ella, cumplida, vendría á herir en sus mismos ganglios á la más potente de nuestras poco numerosas riquezas, á la que sirve de pedestal al bienestar de la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos.

No se diga que nuestro fuerte consumo de yerba, fariña, etc., levanta barreras á cualquier tentativa de hostilidades vecinas, cuando la enorme potencia productora del Brasil le permite lanzarse á tales aventuras y sufrir trastornos momentaneos, que nosotros no podríamos soportar, dada la desproporción de fuerzas litigantes. Por eso hemos afirmado que alguna vez será la vencida; que alguna vez, afianzadas las posiciones, quitado al tasajo el carácter de indispensable

que hoy tiene, se implantará todo un sistema de cortapisas severas é inquebrantables.

¿Debemos esperar á entonces para organizar la defensiva? Una ley elemental en la lucha por la vida, dictada por el propio instinto, ordena lo contrario. ¡Cuanto importa tender líneas preventivas al peligro y recibirlo, sin sorpresa, con el escudo ya pronto! ¿Conviene á nuestro país ser tributario comercial, tan obligado, de las potencias limítrofes? La independencia de las naciones tiene su fé de bautismo en las grandes epopeyas libertadoras en hechos honrosos, declarados y reconocidos, y encuentra su confirmación en los tratados; pero ella se escribe, en forma más eficaz que sobre el papel, en las costumbres, en las preferencias, en los ideales de los nuevos asociados. El mejor fundamento de la autonomía política, arranca de la autonomía financiera, y del mismo modo que no es completamente libre, aunque lo parezca, el individuo que para gastar necesita recurrir al favor de sus amigos, sufren menoscabo en sus agitaciones externas las sociedades que piden eje para su desarrollo á las consideraciones, siempre molestas é hipotecarias, de los núcleos próximos. En la vida colectiva, tanto como en la vida privada, nada hay más enojoso que las cortesías, con interés compuesto, de barrio.

No cabe duda de que la fórmula más acabada de la felicidad consiste en precisar, lo menos posible, de los demás, y esto, que invocando altruismos, provocaría discusiones en el concepto particular, posée fuerza de teorema cuando se trata de los Estados. Ahí está palpable el ejemplo de Inglaterra. Queriendo aplastar á la impertérrita enemiga, Napoleón I, que hasta en sus venganzas era un atleta, cerró á su comercio las puertas del continente, creyendo anonadarla con este decreto de expulsión. Venciendo las dificultades naturales del momento histórico, las Islas Británicas buscaron nuevas y mejores plazas de desahogo para sus producciones y, obligadas á prescindir de la industria extranjera para llenar sus necesidades, dieron colosal incremento á la propia manufactura. Ahí están los frutos contraproducentes del rudo ataque: Inglaterra, engarzada entre las olas, no exige la buena

voluntad de las potencias rivales para prosperar y, con certeza, más precisan de ella las demás que de las demás, ella. *¡Britannia rules the waves!* El Uruguay, que desde la época legendaria de Artigas hizo sentir á tantas ambiciones advenedizas el escarmiento de las cóleras patrióticas, jamás tendrá que preocuparse de discutir, otra vez, sus fronteras territoriales, porque ellas son tan firmes como nuestros destinos y tienen su mejor marco en el espíritu fuerte de una raza varonil é imperecedera, á pesar de que divulguen lo contrario por el exterior ciertos cariños que matan, todavía supuestos paternales por algunos ingénuos. Bajo la faz económica, su situación ofrece seguridades idénticas. Alzado, como atalaya, en la entrada de la más admirable red fluvial de la tierra, está llamado á celebrar sus bodas régias con el Atlántico del Sur y á monopolizar su comercio el día en que sea realidad el magnífico puerto de Montevideo. En mérito á la similitud de producciones, en nada dependemos de los mercados de la Argentina, de la cual nos separa, y nos separa hondo, ese Río de la Plata, proclamado alguna vez, sin calculada ironía, vínculo de unión, por oradores entusiesmados. Pero no sucede lo mismo con las plazas brasileras, con las cuales mantenemos un intercambio muy poderoso que, hoy por hoy, tiene importancia vital para nosotros. De cualquier manera que se encare el asunto, á nuestro país no puede convenirle esa ligazón, tan exclusiva, con uno de sus vecinos que, consciente de la significación trascendental que para los ganaderos orientales tiene su demanda, no deja de darnos sobresaltos de tan mal gusto como el que acabamos de presenciar, tal vez para hacernos sentir, con el peso de su entidad, temores justificados, imitando el procedimiento práctico usado por los padres de familias con sus hijos calaveritas.

Repito que un interés permanente de nacionalidad nos manda arbitrar los medios para que esta vinculación mercantil pierda el aspecto imperativo que ella exhibe al presente, á fin de que no se reproduzca el espectáculo de solemnes angustias que hemos ofrecido en la última emergencia. Dígase lo que se diga, no es normal, no entraña ventajas, califica serios peligros económicos, ese influjo incontrastable de la

plaza consumidora brasilera sobre la plaza exportadora oriental. Aseguran los diarios, y á fe que están en lo cierto, que, á pesar de la diligencia acreditada por nuestra cancillería y del rápido éxito alcanzado, el referido conflicto ha costado varios millones de pesos á nuestra fortuna pública. En el estado actual de las cosas, démonos por bien servidos si hemos escapado de la guerra con este sólo perjuicio. Aceptemos cierta porción de pesimismo, como procede tratándose de negocios y preguntemos: ¿cuál hubiera sido nuestra condición si el gobierno brasilero insiste en su falsa interpretación de la ley, como pudo muy bien haberlo hecho? ¿Qué recurso adoptar en situación tan precaria? ¿En alas de que ayuda milagrosa hubieran salvado de una ruina segura nuestros saladeristas y con ellos los intereses más eficaces del país? La mejor prueba del fondo exacto de semejante suposición la encontramos, precisamente, en el fastidio que evoca ella al ser enunciada. El peligro ha pasado por esta vez, pero mereceríamos cualquier desastre, incurriríamos en insensatez lindera del crimen, si estas sabias advertencias que nos dan los mismos sucesos, fueran desechados como vanas sombras. Tampoco encontramos razón justa á esas impetraciones que dirigimos periódicameute al vecino consumidor, si extendemos el plano del horizonte. Nuestros agradecimientos á la joven República, cada vez que hace lugar á nuestras peticiones, después de una serie de rogativas aparatosas, nos produce el mismo efecto que nos causaría oir á un necesitado alabar la liberalidad del prestamista que le adelantó dinero sobre sus sueldos asegurados y al cinco por ciento mensual. Claro está que los políticos brasileros, confirmando la fama de sus históricas habilidades, que tanto trabajo nos dieron, en otro orden de sucesos, antes de ahora, —aceptan complacidísimos el rol generoso y agradable que nuestro entusiasmo les adjudica y se resignan, sin protestas, á aparecer sacrificándose por nosotros cuando, en esencia, procediendo como proceden, rinden, por el momento, homenaje á sus propias conveniencias.

¿Puede faltarles mercados en el resto del mundo á las carnes, sobre todo á las carnes orientales, superiores en ca-

lidad aún á las argentinas? En la actualidad ese producto es solicitado, con verdadera codicia, de todas partes y una porción de factores aliados, que sería engorroso desmenuzar, decretan la persistencia de elevados precios. La situación de las clases sociales mejora de manera sensible en todos los extremos del globo, la holgura de los gremios aumenta á diario y ya también los desheredados identifican sus exigencias alimenticias con las del burgués. Ya han pasado, para no volver, los tiempos en que se carneaba en nuestras campañas una res, simplemente para utilizar el cuero y disponer de un buen matambre, abandonándose el resto de pasto á los caranchos, en mérito á que no pagaba casi la pena levantarlo. Tanto han cambiado las cosas que parecen leyendas semejantes memorias, tan llenas de verdad. Es que el contacto entre los distintos pueblos se ha multiplicado; es que nuestro principal producto se cotiza, con todo éxito, en las plazas europeas y, por mucha que sea la plétora de ganados, siempre tendrán ellos precios aceptables en Tablada. Comprendemos, por ejemplo, que el Paraguay conceda singular importancia al estado de los negocios argentinos sobre su yerba-mate, pues, tratándose de su primera fuente de exportación y siendo el referido un producto netamente localizado en sus aplicaciones, estorbado el consumo corriente en los países limítrofes, que monopolizan la demanda, se corre riesgo de sufrir perturbaciones muy sérias en el movimiento aduanero y, lo que resulta más grave, sin medios á mano para evitarlo. Pero no apreciemos con el mismo criterio tímido asuntos tan diversos. Si, en general, fuera de aquí, la yerba carece de uso, juzgándose una extravagancia hija del atraso, su empleo por nosotros, al punto de que no causa extrañeza el cuento repetido bajo variadas formas todas verdaderas, del europeo que invitado con un mate, en vez de chupar la bombilla, empezó á batir con ella el contenido,—muy diverso es el caso de las carnes rio-platinas, cuyo exacto y gran valor solo, creo, se ignora entre nosotros.

Como se verá más adelante, aun en Estados Unidos, dueño de inmensas praderas que se extienden desde el novelesco *Far West* hasta Texas, tiene probabilidades de éxito la

importación de carnes, debido á la carestía actual y sostenida del artículo. He conversado con muchos cubanos preguntándoles si habían probado tasajo. Para todos se trata de un producto familiar y muy apetecido. *Montevideo* denominan ellos á un preparado que se hace con aquél en los hogares de la isla y que, aseguran, vale la pena probar. La carne posee los prestigios universales del pan. Detenerse á demostrarlo así fuera tan inoficioso como empeñarse en evidenciar las excelencias del trigo y las causas de su consumo meridiano. A solicitud del señor cónsul de Suecia y Noruega, ¿no acaba el señor Ministro de Relaciones Exteriores de reunir en su despacho á nuestros saladeristas para proponerles transacciones, que fueron consideradas ventajosas, con regiones perdidas para nosotros en el otro hemisferio, á los setenta grados de latitud norte? La elocuencia de estos datos, recogidos al azar, no puede desconocerse.

Sostengamos, pues, sin temor de incurrir en exageraciones optimistas, que las carnes del Río de la Plata poseen disputada demanda en el exterior y que ella irá en aumento. Entonces, ¿no resalta de cuerpo entero, como una enorme aberración, ese nuestro sometimiento servil á los mercados brasileros, ese empeño constante en correr la suerte de compradores que ni son los mejores, ni nos guardan mayores consideraciones, ni conviene tengan intervención tan activa en la elaboración de las rentas nacionales? Deberes imperiosos, de todo género, imponen el rompimiento de esa esclavitud exportadora que agrega, á su fisonomía antipática, el rasgo odioso de las abdicaciones innecesarias y complacientes. No vaya á creerse que, exhibida la fuerza de estas razones sencillas, suponemos cuestión facilísima arraigar en la práctica las conclusiones claras de las argumentaciones anteriores. Toda innovación exige briosas energías para imponerse y, muy en especial, en un país dominado todavía por el espíritu de los ya proverbiales aplastamientos españoles. ¡Qué horror, para muchos, concebir nuevas rutas y dejar de hacer lo que se ha hecho hasta la fecha! Afortunadamente la Cámara de Diputados ha dado el ejemplo de las fecundas iniciativas proyectando el establecimiento de frigoríficos.

Ese es, talvez, el más eficaz recurso que el acierto exije para debilitar el monopolio peligroso á los mercados brasileros. En efecto, el sistema de la salazón ya está mandado retirar, por grosero y empírico. Sin mencionar el embarque de ganados en pie, utilizando vapores construídos con ese objeto exclusivo, existe el procedimiento, ya impuesto, de las carnes congeladas. Después de presenciar, por años, los éxitos pingües obtenidos por el vecino de enfrente con su ensayo, nosotros hemos concluido por aceptar el contagio de la radical reforma. Una vez que adquiera arraigo la exportación de las carnes referidas, tan solicitadas en los grandes centros del viejo continente, entrará en decidida decadencia el sistema anticuado de salazón imperante y, por ende, la oferta de tasajo perderá la importancia capital que todavía tiene. En esas circunstancias ya no será árbitro de nuestros precios el mercado brasilero cuyo consumo considerable, con todo de interesarnos, no nos privará del sueño, como talvez suele ocurrir en la actualidad. Abierto el camino á las justas competencias habrá cesado la época de nuestros apuros en la colocación de las carnes.

Pero tratándose de mecanismo tan magno, puede afirmarse que los resultados de la profícua evolución piden tiempo para alcanzar su bella madurez. Antes de que los más de nuestros hacendados acepten el ejemplo progresista que ofrecen los menos, amoldándose á las ideas modernas y científicas de exportación ganadera, pasarán muchísimos meses y con seguridad años. Los nuevos procedimientos exigen un cuidado más solícito de las invernadas, pues han determinado el engorde, tipo indispensable para las transacciones externas, y á esa nueva etapa de nuestra prosperidad vacuna corresponde un concepto distinto al actual del estanciero: el gran propietario, lector de las publicaciones técnicas imprescindibles, como también de diarios, capaz de aplicar sabiamente las leyes de la selección, de conocer las calidades genuinas de los pastos y de alcanzar el mejoramiento de sus rodeos por esfuerzos personales, constantes y positivos. Los que hemos recorrido de extremo á extremo nuestra campaña, nos damos cuenta exacta de la lejanía de esas hermosas aspiraciones.

Cuando aún nuestros hombres de campo no han aprendido á plantar un solo árbol protector, y todavía en los establecimientos de importancia se ignoran los beneficios de una huerta para el uso doméstico; cuando, fuera de ciertas regiones, encontrar queso ó manteca en los hogares del interior importa casi un hallazgo, á pesar de que ahí están las vacas pastoreando á media cuadra de *las casas*, y cuando el capricho de las estaciones continúa siendo árbitro absoluto é inapelable del bienestar particular, porque todavía no se sabe luchar victoriosamente contra las adversidades meteorológicas y no se ha ensayado el sistema de las irrigaciones artificiales, sencillo y económico, que dominante aquí ha convertido en asientos de verdura las tierras antes desiertas y calcinadas de Arizona y de la Alta California, ¿cómo creer que estando tan distantes de esa cultura media, tan necesaria para las innovaciones, hemos de entrar inmediatamente á los nuevos dominios del ideal productor? De manera, pues, que los días del tasajo no están contados; aserto que adquiere mayor confirmación si recordamos que las clases populares del Brasil y de Cuba, tomando en cuenta la ventajosa baratura relativa de esta oferta, se guardarán muy bien de permitirse el consumo de las carnes congeladas, manjar prohibido para los desheredados. Entonces, salta á la vista que, sin desconfiar del inmenso éxito de la evolución ganadera, ya felizmente iniciada, el largo plazo reclamado para su arraigo definitivo impone la combinación de otros recursos hábiles para disipar las dificultades apremiantes de la época presente. Mientras la saludable reacción, que alborea, llega, es forzoso arbitrar otros medios de defensa, no sabemos hasta qué punto transitorios. ¿Cuál ó cuáles pueden ser ellos?—Abrir nuevos mercados á nuestras carnes saladas, contesta antes que nosotros la sensatez del lector. No tanto, decimos nosotros, si es que las tradiciones coloniales se asustan al conocer estos endemoniados ímpetus activos. En caso de tal desazón y para aplacarla bastaría con vigorizar las actuales corrientes de consumo.

Recién á esta altura entramos al comentario de los propósitos que han dictado este artículo. El Uruguay vende ta-

sajo al Brasil, á España y á las Antillas que citamos enseguida, en esta proporción aproximada, correspondiente al año pasado:

Isla de Cuba...	360.000	quintales ó sea	18.000	toneladas	por	año
Puerto Rico....	14 000	» »	700	»	»	
Trinidad.....	4.800	» »	240	»	»	

Lamentamos no tener á mano noticia precisa sobre el consumo de las dos potencias arriba citadas. Como dato aún más eficaz, agregaré que de los informes consulares que tengo á la vista, resulta que durante el semestre fenecido el 30 de Junio ppdo., compró Cuba tasajo por valor de $ 1.117.927.07 centésimos, cantidad esta que se desdobla en $ 1.037.254, correspondientes al puerto de la Habana, y $ 80.673 al de Cienfuegos. Es, pues, evidente que las dos repúblicas más jóvenes de Sud América—Brasil y Cuba—son las únicas plazas del mundo que ofrecen demanda considerable á nuestras carnes saladas en el estado actual del negocio. Dejando á un lado los consumos brasileros, pues nuestra argumentación se dirige precisamente á proponer los medios conducentes para suavizar esa condición, tan tributaria y tan sofocante, procede ocuparse de los aspectos que presenta el problema en la Isla. Sostenemos que el mercado cubano, mediante gestiones diplomáticas atinadas, puede multiplicar para nosotros su actual importancia. Talvez no todos los compatriotas que estudian nuestros desarrollos económicos, saben que nuestro comercio de tasajo con la perla de las Antillas languidece, cada día más, en vez de aumentar, como fuera de presumirse. Ese intercambio, que llegó á representar medio millón de quintales, ha descendido de manera tan sensible al extremo de que hoy apenas importa, como lo hemos visto, 360.000 quintales.

La elocuencia melancólica de estas cifras excusa todo esclarecimiento ulterior. ¿A qué se debe tan evidente y desconsolador retroceso? Carecemos de la competencia rigurosa, que exigen las investigaciones de esa índole para rendir frutos acertados, pero juzgamos que no se necesita ser una lumbrera para comprender que uno de los orígenes serios de tal derrota, estriba en la suba de los derechos á la caña cubana

que ha provocado, de rechazo, otro motivo aplastador con la suba de los derechos á las carnes orientales importadas. En ese binomio de circunstancias se encierra la mayor parte del desagradable secreto. De aquellos polvos vienen estos lodos; aquellas famosas leyes sobre alcoholes, que recuerdan los últimos coletazos fiscales de nuestras decadencias cívicas, han concurrido, no poco, á estos perjuicios palpables. En el afán vergonzoso de favorecer á determinadas personas y á pretexto de amparar industrias, nacionales solo en el nombre, se forjaron contribuciones proteccionistas, dos lustros atrás, tan abrumadoras para la competencia extrangera que tanto valiera haber atado con gruesas cadenas los puntos de acceso de nuestros muelles. El tiempo ha dicho ya si fueron ventajosas para los intereses permanentes del país aquellas combinaciones fantásticas y censurables. Nuestra industria de alcoholes no ha dejado por un instante de ser artificial, ella arrastra la vida prestada de los organismos parasitarios y el bienestar público nada le debe, ni en la baratura del artículo, ni en demanda de brazos para su explotación que ha sido negativa. En cambio, ahí están las rentas de aduana sufriendo mermas constantes é irreductibles, á pesar de los esfuerzos honorables de la presente administración; en cambio, ahí está, cruelmente castigado, el rubro de nuestra principal oferta.

Durante la dominación norteamericana, el tasajo ha pagado por su entrada á la isla, derechos por valor de un 30 %, bastante fuertes, en verdad. Nuestros esfuerzos deben dirigirse á producir la hostilidad de esas tarifas prohibicionistas y para darles el carácter serio y eficaz que ellos demandan, para alcanzar algún éxito, se impone extender hasta la Habana, nuestra representación diplomática. Veo, por los diarios, que el Ministerio de Relaciones Exteriores ha hecho público que en fecha 2 de Mayo sugerí, á quien corresponde tomar en cuenta tales observaciones, la idea práctica de acreditar en la nueva República la legación ya existente en Estados Unidos y Méjico. Tal complemento, sin aumentar esta planilla del presupuesto, permitiría resolver, en un sentido ó en otro, las dificultades opuestas á nuestro tasajo en

calidad de represalías. Como es sabido, el gobierno ha encontrado oportuna aquella indicación y ya sólo se espera que Cuba haga conocer, de manera oficial, su constitución definitiva, para que nuestro país le ofrezca, con su saludo diplomático, el testimonio de las calurosas simpatías que se merece ella, la mártir, la santificada, la heróica, herida en la adolescencia por dolores inclementes, nueva Cenicienta del mundo occidental. Es de lamentarse que la inmensa distancia que nos separa de la patria haya demorado un paso de tanto aliento positivo. Oportunidad tan propicia como la ofrecida por los primeros días del delirio patriótico realizado, no puede repetirse. ¿Qué ambiente más favorable para aproximarse á resultados venturosos que el decretado por la explosión de todos los sentimientos altruistas, cuando el Parlamento recien inauguraba sus funciones y esperaban su voto, confirmatorio ó reformista, las leyes y reglamentos comerciales dejados en herencia por los tiempos muertos? Pero no hay que hacerse ilusiones; enfriada la atmósfera costará obtener todo lo que necesitamos.

No basta que nuestro tasajo sea popularísimo en la isla, al extremo de que no otra clase de carne se come y usa en sus hogares. Cuba es hoy un organismo independiente que lucha con formidables dificultades financieras; que sale de una guerra desoladora; que debe, y se apronta á pagarlos, treinta millones de pesos á su ejército veterano, que se lo merece porque ha sido libertador; que se encuentra hoy dueña de sus destinos, pero con sus industrias deprimidas; que tropieza con la depreciación de la azúcar, que ya le apareja angustias mortales; que para afrontar sus compromisos extraordinarios sólo cuenta con sus rentas, tan castigadas por el último huracán histórico. ¿Pueden esperarse grandes concesiones de una situación así solicitada por obligaciones de difícil dilatoria, si no se ofrecen, en justa compensación, propias liberalidades á las agenas liberalidades? Conteste por nosotros la lógica. No se vencen con sólo palabras de almíbar las desconfianzas provocadas, y más sencillo fuera abrir, usando de discursos, una puerta cerrada á doble vuelta de llave, que arrancarle generosidades, sin precio, á quien ha re-

tirado su favor por causas justificadas. Imitando al caracol, todos nos recogemos y renunciamos, en guardia, á las caricias solares cuando se nos ataca. Si se quiere que Cuba mejore su trato con nuestras carnes saladas será necesario hacer lo mismo con los productos suyos que el Uruguay compra. Como lo hemos dicho, entre éstos destaca la caña, duramente gravada. La fórmula del problema se establece en estos términos, ¿hasta qué grado puede reducir nuestro país esa contribución de entrada, sin menoscabo sensible de sus rendimientos aduaneros, y hasta dónde será compensada esta pérdida con la ganancia de una mayor exportación tasajera y en condiciones más blandas? La solución reclama experiencia y sólida capacidad comercial. Sin el consejo de ésta, como base, todo será vacilante y empírico. Ahí está el punto de arranque. ¿Cuánto debemos ceder? y, enseguida, ¿cuánto debemos pedir, como devolución del servicio? «La gran dificultad que probablemente se tocará para conseguir la disminución de los derechos es la que opondrán nuestros propios errores; si nosotros cargamos aquí el estupendo impuesto (entre derechos de aduana é impuesto interno) de 270 % sobre la caña de Cuba, ¿cómo podremos decirles que consideramos exagerado el de 38 % que ellos cobran sobre el tasajo?» Tomamos este párrafo, de argumentación contundente, de una agradecida carta informativa de la reputada firma Peixoto, Morales y C.ª, de Montevideo.

Pero, á la vez de proyectar arreglo de mutua conveniencia con este mercado ya adquirido, que vamos en camino de perder, debemos aproximarnos á otros muy codiciables. En todos los paises que no se dedican á la cría ganadera existen probabilidades de negocio, que se irán acentuando. El gremio rico y representativo de nuestros saladeristas debiera de preocuparse, *por cuenta propia*, de esos ensayos, en vez de poner el grito en el cielo, á última hora, rompiendo recién su pasividad cuando Santa Bárbara estalla. Entre nosotros domina el hábito, pernicioso é inveterado, de esperarlo todo de la entidad gubernamental á la cual siempre estamos dispuestos á fulminar con un *j' accuse*, sin detenernos á averiguar hasta que punto somos justicieros. ¡Es tan fácil y

sobre todo tan cómodo esconder la propia desidia bajo esponjado *edredon* de reproches! Si Norte América triunfa también en las lides del intercambio, el mérito de ese triunfo corresponde á las hermosas energías individualistas de sus obreros y fabricantes, que multiplican exposiciones manufactureras, que tienen sus incansables federaciones corporativas, que gastan millares de pesos en propaganda, imprimiendo folletos, libros, estadísticas y derramando legiones de agentes viajeros á los cuatro puntos cardinales. El estado se limita á bosquejar los lineamientos del bienestar público, mediante la sanción de leyes sabias y protectoras, y sobre ese único riel, que entre nosotros ya existe ancho y firme, se desliza la actividad invasora de estos lebreles del trópico que no afirman ciertamente en vano cuando proclaman: *trade follows the flag*, ó sea, que el comercio sigue á su bandera. ¿Qué mejor órgano de indagación exterior que esa Asociación Rural del Uruguay, de antecedentes beneméritos, á la que ya va llegando la hora de ser una verdadera potencia de consulta en todo lo referente á nuestros problemas conservadores? ¿Ó es que acaso pretenden los particulares, interesados en jugosos negocios particulares, que el gobierno de la nación se ciña cofia para ser su nodriza y darles mamadera? Impónganse, los bolsillos de los exportadores, la contribución de pequeñísimos sacrificios y organicen por su cuenta, ellos, un servicio completo de informaciones que les permita saber, en todo momento, á cómo se cotizan y en qué condiciones las carnes en los puertos consumidores. Siendo seguro el apoyo del gobierno en tales empeños ellos tendrían corresponsales gratuitos en todos los Cónsules de la República, á los cuales podrían consignar las muestras de cargamentos, etc.

Mientras no se proceda en esta ó parecida forma ejecutiva, no saldremos de las actuales incertidumbres. Las colonias europeas ¿no tienen en Montevideo y en Buenos Aires sus Cámaras de Comercio con toda independencia del poder público de los respectivos países? Pues el sistema que prohijamos responde á lo mismo y es lo mismo. Un caso práctico de las deficiencias con que se tropieza para toda iniciativa

y ensayo, por falta de ese reclamado organismo corresponsal, lo ofrecemos el Cónsul General, señor Murguiondo y yo, que, á duras penas, hemos podido obtener una muestra de tasajo, como vulgarmente se dice, por una carambola, gracias á que el señor Segundo Flores, por incidencia, supo del asunto y tuvo la corazonada de prestar ese servicio en provecho exclusivo de terceros. La plaza norteamericana ofrece perspectivas favorables y aunque ya esta exposición va adquiriendo proporciones quilométricas y horriblemente pesadas, creo que no robaré espacio extendiéndome en algunos comentarios al respecto. Aunque Estados Unidos tiene ganados propios, es tan enorme la demanda interna que en la actualidad no se discute que aquéllos no satisfacen, con amplitud, las exigencias de ésta. Carecería de objeto detenernos á enumerar las circunstancias complejas determinantes de tal escasez y, muy en especial, del carácter permanente que ella tiende á asumir. Como simple dato, bastará exponer que un *trust*, que tiene por cimiento calculado seiscientos millones de pesos, monopoliza ya la venta de carnes. Este artículo de primera necesidad alcanza, desde hace muchos meses, precios exhorbitantes que han provocado graves apuros entre el pueblo, el cual, en su justo enojo, quiso ocurrir á las vías de hecho. Consciente de la singular importancia del asunto, el Poder Ejecutivo Nacional ha estimulado la actividad de los Fiscales en sentido de perseguir y penar, con la ley en la mano, los manejos ilícitos de los especuladores. Pero todo no pasa de un honesto deseo imposible de encarnar en la práctica, como está visto. La libra de carne regular y con hueso se paga aquí á ocho centésimos, calculándose que esa porción contiene de un 60 á un 80 °/₀ de agua. El tasajo apenas posee este último elemento, pero tiene sal. Sin contar aún con base exacta, consideramos que nuestro producto podrá venderse, con ganancia, á cuatro centésimos la libra, por supuesto sin hueso. Pero recordemos que el tasajo es un desconocido en la economía doméstica del país; que aquí no saben prepararlo en forma apropiada, sin que sirvan de gran cosa nuestras luces en la materia, pues, en cuanto á mí, nunca lo he probado, como que nunca pensé que alguna vez me vería

embarcado en estas pellejerías de propaganda; y que para vencer resistencias y conquistar la alianza indispensable de los diarios y atraerse á los capitalistas carniceros, se requiere tiempo y elementos sérios.

Ayer mismo me escribía el distinguido amigo señor Murguiondo: «Créame, hay un solo modo de hacer estas cosas de aliento. Me he dirigido á un químico conocido, cuyo nombre inspira absoluta confianza, para qué produzca un análisis, al detalle, sobre el tasajo. En otoño haremos en su casa las preparaciones requeridas y conoceremos el resultado preciso de nuestro esfuerzo». En la misma carta, y, para mi conocimiento, me incluye una pro-forma cuenta-venta de tasajo, el referido compatriota á cuya autoridad doy gustoso la derecha en esta materia rindiendo tributo al verdadero mérito. La reproduzco enseguida, pues ella puede ser un informe útil para los interesados:

PRO-FORMA, CUENTA-VENTA, APROXIMADA DEL COSTO DE 300 FARDOS, DE TASAJO, ENTREGADOS EN NUEVA YORK

300 fardos, pesando 23.540 kilos, á pesos 12 1/2 por 100 kilos (á bordo)		$ 2.942 50
Con cambio sobre Lóndres c. 51 d. £ 625.5.7 c. $ 4.88		$ 3.051 37
Gastos:		
Comisión del Banco 3/4 °/°	$ 22 88	
Seguro marítimo $\frac{3.051}{305}$ $ 3.356 1/2 °/o . .	» 16 78	
Flete, $ 5.00 oro tonelada	» 115 84	
Gastos de entrada, Aduana.	» 5 00	
Derechos de entrada sobre $ 2.868 c. 25 °/o.	» 717 00	
Gastos de muelle, 2.4 cada fardo 300 . . .	» 6 00	
Corretaje 1 °/o	» 40 77	
Comisión 2.12 °/o	» 101 94	» 1.026 21
		$ 4.077 58

23.540 kilos—51:896 libs. Costo 7.857 centésimos libra $ 12 1/2 costo promedio con cambio c. 51 d. 53/1 1/2 por 100 kilos, puesto á bordo en Montevideo.

El precio de $ 12.50, que figura en el cálculo anterior, ha sido fijado como un término medio entre $ 11 hasta $ 14 cada cien kilos, que se establece en las cartas recibidas por nosotros, puestos abordo en Montevideo con todos los gastos pagos.

No me he ocupado, con respecto á Estados Unidos, de mencionar una rebaja en las tarifas porque nada hay que hacer al presente por ese lado. El tasajo seguirá, pues, pagando $ 3.95 de derechos, por cada cien kilos. En efecto, uno de los principales objetivos de la plataforma del partido republicano, que gobierna sin interrupción desde 1893, consiste en el régimen de las elevadas contribuciones aduaneras, consagrado por la famosísima y discutida Ley Dingley. Herir á ésta sería atacar la integridad de todo un criterio político dominante.

Como ustedes pueden comprenderlo, solo por una gran rareza volveré á ocuparme en mis correspondencias de cuestiones tan agenas al ejercicio de mis facultades. Mas convencido que nadie de tal probabilidad me parece que sería una lástima dejar el rabo por desollar no agregando algunos datos consulares, de relieve agradable y dignos de conocerse.

Las exportaciones del Uruguay á Norte América, en el primer semestre de 1902, alcanzaron á $ 2.256.656,13.

Las importaciones de Norte América al Uruguay, en igual término, fueron de $ 866.083,54.

Saldo á nuestro favor: $ 1.390.572,59.

Del total de las exportaciones nuestras hay que advertir que las carnes saladas de reembarco para Cuba y Puerto Rico representan un valor de $ 365.200,53. Como disparo final de la retirada, insertamos á continuación el cuadro comparativo de las importaciones americanas á nuestro país durante los últimos siete años:

Año de 1895	. . . . .	$ 1.485.062 31
» » 1896	. . . . .	» 1.452.331 45
» » 1897	. . . . .	» 1.125.684 07
» » 1898	. . . . .	» 1.346.816 15
» » 1899	. . . . .	» 1.815.256 63
» » 1900	. . . . .	» 1.904.299 62
» » 1901	. . . . .	» 2.631.403 46
1.er semestre 1902	. . . . .	» 866.083 54

Repasando estas cifras se nota que las relaciones comerciales de los Estados Unidos con la República, se fortifican de día en día. Nada nos extraña esto y muy pronto veremos á los industriales norteamericanos disputando, con éxito, á las potencias europeas los mercados del Río de la Plata que hasta ahora ellas han monopolizado. Aquí ya la producción manufacturera excede, en mucho, á las necesidades nacionales, y ya estos señores, que presentan expresión exacta de sus energías majestuosas en el águila simbólica de su escudo, han entrado en competencia febril con la madre patria, con Alemania y con Francia, sus únicas dignas rivales. Por otra parte, ya se van dando cuenta de que no somos tan imperfectos como lo han creído, y de que caracterizamos un emporio de riqueza. La gran línea de vapores proyectada desde New York, con cabecera en Montevideo ó Buenos Aires, tendrá mucha importancia transaccional.

¡Basta, basta! dirán luego mis lectores, abrumados por esta interminable articulación de párrafos, ásperos como los guijarros, que, concedo, deben obrar con presión de grilletes sobre la inteligencia de mis pobres víctimas. Penetrado de tal convicción, también *¡basta, basta!* exclamo yo desde ahora, todavía con más intensa angustia, porque sólo yo sé el sacrificio que he necesitado imponerme para reanudar relaciones con los números, á los cuales sólo venía saludando, por cortesía y de vereda á vereda desde hace muchos años. Mi práctica en operaciones aritméticas se reduce á la resta, que es la legítima que corresponde en patrimonio á los muchos buenos sujetos que, cualquier día, nos levantamos proclamando, con Proudhomme, que «la propiedad es un robo», dando por único fundamento de ese cambio repentino de criterio el muy expresivo, de no tener nosotros ninguna, y que, en consecuencia, no saldrán de nuestro pellejo las correas exigidas por la doctrina subversiva. De sumas, poco sé. Siempre que las intento, para regularizar mis finanzas, incorrectas y desordenadas como buenos latinos, me veo en la dura necesidad de equivocarme siempre en más, para seguir ignorando las infidencias de mis bolsillos bohemios. La única cuenta mia, limpia de errores, es la que lleva

mi corazón, tan oriental, sumando los días y las tardes grises que miden la ausencia de esa patria incomparable, cuyos atractivos y fascinaciones de hogar nada puede vencer. Sólo pensando en ella he podido dejarme arañar por las estadísticas, que lastiman como las zarzas!

(Escrito lo que antecede me llegan noticias fidedignas de que el gobierno cubano ya ha resuelto subir, *cincuenta por ciento*, los derechos que pagan las carnes orientales, lo que, cumplido, importará cerrar, á cal y canto, los puertos de la Isla).

IX

Los juegos atléticos — El box — Una lucha sensacional — Paralelo con el toreo — Su importancia en Norte América — Resultados estupendos — Los progresos de la raza — Niños heróicos — La evolución entre nosotros — Ventajas del "foot-ball" — Una iniciativa feliz.

Mucho me ocuparé en esta correspondencia de los juegos atléticos y de su influencia, que me atrevo á suponer trascendental, sobre el espíritu de la raza sajona. Nuestra crítica, apasionada más de una vez, se ha cebado en ellos imputándoles barbarie y crueldad, como si esas corridas de toros, hoy felizmente desterradas para siempre, gracias al puntillazo definitivo dado por la Asamblea General, admitieran competencia en ese sentido. En ocasión de discutirse la oportunidad de las últimas se ha sostenido que el *box* de los pueblos del norte también presenta caracteres ingratos, lo que no priva que sea muy grande su prestigio en el seno de las sociedades, que lo cultivan como una de las diversiones más emocionantes. Argumento deleznable por sus cuatro costados. Pero, sea ó no sea digno de elogio el *box*, tanto hincapié se ha hecho en él, que, para empezar, bien vale la pena dedicarle algunas cuartillas describiéndolo, primero, y comentándolo después. Aumenta el interés del asunto—que todo no será tema político—la circunstancia coincidente de que recién acaban de encontrarse, en la ciudad de San Francisco de California, para disputarse el campeonato del mundo, los dos primeros pugilistas de Estados Unidos. Contando con muchos partidarios el ejercicio de la referencia, se com-

prende que los preliminares del famoso duelo hayan sido seguidos, con extraordinaria avidez, por los círculos adictos, mereciendo la historia de su desenlace dos, tres y hasta cuatro columnas de los principales diarios. A ellos recurro para tejer el nudo de mi crónica, en esta parte, concretándome á traducir sus párrafos en todo lo que sea descriptivo. Así podrán mis lectores formar opinión propia compartiendo ó no, más adelante, las impresiones de quien escribe estas líneas sin sal.

Los rivales en la contienda mundial fueron Roberto Fitzsimmons y James Jeffries, más conocidos simplemente por Fitz, aquél, y por Jeff, éste, que aquí hasta para pronunciar los apellidos se economiza tiempo.

Fitz frisa á la fecha en los cuarenta años, habiendo nacido en Inglaterra. Empezó su carrera en Nueva Zelandia alcanzando á cuarenta y seis sus victorias de renombre, sobre la arena. En esa larga actividad ha estropeado á más de un adversario. Alguno, como Riordan, batido por él en el teatro de la ciudad de Siracusa, en 1895, falleció de resultas de un golpe artístico. Una trompada, aplicada en la parte inferior de la mandíbula, produjo su muerte al provocar una hemorragia cerebral. Comprobada la fatalidad del accidente, Fitz recabó su libertad, y empleando sus formidables puños como aspas de molino, continuó sembrando derrotas en todos los *rings* de la Unión. Jeff nació en el Estado de Ohio en 1875, y está, por consiguiente, en la fuerza de la edad. Ha quebrado la fama de quince rivales. Clareadas tanto las filas de los competidores, faltaba averiguar cuál de los dos primeros campeones merecería el título de vencedor de vencedores, irguiéndose triunfal sobre el prestigio del contrario. En la noche del choque el circo principal de la gran metrópoli del oeste fué invadido por una muchedumbre de espectadores, cuyo número se calcula en ocho mil, obligando á la policía á aumentar de manera extraordinaria su personal de servicio. La presencia de diez ó doce representantes del sexo femenino, algunas de las cuales habían tomado la precaución pudorosa de cubrirse el rostro con espesos velos, dió lugar á ruidosas agitaciones de la multitud. El monto metá-

lico de las entradas percibidas no era menor de treinta y cinco mil pesos oro, importando alrededor de diez mil el premio á adjudicarse.

A las 10.05 Fitz hizo su entrada en la cancha y á las 10.06 Jeff lo imitaba, recibiendo ambos clamorosas demostraciones de sus admiradores, muchos y convencidos. Su traje se reducía á un pantalón ceñido al cuerpo por un cinto con los colores de la bandera americana. Los momentos eran de verdadera ansiedad. Los rivales, ya prontos, se aproximaron simultáneamente y luego de estrecharse la mano, como es de práctica, abordaron la ruda tarea, chocando sus energías en ocho encuentros sucesivos de duración de tres minutos cada uno con brevísimos intervalos. Hagamos un resúmen de sus peripecias para ofrecer idea más gráfica de la índole exacta del discutido *box*.

Primer encuentro. Rápidamente ocuparon los contendientes el centro de la arena en actitud de irreprochable defensiva. Fitz fué el primero en atacar acertándole un golpe, en la boca á su contrario que, agachándose, lo devolvió sin éxito. De nuevo quiso cobrarse Jeff alcanzando sólo á castigar, con un pesado puñetazo, el costado izquierdo de Fitz. Pero éste obtuvo mayores ventajas. Al finalizar, la nariz de Jeff sangraba debido á uno de los terribles zurdazos de Fitz.

Segundo encuentro. Jeff avanza recibiendo una trompada en el pescuezo, que sólo consigue hacerlo sonreir, acosa á su rival y, como herido por un marronazo, lo arroja sobre las cuerdas, pero Fitz repele fieramente al enemigo, cuya hemorragia nasal aumenta.

Tercer encuentro. Jeff toma otra vez la ofensiva, pero sus golpes son parados aunque sin embargo, puede dar un doloroso golpe en el estómago á Fitz, que toma crecida revancha multiplicando sus temibles golpes al rostro de su adversario hasta partirle la mejilla izquierda. La cara de Jeff está cubierta de sangre, mientras Fitz descansa de la fatiga, fresco como un pepino.

Cuarto encuentro. Jeff se adelanta irritado mientras maniobra con sus puños en cuidadosa guardia. Pero el inexo-

rable Fitz consigue romperla y castigar con su recia zurda los carrillos de Jeff, abriendo nuevos surtidores de sangre. Jeff alcanza á pegarle en la cabeza. Parece muy molestado.

Quinto encuentro. Fué el más interesante. Ambas partes se prodigaron golpes abrumadores, conceptuados magistrales por los entendidos. Más la cara de Jeff continuó siendo favorecida por las caricias despiadadas de Fitz, resultando que, al producirse el intérvalo de descanso, aquél sangraba por ojos, nariz y mejilla.

Sexto encuentro. Jeff avanza, sin vacilación, y recibe nuevas y severísimas lecciones. Obtiene tocar expresivamente la oreja de Fitz, pero éste se defiende con singular maestría y antes de que suene la campana retoca la boca y nariz de Jeff, ya hinchadísimas.

Séptimo encuentro. Esta vez Jeff ataca con mejor resultado y hace vacilar á Fitz mediante puñetazos dados en el costado del cuerpo; la carga es dura y dolorosa. Fitz la contesta con tres trompadas sucesivas en la boca. Al terminar Jeff presentaba un aspecto terrible con la fisonomía bañada en sangre.

Octavo encuentro. El inquebrantable Jeff toma siempre la ofensiva y hace sonar las costillas de Fitz mientras sonríe. Está desfigurado, pues las esponjas ya no pueden contener las hemorragias faciales. Se agita con elasticidades de pantera y cuando todos los vaticinios le eran adversos alcanza á propinarle á Fitz un tremendo puñetazo en la mandíbula, que lo echa por tierra sin sentido.

Antes de que pueda levantarse, el juez cuenta diez veces en voz alta, y entonces se proclama vencedor al aporreado Jeff. El público estalla en aclamaciones mientras Fitz, ya repuesto y de pie, se dirije á él con estas palabras: «Señores: el mejor ha triunfado. Si yo hubiera tenido esa suerte esta noche habría pasado á Jeff los honores del campeonato para retirarme definitivamente de la arena. Lo hago de todos modos, sin haber llenado mi aspiración y quedo satisfecho porque la pelea ha sido ganada con bizarria». A lo que contestó Jeff: «Fitz es el más temible de los vivientes y yo me considero bien feliz con esta difícil victoria».

En realidad, estas francas y afectuosas apreciaciones mutuas alcanzarían á reducir los caracteres rudos de la escena descrita si no se afirmara, con muchos visos de verdad, que los lidiadores estaban de acuerdo en el desenlace.

A este extracto de noticias agenas puedo agregar las propias. De paso por la ciudad de Quebec, presencié un *match* entre el campeón de la provincia y otro profesional venido de Australia. Fué precedido de una série de escaramuzas entre varios aficionados más jóvenes, que se abofetearon con todo el entusiasmo de la edad, enconados por las risas y las burlas del escaso público. El pugilato de la noche duró pocos minutos. Aparecieron en la arena los rivales, luciendo todas las gallardías de la musculatura, y al tercer encuentro, y de la manera más inesperada, el Hércules local derribó por tierra á su contrario. Suyos fueron los laureles. Dos golpes simultáneos, uno en la quijada y otro debajo del corazón, trajeron, con un desmayo, la victoria anhelada.

Por lo que antecede se vé que no he disimulado los detalles más antipáticos. Si se me interrogara sobre los atractivos del *box* diría que, satisfecha la curiosidad observadora que me llevó á un *ring*, nunca caminaría media cuadra por presenciar un espectáculo semejante. Las carreras á pié ó á caballo, la caza, el tiro á la paloma, el juego de pelota, todos poseen la fuerza imantada que engendran las grandes emociones en plena actividad. Me explico que cuando, atropellando en el último codo, media docena de puros se disputan el triunfo, que dependerá talvez de la vista del corredor, de su pericia, del estado del *flete* que monta, la muchedumbre de los palcos se ponga maquinalmente de pié y vocifere, como queriendo estimular desde las tribunas el valor de sus favoritos en la lid; concibo que en las plazas de toros los hombres más sesudos se conviertan en verdaderos locos, y que en determinados momentos las banquetas vuelen por los aires, con monedas y sombreros, porque, al fin y al cabo, la bestia humana tiene derecho á romper la careta de los convencionalismos y á salir á tomar un baño de sol meridional cuando, al acorde de himnos reales, se destripa á reses y caballos y se insulta á la civilización.

La sangre enturbia los sentidos y emborracha tanto como el jugo concentrado de las uvas. Acepto que viendo el desarrollo en un fronton de un partido de pelota, los espectadores prorrumpan en expresivas demostraciones cuando la cesta invencible del Chiquito de Eibar mide, desde el doce, una rasante, que después de avanzar besando el plano de la pared lateral, pica un decímetro más arriba de la línea válida, y que lo mismo sucediera cuando en los partidos á mano limpia el célebre Paysandú, entre nosotros, hacía silbar la pelota al hendir los aires como un proyectil, poniéndola, cautiva de su maestría, en el punto deseado por la inteligencia del jugador. En todos esos ejercicios, de tan diferentes matices, á poco de estudiarlos, se encuentra el secreto de los grandes éxitos pasionales. Creo que no sucede lo mismo con el *box*, que no agrega á su brutalidad y grosería una sola tinta conquistadora. El conjunto del espectáculo en sí, no puede ser más insípido, sin música, sin ovaciones, sin la variedad pintoresca de altercados y diálogos naturalistas, tan necesarios, como la pimienta á los platos fuertes, en circunstancias de placer y desenfreno populachero.

En medio del silencio más absoluto, impuesto por las reglas del acto, dos individuos, casi desnudos, salen á la palestra y se curten la fisonomía á puñetazos. En plena florescencia física, de espaldas angulares, de pecho soberbio, que parece va á romperse, como una tela demasiado extendida, bajo la presión de fragua de sus pulmones, es innegable que ellos proclaman, con una realidad hermosa, la eficacia espléndida de los movimientos gimnásticos sobre el cuerpo sometido á su régimen. Esos músculos perfectos, señalados mejor por el ajustamiento de la piel, al igual de las formas femeninas en el tránsito callejero, gracias á la moda agradecida de estirar para un lado las polleras, merecen ser admirados por la salud romana que denuncian y por el esfuerzo plausible que representan. La belleza poética de Narciso nada tiene que ver con la belleza fiera, réciamente masculina, de estos atletas que, como el Ursus de Enrique Sienkiewck, serían capaces de luchar, á brazo partido, con un toro salvaje y de desnu-

carlo rompiéndole la cerviz, si lo mandara así su voluntad. Frente á frente, se atacan y se repelen, como dos autómatas, sin dirigirse una palabra, sin cambiar un reproche, hasta que, bajo el contacto de acero de un puño, se rinde la energía adversaria. He ahí una diversión que nunca adquirirá arraigo entre las razas latinas que, nerviosas y artísticas aún en sus horas de entretenimiento varonil, necesitan espectáculos ardientes que llenen con ecos animados sus oídos, que hieran con intensidad la vista, lastimando casi la pupila, y que arranquen á la garganta expresiones imperiosas. La ausencia misma de esos excitantes la hará perdurable aquí en donde el clima y la educación particular alían sus influencias glaciales sobre el mundo moral para ofrecernos el ejemplo de temperamentos flemáticos, reacios al bullicio, que miden sus impresiones por reloj y que ignoran los estallidos ruidosos de la cólera y del placer. En ese sentido, el *box* satisface las preferencias de muchos al proporcionarles la oportunidad de seguir el desarrollo de dos actividades físicas encontradas.

De manera que, con todo de su torpeza, no cabe el paralelo que en tal concepto se ha intentado entre el *box* y las corridas de toros. Aquél se determina por el consentimiento, sereno é interesado, de dos sujetos racionales que ponen expontáneamente al servicio de sus ambiciones monetarias, el arte en que son diestros. Otros se ganan con dificultad la vida en el desempeño de las ocupaciones más duras; éste, cava la tierra; aquel, maneja un coche de plaza; pues el boxeador, con toda holgura, sin perder un minuto de su sueño, gordo, feliz y mimado, pone su porvenir en las muñecas, las cuida, ensaya con ellas las más hábiles estrategias, y así, al precio ínfimo de medio litro de sangra nasal por año—lo que evita el uso de ventosas—prospera y se enriquece acariciado por ráfagas de positiva popularidad. El peligro de muerte que puede correr en su profesión es tan problemático como el que se cierne sobre cualquiera de nosotros al cruzar una boca-calle. Sabiéndolo así, el espectador no se arrebata porque el espíritu sólo se agita, dominado por zozobras que causan extraños deleites, cuando existe, en el fondo, la perspectiva constante de

una catástrofe sólo alejada por la habilidad del protagonista. Tal es, precisamente, el caso del torero, y por eso la diversión en que él interviene provoca evidentes fanatismos.

Bien merece el calificativo de arrojada su actitud tranquila en medio del redondel, desafiando la desgracia, fresco, risueño y en postura académica, como si estuviera empeñado en unas cuadrillas, mientras el toro, á su frente, acepta servirle de bis-á bis y empieza la danza con un floreo impresionante de rabias y de mujidos salvajes. El lance se produce y cuando la res embiste, con rapidez de exhalación, buscando en el adversario audaz sortija sangrienta para sus pitones, el público se confunde en una misma angustia, temeroso por la suerte de ese espada que él ha empujado momentos antes, y de manera cobarde, al conflicto.

Si sale ileso del duelo, ¿cómo no explicarse que las muchedumbres ignorantes y sin sospecha de las satisfacciones del comicio libre, se sientan seducidas por el cristiano que acaba de jugar á las cartas con la muerte, sin pestañear, erguido, todo en homenaje á los caprichos de su arte y de sus admiradores? Y, á la verdad, que rompe las prevenciones de cualquiera el espectáculo de una lidia que, si sois aficionados á las memorias del pasado, os ofrece reminiscencias vívidas de costumbres, tan arcaicas que van á buscar cuna en los circos del mundo antiguo, en ese desfile de los diestros por frente á la presidencia, á los acordes de una marcha clásica, pues él reproduce, mucho menos soberbio, el *morituri te salutam* de los gladiadores, cebados por el paganismo para servir de manjar delicioso á las fieras; si sois artistas, os domina desde el instante en que vuestros ojos tropiezan con flores encarnadas, con mantas sevillanas, con chaquetillas recamadas de oro, con capas de colores fuertes, todos esos matices provocativos revueltos sobre una inmensa paleta ondulante que el sol anima y destaca dando, aquí, allí, en todas partes, mágicas pinceladas de fuego; si sois pensadores, estais obligados á confesar que ni el más reputado de los dramas, ni la mejor de las arengas tribunicias, ni el más sonado de los éxitos colectivos, alcanzan á conmover el corazón selvático de las masas como ese torneo, de faces dicta-

das por la emoción, que arrebata, exalta y desordena, fundiendo en una misma nota agudísima las pasiones enardecidas del público de los tendidos y del público de los palcos; si sois sensitivos y os agradan las escenas rudas, ninguna sacudirá como ésta vuestro espíritu, que ninguna diversión cobra tanto tributo de sobresaltos al asistente; y si sois filósofos y quereis descubrir una de las raíces de ciertas decadencias gigantes y encontrar el secreto de increibles derivaciones del sentimiento cívico, ocurrid también á las plazas de toros, que en el medio de ese picadero batido y limpio, encontrareis, sin embargo, la semilla profusa de muchas molicies, de muchos oscurantismos y de muchas chaturas, á cual más fatal. ¡Ni el alfabeto resiste á esa alianza de caries formidables!

Así se explica que haya asistido más concurrencia al entierro de *Guerrita* que á la inhumación de los restos de ese glorioso ciudadano llamado Emilio Castelar. En esa palpable sugestión de las corridas está el argumento que inclina á proscribirlas y que ha puesto en guardia contra ellas á los pueblos adelantados. ¡Claro, que si no poseyeran semejantes atractivos disolventes no sería necesario enchalecarlas! Como á las casas de juego, nadie les negará su enorme fuerza de seducción, pero de perniciosa seducción, y de la misma manera que, en nombre del interés social, se persigue á las ruletas, por desmoralizadoras, invocando idéntico y tan sagrado propósito debe atacarse al toreo, recinto fortificado de los instintos chulapos con toda su nutrida descendencia de vicios menores. De consiguiente y siendo lógicos, agregaremos que hostilidad también merece de las autoridades el *box*, aunque no sea éste acreedor á condenación tan severa. Entendiéndolo así, son ya muchos los Estados—casi todos—que lo han prohibido, al punto de que al presente los pugilistas andan fugitivos por las ciudades fronterizas, tropezando con verdaderas dificultades para celebrar sus luchas singulares. Y no provoca este entretenimiento la ágria censura que arranca aquel, por cuanto, aun reconocida la torpeza del espectáculo, no reune caracteres degradantes. La mejor prueba de esto último la tenemos en que si se quita al asunto su objetivo mercantil, de reñidero con entrada paga, lo que vale tanto

como servirle al pueblo alcoholes fuertes y malos, y se le transporta á una sala particular, sustituyendo á los profesionales por amigos, el *box*, en vez de ser reprobable, adquiere atractivos varoniles y puede competir, ventajosamente, con el juego de palo de los catalanes, por su utilidad defensiva en las circunstancias más inesperadas, por su eficacia, que permite repeler ataques en las condiciones más desiguales, y, sobre todo, por la energía elástica que dá á las musculaturas jóvenes.

Por lo demás, los boxeadores de oficio no invitan á la simpatía afectiva. Hechos para dar y recibir golpes, con la misma particularidad de los perros ñatos, que sólo saben morder; puestos en la arena cumpliendo planes de propia especulación y en uso libérrimo de su voluntad; ya grandecitos para aceptar consejos y demasiado hercúleos para encender lástimas, que de todos modos serían improcedentes, nunca merecerán ellos la compasión que inspiran las reses crucificadas á banderillazos y á estocadas, y los caballos, heridos con todo lujo de alevosía y ensañamiento. En cuanto á los toreros, poco nos preocupa su destino porque los verdugos, aún los arriesgados, nunca atraen. ¡Arrebatarse por la suerte de esos innobles capeadores y pugilistas contratados, cuando el corazón humano, fuente de orígen de las grandes corrientes generosas, no posee caudal bastante de simpatías legítimas si se propone repartirlas entre los injustos infortunios conocidos á diario; entre el minero, que un hundimiento súbito entierra vivo en las entrañas del carbón; entre el telegrafista, fulminado por el contacto eléctrico al arreglar una línea enredada; entre el fundidor, que ha obtenido el retiro siniestro de una ceguera eterna, como premio de su jubilación laborante, y el marinero, arrastrado por una ola traidora á los fondos implacables del mar, mientras ata cabos en el mástil de la nave! ¡Esos sí que son dignos, héroes anónimos en las batallas del trabajo, de manos encallecidas en tareas sin compensación equitativa y de réditos crueles!

Pero los juegos populares en Norte América son otros, mucho más viriles, y acreedores á todo nuestro aplauso. El

predilecto y verdaderamente nacional se denomina *base ball* y, suprimiendo el detalle de las reglas que lo rigen, diré que consiste en dos bandos, situados á distancia de veinte metros, que se turnan en el boleo de una pelota, pequeña y dura, que se rechaza, en el aire, utilizando una maza de madera de un metro escaso de longitud. Ganan quienes revelan mayor habilidad en esas distintas funciones de atacantes y de atacados y corren con rapidez precisa para ocupar, en momentos determinados, las vallas laterales. Este ejercicio lo practican los niños, así que encuentran campo suficiente, sea en la calle ó en terrenos baldíos. El Parque Central, especialmente los sábados, pertenece, por derecho de conquista, á los muchachos de los colegios neoyorquinos, cuyas alegrías sin paréntesis, sientan bien como nota complementaria de los arbolados caprichosos y de la gramilla tendida cual inmensa alfombra. Dueños y señores absolutos del régio paseo, en la sección que se les adjudica, ellos corren, gritan y se apostrofan sin que á ningun representante de la autoridad se le ocurra interrumpirlos en esas expansiones ruidosísimas, propias de la edad, que tienen mucho del bullicio victorioso de los pájaros en las mañanas de primavera, cuando entonan sus himnos, que son dianas, y despiertan á la floresta en honor de los tibios amaneceres. Lástima que la meritoria Municipalidad de Montevideo, tan injustamente castigada en sus finanzas por los desastres históricos, no pueda ofrecer, á la población condensada de los barrios más nutridos, el desahogo de paseos de ese estilo, ya que no de semejante magnitud. Pero, dentro de las heredadas dificultades, deben señalarse, como iniciativas muy felices, la creación del Parque Urbano, Jardín Botánico, y el ensanche y mejoramiento del Prado, que servirán en el futuro de firme base á obras de mayor aliento edilicio. Existe un proyecto novedoso, del concejal señor Eduardo Monteverde, para habilitar, en exclusivo para los niños, determinada plaza de la ciudad. La idea es buena, es práctica, es saludable, y ella ganaría en vigor si aún en los suburbios fuera posible ofrecer á los alumnos de las escuelas locales un campo de recreo dilatado y agreste.

A veces pienso que entre nosotros se mira como asunto trivial, desprovisto de interés, todo lo referente al desarrollo de las aficiones atléticas, y, sin embargo, cuanto más lo medito, encuentro más fundamental ese género de actividades físicas. La influencia de tales ejercicios en los individuos se señala tan profunda que ella parece decisiva en los destinos de las nuevas nacionalidades. Aunque ya hace muchos lustros dijo el duque de Wellington: que había triunfado en Waterloo con los muchachos jugadores de la Universidad de Oxford, sus más lucidos y resistentes subalternos, no hagamos argumentos con el peso de brillantes frases. ¿Cómo discutir que las justas atléticas fortifican la salud, el bienestar y la energía de quienes en ellas intervienen? A cierta altura de la vida, cuando la naturaleza decreta los grandes desdoblamientos en el organismo y el físico adopta sus moldes definitivos, existe necesidad imperiosa de concurrir á esa labor, de complementarla mediante una juiciosa aplicación de las energías corporales. Ahí están entonces los ejercicios juveniles brindando el favor de sus placeres espartanos y de bondad indiscutida. Pero todavía vale más su acento sobre el carácter y las condiciones morales de los adolescentes, pues aparta á la imaginación de los ensueños pasionales, llenando el horizonte del pensamiento con el tema inagotable de diversiones embriagadoras y purísimas.

Para calificar mejor la fuerza de la realidad observemos los distintos rumbos que se siguen en tan importante materia entre los sajones y entre los latinos. Un niño nuestro invierte sus recreos brevísimos, en juegos siempre contenidos, porque existe la tendencia singular de apagar los bríos expansivos de la edad, como si todavía conservara prestigio el sistema educacional de los cartujos. De prisa, con el mismo desórden nervioso con que se llena una bolsa de viaje, hacinada de cosas al punto de que revientan sus costuras, se les carga la cabeza de conocimientos, recogidos en los cuatro puntos cardinales de la sabiduría humana, exigiendo espacio y pensión barata para todos, ¡como si las ramas tiernas estuvieran hechas para resistir el peso agobiador de los frutos! ¡Siquiera se atemperaran estos excesos intelec-

tuales con el alivio de eficaces entretenimientos físicos! Pero nó; todas las veleidades activas se desvanecen usando del mismo estribillo: «correr es malo porque puede pisarse una cáscara de banana, rodar por tierra y romperse una pierna»; «saltar, peor, por motivos semejantes»; «los niños bien enseñados no gritan, siendo esto, por lo demás, pernicioso para los pulmones»; «los niños buenos se están quietitos, sentados en un banco, durante el recreo ó estudiando las lecciones de la tarde»; «el *foot-ball* está proscrito pues sólo á los ingleses puede ocurrírseles divertirse moviendo los miembros inferiores»; «las carreras á pie también son indignas porque equiparan á los hombres con los caballos; y la pelota participa de la condenación en mérito á que origina grosería de modales.»

En dos corrientes separadas se divide esa preciosa linfa de juventud que la naturaleza quiere sea acero y que la voluntad dogmática de lo arbitrario se empeña en convertir en vidrio; unos, dan por concluida su educación y solicitados desde temprano por la lucha diaria se reparten en escritorios, en fábricas, en establecimientos rurales, en la administración, para ser mañana buenos oficinistas, hacendados, comerciantes ó industriales; otros, funden sus energías perseverantes en el crisol de las facultades universitarias para llenar los claros en el escalafón de los médicos, abogados é ingenieros nacionales. Aquellos pierden, desde luego, toda oportunidad de adquirir gusto por los ejercicios musculares; y éstos, renuncian á ello en esta su segunda etapa estudiantil, requeridos con imperio por preocupaciones exageradas. Pero á los diez y ocho años la sávia es tan exuberante que, abandonada á los caprichos de su propio curso, ella se desborda, para enardecer el fuego de las pasiones más lamentables, como sucede con los más ricos caldos, que crecen y rebosan de la fuente para saciar la sed de los tizones, cuando no se les espuma á tiempo. Resultado final: la mayoría, debiendo aplicar á algún objetivo su plétora de energías, la malgasta, sin conseguir disipar su aburrimiento orgánico, mientras la minoría, que no tiene el cuidado de interlinear con descansos sensatos su dedicación á los libros, co-

noce temibles fatigas celebrales en época de plena virilidad, y ofrece, pronto, valioso contingente á los cuadros extraños de la remonta neurasténica.

No hay peligro, por cierto, de que ella obtenga voluntarios tan numerosos entre las razas del norte. El niño americano va á la escuela de acuerdo á planes de enseñanza más simples y que, sin embargo, rinden más beneficio y son de más aliento social. El Estado no abriga aquí la inútil pretensión de hacer un pueblo de sabios de sus hijos y de preparar oradores y literatos. El considera cumplida su misión pública instruyendo á sus escolares en los conocimientos elementales. Leer, escribir, contar; saber á grandes rasgos la historia del país; adorar á los héroes de la República; recitar de memoria, con la misma devoción con que rezarán de noche, al acostarse, en el regazo de sus madres, las oraciones cristianas, los varios himnos que condensan la epopeya nacional; creer que ningún país del mundo vale lo que esta tierra de libertad y, sobre todo, jugar, jugar mucho, destacar en el *base-ball*, distinguirse en el *foot-ball*, he ahí lo que se exige de los muchachos en sus primeras escaramuzas con los libros. Enorme tarea de manufactura en la que los fiscales sólo exigen á los productos, para poder salir á la plaza, etiqueta de fábrica republicana. La gran aspiración consiste en preparar buenos ciudadanos, es decir, hombres de robustez física. Lo primero, se adquiere encarnando en los espíritus tiernos el amor apasionado por la patria y por sus hermosas instituciones libres, en su concepto genérico y elemental; y, lo segundo, despertando en las generaciones que surgen la afición por todos los ejercicios que fatigan noblemente el cuerpo. Los resultados de ese cuidado paralelo ya no se discuten: se palpan.

La integridad varonil de los americanos es sorprendente. Por una rareza se tropieza con individuos enclenques, ó contrahechos y, en cuanto al tipo medio de las estaturas, no admite competencia. Lo mismo puede afirmarse de las damas. La corrección de líneas de las americanas, á fuer de notoria, es ya proverbial. Los bustos esculturales abundan, y la frescura de las complexiones produciría sérias alabanzas entre

nosotros. Algo más fundamental que una vanidad de sexo hace que los colegas del célebre Moussión, confeccionador fantástico de mejillas femeninas en el Río de la Plata, no tengan cabida posible en el seno de este opulento emporio.

Sus servicios serían absolutamente inútiles desde el instante que el color natural de los rostros toca los límites de la perfección. Eso se debe á la capacidad activa de los miembros de este núcleo, todos elásticos, todos ágiles, todos poseedores de una misma levadura atlética, y concluídos así, á golpes de martillo, aprovechando las primeras cosechas del espíritu, que son las de los frutos ópimos. Moldeados los varones en su período maleable, como se hace con los trozos de hierro incandescente sobre el yunque, se les echa luego á la corriente del mundo, sin peligro de que naufraguen, porque ellos, como los pichones de pato, traen el instinto de la natación en la sangre. En los incidentes de apariencia más trivial encuentra ámplia confirmación esa ley fecunda y se descubre el secreto de las mismas enterezas orgánicas. Días pasados leí en los diarios que un chicuelo de nueve años se había arrojado al Hudson para salvar á los pasajeros de un bote sin gobierno, llevados por las aguas á una muerte segura. Y los salvó. Otro pergenio, de la misma edad, como quisiera emplearse y su madre se riera de tales pretensiones, se arrojó al patio, desde un tercer piso. Un joven de New Jersey, conociendo que estaba enfermo de viruela, esperó estóicamente á la noche para dirigirse á pié al hospital, muy distante, alejándose en su marcha de la vía ordinaria para no trasmitir el contagio. A la mañana siguiente los porteros lo recogieron, moribundo de cansancio, en la puerta del asilo. Sorprendidas por las llamas, una criatura de diez años y su madre, aquélla se empeña, con lágrimas en los ojos, por que ésta se salve primero; pero en este caso fracasa el coraje infantil y se agrega una nueva estrofa á los heroísmos humildes, que las alas de los ángeles no son bastante blancas y bastante puras para acariciar el espíritu de la más desventurada de las madres en la más miserable de las bohardillas. Con buenos cimientos, las demás dificultades son se-

cundarias, y los cimientos sociales aquí se construyen con *portland* y granito.

Las inclinaciones gimnásticas de la niñez se acentúan, si es posible, con el tiempo. Nada ni nadie disputa con más éxito sus víctimas á las tabernas que los juegos nacionales. Cada gremio tiene su *team*, es decir, su cuadro de desafío exterior, y no necesito agregar que nunca le falta contrincante. Los empleados de una casa de comercio, apoyados alegremente por sus patrones, se disputan la victoria con los empleados de otras instituciones semejantes; los obreros hacen cosa idéntica; los centros científicos apropiados cifran su orgullo corporativo también en esos laureles; y las señoritas estimulan esos enardecimientos, que denuncian una salud poderosa en los espíritus, usando en sus vestidos, en los días de lucha atlética, ya sea en forma de pequeñas banderas esmaltadas ó de cintas con inscripciones, la divisa de los clubs á que se sienten vinculadas por pertenecer á ellos sus amigos, sus hermanos ó sus prometidos. La escuela militar de West Point, como todas las asociaciones chicas y grandes, tiene también sus *teams*, y cuando ella festejó su centenario, uno de los principales números del programa lo llenaba un partido de *base ball*, considerado interesantísimo, entre sus mejores alumnos. Mientras estuve en Toronto, los obreros fundidores, reunidos en asamblea internacional magna, en número de dos mil delegados, interrumpieron un día sus trascendentales tareas gremiales para entregarse á los placeres atléticos. Las universidades americanas no son excepción á la benéfica regla. Ellas miden sus fuerzas con singular afán y los cuadros elegidos, con el honor de sus colores, tienen el encargo de llevar al triunfo el prestigio muscular de los Estados. Cuando la aristocrática Universidad de Harvard entra en lidia con la Universidad de Yale, ó la de Chicago con la de Columbia, los diarios organizan un servicio de información extraordinaria y ningun suceso absorve más la atención pública que ese choque de dos virilidades hermanas. Paseando por Ottawa, ví un grupo animado frente á la redacción de un diario. Creyendo que se tratara de la enfermedad del rey Eduardo, seguida con interés por aquellos

leales súbditos, me aproximé á la pizarra noticiosa para saber, en seguida, que toda la ansiedad dominante se originaba en las alternativas, comunicadas por telégrafo, de un partido de *lacrosse*—juego favorito de los canadienses—reñido entre los representantes de la ciudad citada y los de Toronto.

Es muy agradable constatar que entre nosotros se ha iniciado, con caracteres auspiciosos, la anhelada evolución de las aficiones juveniles. Años atrás se hacia un proceso espeluznante del *foot-ball*, argumentándose con el caso de un compatriota que sufrió la fractura de dos costillas y cuyo percance ya iba en camino de obtener fama de leyenda. ¡Cómo se han encarrilado las opiniones! El rector de la Universidad, doctor Pablo De-María, tuvo especial gusto en declararse partidario acérrimo de la diversión importada, inaugurando con el prestigio de su palabra el campo atlético del «Albion»; y, á la fecha, nuestras más distinguidas familias asisten á las reuniones y millares de espectadores, que se apasionan por la suerte de los bandos divergentes, siguen el desarrollo de la fiesta, en plena posesión de los términos técnicos ingleses, que han españolizado, y prodigando ardientes aplausos al insuperable Sardesón, celoso cumplidor de sus deberes de San Pedro en la puerta de la valla confiada á su vigilancia gatuna, ó á ese reputado rival del Peñarol, conocido por *Ferrocarril*, en mérito al empuje incontrastable de sus avances. Impresiona bien ver durante los domingos á centenares de muchachos montevideanos llenando los suburbios de la ciudad con el matiz pintoresco de provechosas corridas detrás de una pelota de cuero que, lanzada por los declives, parece huirles y desafiarlos á la lucha. Pero esos útiles entusiasmos, que pueden pasar, debieran cristalizarse haciendo obligatorio el *foot-ball* en las escuelas públicas y señalando tardes de asueto para practicarlo, como se hace en Norte América. Lo mismo cabe decir de la sección universitarias de Estudios Preparatorios. Durante su luminoso rectorado el doctor Alfredo Vázquez Acevedo hizo un ensayo en tal sentido, pero la laudable iniciativa no adquirió el necesario arraigo, debido á las pocas oportunidades que había de dedicarse holgadamente al ejercicio.

cundarias, y los cimientos sociales aquí se construyen con *portland* y granito.

Las inclinaciones gimnásticas de la niñez se acentúan, si es posible, con el tiempo. Nada ni nadie disputa con más éxito sus víctimas á las tabernas que los juegos nacionales. Cada gremio tiene su *team*, es decir, su cuadro de desafío exterior, y no necesito agregar que nunca le falta contrincante. Los empleados de una casa de comercio, apoyados alegremente por sus patrones, se disputan la victoria con los empleados de otras instituciones semejantes; los obreros hacen cosa idéntica; los centros científicos apropiados cifran su orgullo corporativo también en esos laureles; y las señoritas estimulan esos enardecimientos, que denuncian una salud poderosa en los espíritus, usando en sus vestidos, en los días de lucha atlética, ya sea en forma de pequeñas banderas esmaltadas ó de cintas con inscripciones, la divisa de los clubs á que se sienten vinculadas por pertenecer á ellos sus amigos, sus hermanos ó sus prometidos. La escuela militar de West Point, como todas las asociaciones chicas y grandes, tiene también sus *teams*, y cuando ella festejó su centenario, uno de los principales números del programa lo llenaba un partido de *base ball*, considerado interesantísimo, entre sus mejores alumnos. Mientras estuve en Toronto, los obreros fundidores, reunidos en asamblea internacional magna en número de dos mil delegados, interrumpieron un día su trascendentales tareas gremiales para entregarse á los place res atléticos. Las universidades americanas no son exce ción á la benéfica regla. Ellas miden sus fuerzas con si gular afán y los cuadros elegidos, con el honor de sus color tienen el encargo de llevar al triunfo el prestigio muscu de los Estados. Cuando la aristocrática Universidad de H vard entra en lidia con la Universidad de Yale, ó la Chicago con la de Columbia, los diarios organizan un vicio de información extraordinaria y ningun suceso abs más la atención pública que ese choque de dos virili hermanas. Paseando por Ottawa, ví un grupo ani á la redacción de un diario. Creyendo que enfermedad del rey Eduardo, seguida con

¿Qué hacen allí los niños de sus tardes y de sus días de fiesta? Bostezar en el aburrimiento y aprender á dormir la siesta de las grandes perezas que, más adelante, hará de ellos frecuentadores asíduos de esas innobles riñas de gallos. Porque ¡es claro! restringido cada vez más el uso del caballo, á causa de la evolución general, cerrado el período de las aventuras andariegas, es indispensable dar desahogo á las impulsiones nerviosas de la edad, y, como no se le encuentra bueno, se le dá malo, que de una simple arruga del terreno depende que los arroyos alimenten con el caudal de sus aguas ciénagas ó ríos. Rompiendo el aislamiento letal de las épocas coloniales, ¡cuánto más hermoso fuera ver á la juventud de las cabezas de departamento adiestrarse en juegos viriles y lanzar resuelto reto de desafío á las rivales, ofreciéndose á combatirlas en sus mismas posiciones, que ya nuestra red de ferrocarriles, casi completa, permite saltar en horas de la Colonia á Soriano, del Salto á Paysandú y de Tacuarembó á Rivera! Todos sabemos que la anarquía de opiniones, los celos recíprocos, las intrigas, dominan, como una incurable malaria, en los poblados de la campaña, condenando á muerte las iniciativas de mejoramiento local que, por mucha que sea su bondad, fracasan si no las levanta sobre sus hombros fornidos el esfuerzo colectivo. Más de un recurso hábil brinda la razón para combatir, con éxito, esas verdaderas epidemias morales. Pero afirmamos que no figurarían entre los últimos, si dirigidos á tal efecto purificador, la improvisación de nuevos motivos de actividad urbana y de estímulos á la vida social y un funcionamiento más eficaz de la enseñanza pública, en sentido de aproximar prácticamente á los niños entre sí, lo que, en el fondo, importaría la aproximación inadvertida de los hogares más divergentes. Los juegos atléticos adaptables á nuestro medio y, en primera línea, el *foot-ball* y las carreras á pié, pueden rendir esos beneficios hermanos. Por un lado, los partidos domingueros, suscitando interés semejante al que ya despiertan en la capital de la República, crearían los pretextos de entretenimiento y de contacto cortés que se necesitan; y, por otro, la alianza obligada y placentera de los escolares en juegos que los apasionarían, á la

La sangre enturbia los sentidos y emborracha tanto como el jugo concentrado de las uvas. Acepto que viendo el desarrollo en un fronton de un partido de pelota, los espectadores prorrumpan en expresivas demostraciones cuando la cesta invencible del Chiquito de Eibar mide, desde el doce, una rasante, que después de avanzar besando el plano de la pared lateral, pica un decímetro más arriba de la línea válida, y que lo mismo sucediera cuando en los partidos á mano limpia el célebre Paysandú, entre nosotros, hacía silbar la pelota al hendir los aires como un proyectil, poniéndola, cautiva de su maestría, en el punto deseado por la inteligencia del jugador. En todos esos ejercicios, de tan diferentes matices, á poco de estudiarlos, se encuentra el secreto de los grandes éxitos pasionales. Creo que no sucede lo mismo con el *box*, que no agrega á su brutalidad y grosería una sola tinta conquistadora. El conjunto del espectáculo en sí, no puede ser más insípido, sin música, sin ovaciones, sin la variedad pintoresca de altercados y diálogos naturalistas, tan necesarios, como la pimienta á los platos fuertes, en circunstancias de placer y desenfreno populachero.

En medio del silencio más absoluto, impuesto por las reglas del acto, dos individuos, casi desnudos, salen á la palestra y se curten la fisonomía á puñetazos. En plena florescencia física, de espaldas angulares, de pecho soberbio, que parece va á romperse, como una tela demasiado extendida, bajo la presión de fragua de sus pulmones, es innegable que ellos proclaman, con una realidad hermosa, la eficacia espléndida de los movimientos gimnásticos sobre el cuerpo sometido á su régimen. Esos músculos perfectos, señalados mejor por el ajustamiento de la piel, al igual de las formas femeninas en el tránsito callejero, gracias á la moda agradecida de estirar para un lado las polleras, merecen ser admirados por la salud romana que denuncian y por el esfuerzo plausible que representan. La belleza poética de Narciso nada tiene que ver con la belleza fiera, réciamente masculina, de estos atletas que, como el Ursus de Enrique Sienkiewck, serían capaces de luchar, á brazo partido, con un toro salvaje y de desnu-

carlo rompiéndole la cerviz, si lo mandara así su voluntad. Frente á frente, se atacan y se repelen, como dos autómatas, sin dirigirse una palabra, sin cambiar un reproche, hasta que, bajo el contacto de acero de un puño, se rinde la energía adversaria. He ahí una diversión que nunca adquirirá arraigo entre las razas latinas que, nerviosas y artísticas aún en sus horas de entretenimiento varonil, necesitan espectáculos ardientes que llenen con ecos animados sus oídos, que hieran con intensidad la vista, lastimando casi la pupila, y que arranquen á la garganta expresiones imperiosas. La ausencia misma de esos excitantes la hará perdurable aquí en donde el clima y la educación particular alían sus influencias glaciales sobre el mundo moral para ofrecernos el ejemplo de temperamentos flemáticos, reacios al bullicio, que miden sus impresiones por reloj y que ignoran los estallidos ruidosos de la cólera y del placer. En ese sentido, el *box* satisface las preferencias de muchos al proporcionarles la oportunidad de seguir el desarrollo de dos actividades físicas encontradas.

De manera que, con todo de su torpeza, no cabe el paralelo que en tal concepto se ha intentado entre el *box* y las corridas de toros. Aquél se determina por el consentimiento, sereno é interesado, de dos sujetos racionales que ponen expontáneamente al servicio de sus ambiciones monetarias, el arte en que son diestros. Otros se ganan con dificultad la vida en el desempeño de las ocupaciones más duras; éste, cava la tierra; aquel, maneja un coche de plaza; pues el boxeador, con toda holgura, sin perder un minuto de su sueño, gordo, feliz y mimado, pone su porvenir en las muñecas, las cuida, ensaya con ellas las más hábiles estrategias, y así, al precio ínfimo de medio litro de sangra nasal por año—lo que evita el uso de ventosas—prospera y se enriquece acariciado por ráfagas de positiva popularidad. El peligro de muerte que puede correr en su profesión es tan problemático como el que se cierne sobre cualquiera de nosotros al cruzar una boca-calle. Sabiéndolo así, el espectador no se arrebata porque el espíritu sólo se agita, dominado por zozobras que causan extraños deleites, cuando existe, en el fondo, la perspectiva constante de

X

Más noticias sobre el Canadá — Los rigores del clima y la industria de los habitantes — Influencia de las municipalidades — Los bomberos yankees — Maravillas de la institución — Un congreso extraordinario — Elementos portentosos de salvataje — Referencias sobre el Uruguay — Una raza fuerte contra un clima adverso — Como se progresa — Ottawa, Toronto y Montreal — Por las iglesias — Ecuanimidad religiosa.

Cuando recapacito sobre los temas que han servido de motivo á mis anteriores cartas se me ocurre pensar que, ni aún persiguiendo propósitos de enredador, habría podido ofrecer á ustedes una combinación tan pintoresca de asuntos tan divergentes. Pero la culpa de semejante desórden pertenece á la realidad, llena de alternativas y contrastes, que, desde hace muchos meses, está jugando á la pelota con mi imaginación. Si esta última fuera de contextura material ya habría estallado, como sucede con los globitos de juguetería cuando se les infla en exceso, tantas y tan extrañas y tan complicadas son las impresiones recibidas! Pero, por fortuna, descendamos del buen Adan que, en mala hora, cometió la debilidad de comer una fruta verde, ó de esos feos orangutanes, físicamente tan parecidos á nosotros, que nos descubren la hilacha en los museos zoológicos,—el cráneo del más vulgar de los mortales tiene capacidades infinitas al extremo de ser inagotable su hospitalidad. Por lo demás, ¿cómo exigirle al cazador que precise, antes de correr la aventura, cuál será el contenido de su morral, á la vuelta, si todo depende del azar? A menudo, rastreando perdices, el descubrimiento, por

incidencia, de una bandada de patos posesionada de la laguna con tentador descuido, cambiará el rumbo de su pasión cinegética, que pronto conocerá, otro recodo, cuando alguna de esas codiciadas becasinas pase al alcance de la escopeta. Pues con el desfile de las ideas sucede algo parecido. Ellas no pagan tributo á la disciplina, como las tropas que marchan por compañías, de mayor á menor, llevando sus oficiales á la cabeza. Su ley es la anarquía. Ligadas en el tiempo ellas brotan en monstruoso parentesco, mezclado lo trivial á lo serio, sin que nada pueda la propia voluntad contra tan singulares caprichos. ¡Cuantas veces ciertas impresiones, que en otras circunstancias pasarían perdidas, se graban con tenacidades de terquedad y, rompiendo toda gerarquía, vienen á colocarse con imperio á la vanguardia del pensamiento, reproduciendo en el terreno abstracto el espectáculo de esos impertinentes que, empujados en las más grandes manifestaciones callejeras por afanes de exhibicionismo, llegan de la cola á la cabeza de la columna, atropellando con grosería á los que más valen y consiguiendo formar junto á los primeros y ser sorprendidos así por la placa fotográfica! Hechos estos esclarecimientos atenuantes, ¿me perdonan el desórden, de montonera, de mis párrafos?

Todavía no ha perdido vivacidad el recuerdo de los días agradables pasados en el lejano Canadá. Caído, como un bólido, en aquel medio de atractivos singulares, pude penetrarme del mérito batallador de la nueva raza que vive en lidia perpetua con el clima, cuyas inclemencias sabe vencer. Nosotros, nacidos en zonas de ambiente delicioso, bajo las caricias de un sol jamás inconstante, que vivimos dejando hacer á la naturaleza, difícilmente podemos comprender los grandes trastornos decretados en otros países por las bajas temperaturas. ¿Concebimos, acaso, el alojamiento para los ganados bajo techo, de día y de noche, durante la mayor parte del año; el cuidado paternal de las flores, obtenidas como un milagro, en la atmósfera artificial de los invernáculos bajo cielo de cristales; la paralización larguísima en el exterior de las tareas rústicas; el aprovisionamiento abundante de cereales y pasto para afrontar con éxito las exigencias, sin posible

repuesto, de la estación adversa; la concentración íntima y prolongada de los miembros de cada familia campesina en casitas construídas con todas las estrategias imaginables, dotadas de ventanas dobles, puertas de cierre hermético y forro de madera, ajustado al ladrillo; en una palabra, la muerte transitoria del mundo físico que ofrece entonces un aspecto de perfecta é inexorable catalepsia? El frío intenso convierte á las corrientes de agua en témpanos sin solución de continuidad; flagela á los árboles; ahuyenta á los pájaros, y aplasta, bajo una lápida de hielo, la frente de los campos. Cercos, bosques, accidentes topográficos, ríos, precipicios, sembrados, carreteras, todo desaparece perdido en los pliegues del blanco sudario, del inmenso sudario, que se esponja en todos los rumbos señalando una victoria triste. La consigna del silencio más absoluto aparece escrita, como un epitafio, sobre la estepa incomensurable. Ahí está reproducida, en proporciones fantásticas, la imágen de los castigos inquisitoriales. Sin piedad, sin justicia, sin razón noble, se persigue á la vida en los senos benditos de la madre tierra, se rompen las energías de la creación con el peso de un horrible grillete y se la somete al más pavoroso de los tormentos enterrándola viva, evocando así la memoria de aquellos emparedamientos infernales de la Edad Media.

En esa condición se deslizan siete meses del año en el Canadá. Al cabo de ellos el cruel enemigo se retira á sus cuarteles polares, corrido por las grandes alegrías del verano. Entonces se emprenden los cultivos, con actividades febriles, para sacar ventajas del pequeño paréntesis concedido; las fuerzas fecundantes del surco entran en rápida evolución; los pinos salvajes visten galas lujuriosas; una cabellera de vegetación exuberante cubre el casco de las comarcas; llega la época de los grandes cortes y los montes naturales sufren el ataque de millares de leñadores; cruzan el país cargamentos enormes de madera, de los cuales algunos alcanzarán hasta el Río de la Plata, y un aliento ejemplar de labor y de industrialismo vuela por todas las regiones. Se trabaja con ahinco, teniendo siempre presente el fantasma de la perspectiva desfavorable, que adquirirá

contornos de realidad en fechas de exactitud matemática. Nunca se olvida la visión del implacable opresor del norte que se concentra, á disgusto, en la misteriosa hoya nevada del Océano Artico, ansioso de desbordarse, con elasticidades de pulpo, sobre el hermoso pedazo de continente libre, por instantes, del penoso cautiverio. Las plantan crecen, florecen y fructifican de prisa, las cosechas se recogen sin pérdida de tiempo y con tanto acierto victorioso que cuando, aprovechando los descuidos del sol, el frío golpea exigente á la puerta de los hogares, el pueblo canadiense sale á recibirlo risueño y burlón, y le da la bienvenida desplegando la misma soltura amable del deudor que tiene á mano dinero bastante para apagar las impaciencias hostiles de su acreedor. Ya los graneros están llenos; ya, á la espera del nuevo respiro primaveral, se ha hecho el abono científico del terreno y se ha puesto en sus entrañas la semilla, para que ella dormite prisionera de los hielos y aguaitando su partida; ya las vacas lecheras han disfrutado de sus vacaciones al aire libre y los caballos de uso doméstico han cumplido su misión laborante, prendidos al arado; ya están tomadas todas las precauciones necesarias y se puede bajar el puente levadizo sin temor á una sorpresa.

Entonces, empiezan los entretenimientos atléticos, impuestos por las dureza del clima, y aparecen las diversiones características de ese país de las pieles, tan maravillosamente adivinado por el talento pictórico de Julio Verne. El hielo ofrece un insuperable campo de maniobras, aprovechado con usura por todos los habitantes del Dominio y la juventud, siempre bizarra, hace sarcasmo del invierno, que no la alcanza de ninguna manera, escribiendo poemas de amor, con el filo de sus patines, sobre el mármol terso de la llanura. Se combinan largas jornadas de bullicio, los trineos sustituyen con ventaja placentera á los vehículos ordinarios y se consuman atrevidas excursiones en colectividad. Esto en el exterior que, en el interior, tampoco faltan objetivos. Ha llegado la hora de las veladas interminables y sentada alrededor de un fuego bien nutrido la familia reunida sigue con interés la lectura de las revistas agrícolas y ganaderas, que el go-

bierno publica con previsora generosidad, y de los diarios, que tienen suscritores ávidos en la más humilde de las viviendas. Pero todo no es esparcimiento. La fabricación de manteca y queso constituye una tarea delicada y séria y de ópimos beneficios. En ella colaboran, con toda la valentía honesta de su sexo, las mujeres, alternando estas actividades con el tejido, en el cual son muy hábitos.

¿No tiene sienes de triunfador un pueblo así fundido, que sabe leer, que mantiene como fuego sagrado, el culto de sus tradiciones legendarias, que nunca soportó despotismos y que, á fuerza de tenacidad, de paciencia y de carácter ha enfrenado los caprichos de un clima que ya no es desolador? Allí ha puesto la grandeza sajona la piedra angular de una nueva patria republicana. Para nosotros, en el momento actual, posee aún más eficacia ejemplar el caso del Canadá que el caso de los Estados Unidos. Este último es un país colosal, ya hecho, el más grande de la tierra, que nada tiene que aprender ya, en cierto sentido, pues su evolución orgánica está concluida á cincel. Otra cosa, muy distinta, debe decirse de aquél, en proporción despoblado, todavía colonial, que, si bien llamado á vuelos caudales, recien entra en rivalidad vigorosa con la concurrencia universal. El Canadá pasa por un período de transición y afronta las exigencias educacionales, políticas y productoras con recursos relativamente limitados, haciendo prodigios de economía financiera, acosado á menudo por dificultades del tamaño de montañas, como venimos de verlo. Esa similitud de circunstancias embrionarias nos aproxima. Y no se tenga á menos ese paralelo con una sociedad que, á pesar de ser muy adelantada, aun no goza de soberanía propia. Cuestión de palabras. En otra correspondencia les diré que el Canadá á la fecha y aunque sea gobernado, en teoría, por un monarca europeo, puede figurar entre los pueblos más libres, más concientes y mejor constituídos del globo.

Toronto, que presenta un radio algo menor que nuestra metrópoli, posee, sin embargo, una casa municipal espléndida que, sin incurrir en exageración, podemos envidiarle. Ese palacio, que costó dos millones de pesos tomados de los

recursos provinciales, ocupa una manzana entera y se desdobla en cinco pisos. Su arquitectura responde al estilo típico de las construcciones inglesas, que, en lo referente á edificios públicos, tienen la apariencia de las históricas abadías, si se enfoca su centro, y de castillos feudales, si se miran las esquinas, que rematan en sólidos torreones. Todos los servicios públicos están holgadamente instalados allí además de los ámplios salones de recepción. Porque las instituciones municipales tienen un carácter más genuino en las nacionalidades libres brotadas del tronco británico. Los latidos de la comuna repercuten con mayor eficiencia social en el seno de las autoridades edilicias que, sintiéndose fuertes con el apoyo decidido del cuerpo ciudadano que representan, abordan, sin temor, la solución de los problemas locales. Es que ellas son verdaderamente autónomas; es que ellas tienen sus rentas propias y para nada deben preocuparse de las fiscalizaciones retardatarias de los Poderes del Estado, pues si el Ejecutivo lleva en las manos las riendas del gobierno nacional ellas tienen en las suyas, con derecho tan legítimo, el gobierno de la ciudad, protegida en sus fueros por Cartas de naturaleza sábia y de prestigios inviolables. De ahí nace la alta significación pública atribuida á los alcaldes, cuya investidura se impone en todas las ceremonias, como también la alta importancia colegiada de los Consejos Municipales.

Es cierto que entre nosotros y si leemos sus reglas constitutivas, las autoridades civiles de índole semejante ofrecen la constancia de iguales títulos orgánicos. Por lo demás, su cepa genealógica no puede ser más pura, ya nos detengamos en el primer escalón retrospectivo, estudiando la índole liberal de los Cabildos, que señalan una vaga tentativa democrática en los tiempos de la patria vieja, ó ya alcancemos hasta las épocas inmemoriales, cuando los bravos hijos de Aragon encabezaban sus manifestaciones al rey de España con aquellas palabras empapadas de insuperable altanería cívica: «Nosotros, que separadamente somos tanto como vos y que juntos somos más que vos...» Pero en la realidad esa significación de cuerpo, con raras excepciones, ha ido perdiendo terreno que, con certeza, recuperará hoy que el voto,

palanca de las sociedades regulares, se ejercita en ensayos bienhechores. Entonces esas Comisiones Auxiliares de la campaña tomarán con empeño la representación de los pequeños vecindarios, preocupándose del mejoramiento estético de los núcleos poblados, por escasos de tamaño que ellos sean; de plantar árboles en las calles; de adornar las plazas; de festejar los aniversarios nacionales; de contribuir al mayor brillo de las fiestas escolares; de rectificar delineaciones; de instalar servicios privados, y de otras mil funciones de su resorte, en vez de abdicar en los señores comisarios la responsabilidad de sus hermosos é intransferibles cometidos. Ejemplo gráfico de esa dedicación social lo presenta, en escenario diminuto, el último de los villorrios americanos ó canadienses que produce en el viajero una impresión muy favorable, de orden y de progreso vigilante. Aquí las municipalidades están en mayor contacto con la masa del pueblo por la sencilla razón de que aquí ellas poseen muchas y grandes atribuciones propias y pueden, por lo tanto, resolver directamente infinidad de cuestiones administrativas. Para que se vea hasta qué punto sucede así, agregaré que el 1.º de Setiembre los diversos gremios de la ciudad de New York desfilaron, representados por cuarenta mil obreros, por el *City-Hall* para recibir el saludo apreciadísimo del alcalde y demás ediles. Cuando visité la casa municipal de Toronto ví á los fundidores, reunidos en asamblea internacional, ocupando el gran salón de sesiones, embanderado en su honor.

Cambio de asunto y recuerdo que el entierro de cuatro bomberos, víctimas de su deber, fué una escena emocionante. Mientras atacaban un voraz incendio ellos fueron aplastados por un edificio que se desplomó. Más de cincuenta mil almas presenciaron el desfile de los carruajes mortuorios que contenían los restos mutilados. Aquel duelo expontáneo fué una simpática demostración de la cultura pública. Los siniestros en estos países son numerosísimos y adquieren, á menudo, proporciones de verdaderas catástrofes. Por eso en la construcción de las casas se adoptan especiales precauciones edificándolas de hierro, como enormes jaulas, y usando el complemento de ladrillos á prueba de fuego, sin olvi-

dar un aparejo exterior de escalerillas permanentes que exigen agilidades gatunas para ser recorridas. En New York, más que en ninguna otra parte, adquiere el peligro probabilidades aterradoras. Habituado á ver en los incendios una contingencia en realidad remotísima y que, en el más apurado de los casos, nunca amenaza la vida de manera inminente, entre nosotros, no comprendía al principio las advertencias insistentes ofrecidas al forastero en los grandes hoteles. Ya he cambiado de criterio y confieso que hay razón justificada para tales cuidados. Concíbase el conjunto apelmazado de una población heterogénea, obligada por motivos climatéricos á usar generosamente de las chimeneas, que se derrama sobre una extensión de diez millas, comprimida en edificios, cuya altura mínima es de cuatro pisos, como sardinas en caja. ¿En tales condiciones pueden faltar causas diarias de calamidad? Así se explica que el departamento de bomberos de New York sea una institución importantísima y de inmenso personal y que el esfuerzo de todas las administraciones se dirija á perfeccionarlo.

Pero, hablando con sinceridad de profano, se me ocurre que ya se ha alcanzado el ideal de rapidez y de organización cuando veo á los carros salvadores respondiendo diligentes, casi instantáneos, á los llamados de la aflicción; á escaleras, de longitud fantástica, cimbrándose sobre un reducido apoyo de acero y tiradas, como garfios, hasta el hueco de las más elevadas ventanas; á máquinas de vapor, siempre prontas, que extraen el agua de las cañerías comunicándole impulsiones de torrente; y á las bombas, dirigidas con pulso automático y acierto cauterizador al mismo foco del desastre. Todo esto en silencio, sin que se oiga el eco de una voz de mando, como que se trata de una lección ruda aprendida de memoria gracias á una experiencia audaz mil veces repetida! Paseando por los suburbios de Chicago con el archiduque Boris, primo del czar de Rusia, y como se hablara, por incidente, del servicio de bomberos, dijo su jefe, que era de la comitiva, que sus subalternos antes de cuatro minutos hacían acto de presencia en cualquier punto de la ciudad. Recibida con sonrisas esta afirmación ofertó una prueba prác-

tica tocando, al efecto, el timbre de alarma. En los primeros momentos no hubo respuesta, á los tres minutos compareció la policía y, por reloj, antes de los cuatro minutos, cuando ya se consideraba rota la fuerza verídica del atrevido aserto, aparecieron al galope, tremolando sus insignias de guerra humanitaria, los carros de los amigos del pueblo.

De distancia en distancia hay en las esquinas de New York postes metálicos, rematados por faroles de vidrios colorados para distinguirlos de los otros. Moviendo una manivela, al alcance de cualquier transeunte, toca una campana á la vez que se abre una caja metálica en cuyo interior aparece un resorte que, oprimido, trasmite el llamado. Esta operación, en dos actos independientes, de los cuales el primero es ruidoso, tiene la ventaja de que evita, en lo posible, los abusos de los mal intencionados. Pero trasladémonos á la estación solicitada para conocer la respuesta que se da á la denuncia. Aquella consta de un gran salón con su ancha puerta perpetuamente abierta de par en par. En el centro está colocado el carro, que contiene todos los elementos de asalto. Atrás de éste el segundo vehículo con la máquina impulsora en constante actividad. Los costados de cada uno de ellos están ocupados por los caballos de servicio, cuatro en total, que, atados corto, en pesebres aparentes, se mantienen quietos, como asistentes prontos á la orden. A primera vista parece que el local estuviera abandonado, pues allí no hay rastro de personal. Pero cuando el timbre de auxilio bate, la escena cambia en instantes y sucede á la calma un movimiento inusitado, de maquinaria, al cual concurren, con plena independencia, brutos y racionales. Los caballos, admirablemente amaestrados, abandonan, por inspiración propia, sus departamentos laterales, pues los cabrestos se atan al bozal de manera que basta un tirón fuerte para desprenderlos. Ya en libertad se colocan, siempre solos, en su sitio de costumbre, á los costados de la lanza.

A todo esto los arreos, en su mayor parte metálicos y muy sencillos, que han estado hasta entonces suspendidos del techo, caen sobre el lomo de los animales y se ajustan casi automáticamente. Mientras tanto los bomberos, que ocupan

los pisos superiores, han invadido la sala y se encaraman á los carros en actitud de circunstancias. Pero bajar las escaleras de acceso ha de exigirles un tiempo precioso, dirá tal vez, el lector. Contesto á ese posible comentario advirtiendo que ellos descienden, cual si cayeran del cielo, deslizándose, con agilidades de mono, por una barra fija de hierro que atraviesa de abajo á arriba todos los pisos. Qué más puede pedirse? De una pechada se suprime la cadenilla que impide la entrada y la expedición sale al galope para devorar el espacio como impelida por alientos endemoniados. Y, sin embargo, á veces tantas energías puestas á contribución para reducir el número de crueles infortunios se estrellan impotentes contra los decretos irónicos de la fatalidad y los gritos desgarradores de infelices, sitiados por las llamas allá, en las alturas de un sexto piso, anuncian á quienes traen el socorro público que las habitaciones ahogadas por el furioso elemento se han convertido en algo así como una horrible monstruosa parrilla sostenida por el brazo helado de todas las maldades apocalípticas.

El congreso internacional de los bomberos de habla sajona acaba de reunirse en New York, constituído por la friolera de mil jefes de otras tantas de esas corporaciones simpáticas. Todas las ciudades mandaron su delegado, desde Londres hasta la más modesta capital de comunidad americana. Con tal motivo se celebró una exposición de aparatos y útiles apropiados para combatir siniestros. Aproveché la ocasión para darme una idea de los adelantos alcanzados aquí en la materia y recorrí aquel inmenso bazar de elementos defensivos. Cada casa inventora tenía su instalación propia y un personal aparente de propaganda para pregonar la excelencia de sus creaciones. A pesar de mi crasa ignorancia en el asunto fueron tantas las explicaciones que me facilitaron, quieras que no quieras, en el curso de mi visita, que á la salida estaba casi en aptitud de discutir su ciencia con nuestro bravo comandante Bañales. ¡Si para los ímpetus mercantiles de estos americanos no hay Gran Muralla que valga y si ellos son capaces de emprender, como Fausto, negocio de almas con el diablo y de ganarle en vivezas! Pero la verdad sea dicha,

que los perfeccionamientos alcanzados en la rama que trato son admirables. ¿Qué queda por concebir para acorralar al fuego que tiene que ser tan perverso, como es, para aún así, acosado y vencido, dar origen á tantos dramas populares? He visto papeles de asfalto para las habitaciones, por supuesto, incombustible; madera dotada de idéntica calidad por medio de baños de magnesio; arneses automáticos; lámparas de mano protegidas, por el estilo de las que usan los mineros; escaleras larguísimas con bombas anexas, que gracias á un simple mecanismo se manejan desde abajo; aparatos protectores contra el humo, cuyo objeto es evitar la asfixia; denunciadores automáticos; mallas recias y flexibles, capaces de recibir, sin que sufran lesión, á los desesperados que se arrojan del más alto piso; automóviles adaptados al servicio; ventanas con vidrios incombustibles; escalas pneumáticas, baldes de última novedad; mangas de contextura formidable; cascos mejores que los mejores conocidos; uniformes, capaces de permitir á quienes los usan desafiar al fuego, como se desafía á la lluvia, con las manos en los bolsillos; botas, caretas, máquinas, tornillos, tenazas, hachas y mil otros aperos y recursos de carácter práctico y eficaz. Las llamas poco dan que hacer entre nosotros pero, de todos modos, es indudable que la gran extensión de la ciudad de Montevideo exige que, en tres ó cuatro puntos estratégicos de su planta urbana, se instalen estaciones independientes de bomberos, sin necesidad de aumentar por esto el plantel existente aunque sí, talvez, su dotación de aparatos.

Un oriental no se vé todos los días en Toronto; de manera que fuí objeto de la curiosidad reporteril de algunos periodistas. ¿Cómo es el Uruguay? ¿Cuáles sus industrias? ¿Cuál su pasado y su porvenir? ¿Prospera? A todas estas preguntas, formuladas con el lápiz en la mano, contesté satisfecho de poder divulgar en tierras tan lejanas noticias de nuestra capacidad y de nuestra singular cultura. La pluma se desliza más suelta al referir á este tema tan sugestivo, y como la tinta empleada en ensalzar á la patria nunca resulta perdida y deja de ser negra, yo experimento placer sintetizando mis respuestas. Proporcionalmente nuestro país

tiene más telégrafos y ferrocarriles que los demás de Sud América. Es el único del continente que no presenta los matices desfavorables de las razas negra ó india en su población, siendo en consecuencia, sólido, caucásico y puro su milloncito de habitantes; tendrá en breve el mejor puerto del continente, siendo notoria su honestidad financiera; su bondad topográfica goza de fama, como también la riqueza de su suelo. Sus ganados son excelentes; sus trigos merecen preferencia en los mercados europeos; sus hijos son varoniles y belicosos, explicándose solo así que, apesar de las dominaciones inglesa, portuguesa, brasilera y argentina, hayan clavado para siempre sus fueros y su independencia entre potencias de inmenso volúmen territorial.

El Uruguay adelanta sensiblemente y sobre el cimiento granítico de la política de coparticipación honesta, iniciada con el aplauso de todos los hombres buenos, levanta á la fecha el edificio de su grandeza institucional que llegará á ser una realidad venturosa si el buen sentido no naufraga, como no naufragará. Padecí error al expresarme así? ¿Cómo suponerlo cuando nadie ignora que sin la unión sincera de todos los orientales, el porvenir sólo nos promete desastres aplastadores y cuando todos sabemos que siendo tan poquitos como somos un instinto elemental nos manda aproximarnos y entendernos?

El Canadá es un país de agricultores y á ello debe, en mucha parte, su bienestar y energías multiplicadas. La población campesina está repartida en zonas inmensas pero ocupando cada cual pequeñas parcelas. De manera que el cultivo de la tierra posée acentuados caracteres intensivos y no existe allí, como entre nosotros, el inconveniente del monopolio de los campos en pocas manos. Todos son pequeños propietarios; todos tienen algo suyo, al punto de poderse afirmar que cada familia dispone de arraigo independiente. Fórmula ideal ésta de riqueza pública, encuentra decidido apoyo en el Estado que no economiza esfuerzos para aumentar la cantidad de los panales de tan hermosa colmena. En forma directa se afirman tales propósitos habilitando nuevas vías de comunicación, abriendo canales, incorporando

fracciones vírgenes al laboreo, obteniendo en el exterior facilidades aduaneras para las producciones propias, que, desde los quesos sabrosísimos hasta las maderas, se han conquistado valiosos mercados; rebajando los fletes y mejorando los caminos, como también reduciendo, en lo posible, las contribuciones é impuestos.

En forma indirecta concurren al mismo fin las exposiciones ganaderas y agrícolas, que despiertan estímulos preciosos del mayor mérito, las conferencias gráficas é instructivas, que han rendido beneficios de propaganda realmente maravillosos, y la educación, dirigida al mismo objetivo, de la niñez. Las voluntades superiores de la administración se alían en el mismo empeño de actividad práctica y no necesito decir si siendo ella tan sábiamente encaminada puede fracasar cuando está servida por las imponderables perseverancias de una raza de combatientes. La enseñanza de la agricultura y ganadería elemental es obligatoria en todas las escuelas; de modo que las criaturas se desarrollan en contacto intelectual, fácil y atrayente, con las ramas de conocimiento en que se las quiere apasionar. El Estado cumple sus fines fundamentales con acierto de maquinaria y, penetrado de las necesidades públicas, sabiendo cuales son las grandes fuentes explotables, á ellas empuja, con el libro en la mano, á las generaciones que llegan. ¿Para qué necesita saber el hijo de un paisano de Ontario si el hombre americano llegó de Asia ó nó, y si el álgebra y las artes refinadas existen, cuando mil factores obligados y favorables lo llaman al cultivo de la tierra y le exigen que sepa comprender las lecciones de experiencia que tienen una página escrita en cada surco, y que aprenda á hacer juiciosos sembrados y á cuidar científicamente de unas cuantas vacas lecheras y de media docena de caballos hábiles para las tareas de la granja?

Lo que se busca son buenos productores, obreros inteligentes, aliados en el afán de engrandecimiento.

Se quieren hombres felices, ciudadanos dignos, jefes de hogar honestos, corazones puros, caracteres fuertes. Y todo eso se va alcanzando, gracias á la bondad del cimiento. Habilitando á cada joven humilde con las aptitudes necesa-

rias para iniciar con éxito la lucha por la vida, el Estado asegura el arraigo sano y eficaz de todos los brazos y bate las entrañas férreas de una nacionalidad. He tenido oportunidad de leer el libro de agricultura usados en las escuelas y hasta conversé con su autor, el señor ministro provincial de aquel ramo, pidiéndole permiso eventual para traducirlo, pues se me ocurre que, con pequeñas variantes de nombres, él sería excelente para nosotros. Porque nosotros, como el Canadá, muy pronto tendremos que preocuparnos sériamente de dotar al país de labradores nacionales, en vez de esperarlo todo de los importados. Cerrado el período de los grandes aislamientos, con caminos, con ferrocarriles y con apoyo oficial, penetramos ya en los dominios de una nueva etapa de elaboraciones febricientes. El seductor modelo de adelanto y de felicidad que ofrecen los suizos—de nombre ahora aún que tales por sus hábitos activos—radicados en el departamento de la Colonia, no puede quedar reducido á los límites litorales. Esas inmensas campiñas nuestras, desiertas, que están pidiendo á gritos árboles y plantíos, señalan magnífico escenario á una buena y definitiva evolución de nuestras tendencias que ya están llamadas por los acontecimientos á adquirir estabilidades orgánicas y fecundas. Por eso merece calurosa aprobación el proyecto, ya sancionado, del querido representante doctor Alfredo y Vidal y Fuentes, por el que se acentúa de manera obligatoria la enseñanza escolar de la agricultura y ganadería rudimentaria en la campaña.

Ottawa está á ocho horas de ferrocarril de Toronto. Los coches son ámplios y confortables, el panorama presenta hermosos atractivos decretados por el verano, pero, sin embargo, la fatiga nos alcanza por circunstancias idénticas á las que nos inclinan á bostezar durante esas incomensurables funciones teatrales que rebasan sin piedad la media noche. Ottawa es la capital del Canadá. ¡Valiente novedad, exclamarán ustedes! Pues con eso está dicho todo porque á la referida ciudad le ocurre lo que á esas personas, insignificantes, sin méritos positivos, que mucho valen y, sobre todo, mucho representan por el título nobiliario glorioso que llevan.

Aunque pequeña, tiene gallardos edificios públicos destacando, en primera línea, el parlamento que recorrí en compañía de un portero que fuera indigno de su gremio, tan parlachin, si no me hubiera dado todo género de explicaciones sobre la política federal y sobre su desarrollo en aquel momento histórico. Creyendo que me otorgaba honores de capitolio, me obligó á arrellenarme en el asiento que ocupa, en las épocas de tarea oratoria, el primer ministro del Dominio, mientras él, para hacer más gráficas sus demostraciones de actualidad canadiense, se posesionaba, por derecho de conquista, del sillón perteneciente al jefe de la oposición conservadora. Desde allí, haciendo verdadera cátedra, me explicó las sorpresas que suele deparar al gabinete el régimen parlamentario mientras yo, convertido en jefe del gobierno, estimulaba aquel derrame de derecho constitucional práctico, recogido á retazos en las puertas de las antesalas y cosido, junto con párrafos de diario y frases mal entendidas, durante las grandes meditaciones soñolientas de la conserjería.

El tipo delicioso de «Justicia Criolla» no tiene patria y, negro ó blanco, surge en los zaguanes de todos los Cuerpos Legislativos del mundo con la misma certeza con que crecen pastos tímidos, cuya semilla nadie puso allí, á la sombra de todas las paredes abandonadas. De manera que ahora puedo afirmar que me he sentado en la butaca de un primer ministro y—en confianza—á la verdad que ella era muy cómoda. ¿Será tan holgada y fácil la posición en sí? Montreal ocupa con sus trescientos mil habitantes aproximados, la derecha entre las ciudades del Canadá. Fundada sobre el territorio de la provincia de Quebec, ella ofrece el testimonio neto de la civilización francesa que tiene en ella uno de sus más sólidos baluartes. Insular, encajada entre las barrancas del río San Lorenzo, cuyas aguas si poseen la noción del buen gusto, deben abrazar con amor y orgullo el delta que ella condecora con sus inquietudes de gran vuelo comercial y productor, Montreal posee capacidades, no rivalizadas, de emporio. Apesar de la proximidad del río, sus calles, en general, son sucias, así es que á su respecto digo lo que de esas

bellezas gitanas y desgreñadas que uno suele encontrar en las calles de los poblados meridionales y que, admiradas al pasar, arrancan este comentario: ¡«qué lástima que no se lave la cara!»

Llegué á Montreal un domingo de mañana. Como participando del descanso festivo, la naturaleza ofrecía el espectáculo de tranquilidades supremas, sin que el decorado de una sola nube interrumpiera la nitidez del inmenso cielo que, cuando muy azul, invita, en todas partes, á teger ensueños. Me bajé del tren, casi contento, tocado por aquella vibración animada que parecía cruzar sobre la frente de las praderas, jugando con las hojas de las plantas, con los árboles añosos, con los ganados retozones mientras otras grandes caricias luminosas hacían mecer, con extremecimientos de bandera, á los trigales y peinaban sus espigas. En esas ocasiones, cuando latidos de fuerza y de salud parten de todos los centros y cuando la tierra, en un arranque pródigo, nos abruma con el homenaje de todas sus flores y el lujo de todas sus energías, comprendo el secreto de ciertas y hermosas expansiones espirituales, sentidas con intensidad pero difíciles de describir. Entonces la imaginación envuelve en tules á los hilos del telégrafo, convertidos en pentágrama por mandato mágico, músicas arrobadoras pueblan el espacio que adquiere proporciones artísticas de cúpula; el porvenir, momentos antes inseguro y triste, se ofrece insinuante, con apariencias de mágica portada; los barcos en el puerto, jugaríamos que son cisnes, palacios las chozas humildes, príncipes los menesterosos; entonces las diferencias sociales se extinguen, un anhelo de ternuras insaciables nace en lo hondo del corazón y consagrando el triunfo imperecedero de todos los altruismos se dibuja vacilante, primero, en el horizonte moral, para cruzarlo, luego, con caracteres de símbolo, de arriba abajo, un arco-iris constituído por la alianza preciosa de todas las luces honradas del alma. Esa se llama la alegría de vivir y nos contagia de vez en cuando á los mortales en compensación de tantas tormentas que pasan!

Pocas cuadras separaban al hotel de la estación y como que era mi deseo vagar un poco, para satisfacer en algo mis

curiosidades de viajero, emprendí marcha á pié. Justamente á esa hora Montreal estaba entregado á la oración, de lo que pronto podría dar fé. La primera que encontré á mi paso fué una iglesia protestante. ¿Porqué no visitarla? Allá, en el fondo, el pastor pronuncia su sermón, claro, sencillo, sin párrafos retumbantes, pero de apreciable intención lógica, recogido con interés expontáneo por un respetable núcleo de oyentes. Por las ventanas de estilo gótico, adornadas con vidrios de color y abiertas de par en par, penetra á torrentes la luz de aquel espléndido día primaveral llevando también hasta el templo el contacto de sus efluvios de resurrección. El conjunto de aquella ceremonia concisa, franca, austera, consagrada por tantas sinceridades reunidas, despierta un sentimiento de profundo respeto. Avanzo una cuadra y tropiezo con otra casa de devoción. ¿Por qué no entrar? Pertenece á la secta congregacionista. Estoy en presencia de un predicador civil, también rodeado de inmenso número de fieles, que interpreta llanamente los profundos pensamientos humanos contenidos en las páginas, siempre admirables, de la biblia. A no saberlo con certeza, casi creería que estoy en el salón de clases de una escuela para adultos. El auditorio se aglomera ocupando asientos en forma circular; la voz metálica del heraldo cristiano llena la sala con inflexiones de campana; no hay música; no hay canto; se trata de una propaganda limpia de detalles, como una línea recta, que repudia todos los elementos de convicción que no hieren claramente las nebulosidades del espíritu.

«Bienvenido sea el extrangero», dice una placa que corona la entrada. Chapas rememorativas de bronce, esmaltan las paredes, aquí y allá, recordando á filósofos y literatos eminentes. Cruzo la calle y penetro bajo la bóveda del templo presbiteriano de San Pablo que responde á otro matiz doctrinario de la religión reformada. Llego á las postrimerías del servicio, cuando el pastor dedica conceptos ardorosos y nobles á su país y pide á quienes lo escuchan que eleven sus preces por la patria y por los hermanos que pagan tributo á la ley santa del trabajo en los extremos más lejanos del Canadá. En respuesta confirmativa, cánticos suaves, emi-

tidos por niños y ancianos, llenan los ámbitos, el órgano avasalla voluntades con raudales de armonía, que tienen dulzuras de ruego, que son lamentos, y las señoritas, desde el coro, culminan con cascadas de notas cristalinas la fuerza atrayente de tan puro y sano misticismo. Avanzo una cuadra más y estoy en la catedral católica, magestuosa, con aspecto de monumento. Si no padezco error, su exterior, en cierto sentido, imita á San Pedro de Roma, pues, doce magníficas imágenes de los apóstoles coronan la línea de su frente, aumentando la intensidad del efecto arquitectónico. También allí terminan las plegarias. Desde la entrada recojo, multiplicados, los ecos de la palabra sagrada, que, de acuerdo con las bizarrías infalibles de este culto tan esencialmente aristocrático en el aparato de sus ostentosas ceremonias, en todos los púlpitos plantea sus afirmaciones sectarias con apasionada decisión dogmática.

La elocuencia arrebatadora de los Masillon y de los Bosuet, ha muerto, pero no se ha perdido, nó, el nervio de las viejas propagandas dialécticas que todavía impresionan á las multitudes con el recurso coercitivo del purgatorio, conquistándose todavía así valiosas adhesiones. Tal vez en esa resistencia de esfinge á los fecundos estragos del tiempo y del progreso, estriba el misterio de su innegable poder de atracción entre las masas. ¿Algún día, pronto, la evolución irradiadora de las ideas no la obligará á apearse de sus absolutas, que no podrán ocultar su calvicie científica y una porción de extrañas abstracciones silogísticas? A la izquierda tropiezo con un hermoso monumento, dedicado por Pío IX á la memoria de los voluntarios del papado. El Canadá aportó lucido contingente á los zuavos que en 1870 lucharon convencidos contra las tropas garibaldinas, como si un reino que se afirma no es de este mundo, tuviera derecho á arrebatar su capital á una nación de la tierra. Dignos del honor concedido, en mérito á su fidelidad, ellos reposan envueltos en su bandera de combate religioso que lleva al medio esta inscripción: «Aime Dieu et va ton chemin».

Un señor, que sale de cumplir sus deberes de creyente, me pregunta, muy interesado, cuál es el nombre del sacer-

dote que acaba de pronunciar el sermón. Apunto este detalle sin importancia para decirles enseguida que ya muchas veces me han abordado con interrogatorios en la calle. A los dos días de estar en Washington me paró un matrimonio en la esquina de mi domicilio para pedirme la dirección del mejor dentista local. Precisamente yo estaba viendo la chapa de uno y allá los endilgué. ¿Si los habrá torturado mucho mi hombre? Pareciera que de intento se elige al forastero para solicitarle informaciones vecinales. Esto me recuerda lo que me ocurría de muchacho en el colegio: por una extraña fatalidad me preguntaban la lección cuando no la sabía ni por el forro, lo que pasaba á menudo. Visitante escrupuloso de cuatro iglesias durante mis dos primeras horas de huésped, reconózcase que mi entrada en Montreal señala un caso de impecable eclecticismo, y fué por la puerta del medio, si es cierto que yendo á misa se gana el cielo. Podía pues almorzar tranquilo que ya tenía espantados remordimientos para muchas semanas!

XI

Consideraciones generales — La sociedad norte-americana — Sus libertades y sus costumbres — La propaganda electoral — Espectáculo curioso — Desarrollo de una lucha electoral — Elogios — Insultos — Reconciliados — Acatamiento de las mayorías — Lealtad cívica — Una buena lección para nosotros.

Dentro de la civilización cada país tiene su atributo de alta autoridad, sin que por eso carezca de otras condiciones de mucho mérito, del mismo modo que dentro de un grupo de bellezas femeninas, mereciendo todas el cetro, aquella, lo conquista por el color insuperable de sus mejillas moriscas; ésta, por la expresión andaluza de sus ojos meridionales; debido al gesto gallardo, la otra, y gracias al conjunto de líneas estatuarias, la de más allá.

Las nacionalidades son, pues, montañas truncas, erguidísimas, ó medio contrahechas cual si representaran los últimos mojones de un pasado inmenso, como esas ruinas de templos derruidos y todavía desafiantes que sirvieron de escudo á la mole supersticiosa de los cultos asiáticos. A cada rumbo se encuentra un viento. Por eso, se va á Grecia á ver la cuna del genio antiguo, siempre moderno, y se pisa el suelo sagrado de la Beocia con espíritu devoto, llevando el sombrero en la mano, como se hace en presencia de los muertos ilustres, porque allí se formaron las mejores células del cerebro del mundo; se va á Italia á conocer la más espléndida paleta del arte; á Alemania á calificar la entidad férrea de una sociedad que es un campamento y que se cimbra, como el mejor acero, bajo la voluntad opresora de un emperador ar-

diente que, apesar de requerir algo más que la amistad gloriosa de un Voltaire para ser un Federico II, aspira, sin embargo, á la reproducción de aquella enorme estampa guerrera; se va á España á apreciar el conflicto de dos crepúsculos y á descubrir el rastro de esos terribles fanatismos religiosos y políticos, que, como la viruela, no perdonan y dejan huellas indelebles de su zarpa en los rostros que acarician; á Francia á admirar el primero de los laboratorios de la intelectualidad humana y á recoger chispas de sabiduría y de elegancia entre aroma de ideales girondinos; se va á Inglaterra á asombrarse ante el espectáculo milagroso de una monarquía que hermana á las fórmulas reaccionarias las más avanzadas exigencias constitucionales y más libre que muchas repúblicas; se viene, finalmente, á los Estados Unidos á descubrirse ante la grandeza de una democracia que funciona con precisiones matemáticas de maquinaria y ante la vitalidad estupenda de un pueblo que tiene entrañas fecundas de madre. ¿Qué mucho que nosotros, vulgares mortales, lleguemos á las playas americanas sintiendo ese acicate, cuando una curiosidad idéntica, aunque ampliada en sus proyecciones hasta alcanzar brillo radiante, dictó páginas de precioso comentario á los Tocqueville y á los Laboulaye y acaba de merecer dos tomos de literatura académica de psicólogos y de estilistas de la talla de Paul Bourget? Porque en el fondo del pensamiento á todos nos retoza la misma interrogación árida: ¿cuál es el secreto de la paz octaviana, ya patrimonial, de estos señores del norte; cómo hacen ellos para no tener jamás ni despotismos ni revoluciones; de qué modo se entienden, siendo tantas y tan diversas sus instituciones parciales de gobierno, al punto de que vacían su teoría política en aquel concepto, tan fácil de proponer como difícil de realizar, «una Unión indestructible compuesta de Estados indestructibles»? Y, siendo leales, claro está que los hijos de Sud América sentimos más aguzado el afán indagador por aquello de que á los calaveras y trasnochadores de oficio les cuesta creer en la virtud relativa de los juiciosos y de los buenos padres de familia. Del istmo de Panamá hasta la Tierra del Fuego no alcanzamos á contar los latinos de este

hemisferio cuarenta millones de habitantes, divididos entre diez naciones independientes. No mencionemos los conflictos armados entre unas y otras, que esos, como todos los conflictos entre vecinos celosos, son gajes de las malas fronteras heredadas y de otras yerbas viejas. Pero, ¿y los choques internos, sangrientos y repetidos?

Las sociedades del sur han conocido padecimientos de crucifixión durante lustros y lustros que, ¡bendito sea el destino! ya para algunos parecen haberse cerrado para siempre. Sus caudales se perdieron, como las aguas en las arenas calcinadas del desierto; sus dogmas íntegros, sin costuras, fueron tirados á la suerte, como las ropas de Cristo; los más conocidos delincuentes públicos modernos salieron de sus filas; sus libertades resultaron cimiento de todas las escorias; sus soldados fueron verdugos; sus gobernantes tiranos ó disolutos; sus ideales se perdieron en el barro; á tanto llegaron los extravíos continentales que la emancipación de principios de la centuria llegó á creerse culpable error en la antevíspera de la agonía del siglo. En cambio, ahí ha estado, ahí sigue estando, cada día más soberbio, el monumento de la felicidad norte-americana. Dos veces mayores en número que nosotros; también teniendo un enemigo en el indio y, como yapa, el inconveniente formidable de los negros; también asaltados por los gravísimos peligros de organización interna, altanero el federalismo y altanero el unitarismo; también acosados y conducidos á la guerra por el extranjero; con diferencia de pocos años, menos jóvenes que nosotros, ellos, sin embargo, han alcanzado progresos vertiginosos y y son, en la actualidad, tan fuertes en todo que nada de raro tiene que á nosotros nos preocupen un poco sus energías de coloso cuando las mismas potencias europeas de primer orden, inquietas, se consultan con la mirada, las unas á las otras, alarmadas por tan soberano arrancón.

La verdad del antecedente paralelo no acepta vuelta ni disimulo, que sería, por otra parte, poco práctico y poco inteligente. Y el secreto de la humillante diferencia se pierde en los orígenes, en la primera edad de la tutela metropolitana, cuando los unos, emigrados puritanos, abandonaban las

costas británicas para fundar del otro lado de los mares una *nueva* Inglaterra, más libre y más feliz que la antigua, y elevaban, desde la cubierta del *May Flower*, entre cánticos, el programa de sus anhelos redentores; y cuando los otros, fundaban su dominación en las tierras recién descubiertas invocando, orgullosos, la representación del absolutismo, y hacían de la América una presa que, á pesar de sus generosos tributos, no alcanzó á saciar sus insaciables apetitos auríferos. ¡Cuánto puede el aprendizaje de una infancia dichosa ó desgraciada! Se comprende mejor la evidencia de ese contraste social leyendo los primeros capítulos de la historia de Belgrano, dedicados por el general Mitre á su comentario. El aguza allí su gran talento para ofrecernos valientemente, despreciando necias preocupaciones y vanidades, el comentario comparado de los núcleos continentales. Las páginas de Bryce, de Kinsdale ó de John Fiske arrojan nuevos caudales de luz al explicarnos el fundamento de los principios constitucionales norte americanos, el propósito que se persiguió al establecerlos, las tendencias firmes á que ellos respondieron, y por qué «los rasgos culminantes de la sociedad sajona jamás se perdieron y el nuevo gobierno trasatlántico vino á ser el más libre del mundo entero». Washington, Franklin, los Madison, los Jefferson, los Adams, los Henry, los Monroe, los Hamilton, los Jay, no surgen al acaso y en cualquier parte, como brotan, por capricho del azar, las flores en el riñón de las selvas. Ellos son frutos maduros y ejemplares de una raza bien fundida, de una sabiduría, de una verdadera democracia, de una fuerza ya hecha.

Si todavía esa convincente energía probatoria no bastare, si todavía hubiese quien desconfiase de la legitimidad del saldo favorable reconocido al extranjero, y creyera ver exceso generoso en la justicia del fallo filosófico, pensamos que un viajecito de observación por este mundo, que sólo se parece á sí mismo, desgarraría los últimos tules de la malquerencia apasionada.

No se crea que un afan de alabanza nos lleva á expresarnos en forma tan categórica, tampoco se sospeche que, conquistados por los atractivos del medio, vemos en Norte

América un organismo de integridades inmaculadas que empalidece en la realidad las fuerzas utópicas de la República de Platón. Aquí, como en todas las asociaciones humanas, la iniquidad cuenta por millares sus adeptos; el crimen levanta sus altares en el misterio; las pasiones miserables muerden, y á veces con éxito á la virtud, que las víboras no tienen patria exclusiva; la injusticia podrá alcanzar triunfos que hacen llorar á las conciencias honradas; la corrupción puede disponer de holgado albergue, y el delito, en todas sus faces agresivas, adquirir florescencias tropicales. ¿Quién ignora que en New York, como en Londres y en París, tiene el vicio sus mas irreductibles encrucijadas? Los hombres no son ángeles, ni siquiera ángeles caídos, y todas sus creaciones, por perfectas que ellas sean, poseen vestigios de las mismas lacras. Ni la más impecable de las cartas constitucionales, ni la más pura de las naciones sometidas á su freno, podrán jamás fundar un estado irreprochable. De modo que, aceptando como enfermedades congénitas é incurables las gangrenas que se asilan victoriosas en el corazón de casi todos los mortales, es necesario buscar elementos condenatorios de juicio en otras fuentes, más decisivas, de información. Averígüese si, dentro del órden convencional en que vivimos, la lucha con el mal se mantiene aquí ó allá enérgica y viril ó en forma vergonzante y entonces, en esa mayor ó menor capacidad defensiva, podrá recogerse un síntoma serio de crítica.

Pues así encaradas las cosas al amparo de un criterio profundamente humano, lícito es decir que, en ninguna parte, la justicia y el derecho obtienen la noble consagración que alcanzan en los Estados Unidos. Aquí existe el culto severo, invariable, de la libertad, y si es cierto que ella suele servir de estribo á lamentables aberraciones de conducta, es mucho más cierto que ella sanciona el más precioso de nuestros ideales buenos y que á su sombra, nacen, crecen y fructifican las más edificantes virtudes. Pero esos mismos excesos que puede originar su ejercicio desatentado hacen su elogio, porque la aspiración de los legisladores no consiste en convertir á las muchedumbres en inmensos rebaños, libres en

masa y disciplinados en sus actividades por una regla monacal de falansterio, sino en imbuirlos en ideas de cordura para abandonar luego cada individuo á su propio capricho, señor absoluto de su voluntad. Cada cual hace lo que le da la gana, sin recabar permiso de nadie, sin prévia consulta, sin presiones, ni directas ni indirectas, pero también cada cual debe de medir sus actos, á fin de no provocar con un ataque al derecho, igualmente garantizado, de los demás, la intervención reprimente y castigadora de la autoridad. Entre nosotros, cuanto más interviene el poder público en los asuntos comunes, cuanto más ancha es la puerta que se abre á su entrada, más contentos y más cumplidores se consideran los representantes de ambos elementos. Los hacendados del interior ponen el grito en el cielo y descargan todas sus iras contra el gobierno porque este no les asegura la absoluta integridad de sus alambrados mientras sus peonadas duermen la siesta; cada almacenero de las poblaciones quiere tener un vigilante en la esquina de su negocio para evitar disturbios en sus cantinas; se exige á la policía que sea juez y parte en la más ínfima acción privada; se considera mágico, para todo y por todo, el apoyo de la autoridad, aun en las empresas más reñidas con su ministerio. Pues aquí sucede lo contrario. Los gobernados y los gobernantes han resuelto, amigablemente, molestarse lo menos posible los unos á los otros. Cada cual vela por sí, como mejor le place; todos se manejan practicando una independencia de conducta dilatadísima. La fuerza pública encarna un recurso de última instancia al cual se recurre cuando todos los demás se han agotado y nada razonable resta por hacer al particular, dentro de sus propias aptitudes.

Todas las noches lo veo. Cualquier sujeto se planta sobre un banquillo de madera, contra el cordón de cualquier avenida, y empieza á pregonar las excelencias de su religión, de su partido ó de esta ó aquella chuchería de comerciante bohemio. Chilla á más y mejor, se enronquece, procesa la política del presidente, atrae á los paseantes, dificulta con ese corro el pasaje de los transeuntes. Pues bien, nadie se atrevería á interrumpirlo en sus elucubraciones y ningún

oyente, por reñidas que estén sus opiniones con las del humildísimo orador, se permitirá hacerle una demostración de hostilidad, ni aun sonreirse. Este comentario, conocido de memoria por todos, resuelve semejantes conflictos de tendencias: «él es un ciudadano americano y posée el derecho indiscutible de pregonar la más disparatada de las tesis en el sitio público que más le agrade; si yo pienso de un modo distinto puedo refutarlo haciendo lo mismo». Nada de permisos y de imploraciones. Quien ofende al orden, sea quien fuese, merecerá represión. Eso es todo. Un guardian público no tiene empacho en correr de un lado al otro de la calle para proteger, contra los peligros del tránsito, á las señoras y á los niños; pero se reirá, con desprecio varonil, en la cara de cualquier gandul que venga, en son de queja, llorando el dolor de puñetazos recibidos. ¿Acaso desempeñan ellos el papel de tutores? Si el averiado está en pleno vigor físico y es un hombre, ¿por qué no se defiende él mismo? Este sistema de autonomía burila profundamente los caracteres y convence á todos, desde pequeños, que en la lucha por la existencia todo hay que esperarlo de sí.

Los chicuelos se preparan, muy sueltos de cuerpo, á trabajar por su cuenta; las señoritas, apenas salidas de la escuela, se buscan, cuando lo necesitan, trabajo bien redituado; los hombres laboran con la vista clavada en su ensueño de prosperidad, sin ocurrírseles jamás echar la culpa de sus descalabros á la administración, y cada cual sigue su rumbo, atento á los rumores que le interesan, y desarrollando siempre un plan de campaña enérgicamente individual. Quien se pusiera aquí en la conversación ordinaria, á echar discursos sobre la política militante ó á endiosar ó combatir al gobierno, sería tomado por poco cuerdo y pronto se quedaría sin oyentes, porque, consumados los acontecimientos cívicos de acuerdo á la ley, ya desaparece todo motivo de estériles controversias y sólo se piensa en acatar los poderes constituidos. El momento de los debates y de las protestas ya pasó. Me concreto á apuntar detalles gráficos que son, muchas veces, los más ilustrativos. La libertad practicada así, con espíritu amplio y sin esas retrancas verbosas que tanto nos gustan

á nosotros, adquiere proporciones formidables de palanca y esparce un hermosísimo y envidiable tinte de independencia, matizado de respeto, en todas las esferas sociales. Como á nadie se coarta en sus actividades honestas, carecen de pretexto las reacciones y serían absurdos los desahogos furibundos. ¿Contra quién dirigirlos si la ley protectora alcanza, por igual, á todos? Por eso no existe aquí el odio ni el servilismo de fracciones. Los sacerdotes de las sectas más encontradas pregonan sus doctrinas sin sobresaltos celosos; los comerciantes realizan sus negocios sin gastar su tiempo en chismografías de barrio, preocupados sólo de derrotarse los unos á los otros á fuerza de habilidad y travesura; los militares jamás usan en las ciudades su uniforme porque aquí en la calle llama más la atención un pasajero cualquiera que un militar, debido tal vez, en alguna parte, á que ni los generales llevan entorchados. Sociedad muy adelantada esta, no conoce ya el perjuicio de las pasiones fuertes y de los enconos brutales, dominantes en los escenarios imperfectos. Como virtud mágica, creadora de todas las demás, que tanto admiran aquí, está la libertad, pero en un concepto más sólido y liberal que el imaginado por nosotros.

Bajo ese escudo, batido desde la infancia republicana, cuando casi trescientos años atrás se reunían asambleas ciudadanas en Jamestown y Boston para discutir los derechos populares, ha surgido el conjunto récio de todas las demás virtudes complementarias. No seré yo quien pretenda analizarlas en su desarrollo, tarea fecunda abordada, con tanto éxito, por maestros de la ciencia, pero, como simple cronista fácil, *au jour le jour*, pienso que ellas consisten, principalmente, en el respeto fervoroso que se profesa al derecho ageno; en la reverencia que se guarda á la mujer, dignificada al punto de poseer á caras descubiertas, tanto ó mas influjo activo que el hombre; en la noción leal y precisa de la justicia, que lleva á reconocer, sin esfuerzo, los méritos agenos, cuando ellos existen, y á acatar resignadamente la fuerza incontrastable de las mayorías; en el carácter saludable de los sentimientos religiosos generalizados en todas las clases, pero sin presentar un solo ribete de into-

lerancia y atemperados en sus manifestaciones al extremo de que las iglesias solo se abren los domingos; en la institución permanente de la Guardia Nacional, la mejor milicia con que cuenta el país para cumplir los servicios internos, pues sólo con ciento quince mil soldados del ejército regular, veinticinco generales y un teniente general, mal pueden atenderse las necesidades guerreras de una nación que, contando sus posesiones, casi alcanza á cien millones de habitantes (nosotros hemos llegado á tener treinta y cinco generales y dos tenientes generales, sin disponer de un sólo cuerpo de Guardias Nacionales, para mandar cuatro mil plazas); en la separación de la Iglesia del Estado, que propicia una moralizadora y absoluta libertad de cultos, ayer mismo exteriorizada en la ceremonia inaugural de la nueva Aduana de New York, iniciada con una bendición del pastor protestante y concluida con los oficios devotos de un sacerdote católico; y, he debido decirlo en primera línea, en la selecta cultura del promedio, conquistada mediante una difusión portentosa de la primera enseñanza, que permite á blancos y morenos ser dignos ciudadanos, sin una excepción, porque aquí, ni buscándolo con linterna, se encuentra un analfabeto. Muchas de esas aristas que decretan, cada una, un tópico importantísimo, las apreciaremos al pasar y sin apearnos de la sencillez de lenguaje y de pensamiento que informan estas carillas, desprovistas de pretensiones y concebidas á la rústica.

Ya podemos empezar el descuento de esa obligación noticiosa ofreciendo á ustedes la crónica de unas elecciones, que acabo de seguir en todas sus faces, pródigas en detalles pintorescos. Desde que llegué tenía el deseo de ver escenas de sufragio aquí. Si bien aún no he podido apreciar en grande el espectáculo, de paso por New York, he satisfecho casi toda mi curiosidad asistiendo al desarrollo en miniatura, diré, del interesante proceso. Estaba en agitación cívica el noveno distrito, compuesto aproximadamente de cuarenta manzanas ubicadas en la parte más nutrida de la ciudad; un barrio muy bullanguero. El origen de la contienda no partía, como puede suponerse, de un choque entre fracciones políticas diversas sino de la actividad aislada de un bando:

el partido democrático se preocupaba, en aquella, como en otras circunscripciones, de elegir su *leader*, es decir, el caudillo que llevará á la lucha á sus falanges en la gran campaña que se prepara contra el partido republicano, en el intento de arrebatarle la gobernación del Estado de New York y todas las demás posiciones que aquel reobtuvo en el anterior comicio. Debo constatar que la designación de *leader* se realiza en acto público que se denomina elección primaria, pudiendo sólo votar en favor de los candidatos de cada parcialidad las personas debidamente inscriptas en los registros oficiales. De manera que semejante proclamación, que tiene carácter privado entre nosotros—elección de autoridades partidarias seccionales y departamentales—posee importancia pública aquí, pues el mando de los jefes elegidos no se discute ni admite apelación, estando, por otra parte, apoyado en la ley y en las nóminas electorales depuradas el prestigio de su triunfo.

Los demócratas del noveno distrito estaban profundamente divididos cuando llegó el momento de resolver esta gran escaramuza preliminar de la cual depende, más tarde, el éxito á alcanzarse sobre el adversario. Tres grupos divergentes dominaban en las filas, repartidos entre las candidaturas de los ciudadanos William S. Devery, John Sheehan y Frank Goodwin. El 16 de Setiembre era el día señalado para la lucha, que presentaba perspectivas reñidísimas. Los recursos de combate pueden caracterizarse en dos clases: la propaganda silenciosa y personal, que ocurre á los sitios más apartados de los cuarteles, durante el día, para conquistar voluntades eleccionarias poniendo en ejercicio todos los recursos concebibles de persuasión, y la propaganda bochinchera que, con músicas, discursos, cohetes y bromas ruidosas, hace el gasto nocturno. Como espectador desvinculado solo me es posible poner de relieve el desarrollo de la segunda parte del esfuerzo, al alcance de todas las miradas. La semana anterior á la justa, durante la noche, ofrecían las calles del noveno distrito un aspecto más animado que de costumbre. En las esquinas consideradas más estratégicas se improvisaban, noche á noche, tribunas constituidas generalmente por cuatro tablas rústicas,

adornadas con la bandera de la Unión, cuando no por un simple carro de mudanza, habilitado con sillas como se hace ahí para llevar visitantes de las orillas á las fiestas españolas. La primera vez que tuve oportunidad de presenciar este espectáculo popular me encontré con una asamblea al aire libre, compuesta de un millar de personas que respondían en sus simpatías á William S. Devery. Muy largo rato permanecí, confundido entre aquel retazo de pueblo, apreciando los distintos incidentes de aquella gran escena democrática. Los oradores se sucedían á los oradores, combinándose todos los esfuerzos en la porfiada tarea propagandista. No es ésta la primera vez que noto la facilidad de expresión en público que acreditan los norte-americanos.

Jamás se cortan; jamás pierden el hilo de su peroración; nunca dejan de decir lo que quieren decir, por falta de palabras. Atribuyo esa soltura de lenguaje, primero, al temperamento resuelto y firme que crea el sistema de enseñanza dominante, dirigido siempre á exaltar el espíritu de personalidad en el individuo, y luego á la índole sobria y familiar de la oratoria nacional. Se habla al auditorio, sencillamente, yendo á la cuestión, y se le convence de la misma manera, ofreciéndole razones y bases prácticas de criterio. La mímica académica, los cambios cadenciosos de voz, las sonrisas insinuantes, los párrafos de efecto imaginativos, burilados á cincel, eso carece de objeto, no encuentra éco, no se recibe con manifestaciones apasionadas porque no hiere el fondo del asunto. En cambio, una palabra de inflexiones robustas, enérgica, que llegue á todos los tímpanos virgen de un desfallecimiento, acompañada de gestos gráficos, también denotativos de convicción, y sin preámbulos engorrosos, encuentra acogida satisfactoria y conquista muchas voluntades. Y si el exponente salpimenta sus frases con *jokes*—chascarrillos—oportunos, claros, breves, y de moraleja bien traida, puede dar por ganada la batalla, que aquí se escuchan y se aplauden con alegría infantil todas las manifestaciones jocosas. Nosotros tenemos nuestra gracia, que ostenta el *caché* inconfundible del genio latino, muy diferente de la de los sajones, que también poseen la suya, singular y característica. Aquí

no se cultiva el *calembour* picaresco ni los juegos de ingenio, pero hay afición extraordinaria por los cuentos burlones que respiran ridículo franco y contundente. El adorable Lafontaine retrata la sátira nuestra, bellísima en la forma, bellísima en el fondo, rebosante de cortesía y de *chic*, que gana la inteligencia del lector con despliegue de aticismos atenienses. El famoso Swift encarna la sátira de ellos, briosa, cortante, que saca sangre sin rodeos, con crueldades frías de látigo.

El propósito de los discursos referidos no cambia, todos van dirigidos á hacer la apología del candidato que, á juzgar por los elogios concretos que se le brindan, debe llevar en sus venas sangre de los Gracos. El se ha sacrificado siempre por el pueblo; su bolsa ha sido patrimonio de sus amigos y correligionarios; ningún pobre ocurrió en vano demandando su socorro; nadie arrastra como él las simpatías de los vecindarios; si triunfa él procurará todos los beneficios imaginables para el distrito, desde el abastecimiento abundante de ese carbón antracita, que tanto escasea debido á la huelga, hasta escuelas fundadas y sostenidas con sus dineros particulares. Estoy convencido: Devery debe forzosamente ser un patricio adornado de altruismos admirables y poco comunes en estas épocas, favoritas del interés. Si así no fuera ¿cómo concebir que esa media docena de señores, que acaban de desgañitarse desafiando con sus apologías estruendosas todas las rectificaciones enemigas, tendrían el coraje de sentar asertos tan audaces, y cómo comprender el entusiasmo caluroso de los muchísimos oyentes que reciben con ovaciones cada andanada de alabanzas? A la vez, ¿qué opinión puede merecer el adversario? ¿Se le ha ofendido, se le ha respetado en el curso de los ardientes homenajes al compañero? Nunca, nunca he oído zaherir, insultar de manera tan rajante á un adversario. Si la mitad de la suma oratoria la constituían los hosannas al jefe propuesto, la otra mitad la ocupaban los desahogos y dicterios lanzados contra el rival. ¡Qué lista de epitetos! Ladrones, expoliadores, míseros, egoistas, negociantes en las posiciones elevadas, tránsfugas, vendidos, todo esto, y todavía me quedo corto, desfiló por los labios propagandistas, escupido entre crispaciones de

lo que yo supuse santa indignación patricia, y bajo afirmación reiterada de que se estaba dispuesto á probarlo, hasta aceptando, en caso contrario, espacio en una celda penitenciaria, por delito de injuria y calumnia.—No hay duda: quienes trabajan para derrotar á Devery son unos grandes pícaros, y el hecho de que gocen de libertad importa una burla irrisoria de la justicia. ¡Que la humanidad engendre semejantes abortos! Pero al final de la escena se extreman los recursos emocionantes. Un elocuente apóstol de la buena causa comunica al auditorio que el mismo candidato en persona, que acaba de llegar, á tiempo para recoger, sin paraguas ó impermeable, las últimas granizadas de caramelo, va á tener el honor de dirigirle la palabra. ¿No vale esto tanto como un regalo de Navidad tratándose de tan austero soldado del bien público? Las aclamaciones que suceden á la noticia lo testimonian á las claras. Según el prologuista, los hombres llevan retratadas fielmente sus pasiones en el rostro: los malos presentan el estigma de galeotes, aplicado por la naturaleza infalible, en las miradas torvas, en los pómulos de que habla Lombroso, en los labios brutales, en las orejas largas, aplastadas y gruesas, que denuncian instintos asesinos; en cambio, los virtuosos son dueños de fisonomías angelicales. Pues Devery pertenece al número de estos últimos: el aspecto irreprochable del embalaje corresponde á la finura y selección del contenido moral. Ya lo confirmaremos así cuando el hombre aparezca,—lo que hará enseguida,—cuando surja exhibiendo su cabello gris, encanecido en la lucha contra la corrupción, su frente ancha y noble, y un conjunto de facciones dignas, beatificadas por la luz mansa de sus ojos de profeta. ¡Inusitado favor de la suerte; el justo, como los diamantes de la mejor agua, aliaba todas las purezas concebibles! Compareció él, por fin, para dar fé de las verdades antecedentes. Como sucede con los muebles vulgares en los remates, tanto se había dicho en su favor que, medio hipnotizado, le concedí muchas, todas las calidades pregonadas. Era un sujeto bajo, rechoncho, de aire apoplético,—según recapacité después de retirarme—ronco hasta decir basta, de palabra gastada y sin atractivos. El héroe abonó la efectividad

de su ensalzada bondad evangélica curtiéndoles la badana, de lo lindo, á sus contrarios y abrumándoles con ocurrencias agresivas, algunas muy espirituales, que provocaban ensordecedoras salvas de aplausos. Para ofrecer una prueba agregaré que, para calificar el grado polar de la indiferencia y del egoismo de Frank Goodewin, dijo: «mis amigos, es tan frío, el mencionado, que yo no me animaría á darle la mano en el temor de que me contagiara una pulmonía galopante.»

Música de silbidos—que aquí ellos significan aprecio—y música de la pequeña banda posesionada de la cabecera del carro, cerró la primera parte de la jornada. La segunda la constituía un desfile mónstruo de adictos, en carruajes y á pié. El estallido de cohetes, á la distancia, anuncia la aproximación de los aliados. La muchedumbre espectadora desborda de las veredas hasta la calle y el tránsito de los trenes eléctricos se interrumpe para dar paso á la procesión cívica, que avanza clamorosa y vivando siempre al candidato de sus simpatías, cuyo retrato, estampado en broches, divisas y banderas de la Unión, parece que sonrie ante aquellos honores de apoteosis. Casi una hora demanda el desfile de la compacta columna, en la cual se ha tenido la precaución de interpolar excelentes músicos. El ruido y la admiración no decaen un segundo. En primer término van los carruajes particulares, los automóviles, los coches de alquiler, atestados hasta los estribos de ciudadanos, de señoras y de señoritas que también gritan ¡Viva Devery! aportándole al afortunado el concurso eficacísimo de las adhesiones más difíciles y envidiadas. Luego sigue la masa pedestre, perfectamente organizada, que marcha con paso militar y que desdobla sus anillos interminables, mientras el eco de tan apasionada idolatría popular sigue compitiendo con la voz de los fuegos artificiales. Desaparece aquel torbellino humano, que ya invade otras jurisdicciones para conmover la tranquilidad de nuevos vecindarios, y me quedo perplejo preguntándome cómo trabajan las voluntades dirigentes para asociar, con tanta disciplina, en un inmenso latido, todos los elementos dispersos.

La misma avidez curiosa me empuja á la noche siguiente

en dirección á la octava avenida, pues, á la altura de la calle veinte y ocho, están los cuarteles generales de los distintos bandos. Tropiezo con una asamblea, también nutrida, pero que responde al nombre de Frank Goodwin. El mismo decorado y la misma energía de rasgos colectivos. Casi me disgusta este encuentro, pues, recordando lo presenciado el día anterior, estoy persuadido de que sólo la escoria social puede militar en filas opuestas á las del virtuosísimo Devery, que, con la fuerza de su reconocida honestidad, me arrastra como el imán al acero. Seamos, sin embargo, condescendientes y escuchemos. Pero, ¿qué oigo? También aquí se busca en el apóstrofe y en la más soez injuria vehículo para la propaganda, y se devuelve la pelota á los atacantes de ayer, haciendo trizas, á puñaladas, su reputación. La personalidad de Devery absorbe las cargas. ¡Devery! dicen los oradores levantando los puños al cielo y como si experimentaran repugnancia al pronunciar ese nombre. ¿Acaso se necesita hacer su historia para saber quién es? El procesante no quiere penetrar en el sagrado de su vida privada y así lo abona dejando deslizar, generosamente, sombras de ignominia sobre sus antecedentes; pero, su vida pública, esa sí que tiene derecho á investigarla, y ya lo hace cortándolo, sin piedad, en todos sentidos, con la fruición de los estudiantes de medicina que, persiguiendo la verdad científica, hunden afanosos el bisturí en las carnes muertas. Devery, el *Big Chief*, *The Pump*, como lo apodan, no pasa de ser un gran ladrón público; así lo proclama, con todas sus letras, el perorante. Ascendido desde el puesto humilde de simple guardián del orden hasta el elevado cargo de Jefe de Policía, ¿cómo ha hecho la gran fortuna de que dispone? Los números sudan lógica aplastadora. Multiplicando la cantidad de años de servicio por los sueldos ganados en cada gerarquía, se obtiene un total importante pero muy pequeño, si se compara al tesoro amasado por el referido. Se le reprocha á Goodwin que no sea pródigo y se alaba á Devery porque lo es, prosigue el tribuno, pero, señores, Goodwin no da porque no tiene que dar, porque nunca ha sido Jefe de Policía y nunca dispuso, como Devery, de lo ajeno. A esta altura se oyen lejanos clamores; el público

deja de prestar atención y el orador manifiesta que el acto termina porque una nueva procesión de los partidarios de Devery se aproxima y no sería justo privar á los oyentes de los placeres gratuitos de circo que ofrece tan grotesca romería. El bullicioso espectáculo, ya caracterizado, se reproduce con creciente brillo, cruzando los glorificadores de un *leader* entre los apiñados grupos de la muchedumbre adversaria, sin que una provocación, una sola palabra hostil, interrumpa el franco y contagioso buen humor de todos. ¿Para qué perder el tiempo en diferencias enojosas y en peleas estériles cuando cada cual ejercita su derecho vociferando desesperado en favor de su favorito y cuando lo importante es obtener la mayoría? Más conviene entretenerse en contar el número de las falanges que pasan para saber hasta dónde alcanza la fuerza exacta del enemigo. Casi no necesitaría agregar que en otro corso, constituído por los ciudadanos adictos á John Sheehan, encontré los mismos síntomas de personalismo cruel percibidos en los campos rivales. Admirado de la frescura con que se dan y se reciben semejantes cargas al honor individual, pregunté á un respetable amigo americano si tan reprobables pugilatos de palabra no concluían en sangrientos encuentros personales. «Nó, me dijo, esos son lo que aquí llamamos *politics*, recursos políticos, ó, lo que vale tanto, estratagemas vulgares para impresionar á los electores de calidad social inferior. La gente seria no participa de tales desahogos. Las imputaciones gruesas que se tiran á la cara los aspirantes gozan favor recíproco ilimitado, y como se conoce el propósito torcido á que ellas responden no se las atiende; por lo demás, nosotros tenemos demasiado buen juicio para aceptar la tiranía ridícula del duelo, institución caduca y estúpida—apoyado—que jamás obtendrá arraigo en nuestro país. A lo sumo, unas trompadas callejeras resuelven el conflicto en forma gimnástica y sana.»

A los ocho días de campaña se realizó la tan disputada elección. Las mesas se instalaron, algunas, en salas alquiladas al efecto, y otras, en los locales de las peluquerías, que no por eso interrumpieron su trabajo. Los policianos guardaban

el orden, lo que casi no tenía objeto, pues los diferentes votantes poco se preocupaban unos de los otros, apresurándose solo á dejar su balota en las urnas. A las nueve de la noche terminó el acto de sufragio comenzado á las dos de la tarde. Como último disparo preliminar á la contienda, se repartió por las calles del distrito una hoja impresa, firmada por el propio Devery, cuyos párrafos principales traduzco fielmente enseguida, para que ustedes, al paladear esta curiosa literatura electoral, se penetren de la veracidad de mi narración. Dicen así: «compañeros, Devery representa la felicidad del pueblo. En cambio Sheehan representa el fraude, la duplicidad y la traición á sus amigos, así como también la entrega á nuestros adversarios. En cuanto á Goodwin, él representa el interés de Goodwin. Sucesos recientes prueban que Sheehan entró en combinaciones para vender asientos legislativos á los republicanos. Aceptó todo el auxilio que pudo conseguir de éstos y ahora, para salvarse, los ha vendido. Del mismo modo venderá á los demócratas, siempre que se le presente la oportunidad. De Joodwin afirmo que es indiferente y egoista. Se olvida de sus sostenedores enseguida de las elecciones. Siempre que pudo sacrificó á sus correligionarios en su propio beneficio. Sheehan ha engañado antes á los vecinos de este radio, pero hoy ellos están en guardia porque lo conocen. Ciudadanos: colocaos del lado del ganador y votad por Devery. Devery ayudará á todos luego que triunfe. Este invierno va á ser muy frío. Devery tiene instintos humanos. Ninguna familia del noveno distrito carecerá de carbón y leña. Devery es el hombre del pueblo y el pueblo es para él. No presteis atención á los anónimos y á las viles circulares, preparadas por Sheehan y Goodwin, pues ellas son un tejido de falsedades». Esa advertencia final del manifiesto tenía orígen en el hecho de que los bandos divergentes habían repartido en todas las casas habitadas por los partidarios del rival, hojas sueltas, suscritas por Devery, en las cuales éste les decía que no concurrieran á votar porque, en vista de su inminente derrota, prefería mantenerse en la abstención. No bien se cerraron las urnas comenzóse el escrutinio, compitiendo todos en una actividad febril.

Millares de ciudadanos ocupaban el ancho de las veredas, confundidos los partidarios de los diferentes candidatos, como si ya hubieran olvidado el profundo cisma de horas anteriores. Ni un grito insolente, ni una expresión de disgusto partía del seno de aquella masa heterogénea, tan inquieta como puede permitirlo la flema de esta raza sabia y sin nervios. Aquí y allá, la policía quitaba del medio á algún beodo, cuando se hacia incómodo. Llevado, sin saber cómo, porque las muchedumbres tienen poder irresistible de tromba, fuí á dar al local de un club adicto á Sheehan, que estaba repleto de gente. Retratos de eminentes demócratas adornan las paredes; allá, en el fondo, sentados alrededor de una mesa, están los jefes del movimiento electoral que acaba de producirse, materialmente agobiados por la ola popular. Allí veo representantes de toda la escala social; obreros, empleados, ancianos, hermanados en un mismo anhelo por idéntica orientación simpática. La mayoría tiene papel y lápiz en la mano. Son las diez de la noche y empiezan á llegar los partes numéricos de las distintas mesas, pues el distrito está dividido en veinte y cuatro cuarteles. Cada emisario que arriba invoca su misión y la multitud, á la vez que lo asedia á interrogaciones, le abre espacio para que alcance hasta el sitio ocupado por los jefes. Estos reciben el informe y, sin pronunciar una palabra de comentario, lo trasmiten en voz alta al auditorio que, según sea el resultado, aplaude ó no, mientras asienta los datos y establece comparación de probabilidades. Sucedió que las primeras noticias fueron decididamente favorables á Sheehan; entonces ensordecedoras ovaciones, que iban en aumento, llenaban el ámbito del salón, expresando con energía varonil el crecimiento de una esperanza. Pero la rueda de la fortuna, sobre todo en política, es muy caprichosa, y pronto, simultáneo con los saldos adversos, empezó el cambio de las decoraciones. Un poco, bastante desilusionado de Devery, mi *ídolo* austero de una hora, desée á esa altura su triunfo ó el triunfo de Goodwin, para apreciar, sobre el terreno, el efecto de la derrota en el seno de aquella asamblea tan enardecida. ¿Se acataría silenciosamente el fallo del comicio ó estaba anidando una tormenta

dentro de aquellas filas compactas? No tardaré mucho en romper esa duda. Cuando la suma de una veintena de cifras parciales convenció á los asistentes de que sólo por gracia de algún cómputo milagroso podía alcanzarse la victoria, empezaron á desgranarse, sin decir una palabra, aceptando el ejemplo significativo de los miembros de la mesa, que abandonaron el campo poniendo el sello sacramental al desastre. Sin tumulto, penetrados de que se trataba de un asunto concluído, fueron saliendo los compañeros de Sheehan. ¿Para qué empeñarse en debates y juicios airados cuando, imponiéndose sobre todas las conclusiones optimistas, ahí lucía la elocuencia incontrastable de los escrutinios? De Devery era el triunfo y desde ese instante no otro que él podía disfrutar el título envidiado de *leader* del noveno distrito. Faltaría á la verdad si dijera que oí el eco de protestas y de esos reproches iracundos, tan comunes en otras partes. Por lo demás, temer un choque entre las fracciones vencida y vencedora, compuestas ambas en su extensión de gente de pelo en pecho, importaba mi desconocimiento del espíritu razonable y profundamente tranquilo de los americanos. Devery había ganado, ¿quién tenía, pues, el derecho de coartar el curso estrepitoso de la alegría de sus amigos? ¿Acaso no hubieran practicado, éstos, el mismo religioso respeto, si derrotados? Admirable equidad moral, que apunta otro de los tantísimos frutos invalorables de la educación popular y de las grandes enseñanzas libres que llegan del pasado fecundo como hebras de una luz gloriosa. Acatar la voluntad régia de las mayorías, ceder el puesto al adversario, cuando el adversario, luchando con la cara vuelta al sol, ha impuesto su victoria, desterrar el hábito de las innobles argucias usadas para empañar el significado abrumador de los hechos, hé ahí las varias manifestaciones de una virtud cívica de arraigo centenario en el espíritu de estos sólidos ciudadanos de Norte América. ¿Podemos decir lo mismo nosotros, que afrontamos todas las temeridades del criterio, olvidando á menudo el culto de deberes elementales, antes de respetar los fallos sagrados de la democracia y de resignarnos ante la evidencia de la ajena y legítima victoria?

Antes de las once de la noche la noticia del resultado comicial estaba divulgada por todo el distrito. Rapidez escrutadora también extraordinaria. Y, á todo esto, ¿qué efecto produce en las líneas triunfadoras el gran éxito obtenido? Doy la vuelta á la esquina y otra muchedumbre, ébria de entusiasmo, me arrolla. ¡Qué delirio de satisfacción! Devery aparece, por instantes, llenando con su personalidad adiposa, que ahora parece tener más volúmen, el marco de una ventana. Un ruido de aclamaciones infernales lo saluda; pero sus electores quieren que baje para testimoniarle más eficazmente su aprecio. Así lo hace Devery para ser estrujado, golpeado, abatido por sus millares de amigos y admiradores. Intenta asilarse en un carruaje, pero no se le permite y, prisionero de una inagotable alegría callejera, es llevado hasta su domicilio, al compás de músicas, de cohetes, de vivas estentóreos, de estas grandes risas americanas, buenas, amplias, sencillas, que reflejan con exactitud los lineamientos sanos del carácter nacional, sin que de ninguna boca parta un grito de rencor ó de agravio que, concluída la batalla, la bandera del olvido ampara á todos y ya no existen vencedores ni vencidos. Frente á la casa del caudillo consagrado se arremolina la columna, que sólo allí, en su lugar legítimo, suelta á la presa de sus amores democráticos. La esposa, los hijos de Devery, las señoritas pertenecientes á familias de su amistad y ¡oh milagros de la pasión cívica! hasta su misma suegra, lo agasajan expresivamente y agitan en su honor banderitas patrias. Abajo, comerciantes avisores venden entre los adictos pequeñas escobas, especiales para prenderse en el ojal, que son gracioso emblema de la gran barrida que acaba de darse. A pesar del retiro del héroe, los grupos no se disolvieron, continuando muchos vecinos los festejos hasta la madrugada. A la noche siguiente una nueva demostración rodante de fuerza electoral puso punto final á la reñida jornada. ¿Pero cuánto le costó al *leader* electo conquistar el bastón de mando? La nómina de esfuerzos que sigue, tomada de diarios serios, les dará una idea de la cantidad y calidad de sacrificios monetarios hechos por él. Dió á las mujeres y niños del pueblo de su distrito un paseo campestre, al que asistieron diez

y siete mil personas, que, según cálculos, le demandó diez mil pesos. Otro tanto tuvo que pagar por otra fiesta de la misma índole celebrada en las márgenes del río Hudson. Veinte mil concurrentes ocuparon los teatros durante una serie de funciones gratuitas. Todo el verano abasteció con hielo á las familias pobres. Ciento cincuenta de ellas disfrutaron servicios gratis de médico, enfermeros y botica. Pagó los gastos originados por seis entierros. Ochenta hogares, que estaban bajo la intimación perentoria de desalojo, recuperaron su tranquilidad gracias á su intervención reconfortante y mágica. Prometió fundar una escuela libre. Entre fuegos artificiales, regalos, comidas, cerveza y porción de dádivas necesarias, dispuso de quince mil pesos. Obtuvo trabajo para centenares de obreros. Finalmente, el candidato pronunció alrededor de cien discursos, siendo confirmado por quince lugar-tenientes, igualmente infatigables.

Pero todavía nada he dicho del epílogo de la campaña. Una semana después de estos sucesos se reunió en Saratoga la gran convención demócrata del Estado de New York, para proclamar candidatos á las distintas posiciones electivas, en la próxima lucha política contra los republicanos. Ocupando, con doscientos de sus predilectos, un tren expreso y siempre entre música y cohetes, William S. Devery se dirigió á aquel destino, á fin de tomar parte en las deliberaciones, como delegado flamante de un distrito. *Sit transit gloria mundi:* fué recibido con toda frialdad por los demás representantes populares reunidos en asamblea. La prevención dominante contra él encontró pretexto atendible en sus poderes y la comisión competente aconsejó su rechazo. Devery se defendió personalmente, poniendo al servicio de su causa todas sus energías dramáticas. El convencional Sullivan dijo en su contra: «Devery, durante la mayor parte de su vida, ha sido un culpable. Invoco los nombres de nuestras esposas, de nuestras hermanas, de nuestros hogares, para decidiros á darle un voto negativo. Devery es un escándalo para New York y si ahora también triunfa aquí será un escándalo para el Estado». En cambio, el convencional Sulkin expuso en su favor: «si es cierto que Devery ha usado del dinero para

alcanzar el triunfo, ¿qué hay en ello de malo? El lo ha utilizado honestamente y en la forma en que el dinero se aplica á las operaciones electorales. Sólo la prensa ha combatido á Devery. Por lo demás, sus oponentes no son sinceros. Devery tiene importancia y es un buen demócrata». Dió corte definitivo al asunto el convencional Conell con las siguientes reflexiones, que determinaron el carácter de la votación: «es tiempo ya, dijo, de que nuestro partido se ponga resueltamente en guardia contra la impostura y la corrupción. Todos conocemos los recursos puestos en práctica por Devery. ¡Su poder en política! ¿Cómo? El condado de New York cuenta con una mayoría de ochenta mil demócratas y, sin embargo, por causa del deverysmo fuimos derrotados, de manera aplastadora, en la última campaña. A Devery y á su bandera de indecencia es atribuible tal desastre. Por cada voto que perdamos expulsándolo de nuestro seno, un millar de nuevos votos ganaremos de los hombres que aprecian la dignidad, el carácter y la inteligencia que, ellos sí, son la esperanza de la democracia del futuro.» Devery fué repudiado. Más tarde, proclamado candidato á gobernador Mr. Cooler, jóven ciudadano de treinta y tres años y de alto nombre, Devery sepultó en el fondo de su corazón sus agravios para manifestar que, apesar de todo, el noveno distrito contribuiría, como una tabla, á su triunfo dando el mayor cómputo electoral allí conocido. Estoy seguro de que los lectores, sin saber por qué, le han cobrado simpatías al arlequinesco Devery, al ingenioso luchador que, con sus variadísimos y pintorescos esfuerzos para conquistar sufragios, ha batido la fama propagandista de todos los *leaders* anteriores. Por eso no está demás decir que nuestro hombre ha conseguido sentarse en el comité ejecutivo demócrata. Amenazó con llevar su caso ante la Corte y este argumento produjo el efecto deseado. Aquí estoy y aquí me quedo.

Hecha omisión de algunos rasgos demasiado locales y por lo mismo poco oportunos, las páginas antecedentes retratan, sin brillo pero con mucha fidelidad, el desarrollo de una elección en los Estados Unidos. Cuando pronto ella se reproduzca en gran escala, talvez vuelva á fatigarlos con nuevas

descripciones de costumbres pacíficas. Talvez no me equivoco pensando que esta lectura ha de haber dejado en el ánimo de ustedes la misma impresión que empañó mi espíritu, por instantes, al presenciar el desarrollo de los sucesos referidos. ¿Verdad que parece que surge la sombra de un desencanto, como cuando algún ideal querido vacila sobre su pedestal, al saber que en la patria del derecho y de la justicia puede ser coronada la mistificación? ¡También en los Estados Unidos conocen los principios tormentos inquisitoriales; también allí encuentra impunidad y escudo lo arbitrario; también, en la nación modelo, la túnica institucional sufre desgarros crueles! No pensamos, en manera alguna, así. Precisamente las escenas retratadas, bochornosas unas cuantas, envidiables otras, ofrecen un argumento vivo, incontrastable, en favor de la alta fama cívica del país. Después de presenciarlas se puede afirmar, con mayor énfasis, que Norte América es la tierra clásica de la libertad y que el símbolo de las estrellas no usurpa espacio en el ángulo superior izquierdo de su bandera. Convertir, los adversarios del partido que gobierna, en salones de propaganda las calles elegidas por su capricho; lanzar desde esas tribunas populacheras, rayos y centellas contra la situación dominante; disputarse, con apasionada codicia, el apoyo de la muchedumbre; conquistársela utilizando todos los medios imaginables, que no sean coercitivos, de convicción; dirigirse frenéticamente á ella, *solo á ella*, para conseguir la anhelada victoria; competir, en actividades y combinaciones de éxito los diferentes candidatos; todo ese cúmulo de manifestaciones individuales, todos esos afanes de sugestión, dirigidos al embaucamiento interesado del pueblo, ¿no proclaman, acaso, con realidad irrefutable, la existencia de una verdadera y sólida democracia? La fórmula de la perfección doctrinaria se encarna en el triunfo de las mayorías libres, extrañas á toda presión ilegítima. Esa presión ilegítima solo puede venir del gobierno de la nación y, por encontradas y turbias que sean las corrientes, ella jamás partirá del pueblo, que es fuente superior de soberanía. *Vox populi vox Dei.* Sus errores son, pues, reales; sus extravíos excelsos. Ellos podrán resultar funestos y me-

recer severas críticas, pero ¿quién tiene personería bastante para negarle á él, el juez supremo y menos falible de las diferencias humanas, el derecho altivo de equivocarse? Pues bien, si en el terreno de la teoría no existe ni el asomo de ese audaz factor tercerista, todos sabemos perfectamente—¡vaya si lo sabemos!—que en el terreno de la práctica él ha surgido en la casi totalidad de las sociedades republicanas para violar el derecho y hacer escarnio de la ley. Los gobiernos interventores en el acto del comicio, la intromisión nefanda y abrumadora del poder público en las contiendas ciudadanas, ese ha sido el causante diabólico de las grandes disoluciones populares. Los Estados Unidos no conocen esa enfermedad mortal de las instituciones. La mayoría verdadera, expontánea, libérrima, obtenida por el esfuerzo independiente y antojadizo de los interesados, impone su voluntad inapelable y la minoría sabe acatarla, sin rugidos de fiera, y el gobierno, dueño de la montaña, la deja disponer á su capricho de las posiciones de la llanura, sin soñar en algo incomprensible aquí, en alzar diques á sus mareas avasalladoras y á menudo enemigas! El gobierno metido en su casa, arrinconado, mientras el pueblo, en todo el soberbio ejercicio de su virilidad, arregla las cuentas del pueblo. ¿Puede pedirse nada más aproximado al ideal?

Encarando el asunto bajo otra faz, convenimos en que los manejos del victorioso Devery, que buscó en su bolsa el asiento más firme de su elección, que sedujo energías derramando á manos llenas favores de todo género, no merecen un ápice de elogio y provocan censuras, cuando apreciados con un estricto criterio moral; pero, por distinto camino, vamos en procura de la misma respuesta ya formulada: fué el pueblo, solo, independiente, el que así lo quiso. Porque no figuró un oficial del ejército en la jornada, ni un comisario de policía, ni un funcionario civil, ni se hizo enmudecer, con la amenaza innoble, á los empleados públicos. Devery dirigió la puntería al corazón de la muchedumbre que intentaba conquistar, como los galanes avisados, y la conquistó, á la luz del día, sacrificando su bolsillo por ella, dándole banquetes, fiestas, teatro, medicamentos, carbón, hielo,

y promesas mil. ¿No vibra en el fondo de todo esto una onda de salud? Pero, entónces, dirá algun soñador, el pueblo, también vende sus favores? No sé; pero lo que sí sé, es que, desgraciadamente, en sus filas no todos piensan que el voto, como la conciencia, es inalienable. La culpa de semejantes aberraciones no debe imputarse á las instituciones, que son ejemplares, sino á la imperfección de los hombres, los cuales, á pesar de escuelas y de doctrinas, todavía continúan siendo de barro. Por lo demás, ¿cómo podemos aceptar, quienes alentamos ideales generosos, la tesis política mercantil profesada por el *leader* del noveno distrito de la ciudad de New York? ¡Qué inefable impresión debe experimentar un ciudadano austero al ser sorprendido en su gabinete de trabajo por la noticia consoladora de que sus compatriotas, por ímpetu propio y desinteresado, lo han exaltado á las más altas posiciones de orígen electivo! ¡Cómo debe enorgullecer ese triunfo, que no se ha pedido, ese honor otorgado por personas extrañas, jamás vistas, y que, sin embargo, dominadas por el prestigio de una virtud positiva y modesta, inscriben un nombre en sus balotas para decir al predilecto: «confío en tí como en mí mismo y en prueba de ello te otrezco un homenaje cívico que nunca me pediste!» ¡Qué revancha de nobilísimos goces espirituales sobre las injusticias que, tantas veces, se cruzan en el camino de los buenos! Y téngase por cierto que en la patria de Jorge Washington la absoluta mayoría se inspira en el recuerdo santificado del patriarca de Mount-Vernon, tan grande, que á su sombra desaparecen, perdidos, los políticos comerciantes como desaparecen las resacas en la inmensidad del océano.

XII

La ciudad de Quebec — Una joya antigua — Antecedentes históricos — Evolución política del Canadá — Su porvenir — Un paralelo — La campaña de Quebec — Sobre uniformes militares — Reminiscencias afectivas.

Además del río San Lorenzo una línea férrea ata á las ciudades de Montreal y Quebec. Huyendo siempre de las peripecias marinas, opto por el transporte terrestre, aunque todos ponderan las bellezas singulares de perspectiva que se recogen por la vía fluvial, cuando el vapor cruza por entre centenares de islas miniaturescas y de sin igual atractivo pictórico. Tanto se pregonan las peculiaridades locales de Quebec, suspendida por el San Lorenzo al cuello del Canadá, como un medallón antiguo, que correspondo al afán curioso que me empuja hacia ella.

Como la linda Montevideo, esta otra ciudad debe su nombre al capricho de una exclamación admirativa. «¡Qué bec!» dijo Cartier al dominar el maravilloso paisaje, sin concebir que su comentario expontáneo de descubridor tendría fuerza insigne de bautizo. Más tarde, el marqués de Champlain, buscando sitio seguro para encajar el cetro de la civilización francesa en las colonias trasatlánticas, encontró aquel refugio, inaccesible casi como nido de águilas. A la sombra de peñascos enormes surgió la fortaleza, y coronándola, á tanta altura que pudo confundirse con una divisa patriótica pendiente del cielo, flameó desafiante una bandera. Más de un siglo, ciento cincuenta años, se man-

tuvo allí pregonando las grandezas de una soberanía, pero cierta vez ecos de trueno llegaron hasta los oídos de los soldados fidelísimos de reyes sin memoria, y todos corrieron á tomar las armas en defensa de su metrópoli agredida: Inglaterra y Francia también chocaron sus rivalidades históricas en el suelo de América, inocente de sus agravios. La guerra fué larga, dividida en capítulos memorables y tan rencorosos como lo quería la pasión de raza. Los franceses, aún en el desamparo, pelearon como leones; pero ya entonces Bretaña era dueña de esa pasmosa tenacidad de propósitos que está llamada á darle el gobierno del mundo y la perseverancia valiente pudo más que las desesperaciones del coraje. En Quebec se jugó el último esfuerzo. Aquella agonía fué colosal; tiene el perfil imponente de las epopeyas clásicas. Adentro, acosado como una fiera, estaba Montcalm, el general francés; y afuera, intentando, intrépido, escalar la roca, estaba Wolfe, el general inglés. Meses duró aquel asedio definitivo. ¿Cómo dominar posición tan inexpugnable, erizada de cañones? Ese detalle fatal, por el que se pierden todas las causas humanas, fué encontrado al fin por el inquebrantable adversario, y una mañana el sitiado supo con asombro que no era toda suya la montaña. En la pelea que siguió cayeron heridos de muerte los dos jefes enemigos. «Díos sea loado, muero feliz,» dijo, antes de expirar, el victorioso Wolfe, mientras Montcalm cerraba los ojos exclamando: «no viveré para ver la rendición de Quebec.» Señalando este recuerdo legendario, por consenso unánime de las dos ramas pobladoras, hoy reconciliadas, se ha erigido en la parte más elevada del recinto, un monumento en honor de los dos gloriosos capitanes, que lleva esta inscripción gloriosa: «Iguales en la virtud, en la muerte, en el valor y en la historia.» ¡Cómo debieran tener presente esta sanción noble de posteridad los exaltados que en nuestro país y en distinto y semejante plano pretenden abrir cisma de odio entre los hijos de una misma familia, endiosando á unos antepasados y profanando, con insultos aleves, el sueño de los otros!

El ferrocarril se detiene al pié de la gran muralla natural

que sirve de mortaja á esa joya antigua que se llama Quebec. Hemos llegado al fin de nuestro viaje y, sin embargo, pasará rato antes de que podamos afirmarlo con toda verdad. Porque, concluida la marcha en sentido horizontal, empieza el avance hacia lo alto, la ascensión fatigosa y complicada por el lomo arrugadísimo de la cumbre. El carruaje adelanta despacio, como por concesión de una lástima, pues, apesar de sus robusteces frisonas y de estar dotado de herraduras especiales, el caballo de las varas gana, poco á poco, el pleito de la jornada. Las calles dan tantas vueltas como las circunvalaciones de un cerebro y describen una extraña espiral cuyo centro interior lo determina la vieja fortaleza que se ostenta en la cresta, llamativa como una muela postiza. El ideal de los tiempos pasados lo constituía la guerra. Soñar de noche con el enemigo era un deber, y atacarlo de día era un derecho; y, pagando homenaje á las exigencias crueles de la mosquetería internacional, allí están aquellas paredes semi-derruidas, más perdurables, con todo, que el poder de los monarcas que las mandaron construir; aquellas encrucijadas indescifrables para el forastero; aquellas tortuosidades; aquellos senderos, caprichosos como las voluntades torcidas, que serpentean en todas direcciones, que se alejan, que se cortan, que se confunden luego para morir siempre en un contrafuerte, de capacidades estratégicas, que sirvió en otrora de tribuna á temibles elocuencias belicosas. En ciertos puntos apenas dispone de espacio el vehículo para deslizarse entre edificios que estorban el camino con justedades de guante. Esos boquetes, todavía vigilados por la desconfianza de piezas de artillería, apuntan la transacción celebrada, después de ruda controversia, entre lo antiguo y lo nuevo: el ideal de las épocas feudales, escudado por el amparo de triples murallas, y el ideal moderno, de estas centurias reñidas con todos los letales encerramientos del claustro. Cuesta colarse por tales aberturas, hostiles y escasas como la rendija que conceden las puertas de los hogares al desconocido que á ellas llama, sin dar su nombre, después del oscurecer. La montaña fortificada se compone de varios estantes superpuestos que responden á los fines de un idén-

tico propósito. Todavía la preocupación de la defensa militar vaga por la altura y son tantos los circunloquios que preceden á la llegada definitiva que el pasajero puede muy bien creerse, por gracia especial, huésped de algún señor de horca y cuchillo. Al llegar al último estribo se nota un recrudecimiento de energías armadas; por todas partes asoman su boca gruesos cañones, las calles se convierten casi en pasadizos, y más de una se ofrece desorejada, sin veredas, mientras, todavía más arriba, allá en la cúspide afilada, destaca como una sombra la casa de piedra mandada labrar por el gobierno inglés, sobre la roca misma y al precio de doce millones de pesos, para servir de recio baluarte á la insignia colonial. A cada instante se echa de menos el ¡quién vive! de los recintos militares.

Incorporado á la población de Quebec entre dos luces no puedo formarme idea de sus detalles exteriores. Huésped de uno de los tantos hoteles diseminados en la penúltima estribación, debo esperar las claridades del nuevo día para orientar rectamente mis comentarios de visitante. La temperatura es primaveral. A la mañana siguiente me despierta un sol magnífico que penetra, sin pedir permiso, por la ventana de corte antiguo, como si se tratara de un amigo previsor interesado en favorecerme. Abro los ojos para comprender que aquellas pinceladas luminosas están ahí diciéndome con énfasis artístico: «¡levántate, perezoso, y apresúrate á gozar del espectáculo soberbio que te ofrece este pedazo de tierra extraña que yo fecundo, siempre victorioso, con mis halagos de terciopelo!» Bien vale la pena de asomarse. Estoy en un balcón natural, tan alto que desde él se domina, en todos sus detalles, el núcleo de la ciudad, que se extiende en gradería rebosando con mucho sus fronteras históricas. Es tan sensible la diferencia de nivel que la perspectiva se arquea como si por virtud de una mágica mutilación se hubieran arrancado eslabones enteros á la realidad corpórea. Caída así la vista hasta el fondo de la llanura, después de rodar vertiginosa, cual guijarro, por un declive, resbala luego sobre la superficie de ríos y de campos en flor para vencer en seguida en el escalamiento de

los montes Laurentidas, que cierran el horizonte con bizarrías de marco decadente y del color oscuro de la caoba. En el fondo del valle, regado por hilos de aguas mansas, que producen el efecto visual de sangrías azules, domina el sublime desórden hijo de la fiebre activa. Las vegas se suceden unas á las otras; aquí y allá relumbran, con aspecto de grandes reflectores, las chapas de zinc de los galpones agrícolas; el humo envuelve sus gasas blanquísimas al rededor de las chimeneas que, á la distancia, resultan delgadas y flexibles como los ástiles; carros van y carros vienen por los caminos vecinales; los arbolados ya empiezan á abanicar sombra; el tinte amarillo de los trigales se abraza al tinte esmeraldino de los campos de cebada, cuyo tono desmaya en las huertas que, á su vez, lo reconquistan al tropezar con los boscajes, mientras una locomotora, que acaba de aparecer por el Este, ya se pierde en lontananza riéndose del recuerdo fabuloso y ya atrasado de aquel gigante que medía sus pasos por leguas. Ondas de actividad, de trabajo, de energía campesina, se trasmiten en todas direcciones, llenando el espacio con los ecos de un himno sacrosanto que hiere al pensamiento para ratificar la convicción profunda de quienes tanto creemos en la influencia del taller y del cultivo. Si es cierto que la mísera jornada no concluye con la muerte y si los escogidos interrumpen alguna vez las dichas que, afirman, se disfrutan en los Campos Eliseos, para enterarse de las batallas infernales que se libran en este pobre astro, que presenta en el rostro lacras del tamaño de volcanes, las profundidades del cielo deben entreabrirse sobre paisajes tan nobles y encantadores como el que señalo, á fin de que llegue hasta la altura infinita la perspectiva de una irreprochable placidez humana, modelada sobre la frente de una naturaleza de perfil griego. El pedestal es digno de Quebec que se levanta, con gallardías de penacho, ocupando el punto principal del panorama.

Como hasta ahora nada había dicho de las iglesias, que abundan en la ciudad como en ninguna otra de este continente, recien corresponde agregar que mucho ayudaron al viejo sol, en su tarea de sacudir la modorra de este solte-

ron desocupado, las campanas de la inmediación, batidas á todo trapo, como si con el simbolismo pintoresco de sus sonidos se enviara un pescozón cariñoso á los fieles olvidadizos de la salud espiritual. En adelante, el concierto de aquellas voces, solemnes é infaltables, que me venían de los campanarios vecinos, me despertó todas las mañanas con inflexiones arrulladoras de una llamada dulce. Sin cualidades de neófito, nunca me rendí al amable mensaje pero sí digo que aquella música, bajo la cual gemían los cristales de mi ventana, ora con trepidaciones de congoja, ora asociándose á las notas de modalidad suave, evocó siempre en mi memoria el recuerdo rutilante de aquel Cuasimodo, creado por la imaginación colosal de Victor Hugo, que, tuerto, contrahecho, repulsivo, feo, pero dotado de esa rara belleza moral, que es la única verdadera, daba rienda suelta á su delirante amor silencioso por la judía Esmeralda en la soledad de las torres carcelarias de Nuestra Señora. Nadie lo entendía como las campanas; ellas jamás le fueron ingratas y solo su lamento supo contestar á sus quereres cuando, ginete en ellas, oscilaba sobre el abismo tocando llamada religiosa con desesperaciones epiléptiças y pasión de iluminado. Ahora comprendo mejor las estrofas imponderables de aquella poesía en prosa.

Pasé tres semanas en Quebec. Algo singular, más enérgico que la voluntad, me mantenía en esta ciudad que, aunque parezca contradictorio, puede, á justo título, denominarse simultáneamente la Roma y el Gibraltar del Nuevo Mundo. La fe y el afán nacional, que es otra fe, reatan allí sus más preciadas fuerzas y tejen una coraza, llena de nudos acerados—troneras, iglesias, murallones, ruinas, reductos, santuarios y capillas y bastiones—sobre el pecho mismo de la montaña. Trepada sobre la piedra y desplegando eternas agilidades felinas, descansa Quebec y la caracterizo así porque, realmente, mirados desde abajo, parece que los caseríos superiores están en perpétuo peligro de desmoronarse. Una amplia terraza de madera, por el estilo de las de nuestras playas, que hace muy poco tiempo fué encajada á grande altura sobre el flanco del acántilado, ofrece un paseo

de atractivos insuperables. ¿Necesito decir que, en muchas ocasiones, recorrí de extremo á extremo aquella esplanada deliciosa soñando con el halago de otras latitudes? Lejos, muy lejos, siguiendo hacia el sur en la línea recta, salvando los obstáculos, porque ellos no existen para el afecto que tiene alas de cóndor, é inclinando luego la marcha decididamente á la izquierda, se llega al país bendito, á la tierra querida, la más linda, la más hospitalaria del universo, en la cual consentirá el destino que alcance mañana para mi tumba el espacio que tuve ayer para mi cuna. ¡Cuánta soledad en el seno de esa muchedumbre de paseantes, nativos y forasteros, que de tarde y noche desfilan por mi lado castigándome con el contraste de sus risas y de sus alegrías! Sólo, siempre desorientado, ¿si me olvidaré de articular una espresión social, á fuerza de tanto aislamiento? Aleja esa posibilidad desagradable la amistad que trabo, casi por instinto, con un distinguido canadiense, A. Colbert Martineau, aficionado á los viajes y huésped, alguna vez, de nuestro Montevideo que recuerda con entusiasmo. De vieja cepa francesa, devotísimo de la antigua metrópoli, á pesar de la caída de Quebec en manos sajonas, él, como muchos otros elementos locales, sueña con futuras evoluciones políticas renovadoras, en contrapunto á los ideales opuestos que flotan en el ambiente de Toronto. Las provincias de Quebec y de Ontario: hé ahí las dos cabezas de las emulaciones rivales. A pesar de todo, de lustros y de derrotas, el alma de la Francia palpita robusta y exclusiva, desterrando latidos ajenos, en el último poblado de las región oriental. Al occidente ha clavado sus tradiciones, con igual arraigo, también sólidas, también cerradas á todo contacto desfibrador, el alma de la Inglaterra. Esta nación admirable, en presencia del extraño apegamiento de los vencidos á la primera metrópoli, ha tenido la habilidad de someterse á la imposición molesta de ese inconveniente, y la provincia rebelde, vencida en sus preferencias de razas, ha podido vencer, más tarde, gracias á la fuerza de su idiosincracia. Por ella y para ella se ha hecho obligatorio, como idioma oficial, á la par del inglés, la lengua francesa.

Quienes aprovechan el tiempo indagando el secreto de las distintas colonizaciones en el sur y en la América Septentrional, que comparadas arrojan un saldo tan desconsolador para nosotros, pueden encontrar testimonio vivo de las tendencias de la conquista sajona en el seno de la sociedad de que me ocupo. Por esta vez y en este escenario no toca soportar la derrota del paralelo al coloniaje español, que huella tan fatal ha dejado en nuestros orígenes. Apreciaremos la influencia francesa. Hasta 1760 estuvo el Canadá en poder de la potencia mencionada.—El tratado de París confirmó legalmente el dominio del triunfador, sellado con la toma de Quebec. Por el mismo se estableció el respeto al idioma y religión de los habitantes de esta provincia. Las libertades canadienses nada deben al esfuerzo de su primera metrópoli. ¿Puede decirse lo mismo de la segunda? La situación de Inglaterra, despues de la paz, fué dificilísima, pues entonces conoció la hostilidad con que miraba sus propósitos absorbentes la vigorosa rama desgajada del tronco galo. Reproduciendo el propio régimen territorial, la Francia antigua adjudicó grandes porciones de tierra á los favoritos, trasplantando el sistema perjudicial de los señoríos, con toda su secuela de injusticias y resabios feudales. Esta fundó tambien el fanatismo religioso, de raíces tan seculares que el Bajo Canadá ofrece al presente asiento, el más propicio, para la resurrección de los ideales intolerantes, mandados sepultar ya por los progresos morales del siglo. La universidad de Quebec todavía está en las manos partidarias del clero; á sus miembros se confía, en mucha parte, la educación oficial de la niñez; por todas partes hay allí conventos, desafiando con sus paredes tapiadas, con su heladez y su silencio, el espíritu activo de la época y diciendo que en tales refugios funerarios, cuelgan su colmena oscura los más reprochables egoismos humanos. Apaciguada la tormenta, que dejara el fermento de tantos odios de raza, Inglaterra trató de bonificar la situación política de su nueva colonia. Más que nuestras palabras argumentan los hechos y las fechas. Apenas tranquilizados los ánimos, Jorge III extendió á sus nuevos súbditos el derecho represen-

tativo local. En 1774 el Parlamento inglés sancionó la primera constitución. Ella colocaba en un mismo pié de derechos á todas las sectas y religiones dominantes; confirmaba la más franca libertad de cultos; reconocía el derecho inviolable de cada iglesia de retener sus propiedades libres de confiscación; entregaba á Quebec el uso completo é independiente de las leyes civiles francesas, antes vigentes, aunque imponiendo, en cambio, la practica de la legislación criminal sajona, tan saludable por lo rápida y ejecutiva. El acta de 1840, al unir bajo una sola autoridad á los dos Canadás, fundó el gobierno parlamentario responsable. En esa época se resuelve satisfactoriamente, mediante la compra oficial de las tierras de los *seigneurs*, el enojoso asunto de los semi-vasallazgos, á que he referido, que estorbaban de manera grave la subdivisión equitativa de la propiedad.

Ya hemos visto que el *sel-governemet*, que lleva á todas partes el colono inglés, junto con sus dioses penates, había adquirido todo su vigor fecundante. El dominio aumentaba visiblemente sus prosperidades y con los núcleos que brotaban, fueron preparando su entidad nuevas provincias. Tales transformaciones fueron causa de que, puestos de acuerdo los gobiernos locales con los representantes de los partidos de oposición,—interesa ese grado de cordura—acordaran entregar á delegados autorizados la redacción de nuevas bases de unión. Así nació el arreglo de 1867, que establece la organización federal definitiva del Canadá. Elegida Quebec para deliberar á la sombra de su hospitalidad clásica, fué aprobada la resolución perseguida, inmediatamente ratificada por el parlamento imperial. Ese juego de actividades, tan holgado, tan conciente, tan lleno de respeto mútuo, ¿no proclama, en forma irrefragable, que la adolescencia de los pueblos americanos del norte ha sido mucho más feliz, más libre, que la de los pueblos americanos del sur? Y para que se vea, á pesar de las terribles divergencias del pasado, el concepto expontáneo y afectuoso que merece Inglaterra á sus hijos de sangre y de adopción, agregaré que en el tercer párrafo del acta se establece que, «en el deseo de perpetuar las vinculaciones con la madre patria y de pro-

mover el bienestar de las provincias, la constitución federal deberá ajustarse al modelo de la constitución inglesa, en tanto cuanto permiten las circunstancias.» La fórmula federativa creada está en pié, habiendo sido fortificada con la incorporación de nuevas provincias. Para alcanzar su perfecta organización política ya el Canadá nada tiene que pedir por la simple razón de que ya todo lo tiene. Favorecido por vientos de bonanza, empujado por el afán laborioso de sus ejemplares habitantes, este pais, que surge á las contiendas del mundo para sorprender agradablemente á los demás, recorre plácido su trayectoría aproximándose, sin miedo, sin atropellamiento, al soberbio desenlace.

¿Está en vísperas de exigir su independencia? Si escuchamos á los pobladores de antaño eso jamás sucederá, porque el amparo de la bandera británica es demasiado frondoso y liberal para que pueda alguna vez resultar molesto. El empeño de acreditar su lealtad nubla el criterio de mis interlocutores de ojos azules. Si interrogamos á los vecinos de Quebec, fieles, como legítimos descendientes, á las tradiciones francesas, la ruptura sobrevendrá pronto y con ella no será improbable el fraccionamiento de los grupos antagónicos. El calor de celos, todavía no del todo extinguidos y á la fecha sólo aplacados, exalta el raciocinio de mis interlocutores de ojos oscuros. Me atrevo á suponer que no sucederá ni una ni otra cosa. Insistir en la perpetua fidelidad canadiense causa el mismo efecto risueño que produce oir á los niños mimosos que, para acreditar el cariño hondo que sienten por los suyos y enseñados por sus buenas mamás, dicen ingenuamente que nunca se casarán para quedarse junto á sus padres y cuidarlos cuando sean viejitos. ¡Como si la sávia que circula por el tronco y por las ramas fuera la misma y de igual energía vivificante cuando brotan las primeras hojas ó cuando aparecen las primeras flores y se bautiza el fruto! ¡Cómo se quebrantan luego esas solterías juradas en los días vehementes de la juventud! Por lo demás, suponer que la libertad llegará enseguida, y con ella la subdivisión, valdría tanto como creer que un capricho de contados soñadores puede erguirse sobre

la opinión sensata y ya hecha de la absoluta mayoría. No; el Canadá será independiente pero todavía está distante el día de su gran ensayo autonómico. En Toronto existe un club republicano que funciona á la vista de la autoridad sin provocar un exceso ni merecer una censura. Pero, como me han dicho muchos, ¿á qué objeto práctico responde, hoy por hoy, su propaganda? ¿Acaso ningún canadiense de oriente ó de occidente tiene motivo para renegar de la metrópoli? ¿Acaso ella se permite atentar, de manera directa ó indirecta, contra los derechos libérrimos de sus súbditos trasatlánticos, hechos á su noble hechura y fuertes y prósperos al presente porque ella no los ha estorbado? ¿Alguna vez se afrentó á la colonia con despotismos y tripotajes? La respuesta negativa á estas interrogaciones borra hasta el rastro de un pretexto rebelde. Obsérvese que, quitando los gobernadores y tenientes gobernadores, todos los funcionarios del Dominio son canadienses y elegidos, como mejor les place, por los canadienses; que el hermoso y aguerrido ejército local sólo tiene un extranjero en su jefe superior; que, con excepción de la firma de tratados con potencias, el Canadá posée aptitud para hacerlo todo sin prévia consulta á la corona; que ni un sólo peso de sus rentas cruza el mar para llenar los cofres metropolitanos. La independencia, proclamada á la faz del mundo, ¿sería más verdadera? Las colonias sajonas, más felices, empiezan con lo que los países sud-americanos terminan. Primero, la verdadera libertad interna, el sufragio purificado, el respeto á la autoridad, la cultura media, la exaltación fecunda del individualismo; después, cuando ya la propia salud ha hecho que se caiga, sin sentirlo, el hilo umbilical, la libertad externa. En cambio, las colonias latinas, lanzadas prematuramente á la vida emancipada y obligadas por los acontecimientos á vivir de prisa, como esos pobres adolescentes llamados á cumplir deberes de padres para con sus hermanos huérfanos cuando ellos mismos todavía son niños, dieron un salto fatal hacia la anarquía, amamantadas con leche insuperable por los prejuicios, errores é ignorancias heredadas de la madre patria. Los países del Río de la Plata han cerrado ya el período de

esas catástrofes, gracias á las altas cualidadas de la raza nueva que en ellos ha surgido para corregir valerosamente funestos atavismos. Todo esto, claro como la luz del día y por todos sabido, resulta duro; no en balde es tan verdadero. ¡Cuántas enseñanzas provechosas arrancan de éstos paralelos que no emprendemos por falta de espacio y de preparación suficiente! El Canadá surge, pues, á la imágen de los Estados Unidos. Si Inglaterra lo apurara, ahora mismo se produciría el rompimiento para siempre; pero Inglaterra aplica con elasticidad sus fuerzas de coloso, y en la época actual no existe ni remoto peligro de que se produzca allí el espectáculo hostil que dió Bostón eu 1773 arrojando al agua un cargamento de té y encabezando así el último capítulo de una revolución política que ya estaba concluida en el seno de las masas populares. Para confirmar opiniones, añadiré que el caso de los contingentes canadienses enviados al Africa del Sur para pelear contra los boers, en nada empalidece y sí fortifica la tésis sostenida. Inglaterra solicitó, como un servicio expontáneo, la ayuda de las fuerzas coloniales y, en tal concepto, después de algunos debates parlamentarios, se acordó acceder al pedido. Le mandaron los soldados que voluntariamente quisieron ir, corriendo de cuenta de la metrópoli los gastos de transporte y de sostenimiento en el teatro de la guerra.

Aceptando el galante ofrecimiento del caballero Colbert Martineau, el domingo anterior á mi partida lo dedicamos á recorrer en carruaje los suburbios rurales de Quebec. Mi buen amigo quiso hacerme conocer la vida que llevan los campesinos provinciales y el acomodo minucioso de sus granjas. El, que ha viajado por la campaña oriental y argentina, á cada instante interrumpía mis comentarios entusiastas y sinceros sobre este país industrioso que, á justo título, ostenta el diseño de un castor simbólico en su bandera, alabándome, tambien con lealtad, los encantos de nuestras comarcas, la idiosincracia simpática de nuestros pueblos, los sentimientos generosos, el desprendimiento y la hospitalidad de nuestros hermanos. Acepto, le contestaba, esas manifestaciones porque ellas son sentidas y porque, lo confieso ingenuamente,

en mucha parte las considero justicieras, pero ¡qué diferencia entre la acción del hombre aquí y la acción del hombre allá!

Ustedes han tenido todo en contra y, sin embargo, están triunfando en toda la línea. Parecería que el inmenso tamaño de las dificultades encontradas hubiera multiplicado prodigiosamente las energías del ataque. El hielo cubría, como una sábana de plomo, la tierra, torturándola, estigmatizándola, como á los criminales, y vosotros, con tenacidades inquebrantables, os empeñasteis en la tarea sabia de redimirla y ya está obtenida esa santa liberación. Las estaciones, temperaturas adversas, os acosaban burlándose de vuestros intentos laborantes, y en la actualidad, proclamando de quién ha sido la victoria, ahí se ostenta ese jardin de verduras, infinito como el océano y como el océano variado en sus matices, que se extiende desde New Brunswick hasta el Labrador, por un lado, y que, por el otro, besa al Pacífico, después de acompañar con sus oleajes al ferrocarril transcanadiense, que cruza el continente en su mayor latitud; mientras al norte, el mismo mar de hojas y de espigas, se detiene, no muere, apuntando con gesto amenazador á las estepas heladas y hasta ayer eternas que mañana saltarán, rotas en mil pedazos, para parecer entónces, extraños azahares deshojados, como alfombra, en los nuevos é incesantes desposorios del trabajo y de la naturaleza reconquistada. ¡Por todas partes síntomas de lucha y huellas de una capacidad tenaz! ¡A todos los rumbos el surco, la semilla, el buey y el caballo, graneros, huertas, sembrados y poblaciones, señalando el poder incontrastable de una voluntad gloriosa! Las distancias á cruzar eran enormes, el capital exigido para completar vuestra red ferrocarrilera ingente. En vez de desmayar pusisteis el ingenio al servicio de las soluciones por la vía fluvial, y ahora vuestro poderosísimo comercio de maderas y de productos agrícolas encuentra vehículo soberbio y barato en los ríos que se precipitan, con intenciones de castigo, desde el silencio polar, pero enfrenados con utilidad por la inteligencia nacional. Vuestros bosques de pinos representan riquezas inagotables, cortados, como lo son, con

prudencia; pero se luchó antes con el inconveniente de ser costosísimas las instalaciones movidas á vapor, y lo mismo puede decirse de vuestras fábricas. Al presente ya se ha salvado esa barrera, con brillante éxito y beneficio, pues vuestro esfuerzo fué á buscar en las cascadas y saltos de agua, el auxilio impulsivo que en adelante requería, y desde entonces el elemento salvaje, que se precipita desde las alturas, seguro de su poder y con las mismas arrogantes desnudeces de Frinée, entona glorificaciones al industrialismo, á la par que á esa creación eternamente buena y consoladora como todas las madres. ¿Todo eso no habla de laureles y de virtudes singulares, canadienses? Nosotros hemos tenido muchas cosas en nuestro favor y, sin embargo, vosotros nos aventajais. Parecería que las facilidades y sugestiones optimistas del medio hubieran enervado la fuerza del propósito primero, inclinándonos á dejar para mañana la victoria. Somos dueños de un clima privilegiado y tibio, como si fuera el fruto de una bendición, pero por largas épocas sus favores sólo han beneficiado á los pastizales nativos, sirviendo á la lujuria de las vegetaciones expontáneas; somos, quizá, el país mejor irrigado del globo; como venas de un organismo providencial, abundantes corrientes cruzan el territorio, pero todavía ningún provecho de alcance hemos sacado de esa envidiable ventaja. Los ganados del Uruguay gozan de renombre en Europa; tenemos allá un inmenso mercado que explotar; las carnes tipo se pagan á peso de oro; pero aún hay criadores encerrados en la concha de imperdonables rutinas y rebeldes á los desvelos de la cruza y de la producción cuidadosa y metódica, que ordena establecer abrigos para las haciendas y protegerlas contra las inclemencias del tiempo. Más, agregaba convencidísimo, enseguida: todo se andará; siento una fe profunda en el porvenir que ya alborea, y usted que conoce la calidad excelente de aquellas, á pesar de lo dicho, adelantadas sociedades del sur, puede decir si me asiste razón cuando sostengo que ellas llegarán á donde deben llegar.

A todo esto el birlocho corría que volaba por un camino perfecto, escoltado á los lados por cercos rústicos de ma-

dera. Tranquilidad absoluta; ni un ruído insólito; ni siquiera una brisa perdida jugando con los árboles. Nadie trabaja y pagando tributo escrupuloso y saludable al asueto dominical los labradores se dispersan buscando diversiones. Pero el sol presenta excepción á la regla del descanso. Clavado en lo alto del firmamento, como si fuera un ojo rutilante y apasionado, absorbido en la tarea dulce de enamorar á la Tierra, sus torrentes lumínicos nos alcanzan, nos envuelven en una túnica de indefinible poder vital que posée contactos felices y acariciadores, tal vez porque sus hilos de oro se han tejido al pasar por las pestañas ideales de lo azul. Ahí está, siempre vigilante, en su puesto de combate heróico, el astro altanero que desde hace tantísimos siglos nos viene salvando del horrendo desastre final al brindarnos la caridad de sus limosnas reales. ¡Callen los emperadores su orgullo y levanten fortificados sus cabezas los humildes para recibir anhelosos ese mensaje de igualdad, que no entiende del absurdo de las gerarquías sociales, que pertenece á todos, que baja del cielo en nombre de la única democracia verdadera conocida! Y la campiña que se extiende ante mi vista tampoco descansa. Ella ha aceptado el reto de gigantescos devaneos, y obediente al reclamo sideral elabora y persevera, construye y destruye, digiere huesos y podredumbres para crear magníficas corolas, para producir admirables organismos, para dar pan al hombre miserable, indigno de tanta grandeza. La vida sonríe aquí, allí, en todas partes, y sus latidos nos emplazan, que ningun mortal dejará de servir de abono á sus entrañas, perpétuamente acreedoras de lo existente. Al acaso nos detenemos en una granja que da sobre la vía, á fin de almorzar. Pude apreciar entonces el aseo extraordinario y la comodidad de una casita rural canadiense.

Protegida contra el frío, ella, aunque de material, está forrada de madera. Dobles ventanas, pisos encarpetados con unas mantas especiales que preparan los paisanos, techos muy bajos, y en el centro una estufa monumental á cuyo alrededor celebra la familia sus asambleas íntimas, mientras afuera el cierzo azota en vano las paredes y la nieve sigue cayendo sobre una sepultura. Adornan la pieza estampas

de santos, retratos, y al alcance de la mano tengo revistas y periódicos. ¡La preciosa amistad del alfabeto nadie la repudia! La campesina tiende un mantel para nosotros y coloca sobre ese tapete de pulcritud holandesa, queso gordo, manteca amarilla y leche pura acompañada de bizcochos. Para inclinarla á soltar la lengua, mi camarada le expone que yo vengo de un país remotísimo, en el que se habla otro idioma, que es parte del hemiferio austral. Sin curiosidad, sin interés mayor, aquella buena mujer nos escucha. Me explico por qué vaga la sombra de una pena por su rostro de treinta años, cuando nos declara, con quebranto, que ha tenido cuatro criaturas y que las cuatro han muerto dejándola sola con su incurable aflicción. Recuerdo entonces una hermosa y oportuna frase de Carmen Sylva, esa reina de Rumania que también posée el derecho de usar cetro en los dominios libres de la literatura: «un hogar sin hijos es una campana sin badajo.» ¿Qué vale para aquella pobre madre, herida á puñaladas, la relativa prosperidad de que goza, su bienestar y la buena suerte de su marido, si el azar no le permite tener niños suyos y velar el sueño y la alegría de inocencias aladas?

Me cuesta despedirme de Quebec, dueña del encanto de las alhajas cinceladas por la vieja orfebrería. Talvez le encuentro el atractivo raro de las semblanzas queridas, y al recorrerla evoco esa Colonia del Salvamento, que visité una vez en compañía del nobilísimo amigo don Ramón V. Bengano, que, erguida sobre la márgen izquierda del Río de la Plata, habla al presente de las edades pasadas, mojón clásico de una frontera natural que será para siempre. Existe en Quebec una capilla, dos veces centenaria, en la cual recibe culto Santa Ana de Beaupré. Asegúrase que ella responde á las rogativas muy fervorosas con el favor de asombrosos milagros, devolviendo agilidad á los paralíticos y quitando aberraciones físicas. Abonándolo así, se muestra al viajero una colección abigarrada de muletas y de báculos dejados por los redimidos al pié del maravilloso altar. Formulando un argumento á contrario, á la puerta del oratorio imploran la caridad pública algunos ciegos, mancos ó inválidos. «E pur

se muove», proclama la desgracia de aquellos infelices. Debieran de hacerlos retirar de allí, por importunos.

Pocas cosas tan chocantes como el uniforme de las tropas coloniales, idéntico al británico. Las chaquetillas de un rojo vivo, color sangre; los cinturones de cuero blanco, prendidos, no sé por qué, una cuarta más arriba de las caderas; los pantalones ajustados en los muslos y con demasiado género en el tobillo; pero, sobre todo, la forma y proporciones del *cap* y su extravagante colocación sobre la cabeza, determinan un conjunto curioso que, á primer golpe, resulta desfavorable. Aquel gorrito de paño, ora puntiagudo como quilla, ora redondo y diminuto como el bonete del payaso, está muy lejos de ser marcial. Entiendo que la ordenanza manda llevarlo terciado y que da prueba de mayor buen gusto quien lo lleva tan inclinado sobre la frente al punto de que pueda trabar conversacion cómoda con la oreja. Sin embargo, esos uniformes tienen la ventaja de su extrema sencillez y baratura.

Hablando de otras tropas ya antes he manifestado que lo único que diferencia al general norte americano de sus soldados es la insignia bordada en el cuello de la blusa. Ni una presilla, ni un galón, ni el rastro de una franja de oro en los pantalones. Por lo demás, está adoptado en muchos cuerpos el sombrero civil de ala blanda y levantada; nuestro gacho, liviano, de poco precio, que ha probado ser el mejor en la última campaña. Entre nosotros no está lejano el día de la reforma de la indumentaria militar, que adquirió aspecto de chafalonía en los tiempos ominosos y siniestros del despotismo. Entonces se aliviará el sueldo de los oficiales, á la fecha abrumado por el peso de las inacabables cuentas de sastrería, se discutirán las ventajas ó inconvenientes de ese kepí de tropa, caro y que predispone á la calvicie, y se decidirá si los servidores de la patria deben usar trajes llamativos y de escaparate.

Paseando una noche por la magnífica terraza, me parece oir que se pronuncia mi nombre. ¿Para qué volverse si solo se trata de una quimera? ¡Hace tanto tiempo que nadie me conoce! Obligado por la insistencia del llamado

busco y tropiezo con el saludo caluroso de seis ú ocho argentinos, pupilos de la escuela agrícola de Guelph. Me presentan enseguida al jefe espiritual de todos, al popular ciudadano bonaerense señor don Melitón Panelo. ¡Amables efusiones! También me introducen á otros jóvenes compatriotas suyos. Charlando afectuosamente encuentro que alguno, como Alberto Coll, ha sido mi compañero de colegio en Buenos Aires y después en la peregrinación universitaria que hicimos, en 1894, á los campos gloriosos de Tucumán y Salta.

Despertada la reminiscencia, ¿me permitís este aparte agradable y deshojar, á la vez, cariño sobre la loza de algunas tumbas prematuras? Los estudiantes argentinos habían invitado á los estudiantes orientales á ir con ellos á la casa sagrada en donde sesionó el Congreso de 1816, hecho libertador por la frase fulgurante de Fray Justo Santa María de Oro, y también á la llanada salteña que regaló á la historia el patriotismo antiguo de Manuel Belgrano. Aceptada la galantería, Enrique Castro fué designado para representar á la Facultad de Medicina, Luis Lerena Joanicó á la de Matemáticas y á la de Derecho este vuestro interlocutor. A nuestro arribo á la capital vecina nos abrazó, infundiéndonos ánimo y nos sirvió de intérprete social en los primeros momentos, Gonzalo Ramírez Chain. ¡Qué días de inefables satisfacciones aquellos! ¡Entónces sí que empezaba para nosotros la primavera! Algún día amplificaré la crónica, que ya hice, de aquella aproximación generosa. Ahora sólo la reclamo para rendir, de nuevo, tributo á los camaradas que se han ido. Enrique Castro era un hijo mimado del ideal; cuando habló á una inmensa multitud, en Salta sus párrafos tenían la vibración arrebatadora de los sollozos y su rostro de Nazareno parecía iluminado. ¡Así fué luego de grande la ovación! El tipo de un artista estaba fundido en Luis Lerena Joanicó, inteligencia superior, llena de facetas, como todas las piedras preciosas; siempre risueño, siempre chispeante. El tomó la palabra en la invicta Tucumán con motivo de una velada. No olvido que, habiéndose prendado de una linda morocha, que se llamaba Encarnación, en el deseo cortesano de honrarla, él empezó su

discurso con ese nombre, entónces de doble sentido, al exaltar las pujanzas de la patria. Gonzalo Ramírez Chain, era un filósofo, era un vigoroso estadista en ciernes. Espíritu selecto que flotaba muy por encima de la masa vulgar. A esas tres columnas de pureza cívica las truncó la fatalidad, después de afilar mucho la hoz.

Pero ellos valían tanto que figuran como presentes en las filas de la generación á que pertenecieron; como el estudiante de derecho Arturo Ramos Suárez, como el periodista Ramón Orique, como Alberto Maldonado, ese melancólico trágico, como algunos más, segados antes de tiempo, cuando recién empezaban la dura jornada. A muchos de los restantes compañeros de excursión estudiantil hace ocho años, los veo lucir en su país. El presbítero Romero, de entonces, hoy obispo, que tanto valía ya, es el mejor campeón de la causa católica en el parlamento argentino; Atanasio Iturbe, preside la subcomisión de límites con Bolivia; es subsecretario del ministerio de agricultura, José León Suárez, digno biznieto del patriota don Joaquín Suárez; Francisco Uriburu, dirige *El País;* Julio A. Roca, hijo, lo dice todo con su apellido; Leopoldo Lugones, que se reveló en el atrio de la catedral de Salta, ya ha llegado á la cumbre, que le pertenece; Daniel Fernández es á la fecha comandante de Estado Mayor; y cuántos otros, dispersos, que dominan en su carreras. ¡Hojas de otoño! Como vanguardia encantada y triste, mezclados, en extraña confusión, las flores y los crespones, pasad, pasad, recuerdos, diciéndome que ya no soy joven y para probarme, otra vez—¡cuesta tanto convencerse!—que las ilusiones son fugaces como esas nieblas, casi emblemáticas, cernidas sobre los campos y disipadas con los primeros tiroteos del amanecer. Pero pasad despacio, tan despacio como los acompañamientos funerarios, lentamente, tan lentamente como las lágrimas que ruedan por una mejilla dolorida, porque quiero gustar el placer angustioso de vuestro desfile. Las memorias del pasado lastiman al pensamiento pero tienen la particularidad de que se hincan en lo vivo, con dulzuras de ensueño, como si fueran espinas con la punta mojada en miel.

¡Pasad, pasad, recuerdos...!

XIII

La apología del sufragio libre — Una elección norte americana — Maravillas democráticas—Peculiaridades edificantes—Fin de una elección americana - La colosal huelga hullera—Un caudillo heróico—Saludable influencia de Roosevelt - La primera nevada.

Al describir las escenas pintorescas que presencié en las calles de New York, con motivo de unas elecciones primarias, decía en carta anterior que aún no quedaba agotado el tema. Probándolo así, aquí estoy de nuevo dispuesto á hilvanar párrafos complementarios de aquellos y usando como aguja el mismo asunto. Sólo el temor de resultar mas ramplón que de costumbre, incurriendo en el pecado vulgarísimo de quienes empiezan sus peroraciones pidiendo disculpas al auditorio por su incapacidad — en la que, por supuesto, no creen — me decide á no encabezar estas líneas con cuatro palabras de excusa. El caso se resuelve mejor rogando á ustedes que no me lean por compromiso. Estoy demasiado vinculado á mis lectores, que á menudo han sido mis confidentes, para que ellos se consideren obligados á soportar, á disgusto, mi cháchara, como sucede en las visitas de etiqueta que, cuando canta mal la hija de la casa ó la mamá rompe sin piedad las teclas del piano á la vez que los tímpanos de sus oyentas, la cortesía manda trazar un punto admirativo al final de tales blasfemias artísticas y exclamar con expresión apasionada: «¡Ah, continúe usted; qué ejecución la suya!» Ya lo creo; ¡qué ejecución! De manera, entonces, que se servirán tratarme en familia: cuando les fatigue me echan

á un lado, como hacemos todos con los importunos, y... tan amigos como antes.

¡Cerrado el trato! La voluntad soberbia del pueblo norte americano acaba de cristalizar en el fondo de las urnas. Escuchando el llamado constitucional, los ciudadanos hábiles de medio hemisferio practicaron en fecha dada el sufragio para descubrir, otra vez, mucha parte de las cualidades sobresalientes de esta sociedad disciplinada que cumple los mandatos de la ley con fidelidades de enamorado. Extraordinario, viril, pasmoso en sus beneficios, este otro ejercicio atlético! Magnífica gimnasia del pensamiento, de la propia energía, del entusiasmo, de las convicciones, de la fuerza moral. El derecho y el deber paseándose del brazo, siempre vencedores, siempre acatados, sin encontrar el estorbo de una piedrecilla en su camino. La balota electoral tan sagrada en manos del último extranjero que acaba de naturalizarse como en poder del millonario. Cuando el ideal llega á encarnarse así en la realidad, se le concibe como un óleo santo que posée la virtud maravillosa de curar todas las heridas y de aplacar todos los grandes dolores de las muchedumbres infelices; se le sueña materializado en una bandera, amplia, generosa, triunfadora, que, elevada en la cumbre más alta de la tierra, sonrie á las tempestades produciendo al flamear el ruido de un aleteo gigante. ¿Qué importa el error de preferencias que pueda cometerse; qué valen los fraudes que puedan intentarse; qué significan todas las intenciones espúreas aliadas, que se aproximan perversas á la mesa del voto pretendiendo derrotar á los cariños buenos, cuando el pueblo es señor soberano, cuando ninguna presión ilegítima lo violenta, cuando él se sabe dueño de todas las responsabilidades, pero también de todas las regalías nobles?

La imperfección y la más íntima actividad humana son congénitas. Nacieron mellizas y, á decir cosa cierta, los defectos son manchas que limpian si ellos brotan á la sombra de la libertad verdadera y apadrinados por el derecho. ¿Acaso flotan pocas impurezas en la superficie del mar? ¿Y acaso el puñado que ellas representan alcanza á quitarle una

belleza al elemento cautivo? ¡Si á la marejada de fondo, que trajo escorias, sucede otra marejada de fondo, mensajera de las perlas y de los corales, que trae esencias de ámbar en los rizos de sus espumas! ¡Cómo si los abrojos quitaran majestad á la melena del león! Más impresionantes que las batallas libradas por Grant contra Lee, para arrancar de cuajo el cáncer de la esclavitud, son estas luchas modernas y de renovación periódica. Allá se asiste á un drama espantoso: se bautiza al negro libre en las aguas rojas de un Jordán alimentado con la sangre del hermano, entre el remedo de trueno que ofrece la fusilería incansable y la ruina que decreta el desastre. Aquí, no hay calamidades, no se evocan carnicerías, no se aumentan los sepulcros. Por lo contrario, todo contribuye á bosquejar el espectáculo de una cordialidad seductora, de un amor idéntico, puesto que no son menos hermanos los varones que disienten honestamente de opiniones al apreciar intereses comunes. Dígase si no es admirable ver á una masa humana, tan dilatada que sólo cabe en el estuche de medio continente, tan nutrida que ella representa mucho más de la población sumada de todas las repúblicas americanas desde Texas al Cabo de Hornos, prestar obediencia, con agilidad simultánea, á las obligaciones del sufragio y sostener el dominio indiscutido de su voluntad soberana, sin conflicto, sin camorra, sin protestas airadas, sin que una gota de rencor maldito quede á la espalda amargando el corazón de la madre de todos. Dígase si todavía no aumenta el prestigio de suceso tan ejemplar cuando se piensa que tantísimos millares de sufragantes, á pesar de manejos ilícitos y de influencias torcidas, han sostenido firme su instinto justiciero, llevando á la representación nacional á los primeros hombres dirigentes del país. Resultados estupendos de la libertad, dignificada por la educación popular, que en el más apartado villorío no deja escapar á un solo niño sin la vacuna salvadora del alfabeto, y en cuyo nombre se persigue á los pobres que no mandan sus hijos á la escuela, que ellos también son delincuentes comunes.

No se dirá que un país en donde tan enaltecedores espectáculos, á fuerza de habituales, ya no llaman la atención de

nadie, disfruta prosperidades asustadoras y aumenta á diario su poderío de coloso por obra graciosa de la casualidad. El carácter voluble de los favores de ésta no armoniza ciertamente con la índole orgánica de aquellas venturas. Por lo demás, negar el rasgo racional de semejante desenvolvimiento importaría desconocer el fruto de las leyes lógicas. El titán está ahí, robusto, brioso, erguidísimo. No perdamos el tiempo en buscarle el talón vulnerable, haciendo, bajo el aguijón de las peores envidias, lo que los niños que, espoleados por una inocente curiosidad, rompen sus más preciosos juguetes en el afán de encontrarles el secreto. Apresurémonos á recoger sus soberbias enseñanzas, á formar muy complacidos en la última fila de sus discípulos, en vez de disimular, neciamente, nuestra evidente inferioridad política insistiendo en el vulgar estribillo de que nos sobra en hidalguía lo que de ella les falta á los norte americanos; de que somos más generosos que ellos; de que la redención espiritual del mundo nos debe todo á nosotros; de que nadie cultiva los bellos ideales como nosotros; de que á la flema utilitaria, mercantil, inquebrantable, de ellos, nuestra raza opone su corazón, su gran corazón, que tanto heroismo ha regalado á las páginas de la historia. Lote de mentiras, mucho más convencionales que las denunciadas por el talento igualitario de Max Nordau. Lote de mentiras con las que es inícuo resistirse á la elocuencia que se desprende de sucesos iluminados. Lote de mentiras, indignas de las nuevas generaciones que en la América latina surgen hoy á la vida para fundar la libertad de sociedades castigadas por aplastadoras herencias coloniales.

¿Cómo podemos reivindicar como nuestro patrimonio el culto del derecho, el respeto á los principios, los sentimientos altruistas, el desinterés positivo, cuando desde la cuna venimos mordiéndonos con encono de alacranes, cuando la anarquía nos abocó al peligro de las tuberculosis galopantes y hemos negado, porque sí, al hermano coparticipación legítima en el manejo de la cosa pública, y hemos envenenado el porvenir de la patria antes de acatar los mandatos de las mayorías, y hemos inclinado la balanza echando en un platillo nuestras ambiciones incalificables, que siempre pesa-

ron como el plomo, y que siempre cortaron con el filo de la espada de Breno: *¡ay de los vencidos!* Y, en cambio, ¿qué escudo intelectual nos permite rebelarnos contra el ejemplo deslumbrante de esa democracia vecina, centenaria como la virtud, idéntica á sí misma como Washington, sencilla y sábia como Franklin, firme como el hacha del leñador Abraham Lincoln, adicta á los mandatos de su carta constitucional como el soldado á su estandarte? Ella condensa un grueso é imponente capítulo de la honradez del universo. A su sombra fecunda han brotado las más avanzadas doctrinas de organización política; á su amparo han surgido las falanges más purificadas de ciudadanos; en su seno germinaron con potencia, no igualada, las más preciadas liberaciones del caracter, bajo su égida creció y seguirá creciendo la dignidad de nuestra especie. ¿Puede cerrarse los ojos á tales convicciones, que hieren el pensamiento como la luz á las pupilas, sin pedir permiso, cuando se ha tenido la dicha de nacer en tierras libres de resabios caducos y que viven con el siglo? Censurarnos por estas alabanzas recias, y ya viejas por lo merecidas, valdría tanto como dirigir reproches á la brújula porque ella siempre apunta al norte. ¿Cómo apartar el influjo de este otro iman cuando él exhibe al alcance de todas las miradas su macizo de cordillera?

Las elecciones recién terminadas me han permitido conocer un momento extraordinario de New York. Cuesta despertar la curiosidad de la inmensa metrópoli, hacerla olvidar sus segregaciones de barrio, fundirla en un sentimiento común, arrancarla á la vorágine de sus quehaceres incesantes. Sin embargo, yo ya he presenciado el milagro y he visto al verdadero pueblo, á multitudes ondulantes, avasalladoras, alegres, desbordando por las calles, dando así el latido de vida gigantesco que exige este núcleo gigante. Y, consoladora victoria de las ideas, no ha sido la campana de rebato de los incendios, que invita á gozar en corro de la desgracia agena, ni el estruendo de una terrible catástrofe pública, ni pasiones iracundas de los gobernados, ni el desahogo colérico de pechos oprimidos, el que ha decretado esta briosa palpi-

tación de las entrañas populares. Ha sido, sí, la voz mágica de esas instituciones venerandas que vienen encauzando, desde los albores, la marcha ascendente de una sociedad que asombra por la fuerza de su equilibrio moral; ha sido el llamado dignificante del deber y el acicate soberbio del derecho quienes han encendido esa llamarada de entusiasmos ciudadanos que triunfó, por horas, de todas las preocupaciones y de todas las tareas imperiosas; que interrumpió el pasaje de los trenes eléctricos; que tuvo su centro frente á los principales diarios; que puso pitos y cornetines en la boca de los vencedores delirantes, banderas americanas en los ojales de las levitas, hojas simbólicas al cuello, y pequeñas escobas, también significativas, en la cinta de los sombreros. Arrastre soberano del comicio, que es la flor espléndida que da el árbol de la libertad, que corrige sabiamente todos los errores, que redime todas las culpas, que asegura contra todos los huracanes cuando se le ejerce sin retranca ni dogales. El día de las elecciones es declarado festivo, á ese solo objeto, en todo el territorio de la Unión. No vaya á suponerse que New York comprometió el carácter puritano de sus días de descanso, con motivo de la árdua emergencia. La abundancia de mesas receptoras de votos y su acertada distribución evita los atropellamientos. Por lo demás, ellos están reñidos con el modo de ser de estos ciudadanos ejemplares que concurren á las urnas con la misma calma respetuosa con que entran á sus templos. Nadie estorba; nadie recrimina; no hay matones; no se conciben los tipos provocativos; se huye del exhibicionismo y la injuria al adversario no tiene cabida lógica. La cultura avanzada de todos y de cada cual permite que brote en los espíritus la misma reflexión honrada: la ley se ha dictado para la nación entera, sin diferencia de razas ni de divisas; ella ampara á toda la comunidad y cometería una incalificable injusticia quien la quebrara en el deseo de asegurar el dominio de sus aspiraciones personales. El miembro más humilde y desconocido de la muchedumbre sabe raciocinar y posée concepto propio, irreductible, consciente, de su personalidad social y de la parte de derecho que es suya, que le per-

tenece, como la sangre de sus venas, y que no puede arrebatársele sin cometer un atentado. Id á mistificar á un conductor de trenvía, á fin de obtener otro rumbo para sus preferencias políticas; proponed á un vendedor ambulante la compra de su balota, como si se tratara de una baratija; amenazad al empleado dependiente, invocando prerrogativas de patron; apoyados en vuestra elevada gerarquía militar, decid al último subteniente del ejército que está obligado á orientar en tal ó cual sentido su voto, y ya veréis con que energía altiva se rechaza tal propuesta. Y puede asegurarse que tal ocurrirá porque la opinión tiene aquí influjo incontrastable y ella aplastaría con su condenación á quienes intentaran imponer su criterio á los débiles. ¿Coartar la independencia del criterio en Norte América? Jamás. ¿Consentir que se adultere la tradición de oro del individualismo y que los comerciantes y los jefes de la administración y los generales y coroneles violenten brutalmente la conciencia de sus subalternos? Jamás. Claro que no soy huésped de un país de ángeles. Quien así lo quiera puede enagenar su voluntad y convertirse en esclavo de otro mediante la venta de su sufragio. Hasta ahí no llega la vigilancia del Estado que sólo se preocupa de fundir caracteres y de dar á cada uno el escudo invulnerable de la preparación escolar. De ahí que en Estados Unidos no puedan invocar pretexto de inconciencia ó ignorancia los que van á las urnas como instrumentos de otros. De ahí que todavía en el seno de nuestras democracias imperfectas posea veracidad dolorosa ese argumento que, más que pretexto, señala una explicación, cruda y exacta, de tantas abdicaciones campesinas!

El aspecto de New York cambió radicalmente de noche. Apenas oscureció, y apesar de la baja temperatura, empezaron á cuajarse de gente las calles más céntricas. A todos empujaba el deseo de conocer el resultado de los centenares de escrutinios que se practicaban, con rapidez vertiginosa, desde el instante en que se levantaron las mesas receptoras, es decir, á las cinco de la tarde. Las redacciones de diarios, que son los clubs en que se concentra el alma popular en

circunstancias palpitantes, fueron invadidas por la ola humana que llenaba, con hinchazones de maremoto, la extensión estratégica de Broadway. Además de sus ediciones extraordinarias, *The American Journal* había anunciado que los resultados parciales serían reproducidos por el cinematógrafo en los altos de su edificio, recién concluido en la intersección de la Quinta Avenida y de la calle Veinte y Tres y mencionado con anterioridad, que señala la audacia más temeraria de la moderna arquitectura. En efecto, allí se reprodujeron, con corrección fotográfica, las alternativas de la puja cívica. Con aquella ocurrencia feliz el *Journal* había dado indudablemente un golpe hábil de propaganda, y así lo reiteraban sus sueltos de gacetilla proclamando que era tanto el cariño de la empresa periodística por el público que ella no vacilaba en renunciar al beneficio monetario de la venta de su hoja, con tal de favorecerlo. Por eso clavaba allí, en el reino de las nubes, su cartel de desafío noticioso: todo por el pueblo. Pero los restantes órganos de publicidad no podían consentir ese triunfo. Uno concibió la idea, aún más original, de utilizar globos cautivos y de aprovechar ese recurso novedoso para congraciarse con los millares y millares de sujetos que, desde abajo, disfrutábamos del interesante espectáculo; otro, hizo remontar cometas de colores que llevaban inscripto el nombre de los candidatos y hacían lo imposible por eclipsar el éxito de los globos; mientras el viejo *Herald*, ese coloso de la idea que viene escribiendo desde hace años y día á día la historia de la civilización, se posesionaba de la torre de Madisón Square para convertirla en un gran faro, adornándola con una magnífica cabellera de luces. Ya estaba indicado: cuando el chorro eléctrico, que atado allá en la cumbre del fanal parecía una cinta de plata volante sobre el manto de la noche, apuntara en tal dirección, eso significaba ventaja para determinado de los bandos, y lo contrario en caso distinto. Reloj de blancas manecillas colgado, como un relicario, al cuello de los aires; estrella artificial, más bella aún que las verdaderas, que las reales, que asoman su parpadeo por las grietas del infinito,

por que el torrente de sus claridades iluminaba á la materia y también iluminaba al espíritu!

La lucha electoral que acababa de jugarse, había sido reñidísima. Si por un lado no se discute que los demócratas arrastran la mayoría en la ciudad de New York, por otro, está demostrado que los republicanos son dueños del resto del Estado. ¿Podría más la cabeza que el cuerpo? ¿Era la victoria de la metrópoli ó de las poblaciones á ella subordinadas? Este contesto lo resolvía al aire libre la multitud neoyorkina en la noche del 26 de Octubre. Cuando en los lienzos iluminados se reflejaban cifras, una gritería infernal se alzaba del seno de la masa compacta. Pero nada de gritos agresivos, ni de interjecciones maldicientes. Los favorecidos con el saldo ponían, solo en gritos estruendosos, la intensidad de su satisfacción ciudadana, coreados por el comentario travieso de los muchachos, por la risa contagiosa de los obreros, semejante á resoplidos de fuelle, y por las manifestaciones complementarias de las señoritas que ayudaban á aturdir sin que á nadie se le ocurriera menoscabar el profundo respeto que la mujer merece y que solo aquí he visto en toda su hermosísima realidad. Pero ocurrió más de una vez que los dados se dieron vuelta y entonces tocaba el turno de exteriorizar su alegría á los que un instante antes escucharan, sin desplegar los labios, sin fruncir la frente, el desahogo del delirio adversario.

¿Enojarse, ofenderse, insultar, porque á un paso de un oído republicano una voz demócrata toca furiosamente la corneta en honor de su candidato que avanza? Eso sería torpe, injustificado, incomprensible en los Estados Unidos. ¿Acaso cada cual no ha pugnado, con uñas y dientes, como mejor ha podido, por el triunfo de su *leader*, sin sentir la sombra de un estorbo que dificulte el libre desarrollo de sus aptitudes? Si alcanzan la meta éstos y no aquéllos es por la simple razón de que este color y no aquél ha tenido más sufragios, ha conquistado de manera legítima la mayoría. ¿Cómo desconocerles, entonces, á los victoriosos el derecho de proclamar su éxito, á grito herido, siempre que no lastimen la libertad de terceros, siempre que no empu-

jen, que no pisen, que no muestren los puños á los hermanos rivales? Ese raro equilibrio de los criterios, que pertenece por igual al último moreno y al primero de los millonarios, es lo que no concluye de adivinarse. Acatar el mandato de las mayorías, sin protestas, sin juramentos hostiles, sin miradas febriles. ¿Comprendemos nosotros esa virtud; no debemos envidiarla quienes, á pesar de nuestro pregonado liberalismo y generosidad de raza, creemos que es justo ocurrir á los más reprobables expedientes antes de confesar la victoria del otro bando; propio sostener que el poder nos pertenece por derecho arbitrario, y virilidad partidaria sentar que así seguirá siendo por la razón ó por la fuerza?

Las cosas no habían marchado tan bien como se creyera y New York, demócrata, no tuvo otro remedio que rendirse ante el fallo inapelable de los escrutinios. De paso merece observarse que á las once, es decir, seis horas después de cerradas las urnas, conocía el país el resultado preciso y definitivo del sufragio de medio millón de ciudadanos. Eso acredita, con toda evidencia, que alguna simplificación de procedimientos, que no alcanzo á precisar, puede recogerse de las prácticas electorales americanas. Por primera vez en este comicio se utilizaron los servicios de máquinas automáticas para votar, con excelente provecho. La derrota de los demócratas fué dificilísima y sólo en seis ú ocho mil balotas consistió la mayoría; lo que nada representa en una pugna de este volúmen. Intereses fundamentales para el partido se arriesgaban en la jornada, ríos de dinero quedaban estérilmente tragados por la arena, y sin embargo, se aceptó, con resignación, el peso de la catástrofe. En otras partes se hubiera declamado semanas enteras contra la infamia del adversario que tuvo la audacia de vencer por sus cabales. Su disciplina fuera designada servilismo; fraude, su agilidad; engaño ó sorpresa, sus acertadas combinaciones; pero repito que aquí no se conocen tales intemperancias de pensamiento y de lenguaje y al día siguiente de estar constatado el desastre, los diarios de la fracción infortunada se entregaban á la tarea ingrata de comentarlo, coincidiendo en afirmar que

él se debía al desacierto que reina en las filas democráticas. «No importa, leí en algún órgano de publicidad, esta vez hemos sido arrollados; pero haremos lo posible porque la caída no se repita dentro de dos años. El error fué designar á un candidato de escaso calibre político y sin prestigios bastantes para despertar todos los entusiasmos del partido. La culpa debe imputarse á las propias anarquías. Luchemos desde ahora porque esa culpa y ese error no se repitan». Así se encaran los sucesos en estos escenarios purificados. He expuesto que la campaña recién concluída tenía importancia trascendental y deseo insistir sobre este punto, de juicio atrayente. Desde que Grover Cleveland bajó por segunda vez de la presidencia en 1897, para ser sustituído por William Mac-Kinley, los demócratas vienen esforzándose por recuperar el gobierno. La última batalla dirigida á ese empeño ha sido la apuntada. Pero, ¿por qué se abrigaba en esta ocasión más confianza en el éxito que en otras? Ahí está la cuestión obrera, el gravísimo problema, que fué, de la huelga de los mineros, contestando por nosotros. Se pensó que de los campos de antracita de Pennsylvania surgirían legiones de votantes amigos; que los desheredados y los descontentos ocuparían ancho espacio en las filas. Inmensas proporciones ha debido alcanzar, dirán ustedes, esa rebelión de los trabajadores cuando ella pudo influir de manera tan activa en los comicios nacionales. Indudablemente; y para acreditarlo así he ligado en la crónica asuntos intimamente unidos en la materialidad de su desarrollo. Lamento, sí, que me mande ser sóbrio la consideración que guardo á mis compañeros, los lectores, con los cuales estoy siempre en débito de agradecimiento por la paciencia benedictina con que me siguen en estas excursiones enciclopédicas y á barquinazos. ¡Sobriedad—pensará algún juguetón—y nos endilga, sin hacer un alto, cuatro columnas apretaditas de composición! Eso es, precisamente, lo que me aflige; aún siendo más largo en mis elucubraciones que las leguas brasileras, siempre quedo corto y siempre resta algo por agregar. ¡Son tan conquistadores los temas; tan soberbia la escuela á que asisto; tan dilatadas las enseñanzas que ella brinda sin tasa!

Ahora comprendo algo la inagotable facundia de los novios en su primer emplume y la música, sin punto final, que ellos arrancan á las cuerdas de su corazón nuevito! Basta de apartes y adelante que, si continúo justificándome con mis víctimas, corro el riesgo de que me suceda lo que á esos señores muy estirados que, en el afán de menudear cortesías, tropiezan en un mueble y rompen el jarrón de fina porcelana, regalado en ocasión de un cumpleaños por el amigo predilecto, y mirado como una reliquia en el culto casero. ¡Qué simpática es la causa de los mineros norte-americanos! ¡Con cuánta satisfacción dejo correr la pluma al escribir estas líneas que repetirán mañana en letras de molde y por centésima vez el himno universal de la defensa obrera! ¡Cómo parece que clarea el color de la tinta cuando ella se utiliza en trazar caracteres de homenaje y de cariño á los grandes oprimidos del siglo diez y nueve y liberados, que serán, del siglo veinte! ¿Queréis apreciar el significado de esta huelga? Pues ella decretó la paralización de ciento cincuenta mil voluntades que, á una hora precisa, como tocadas por una misma corriente eléctrica, dejaron de escarbar las entrañas negras de la tierra y salieron á la superficie, en algazara, para exigir mejores salarios á los mortales del primer piso, sus patrones; ella abocó á incertidumbres domésticas, linderas de la miseria, á un núcleo de cuatrocientas mil mujeres y niños; ella ha originado más pérdidas á la fortuna pública que el precio de la guerra franco-prusiana y los perjuicios inmediatos, que alcanzan á cien millones de dollars, están ahí, á la vista del más incrédulo. Raciocinemos con lealtad. Cuando la protesta consigue montar una tan colosal maquinaria y bajo el acicate de un idéntico disgusto se llega á tejer una tan formidable malla de acero moral, es necesario confesar que la reacción tiene orígen digno, porque, apesar de que en este mundo hay tantos pícaros, nunca la injusticia lograría asociar en un haz romano tantas unidades diversas y libérrimas. En efecto, los mineros no pedían mucho. Aumento de jornal, más horas de descanso, menos fatiga, el socorro de fondos cooperativos para los vencidos, para los que caen en la brecha con las manos llenas de callos, que esas son las

insignias de la legión de honor de los humildes. ¡Es cierto; los mineros! ¡Recién os acordáis de que ellos existen cuando el recurso, heroicamente defensivo, por ellos adoptado, os lastima en carne propia y vuestro presupuesto aumenta porque de seis pesos ha subido hasta doce el valor de la tonelada de carbón! Mientras al amor de la estufa entibiábais también el espíritu con el calor de amables lecturas, nunca se os ocurrió pensar que mucha parte de ese solaz quedaba adeudado á quienes arrancan en los zótanos de la creación, pedazos del más precioso de los combustibles. ¿Cómo tener presente, si jamás se les vé, á esos obreros del abismo que vagan fantásticos por galerías subterráneas; que pasan la vida entre grietas, como los bichos; que en materia de luces sólo les es familiar la pálida y temblorosa brindada por las lámparas de seguridad de Davy; que á menudo se casan, nacen y mueren en el fondo de la inmensa tumba geológica; que, prisioneros de las indias negras, avanzan en su tarea eterna de conquista llevando en los dedos el azadón que es el crucifijo de la religión laborante; y que, ciudadanos sin ciudades, hijos sin patria, padres sin vejez, sólo se asoman al brocal del gran pozo, en caso de extrema penuria, como el presente, cuando cansados de ser prisioneros resuelven poner á la vista de sus hermanos más felices las llagas de su situación para apelar enseguida ante el tribunal pleno de las opiniones honradas?

En el país del derecho, en el país en donde tienen menos razón para llorar agonías los desheredados, repercutió hondamente la expresión de aquel santo dolor que llegaba con inflexiones de reproche hasta los pensamientos superiores. Alguien había sido olvidado en las jornadas de liberación social, y para borrar la vergüenza de aquella injusta omisión, se ofreció el lote diamantino de todas las simpatías públicas á las que recien venían á implorar para sí el favor de los «tres ochos» de la redención obrera. ¡Qué hermoso ejemplo acaba de dar en esta emergencia la solidaridad humana! El choque era de proporciones gigantes: de un lado, el capital, impasible, sordo á las demandas respetuosas, protegido en su actitud soberbia por la triple coraza de sus

egoismos, de sus opulencias y de su desprecio; y del otro, la masa anónima, la marejada de los débiles, sin más amparo que la toga de su derecho y sin otra esperanza que la conciencia de sus fundadas reclamaciones. Quince semanas duró esta lucha memorable entre media docena de sindicatos aliados y millares de descontentos. Asunto magno proveer á las necesidades de un pueblo entero que, acosado, renuncia á los beneficios del trabajo remunerativo y acepta las perspectivas insolubles del hambre como remedio extremo á sus aflicciones! ¿Quién hacía suya la responsabilidad de ese ostracismo, de esa carencia de recursos á un paso de su fuente; quién preparó el sostenimiento de sus compañeros durante los días inciertos y terribles de la batalla? John Mitchell se llama el general que organizó las filas de la resistencia, que la sostuvo, á despecho de todos los temporales, que la impuso, al fin, á los recalcitrantes. Su nombre ha adquirido ya larga resonancia, pudiéndose decir que hubo instante en qne las vibraciones de su prestigio llegaron hasta el fondo de todos los hogares de la Unión.

Las horas de desfallecimiento fueron muchas; la Guardia Nacional de Pennsylvania, llamada á la armas, acampó en la región de las minas para garantizarlas y defender á los desertores, á los que, también infelices, habían desmayado al quedarse sin pan y con hijos; el abastecimiento de tantísimos batallones civiles, penoso y miserable, motivaba algunos enojos; las apariencias estériles que iban rodeando al abnegado esfuerzo, con el correr de las semanas, contribuían á debilitar energías; á menudo los elementos dirigentes de la multitud se miraron azorados preguntándose, con el gesto, unos á los otros, si aquella actitud desesperada, que arrancaba sangre á tantos bolsillos inocentes, tendría los resultados desastrosos de la histórica retirada militar de Rusia. Pero era entonces que destacaba imponente la figura de John Mitchell, de ese caudillo descollante que desde la más envidiable de las tribunas, en hombros de los derrotados, ha hablado como un iluminado y ha conseguido mover el alma grande de la patria. Lampiño, con el pelo largo, peinado para atrás, como si quisiera descubrir á todas las investigaciones

el campo de la frente ancha; alto, bien plantado, él encarnaba con éxito la representación de la causa minera. Hijo de su esfuerzo, criado en el fondo de las minas, conoce por experiencia propia el grado de exactitud de los anhelos corporativos. Elegido jefe supremo de todas las organizaciones, le tocó cargar con la enorme responsabilidad de un rompimiento violento con los patrones encastillados en su desdén. El tiempo corría, demasiado lento, sin que un síntoma de solución apareciera en el horizonte; el invierno se aproximaba bosquejando la sombra de una catástrofe. ¡Cuántas veces el espíritu noble de John Mitchell se habrá sentido agobiado bajo el mármol del desaliento! ¡Qué á menudo el incansable batallador ha debido pensar, con terror, en la suerte de su grey, aunque siempre proclamara lo contrario en público!

Comprendiendo que se estaba jugando una empresa llamada á dejar huella profunda, fueren los que fuesen sus resultados, los demás gremios allegaron auxilio de contingente metálico á los camaradas en desgracia; y así vierten semanalmente doscientos mil dollars en la caja de los mineros para concurrir al pago de las erogaciones creadas por el alzamiento monstruo. Los sindicatos se mantenían firmes, en la confianza de quebrar por hambre la viril resistencia, y era necesario probar que á esa viril resistencia no la extinguiría la escasez de recursos, ese argumento de hierro que aplasta á tantas causas buenas. Los rebeldes redujeron sus gastos y las familias, arrolladas por el movimiento, aceptaron gustosas, comer menos que de costumbre, á condición de no ceder; y no se cedió. Un factor incontrastable, que se había estado fundiendo muy lejos del campo de combate, vino á dar una solución equitativa al conflicto, y junto con ella el triunfo á los obreros. Ese factor se llama la opinión pública, y aquí bien se sabe cuánto él puede. La huelga probó, con una propaganda activísima, el mérito razonable de sus pretensiones, y cuando la prensa, que es buena parte del cerebro y del corazón del mundo, hizo suya la bandera de los protestantes y la agitó entusiasta en todos los grandes centros desatando las simpatías populares, pudo Mitchell des-

cansar tranquilo porque ya estaba decretado el rayo que abriría las tinieblas.

A todo esto se hacía del árduo problema económico un asunto político. Las elecciones legislativas estaban encima y el partido demócrata nada tardó en buscar la alianza importantísima de los obreros y de sus adictos. Todos los tiros iban dirigidos á ese propósito y, al sancionarse la plataforma de la campaña iniciada, estableció expresamente la convención nacional, reunida en Saratoga, que «era necesario traspasar á las municipalidades la propiedad y explotación de las minas de carbón, en virtud del ejercicio por parte del gobierno del dominio eminente, y mediante una justa compensación á sus dueños; agregando que se fundaba ese propósito en el hecho de que el combustible es, como el agua, una necesidad pública, estando, por lo demás, ubicados en el Estado de Pennsylvania el noventa por ciento de los campos de antracita del mundo, circunstancia esta última que hacía de interés social su constante laboreo». Pero la actitud valiente y esclarecida del presidente Roosevelt quitó eficacia á tales recursos resolviendo, en horas, la grave dificultad nacional. El mandato poderoso, sagrado, de la opinión, hecha ya en el punto debatido, había sido escuchado en las alturas del gobierno, y de la Casa Blanca salió esta vez, como tantísimas otras, la palabra de conciliación y de justicia. «A las once de la mañana del día tres de Octubre, os invito á celebrar conmigo una conferencia en la Mansión Ejecutiva para discutir el problema minero», dijo, por telégrafo, el jefe del Estado á los representantes de las fracciones divergentes. Y sucedió entonces que, bajo los auspicios generosos de la autoridad presidencial, se encontraron, por primera vez, frente á frente y sin ser para desafiarse, John Mitchell y las cabezas de los sindicatos, Baer, Truesdale, Fowler, Markle y Oliphant.

En circunstancias tan extraordinarias y ante juez de tan alto coturno debían morir, antes de llegar á los labios, todas las borrascas. Mitchell, interrogado sobre cuales eran sus exigencias, repitió lo que venía proclamando desde un principio: la huelga sólo aspiraba á que un tribunal, com-

puesto de personalidades imparciales, resolviera las diferencias produciendo un fallo arbitral inapelable. Los presidentes de las compañías se rehusaron á admitir este expediente de equidad. La sesión se levantó sin que el asunto quedara resuelto. Pero el labrador que arrojara al seno de las filas la semilla de la paz era demasiado robusto y experimentado para dejarla perecer en el fondo del surco. A los ocho días obtenía completa sanción la propuesta suprema, y ambas partes entregaban á la sentencia, que se acatará, de media docena de ciudadanos distinguidos, designados por el jefe de la nación, la palabra definitiva y pacificadora en la reñida disputa. Un obispo católico romano, un general retirado, y varios peritos, integran ese tribunal de honor, que ha instalado la sala de sus deliberaciones en el escenario de la batalla, y que en estos momentos desciende democráticamente al fondo de las minas para leer mejor el alegato de los huelguistas y escudriñar los secretos del trabajo negro en el mismo corazón de la antracita.

El triunfo alcanzado ha sido enorme y, verdaderamente, uno no sabe á quién adjudicar la parte mejor: si al que manda ó al que gobierna, si al magistrado que, movido por impulsos de alto patriotismo, baja hasta su pueblo para escuchar sus dolores y aplacarlos, ó al pueblo que, sabiendo que hay jueces en Berlín, sube hasta el magistrado para entregarle el memorial de sus padecimientos. Obtendrán ó no, satisfacción plena las demandas de los mineros; la pasión envenena las controversias humanas y es presumible que la equidad que se busca no se encuentre en los términos extremos de la ecuación; pero, lo que no puede dudarse porque resulta con la evidencia de los argumentos palpables, es que la entrada de John Mitchell á la sala del Ejecutivo, como representante aceptado de las organizaciones mineras, importa una victoria moral mucho más grande, por su significado histórico, que la alcanzada sobre los sindicatos unidos. El presidente de la república, por primera vez en los anales del país, ha recibido, reconociendo perfectamente correctas sus credenciales de embajador, al presidente de obreros huelguistas, y ha conversado con él sin disimularle simpatía y

consideración. Tienen sobradísimo motivo para sentirse contentos los protestantes, pues ya se les ha dado personería jurídica en las lides sociales y para ellos el poder no tendrá ya garras, siempre que el derecho los asista en sus campañas. Por lo general, la mejor manera de dominar las conflagraciones que amenazan, consiste en afrontarlas, cara á cara, y sólo los leguleyos ignoran el beneficio decisivo de los arreglos francos, prévios al pleito. Lustros de pruebas tremendas se aproximan para las naciones más adelantadas del globo. El horizonte se descubre opaco y parece que en el órden de las ideas se producirán cataclismos tan desoladores, aunque no tan inesperados, como los geológicos que en estos momentos hacen vacilar los cimientos de la triste costra sobre la que arrastramos nuestras miserias. Talvez la democracia vea, espantada, surgir islas en donde antes existían precipicios y vice-versa; talvez nos toque á nosotros ser testigos de las agitaciones endemoniadas de nuevos descamisados; talvez son ya muchas las turbas enloquecidas que, bajo el látigo de brutales instintos desatados, husmean ya las memorias espeluzantes de la Comuna. El peligro de lejanas disoluciones ahí está, y acreditan visión de estadistas quienes lo comprueban y lo afrontan, para disiparlo, adaptando su conducta al espíritu avanzado de la época. Apártense pretextos al crímen, quítense *motivos* á las reacciones del rencor, óigase al débil, préstesele el apoyo que se merezca y háblesele con sinceridad que, procediendo así, las más amenazadoras trombas se convertirán insensiblemente en chubascos de verano. Al fin y al cabo, las muchedumbres clamorosas son como el leon del cuento clásico: si se les arranca la espina clavada en la zarpa se olvidan de atacar y lamen, agradecidas, la mano que las ha curado. Por eso destaca digna, sabia y ejemplar, la actitud del señor presidente de los Estados Unidos al encarar con decisión el grave suceso y acercarse á él, para resolverlo felizmente, en vez de huirle como á la lepra.

Al cerrar estas líneas levanto la cabeza y miro con placer á la plaza vecina, condecorada con una estátua ecuestre, perdida durante el verano en el fondo del follaje, y que sho-

ra hasta parece encogerse frío en la mala compañía de árboles pelados. Todavía sigue cayendo esa nieve que ayer hizo su aparición de novicia. Nunca la había visto. Confieso que con curiosidad esperaba su llegada. Ella no ha faltado á la cita de la muerte y desciende de lo alto, en línea recta y disciplinada, como si se deslizase por los hilos invisibles de un telar encajado en las cumbres ó en el abismo de lo azul. Cae firme y silenciosa, como cae el tiempo, para cubrir de pétalos blancos los altares marchitos de la naturaleza, cual si el destino, jugueteando en los jardines del empireo, se entretuviera en deshojar las flores de sus rosales. Cae esponjada y leve, primero, para adquirir, luego, compacidad de hielo y ser fuerte como las rocas; igual á las propagandas honradas que también cuajan en piedra después de ser copos inofensivos. Su vista provoca impresiones encontradas; alegra y entristece el espíritu, á la vez. En algunos momentos, pensando que en la presente estación casi toda la vida orgánica se paraliza, se me reproduce el simbolismo de un funeral y comparo á la nieve mensajera, que pasa por mi ventana, con la cera derretida que gotea de los cirios y que se estampa en forma de estrellas sobre el paño negro que cubre á los catafalcos. Pero también se me ocurre que esas blancuras que ruedan, más inmaculadas que el azahar, traen socorros de pureza á esta Tierra, tan menesterosa de ideales buenos, cual si en víspera de Navidad se quisiera lavar de manchas la fisonomía sucia de nuestro astro, del mismo modo que suele blanquearse el frente de los edificios públicos con una semana de anticipación á los festejos nacionales. Vehículo de inocencias ó de agonías, sigue cayendo impertérrita la nieve y grabando arabescos en el suelo helado, mientras—susurra mi pensamiento—allá abajo, acariciada por un sol tropical y envuelta la gallarda cabeza andaluza en tules de alegría, resplandece, como una tiara, esa Montevideo, que da el contraste y moja la punta de sus zapatos de princesa en las aguas cristalinas de un río como mar!

XIV

El Congreso Pan Americano — Las vicisitudes del arbitraje — Los esfuerzos del señor Lazo Arriaga — Beneficios para el Uruguay — La industria cafetera — Angustias en los mercados productores — Extraordinarias medidas preventivas — El periodismo yankee — Sus prodigios.

Acaba de celebrarse en la ciudad de New York la conferencia internacional americana convocada para discutir la situación de la industria cafetera en el continente y proponer medidas apropiadas á fin de arrancarla de su precario estado actual. Tuve el honor de representar á la república en esa asamblea, á la cual habían mandado delegaciones todas las naciones del Nuevo Mundo, con excepción de Chile, la Argentina y Bolivia. Antes de entrar al comentario de la labor realizada en la referida oportunidad, y para que tengan coordinación racional estos párrafos, necesito exponer los antecedentes diplomáticos que dieron orígen á tan plausible contacto de intereses idénticos. Algo hay que decir, entonces, sobre el Congreso Pan Americano de México. Desde que la unidad irreprochable de las obras de arte está reñida con estas correspondencias, que no son obras ni son arte, y sí, simplemente, cartas expontáneas dirigidas á ustedes por un amigo invariable, sin temor á los escrúpulos estéticos, que no rezan con nosotros los profanos, voy á extenderme algo en la apreciación de ese, ya célebre, torneo científico. No se impacienten, que todo irá condensado y ocupando el menor espacio posible, como se hace con nuestro dulce de leche—que aquí no encuentro—acondicionado en tarritos de lata, á

cuarenta centésimos la libra, por una casa especial de la calle Buenos Aires, que espero volver á visitar.

El primer Congreso Pan Americano se reunió en Washington á fines de 1889. Allí se esbozaron grandes soluciones de derecho público. Nada complementario se había hecho desde entonces. Comprendiendo la ventaja de coronar lo iniciado, el presidente Mac Kinley, justo diez años después, llamaba la atención del Congreso sobre «las numerosas cuestiones de interés general y beneficio común á todas las repúblicas de América, algunas de las cuales fueron consideradas, pero no definitivamente resueltas, en la primera Conferencia Internacional Americana y otras que, desde entonces, han adquirido importancia». Haciendo pié en tales evidencias, agregaba en seguida: «que le parecía conveniente que las varias repúblicas que constituyen la Unión Internacional de las Repúblicas Americanas sean invitadas á celebrar pronto otra conferencia en la capital de alguno de los otros países, pues los Estados Unidos disfrutaron ya de esa distinción». Aceptada inmediatamente la idea y consultada por la cancillería del norte la opinión de las potencias interesadas, sobre el punto en que debía reunirse la nueva asamblea, todas las preferencias se inclinaron á México; y México, la ciudad de las viejas civilizaciones imperiales, fué la elegida. Allí se reunieron todos los plenipotenciarios del continente y, en el afán fervoroso de llegar á soluciones avanzadas en los distintos órdenes de controversia exterior, trabajaron porfiadamente durante varios meses. El fruto de aquellas luminosas deliberaciones se resume en los siguientes trabajos concluidos: un protocolo — el de adhesión á las convenciones de La Haya; cuatro tratados — sobre patentes de invención, extradición de criminales, reclamaciones por daños y perjuicios pecuniarios, y arbitraje obligatorio; seis convenciones — sobre canje de publicaciones, protección de obras literarias y artísticas, formación de códigos de derecho internacional, ejercicio de profesiones liberales, derecho de extranjería, y congreso geográfico; ocho resoluciones — sobre ferrocarril pan-americano, congreso aduanero, fuentes de producción y estadística, comercio internacional, reorganización de la Oficina Interna-

cional de las Repúblicas Americanas, policía sanitaria, comisión cafetera, y futuras conferencias internacionales; cuatro recomendaciones -- referentes á banco pan-americano, comisión arqueológica, museo comercial de Filadelfia, y diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana.

Como queda indicado, la Conferencia acordó que se convocara á una reunión para discutir los medios tendentes á proteger la industria del café y á poner fin á la crisis por que ella pasa. Fué resuelto también que ese debate proyectado de representantes, autorizados en forma, de las dos Américas, tendría lugar en New York, el más grande mercado cafetero del universo, dentro de un año contado desde el momento de la sanción de la idea. Esa importante iniciativa perteneció al doctor Antonio Lazo Arriaga, delegado por la república de Guatemala y acreditado ministro plenipotenciario de la misma, desde hace nueve años, ante el gobierno de los Estados Unidos. Corresponde que me ocupe aquí de tan distinguida personalidad, y lo hago complacido no sólo por tratarse de un experimentado diplomático, que goza de especiales consideraciones en el seno de la sociedad de Washington, sino también por ser aquél el amigo extranjero más noble y generoso que tiene el Uruguay en estas lejanas tierras. Por lo demás, conviene que en estas materias la opinión de las naciones sud-americanas se condense alrededor de sus hijos de positiva valía en asuntos internacionales, cayendo, para siempre, las fronteras del aislamiento entre ellas, que han sido más legales y rigurosas que la gran muralla de los pobres chinos. Si hechos notorios no dieran fé plenísima de la veracidad de mis palabras, casi no podría ocuparme inparcialmente de la actuación del doctor Lazo Arriaga en la Conferencia de México, pues cultivo con él relaciones muy estrechas. Suyo fué también el proyecto de reorganización de la oficina de las repúblicas americanas, que tan beneméritos servicios está llamada á prestar cuando se comprenda debidamente por los interesados, el objeto práctico á que responde; y, el proyecto de creación de una corte internacional de reclamaciones para resolver todas las diferencias externas fundadas en daños y perjui-

cios pecuniarios. Esta iniciativa saludable fué aprobada por unanimidad de votos, lo que ahora abona el apoyo entusiasta que ella encontró en todas las delegaciones. Por otra parte, es digno de notarse que ese tratado, que entraña un señalado triunfo del buen sentido, establece el arbitraje *obligatorio* para todas las cuestiones de índole pertinente que puedan suscitarse en lo sucesivo, confiándose el fallo al tribunal de La Haya. La unificación de opiniones en la forma acordada merece apuntarse de manera muy especial, pues, apartado de las relaciones entre los pueblos de este hemisferio el estorbo, que tantas veces ha dejenerado en enojosos conflictos, de las reclamaciones de interés privado, se quita un serio motivo de divergencias y disgustos vecinales.

Pero, con todo de ser ya esto mucho, algo de mayor aliento aún debe la gestión del derecho en América al infatigable plenipotenciario de Guatemala. Nadie ignora que, dadas las especialísimas circunstancias del momento histórico, asunto más trascendental á debatirse era el del arbitraje, aplicado á la fijación de fronteras é interpretación de tratados. Cuando la Conferencia de México comenzaba sus sesiones, había llegado, por cuarta ó por quinta vez, á ser muy alarmante el grado de tirantez de las relaciones entre Chile y la Argentina. La primera de las potencias citadas tenía en pie, más ardiente que nunca, su vidriosa cuestión de límites con el Perú y Bolivia. Chile ha pretendido siempre resolver ese punto dudoso sin ocurrir á fallo arbitral. Ahora bien, la Argentina, obrando con previsiones de futuro, tanto en el pleito del Pacífico como en el pleito andino, era partidaria del arbitraje obligatorio, es decir, del arbitraje en su acepción más simpática, actitud ésta que, á la vez de conquistarle el aplauso exterior que se merece una política liberal, le creaba solidaridades muy valiosas eu el caso desgraciado de un choque guerrero con la nación chilena. Alrededor de estas dos tendencias fundamentales, claras, precisas, firmes, debían de girar y giraron todos los debates. Esa rivalidad de propósitos, al absorber las actividades y el esfuerzo de cada lado, al extremo de hacer olvidar el campo de las aproximaciones neutrales en otros temas de comentario muy distante de

aquella séria disidencia, perjudicó mucho el desarrollo de las tareas de la Conferencia. Más aún, estuvieron á punto inminente de provocar el fracaso, lamentable, ruidosísimo, de la misma. Veámos de qué manera. Desde el primer instante quedaron definidas en tres campos las fracciones divergentes, mediando la circunstancia de que ninguno de los grupos arriba mencionados, y profundamente divididos, podría constituir mayoría sin ageno apoyo. Esas fracciones se caracterizaban así: una, repudiaba las soluciones por el arbitraje, (encabezada por Chile); otra, la sostenía en su concepto más ámplio (dirigida por la Argentina); pero una tercera, integrada por elementos, no del todo concordes pero animados de una previsora reserva, se mantenía en prudente espectativa, sin vincularse á ninguno de los bandos apasionados, aunque también sin manifestarse, al principio, en contradicción abierta con ellos. Ese grupo, prescindente de todo compromiso, jugaría papel decisivo, pues en mérito á estar en sus manos el hacer mayoría, en uno ó en otro sentido, llegó á gozar de influjo evidente en la preparación de las resolueiones definitivas. Pero sucedió que como los grupos adictos á las aspiraciones argentinas y chilenas, ambas radicales en sus alcances, no obtenían la deseada mayoría, pues ninguno se apeaba de sus absolutas doctrinarias, á ningún puerto, ni malo ni bueno, era posible arribar porque el sufragio, precioso entónces, de algunos de los delegados independientes de todo compromiso en colectividad, no resolvía tampoco este relativo empate de ambiciones políticas.

A este respecto y para afirmar la verdad de los juicios que anteceden, inserto en el siguiente párrafo la opinión sobre este punto emitida por un distinguido escritor: «La situación, á principios del mes de Diciembre, no podía ser más desalentadora. No siendo acogido el plan de la delegación mexicana, ni la idea sugerida por la de los Estados Unidos, y sin buen resultado las gestiones hechas sobre otras bases, era evidente que ya no podría alcanzarse acuerdo en cuanto al arbitraje y, como éste era el punto principal del programa, todo parecía indicar, por entonces, el mal éxito de la concordia. Los periódicos así lo anunciaban, el cable tras-

mitía al mundo entero las desanimadoras noticias, y nada tenía eso de extraño cuando abrigábamos las más serias dudas los mismos que ardientemente deseábamos una solución práctica y satisfactoria para todos.» Para esclarecer cualquier duda, agregaré que el plan de los representantes de México, á que se refiere en las anteriores líneas, consistía, en su conjunto, en una reproducción de la Convención de La Haya, pero con el aditamento lucido de establecer el arbitraje obligatorio para la solución de las controversias que, «á juicio exclusivo de algunas de las naciones interesadas, no afecten ni la independencia ni el honor nacional. El arbitraje será obligatorio para las controversías pendientes, que en el momento de la firma ó ratificación del tratado no fueren objeto de salvedad especial de parte de alguna de las naciones interesadas.» A primera vista sugestiva la fórmula cuyo párrafo culminante extractamos, ella también carecia de las virtudes necesarias para ser aceptada como eficaz panacea. Quienes abogaban por el arbitraje absoluto, completo, extendido á las diferencias pendientes y á las futuras, nada querían saber con la parte final que, en homenaje palpable á la cuestión del Pacífico y á otras limítrofes de palpitante actualidad, proponía que se reconociera el derecho á exceptuar de fallo de terceros los litigios externos determinados taxativamente al suscribir el tratado de la referencia.

Por su lado, quienes repudiaban la solución arbitral hallaban muy ámplia la propuesta de México, inspirada en la más evidente buena voluntad. También se observó á ella, y á buen seguro con acierto, que eso de controversias que no afectan ni la independencia, ni el honor nacional, no es bastante preciso y deja siempre una sombra de alcance elástico, si bien es cierto que en otro inciso se restringía en alguna parte esa posibilidad de interpretaciones caprichosas estableciendo que «no se considerarían comprometidas la independencia ni el honor nacional en los casos de daños y perjuicios pecuniarios é interpretación ó cumplimiento de algunos tratados.» Para caracterizar mejor la objeción aludida, me permito transcribir cuatro palabras del doctor Cruz, ilustre

guatemalteco, delegado en la primera Conferencia pan-americana de 1889, que oponiendo escrúpulo semejante, pronunció conceptos que, aún mutilados como los incorporo, corrido por el deber sintético, son muy expresivos. Decía: «No hay cuestión, sea la que fuere, de la que no pueda decirse que interesa al honor y dignidad nacional, y dejar el recurso de la guerra para esos casos tanto significaría como no haber adelantado nada. Podría pasar con las naciones al calificar lo que compromete su honor, lo mismo que pasa con los duelistas: el motivo más insignificante podría ser un *casus belli*, como sería un lance de honra para un espadachín el que no se le hubiese saludado con profunda cortesía, el que se le hubiese dirigido una mirada que él calificase de provocativa y otros tantos hechos del mismo tenor.» También conviene agregar, de paso, que la idea lanzada por los Estados Unidos se reducía á que las potencias americanas — todas excepto Norte América y México — que no hubiesen firmado la Convención de La Haya, se adhieran á ella, cerrando así el punto en debate. Esta propuesta, hecha en privado, fué recibida aun con mayor desgano que la anterior, pues se argumentó, atinadamente, que para darse por satisfechos con tan escaso fruto más valiera no haberse congregado.

Fué á esta altura de los sucesos, cuando se perfilaba el epílogo deplorable de una disolución anárquica de la Conferencia, que el doctor Lazo Arriaga salvó, fuera de duda, la situación, proponiendo una nueva fórmula que, bosquejada confidencialmente á los delegados de México, que veían con profundo disgusto la probabilidad de un fracaso en su país, mereció ser entusiastamente aprobada, prévia introducción de dos modificaciones de forma y complementarias. Estando constatado que era una quimera pretender unificar en el cuerpo de una sola resolución el interés de diez y nueve naciones entre las cuales algunas, hasta por pique de pasión colectiva, estaban en abierta y sostenida disidencia, el plenipotenciario de Guatemala propuso que, en primer término, todas las delegaciones celebraran un tratado de adhesión á las tres convenciones firmadas en La Haya, incorporando, en consecuencia, los principios consignados en ellas al derecho

público americano. La aceptación del arbitraje voluntario allí sustentado, por nadie podría ser resistido racionalmente y no creaba compromisos de ningún género. En segundo término, indicó la conveniencia existente de que los países partidarios del arbitraje obligatorio suscribieran en ese sentido un tratado con base común. Este plán fué aceptado con satisfacciones de alivio. A todos conciliaba y, sobre todo—que era lo más importante,—á la vez de quitar sello estéril á la Conferencia, daba resonancia internacional á sus conclusiones. Determinar el carácter del tratado último suscrito, sus dos artículos iniciales. El 1.° recoje el texto de la fórmula mexicana, pues, por necesidades de transacción, determina que serán objeto de arbitraje obligatorio las diferencias que «no afecten ni la independencia ni el honor nacionales.» Pero el artículo 2.° corrige el vicio de vaguedad ya referido, agregando que «no se considerarán comprometidos ni la independencia ni el honor nacionales en las controversias sobre privilegios diplomáticos, límites, derechos de navegación, y validez, inteligencia y cumplimiento de tratados.» Como fácilmente se nota, se mejora en mucho el artículo semejante de la primitiva redacción mexicana, incorporando á los asuntos que deben someterse á arbitraje obligatorio los de límites, sin restringir la aplicación de ese principio á los casos futuros de divergencia. También á los actuales alcanzaba el temperamento arbitral.

Este triunfo diplomático del doctor Lazo Arriaga señala un antecedente muy hermoso que la Conferencia creyó deber justiciero constatar, de manera oficial, como lo comprueba el acta de la sesión del 20 de Enero que, en su parte procedente, dice así: «S. E. el señor Presidente expuso: como un acto de justicia debo hacer una adición al discurso que pronunció en la sesión anterior el Hon. señor Pardo, al dar las gracias á S. E. el señor Guachalla por sus afectuosas frases de reconocimiento á los propósitos y trabajos de la delegación mexicana, que han dado por resultado el desenlace feliz de la delicada cuestión del arbitraje, sin dejar huella de resentimiento ni de amarguras. Esa adición se refiere á hacer constar, de una manera pública, la parte muy importante que

corresponde en el éxito obtenido al Hon. señor Lazo Arriaga, delegado de Guatemala, que fué el iniciador de la idea fundamental de celebrar dos convenciones, la una de arbitraje voluntario con las naciones que así deseaban estipularlo, y la otra de arbitraje obligatorio, más ó menos restringido, con aquellas que no estimaban bastante para sus convicciones la fórmula facultativa. Comunicada la idea de S. E. el señor Lazo Arriaga á la delegación mexicana, desde los primeros días de Diciembre, cuando precisamente habían llegado á su colmo los temores de no lograrse acuerdo alguno entre los grupos diversos en que se encontraban divididas las opiniones, ella dió origen á las negociaciones que enseguida se abrieron por esa nueva vía y cuyo resultado conoce la Conferencia». Todas las potencias representadas, excepto Chile y el Ecuador, suscribieron la adhesión á las convenciones de La Haya. En cuanto al tratado de arbitraje obligatorio lo firmaron la Argentina, Bolivia, Perú y Paraguay, que desde el principio habían marchado compactas, y México, el Salvador, Guatemala, Uruguay y Santo Domingo, que sin estar de manera alguna en pugna con la tésis, habían preferido mantenerse en expectativa frente á las agitaciones de los bandos divergentes.

De todo lo expuesto se deduce fácilmente que la Conferencia, apesar de los vaticinios desconsoladores que presidieron á su nacimiento y apesar de los momentos críticos porque pasó, pudo, gracias al esfuerzo inteligente y cordial de algunos espíritus serenos, cumplir fructuosamente su cometido internacional. A ese propósito traduzco el siguiente párrafo tomado del informe de los delegados americanos á su gobierno: «No es ofensivo para la primera Conferencia internacional el hecho de manifestar que la labor de la segunda será de más provecho práctico para los gobiernos interesados. La adhesión de las repúblicas á las resoluciones de La Haya y la sanción del proyecto de arbitraje para los reclamos pecuniarios, quedarán como constancia del progreso más notable que se ha alcanzado en sentido de arreglar en forma pacífica las controversias entre las naciones del hemisferio occidental.» Y los hijos de este país no son gente que alaben por com-

placencia amable. No dicen nada esos mismos firmantes sobre el tratado de arbitraje obligatorio aplicado á las cuestiones políticas, por no haber intervenido los Estados Unidos en ese acuerdo parcial. De las nueve naciones que aceptaron el arbitraje obligatorio, ¿cuáles resultan más favorecidas por esa victoria de la cordura? No son, seguramente, las que, en relación, merecen el título de fuertes, aquellas que por su volúmen territorial y de población,—sólo por eso,—destacan en el mapa continental. Reconocida la verdad de esta afirmación, cuyo relieve no escapa al más elemental raciocinio, se sienta *ipso facto* otra al agregar, como consecuencia lógica, que los países pequeños,—en tamaño material sólo—resultan beneficiados, en primera línea, por la solución justiciera de la referencia. Las ventajas mayores se acumulan decididamente en favor de Guatemala. En efecto, ella ha tenido y todavía no están resueltas, dificultades fronterizas con El Salvador, al sur, y con los Estados Unidos mexicanos, al norte, dificultades que en especial, por lo que respecta á la última potencia citada, hicieron inminente el conflicto armado en tres distintas oportunidades.

Pues bien, ella puede halagarse de haber conseguido traer al terreno favorabilísimo de los fallos arbitrales *obligatorios*, á sus dos vecinos pleitistas, al débil y al fuerte, ya hoy de temibles capacidades belicosas. ¿Puede discutirse la evidencia de este éxito trascendental para aquel país? Veamos cual le sigue en provecho. No es á ciencia cierta la república de Santo Domingo, que presenta á tres vientos divisorias incuestionables, como que las delínea el mar en todo su apogeo océantico. Al oeste limita con Haití, pero ningún debate internacional separa á estas diminutas potencias hermanas, prisioneras dentro de una isla; y la mejor prueba de ello la da el hecho expresivo de que los mismos delegados las representaron en el seno de la Conferencia. Tampoco lo será El Salvador que nunca ha podido abrigar respecto de Guatemala los temores que ésta alimentó con relación á México, apesar de que la nacionalidad citada también salió gananciosa. ¿Corresponderá el segundo puesto al Perú, cuya conducta sólo señala un esfuerzo

platónico, pues ni Chile ni Ecuador — con los que discute en forma grave desde tiempo atrás — entraron por el aro arbitral; ó á Bolivia que determina un caso semejante; ó á la Argentina, sólo empeñada en dejar testimonio sugestivo de sus tendencias doctrinarias frente á la dureza de los procederes trasandinos? Talvez pertenezca, en simultaneidad de beneficios, al Paraguay y al Uruguay, y lo afirmaríamos si el Brasil hubiera suscripto el tratado, de lo que fué privado debido á la muerte inesperada y fatalísima de su representante, el doctor José Hygino Duarte Pereira, pues eran conocidas las opiniones bien inclinadas y liberales del mencionado jurista. Funda ese aserto la circunstancia evidente de haber aceptado uno de sus dos fronterizos el temperamento arbitral obligatorio. ¡Qué triunfo se alcarzaría si el otro llegara á los mismos extremos plausibles, como lo hubiese hecho expontáneamente, con toda probabilidad, á no mediar la desgracia preindicada!

Pero desbrozado un tema tan interesante como el que acabo de recorrer sin aceptar estaciones, volvamos á nuestro punto de partida, á ese café que dejamos abandonado y en ebullición al empezar estas páginas, infiriéndole sério perjuicio y cargando la misma responsabilidad culinaria del pinche que, desobedeciendo órdenes, deja demasiado tiempo sobre el fuego una fuente y la encuentra reseca cuando vuelve, ya tarde, por ella. En mi obligada ausencia, ¿habrá perdido su aroma el rico líquido tonificante preparado por mí, expresamente para ustedes, y que dejé humeante sobre la plancha de la cocina, mientras iba á la alacena por las tazas y cucharas? Aunque de buenas intenciones está empedrado el camino aquel, desagradable en este caso, no renuncio á invovar, como atenuante, las mías. Para apreciar el creciente alcance que van teniendo en América las cuestiones económicas y hasta donde llega ya su repercusión, necesito transcribir aquí el texto de uno de los fundamentos aducidos por el doctor Lazo Arriaga al presentar á la Conferencia su proyecto cafetero. Dice así: «El problema que la crísis del café plantea no es sólo un problema comercial sino también un problema económico, político y social. La baja en el precio

del café ha disminuído considerablemente los ingresos del tesoro de algunos países americanos, y quizás debe verse en ella la causa de algunas revoluciones que afligen á varios de los referidos países y que bien pueden explicarse, en gran parte, por la pobreza y la miseria que en ellos reina, como resultado de la terrible situación porque atraviesa la industria cafetera». Valientes verdades, rudas verdades, que llegan á nuestros oídos con inflexiones extrañas porque no existe el hábito de calificar así, de manera científica, el orígen de muchas calamidades públicas que malamente se cubren el rostro con máscara de política y de pasiones de divisa.

La base exacta de los asertos del doctor Lazo Arriaga está á la vista, con la evidencia de las cosas fehacientes. Mucho tiempo después de haber sido emitidos, los abona el caso doloroso de Venezuela, en perpétua anarquía, en insoluble conflicto interno, gracias al malestar nacional decretado por los desastres económicos. El precio del café, que ha descendido en los grandes mercados, de veinte y tantos centésimos á ocho, y menos, no promete ningún repunte favorable, y esta caída tiene proyecciones de catástrofe en los países productores. Tal es lo que sucede en Venezuela, en donde al presente brinda más beneficios el desorden que la paz exaltada por la miseria. Pero en otro escenario el perjuicio exhibe rasgos más considerables. Me refiero al Brasil, que produce, él solo, todo el grano exigido por el consumo en el mundo. Puesta frente á la suya toda la producción centro y sud-americana y agregándole la de Arabia, Java y Ceylan, ese total enorme de sacos apenas cubre una mitad de la oferta brasilera. ¡Si tendrá motivo para preocuparse ese país de las cotizaciones de su fruto sabiendo como sabe que en ellas descansa mucha parte de la salud de la fortuna privada! Para encarnar el alcance de los daños que origina esta baja continuada, que se viene operando desde hace algunos años, concíbase que el precio de un cafetal, antes valiosísimo, ha mermado casi en dos terceras partes, por la sencilla razón de que el rendimiento de los plantíos ha sufrido idéntico descenso. Supóngase lo que significa para un propietario que hasta ayer tenía en sus fincas un valor repre-

sentativo de alto caudal y que de repente, sin culpa que le sea imputable, sin una mala cosecha, se encuentra que hoy no le pagan cinco por lo que ayer valía más de diez! Y si sumamos por millares el número de los *fazendeiros* sacrificados, ¿no alcanza á dibujarse el espectáculo desconsolador de una ruina general é inmerecida?

Adelanto estos comentarios para poner de manifiesto la importancia trascendental del esfuerzo aunado que acaba de operar su primer ensayo. Presidió la Conferencia Mr. Perey O. Sulliván, jefe de la Bolsa de Café de New York. Las tareas se prolongaron por veinte días, sin que se trabaran grandes debates. Son tan claros los términos siniestros de la crisis y tan palpables en todas las zonas productoras sus tremendos efectos, que á nadie hubo que convencer de la necesidad imperiosa que existe de atacar enérgicamente el mal. La mayoría de las delegaciones presentaron informes demostrativos del estado de la industria cafetera de sus respectivos países. Aunque el Uruguay no cuenta con una sola planta, en razón de su clima suave, pude decirlo así airosamente y acompañar datos estadísticos sobre la importación del café, procedencias, clases preferidas, precio y embalaje, gracias á un informe del Departamento de Agricultura, muy correcto por cierto, que había tenido el cuidado de solicitar con mucha anticipación. Aquí, en concepto general, no se cree en la eficacia de los servicios técnicos oficiales de Sud América, y por eso convienen y dan prestigio serio todos los testimonios dignos de lo contrario. De las muchas resoluciones adoptadas por la Conferencia indicaré las más importantes, pues ellas señalan el carácter de las opiniones dominantes en su seno.

Acordóse recomendar á los gobiernos el establecimiento de institutos agronómicos y de jardines botánicos de experimentación, con el fin de aclimatar y propagar nuevos tipos de café; la creación de premios para estimular otros cultivos; la distribución de buenas semillas para conseguir frutos más selectos; la enseñanza práctica á los labradores de los métodos modernos y perfeccionados de laboreo; el castigo severo de quienes, con propósitos fraudulentos, cambian las

[illegible] nuevos [illegible] sobre el [illegible] pública [illegible] mejora- [illegible] manera [illegible] importa [illegible] posibles [illegible] la en- [illegible] no con- [illegible] adquirir [illegible] suspenden [illegible] los dere- [illegible] la entrada [illegible] posible. [illegible] con [illegible] a las medidas de [illegible] que fueren más [illegible] medida [illegible] actual. [illegible] universal que [illegible] límites razonables del [illegible] en tres millo- [illegible] la organización [illegible] de la industria cafetera y á [illegible] de una manera [illegible] dirigida á ensanchar [illegible]

[illegible] de revestir interés para nosotros el [illegible] pues si bien es cierto que la [illegible] puede preocuparnos, por cuanto [illegible] del país, en cambio, generali- [illegible] nuestros principales productos, [illegible] competencia extranjera, ya [illegible] defensivos por el estilo [illegible] dice en tal concepto la petición

formulada por el importante gremio de molineros, las gestiones de las fábricas de Liebig y la instalación impuesta de los frigoríficos, reducción de derechos exportadores á la carne, etc. Respondiendo á las explicables alarmas de las naciones cafeteras, la conferencia se ha lanzado en una senda decididamente proteccionista, al extremo de que no ha faltado quien propusiera el establecimiento de tarifas de retaliación á países que, como Francia é Italia, castigan mucho la entrada del aromático grano. Las bases aconsejadas poseen un timbre de singular energía económica y revelan la intensidad de las angustias locales á que ellas responden. Esa recomendación última que propone la eliminación, por medios artificiales, del exceso de la oferta, es realmente heróica y quedará como curiosa constancia de los sacrificios violentos á que puede conducir la extraordinaria fuerza productora de la naturaleza. Ella abre generosa sus entrañas al cultivo; ella rinde, con creces, el fruto perseguido y luego, las necesidades crueles del comercio, llevan á echarle en cara ese su hermoso delito, el de ser una madre infatigable y fecunda! ¿Pero, aún confirmada la conveniencia del proyecto á que refiero, se encontrará el medio práctico de determinar el superavit de la oferta, cuando está tan repartido el interés común? ¿Invocando qué derechos se arrebata su producción á estos ó á aquellos propietarios? ¿Los gobiernos se convierten en compradores? El punto es complejo y queda como un ejemplo útil al alcance de las agenas tribulaciones. Y mientras el remedio á ellas se encuentra, se debe agregar que la situación cafetera empeora, pues la base ya existente de diez millones de sacos, sin colocación posible hoy por hoy, va en aumento con firmeza paulatina y con la misma firmeza bajan las cotizaciones universales. ¡Grave problema! La próxima Conferencia sobre el asunto se realizará á invitación del Brasil, ese Leviatan de la industria cafetera. Apesar de lo aburrido del tema, abrigo la esperanza de que todavía quedarán despiertos algunos de mis lectores en virtud de que mi despiadada insistencia los habrá tentado á beber, con el pensamiento, una deliciosa taza de Yungas, ahuyentando así los avances del sueño, por esta vez tan sólo.

Para atenuar faltas cambiaré de decoraciones. Peca de evidente mal gusto, quien, conversando en horas de esparcimiento con un confitero, elige como tema de su cháchara los caramelos y las hojaldras. ¡Qué hartazgo! Perteneciendo los señores periodistas al gremio de los fabricantes de golosinas, de las mejores golosinas, pues á diario nos aderezan y nos brindan á precio ínfimo y en bandejas de bautizo, las noticias de sensación, devoradas por el espíritu con deleite sibarítico, estoy convencido de que no acredito habilidad diplomática hablando aquí de lo que es la prensa en Norte América. Pero el señor director me disculpará este resbaloncito de chambón social, recordando, otra vez, que estas crónicas son familiares, y, á la sombra de la confianza, que tiene holguras insuperables de poncho patrio, se pueden decir muchas cosas que en otro terreno serían inoportunas.

Es indudable que la prensa del Río de la Plata alcanza hoy un grado muy distinguido de cultura y de perfeccionamiento material. Con todo de su reputación meridiana, ya quisiera *Le Temps* tener prestada, para lucirse un domingo, la fisonomía amena y sugestiva de *La Nación* de Buenos Aires. Diarios mejor hechos que éste último me parece difícil encontrar. Aunque no tanto, algo semejante puede decirse, sólo en cierto sentido, de los periódicos montevideanos. Y, sin embargo, ellos están muy lejos de sus colegas neoyorkinos que, en mi concepto, dan la último palabra en el asunto. No estableceré el paralelo entre el estilo de la redacción que campea en las columnas de los unos y en las columnas de los otros, pues nada tendría que observar por ese lado. Nuestros diarios ya han perdido, felizmente, ese carácter personal de otros tiempos, y ya ellos no sirven de desahogo á las pasiones particulares con toda su descendencia de improperios. La diferencia fundamental estriba en la manera de hacer el diario. Por lo pronto, se tiende á reducir el formato, como si la evolución aspirara á transformar la hoja callejera de antes, en una série nutrida de páginas, en un gran folleto que sintetice todas las palpitaciones cotidianas del corazón popular. Luego se han agotado todos los recursos imaginables para dar variedad al órgano de publicidad. Al expresarme así no me refie-

ro á diarios del carácter solemne del *The Sun* y *Tribune*, cuya venta no se pregona y que dificilmente abandonarán sus atributos de venerables consejeros de la opinión. Tengo sí presente al *New York Herald*, con su admirable suplemento de cuarenta y ocho páginas domingueras; al *American Journal*, al *New York Journal*, y á esa falange multicolor de colegas suyos que ayudan también á llevar toques de clarín hasta los confines, divulgando la notoriedad de las chismografías metropolitanas. Ellos echan mano de todos los recursos atrayentes para conquistarse los favores del público, y como la curiosidad es llave maestra que abre los bolsillos más prevenidos, á despertarla se dirigen todos los esfuerzos de la redacción. Empeñados en este propósito no economizan el papel, ni temen ocupar mucho espacio. Empecemos por los sueltos de especial resonancia; ya sea un acontecimiento político, una huelga, un escándalo administrativo, ó un crimen de detalles espeluznantes, se le encabeza con títulos llamativos en los cuales cada letra mide un decímetro de largo. Si la crónica de sensación excede de media columna, se la interrumpe, á lo mejor, advirtiéndose al pie del último párrafo mutilado—como si se tratara de un folletín—que la sabrosa lectura continúa en la página tercera ó cuarta, y, como si esto no bastara, se agrega todavía pimienta al asunto espolvoreando, con sub-títulos estimulantes, el resto de su comentario. Las tintas de colores juegan papel muy importante en ese afan porfiado de hipnotización. El rojo y el azul se tocan á cada momento y hasta suelen abrazarse en caracteres superpuestos. En cuanto á los editoriales, puede asegurarse que ellos están en decadencia. Han sido sustituidos, ventajosamente para los autores, que ya no necesitan fatigarse hilvanando párrafos macizos, y para el lector, que ya no pierde su tiempo empapándose en ajenas y difusas divagaciones, por las notas ligeras de actualidad, por la apreciación rápida y juguetona de las cuestiones de relieve, siempre concisa, siempre apurada, comprendiendo que el *clou* del gran éxito consiste en ésto, como en otras cosas, en interrumpir la verba agradable á tiempo, en no castigar con elucubraciones de diccio-

nario el espíritu del suscriptor, en retirar de sus labios la cucharada de postre dejando buena memoria palatina antes de que él, hastiado, la rechace. ¿Quién se atrevería aquí á tratar en artículos numerados y sucesivos las cuestiones dominantes, por arduas que sean? Lo que el público quiere y lo que el editor hace, interpretando sagazmente sus deseos, es un principio y un fin, muy próximos el uno del otro, ligados por dos eslabones ligeros, flexibles, artísticos. Pero más todavía: al revés de lo que ocurre entre nosotros, esas mismas notas editoriales van al fin de la composición, como si se entendiera—y bien—que primero debe ganarse al lector ofreciéndole temas amenos, ruidosos, de índole novelera; y luego, distraerlo con otros materiales menos palpitantes, combinados en hábil climax ascendente, para llegar, sin sentirlo, al coronamiento de la condimentación, representado por aquellos rasgos finales que cierran, con un gesto satírico aplicado á cosas muy serias, la impresión general. Pero la fotografía, extendida á los más diversos campos; ese conocido y simplificado recurso que hace perdurable el recuerdo de las impresiones que desfilan atropelladas por las avenidas de la realidad, ha sido aceptado como un precioso aliado por la propaganda impresa que confirma, con excelentes instantáneas, la elocuencia descriptiva de las crónicas. Así, las páginas se suceden las unas á las otras abundantemente salpicadas de vistas, que para todo las hay, las cuales agregan sello cada vez más intensivo, de álbum, de gran guía iluminada, á los órganos periódicos de mayor circulación. ¿Se relata un crímen? Pues se completa la narración con la fotografía de víctimas y victimarios, de sus parientes, de los presuntos cómplices, etc. ¿Trátase de elecciones? Pues la prensa recoge el retrato de cada candidato, agrega el de los caudillos de renombre, los sorprende en el momento en que salen de su casa para incorporarse á una asamblea, cuando depositan su balota y al recibir los distintos partes de los clubs, incansable en el esfuerzo de poner al alcance del público no sólo los datos, pero también el aspecto gráfico de las cosas y de los acontecimientos. Y lo mismo se reproduce en los demás órdenes de la actividad aso-

ciada, tanto de la buena como de la mala. En la sección hípica se concede ámplio espacio al retrato del caballo favorito, del ganador, de su dueño, y de los mejores productos del año. En el capítulo social no deja de insertarse la efigie de cuanto extranjero de nota arriba al mundo americano, de su esposa, de sus hijos y hasta de sus perros y gatos predilectos, si los tiene. En la crónica de juegos atléticos, que suele ocupar una página entera, destacan en posición culminante, ora de partir en una carrera á pié, ora de ponerse en guardia en un encuentro de *box*, ora en el *foot-ball base ball, golf ó polo*, los triunfadores y los derrotados, no desperdiciándose un sólo detalle capaz de despertar interés. Es infaltable también, la parte chistosa, la broma política, y ella apunta en forma de dibujos caricaturescos extravagantes, de líneas perdidas, que consultan la afición de muchos, dadas las tendencias multiformes, complejísimas, del espíritu público. ¿Acaso infinidad de personas no compran el *Herald* sólo por el placer de saber quienes se casan por *réclame* y ofertándose á tanto por ciento? No he incluído á los avisos en el número de las secciones porque ellos, desplegando agilidades de fuegos fátuos, revolotean por todos los rincones insinuándose con sonrisas, como las caras bonitas. Otra característica: el anuncio no se relega al fondo de las hojas, á la última estiva, cual si su misión fuera servir de lastre y esconderse en la bodega del barco, debajo de la línea de flotación. ¡Si el anuncio, bien presentado, vale casi tanto como un suelto de crónica; si el tiene la misión picaresca de los lunares: si, colocado con acierto, rinde efecto semejante al de una flor roja puesta en el peinado de una morena! Comprendiéndolo así se le abre espacio distinguido desde las primeras páginas y, para no romper la relativa unidad del conjunto, figura á los costados del material informativo, flanqueándolo. Así, generalmente, de las siete columnas de cada hoja, dos, tres, cuatro le pertenecen, arreglando el todo para que esta alianza beneficiosa no se interrumpa. Algo que sorprende es la ausencia de servicio telegráfico organizado, en la casi totalidad de los diarios. Pero se explica: aquí sólo se preocupan de los asuntos propios y poco, nada les importa saber

que el czar de todas las Rusias está resfriado ó que Sud América existe. Confieso que, en un principio, me costó reemplazar por los nuestros estos diarios tan movidos, tan llenos de faces de linterna mágica; pero en la actualidad ya les he tomado el gusto, los encuentro excelentes, muy entretenidos, y sólo pienso que es llegada la hora de que nuestros mejores órganos de propaganda escrita acentúen la impuesta reforma que ya asoma tímidamente las narices en alguno de ellos. Necesitan abandonar las viejas cacharpas y hacerse más fluidos, más enciclopédicos, talvez más minuciosos en la noticia local y menos extensos en el comentario extranjero. Bien sé que todo esto suena mal, casi irreverente. ¿No acabo de decir que á mí me ha costado rendirme á los prestigios de la radical evolución? Nuestro público es muy rutinario en esta como en tantas otras manifestaciones, y su apego á la tradición vetusta bastante perjudica. Pero los llamados á dirigir deben romper de frente con la costumbre cuando la costumbre importa un atraso. ¿Cómo implantar esas innovaciones cuando la protección de los lectores es tan mezquina? Habría motivo para argumentar así si uno tomara el ejemplo de ese *New York Herald,* cuyas maquinarias, que trabajan á la vista de los transeuntes, imprimen trescientos mil ejemplares de dos páginas por hora. Ese caso colosal no admite paralelo en el universo. Pero, veamos en otro escenario más adaptado al nuestro en tamaño. La población de Washington es mayor en cincuenta mil habitantes á la de Montevideo, pero como por cada dos blancos tiene ella un moreno, podemos aceptar que el radio de la propaganda escrita tiene idéntico alcance en ambas ciudades. Sin embargo, aquí los periódicos encuentran mucho mayor apoyo en el público. *The Evening Star* vende entre quince y veinte mil ejemplares. Pero notemos como este órgano retribuye ese favor, cómo lo ha conquistado. El ofrece á la atención callejera veinte páginas de composición al precio de dos centésimos; en New York todas las hojas, entre semana, valen un centésimo. ¿Por qué no podremos nosotros tener diarios semejantes? No me escapa que para que así suceda es indispensable que la hoja noticiosa merezca más deman-

da de nuestro público, bastante perezoso para leer y habituado á pedir prestado el diario al almacenero de la esquina; pero también es necesario que los editores mejoren la oferta, que la hagan más novedosa. Para concluir: aquí, en la fachada de las redacciones aparece siempre, reproducido en grandes caracteres negros, el índice de las noticias importantes del día. De manera que todo el que pasa puede informarse de las ocurrencias locales y no locales, dignas de conocerse, alzando la vista hasta esos carteles de información condensada. ¿No obedece esto á un propósito acertado y liberal? Dirá alguno, olvidando que con esos y tantos otros sebos por el estilo se gana popularidad, ¿pero si se dan las noticias así, á todos los que pasan, quienes comprarán luego el diario? Raciocinio tan pobre este como lo sería el de un agricultor que, invocando razones de estricta economía, sólo echará una semilla, en vez de dos, en cada hoyo exponiéndose á perder por amor exagerado á un grano viejo, la propiedad mil veces compensadora de muchos nuevos!

XV

El Congreso de Americanistas — Las investigaciones arqueológicas — Norte América "for ever" — Las lenguas muertas — Descifrando geroglíficos — Gira de congresales — Las fundiciones de Pittsburg — Maravillas de la industria — ¿Una supercheria de Colón?

En esta tómbola de impresiones hoy le toca el turno al Congreso Internacional de Americanistas, que acaba de celebrar en la ciudad de New York su décima tercera sesión, bajo los auspicios del Museo Zoológico. Tuve el gusto de asistir á sus deliberaciones experimentando, á la vez, el disgusto de poner á contribución mis deshilachados recuerdos sobre etnología continental, cuyo origen gaseoso se remonta á la época en que era profesor de Historia Americana y Nacional, pero sin discípulos, en uno de los colegios montevideanos. Por de contado que, si hice por retemplar reminiscencias que desde tiempo atrás arrastran vida agónica, recluídas á algún mal cuartujo de mi memoria, fué simplemente para estar en aptitud de constituír una parte infinitesimal de auditorio. ¿Para concurrir á un baile no se impone vestirse de gala; para formar en filas no deben los oficiales ceñirse la espada? Pues al convencionalismo social y á la ordenanza militar agrego la imposición intelectual que consiste en la obligación cortés que nos ordena agotar los esfuerzos posibles y naturales para colocarnos siempre al nivel de la cultura de nuestro interlocutor y estar, por lo menos, en condición de escucharlo cuando él diserta y esclarece sus conceptos. De lo contrario, estamos muy expuestos á que nos suceda lo que á las perdices, víctimas, á menudo, de los

hilos de los alambrados, por culpa propia, por volar tan bajo. Remocé cuanto pude mi erudición á la violeta sobre las grandezas muertas de la América y sobre sus misterios prehistóricos. De paso, y aquí en la intimidad, ¡cómo cuesta despertar las ideas adquiridas y ponerlas en línea después de vacaciones de años! Su desperezamiento, primero malhumorado y soberbio, me evoca al rey de las selvas cuando después de un prolongado descanso abre los ojos satisfecho pero rugiendo por costumbre. Concibo al espíritu como un salón inmenso, alto, altísimo, que con Hugo ó Zola tiene cúpula, como los templos, y que en el caso de cualquiera de esos miserables que afrentan á la especie humana, reclama el complemento de rejas y de puertas dobles, como las cárceles. Las paredes de ese salón se hallan cubiertas por series interminables de estantes superpuestos, en los cuales va colocando pacientemente el pensamiento sus conquistas buenas y sus conquistas malas de todos los días. ¡La cantidad infinita de mercaderías, todas á depósito, que entran en ese gran almacén imaginativo, que atestan á diario sus espacios, que reclaman imperativas su hospitalidad, empezando á disfrutarla antes de obtener el consentimiento de la dueña ó del dueño de casa! ¡Tarea aplastadora, genial, ordenar todos esos elementos de sabiduría y, en último término, organizarlos en un todo original y fecundo, susceptible de ser enfrenado por una voluntad superior! Quienes poseen esas condiciones sobresalientes de disciplina cerebral se encuentran en la situación envidiable de esos tenedores de libros cuya habilidad alcanza al punto de poder decir, sin vacilar, cuando se les interroga por sorpresa, en qué libro y en qué folio existe tal ó cual asiento. Pero algo muy distinto sucede á la vulgaridad. Es cierto; se conserva memoria vaga de haber aprendido nociones sobre una rama determinada de ciencia, pero ¿cómo encontrar esos antecedentes reveladores en los senos caprichosos del caos; cómo arrancar la luz, que es orden, de las entrañas de la anarquía, que es sombra? Sí; allí, en el raro salón de marras, están archivados los conocimientos que se buscan, más, la dificultad estriba en ubicarlos, en quitarles de en-

cima el plomo de otras economías intelectuales porque suele suceder que las piezas de seda más fina se pierden aplastadas por montones y montones de género de á dos vintenes el metro. Al fin, y á fuerza de empeños y de recapacitaciones, se saca á la superficie, á la actualidad, á esa idea cautiva de las otras en el fondo del mar. Pero, á menudo, resucita ella tan mutilada y maltrecha que más valiera haberla dejado seguir hundida en el pecho del pasado sin fronteras, señalando, como una cruz, la sepultura de un vértigo ó de un aliento sabio. La vitalidad perdida no se recupera jamás y, ¿para qué convencerse de ello cuando en la duda se prefiere suponer que se ignora sea así? En tal caso ocurre lo que con las personas enterradas por la naturaleza cruel en esos cementerios del mundo que se llaman Pompeya y Herculano. Apesar del tiempo transcurrido, todavía conservan ellas, en su estado de calcinación, el mismo aspecto de los vivos, sin que el desastre les haya arrebatado, en apariencia, su naturalidad; pero bastará que se rompa la lápida de lavas, hoy protectoras, para que al contacto del aire quede todo reducido á un puñado de cenizas. Sin embargo, en otros casos, contados, pasa lo contrario y, como el grano de trigo, todavía fecundo después de un sueño de miles de años en los sarcófagos egipcios, diremos que llega vigorosa la idea arrancada al olvido,—obligándolos aquí á ustedes á digerir otra comparación con asuntos más viejos que la envidia. Antes de que me interroguen maliciosamente, confieso que á mí, por lo general, se me presenta la primera y no la segunda de las emergencias apuntadas. Con seguridad que nada aproxima más al concepto de los conflictos surgidos al pié de la Torre de Babel, que estas asambleas internacionales, cuando son numerosas y sobre todo, cuando los sabios ocupan en ellas mucho espacio. En su seno se reproduce el espectáculo curioso de la confusión de las lenguas. El Congreso de americanistas da buena fé de tan pintorescas dificultades, pues los principales idiomas del globo ocuparon la tribuna, ofreciéndose el caso gracioso de que á un expositor español le surgiera un contrincante en inglés y un aliado en francés. Por eso tuvo fuerza contundente, si bien no acreditó sus

cualidades de políglota, un delegado canadiense que solicitó la versión verbal á su idioma de todas las alocuciones; á lo que replicó, noblemente y muy en armonía con las cortesías felinas del Kaiser, el simpático Karl von den Ströner, representante de la Universidad de Berlín, que ese procedimiento no correspondía por ser el francés el idioma oficial de las naciones. Como si fuera poco trabajo atar tantos cabos de distintas arboladuras, todavía agregó al carácter especial de la asamblea nuevos elementos heterogéneos la diversidad de opiniones dominantes entre estos señores sabios que, ó no tienen pelo ó lucen plateado el poco que como transacción les dejó la naturaleza. Ser sabio, ó por lo menos, sabio americanista, tiene sus bemoles. Me gustaría serlo y no serlo, á la vez. Aquí hay entrada para aquello de la «Verbena»: «el corazón que sí, la cabeza que nó», pero invertido en sus términos. Por supuesto que, si lo meditamos, conquista la idea de hacer jornadas interesantísimas de índole retrospectiva y de sentirse algún día con fuerzas suficientes para encontrar en reliquias, — vasos sagrados, piedras y ruinas maravillosas, — la fe de bautismo de las grandes razas desaparecidas, y leer sus jeroglíficos reveladores con la misma seguridad y soltura con que devoramos el material de una hoja de la tarde. Pero si dejamos hablar al sentimiento, que todavía no ha encanecido, parece demasiado caro el precio de semejantes victorias científicas. Ellas exigen devociones muy severas é imponen el sacrificio total de las distracciones mundanales que, al fin y al cabo, frívolas ó no, ayudan á cruzar con bastante alivio las arenas del desierto. Entre una brillante exposición de pinturas modernas y alguno de esos mamarrachescos pintarrajos de nuestros tartarabuelos bárbaros; entre el mármol de actualidad, que señala el triunfo de un cincel soberano, y los cacharros estrambóticos de la era pre-colombiana, que apuntan la más cruel venganza de las tribus inmoladas, — porque á su alrededor y en el empeño de descifrar su significado simbólico han reñido, como cimarrones, los intérpretes de la más alta gerarquía, — no vacilan medio segundo los elegidos y brindan todo el lote de sus preferencias intelectuales á las cuestio-

nes más pretéritas. Los que evidentemente no hemos nacido con propensiones sábias y mucho menos en materias tan apartadas de las inclinaciones de nuestro temperamento, comprendemos mal, á buen seguro, los deleites, que se dicen superiores, de las investigaciones á las comarcas heladas. ¡Penetrar por placer en los dominios de un pasado, al cual solo se llega dando pasos centenarios; ir á despertar en su sueño de piedra á las civilizaciones muertas, pulverizadas ya, como los huesos humanos, bajo la acción del tiempo; preferir lo que fué á lo que es, cuando al frente nos llama con acentos deslumbradores la vida, el movimiento, la actividad excelsa, práctica, nerviosa, con sus dolores que son deber y con sus alegrías que son derechos! ¿Qué pueden interesarnos á los hombres del presente las vicisitudes de los indios, arrancados de raíz como los árboles más sólidos, por el huracán de las épocas coloniales, si comparamos el atractivo de esas pesquisas arqueológicas, con el muy palpitante, con el irresistible imán que determinan Marconi, haciendo cabalgar á la palabra hablada en el lomo intangible de las ondas eléctricas, con burla incalificable de los mares y de las más elevadas montañas; Tolstoi, liberando conciencias y cortando cadenas en el fondo de las estepas rusas, que todavía, como estigma de galeote, presentan sobre su frente el rastro horroroso y sangriento del camino que conduce á las tumbas de Siberia; Heriberto Spencer, encendiendo el fanal del criterio positivo en las cumbres del pensamiento moderno; Lombroso y Ferri, encontrando los pergaminos del crímen en las fisonomías de los delincuentes de mañana; y Kruger, último pié de verso de un conmovedor poema trágico, acusando inquebrantable á Inglaterra, desde la Santa Elena que su patriotismo herido decretó, de haber dado una hermana maniatada á esa Irlanda, también infeliz y dominada como Sud Africa? Bien comprendo que al expresarme así estoy sentando carta de rematado ignorante. Así sea. Pero no me condeneis irremisiblemente. A pesar de mi estrabismo, tengo vista bastante para percibir el contorno de ciertas refinadas bellezas intelectuales. Debe tener encantos singulares, lo comprendo, lanzarse á la caza de un origen, perdido en lo hondo de las

tinieblas; apoderarse de las tradiciones augustas, galvanizarlas á fuerza de talento y de perseverancia, para obligarlas á entregar enseguida el testamento social de las civilizaciones á que pertenecieron; escarbar en la tierra, que es un osario inmenso, el más rico de los archivos del universo, para poner en descubierto galerías adivinadas, templos, monolitos, ciudades gloriosas que fueron, y arrebatar á esos elementos preciosos de prueba, el testimonio irrefutable que dan sus inscripciones figuradas. ¡Debe encelar al pensamiento esa tarea permanente de salvataje, de indagación apasionada en el escenario de un naufragio! Lo cierto es que cada edad tiene sus aficiones propias y características, del mismo modo que á cada estación corresponden distintas flores, y por eso, cuando todavía se disfruta de una postdata de juventud, se concibe, sí, pero no se valora bastante la abstracción, el esfuerzo científico, la pureza de espíritu que demandan esas exploraciones desinteresadas á los campos del silencio y de la duda, que se me representan como regueros de luz denunciadora de verdades. El Congreso de Americanistas que acaba de celebrarse ha incorporado elementos valiosos al índice de los trabajos ya concluídos. De México siguen extrayéndose piezas de hermosa convicción pre-histórica y aún los profanos pudimos admirar ciertos primores de líneas y de dibujo, de una sencillez elegantísima, que sorprenden por el parecido extraordinario con los diseños griegos. La misma corrección, el mismo capricho; igual sobriedad clásica en el adorno. Los cientos de esmeraldas grabadas que se han encontrado recien en las entrañas inagotables del monte Alban, los jarrones, cincelados con tal esmero que se piensa involuntariamente que ellos fueron labrados de encargo para brindarlos á la posteridad, y las mil chucherías en exposición, de las cuales cada una tenía su objeto en la vida diaria, previsto con toda exactitud y tino, denotan un grado tan avanzado de cultura y de sabiduría que se conciben como grandes agrupaciones artísticas é industriosas á esos pueblos, detenidos en su apogeo pacífico por las audacias romanescas de Hernán Cortés, lo mismo que á sus antecesores en las regiones del valle de México. Otro tanto,

aunque en rumbo no del todo idéntico, puede afirmarse de la nación madre que cuajó sus energías en el Yucatán, de esa civilización *maya* que muchas estupefacciones ha provocado poniendo en descubierto sus secretos. La señora Nuttall, que ocupó brillantemente la tribuna del Congreso, acaba de reproducir, bajo los auspicios de la universidad de Harvard, un documento escrito en lengua *maya*, de diez y siete metros de extensión, en cuyo desciframiento completo se trabaja ahora febrilmente. Mucho se le debe á Norte América en la investigación de tales tesoros. Los centros docentes de más nombradía han enviado, con sus propios recursos, numerosas delegaciones técnicas á Guatemala, á Honduras y á México, pudiéndose afirmar que á esas empresas autorizadas y tenaces somos, casi en exclusivo, deudores de lo mucho adelantado en los últimos tiempos, pues, con excepción del gobierno mexicano, ningún esfuerzo de labor concomitante existe en los dominios clásicos de la antiguedad en este hemisferio. Quienes no concluyen de convencerse de las capacidades estudiosas de esta raza y persisten en sostener que sólo irradia claridades ese gran foco que se llama la Francia, debieran obtener el volúmen en que aparecerán publicados todos los trabajos leídos en el Congreso. Razón, sobrada razón, tuvo el insigne arqueólogo mexicano don Alfredo Chavero, al agradecer á los eruditos de la nación vecina su incansable y fructífera colaboración indagadora. Representaba en la asamblea á la noble república del Paraguay nuestro distinguido compatriota don Adolfo Alonso Criado y á la Argentina el erudito don Juan B. Ambrosetti, miembro principal del museo de Buenos Aires. Por cierto que hizo papel lucidísimo este caballero amigo, en el curso de las sesiones, llamando la atención entre los competentes sus observaciones escritas sobre los indios calchaquíes y la forma precisa en que comentó sus similitudes con algunas tribus originarias de Norte América. Y no cerraré estas justicieras líneas sin incluir en ellas dos referencias personales que extienden honor hasta el nombre de la patria. De las investigaciones realizadas por el oriental Samuel A. Lafone Quevedo, en la serranías catamarqueñas, oí hacer elogios muy

cumplidos; mientras, por otra parte, con motivo de mi procedencia uruguaya, se me habló más de dos y de tres veces, con verdadero cariño científico, de don José de Arechavaleta que ya es también uno de nuestros paisanos, y á buen seguro, que uno de los mejores. ¡Con cuánto placer recojo estas reminiscencias agradables que serán gratas al viejo y benemérito profesor de nuestro museo! Entrar á la enumeración de los trabajos leídos sería emprender una tarea abrumadora pues ellos casi alcanzaron á un centenar. Sólo cabe exponer que no se exagera al decir que todas las penumbras que todavía flotan sobre el recuerdo de las civilizaciones indígenas de este hemisferio, fueron atacadas con singular ahinco científico, y preciso es reconocer que si ellas han resistido con éxito á este y á anteriores avances, se debe á la circunstancia de que ni hay lente de aumento ni tenacidades capaces de encontrar flanco vulnerable á tinieblas prehistóricas y de intención eterna. Mucho hermoso se expuso, muchos párrafos útiles se leyeron sobre asuntos relativamente modernos en su mayoría y remotísimos algunos; pero nadie pudo remover el gran misterio, arrojar una claridad sobre el origen del hombre americano. Ardua cuestión que plantea una de las más rebeldes interrogaciones retrospectivas. ¿Fué autoctono el habitante primitivo, ó lo arrojó á estas tierras paradisiacas, como una resaca, la ola de las emigraciones asiáticas, ó vino de la Europa navegando ó corriéndose por esa Atlántida de Platon, maravilloso puente levadizo quitado después por un capricho geológico? ¿Quién se atreve á sentar una prueba definitiva, inapelable, clara como el entendimiento humano? Alabadas y razonadas conjeturas se han tejido haciendo argumento de antecedentes más firmes que simples esfuerzos imaginativos pero, sin embargo, ahí está, siempre indescifrable, el colosal geroglífico. Porque en esta materia ocurre algo idéntico á lo que pasa con las genealogías cuyo último eslabón para atrás se pierde en el torno de un Asilo de Expósitos, ¿cómo recuperar la senda verdadera que ha desaparecido en el dédalo infinito de la encrucijada, cómo probar irrecusablemente un linaje arrancado del abismo de la nada? ¡Misterio, formidable misterio, más

poderoso que la alianza de todas las curiosidades de la sangre! Fracasada la demostración clínica queda abierto el camino á las presunciones—á las lógicas y á las temerarias—por que las tradiciones muertas se asemejan á ciertos retratos al óleo en la especial particularidad de que cualquiera sea el punto desde que se las aprecie, ofrecen un rasgo de suprema exactitud. Cuando se las usa como pelotas de goma—lo que sucede muchas veces—todo depende del pique. La nariz de Fulano, su frente, el color de sus ojos, su cabello, la forma de su cráneo, el corte de la oreja, denuncian su parentesco con Zutano; ¡á cuántos extremos acertados y á cuántos extremos falsos conducen esas asociaciones! ¿Y cómo deslindar, de manera irrefutable, las unas de las otras? Porque la alta investigación americanista no consiste en entregarse á tanteos policiales, tan folletinescos como los de Gaboriau, y en afirmar que los habitantes primeros vinieron de las regiones amarillas, fundándose en aquella similitud conocida de los nombres chinos, *Hong-Kong* y *Shanghai*, con los de Con-Con y Chancai en las costas del Pacífico. La gran ciencia exige aseveraciones menos lijeras y más contundentes. ¿Alguna vez se conseguirá arrebatar su precioso secreto al pasado, á ese pasado impenetrable hasta hoy y lleno de arrugas, como la piel de ciertos paquidermos, y también lleno de gestos de esfinge, de codicilos y de cláusulas tenebrosas?

El punto final del Congreso lo constituyó un paseo de una semana por Filadelfia, Washington, Cincinnati, Pittsburgo y Chicago. Dentro de esa fracción de tiempo caben algunos de los días más agradables, más instructivos que he pasado en esta tierra. Cuando existe buena disposición de espíritu nada afloja tanto como los viajes, las hebillas de las armaduras etiqueteras. Eramos mas de treinta los expedicionarios; todavía conservo el eco atrayente de los excelentes ratos pasados en colectividad, en constante broma y algazara! Haciendo honor á las sonoridades fraternales de su nombre, Filadelfia nos recibió con los brazos abiertos. La universidad de Pensylvania—inmensa, rica, próspera é independiente, como todas las instituciones de su género aquí,—puso sus museos, bibliotecas, gimnasios, y cátedras

á la entera disposición de los extranjeros. Si no me atormentara, con presiones de torniquete, la preocupación de no abusar de la hospitalidad del diario amigo, ¡cuánto tendría que decir sobre esa monumental casa de sabiduría fundada por aquel Benjamín Franklin, que un día remontó cometas para amansar á los leones del cielo, arrebatando el rayo á las nubes, y que otro día, vestido como un aldeano, comparecía ante la corte aristocrática de Luis XVI, emisario de una patria naciente, para amansar, con su republicanismo, la soberbia de los leones de la tierra! Hay ciertos detalles de energía tan preciosa que sería lástima dejarlos pasar: al recorrer uno de los infinitos gabinetes de trabajo recuerdo que interrumpimos en su tarea á una gallarda señorita; entregada al afan intelectual de traducir á su idioma el texto de unos caracteres caldeos, grabados sobre una piedra, y que á mi me parecieron igualitos á los pequeños garabatos que trazan las pícaras moscas, cuando decoran con el pincel de sus extremidades las cumbres de las golosinas recien salidas del horno y todavía semi-líquidas.

Durante siete días lo pasamos de banquete en banquete, pero ninguno tan sugestivo como el que nos brindó esa ciudad de Filadelfia, esa metrópoli de las históricas rebeliones cuákeras. Se obligó á todos los presentes á expresar en alta voz algún pensamiento amable, y como la sinceridad es la madre legítima de la mejor elocuencia, el cometido fué para todos fácil. A buen seguro que dió la nota más alta y original uno de los profesores de la universidad de Harvard, espetándonos párrafos de simpatía en un dialecto indio.

Estoy cierto de que hasta los mismos congresales se quedaron á oscuras, aunque yo fuí de los pocos que así lo confesé. Espiritual fué otro brindis en favor de los *Amerinds*. He ahí una voz inventada por algunos eruditos de este país y formada con las palabras *América é Indio*, dirigida al objeto de designar á los nativos de este hemisferio. Por incidente se comentó esta creación caprichosa, en el seno del congreso, y demás está decir que fué repudiada por impropia é innecesaria. ¿Qué término más expresivo,

más determinativo, que el de *Indios*, simplemente, para distinguir á los aborígenes de nuestro continente?

Como quien saca á la suerte cartas de un mazo de barajas tomo, al azar, una impresión del ramillete que guardo de aquella placentera jornada y encuentro que exclaman: *¡presente!* las grandes fundiciones de acero de Pittsburg. Este tema sólo, interesantísimo bajo muchos aspectos, exigiría un artículo. Mejor lo comprenderán así quienes, por la lectura de una hermosa descripción que del Creusot hace el académico Gabriel Hanotaux, han podido darse cuenta de las opulencias técnicas y laborantes de los establecimientos de esta índole. ¡Veinte y dos mil obreros en actividad! Ese dato numérico posée tan arrastradora y positiva elocuencia que una vez lanzado, yo tendría justo pretexto para no entrar en mayores comentarios. Pero en esta oportunidad mi espíritu no quiere el auxilio de las excusas, que su pobreza no se confunde con la aridez absoluta. ¿Para cuándo queda el entusiasmo de las fascinaciones artísticas y en qué fechas viste traje de gala la imaginación, si es cierto que ella no se conmueve y no se estremece, como las cuerdas de un violín al contacto del arco, en presencia de ciertos derroches soberbios de la realidad? Veinte y dos mil obreros aliados en un mismo esfuerzo! Los acoge de día una ciudad nerviosa, llena de ruídos atronadores, de trabajo incesante, que tiene sus atributos en el martillo y en la fragua, en el horno y en las calderadas de metal hirviente: el taller. Los ampara de noche, otra ciudad, hija de la anterior, tranquila, próspera, feliz, que sólo conoce los bullicios de las agitaciones domésticas, que sólo habla de la santidad del reposo bien ganado: el hogar. ¡Cuántos miles de hogares tienen por cimiento de su dicha á las fundiciones de Pittsburg!

Intentaré caracterizar su funcionamiento en cuatro rasgos de bosquejo. Estamos en galpones inmensos y de atmósfera caldeada. Usando anteojos apropiados, porque la vista no resiste á esas impresiones demasiado vívidas, podemos observar al mineral fusionándose en el fondo de recipientes de exterior granítico. ¡Qué cárcel firme demandan esas olas de fuego prisioneras que lamen las paredes del horno vomitando

sus cóleras en forma de espumas que al salpicar parecen festones de oro! A cada instante se arrojan nuevas carradas de piedra al seno de aquel pozo vengador que nunca se cansa de devorar pedazos de las entrañas de la tierra. A cada instante sube en su nivel aquel caldo ígneo, y cuando sus gorduras llenan todo el espacio amurallado y se miran desde afuera y desde cierta distancia las evoluciones de aquel líquido enloquecido y deslumbrador, que se iergue en columnas de fuego, que cruza á latigazos su mismo rostro, que dilata y encoge sus espirales quemantes, se piensa involuntariamente en el horrible proceso de las primitivas formaciones geológicas, cuando nuestro mundo, un ápice de materia cósmica, fué lanzado á la orfandad de los espacios y empezó á navegar, perdido y no perdido, en el infinito en mérito de las admirables leyes astronómicas explicadas por el ilustre Laplace. Así, ofreciendo ese espectáculo endemoniado, habrá rodado por siglos y por siglos nuestro planeta aumentando en el vuelo su ropaje flamígero con la velocidad de su marcha, como sucede siempre á las víctimas de las llamas, que corriendo para huir del peligro aumentan su propia desgracia. ¡Cuántas rotaciones desesperadas han debido cumplirse, antes de que las brisas del abismo consiguieran aplacar los ardores de la hoguera errante y comprimir sus furias epilépticas! Los gérmenes de la vida, los gérmenes de la muerte, lo que fué, lo que será, la filiación de todas las cosas ciertas, se pierden en el fondo de una frágua prehistórica, idéntica á la que yo ví funcionando en Pittsburg, pero millones de millones de veces más grande, más salvaje, más espantosa y sublime. Y sin embargo, ese todo, que comparado con lo pequeño al alcance de nuestros sentidos parece colosal, no pasa de ser una despreciable lágrima desprendida de los párpados del astro central. Y á su vez, ese nuestro sol magnífico, que suma la más alta expresión de las grandezas físicas concebibles, que sirve de cabeza real á una multitud de planetas y de asteroides, queda desapercibido en su marcha anhelosa hacia la constelación de Hércules, cuando se evoca la memoria de los mundos infinitos, de tamaño monstruoso, que cruzan, como

saetas, por las lontananzas del vacio sideral, mientras Sirio persiste en despeinar hacia este lado algunas hebras de su cabellera de luces, extendida cual una escala de plata, para humillarnos siempre poniendo en evidencia nuestra ridícula insignificancia!

No me explico cómo, conociendo estos relativismos aplastadores, todavía levantan su cresta de gallo la vanidad del dinero, la vanidad del poder, la vanidad de la ambición bastarda, puñado de miserias de un día. Sólo los hombres de corazón fuerte, la familia sacra de los sabios redentores, los Sócrates, los Platón, los Newton, los Descartes, los Pasteur, los Darwin, tienen derecho á erguir la frente esclarecida, si es que el genio legitima las ofuscaciones del orgullo. Quienes hemos visto bramar en el lecho de piedra al más aniquilador de los elementos y hemos pasado un largo rato examinándolo cautivo, viendo como él se revuelve y se enrosca, enfurecido, sobre sí mismo, reacio á la agonía, hemos sentido rotar en nuestro pensamiento un paralelo con algo gigantesco: con esa olla sepultada á nuestro piés, cuyos respiradores son volcanes y cuyo material de ebullición lo constituye el dorso de montañas y la carne negra de continentes sumergidos! ¡Qué agitaciones de energía satánica deben desarrollarse en las entrañas del astro que, dando ejemplo á las hipocresías humanas, ofrece por fuera el espectáculo seductor y plácido de superficies casi tersas, pobladas por pueblos libres que laboran su dicha, mientras que en el fondo calcina los cimientos un huracán igneo formidable, tan imperecedero que todavía arrasa comarcas al salir al exterior, aprovechando algunas de las viejas y olvidadas chimeneas! ¿Cómo concebir las capacidades de esa horrible marmita interna, cómo imaginar la escena extraordinaria que deben ofrecer esas inmensas cavernas, esas galerías atadas en forma de ovillo, perpétuamente recorridas por ríos de líquido abrasador, por Niágaras de fuego, por océanos de espantosa levadura, por el eco de truenos que se pronuncian en coro, por trozos deslumbradores de cielo, aquí, por nubes tenebrosas, allá, cuando después de dilatarse en toda su extensión admirativa el espíritu queda postrado, parece que cae como un cristal

roto, luego de seguir en su tarea implacable á los hornos de las fundiciones de acero de Pittsburg? La adoración del fuego, el culto del sol. Ninguna religión pagana ofrece un simbolismo más esforzado, más denotativo de soberbia majestad, que el elegido por algunos de nuestros indígenas para representar la poderosa alianza de los misterios generadores de entonces: la llama y esa grandiosa antorcha, casi eterna, que nos acaricia para salvarnos de la muerte.

Por medio de pescantes, movidos por la electricidad, el hierro fundido se transporta á unas mesas de laminación. Ya convertido en pasta se le derrama sobre aquel plato para hacerlo pasar bajo unos rodillos automáticos. ¿Quién de nosotros, pronto á apoderarse de los restos, de los despojos del combate, no ha sido testigo fidelísimo, cuando niño, de la actividad de la cocinera mientras hacia masa y aplanaba con el palote el compuesto formado por la mezcla de agua y harina? Pues, si ninguna comparación puede ser más prosaica también es cierto que ninguna le ganará á ésta en exactitud. El hierro, pegajoso y blando como masa, avanza traído por cilindros combinados. A cierta altura se le espolvorea con nickel, para quitarle viscosidad y agregarle brillo, y luego se le rocía con agua para aplacar su mucha sed. Extendido como una sábana incandescente, penetra bajo el rodillo que lo espera inflexible para oprimirlo. Un ruido ensordecedor, extraño, de acentos confusos, se produce entonces; parece que se oyera el crujimiento de huesos al romperse. Quebrada ya la cerviz, convertida en plancha lisa, avanza la materia roja para retroceder y ser sometida de nuevo dos, tres veces, al contacto suavizador. Para hacer varillas de acero se pasan chorros de mineral, como si se enhebrara una aguja, por ojos de moldeo cada vez menores. Casi sólo él entra y sale por los agujeros apropiados, para extenderse rápidamente, culebreando airado, como una inmensa y preciosa víbora de coral, en una línea de más de veinte metros. Para preparar trozos macizos entran en función, aprovechando otras mesas clínicas, martillos y garfios. Estos traen y llevan, mientras aquellos castigan los flancos, con tanta puntualidad y acierto que creeríase todo responde

á un milagro de magia. Pittsburg no descansa en su tarea laborante: de día y de noche funciona aquel organismo, aquel ganglio de organismos, creado para torturar al hierro y surtir de acero á los mercados de las regiones más lejanas.

Es tanta la influencia social de los grandes establecimientos industriales, y está ella tan apartada, en lo que alcanza la vista ordinaria, de los problemas apasionados, que cuesta á la generalidad reconocer su energía revolucionaria. Los talleres civilizan, amansan los sentimientos atávicos, fundan la prosperidad de las clases medianas, dignifican al obrero, apartan el espectro de la miseria de la casa del pobre, educan á los espíritus sin luz, afianzan la religión del fanatismo. Ahí se ponen de pié, proclamándolo así, los trescientos veinte mil habitantes de Pittsburg y desde tribuna más lejana también lo abonan las poblaciones obreras que han dado gloria á Francia, honor á Bélgica y fuerza atlética á Alemania. ¡Bienvenidas las modernas industrias que son escuela de redención humana! Cada fábrica que se inaugura en nuestro país, ya sea ella para hacer fósforos, zapatos, vidrio, papel, perfumes, sombreros, azúcar de remolacha ó alpargatas, señala un esfuerzo noble, eficacísimo, en pró de la causa pública. Por cada fábrica que se abre se cierran mil ignorancias empedernidas, al extremo de poderse afirmar que las maquinarias crean tantas mercaderías como ciudadanos. El día en que por nuestros valles y cuchillas sean familiares las chimeneas, flameará más ufana la bandera de la patria, porque ella será entónces el símbolo de una independencia más altiva—si posible—y se habrá cerrado para siempre el período malsano y anormal de las eternas murmuraciones politiqueras, tan perniciosas á la nación como lo son á la reputación de las familias los chismes envenenados de barrio. Casi tengo ganas de testar este párrafo, no me vayan á hincar el colmillo y á tildarme de inconsecuente porque, sin abdicar de principios de los que no se abdica jamás, repito una verdad que me ha iluminado siempre. ¡Bendito sea pues, ese altar de progreso y de felicidad alzado por el trabajo en Pittsburg!

Las fundiciones ocupan la extensión de un valle, de ma-

nera que al apartarnos de allí, ya entrada la noche y recorriendo en carruaje un camino que corona las alturas vecinas, gustamos el epílogo de un espectáculo maravilloso. Apesar de la densa oscuridad reinante un manto de luces de oro flota sobre los hombros de la ciudad viril, manto tejido por el aliento de todas las usinas, que suma un inmenso resplandor. Nunca he apreciado un conjunto dueño de más rasgos fantásticos. La atmósfera blanquísima creada por todas las volutas de humo hermanadas; el chisporreteo de las fraguas; los faros eléctricos; el eco, que llega amortiguado, de las labores incesantes; la alegría callejera; todo eso caracteriza un cuadro que trae á la mente el recuerdo de las narraciones de las mil y una noches. ¿Habrá tenido la pupila de Neron una escena más grandiosa, más imponente, cuando su capricho salvaje ordenó el incendio de Roma?

De prisa á otra cosa. En el Estado de Ohio, cerca de Cincinnati, visitamos el paraje conocido por Fort-Ancient—fuerte antiguo—en donde se han ubicado los *mounds*, es decir, esas curiosísimas ruinas dejadas por la más remota civilización continental. ¡Con cuánto interés las recorrimos en largo radio escuchando las explicaciones ilustrativas de complacientes guias, profesores de las universidades! Tienen los *mounds* todo el aspecto de primitivas fortificaciones guerreras y consisten en enormes montones de tierra, evidentemente levantados por los aborígenes, que casi alcanzan el volumen de pequeñas colinas. ¡Qué esfuerzo defensivo perseverante y monumental! Esas trincheras de las épocas perdidas han desafiado el ataque de docenas de centurias y el lavaje desgastador de todas las lluvias. ¿Perdurarán tanto tiempo como la creación de los bárbaros las obras maestras de la ingeniería moderna, tan desafiante como ella se descubre en el puente de Brooklyn, la Torre Eiffel, en el mismo canal de Suez? ¡Qué severa lección ofrecen á nuestra altanería efímera esas construcciones silenciosas del pasado más elocuentes y eternas que todos los libros escritos por los hombres, más arraigadas que las razas y más duraderas que todos los himnos aliados de todas las posteridades del

mundo, desde Washington á Napoleon! Entre los trabajos leidos en el Congreso de Americanistas destacó, por su novedad, uno que ya está haciendo ruido en el mundo sabio. Fué presentado por el erudito peruano, señor Gonzalez de la Rosa, y llevaba el siguiente título: «Cómo hallé que la denominada correspondencia de Toscanelli fué una falsificación y que la ciencia nada tuvo que ver con el descubrimiento de América». Apesar de los términos contundentes transcriptos conviene esclarecer, en pocas palabras, esta tesis para comprender el alcance histórico trascendental que ella tendría, en caso de ser tan cierta como se pretende. Toscanelli esparció la fama de su sabiduría por la península itálica y países vecinos en época casi contemporánea con las investigaciones ardorosas de Cristóbal Colón. De conocimientos complejos, al igual de todos los estudiosos de su tiempo, destacaba, sin embargo, en las ramas geográfica y astronómica. Hasta ahora se ha creído, como verdad inconcusa, que el insigne genovés discutió la practicabilidad de sus proyectos temerarios con el reputado pensador, dirigiéndole, antes de consumar su hazaña, algunas cartas cuyos originales, entiendo, se conservan en la biblioteca de Roma. Esas cartas son consideradas preciosas, tanto por las claridades insospechables que arrojan sobre los preliminares científicos de la empresa, cuanto porque en todo su texto vaga el genio de Colón que, ya entonces, con acierto profético, delinea sus teorías innovadoras, consagradas ampliamente más tarde por una espléndida realidad. Pues bien, el señor de la Rosa sostiene que si por una parte Colón escribió esas cartas á Toscanelli, éste nunca pudo recibirlas, por la sencilla razón de que ya en esa fecha había muerto; y que, en consecuencia, las respuestas, tan sonadas, del mismo, que también se conservan como reliquias, fueron falsificadas por el mismo Colón! Aún queda algo más: esos documentos de autoridad proverbial hasta ahora, ni siquiera fueron forjados antes del descubrimiento, sino que después, á su vuelta á España, el gran almirante de las Indias, deseoso de rodear su nombre con todos los prestigios de la ciencia, tejió ese material inventando antecedentes de polémica sabia á su buena fortuna, explicándose

así la admirable exactitud de sus apuntados vaticinios. ¿No es para caerse de espaldas? Declaro que un pistoletazo no me hubiera conmovido tanto en mi asiento. El señor Henry Vignaud, miembro de la Embajada norte-americana en París, acaba de publicar un volumen, que está siendo devorado, sobre idéntico asunto. Por lo demás, el señor González de la Rosa posee reputación como filólogo é investigador profundo. Durante el viaje que hiciéramos juntos en ferrocarril tuve el placer de escucharle, durante horas enteras, sin volver de mi asombro ante sus afirmaciones categóricas que, á ser confirmadas, vendrán á dar un vuelco completo á todo lo que se ha aceptado y se ha escrito sobre Cristóbal Colón y sobre el descubrimiento de la América. Por espacio de diez años el señor de la Rosa ha vivido entregado en absoluto á sus exploraciones retrospectivas pesquisando el asunto en sus mismas fuentes y recorriendo, al efecto, las principales bibliotecas de Europa. Ha estudiado, párrafo por párrafo, los papeles existentes, siguiendo el desarrollo minucioso de las anotaciones puestas en el diario de navegación, de puño y letra del mismo Colón. Sería interminable repetir aquí sus novedosas manifestaciones, pues, derribado con todo riesgo el primer cimiento, caen por tierra casi todos los eslabones de una esplendorosa leyenda redentora. El señor de la Rosa tuvo la bondad de soportar mi largo interrogatorio de profano y diré que sus respuestas revolucionarias han aumentado en cierto sentido mi sorpresa. Le oí decir que Cristóbal Colón no poseía la talla científica que se le ha atribuido; que la existencia de la América ya se conocía cuando él la encontró; que su único mérito consiste en haberla ido á buscar siguiendo las mismas rutas indicadas por otros; que el verdadero descubridor fué un marino, hasta ahora ignorado, que en su lecho de muerte confió su grandioso secreto á su confesor, un tal Juan Pérez, que lo trasmitió al navegante afortunado á fin de que éste lo aprovechara en beneficio propio; que el padre Marchena era otra persona distinta del fraile recién citado. «Pero ¿cómo explica usted, decía yo animándome y con atrevimiento de pilluelo á mi distinguido interlocutor, el antecedente esfor-

zado que señala aquel viaje de Colón á Portugal, muchos años antes del descubrimiento, para impetrar el apoyo de aquella corte?» «Todo eso es mentira», me contestó.—«¿Y cómo desvirtuar la realidad de aquellas discusiones en las que el marino genial se puso sólo frente al error geográfico sostenido por los sabios de Salamanca insistiendo en la redondez de la tierra y en otras célebres predicciones?»—«También mentira» se me replicó—«¿Entonces la gloria de Cristóbal Colón, dije, sonriendo, es una mistificación grosera?»—«Por supuesto».—«Pues declaro que la versión sustituyente posée el colorido maravilloso de la novela del conde de Montecristo y que no me conformo con que se reemplacen las estrofas del único poema que conoce el mundo, después del apostolado humano de Cristo, por nuevos textos de enseñanza, y el nombre imperecedero del gran Cristóbal Colón por el de un abate humilde que hasta tiene para la posteridad el inconveniente de haberse llamado, á secas, Juan Pérez! ¿No suena mal, señor de la Rosa, horriblemente prosaico, eso de contestar á la pregunta: ¿á quién pertenece la gloria de haber descubierto la América: á Juan Pérez? Por lo demás, si no fuera por el navegante cuya fama se crucifica hoy, no estaría yo disfrutando de esta amenísima *causerie;* así es que, de todos modos, le estoy personalmente muy agradecido.» Tomando su turno le tocó entonces sonreir al concienzudo hombre de ciencia que me había hecho el honor de satisfacer mi impertinente curiosidad. Aquellos grilletes creados por la ingratitud de su tiempo, aquellas miserables cadenas de Bobadilla las remachaban ahora, sobre la fama del ilustre navegante, audaces y complicados raciocinios! No era suficiente bautizar con otro nombre que el suyo á las tierras de promisión que él arrebatara á las tinieblas; no colmaban la medida de las injustas aflicciones las calamidades que él debió sufrir antes de realizar su ensueño de profeta, tan consecuentes que aún en el pináculo de la gloria lo asaltaron de nuevo para castigarlo aleves! Era necesario extremar el tormento y ofrecerle al apóstol y al mártir, aún en la muerte, la copa de cicuta. Si los esqueletos fueran algo más que simples res-

tos materiales, ¡cómo temblarían de indignación en su tumba los huesos guardados en Valladolid ó en La Habana, porque de Colón hasta las cenizas se han extraviado! Pero es consolador pensar que los bibliófilos, aún los más respetados y autorizados, pierden su tiempo si intentan aplastar las tradiciones más soberbias y consagradas de las edades. Cristóbal Colon está hace muchas centurias en la inmortalidad. ¿Qué escalera de manos alcanza hasta allí? ¿Y cómo encontrar fuerzas bastantes para derribar su estatua cuando ella tiene por pedestal el espacio de dos continentes abrazados y por guardia eterna la reja protectora de dos océanos? ¡Querer probar con indagaciones escolásticas, seguidas sobre manuscritos amarillos y atando consecuencias de orígen deleznable, que Cristóbal Colón no fué el génio que el mundo ha conocido siempre! ¡La fuerza convincente de los papeles estudiados como elementos aislados de esclarecimientos! Dadme la declaración de un testigo, decía un juez famoso, y yo me comprometo á encontrar causa para condenar á la última pena á un inocente. Siga cayendo implacable el ariete demoledor sobre las reputaciones augustas fundadas sobre el granito! ¡Bravo! Mañana, otro, más temerario, sostendrá que la existencia de Colón se parece á la de Homero en que posee muchos rasgos de mito; pasado, caerán bajo la picota Bartolomé Díaz, Vasco de Gama, Magallanes y Gaboto; luego, en otros rumbos, se probará, á maravillas, que Cervantes fué un plagiador, un charlatán Shakespeare, que el Dante se viste con las plumas del grajo, que Watt nada tuvo que ver con el vapor; nada, tampoco, Galvani y Volta con la pila eléctrica; que Lutero fué un miserable y Julio César un vulgar capitanejo.

¡Bravísimo! Mucha satisfacción sentirán después, supongo, sentándose triunfales sobre un montón de escombros, esos señores amantísimos de la verdad—¡la verdad!—tan inflexibles en sus investigaciones históricas, tan olvidadizos de mil circunstancias complementarias que suelen cambiar radicalmente la fisonomía de los acontecimientos, como aquel helado pesquisante Javert, sin alma y sin piedad, que se desliza por las páginas de «Los Miserables» para estremecernos. Mal de

muchos consuelo de nécios, me dirán ustedes; talvez tengan razon, pero yo declaro, francamente, que estas injusticias meridianas ayudan á conformarse con las también retrospectivas y ahora de moda en nuestro país. ¿Qué mucho que califiquen de pobre diablo, de traidor y de argentino á Lavalleja y que tilden de cobarde y malvado á Artigas, de ladrón á Rivera y de asesino á Oribe, si ya existe quien se atreve á llamar falsificador á Cristóbal Colón y á sostener que no es suya la gloria de haber redondeado al mundo? En lo que refiere á nuestros grandes antecesores, cuando los veo acribillar á imputaciones por algunos de sus descendientes, me parece que oigo á mi lado un diálogo extraño por el estilo del siguiente:—«¡Ah! señor; tanto gusto de conocer á usted. Muchos años antes de que muriera, tuve la satisfacción de cultivar relaciones con su ilustre padre, uno de los ciudadanos más virtuosos que he encontrado en mi país.» (Contesta el hijo del elogiado):—«Caballero, usted es muy atento, pero permítame que no acepte sus alabanzas, pues mi padre fué un pícaro y, por lo tanto, no le corresponde el respeto que usted sinceramente y mal informado le tributa.» (Gesto de asombro en el interlocutor. Prosigue el hijo):—«Yo también así lo creí de niño, pero estudiando luego con el criterio hecho, los papeles dejados por el autor de mis días, recapacitando sobre su conducta, sorprendiéndolo con la memoria en la vida íntima de mi casa, encontré que el ídolo no era tan ídolo.» (Se detiene para juntar coraje y enseguida continúa hablando así á su atónito oyente):—«Yo soy hombre de verdad, mi amigo, á ella, á su culto esplendoroso, sacrifico todos los convencionalismos, y por eso, cuando me convencí de que mi padre no le guardó á mi señora madre la fidelidad conyugal que le jurara ante el altar, y de que él no pagaba puntualmente sus cuentas los sábados, y de que aceptó en política transacciones que no consultaban el espíritu rígido de los principios, comprendí mi extravío y renegué de la mistificación.»—«Pero, ¿y la voz de la sangre, el prestigio de su apellido, la tranquilidad de sus hijos, la consideración que merecen las tumbas, las atenuaciones de la época, interroga tímidamente el interventor?»—«¡Qué me

importan esos argumentos de interés mezquino! El verdadero valor moral consiste en despreciar esos raciocinios utilitarios y en decir la verdad, la verdad entera, toda la verdad. A ese fin estoy ya escribiendo un libro dirigido á procesar la personalidad de mi padre probando, con documentos irrefutables, sus grandes debilidades. ¡Esto sí que es noble! Yo mismo admiro mi energía recta, estando, por lo demás, convencido de mi deber de hombre justiciero. ¡Todo por la verdad!» «¿Pero y la integridad del nombre de la familia y de las preferencias patrióticas? Las atenuaciones y justificaciones que brinda la filosofía de los sucesos, las especiales circunstancias, la irregularidad del ambiente, el medio social en que se agitó el personaje?» «Yo no entiendo ni acepto semejante componendas».

¡Decadentismo puro con ribetes anárquicos y desquiciadores....!

XVI

Influencia del ambiente nacional — Beneficiosa evolución de las ideas — La religiosidad norte americana — Inclinaciones místicas — Estupenda diversidad de cultos — Enorme prosperidad del catolicismo — El colegio de San Francisco Javier — La iglesia y el Estado — Un orador modelo — Modalidades originalísimas — Una crítica á nuestros liberales — La cuestión religiosa entre nosotros.

También bajo el aspecto religioso es admirable este país. Quienes proceden de sociedades en el seno de las cuales la exaltación de las propagandas filosóficas solo ha sido excedida por la exaltación de las agitaciones políticas; quienes han visto todos los días al enceguecimiento sectario nublando el criterio de los más brillantes espíritus y á los grupos divergentes legitimando el anatema insultante, cuando él va dirigido contra el adversario, experimentan al llegar aquí una sensación de sorpresa, de dulce sorpresa, muy explicable si pensamos que el mútuo respeto señala la más hermosa conquista de nuestra civilización. En los Estados Unidos no se conocen las intolerancias de credo. Seguramente que millares de inmigrantes han arribado á estas playas trayendo su semilla prendida con un alfiler de pasión en el fondo de la conciencia; pero esas prevenciones reaccionarias han desaparecido pronto de este ambiente oxigenado cuyas virtudes purificativas alcanzan á los temperamentos más soberbios. ¿Qué ímpetu fuerte, qué prejuicio resiste al ataque porfiado de tantas impresiones deslumbradoras? El viajero que pone el pié en los muelles de New York puede decirse que es arrebatado por el turbión de una catarata. ¿Acaso no hay tam-

bién Niágaras en el escenario magnífico del mundo moral? Pues engullido por la corriente, como un barco sin gobierno, rebota sobre las piedras, salta como una pelota, peina con su cuerpo las arenas del fondo, flota aquí, se hunde allá, para obtener luego descanso, magullado y deshecho, en las arenas de la orilla. Esa carrera de metamórfosis la sufren inevitablemente todos los espíritus.

Pero me apercibo de que he dicho deshecho. Deshecho el espíritu, ¿por qué? No; esa palabra está mal empleada. Quedar dolorido después de un ejercicio atlético, confesarse fatigado á consecuencia de un extraordinario esfuerzo mental, no importa decir que ese aplastamiento pasajero sea pernicioso ó destructor. Los masages nunca fueron malos para la salud del cuerpo ó para la salud del pensamiento. Cuando el paciente dice que lo lastiman, afirma en su tranquilidad al operador, porque esa protesta es la mejor prueba de que se ha herido el punto enfermo. Al estado de desintegración de los primeros tiempos sucede, con el correr de las semanas, una intensísima labor reconstructora y, echando mano de los nuevos materiales adquiridos, se empieza á edificar con plan aceptando el cimiento sólido de ese anterior abatimiento imaginativo. Todo no se rectifica; más de una idea antigua queda confirmada como piedra angular, pero, de cualquier manera, son muchas las sustituciones que uno va decretando. Al principio se aborda con timidez esa tarea de renovación fecunda. La costumbre y el amor propio pesan siempre, como cadenas que son, y—seamos sinceros—uno no se decide á efectuar el sacrificio de lo que antes ha creído perfecto. Pero pronto cesa este natural parpadeo, que todos practicamos maquinalmente al penetrar de súbito en un cuarto con mucha luz, y una vez rotas las grandes murallas opuestas por el orgullo, avanza la empresa de asimilación; pero ahora sin tropiezos, sin sobresaltos, sin probabilidad de que se repitan los desvanecimientos de antes. Tal vez en el curso de estas transformaciones uno no se da exacta cuenta de lo mucho que se aparta del sitio de partida, pues, en este concepto, se reproducen las circunstancias del caminante que, acariciando ideales y

atraído por la belleza del paisaje, avanza, avanza, sin apercibirse de que está muy lejos de la primitiva senda, más aún, que corre el riesgo de extraviarse á fuerza de marchar ¡es tan lindo perder el rumbo en los campos floridos del ensueño! Cuando se recupera totalmente el equilibrio perdido en el primer encuentro, resulta que todas han sido ganancias porque no puede discutirse el beneficio que resulta de quebrar opiniones equivocadas y de reemplazarlas con ventaja.

Estos saludables procesos evolutivos los denuncian algunos y no los reconocen otros, menos humildes. ¡Cómo si denotara capacidad el negar fuerza convincente y educadora á un organismo de solideces clásicas! Es también indudable que la mayoría de los forasteros los sufren sin apercibirse de ello. Si á todos no alcanzara la buena vacuna ya habrían prendido aquí las preocupaciones seculares de la Europa; ya cruzaría la atmósfera, como un relámpago de odio, la amenaza de las turbas desenfrenadas. Sin embargo, en Estados Unidos no retoñan el anarquismo y otras lepras sociales; no obtienen éxito quienes pregonan la caída de los gobiernos por la acción de la dinamita; no se escuchan vociferaciones brutales contra la religión ó en su apoyo; quien entretuviera sus ocios dañinos pregonando por las calles hostilidades contra la autoridad pública y hablando del despotismo y de opresiones de clases sería señalado por los transeuntes como un loco. Sin corro, pronto concluiría por dejarse de fastidiar, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos disolventes. Las protestas coléricas contra los bandos en que se divide la opinión no caben cuando es notorio que las mismas regalías amparan á todos. En Estados Unidos el derecho verdadero es patrimonial tanto del millonario como del más modesto ciudadano. Por eso de una choza de Kentucky salió un presidente ilustre; por eso han alcanzado la celebridad, como legisladores, estadistas ó generales, muchos que empezaron la vida siendo artesanos; por eso se labran fortunas colosales cuyo orígen no se pierde, se esclarece, en las bohardillas; por eso Andrew Carnegie, hijo de sus obras, es uno de los hombres más ricos y más generosos del universo.

Los asuntos religiosos nunca han tenido momentos difíciles. La causa fundamental la dá la energía de esas correcciones morales heredadas. Mal pudieran pecar, por otra parte, de intolerantes, quienes descienden, y conservan íntegras sus virtudes, de aquellos peregrinos fervorosos que huyendo precisamente de las persecuciones sectarias, abandonaron, hace trescientos años, las playas de Inglaterra para iniciar con su éxodo, semejante al bíblico, la gloria de otro pueblo de Israel. El norte americano es un pueblo esencialmente religioso, pudiendo afirmarse que esa arista de su idiosincracia no ha sufrido alteración sensible desde las épocas puritanas. Aquí todo el mundo vá á la iglesia los domingos; todos concurren en alguna forma eficaz al sostenimiento de alguna doctrina, y creo sea empresa difícil encontrar muchos espíritus radicalmente libre pensadores. El misticismo flota, como una emanación expontánea del suelo, sobre todas las manifestaciones de la actividad colectiva. Todos los días, antes de empezar, sus deliberaciones ambas ramas del Cuerpo Legislativo, que tienen cada una su capellán presupuestado, escuchan breves conceptos piadosos. En todas las ceremonias oficiales se produce idéntica intervención y hasta en las monedas se dice: *in God we trust*, ó sea «confiamos en Dios». No existe el aparato exterior, ni se gasta el tiempo en espectáculos de oropel, ni salen las procesiones á la calle, ni abundan las órdenes monacales, ni hay hijas de María, ni encuentran aceptación los conventos, ni se oye el repique de campanas. Nada de esto descubre el viajero, al punto de que recoje una primera impresión falsa; pero sus juicios se rectifican radicalmente á medida que va apercibiéndose de los vigorosos latidos creyentes de esta sociedad. La ciudad de Washington no excede en población de trescientos mil habitantes y sin embargo en la página de avisos de los diarios del sábado se alcanza á contar un centenar de exhortaciones á los fieles, indicando la hora en que deben concurrir á misa las señoras y los hombres y á practicar ejercicios cristianos los niños. Y abonando la eficacia convincente de esos llamados todo el mundo dedica la mañana del domingo á tareas espirituales, desde el señor presidente de la república, que

asiste á la capilla del culto holandés, hasta el más humilde de los obreros á jornal. Los morenos tienen también templos propios, lo mismo que asociaciones y escuelas, y ellos doblan la rodilla ante el altar obedeciendo al mismo ritmo sincero.

Esta religiosidad del séptimo día de la semana no ofrece los caracteres sociales, muy agradables, por cierto, que provocan en otras partes manifestaciones semejantes de devoción. Esta raza de fuerte voluntad y que posee en grado extraordinario la facultad preciosa de saber especializar funciones, va el domingo á las iglesias exclusivamente á rezar, como irá exclusivamente á sus negocios en los días de trabajo, absorbida en alma y cuerpo por el anhelo único de adquirir prosperidad, y con la misma energía de propósito con que asistirá de noche al teatro á reirse con entusiasmo infantil llenando la sala, al menor chiste, con el eco ruidosísimo, simpático, bonachón, de grandes carcajadas ingénuas. Proponer á una señora americana que vaya á la iglesia entre semana importa tanto como proponer una idea absurda. ¿Acaso, se contestaría, tiene ella algo que hacer allí cuando la solicitan las preocupaciones y quehaceres de su hogar? Pero agreguemos que preguntarle á esa misma dama si oye servicios religiosos en las fechas dominicales fuera considerado una indiscreción. ¿Acaso ella no comprende sus deberes de buena madre que le mandan prestar ejemplo á los suyos y agradecer á su Dios la tranquilidad dichosa que disfruta? Y no rendirá sola ese tributo. Acompañada de su esposo y de sus hijos todos disfrutará, por largo espacio de tiempo, la hospitalidad del templo de su predilección. Cada familia, tiene allí sus asientos, sus libros de oraciones propios, que nadie se atreverá á tocar. Algunos concurrentes se retiran antes del sermón, otros, más valientes, lo soportan impertérritos; pero, sea ó no indigesto ese capítulo de los oficios, la misma expresión de atención cordinada se leerá en todas las fisonomías, el mismo silencio respetuoso y sacramental del principio sellará el fin de la ceremonia, y cuando, á intervalos, llegue la oportunidad de elevar cánticos de gratitud, de todos los pechos brotarán acentos hermosos pudiéndose afirmar que la fuerza de aquel coro, de conjunto tan irregular, se mide por la suma

exacta de las voces de las personas presentes, pues nadie, sordo ó afónico ó tartamudo, deja de ayudar con su garganta. Concluída la tarea cristiana, la asamblea se disuelve, rápidamente, sin ostentaciones, sin que nadie se detenga á gozar de los atractivos del desfile. Pero antes los miembros más respetables de la parroquia, que se consideran muy honrados con esta misión de confianza, han hecho circular entre los asistentes platos de colecta en cuyo fondo algo dejan todas las manos. La mejor prueba de que los resultados de ese petitorio son muy jugosos se acredita recordando que no otra fuente de recursos tienen los cultos.

Hasta en los hoteles, pagando tributo á la afición general, se ofrece al huésped una nómina completa de los templos en actividad. El que yo habito no es excepción á la regla y como esos datos tan singulares están contenidos en un gran cuadro, que se impone á todas las miradas y en camino del comedor, nada debe extrañarles que me sepa de memoria los nombres de los distintos cultos practicados en esta ciudad. Nada más ocurrente, por otra parte, que brindar *menú* espiritual simultáneamente con el *menú* exigido por el paladar. Vean ustedes el índice de las distintas creencias: baptista, unitaria, congregacional, católica, episcopal, luterana, presbiteriana, reformada, metodista y universalista. ¿Cierto que hay para todos los gustos? A veces se me ocurre que resulta grave eso de que tantos y tan diversos credos pretendan poseer en su rito la miel de la verdad purificada. ¿Quién puede pagarse de acertar en esa gran lotería de opiniones, muy á menudo contradictorias? Si alguno poseyera el secreto magno sería el caso de poner á su servicio inagotables fervores, del mismo modo que, cuando se está en determinados antecedentes, se arriesga todo el dinero disponible en las carreras á las patas del caballo que se sabe ganará. Pero, como desgraciadamente, amen de las argumentaciones metafísicas, esa claridad, tan ventajosa, no existe, no somos los menos juiciosos quienes nos mantenemos como simples espectadores de esas interesantes y respetables pesquisas subjetivas. Aunque en los Estados Unidos cuesta un triunfo sustraerse á las exigencias religiosas del ambiente. En

el curso de la más animada conversación se le pregunta á uno, con admirable naturalidad, cuál es la iglesia que frecuenta y se salta enseguida á otro tema mundano,—teatros, recepciones, comidas. Un amigo se reía días atrás porque yo le manifestaba que aquí el misticismo corriente, sano, afable, como es, pone en serios apuros á la más endurecida de las conciencias. Pero lo que más sorprende consiste en el arraigo del catolicismo. Los yankees creen, y antes de venir á este país nosotros pensábamos como ellos, que aquella religión posée en Sud América el más fecundo campo de propaganda del Nuevo Mundo. ¡Qué evidente error cometemos todos en opinar así! Es en los Estados Unidos, en la tierra que fué en otro tiempo refractaria á la palabra de Roma, en la patria clásica de las rigideces puritanas, que el catolicismo presenta en la actualidad sus más pasmosos éxitos. Pudiera suponerse que un culto tan poco adicto á la libertad, de tendencias ultraconservadoras y que siempre ha buscado anheloso el apoyo de los gobiernos, al extremo de exigirlo como un derecho en muchas ocasiones, careciese de las condiciones fundamentales para prosperar en una sociedad libérrima que ostenta, como su más preciosa preséa, un vigoroso individualismo y en el seno de la cual existe el divorcio, en su concepto más dilatado, consagrando una aspiración unánime del espíritu público. Inclinarían á raciocinar de idéntica manera circunstancias históricas de todos conocidas.—Cuesta concebir romanos en sus convicciones á los descendientes de aquellos cuáqueros, cismáticos ardorosos. Hasta el temperamento nacional, frío, práctico, inaccesible á las seducciones de las ceremonias más solemnes y pomposas, parece hostil á los avances de un culto que cifra su mayor fuerza en la exterioridad atrayente de sus ritos. Sin embargo, resultados palpables, al alcance de todas las curiosidades, desmienten esas presunciones. Norte América fué la nación que aportó el año pasado más recursos para el fondo de San Pedro. New York cuenta con ciento sesenta y ocho iglesias católicas, no exagerándose ya si se afirma que casi la mitad de la población de la inmensa metrópoli alienta esas convicciones. Y los domingos, tanto de mañana como de tarde,

se las vé repletas de concurrencia, pero de una concurrencia que debe tener invalorable calidad sectaria, inflamada como está por un ardiente fuego piadoso. Entran los católicos americanos á su casa espiritual trayendo el alma de rodillas antes de penetrar bajo las bóvedas. Cruzan la puerta de entrada como sombras, desfilando rápidamente por frente á la pila de agua bendita, para santiguarse enseguida con una gravedad devota que no es comprada en la botica. Si alguno hiere con paso callejero las lozas de los corredores ó hace ruido al mover una silla, pronto se convence de que ha cometido una irreverencia al leer ágrias censuras en los ojos de sus hermanos creyentes. Pero lo más apreciable de todo consiste en el hecho de que siendo libre el acceso á las iglesias se cobra por el derecho de asiento, adoptando un sistema semejante al practicado en las boleterías de las empresas mundanales. ¿En el fondo, no se trata, también en este caso, de una boletería de compañía de seguros, ó de algo por el estilo, que prevé los riesgos de muerte y ofrece garantías al portador, convertibles, según afirman, en el ámbito menos bancario de otras regiones? Cada neófito aporta, sumiso y complacido, su cuota y todavía se retira de la ventanilla acreedora con expresión agradecida para ser luego conducido hasta su butaca por un maestro de ceremonias, uniformado con traje de circunstancias, de paño negro ribeteado de oro. ¿Resistiría ese mismo sentimiento en otras partes á esas razonables pruebas de adhesión?

Al tiempo de residir aquí se comprende mejor tan sorprendente lealtad práctica á los propios ideales. Esos modestos desprendimientos individuales, que aliados fundan inmensas fortunas corporativas, porque sumando millones de gotas se forman los ríos, los encuentra idénticos el observador en el orígen de todas las asociaciones populares. Nadie pretende ignorar que en el dinero reposa la base de las propagandas, que hasta las plantas de apariencia más etérea exigen alimento para dar flores. De manera que cuando un ciudadano inscribe su nombre, como miembro de un centro religioso, partidario, de diversión, atlético ó científico, sabe que esa incorporación le demandará repetidas contribuciones

pecuniarias de las que nunca protestará, pues todos piensan, sabiamente, que para alcanzar el objeto perseguido se requiere el esfuerzo mancomunado de todos. Como cada vez que uno admira cuadros de arte debe pensar que gracias á la colaboración maravillosa de la luz gusta esos placeres superiores, del mismo modo, al apreciar estas virtudes equilibradas de una raza fuerte, es justo, es ejemplar decir que tales resultados provienen de una causa primera: de la educación popular, luz de la tierra, que ilumina á todos los espíritus norte americanos. Comprobado que los adictos á todas las fracciones reconocen el deber elemental en que están de allegar apoyo positivo á su grupo, no debe extrañarnos la prosperidad que disfrutan los cultos en este país. Una sola institución congregacional acaba de pagar atrasos por valor de $ 134.000 y ha aumentado en un veinte y cinco por ciento su presupuesto de gastos para el año corriente. Leo en una revista que los metodistas han obtenido en sus colectas beneficios que exceden el límite de las más favorables presunciones. Los episcopales se encuentran con que el número de sus parroquias ha aumentado en quinientas. Los reformistas y presbiterianos están libres de deudas y disponen de fondos que nunca disfrutaron tan sólidos antes. Los protestantes juntan, anualmente, para sostener sus misiones aquí y en el exterior, gruesas sumas de dinero que importaron en el último período $ 19:500.000. En calidad complementaria traduzco este párrafo oportuno: «Las autoridades dirigentes de las diversas religiones inician en estos momentos una campaña para acrecer el número de estudiantes en teología. Se ha comprobado que no existen en disponibilidad bastantes seminaristas graduados para llenar las vacantes que se producen. Siempre hay más iglesias instaladas que sacerdotes en todos los diferentes cultos, excepto el metodista y el católico, cuya oferta y demanda de personal está rigidamente controlada, pudiendo afirmarse que la apuntada desproporción es hoy más grande que nunca en los anales del esfuerzo cristiano en América.» El culto de la ciencia cristiana, fundado hace cinco años por la señora Mary B. Eddy, cuenta ya con quinientos lujosos hogares y

con un millón de prosélitos. No en vano el festejado Mark Twain, que acaba de satirizarlo desde las columnas de la *North American Review*, afirma graciosamente que, á este paso, pronto Mrs. Eddy, á quien ya sus discípulos titulan «nuestra madre», llegará á compartir los honores de su trono ultra-terreno con la Vírgen María.

En New York tuve el gusto de visitar el famoso colegio de San Francisco Javier, la institución de más prestigio allí en las filas católicas. Comparecí como uno de tantos forasteros curiosos para poder comprobar, otra vez, al disfrutar de la amena é instructiva sociedad de sus directores jesuitas, que en estas épocas prosaicas, llenas de atropellamiento y de rudeza de modales, no es difícil encontrar el encanto de las cortesías clásicas refugiado en el retiro de los claustros. Uno de los profesores tuvo la amabilidad de mostrarme todas las diferentes secciones de la casa, escuchando con satisfacción mis sinceros comentarios al conocer la riqueza y solidez de aquellas instalaciones, lujosas en mármoles, en libros, en cátedras, en laboratorios y en sabiduría. De las salas de enseñanza, que son numerosísimas, se pasa directamente á las iglesias, y me expreso en plural porque son dos, pero con la extraña particularidad de que están superpuestas. Una sola no bastaba para las exigencias del culto y, mediante dos millones de pesos, se ha abierto espacio para dos séries de altares, á cual más magnífico. Aprovechando el escape de otro corredor pasamos al escenario de un teatro, exclusivo para las fiestas dramáticas combinadas por los escolares. También allí, hasta en los menores detalles, se adivina la misma plétora de recursos, el mismo derroche de abundancias. Instigado por el deseo de alcanzar el secreto de esas opulencias palpables, que ahí están, que no necesitan del apoyo de mistificaciones para abrumar con su enorme volúmen, pregunto de nuevo á mi agradable acompañante: — ¿Pero cómo han podido ustedes erigir este imponente edificio, que sirve de escudo á una fuerza moral tan imponente como él, contando sólo con el apoyo voluntario y caprichoso del pueblo? Sonriendo plácidamente me amplió aquel jesuita, de porte tan distinguido, sus anteriores explicaciones. La base de

toda esa obra de maravilla estaba en la perseverancia y en la fé. Un buen día el reverendo padre Hardy, atendiendo á las solicitudes del vecindario, inició trabajos para establecer en ese mismo sitio la sede de una parroquia. El mágico plato de las colectas empezó á circular después de cada servicio; á ese orígen se agregó el producto líquido de dos bazares de beneficencia, que rindieron veinte y cuatro mil pesos, y luego, ya abierto el esfuerzo y acelerando la marcha sobre esa rueda de prosperidad, se hizo crecer tanto la espuma que, al colocarse la piedra fundamental de la construcción, había en caja doscientos veinte mil pesos. No vacilo en repetir la enunciación de cifras en el curso de esta crónica porque considero que ellas le dan más energía probatoria.—«Entonces, para ustedes no ha sido un trastorno la separación absoluta del Estado y verse, en consecuencia, privados de su apoyo?» dije á mi interlocutor. Como no quiero poner en boca ajena frases sobre este punto, que adolecerían del defecto de no ser enteramente exactas en la forma, prefiero condensar el texto de la respuesta. En vez de perjudicar al catolicismo norte-americano esa independencia, lo ha beneficiado hasta extremos inesperados. Los hechos argumentan mejor que las palabras y cuando se observa el grado de generosidad constante de los fieles, que solo al colegio de San Francisco Javier apoyan con una anualidad media de cuarenta mil dollars, existe sobrada razón para decir que no hay motivo para echar de menos el amparo oficial, que nunca sería tan espléndido, y sí lo hay para felicitarse de que rija un nuevo sistema, más equitativo y ventajoso para todos. Por otra parte, no cabe duda de que el cariño al templo adquiere mucha mayor intensidad, cuando á su sostenimiento concurren quienes lo utilizan, y así se explica el interés palpitante con que se procura su prosperidad. Confiados á sus propias fuerzas ellos saben que solo sus manos son las capaces de enaltecerla y á la sombra de esa dignificante emulación cada creencia multiplica los ecos de su propaganda. Cuando se busca un motivo para el ataque en las vinculaciones de la Iglesia con el poder público conviene á aquella desbaratar esas hostilidades obteniendo, expontáneamente, una emancipa-

ción que está muy lejos de ser esencial, como suele creerse, á su singular influencia colectiva. Cuando no existe oposición á ese apoyo oficial también conviene llegar al mismo resultado de libertad mútua, pero de una manera paulatina. Ninguna protección representa en significado social y en beneficios políticos lo que la protección de los fieles. Y con una sonrisa dulce, de convencido, puso punto final á la expresión de sus juicios mi acompañante, al que era deudor de tan buenos momentos. El colegio que acababa de visitar está autorizado para expedir títulos de bachilleres, privilegio que sólo disfrutan en la ciudad imperial cinco ó seis instituciones de alto renombre. En ocasión de realizarse sus bodas de oro, ha expuesto recientemente el obispo Williams que cuando hace cincuenta años él tomó á su cargo la prédica en la Nueva Inglaterra, la parte más aferrada al cisma del territorio de la Unión, en toda su diócesis sólo contaba con cuatro lugartenientes. A la fecha tiene cuatrocientos párrocos á sus órdedenes. Pero antes de quedarme sin espacio quiero referir una brillante conferencia, cuyo tema era la educación, dada en el teatro Columbia, de Washington, por el obispo católico Spaulding. Se puede apreciar la talla nacional de este personaje agregando que el señor presidente de los Estados Unidos lo designó como miembro arbitral de la comisión para estudiar el gravísimo problema de los mineros, de que he hablado extensamente en alguna de mis anteriores. La amistad afortunada que cultivo con el padre Currier, de reputación cimentada como escritor lingüista, dió motivo á que concurriera al acto. Comí en su parroquia y de allí, tomados del brazo para no resbalar sobre la nieve, nos dirigimos al teatro conversando de asuntos variados. Se presentó el conferenciante ante el público vestido de levita negra cruzada. Solo el anillo simbólico denunciaba su calidad de sacerdote. Durante más de una hora disertó sobre la instrucción primaria. Pudiera suponerse que en el afán propagandista ocurriera él al sistema gastado de las invocaciones y de las pesadas alabanzas de fracción. Eso fuera inoficioso aquí, y en Norte América no se pierde el tiempo en cosas inútiles. No señor; aquel representante de Roma habló á su auditorio

con la sencillez y tersa claridad característica, más que de los pastores protestantes, de esta raza superior que tiene más confianza en la energía de las convicciones que llegan al espíritu envueltas en el tul transparente de la razón, que en los párrafos sólo arrebatadores por su rumor musical. ¿Qué argumento más eficaz en favor de la famosa vitalidad de sus ideales pudo formular el prelado que declarar que al presente un millón de niños norteamericanos reciben la enseñanza que el catolicismo regional les brinda? Y luego, en vez de fustigarnos con desahogos sectarios, remontóse su inspiración justiciera hasta las cumbres más nobles para descender, enseguida, con la vista certera, como las águilas que bajan á la llanura dejándose caer á plomo á través de los aires. Puso la planta magestuosa en el fondo del valle, pero su anhelo estaba clavado aún más lejos: en el fondo de la tierra. Buscando miserias humanas que consolar, el obispo Spaulding hizo el comentario de la suerte de los infelices mineros y él, que ha corrido, en misión oficial reparadora, los senos tres veces negros de las catacumbas carboníferas, nos describió con rasgos de insuperable realismo los episodios tristes que se derivan del trabajo en las tinieblas. Y sin embargo, sin que ellos lo sospechen y á pesar de estar ostensiblemente acariciados por la claridad solar, se agitan en dominio de más espesas sombras, son en esencia más desgraciados, los que no saben leer, los que no escriben, los que no saben pensar. Por eso, aún dándole humildísima cuna, disfruta placeres dignos de las estirpes soberbias y goza compañía régia quien lee y aprovecha algunos de esos libros clásicos producidos por la sabiduría humana, que el pensamiento sólo reconoce como legítimos á los reyes y á los emperadores de la inteligencia. Salí del Columbia con la certidumbre de haber oído muchas apreciaciones útiles y penetrado, además, de que acababa de conocer á uno de los más hábiles propagandistas de la causa católica, porque el obispo Spaulding, sin una palabra ágria, sin avanzar un concepto exclusivo, sin teger loores en honor de su bandera, venía de tremolarla lucidamente como un estandarte de vanguardia.

En otro sentido, se me ocurre que en los campos neutra-

les de la intelectualidad es siempre muy beneficioso aproximarse á los hombres de virtud cristalizada, para estimular los optimismos altruistas del espíritu y aprender la manera de ser cada vez más ecuánimes. Otro detalle local gráfico. Después de una representación teatral, dada por los miembros de una asociación devota de alemanes, algo así como el Círculo Católico de Obreros de ahí, siguió un baile que se prolongaría toda la noche. Pues en aquel medio de mundano bullicio, sin danzar, es cierto, pero recorriendo familiarmente los grupos, hablando con unos y otros, recibiendo las bromas, sin gestos de hipocresía, figuraban una porción de clérigos. A cada paso se oía la palabra *father*—padre—y al volver la cabeza uno se encontraba á algún sacerdote, joven y buen mozo, conversando con alguna linda muchacha, de grandes ojos azules. Por entendido que, no adorando á los santos de madera, mal se puede creer en los santos de carne y hueso, sobre todo, cuando los tonsurados cruzan la línea ecuatorial de la vida; pero yo me atrevo á decir que en el fondo de aquellas expansiones sociales la malicia más suspicaz no hubiera encontrado elementos reprobables; en cambio, cualquier espíritu observador puede comprender que ahí, en ese juego normal de expontaneidades, de sentimientos y de ideas, está el cimiento fuerte de las instituciones patrias que crecen vigorosas y rinden frutos gigantescos, sin requerir ambiente artificial de invernáculo, ya sean ellas políticas, civiles, municipales ó religiosas.

El arraigo adquirido por la tolerancia mútua también nos ofrece un seductor ejemplo. Solo así se concibe que haya podido soñarse en reunir en Chicago un congreso enciclopédico, integrado por delegaciones de todas las sectas, para resolver cual es la religión que posee los dogmas más verdaderos. Al lado de este otro, queda chico el nudo gordiano. Solo así se explican manifestaciones de cordialidad que en otras partes parecerían asombrosas. El otro día, un pastor protestante asistió á una sinagoga y, según leí luego en la prensa, hablando del asunto en su sermón dominical, dijo textualmente á sus oyentes: «fuí grandemente atraído é instruído por lo que presencié y me parece que todos los cris-

tianos debieran aprovechar las oportunidades que se les presenten para atender á los referidos servicios». ¡Lo que puede la diferencia de criterio y, ¿porqué no decirlo? la diferencia de cultura colectiva: en otros escenarios estas conquistadoras sinceridades harían brotar los tildes apasionados de traidor, tránsfuga, apóstata! Ofreciendo reciprocidad generosa, el *rabí* de los judíos asistió, ocupando primera fila, al entierro del arzobispo Corrigan, de New York, recién fallecido. Abundan las aristas semejantes. No hace dos meses una universidad católica otorgó el título distinguidísimo de miembro honorario de la misma á Grover Cleveland, ex-presidente de los Estados Unidos, pero también un protestante batallador. ¿No vale la pena reproducir algunos de los conceptos vertidos en la oportunidad por labios tan autorizados? El dos veces ex-mandatario terminó su discurso diciendo: «la república de la educación está fundada sobre una sola base, se gobierna por idénticos derechos y hace una regla de la imparcialidad en la distribución de los honores y de las recompensas. Esto último me parece muy elocuentemente comprobado ahora mismo, cuando veo al severo colegio católico de Santo Tomás de Villanova confiriendo su más elevado grado honorario á quien se halla vinculado al manejo y sostenimiento de la severa universidad protestante de Princeton. Será un día triste para la patria aquel en que la educación y los maestros de la moral viviente cesen de esforzarse en unificar la levadura representada por toda nuestra masa social, ó cuando su influencia en ese sentido sea dividida ó circunscrita por diferencias sectarias. La posesión sórdida de la sabiduría, como instrumento de beneficios exclusivos, es tan deplorable y debe ser tan combatida como una de las modalidades del egoísmo. Algunos de mis oyentes seguirán la carrera eclesiástica y otros la de los negocios. Pero ya en la iglesia, ó en las agitaciones del mundo, ninguno de vosotros tiene derecho para huir del contacto de sus compatriotas, que apareja responsabilidades imperiosas, más graves y más serias para quienes descuellan por su preparación moral. Podéis abrigar la seguridad de que faltareis decididamente á vuestro deber si no os alienta la convicción pro-

funda de que vuestras capacidades solo son valiosas porque ellas os habilitan mejor para cumplir con nuestro Dios, con nuestra patria y con nuestros conciudadanos».

Recogiendo los materiales fáciles, hallados al alcance de la mano, he podido demostrar, sin esfuerzo, que no incurrí en exageración al afirmar en el comienzo de estas líneas que también bajo el aspecto religioso ofrecía rasgos admirables este país. Tan cierto es que el ejercicio sincero de la libertad funda maravillas aún en los campos aparentemente más cerrados á su influjo renovador. A buen seguro que el fanatismo pretendió obtener arraigo en esta sociedad, que también la savia presta vigor á las plantas dañinas; pero ese esfuerzo ha resultado absolutamente estéril. Las plagas no ganan batallas sobre la salud cuando ésta se encarna en cuerpos firmes, robustos, protegidos por el escudo invulnerable de la vacuna. Todos los prejuicios sectarios, todos los apasionamientos de las fracciones disidentes, todas las esperanzas de superioridad impuesta por la palabra oficial, han debido desvanecerse cuando al comparecer ellas ante el poder público, en demanda de apoyo preferente, invocando la cláusula comercial de la nación más favorecida, han recibido la más rotunda negativa. El Estado, que posee la representación de todos, no tiene el derecho de inclinarse, aún espiritualmente, en favor de algunos; los dineros de la comunidad, el producto de los impuestos, pertenece á la comunidad por entero; quienes deseen profesar dignamente un culto, que edifiquen, á su propia costa, mezquitas, sinagogas, iglesias, ó lo que más les agrade; la institución moderna de los gobiernos responde á fines exclusivamente civiles y políticos que sufrirían detrimento en su prestigio, amplio, neutral, si empañados por intereses fraccionarios de un orden muy diverso y cada día más privativo del individuo. En presencia de esta imparcialidad inquebrantable, las religiones solo han podido confiar en sus propias fuerzas y han necesitado buscar apoyo expontáneo en las filas del pueblo. Esta primera transformación, impuesta fatalmente por el medio, tuvo la virtud inmensa de romper hasta la semilla de las perezas monacales que, cuando hay necesidad de buscarse recursos

para vivir, no se tiene mucho tiempo para dormir la siesta, y las grandes siestas del espíritu y del cuerpo son la característica morbosa de otras sociedades menos adelantadas y menos felices. Ni un centavo, ni el asomo de una influencia en las alturas del mando: todo había que esperarlo de las energías independientes.

Sin alivio de peso, arrancando del mismo punto de partida, tropezando con las mismas dificultades, acreedoras al mismo premio, todas las religiones han trillado, trillan, idéntica pista. Ellas, que talvez en un principio iniciaron la campaña bajo una impresión de desaliento, temerosas de un fracaso, se sienten poderosímas en la actualidad, ricas, consolidadas, prósperas, ya sea en el número de pesos ó de fieles recogidos. Es que las filas de la multitud son manantial inagotable de misticismo. Allí está el dominio de las penumbras aplastadoras; allí se siente más y se piensa menos; allí deja rastro de fuego el desastre, y la miseria siempre fructífica, y se desespera muchas veces de la dicha como bien del mundo. ¿Cómo no comprender, entonces, que allí radique sus entrañas la fe en reparaciones ultra-terrenas? La ciencia y la religión están reñidas; bajo el reactivo del exámen experimental caen, como castillos de barajas, los más aceptados teoremas teológicos; sea, pero ningún razonamiento, ninguna propaganda de prueba, alcanzará á arrancar las creencias del alma del pueblo, que serán eternas como son eternos los dolores y las alegrías humanas que las inspiran. Hay instantes en que esas fidelidades de credo parecen vacilar bajo el azote de un huracan de ideas buenas ó de ideas malas; pero cuando el ambiente se esclarece, se vé que el mástil de la nave todavía continúa sosteniendo el velámen y desafiando tempestades. Ahora mismo, ante las perspectivas horrorosas de derrumbe que decreta el anarquismo, cuando el maderámen otra vez cruje, castigado por un mar de fondo que evoca las catástrofes de la Comuna, se busca en el sentimiento piadoso, suave, consolador, un freno, tal vez el único, oponible á las pasiones enfurecidas. Pues, obligadas las diversas sectas á aproximarse, por razones económicas de existencia, á la muchedumbre, sus após-

toles han debido aguzar el ingenio para obtener prosélitos y abierta esa vía de esfuerzos legítimos, han agotado todos los recursos inmaginables de atracción. Penetrados de que ya han pasado, felizmente, los días reaccionarios del cilicio y de las disciplinas, sabiendo que aun los siervos más devotos prefieren elevar plegarias, bien arrellenados en un asiento confortable, ellas han multiplicado las sillas holgadas y los blandos cojines. Y de noche, por si acaso el neófito es corto de vista ó de escasa voluntad fervorosa, se le evita el trabajo de seguir en un libro el curso de las oraciones reproduciendo su texto, mediante proyecciones cinematográficas, sobre una cortina blanca extendida frente al altar. Viendo los juegos de figuras que aparecen allí acentuando el énfasis de la propaganda, se convencería de que no estaba tan equivocado aquel rematador famoso que ofertaba un ejemplar de la biblia con ilustraciones.

Caída la semilla católica en este terreno libre, debió abdicar sus ideales parasitarios, renunciando á sus aficiones estáticas, si pretendía adquirir cuerpo. Así lo hizo, tímidamente en un principio, para ir tan lejos, después, que á la fecha su desarrollo ofrece aspecto característico. ¡Qué diferencia de exterior, de pensamiento, de palabras, de conducta, entre uno de esos sacerdotes, ignorantes y opacos, exportados de la península itálica, y un ministro del mismo culto, simpático y liberal, formado en los Estados Unidos! Este país, que perturba ya con su influencia personalísima las ideas del mundo en todos los órdenes de la actividad, ha rendido á la religión católica un servicio invalorable, cuyas consecuencias dejarán huella, modernizándola en sus aspiraciones, apartándola de los ensueños de mando temporal, convenciéndola de que su campo de fecundo esfuerzo está en el corazón de los atribulados, obligándola á renunciar á derechos arbitrarios de primogenitura, inyectándole, en fin, en la sangre empobrecida, los glóbulos rojos de la tolerancia y de las sencilleces puritanas. Siempre podrá enorgullecerse la iglesia reformada de haber consagrado su espíritu liberal abriendo espacio, tanto cuanto han demandado, á los propagandistas de la opinión romana. El catolicismo norte-ameri-

cano, purificado por el ejercicio de las libertades protestantes, que antes y en todas partes él siempre combatió encarnizadamente, ha perdido aquí todos sus rasgos autoritarios y ya, en la actualidad, cuesta convencerse de que él descienda de tradiciones intransigentes. Pero la fuerza del papado es tan extraordinaria que, apesar de las profundas diferencias existentes, todavía no se ha roto el hilo vital que ata la iglesia de Roma á la iglesia de los Estados Unidos. Llena de asombro y de satisfacción ante la singular lozanía de sus misiones ultramarinas, la Santa Sede, contagiada en alguna parte por el espíritu liberal del siglo, no ha intentado imponer pesadamente su autoridad sobre sus nuevos emporios coloniales de fé. Ella ha debido rendirse ante la evidencia de este precioso retoñamiento, que llega tan á tiempo, cuando las fuerzas morales de la Europa empiezan á extinguirse. Puede asegurarse que estamos delante de un potente desdoblamiento de la religión católica. Aleccionado por la experiencia, esta vez el pontificado no extremará los términos de la adhesión extricta y por eso no existe el peligro de que se reproduzca el ejemplo de un cisma como el de la iglesia de Inglaterra en tiempos de Enrique VIII. ¡Caprichos reconciliadores del destino! Las ramas que llegaron á ser antagónicas han vuelto á confundir sus follajes en las tierras vírgenes del occidente. Sin embargo, día llegará, no sé si dentro de poco ó nó, en que, pagando tributo á una ley fatal y lógica de desarrollo, el catolicismo norteamericano adquirirá su autonomía. Pero esto sucederá sin enojo, sin rompimiento, sin disgusto, con beneplácito de la cabeza dirigente. La iglesia griega surgió como el resultado de una controversia apasionada entre Roma y Constantinopla, que hizo crisis al discutirse los derechos de los patriarcas ecuménicos. Fué el fruto de una guerra interna. La iglesia de América será el fruto de la paz, de la convicción, de la prosperidad propia, de las exigencias geográficas. Es en vano, las ideas del Viejo Mundo no son las mismas que gobernarán al futuro del Nuevo Mundo y en política, en literatura, en arte, en instituciones, en gustos, en religión, se está fundiendo ya un tipo propio y emancipado.

Después de conocer, aun á vuelo de pájaro, el carácter del sentimiento religioso en Norte América, se impone confesar que nosotros estaríamos más cerca de la perfección si aceptáramos, también en esta materia, su noble ejemplo. Aunque contínuamente se pregone lo contrario, no es cierto que en el Uruguay exista el mútuo respeto de opiniones como lo concibe cualquier espíritu tranquilo. Quitando las diferentes ramas del tronco protestante, cuyas extraordinarias cualidades de moderación no pierden intensidad ni aún en los medios más irregulares, es indudable que la propaganda católica y, sobre todo, la racionalista, gobiernan por la pasión ofensiva sus esfuerzos conquistadores. Al fanatismo religioso, por supuesto malo, se ha opuesto el fanatismo liberal, mucho peor, porque, precisamente, invocando la libertad y el derecho, se legitiman, sin darse cuenta y en el calor de la batalla, los más reprobables atentados. Caracterizándolo así de manera bien ingrata, una turba de insensatos se permitió atacar á los templos y apedrearlos y amenazar á sus párrocos y todo esto sin saber por qué y después de ver representar á esa «Electra» de Pérez Galdós que, á buen seguro, no le dá reputación literaria al genial escritor español. ¿No fué aquel un atropello inícuo para el que no encontraron palabras de censura muchos espíritus superiores? Más tarde y repetidas veces, hoy en la capital, mañana en San José, pasado en el Salto, jóvenes sin cultura penetran á las iglesias durante las horas de ejercicios espirituales para cometer actos hostiles, brutales, vergonzosos. Cuando la autoridad, cumpliendo, aquí ó allá, sus obligaciones tutelares procede enérgicamente contra los bochincheros, contra quienes serían verdaderos delincuentes en los Estados Unidos, y los expulsa de los atrios, sin lastimarlos pero usando de la decisión necesaria, ellos gritan, accionan, hablan de la Constitución y de las leyes. ¡Qué lástima que esos ardores activos no se apliquen á mejor causa, discutiendo votos en épocas de comicio, alrededor de las mesas electorales! Es cierto que resulta mucho más fácil echárselas de guapos con inofensivos sacristanes y asustar á señoras que encararse con un votante usurpador y denunciarlo virilmente y sin miedo.

Por otra parte, recordemos los escándalos que se preparaban, noche á noche, en un principio, contra los propagandistas del Ejército de Salvación, que se reunían en un local cerrado á cantar sus himnos. Esa secta posee inmenso arraigo en Norte América y á su jefe, el general Booth, le dió larga audiencia el presidente Mackinley el mismo día en que se declaraba la guerra por Cuba. Seducido por su fama, traté de oirlo una vez en New York y aunque el local elegido para la conferencia era inmenso—la Academia de Música—no pude entrar por falta de espacio. Pero para convencernos de nuestro poco liberalismo práctico supongamos que, aprovechando las noches de verano, un sujeto á quien se le ocurre ser budhista y que desea pregonar las excelencias de su religión y que no tiene amigos, ni un centavo para alquilar un salon particular, ó que teniendo ambas cosas prefiere no utilizarlas, planta una silla en la calle Sarandí y espeta un discurso, diez discursos, sobre su religión. Por lo pronto la autoridad será la primera en negarle el derecho elemental de emitir su pensamiento siempre que no sea con sacrificio del órden público. Pero agreguemos á esto que, antes de que intervenga la policía, el interés de conservar su integridad física ha puesto en fuga al parlanchin que ha cometido el error de creerse huésped de Norte América. Mal rato pasaría aquí quien se atreviera á faltar en consideraciones sociales al más humilde de los charlatanes callejeros, que siempre tiene á sus espaldas el apoyo eficaz y rudo de los oyentes. ¡Esta si que es libertad, grande, ámplia, frondosa, de sombra igual para todos!

La prosperidad de las religiones en los Estados Unidos entraña otro argumento elocuente en favor de la separación absoluta de la Iglesia del Estado. Ella vendrá muy pronto en nuestro país, para beneficio de todos. Sensible es que el catolicismo no quiera entenderlo todavía y se oponga hoy, apasionadamente, á una reforma saludable é impuesta, como se opuso ayer, con desesperación, á esa sabia y hermosa ley de registro y matrimonio civil, como se opondrá, mañana, á esa otra ley de divorcio, que también vendrá á pesar de las oposiciones sectarias. ¿En vez de ponerse en pugna con

los representantes de la sociedad civil, no fuera más hábil imitar el ejemplo de Norte América y concederles el carácter dirigente, superior á todos los grupos, que á ellos les corresponde? Ya suena como una curiosidad de museo aquello de «rey cristianismo», «protector de la fé», etc. Los gobiernos ya no pueden tener divisa religiosa. Y, con certeza, el apoyo oficial no le daría jamás en nuestro país al jefe del catolicismo nacional instalaciones tan lujosas y dignas como las que debe ahora á la generosidad devota de la familia de Jackson.

Como reflexión final, uno se pregunta si saben á dónde van, si conocen bien el camino que señalan sobre el flanco escarpado de la montaña, los liberales fanáticos que tanto abundan y seguidos, á menudo, con rasgos de inconciencia, por las falanjes estudiantiles. Está bueno; ellos pregonan, en odio al catolicismo, la guerra á muerte á las convicciones religiosas. Renegar de las creencias, hostilizar á los sacerdotes, zaherir al señor arzobispo de Montevideo, á pesar de su indiscutible valimiento intelectual, apuntar á los templos que se erigen, como á sitios de corrupción, apedrearlos cuando la oportunidad impune se presenta, reirse de los que profesan ideales piadosos. ¿Puede ofrecer confianza á los espíritus limpios de prejuicios ese programa de una locura? Se contesta á un fanatismo con otro fanatismo. ¿Por qué no apearse de los dos y deslindar, en forma sensata, los campos del criterio? Responsabilidad grandísima la de insistir en que se arranque de cuajo el sentimiento religioso, que brota en los corazones felices como las aguas puras de una fuente, sin proponer elementos morales para reemplazarlo! No se tenga duda de que la incontrastable fuerza social de los Estados Unidos se basa, en mucha parte, en el cimiento creyente, *moderado, sencillo, libre,* de sus multitudes. No seamos, pues, soberbios al extremo de desechar enseñanzas de conducta colectiva que llegan de tribuna tan alta.

Me apercibo de que el colorido expontáneo y suave de esta crónica será para algunos, ó para muchos, testimonio de que empalidezco como liberal. ¡Lo que son las cosas! Pienso,

al revés, que uno se fortifica en esa condición. Como las intransigencias religiosas son primas hermanas de las intransigencias políticas, esto me evoca una reminiscencia que recogí hace varios años y que me ha sido muy provechosa en lo sucesivo. En 1896 nuestro partido pregonaba el movimiento armado que, realizado luego, reivindicaría, definitivamente, el honor cívico de los orientales. Aliados en ese idael todos trabajábamos sin descanso, pero mientras, unos, envueltos en la túnica de las tradiciones, decían que la campaña iba dirigida contra el partido colorado, otros, afirmaban que su objeto era derrocar al sistema oprobioso, sin nombre, integrado también por algunos correligionarios,—más culpables que ningunos—que afrentaba á la república. A estos últimos, que éramos la mayoría, felizmente, y que representábamos la idea nacionalista, ya triunfadora, se nos apuntaba como á afiliados desteñidos, tímidos, incapaces de ser radicales, temerosos de salir, «á las cuchillas». Los meses corrieron vertiginosos y el desenlace trágico se produjo. Aquí entra la moraleja útil á que he referido: cuando nos contamos alrededor de los fogones revolucionarios, allí no estaban los «tremendos». ¡Y así son de frágiles todas las intransigencias!

XVII

La mujer en Estados Unidos — Posición que ella ocupa — Su influencia social y política — Estadística de empleadas oficiales — Evolución de la idea emancipadora — Triunfo definitivo — Algunos ejemplos seductores — Condición injusta de la mujer entre nosotros — Exclusiones odiosas — Una esclavitud disfrazada — Condición falsa de la mujer pobre y de la rica — Necesidad imperiosa de una reacción — Sus frutos.

El tema de esta carta será muy dulce, pues me ocuparé, en primera línea, de la mujer norte-americana y de su influencia social. Creo que, por esta única vez, tengo derecho legítimo á pasarme de la raya en la extensión de mis párrafos, porque las conversaciones prolongadas se hacen cortas cuando ellas giran sobre asuntos agradables y,—¿para qué negarlo? — todos padecemos de las mismas preferencias golosas. Por otra parte, estoy sériamente convencido de que la más valiosa fracción del género humano está frente á nuestras filas, conforme en un todo con la opinión de cierto cómico ocurrente que decía, noches pasadas, que la mejor prueba de que las damas valen más que los hombres está en el hecho de que, si todas ellas emigraran á la China, pues allá, á la misma China, irían todos estos á rogarles que desistieran de su cruel propósito de extrañamiento. ¡Cuántos años, cuántos siglos hace que se ha afirmado, abonándolo, enseguida, con demostraciones de teorema, que el sexo femenino gobierna al mundo, pero con la particularidad inteligente de que nos maneja con rienda de seda, sin poner en evidencia, cegad, por la vanidad, la fuerza de su dominio!

En cambio ¡qué tontos somos los hombres! Como la parte contraria nos viene repitiendo, desde tiempos inmemoriales, que el mando de la nave es nuestro, estamos persuadidos de que así sucede, mientras nos derretimos atuzándonos las puntas de escobillón de nuestros mostachos gatunos. ¡Pobres capitanes, perdidos en el mar de todas las dudas si les faltara el auxilio orientador de esa brújula silenciosa y humilde, prisionera de cristales, como una imágen, que ocupa, resignada, sitio secundario y sin embargo dirigente á la popa del barco! La mujer es algo así como la atmósfera del universo moral y gracias á su influjo benéfico no siempre respiramos gases deletéreos. Tiene puntos de identidad con esa inmensa onda eléctrica, atada como una corbata impalpable al cuello de la Tierra, hasta en la circunstancia de que su poder se siente pero no se vé, de que ella sirve también de vehículo maravilloso á la telegrafía sin hilos y de ser todavía, como el extraño fluído, un enigma científico insoluble.

En alguna de mis anteriores correspondencias, al enunciar las causas visibles, al alcance de cualquier espíritu vulgar, de la grandeza de este país, incluí á la mujer nacional entre algunos de los factores fundamentales. Talvez haya parecido exagerado este aserto y, precisamente, para probar la razón que me asiste al expresarme así, he elegido ese asunto para la presente crónica. A la par de las nerviosidades incansables de la vida urbana, del vértigo de movimiento en todas partes dominante, de las audacias arquitectónicas y del porfiado afán mercantil de las gentes, impresiona al latino, forastero en New York, la libertad pasmosa de que gozan las mujeres, su intervención eficaz y considerada en las actividades diarias y, sobre todo, el respeto expontáneo que se les rinde en la calle, en el tren, en las oficinas públicas y en los escritorios privados. La ley americana, en eso especialmente sábia, dá siempre la razón á las reclamaciones femeninas cuando las apariencias les son favorables y, demás está el decir, que pocas veces se equivoca. Importunar á una señorita, acosarla con persecuciones galantes, es cosa grave en los Estados Unidos; que bastará una simple protesta ca-

lurosa de la víctima para que cualquier transeunte se le ofrezca de escudo, sin perjuicio de la ingerencia represiva del *policeman*. No hay ante ellos apelación que valga. Posée relieve notorio aquí el caso desgraciado de un diplomático á quien le costó el puesto un disgusto callejero de esa índole. Insisto en estas generalidades porque sentando bien el punto de partida se comprenden, sin dificultad, todas las consecuencias que se suceden. No se discute, pues, que la mujer es un miembro sagrado de la sociedad en Norte América. Apreciemos lo que tanta cultura significa. Moralmente, se ha dignificado, de manera perdurable, á un sexo tan competente, tan asiduo en el cumplimiento de sus deberes, más sagaz que el sexo opuesto.—Se obtuvo, sin género de duda, ese halagüeño provecho el día en que la mujer encontró abiertas muchas sendas de labor, antes cerradas, el día en que ella pudo bastarse á sí misma con su trabajo honrado: ese día ganó la humanidad una gloriosa batalla sobre la injusticia, se redujo el índice de los infortunios virtuosos y disminuyeron los dramas catalogados de la miseria. Socialmente, ha surgido un nuevo elemento de lucha que contribuye, con tino y acierto, á las tareas comunes, repartiéndose así mismo la miel de los panales por las diferentes celdillas de la colmena. El cuerpo de la comunidad estaba inutilizado, justamente en su mitad más valiosa, se arrastraba hemiplégico, pagando tributo á los preconceptos crueles de las épocas de opresión. A buen seguro que brotó más luz sobre los horizontes del porvenir cuando se rompieron las torpes ligaduras y la misma sangre de prosperidad y de derechos circuló por todos los vasos del organismo. Con la entrada de la mujer en el mundo de los negocios, como aspirante á puestos remunerados en las diversas esferas, ha surgido, económicamente, un elemento de influencia beneficiosa, cuya competencia activa pronto se ha hecho sentir con sorpresa de los escuadrones masculinos. El mismo efecto opulento que produciría el lanzar á la circulación emisiones garantizadas y prestigiosas de billetes. El número de brazos laboriosos casi se ha duplicado y nadie pretenderá negar que con este importante caudal de ener-

gías morales ha aumentado en intensidad fecunda el sentimiento público.

Después de vivir en los Estados Unidos, pudiendo apreciar, á cada instante, la amplitud del campo ofrecido en la actualidad á las emulaciones femeninas, parecería que el ideal de la labor liberalizada é igualitaria está ya alcanzado, siendo realidades sus más atrevidas proyecciones. La mujer, especialmente señoritas de quince á veinticinco años, intervienen de manera eficáz en el trámite diario de los negocios más serios y delicados. Si vais por asuntos profesionales al estudio de un abogado, saldrá á recibiros una niña, alumna de la escuela de Derecho, que, sin perjuicio de asistir á las clases, hace allí la práctica de su carrera y allí se gana holgadamente la vida. Si, hostilizados por punzadas de dolor, ¡tan conocidas!, váis á casa del dentista, hallareis que éste, para auxiliares de sus tareas, prefiere á señoritas. Si entráis á cualquier institución bancaria, allí está la mujer atendiendo, en calidad de dependiente de confianza, á las señoras que tienen asuntos con la firma. La encontrareis también en todos los escritorios comerciales, sean las que fueren sus especialidades, ya llevando la contabilidad, ó sirviendo la correspondencia estenográfica, ó tomando en taquigrafía la respuesta apurada de estos patrones impacientes y vertiginosos, ó cumpliendo diligencias de órden exterior, ó atendiendo á la cobranza, ó encargada de la dirección general. La encontrareis también, absorbiendo los deberes del mostrador en los grandes establecimientos de venta, siendo justo agregar, como dato complementario que abona por sí solo las ventajas de la hermosa reforma, que, invariablemente, el manejo de la caja en todos los negocios, boticas, hoteles, tiendas, escritorios, almacenes, librerías, bazares, etc., está en las manos exclusivas de mujeres.

Este argumento encarnado en la práctica desmenuza todas las tiradas teóricas de la restricción, que ningún americano ni nadie confiaría á personas ineptas el cuidado de sus pesos sólo por rendir homenaje á ímpetus galantes. En las oficinas públicas y en el correo predominan las empleadas. Días atrás visité la casa en que se imprime el papel moneda

y apenas traspuse la entrada, me hallé dentro de las líneas de un ejército femenino. Aquella obrera colocaba atentamente las hojas sobre la piedra litográfica mientras este obrero atendía el funcionamiento de la maquinaria; allá, una, preparaba las soluciones químicas, y otra, que ostenta en el pelo un ramo de flores, regalo seguro de su novio, hace anotaciones, sin levantar la cabeza del pupitre; y otra ríe, más lejos, á la vez que acomoda los mazos de billetes; y, la de más allá, después de cumplir su parte de las tareas del momento, se sienta á descansar, consciente de su derecho y con tranquilidad republicana, á la vista del jefe de la sección, que se guardaría muy bien de censurarla y mucho menos de levantarle la voz, porque ser empleado no importa ser bestia de carga con el cuello perpetuamente inclinado bajo el peso de la coyunda, y todos nos debemos consideraciones los unos á los otros. ¡Hermosísimo espectáculo de redención!

Como el asunto posée interés y hasta novedad para nosotros, no vacilo en insertar algunos datos estadísticos, que acabo de obtener, que dan idea exacta de la cantidad de representantes del sexo femenino, frente al masculino, colocadas en las oficinas gubernamentales en la ciudad de Washington. Son los siguientes:

	VARONES	MUJERES
Mansión Ejecutiva (Casa Blanca)	28	—
Departamento de Estado (Ministerio de R. E.).	92	17
» Tesoro (Ministerio de Hacienda).	3.234	2.213
» de Guerra	2.411	300
» » Marina	2.292	85
» » Correos	812	237
» del Interior	4.810	2.862
» de Justicia	191	21
» » Agricultura	650	332
Casa de Moneda	2.623	1.060
Departamento del Trabajo	74	18
Comisión de Pesquería	55	12
» » Comercio entre los Estados . .	133	—
» del Servicio Civil.	55	6
» Industrial	19	7
Instituto Smithsoniano	320	37
Oficina de las Repúblicas Americanas. . .	13	9
TOTALES	17.812	7.216

Es decir, que al presente casi la mitad de los miembros del servicio oficial son mujeres; y, como en las sustituciones que se producen, un ochenta por ciento pertenecen á personas del mismo sexo, puede desde ya afirmarse, con certeza aritmética, que en un plazo menor de treinta años no quedará un sólo hombre empleado en las dependencias del gobierno. ¡Derrota completa! Debiendo advertir que ella posee singular mérito por cuanto los aspirantes á estos puestos deben pasar por la prueba de un examen de competencia.

El Secretario del Tesoro, Mr. Spinner, fué el primer funcionario que dió, en 1864, entrada en el servicio á las señoras. Bien se aprecia que la progresión invasora es galopante. Puede afirmarse que son pocas las propagandas de la época contemporánea que han obtenido el brillante éxito de la seguida aquí para conquistar la emancipación de la mujer. Bien vale la pena apuntar algunos antecedentes para demostrar cuántas arbitrarias cortapisas se han roto, gracias á un esfuerzo tenaz de medio siglo. A principios de 1848 estaba en vigencia en los Estados Unidos la Ley Municipal inglesa, de la que ha dicho una distinguida escritora que: «el tratamiento que ella determinaba para la mujer era una mancha para la civilización, sólo comparable en iniquidad á la esclavitud del negro». Comentando en esta parte ese cuerpo de leyes, expone el célebre Blackstone que: «la misma existencia de la mujer quedaba en suspenso durante el matrimonio ó, por lo menos, consolidada en la del marido». Determinaban algunas de sus disposiciones que «por el casamiento, el marido y la mujer se convertían en una persona ante la ley, siendo aquél dueño y señor de ésta, estando obligado á darle techo, alimento, medicina y ropas y pudiendo disponer de sus ganancias y persona donde quiera que se hallase», agregando: «que siendo responsable el marido de la moral de su mujer, tenía derecho á elegir domicilio y á gobernarlo, á elegirlo amistades á aquélla, á separarla de sus parientes, á restringir sus preferencias religiosas y libertad, estando habilitado para corregir sus faltas, en forma suave, y á castigarla, si fuere necesario, con moderación, como si fuera su aprendiz ó una simple criatura».

El primer paso tendente á modificar estatutos tan mortificantes lo dieron, simultáneamente, las legislaturas de New York y de Pennsylvania, autorizando, á fines de 1848, á las mujeres casadas á tener propiedades y á manejarlas con toda independencia de sus maridos. Estos fueron síntomas de la reacción cuyo advenimiento se aproximaba. Apenas terminada la guerra civil el esfuerzo adquirió carácter amplio, existiendo motivo para afirmar que el mencionado conflicto interno vino á apresurar la realización de los propósitos perseguidos. «En efecto, dice un escritor, el abandono, por cientos de miles de ciudadanos, de las granjas, de las tiendas, de las fábricas y de los almacenes, lanzados al campo para engrosar las filas de los combatientes, hizo de absoluta necesidad que las mujeres dieran un paso adelante para llenar las vacantes dejadas, á fin de que no se interrumpiera el trabajo en la nación. La ausencia eterna de muchos que partieron con propósito de volver y la tendencia creciente á trasladar la producción doméstica del *home* á la factoria, prácticamente resolvieron la cuestión de dar entrada á la mujer en las ocupaciones á sueldo.» En el curso del mismo año citado se había reunido la primera convención dirigida á sostener los derechos sociales de la mujer. Sus iniciadoras, Mrs. Elizabeth Stanton y Mrs. Lucretia Mott, adictas á las doctrinas religiosas de los quákeros, merecen ser recordadas con profundo respeto, pues ellas abordaron, valientemente, una empresa llena de dificultades y de escollos para conseguir, al fin, vencer el empuje de las marejadas adversas.

Del seno de aquella histórica asamblea liberatoria salió un documento memorable que es una declaración concienzuda de los derechos femeninos. Lamentamos que su mucha extensión no nos permita insertarlo íntegro, pero como se trata de un simpático testimonio de justa energía moral, lleno de enseñanzas útiles, traducimos, enseguida, el texto de algunos de sus incisos. Lleva por encabezamiento el mismo preámbulo de la declaración de la independencia de los Estados Unidos, pero sustituyendo por el término, *mujeres*, las palabras, *hombres* y *colonias*. El chaguarazo á nuestro sexo es en regla, como puede juzgarse: «La historia de la humanidad—dice—

es una historia de repetidas injurias y usurpaciones por parte del hombre contra la mujer, cuyo objeto ha sido establecer sobre ésta el dominio de una tiranía absoluta. Para probarlo así expongamos sinceramente los hechos á la faz del mundo. El nunca le ha permitido á la mujer ejercer el derecho inalienable del sufragio. El la ha obligado á someterse á leyes en cuya formación ella no ha tenido voto. El le ha arrebatado regalías que se conceden al más ignorante y degradado de los hombres, sean nativos ó extranjeros. El, si casada, la hace aparecer ante la ley civilmente muerta. El le ha quitado el derecho de propiedad y el de disponer de sus rentas. El ha monopolizado todos los empleos que rinden y por el desempeño de los pocos que se le confían ella recibe una remuneración mezquina. El le ha cerrado todos los caminos que pueden darle bienestar y distinción y que considera más brillantes para sí, pues al estudio de la teología, medicina y derecho, ella no tiene acceso. El ha creado un sentimiento público falso dotando al mundo con un diferente código moral para el hombre y para la mujer; de lo que resulta que los delitos morales que decretan la exclusión del seno de la sociedad virtuosa de la última, no solo son tolerados pero aún considerados de pequeño bulto en el primero. El se ha esforzado, de todos modos, por extinguir la confianza que ella pudiera tener en sí misma, á fin de que perdiese el propio respeto y para inclinarla á llevar una vida dependiente y abyecta. El ha creado las leyes del divorcio á su paladar, enunciando como causas justificativas del mismo, circunstancias que le convienen. El ha usurpado las prerrogativas de Jehovah pretendiendo asignarle una esfera de acción cuando esa facultad sólo pueden ejercerla su conciencia y Dios».

Una granizada de comentarios irónicos saludó la aparición de este manifiesto de combate. Cuenta un cronista, que «la tormenta de ridículo y críticas que cayó sobre la cabeza de las mujeres que habían tomado parte en la convención, nunca ha sido excedida, ni aún en el curso de la más grosera campaña política; agregando, que las hostilidades las dirigía el púlpito, cuya influencia, cincuenta años atrás, era muy superior á la que

goza al presente, y cuyo poder sobre el sexo femenino poseía fuerza suprema». Si esas condenaciones de los retardatarios tenían base equitativa, puede juzgarse en la actualidad, cuando ya se han disipado los apasionamientos agresivos de las viejas propagandas. Habrá, talvez, algún reclamo discutible, sólo discutible, en el referido programa de emancipación, pero, en conjunto, él sirve de expresión á legítimas aspiraciones. ¿En qué motivo atendible fundábanse para excluir á la mujer de las aulas de estudio y para negarle el derecho de adquirir una carrera, cuando las señoras también son propietarias estando abocadas á litigios, y también se enferman y piden asistencia, y también han sido dotadas por la naturaleza con brillantes energías intelectuales? ¿Por qué privarla de ejercer el comercio y de emplearse, si ella lo quiere y lo precisa y no demanda la ventaja caprichosa de favoritismos para ascender la colina? ¿Por qué obligarla á soportar maridos degradados, verdaderos amos, que la sacrifican y esclavizan, que tiran por el lodo el nombre y la felicidad de sus hijos? Por otra parte, puede saberse si triunfó el desdén dirigido contra la reacción averiguando cuales han sido los frutos prácticos de la batalla. Se sienta una afirmación, acreditada con testimonios venturosos en todos los centros de actividad social, avanzando que los derechos fundamentales de la mujer, preconizados hace medio siglo, han obtenido una consagración definitiva, inapelable, en todo el territorio de los Estados Unidos. Ellas cuentan en la actualidad con más de cien organizaciones nacionales, de las que dependen millares de clubs secundarios representativos de millones de asociadas, que ejercen influencia palpable sobre la comunidad entera. Aquella Ley Municipal, en esta parte tan llena de preceptos de corte feudalista, ha sido profundamente modificada y, en la mayoría de los Estados, la mujer casada puede controlar sus propiedades, con toda independencia del marido, poseer negocios, manipular sus rentas, contratar, hacer testamento, administrar, sostener pleitos y comparecer ante los tribunales en calidad de testigo. En la quinta parte de los Estados ella tiene iguales derechos que el padre sobre los hijos menores. La arista más trascendental de la reforma la dá el hecho de que, si antes

solo existía una causa justificada de divorcio, ahora la mujer puede alcanzarlo, en casi todos los Estados, por embriaguez habitual de su cónyuge, por crueldad probada, por falta de apoyo y por deserción del hogar. Algunas legislaturas han conferido ya el sufragio fragmentario.

Kansas ha dado á las mujeres franquicias municipales; New York, Montana y Louisiana franquicias de impuestos y veintidos estados más el derecho electoral aplicado á materiales relacionados con las escuelas públicas. Argumentando con mucho acierto y habilidad, exclama la señora Susana B. Anthony, propagandista benemérita que ya septuagenaria ha tenido la satisfacción de ver realizadas las victorias cuya semilla ella también sembró en los días difíciles de la convención de Séneca Falls: «En ningún otro género de actividades públicas existe tanta ausencia de escrúpulos honestos como en la política y obsérvese que éste ha sido el único palenque cerrado á la competencia de la mujer. ¿No es absolutamente lógico suponer que su influencia moralizadora sería tan beneficiosa en esta materia como lo ha sido en todas las demás?» La fuerza sensata de esa reflexión inteligente no se rompe con el recurso de falsas sonrisas irónicas. Pero la emancipación de la mujer presenta dos aspectos: el legal, que refiere á los esfuerzos que se han hecho y que siguen haciendo con éxito para igualarla en regalías civiles al hombre, y el moral, que se representa por la ruptura de esa cadena de prejuicios y de convencionalismos que durante tantísimo tiempo la han esclavizado. En otra oportunidad daré complemento á estos párrafos deshilachados abordando la primera faz del asunto pero, por esta vez, me detendré en la segunda. Así, pues, nada quiero decir ahora sobre el sufragio femenino, que adquiere arraigo, día por día, ni sobre el resultado práctico que han dado las corporaciones municipales integradas por damas.

Bastante tema para llenarnos de admiración encontramos aquilatando el soberbio ascendiente social adquirido aquí por la mujer. Todos los campos de la actividad los ha invadido ella para triunfar. Una vez que ha recuperado la confianza en sí misma, que perdiera en los días de las dominaciones

odiosas, cuando ensayando sus energías laborantes ha podido convencerse, casi con sorpresa, de que también posee aptitudes para lanzarse sola á la lucha por la existencia, se han despertado sus ambiciones más legítimas y en la actualidad parece la cosa más natural—como que lo es—verla como parte autorizada en todos los palenques del saber y del esfuerzo personal. En varios congresos internacionales á que he concurrido, han sido levantadas, perfectamente, por señoritas, las actas de las sesiones. A propósito, hablando del fallo arbitral dado recien por el tribunal de La Haya en el caso litigioso de México y esta república, refieren, con mucho orgullo, los periódicos americanos y como un signo sintomático de capacidad nacional, que en el curso de los debates, como faltaran inesperadamente los taquígrafos oficiales, ofrecieron sus servicios honorarios algunas señoritas de las familias de los delegados yankees que, aceptados, fueron cumplidos con toda corrección, provocando esta novedad calurosos elogios de los extranjeros presentes.

Suelo concurrir á las conferencias semanales que se dan en el salón de actos de la universidad de Columbia y siempre me encuentro con muchas señoritas que recogen apuntes con toda conciencia. Ayer ocupó esa selecta tribuna, para estudiar las resultancias de la guerra con España y de la adquisición de las islas Filipinas en los mercados comerciales del Asia, el profesor William Foster, ex-secretario de Estado. El tema no ofrecía grandes atractivos á la generalidad de los espíritus femeninos; sin embargo, entre los asistentes dominaban las señoras, habiéndolas ancianas, estudiantes y cultoras de la elegancia. Ahora mismo llego de un teatro de *vaudeville*, al que concurrí con un jóven compatriota. Los dos asientos próximos á los nuestros estaban ocupados por dos señoritas bien parecidas. Ni mi amigo ni yo dedicamos mayor tiempo á la agradable vecindad que, habituado uno al sano liberalismo de este medio equilibrado, que no admite ligaduras rancias, ya ha perdido el hábito de extrañarse de acciones que en otras partes parecerían delincuentes. Claro está que la cultura se manifiesta del mismo modo en cualquier escenario y que uno sabe respetar á la mujer siem-

pre, pero aquí se pierde ese resabio de obsequiosidad interesada y pegajosa á que somos nosotros tan aficionados. Perfectamente; pero supongamos que se nos hubiera ocurrido empezar á mirar con impertinencia á las extranjeras fronterizas y que ellas se hubieran fastidiado de nuestra conducta, ¿quedaban, ellas, sin recursos defensivos de su tranquilidad, fuera de ponerse serias? ¡No había cuidado de eso! Sin el menor empacho hubieran manifestado, al caballero más próximo, que las molestábamos, aún sin conocerlo, y pronto, entre las condenaciones unánimes de la sala, nos habría invitado á abandonar el local cualquiera de los porteros.

¡Cómo para meterse á gracioso! Las niñas más distinguidas viajan en los ferrocarriles y trasponen enormes distancias sin que nadie sueñe en importunarlas. Todo es cuestión de costumbre y aquí ésta posée ya arraigo orgánico. En los remates de libros, por ejemplo, una dama puja á la par del hombre. En las confiterías ellas ocupan, tranquilamente, los puestos que elijen, muchas veces en rueda de amigos. En los paseos circulan sin que las persiga el peligro remoto de un solo contratiempo. En los alrededores de Washington existe un club campestre, hoy de moda, al cual van también señoras á tomar un día de campo. ¿Cuál de los asociados se atrevería á propasarse? Pero todavía seduce más apreciar la alta consideración que se rinde al sexo débil en las altas esferas del gobierno. En las recepciones más solemnes de la Casa Blanca, fuera del coronel ayudante del Presidente,—que tiene un solo edecan—y de un par de docenas de oficiales superiores de marina y de uno que otro general, no se ven uniformes que, como es lógico en un país tan avanzado, hasta los propios militares fuera de sus cuarteles y en fiestas prefieren vestir de civiles. Pero, en cambio, qué rol tan lucido está reservado á las señoras! Para ellas son todos los honores; ellas merecen todas las deferencias de los más encumbrados dignatarios. La Sociedad de Antropología, importantísima como puede fácilmente presumirse, acaba de hacer recaer la presidencia en la señorita Fletcher, estudiosa que desempeñó papel brillante en el Congreso de Americanistas. Ya está en uso un nuevo sello con la efigie de

Martha Washington, la ejemplar compañera del primer ciudadano del mundo, cuyas virtudes así reciben homenaje público de las primeras autoridades de la nación. A menudo este gobierno elije á señoras de renombre científico para miembros de sus delegaciones en certámenes extranjeros. Existe aquí una asociación patriótica, denominada Hijas de la Revolución, constituída exclusivamente por damas. Posee ramificaciones en todo el país y celebra, á menudo, grandes asambleas en honor de los fundadores de la democracia propia. A exponer estos convincentes ejemplos de independencia femenina me mueve algo más que el deseo simple de caracterizar una de las aristas más seductoras del temperamento social americano. Enuncio esas pruebas de cultura pública mientras pienso: «¿y por qué entre nosotros pasan las cosas de tan distinta manera, por qué la mujer latina continúa siendo una entidad conciente á medias, por qué la inutilizamos, la aplastamos, bajo una lápida de rutinarismos?» Contesten otros por mí, que ni tengo sabiduría, ni soy todavía bastante calvo, ni padezco de seriedad crónica para meterme á filósofo profundo. Busquen otros en la ignorancia media de nuestros pueblos, en la extraviada noción del concepto de libertad que ellos tienen, en la herencia de las intolerancias históricas, en la influencia avasalladora del clero en el seno de los hogares, y en el veneno de los fanatismos religiosos, algunos de los orígenes de la apuntada aberración, tan afianzada al extremo de que se necesita salir al extranjero y encontrar términos concretos y superiores de comparación para comprender toda su enormidad y toda su injusticia. Nos sorprendemos de que en épocas remotas, cuando no existían corrientes regulares de inmigración y la guerra era el estado permanente de las naciones, se considerara como enemigo al extrangero y se redujera su capacidad condenándolo á una perpétua minoría de edad en lo referente á la adquisición de derechos civiles y políticos. En cambio, no nos causa extrañeza la situación deprimida de la mujer entre nosotros y nos parece muy natural que para ella, fuera de las costuras, pagadas á precio inícuo, se cierren todas las puertas de la iniciativa, excepto una sola: la puerta del vicio. Las ideas

dominantes en nuestro país son bien anticuadas en ese sentido. Recuerdo que, siendo director de correos, propuso el distinguido compatriota doctor Saturnino Camps, que se llenaran con señoritas algunas vacantes producidas en la repartición á su cargo. Su proyecto, tan apropiado y equitativo, fué rechazado por ser sus tendencias demasiado revolucionarias.—¡Qué barbaridad, dijo alguno, ofrecer estas colocaciones á mujeres, á las inútiles mujeres, cuando apenas alcanzan los puestos disponibles para los hombres! Estos son padres de familia, éstos son capaces, éstos tienen obligaciones sagradas que cumplir. Pero, pregunto yo, ¿aquellas, acaso, no están también llamadas á formar familia; acaso no poseen las mismas aptitudes inteligentes; acaso no sienten el mismo acicate del deber; acaso no acarician ensueños de prosperidad? Tan singular extravío de criterio sólo encuentra pareja digna en aquel caso—que parece cuento—de que se impugnara una concesión de trenes eléctricos porque preocupaba al orador la suerte de los caballos suprimidos gracias á la reforma del servicio callejero. Cuando en edad de maravillosos progresos asistimos á tan increibles resurrecciones anacrónicas, ¿es justo que censuremos duramente á España porque hace la friolera de trescientos años prohibía la importación de libros á las colonias y porque restringía su comercio? No encuentro motivo físico, moral, ni intelectual, para que una señorita no pueda desempeñarse en oficinas de trabajo sedentario con la misma diligencia de que es capaz cualquier buen empleado. Si, lo encuentro, bien lógico, para afirmar que la mujer, generalmente, lleva á sus tareas un esfuerzo más concentrado, más puro, más sagaz que el hombre. En lo que refiere á las clases humildes de nuestro país, felizmente el advenimiento decidido, por lo menos en la metrópoli, del período industrial, ha roto la muralla opuesta por absurdos convencionalismos. En los grandes talleres se ha hecho espacio amplio á las niñas obreras con excelentes resultados, y ya se cuentan por cientos los hogares apoyados también en el esfuerzo femenino, siempre tenaz y valeroso.

Apréciese el inmenso beneficio que reporta la sociedad en

cuyo seno se han creado estos nuevos palenques de trabajo. Las fábricas disputan, en silencio, más víctimas á la desgracia y á la perdición que la elocuencia de las propagandas doctrinarias. Porque el secreto de todas las catástrofes morales que se producen en el escenario oscuro de las esferas inferiores estriba en la miseria, en las desesperaciones suicidas que engendra el hambre. Cread motivos honestos, poned puntos de apoyo en el camino de los desheredados, de los que marchan pisando espinas, y ya vereis cómo pronto repuntan los saldos de la moralidad pública y los gremios se dignifican. La joven que necesita un par de zapatos ó que anhela lucir un modesto vestido dominguero ya ni está obligada á pesar sobre las finanzas de sus padres, ni precisa esperar esas prendas de los demás. Legítimamente, con la frente muy alta, ella puede bastarse á sí misma y satisfacer los caprichos de su gusto, poniendo á contribución sus pequeños ahorros. ¡Y, cuando las mujeres virtuosas, las santas mujeres, no poseen su fondo de economías, que solo aparece en los días adversos para reanimar esperanzas y aplacar dolores! La niña pobre, que antes llevaba vida inútil y ociosa, ya no debe esperar horas amargas, ya no tiene razón para creerse un estorbo en la familia, porque para ella existe, al presente, el auxilio de buenos jornales que la permiten concurrir afanosa al bienestar doméstico.

Por eso, ¡cuánta semilla de ventura se difunde por nuestra campaña, todavía inculta y emparedada, amojonándola con talleres y maquinarias; cuántas honradeces se afirman; cuántos cerebros se esclarecen; cuántos crímenes y perversiones se evitan esparciendo industrias por las regiones del interior! En la importantísima fábrica de papel del Sauce he visto á muchachas rurales inclinadas sobre los cilindros de acero ganándose el pan cotidiano. Nunca soñaron conseguir esa carrera salvadora que ha convertido á docenas de paisanitas, antes torpes y abocadas al fatalismo de las irreparables caídas ignorantes, en mujeres de provecho y capaces de sostener holgadamente su independencia personal. En las filas más humildes el sexo femenino ha conquistado ya, definitivamente, posiciones de combate y así vemos á mujeres del

pueblo alternando en sus tareas con los demás obreros. Empieza á señalarse el desequilibrio si ascendemos un grado en la escala social. ¿Qué campo de esfuerzo se ofrece á la hija del modesto pensionista civil, ó del empleado de inferior categoría, ó del militar á medio sueldo, ó del extrangero que apenas gana para vivir? Brindarle puesto en los talleres sería improcedente é importaría desconocer la efectividad de las diferencias de gerarquía. Una señorita que ha recibido educación esmerada en los asientos de escuelas públicas de segundo ó de tercer grado, posée preparación y debe acompañarla de aptitudes muy apreciables, que exigen un medio mucho más selecto para su ejercicio. Si siguiéramos el ejemplo sugestivo de Norte América, las representantes de esa clase media, tan digna como la mejor en holgura, pero intercalada, por lo reducido de sus recursos, entre la pobre y la rica, encontrarían ventajoso escenario activo en las reparticiones oficiales, en la casa de gobierno, correo, tiendas, registros, joyerías, bibliotecas, universidad, librerías, confiterías, telégrafos, tribunales, bancos, hoteles, monte de piedad, hospitales, oficinas de impuestos, oficinas técnicas y ocuparían, además, la gerencia de todos los pequeños negocios, ayudando eficazmente á su marido, si son casadas, defendiendo bien los intereses de su patrón, si son solteras. Pero aunque llegásemos—obligados por la necesidad y por una mayor cultura—á aprovechar la enseñanza ajena en esta materia, es indudable que, á la fecha, nos hallamos bastante lejos de esas ideas progresistas. Apuntando una honrosa excepción, las empresas telefónicas han dado empleo á señoritas y, á buen seguro, que ellas no tienen motivo para arrepentirse de la reforma. Esa es en la actualidad la única senda abierta, bien estrecha, por cierto. ¿Qué hace entonces en nuestro país una niña de diez y siete años, dueña de una educación elemental sólida y que quiere, y sobre todo, tiene necesidad imperiosa de ayudar á su familia y de ayudarse, en forma práctica, á si misma? ¿Cómo aplicar su inteligencia sazonada á algún objeto remunerativo? ¿De qué manera convertir en dinero los conocimientos escolares adquiridos, que piden ejercicio para no olvidarse, y

llamados á rendir interés? No hallo respuesta satisfactoria á esas interrogaciones. Lo natural, lo propio, lo justo sería que á la edad apuntada, se abrieran para el sexo femenino las mismas perspectivas de labor retribuída que se ofrecen á la juventud masculina y que también la selección se operase en sus filas, dándose oportunidades de triunfo y de prosperidad á las más hábiles y á las más perseverantes.

En cualquiera de las ciudades americanas una señorita, ya sea empleada de bazares ó estenógrafa, gana, á lo menos, siete pesos oro por semana; diez, si lleva libros y hasta quince y veinte cuando está en sus manos la dirección de los despachos. Si huérfanas de todo apoyo de parentesco, concíbase el capital precioso de tranquilidad y de dicha que aportan esos salarios, ganados peso á peso; si hermanas ó hijas, apréciese el contingente de bienestar y de soberbia energía que ellos determinan! Los beneficios de esa situación pecuniaria emancipada se reflejan y descubren en todas las faces de la conducta propia. Por lo pronto, la mujer, de un objeto de lujo, destinada á adornar esterilmente los escaparates sociales, se transforma en un elemento precioso de labor, y se enaltece ante sus mismos ojos, y enaltece á su sexo, y funda con cimiento de granito su futuro, y ejercita con éxito completo las facultades relevantes de su espíritu delicado, y precipitada al seno de la muchedumbre, puesta en contacto con las realidades más árduas, con negocios y con empresas, aprende á luchar, y atesora un capital invalorable de experiencia. ¿No será, mañana, una madre de equilibrios ideales, capaz de sostener batallas repetidas contra la adversidad, quien conoce el mundo tal como es, tal como él le va á presentar pelea y no al través de versos y de metáforas? Claro que las acciones del hombre bajan á causa de estos avances conquistadores de las filas opuestas. La preocupación de las niñas americanas, una vez que salen de la escuela, cuando ellas pertenecen á la clase media, consiste en obtener un empleo para concurrir eficientemente al sostenimiento de su hogar. Conseguido, lo que poco cuesta, ya están echadas las amarras y ya no hay peligro de naufragio. Que después venga, en buena hora, el casamiento, tar-

[illegible] esperado con [illegible] en otras partes, [illegible] medio legí- [illegible] á todo trance, [illegible] en el molde [illegible] lírico cuando [illegible] á la mujer, [illegible] de valor. [illegible] á sus hijas de [illegible] reconozcamos [illegible] aparaciencias, [illegible] *eso* redu- [illegible] América las [illegible] saber bordar y [illegible] suficiente [illegible] de bostezar [illegible] de ventanas

[illegible] ¿Por qué *las* [illegible] su vo- [illegible] *en el* [illegible] de tener pa- [illegible] *aparta del* [illegible] el trabajo es [illegible] por qué se las [illegible] única misión [illegible] de estado, [illegible] aliados para [illegible] Complace [illegible] sentado *plaza* [illegible] molestaría y [illegible] que *hemos te-* [illegible] de tribuna- [illegible] *género de* [illegible] de sus *beneméri-* [illegible] a la clase social su- [illegible] sus parientes, desapa- [illegible] de los hogares,

pero es reemplazado por otros, sino tan imperiosos por lo menos igualmente equitativos.

Favorecidas por la fortuna, las señoritas de esa alcurnia están en condición de gustar los atractivos de la vida elegante y acomodada. ¿Pero para qué sirve entre nosotros el dinero como palanca de entretenimientos dignos? Si la familia de alto tono posee quinta de recreo, esa holgura ninguna variedad agrega á la rutina de todos los días. ¿No sería lo propio que esa feliz heredera, que también tiene su coche y que sabe manejar una yunta, á la perfección, estuviera habilitada para invitar, por las tardes, á la mejor de sus amigas á salir solas, completamente solas, en carruaje descubierto, y á elegir cualquiera de las playas para pretexto de un paseo agradabilísimo, si en verano, ó á cruzar por el Paso del Molino, como trofeos de gracia y hermosura, si en invierno? ¿No sería natural que si ella prefiriera otras distracciones pudiera ir, acompañada, ó sola,—¿por qué nó?—á patinar al *skating-ring*, á recorrer los alrededores en bicicleta, á una *matinée* teatral, á jugar al *lawn tennis* en un club de damas, á salir á caballo, escoltada por algún caballero amigo de sus hermanos?

Nada más bonito que ver todas las tardes en Washington á las señoras más distinguidas haciendo visitas, pasajeras en espléndidos automóviles que ellas guían solas, sin necesidad de *chauffeur*, con velocidad de exhalación! La libertad locomotiva no existe para la mujer en nuestro país. Apenas se la consiente recorrer las tiendas principales, pero con expreso mandato de efectuar una prudente retirada así que comienza á oscurecer. Permitir á una señorita que sin guardia pague una visita en el Paso de las Duranas, importa extravagancia en el concepto general. Sus padres adquieren fama de temerarios si en idénticas condiciones ella va al Peñorol en ferrocarril y vuelve en el día, después de pasar unas horas de campo con alguna respetable familia de su preferencia; y pasan por locos rematados si, en caso necesario, la ponen, también sola, en el tren que la conducirá al Salto, á Rivera, á Mercedes, ó en los vapores de la carrera á Buenos Aires. Todos sentimos la incomodidad

arbitraria de semejantes preocupaciones, pero ante el temor de que se diga: «quiere hacerse la inglesa», todas las energías de reacción inteligente desaparecen. Hacerse inglesa ó norteamericana,—que tanto da—pues si eso es, precisamente, lo que se impone en esta materia; si son los pueblos sajones los que ofrecen, con justo orgullo, el espectáculo de la mujer redimida; si, aunque nos mortifique, debemos confesar que en este, como en otros muchos rumbos, de allá nos viene la luz de la civilización depurada y nos ilumina apesar de que nos cubrimos el rostro para no verla! Entre estas razas firmes y equilibradas no abunda la poesía de palabras, ni se conocen las siluetas literarias, ni se llenan los álbunes de las niñas con párrafos bonitos, siempre desbordantes de galantería; aquí jamás se oye el eco de himnos rimbombantes en honor del sexo opuesto, y el enamorado que durante el día plantara su tienda de dulce combate en la acera, frente á la casa de su amada, sería tenido por maniático, sin perjuicio de que un guardian del orden público lo arrancara de su abstracción lírica al indicarle la conveniencia de no interrumpir el tránsito callejero.

Las apariencias son heladas, desfavorables; no así la realidad. El último jornalero, el más humilde hombre de color, cumple estrictamente sus deberes corteses con una señora y, en cuanto á la gente de categoría elevada, nadie soñaría en asediar con impertinencias á una mujer hermosa abusando de una debilidad que aquí ya no existe, pues en teatros, paseos y ferro-carriles encuentran encarnación rápida las mismas ideas caballerescas de noble amparo. En cambio, nosotros—aún los que siendo de imaginación puntiaguda iríamos á la horca antes de atinar á componer una estrofa,—pregonamos nuestro culto admirativo á la mujer, la identificamos con los ángeles y sostenemos que ella es mensajera de las dichas terrenas y símbolo de supremas virtudes. ¡Mucho concepto dulce! No en vano las damas americanas, cada vez que uno les dirige, en sociedad, conceptos de elogio delicado, contestan, invariablemente, que la galantería es patrimonio de los *spanish*, españoles. Hasta por ahí no más, he pensado más de una vez. Pues, reanudando el comentario, no hay cómo negar que entre

el aparato deslumbrador de esa pirotecnia de halagos exquisitos y la realidad de los hechos, existe una diferencia muy profunda. ¿Se abona, acaso, la consideración que se reitera al sexo femenino y el elogio caluroso que de él se hace, convirtiendo á la mujer en una entidad cautiva, restringiendo absurdamente su libertad de acción, privándola de ejercitar su inteligencia en asuntos de verdadero aliento, prohibiéndola abordar tareas dignificantes y encerrándola en caja de cristal, que resulta prisión, como se guardan los abanicos de valor?

Todos insistimos en la inmensa ventaja moral y física que reportan los jóvenes dedicando sus ocios á las distracciones atléticas. Adaptándolo al caso, ¿por qué no se extienden á las jóvenes los beneficios de ese criterio? Las mujeres griegas, que supieron encarnar el ideal de la belleza corporal y del espíritu, al punto de que con aquella raza desapareció un modelo imponderable de perfección, no descuidaban la gimnasia sabia y conocían los entusiasmos arrebatadores del estadío. Pura como los lirios y severa como un bajo-relieve antiguo, no fué, no, fundida en blanda cera, la madre de Jorge Washington, ni lo fué la de Lincoln, ni la de Lamartine, ni la de Gladstone, ni la de Kosciusko.

El único ganancioso con estas trabas aplastadoras opuestas á la actividad femenina por costumbres rancias, es el fanatismo que, apoyándose en ellas, se impone con autoridad irrevocable. ¿No destaca, como consecuencia lógica, como una simple prolongación de imposiciones, la intervención del sacerdote en los asuntos privados y los derechos de juez inapelable que á él se conceden? Nada debe sorprendernos que quienes se educan en atmósfera artificial, confinadas, irresponsables, víctimas de un sistema funesto de enseñanza—que parece inspirado en los procedimientos utilizados por la Santa Alianza para arrancar, sin dolor aparente, sus pocas plumas caudales á aquel pobre niño *aiglon*, desvanecido como un suspiro trágico entre las manos de su buen ó mal abuelo el emperador de Austria,—tropiecen á cada paso, tomen por pavorosos fantasmas á los molinos de viento, sufran ataques de nervios á la menor dificultad y necesiten, en todos los

instantes, consejero para dispersar el asedio de constantes timideces y vacilaciones.

¿Qué mejor socorro, entonces, qué consulta más autorizada que la del confesionario, al cual empuja, por lo demás, el calor de una devoción sincera y profundamente respetable? Y, por digna que sea su composición, no es seguramente el clero, beneficiario espiritual, quien va á oponerse al funcionamiento de estas clínicas morales, libres de impuestos y que armonizan, en absoluto, con los fundamentos seculares de la misma religión. Por lo contrario, él siempre sostendrá, y se comprende, que en sus manos está el único consuelo verdadero á las falibilidades humanas. Así también se explica el fuerte atractivo que todavía poseen esas reclusiones de monasterio, reñidas con las tendencias de estos tiempos de regeneración. Entre el convento doméstico y el convento religioso; entre la vida estática, falsa, sin objeto enérgico, que se lleva en casa, y la más acentuadamente etérea, que caracteriza á la que siguen las monjas, sólo dista un paso. Y ese paso lo acorta el más fútil de los contratiempos mundanos. Cuando se prohibe, como si fuera un delito, á la mujer que dirija sus facultades esclarecidas á empresas de labor diaria, y se restringe en forma odiosa su libertad de movimiento, y se le quitan las distracciones más inocentes y legítimas, es perfectamente lógico que las agilidades de su espíritu, aun con evidente violencia, se exhiban en otras aplicaciones, que, si colocais una piedra en el camino de la planta que crece, esa planta, que necesita sol y luz para vivir, llena de sávia y llamada á dar flores y frutos, no pudiendo romper el obstáculo que pretende ahogarla, lo abrazará afanosamente buscando rendijas de escape y, aún oprimida, agobiada, arrastrándose como una sierpe, conseguirá sumergir, al fin, sus hojas pálidas en la pila bendita de los aires libres. Por otra parte, los liberales, en vez de apedrear iglesias, hiriendo inicuamente el derecho ageno, para quejarnos, después, porque la autoridad, en cumplimiento de su deber, reprime severamente esos actos de barbarie; en vez de encerrar nuestro programa en ese grito reprobable de *¡abajo los curas!* que sólo sirve para rebajar á quienes lo profieren y á la causa que así

desacreditan; en vez de ir á hacer escándalo á las casas de devoción, que son exclusivas de los católicos y levantadas con su dinero, honestamente recolectado, para desconocer, luego, á los padres, la razón que los asiste para expulsar á los profanos irreverentes—debemos recordar que, si aspiramos á influir de manera saludable en los destinos de la sociedad, son otros, muy distintos, muy superiores, los recursos de propaganda, como, así también los temas que ella debe abordar.

Sólo en la cuestión obrera, tan simpática, tan llena de atractivos justos, hay asunto para rato. La condición actual de la mujer en los países del Río de la Plata; lo falso de su posición en el concierto doméstico; las preocupaciones de épocas feudales que la amordazan y reatan; los convencionalismos que mutilan su libertad con perjuicio de ella y de la familia; la negativa porfiada con que se le responde cuando ella pide trabajo remunerado, no siendo cocinar, planchar y coser á precios sangrientos; el efecto que tales obstrucciones producen sobre la moralidad pública, y el desequilibrio activo que originan, todos esos elementos de una misma cuestión poseen importancia trascendental, y, si no ya, muy pronto, cuando nuestra población se condense más y las conciencias se orienten mejor, habrá que abordarla seriamente para resolverla. No alcanzo hasta qué punto aceptaremos la reforma. Lo que si sé es que el día en que la mujer oriental, digna de usar diadema por sus virtudes y abnegaciones, ocupe el sitio dirigente y augusto que en la actualidad no tiene, se habrá agregado un elemento de alta sensatez y cordura al núcleo nacional. Lo que sí sé es que, si antes de ahora y en muchas ocasiones solemnes, se hubiera accedido á sus anhelos purísimos, se habrían apresurado en muchos años estas benditas reconciliaciones en que hoy estamos embarcados todos los buenos y que ya diseñan una claridad sobre el horizonte. Desde que la patria es patria vienen las mujeres orientales implorando á sus hermanos, á sus padres y á sus esposos el olvido de rencores injustificados y las aproximaciones honradas. Esos ruegos proféticos han rendido esplén-

dido fruto el día en que, extinguida para siempre, por acuerdo común, la semilla de las intolerancias malditas, se puso cimiento, ya inquebrantable, á la verdadera concordia. De nosotros puede decirse, con acierto, algo semejante á lo que se asegura en aquella frase conocida de que, rascando un poco, debajo del ruso aparece el cosaco. ¡Cuántas tendencias malvadas, cuántos instintos indómitos, cuántos temperamentos incultos, suavizan y amansan esas dignísimas maestras de escuela pública que tienen la abnegación de dedicar la primavera de su vida á la ruda enseñanza de muchachos! Sólo los que la han recibido pueden apreciar la bondad indeleble que ella deja en el espíritu de la infancia. La niñez es blanda, sensible á las impresiones, como una placa fotográfica; todos ignoran, menos quien estas líneas escribe, la influencia decisiva que para él han tenido las horas pasadas en la vieja escuela «Elbio Fernández», cuando lucían allí, desde la cátedra, su inteligencia brillante las señoritas Angela Anselmi, Guadalupe Travieso y Sara Tebot.

Acabo de sostener algunas ideas que casi huelen á azufre entre nosotros y que no faltará quien califique de anárquicas y disolventes. Ya oigo: «qué disparate pedir empleos para las mujeres cuando no los hay bastantes para los hombres!» Argumentación sorprendente por su altruísmo y equidad. Como que ellos son los fuertes en la creación y su capricho impera, suya, también, es la parte del león, al igual de lo que pasa en la fábula. Fatalmente el espíritu se rebela contra semejantes injusticias, después de ver hasta qué bellísimo extremo ha llegado la dignificación, la libertad de la mujer, en este país. También puede todavía encontrarse aquí alguna persona que mira con digusto estas sanas innovaciones. Es mi compañera de mesa una distinguida anciana, de maneras cortesanas á los ochenta años, que protesta señorialmente contra la desaparición de las rutinas que ahogaban antes á su sexo. En mi tiempo, tal cosa; en mi tiempo tal otra cosa, exclama á cada paso, sin recordar que nos separa de *ese tiempo* más de medio siglo de vértigos, de saltos asombrosos, de triunfos y de conquistas. Es cierto que mi interesante interlocu-

tora de todos los días tampoco se reconcilia con los trenes elevados y con los ruidos de gran frágua de New York. Ella vive acariciando los recuerdos aristocráticos del antiguo régimen, cuando estaban en su apogeo los títulos ducales y la tarea más pesada de las marquesitas consistía en correr, tras de las mariposas, por los jardines encantados del Trianon!

XVIII

La idiosincracia americana — El ciudadano yankee — La influencia de la instrucción — El cimiento dé una democracia — La organización de la enseñanza primaria en Norte América — Sistema práctico — La comuna y la escuela — Desconsolador estudio de la nuestra — El porqué de su estacionamiento — Falta de rentas y de autonomía escolar -- Obligación de los gobiernos.

Encarando el asunto bajo la faz moral, declaro que el rasgo más admirable para mí del pueblo norte-americano consiste en la fuerza homogénea de sus ideales. Todos los hijos de esta gran patria rinden acatamiento á las mismas devociones nacionales. En todos los espíritus, por encima de las diferencias históricas, de los afanes religiosos, de las pasiones políticas, flotan las mismas idolatrías públicas. Las idolatrías son malas, pero, ¿cómo puede alcanzar este defecto al culto de la tierra nativa, que es una madre, cuando todos sabemos que á las madres nunca se las quiere bastante?

El paño territorial de los Estados Unidos es inmenso. Si lo cruzáis de este á oeste, cinco días de ferrocarril exije esa jornada, devorando siempre los cientos de millas con rapideces de vértigo. Si de norte á sur, espacio análogo de tiempo reclama el viaje transversal desde las riberas del San Lorenzo hasta la frontera de México. En esa exploración relámpago desfilarán delante de vuestros ojos docenas de ciudades enormes y cientos de poblaciones importantes; de la costa del Atlántico os elevaréis hasta la cumbre de los montes Alleghany para descender á

las planicies del Missisipí y subir, luego, como si fuera una montaña rusa, la cordillera Rocosa, repetir el mismo esfuerzo hasta las crestas de la sierra Nevada y conocer, finalmente, sobre las playas del Pacífico, los límites de una nacionalidad que ya discute su línea divisoria con el mismo océano; en sentido distinto, apreciaréis cambios extremos de temperatura al punto de que, mientras en Chicago el tráfico se interrumpe á causa de las hostilidades de la nieve y los trineos se hacen indispensables, en Nueva Orleans se aprovechan las tibiezas del clima para festejar el carnaval y recibir de manera régia al marqués de las Cabriolas.

Distintos Estados, distintos trozos de colmena humana, distintas latitudes y producciones y orígenes y panoramas y actividades. Pero algo se encuentra igual en todas direcciones, brota á todos los rumbos con las mismas energías de planta vigorosa triunfando sobre la naturaleza y sobre las razas: el ciudadano americano. ¡Qué colosal fuerza de absorción social! En cuanto al inmigrante, celta, latino, índico ó eslavo, se me ocurre que apenas pone el pié en los muelles de este país, es arrebatado por una tromba y después, á maquinaria, sin que se le dé tiempo para resistirse, sometido á un tratamiento de asimilación fulminante. Las estadísticas argumentan que en New York hay cientos de miles de alemanes: ¿quién los encuentra ahora en aquella gran olla de fundición en cuyo fondo se ablandan y se liquidan y se mezclan los más diversos metales étnicos? En cuanto á los nativos, desde la cuna se les enseña en las páginas de libros, sólidamente imaginados, el mismo decálogo de virtudes y de amores. Mientras las potencias europeas, mordidas por eternos recelos, invierten gruesa parte de sus rentas en adiestrar soldados, en montar pesadísima guardia guerrera, esta luminosa nación del Nuevo Mundo afianza mejor sus destinos y pone cimiento de piedra, más sólido, á su futuro. Para eso no se precisa, hasta se repudia, por peligroso, el uniforme militar. Nada de disciplina de batallón, ni de reclutamientos obligatorios, ni de imposiciones de espada. Cada cual hace lo que quiere, viste como le dá la gana, alienta las opiniones que más le agradan, forma en la fracción que cree menos

defectuosa. Y sin embargo, rascando esa corteza tan pintoresca, tan irregular, de tonos tan contradictorios, debajo de las blusas de todos los obreros y de la levita de los rentistas y de la chaqueta de los burgueses, vengan ellos de Boston ó de Los Angeles, ó de Florida, ó de Oregon, palpita idéntico, firme como un latido automático, el mismo sentimiento nacional. El mismo orgullo colectivo descubre sus inflexiones cuando uno oye pronunciar en todas partes, con gesto imperioso, el nombre de *América*. De Norte América, rectificará mentalmente algún lector concienzudo. Error. Nosotros, los habitantes del apéndice sur del continente, solo existimos en la opinión yankee para ofrecer testimonio de perpétuas anarquías, dilapidaciones y despotismos. Castigo bien molesto á las catástrofes institucionales del pasado que ya, siempre lo repito á mis interlocutores de esta raza, el Uruguay no merece. Ojalá pronto pierdan motivo esos juicios tan severos, aunque reconozcamos que casi se desespera de la proximidad de ese futuro, cuando se vé á Venezuela convertida en feudo de un gobernante imposible, á Colombia saliendo de un desastre para caer en otro, y, según los últimos telegramas, á las cinco repúblicas de Centro América envueltas en las llamaradas de una conflagración total.

Pasma, como digo, esa férrea unidad de pensamiento, que rige el desarrollo de un organismo inmenso, en nada empalidecida por el régimen federal. Es cierto que en los antiguos estados esclavistas la memoria de Lee es venerada, considerándose feriado el día aniversario de su nacimiento, y que, en contrario de esas preferencias, los estados abolicionistas levantan á Grant, sobre las márgenes del Hudson, una cúpula rememorativa, tan magnífica y dilatada como lo exige la gloria ciudadana y militar del héroe; es verdad que todavía palpitan, aunque moribundos, como el fuego bajo la ceniza, los entusiasmos fraccionarios de la guerra de secesión; es verdad que hay quienes repudian á los negros y quienes los defienden, bregando en favor de liberalismos luminosos; quienes abogan por el aplastamiento de los *trust*, y quienes por su permanencia; quienes claman por bajas tarifas y quienes sostienen como sábias las vigentes; quienes carac-

terizan matices contradictorios de oposición y de apoyo, recogiendo el eco de los intereses encontrados en las más diversas zonas.

Pero también es cierto que esas divergencias, hasta cierto punto fundamentales é impuestas por la extensión territorial, desaparecen totalmente cuando llega el instante de honrar las grandes tradiciones de la república. Bien dice la insignia de su escudo: *E pluribus unum!* ¿Acaso desfallece el alma popular, en el último villorio del *Far West*, al evocarse la memoria de los patricios nacionales y los diversos capítulos de la propia epopeya, que enseñan libertad y democracia al mundo entero? En un idéntico crisol se ha vaciado el espíritu de ochenta millones de hombres, de mujeres y de niños, para fundir las convicciones comunes de manera igualmente vigorosa y con la misma intensidad afectiva á las memorias de bronce. Digámoslo de una vez, el funcionamiento de esa admirable Casa de Moneda, que acuña conciencias y caracteres con las armas de la patria, lo decreta un motor de todos conocido, el único capaz de realizar semejante milagro: la enseñanza primaria.

Basta visitar una escuela elemental en los Estados Unidos para comprender los propósitos que persigue la educación. En primer término, ella se dirige á obtener el desarrollo gimnástico de los niños, á dotarlos de la mayor energía física. Luego, aprovechando ese molde fuerte, de paredes recias, se vierte en él el contenido sano, claro, sencillo, de una educación esencialmente práctica, como puede requerirla un buen aprendiz, pues son aprendices, son obreros, los que el país demanda para seguir laborando sus prosperidades que parecen de leyenda. Además, se exalta, desde las primeras letras, el individualismo, convenciéndose á los discípulos de que sólo en ellos, en su esfuerzo posterior, en su actividad y recursos ágiles, está el estribo de sus éxitos de mañana como miembros de la sociabilidad á que pertenecen. Así se explica el por qué en este país no hay rastros de servilismo, ni de envidias de clase, ni de protestas airadas contra los opulentos. ¿Acaso ignoran los muchachos vendedores de diarios que John Rockfeller debe al petróleo sus

quinientos millones de pesos, que Andrew Carnegie—él mismo lo repite con alegría—empezó la vida como mensajero; que Vanderbilt fué necesitado antes de llegar á ser buen rico; que la fortuna de Pierpont Morgan la amasó el sudor humilde y, en una palabra, que la geneología financiera de todos los millonarios de hoy arranca de las pobrezas nerviosas de ayer? Cada cual sabe que todo consiste en la oportunidad feliz y que la palestra de los triunfos se abre para todos, no cobrándose entrada ni preguntándose su origen ni procedencia á los competidores. Charles Schwab era un simple empleado de comercio; la ocasión lo puso en contacto con importantes hombres de negocio que apreciaron sus capacidades bursátiles, y á la fecha, joven, sin canas, hijo exclusivo de sus obras, se le llama el rey de los caminos de hierro. Según un cronista, Murray Verner, que fundó y monopoliza los trenes eléctricos de San Petersburgo, «empezó, como la mayoría de sus colegas, sin nada y poseyendo sólo la esperanza de ser algo algún día». Widemer y Elkins, los propietarios de más millas de rieles en la Unión, eran, hace poco, carnicero, aquél, y vendedor de aceite, el último citado. Su tenacidad, su meditada audacia, los ha adherido á la familia de los potentados. Este país avanza de manera fabulosa porque de todas las esferas llega el mensaje precioso de las mismas agitaciones febriles de adelanto. Mejorar de condición, adquirir crecientes recursos para aumentar las propias holguras, ensayar empresas, ser vencido en una para vencer en otra, aplicar á las tareas útiles y calculadas las fuerzas del ingenio, perseverar, insistir, *¡go ahead!* ahí está la divisa que ciñen los soldados del trabajo, sean ellos profesionales, empleados, jornaleros, marinos ó empleados.

Esas multiplicadas corrientes de vida fecunda derraman su concurso en un mismo estuario, y así se comprende que el abrazo de esas energías tributarias sea incontrastable y vaya completando, día por día, la musculatura de un Hércules. Cada adolescente que inicia la jornada libre sabe perfectamente que de nada le valdrá la alcurnia, ni el renombre virtuoso de sus antecesores, si él no agrega á tales

ventajas las cualidades decisivas de capacidad, de competencia y de porfiado empeño. Si sirve, si puesto á prueba resulta, llegará indefectiblemente á la meta, porque aquí los privilegios y las altas posiciones sociales tienen fuente de origen en la cabeza de los favorecidos y sólo se disciernen á los que cruzan triunfadores la raya. Y la escuela pública es el laboratorio en que se prepara ese sólido cemento nacional. Allí se rompen los prejuicios de gerarquía enseñándose, á todas horas, la igualdad digna y elemental; y se peinan sin descanso en un mismo sentido las predilecciones juveniles; y se proclama que la felicidad de los hombres y, por ende, la felicidad de los pueblos, simple consecuencia de aquélla, estriba en el bienestar legítimo é independiente de cada cual; y se repite que los honores oficiales más esclarecidos están al alcance de todas las ambiciones honestas, abonándose así con el ejemplo impresionante de los veinte y seis presidentes norte-americanos; y se convence de que la victoria representa un justo galardón que sólo obtendrán mañana quienes sepan buscarla, como se busca y se encuentra el oro, lavando el cuarzo, como se consiguen las perlas, sumergiéndose en los profundos senos del mar. ¿Qué calamidad puede romper en el porvenir el cuadro compacto que forman esas conciencias batidas como el acero, esos entendimientos, sanos y fuertes, que poseen, humildes ó encopetados, noción exacta de sus derechos y de sus deberes, esos corazones que nunca lloraron lágrimas estériles de impotencia ó de flaqueza porque han sido enchapados con el metal invulnerable de la voluntad y de la fé laborante?

El reputado pedagogo Elliot, presidente de la Universidad de Havard, ha definido recientemente el ideal de la educación popular: «como una forma del *self government* individual en las escuelas, pues el concepto americano de la enseñanza reposa en el principio de la libertad humana y de la propia responsabilidad, de los cuales ha surgido la misma república.» Y confirmando la tesis del párrafo antecedente, expone otro pensador distinguidísimo: «la educación en Norte América ha llegado á tal altura que ya no representa cierta porción de tiempo consumido en las escuelas, ni

cierto grado de aprovechamiento en deletrear, en leer, en escribir, en la geografía y en la aritmética, sino el desarrollo de la personalidad completa del discípulo hasta hacer de él un sujeto que deberá, tan pronto como sea posible, encarnar los ideales de la ciudadanía americana.» Pero coronando el alto afán social que se persigue está la difusión normal, obligatoria, sometida á reglas inquebrantables, del sentimiento patriótico. Una idéntica pulsación de devociones épicas llega hasta las salas de todos los centros de instrucción. Rápidamente, á pinceladas vigorosas, se describen las glorias nacionales; se cuenta á los niños cómo aquellos trece Estados marítimos de los días de la independencia han crecido, á saltos de gigante, extendiendo su levadura de libertad por la masa de un continente y ensanchándose, sin descanso, trasponiendo los mares y desafiando los marcos divisorios opuestos por ríos y por montañas; se les explica con claridad el fundamento de esa grandeza; se les enseña que ellos están en el deber, no sólo de afianzarla, que afianzada está, sino también de hacerla aún mayor; se les convence, con entusiasmo, de que su país es el primero del mundo y de que nada ni nadie podrá derribar el templo de su dicha, mientras los descendientes de aquellos patriotas de los tiempos heróicos conserven íntegro el patrimonio de las enérgicas virtudes heredadas. Y como cumbre de esas sabias oraciones sagradas se ofrece el ejemplo admirable de Jorge Washington, de aquel gran caudillo de muchedumbres libres, que sólo conoció en vida la ambición excelsa de servir de escudo á sus hermanos. En nada se mezcla á estas glorificaciones la gota amarga de los apasionamientos partidarios. Las actuales divergencias políticas son ya añosas, vienen desde las nacientes, pero ellas nunca rompen el equilibrio de los comentarios. Ya en las personalidades de Jefferson, federalista acentuado, y de Hamilton, más adicto á fórmulas de concentración, se perfilan claramente los partidos del día, y para abonarlo así con datos incidentales, diré que pocos días atrás leía en una revista el comentario político del año corrido de gobierno, suscrito así por su autor: «Un jeffersoniano demócrata». Pues bien, el precedente de las

pasiones de antaño en nada perjudica la rectitud de los juicios, y sólo se les recuerda á los niños que sus antecesores de relieve fueron americanos, *great citizens* (grandes ciudadanos). Va sin decir que las pasiones partidarias no intentan jamás atribuirse el lote de las nativas epopeyas. ¿No es cierto que esos espectáculos de locura cívica y de desquicio, son el atributo de pasiones convulsivas, repudiadas en los medios equilibrados? Esculpidos así, metódicamente, los espíritus, nada sorprende que una onda de sentimientos idénticos cruce, como un símbolo, el cielo inmenso de la Unión; que la bandera propia flote con las mismas altiveces en lo alto de la Casa Blanca ó acariciada por el viento de las praderas en las lejanías, recién conquistadas, del oeste; que á la sombra de la organización federal, que tantas veces ha sido el paso preliminar de las emancipaciones territoriales, no hayan crecido impaciencias de autonomía absoluta; que la constelación de las estrellas sea hoy más firme que nunca, aunque, por supuesto, esto no durará por los siglos de los siglos, que el mandato hermoso de la reproducción palpita también en las entrañas de las naciones fecundas. Hace una semana se cumplió el aniversario del nacimiento del fundador de la patria. En todas las escuelas se dedicó la mayor parte del día á ejercicios cívicos y, obedeciendo á instrucciones superiores, los maestros repitieron especializada la síntesis del poema libertador. Penetrando cierta vez al salón de una escuela pública, lo primero que ví en el pizarrón fué la figura de ese mismo Washington, reproducida con tiza, aquí, guerrero, amagando al frente de una carga de caballería, allá; ya en su vejez esclarecida apoyado en su bastón y cubierta la cabeza con el tricornio histórico. Agregaré que en todos los locales de enseñanza se encuentra en las paredes el pabellón de los Estados Unidos. ¿Qué indiferencia, si fuera posible concebir corazones infantiles rebeldes al amor de la tierra, puede triunfar de tan tenaz campaña, cuando se habla al sentimiento, á la vanidad de raza, á la ambición legítima, á la conciencia enardecida y hasta al sentido de la vista, de sucesos preclaros y verdaderos? ¿Y habrá todavía quien, después de conocer estos testimo-

nios de poder consciente, los más soberanos para mi, sostenga que los éxitos de esta sociedad son engendros del capricho como el *pas seis* que, apesar de estar cantado por el jugador, sale del fondo del cubilete en hombros del acaso? Convencidos los adolescentes de que, obligados por el prestigio de una preciosa herencia patricia, sus deberes para con la nación nunca caducan, la sirven, luego, entusiastamente desde todas las posiciones, sin que declinen, ni aún en el crepúsculo de la existencia, esas lealtades del hogar.

Reconociendo también que en ellos mismos se encierra el secreto de su buena ó mala fortuna y de que el propio destino lo moldea la voluntad, de igual modo que se aplana el hierro sobre el yunque á golpes de martillo, desechan los fatalismos meridionales, que son principio de derrota, y se arrojan al agua turbulenta desde el trampolín de sus ilusiones, nó de sus energías, en actitud de nadar, dispuestos á bracear mucho hasta vencer la corriente y pisar la otra orilla. ¡El esfuerzo individual punto de orígen de todas las iniciativas! Asóciense por millones esas actividades fuertes y autonómicas, recuerden que su juego armónico está presidido por leyes fáciles, cómodas, de pocas palabras y de mucho fondo práctico, y entonces, sorprendido el ganglio primero, nada cuesta explicarse el común bienestar y las prosperidades de todo género que asombran al viajero aquí; entonces se ve surgir, nitidamente, como una consecuencia lógica, esta pujanza colosal que ata con metrópolis enormes las cabezas de rieles, que improvisa ciudades en el fondo de las comarcas ayer salvajes, que disputa trofeos al comercio mundial con el mismo gesto impávido con que arrebata á la naturaleza el tesoro de sus fuerzas haciendo leones mansos de la electricidad y del vapor en sus aplicaciones más atrevidas,

Recorriendo cada cual la senda que le decretan sus intereses de progreso, bien calculados, esperándolo todo del empuje personal, nada se demanda á los gobiernos que son, como se repite continuamente, simples «sirvientes del pueblo». Su misión se reduce á sostener el reinado de la justicia y á garantizar el ejercicio de la libertad á quienes los han

constituido. Nada más se les exije. Como están hechos para mandar dentro de la ley, los ungidos con el poder supremo se desenvuelven de la manera que más les place. Se piensa que ese es su derecho y, por lo demás, como el tiempo hace falta para invertirlo en cosas más útiles, nadie se preocupa de tejer murmuraciones. Aquí no se habla de política fuera de las ocasiones periódicas en que ella adquiere carácter palpitante; nadie intenta menoscabar la autoridad majestuosa del primer magistrado; nadie falta al respeto, ni aún de palabra, al señor presidente de los Estados Unidos, más que por él en sí, porque él representa la gloria de la nación. Por eso no existen, ni aún en la popularísima New York, tertulias de haraganería en los cafées y por eso no prosperan aquí los demagogos. En otras partes todo se espera del gobierno, aún en los éxitos privados, y se hace una profesión eterna de la rebeldía y de la crítica politiquera. Confirmo otra vez lo expuesto en el cuerpo de estos párrafos, sobre la índole eficiente de la educación en Norte América, con las conclusiones del profesor Paul Kanus, quien señala en ella estos cuatro asientos principales: 1.° promueve el normal desarrollo físico del discípulo; 2.° se dirije á estimular toda iniciativa útil en el individuo, sea ó no de holgada cuna, y á darle preparación general para que alcance esos fines; 3.° habilita á los jóvenes, en cuanto lo permite su edad, para concurrir en forma inteligente y eficaz al bienestar del núcleo de que son parte; 4.° los induce á llevar adelante su propio desenvolvimiento y á no interrumpir que entren enseguida al trabajo activo ó amplíen en facultades superiores el campo de sus estudios. En los Estados Unidos la enseñanza primaria obligatoria es contemporánea de las primeras poblaciones. Apenas instalados los colonos de Massachusetts, en el año 1642, impusieron á las autoridades municipales la obligación de preocuparse de que todos los niños de sus jurisdicciones asistieran á la escuela.

Estos datos enaltecedores de dos siglos y medio atrás ¿no señalan el orígen seguro de posteriores vitalidades? La educación pública no cae bajo el patrocinio federal. Cada distrito, cada ciudad, se rige en la materia por las leyes particulares de su Estado, siendo esa la causa de que posean

carácter tan diverso los sistemas pedagógicos vigentes, marcando diferencias notables en la naturaleza de los cursos. Pero, como alguien proclama acertadamente, «si es verdad que no existe uniformidad en los métodos aceptados por los Estados de la Unión es también cierto que prevalece un intenso entusiasmo local que despierta hábiles emulaciones entre las comunas y las lleva á enorgullecerse de sus instituciones escolares y á preocuparse solícitamente de destacar en sus esfuerzos educadores».

De paso, daré idea brevísima—que alguna vez espero poder ampliar de manera más ordenada—de la legislación en el asunto del Estado de New York, que elijo rindiendo justo tributo á su volúmen considerable. Las cámaras confían á un funcionario, que ellas indican todos los años y designado con el título de superitendente de Instrucción Pública, el manejo y cuidado de la misma. Todo el engranaje escolar depende de su mando; él nombra autonómicamente los empleados necesarios y les señala asignación, sin que pueda excederse en el total de los sueldos de la suma fijada por el presupuesto; extiende certificados de competencia á los maestros; los autoriza, sin recabar confirmación superior, á practicar su profesión; puede retirarles, mediando causa justificada, ese consentimiento de capacidad técnica; y, fuera de otras tareas complementarias, debe presentar anualmente á la asamblea legislativa un informe sobre todo lo obrado durante su ejercicio. Por otra parte, cada distrito escolar, tiene lo que se llama un comisionado, ó comisionada, pues á ese cargo se concede acceso á las mujeres. Trátase de un cargo remunerado, efectivo y renovable cada tres años.

Las tareas de este funcionario de segunda categoría son muy semejantes á las de nuestros Inspectores Departamentales, aunque mucho más sueltas. Ellos dependen directamente de los *trustees*, ó sea del consejo local de enseñanza. Esas corporaciones, que representan los intereses escolares de los sub-distritos, varían en número—de tres á seis miembros—elegibles por los vecindarios en calidad honoraria, (nuestras comisiones de Instrucción Pública); se renuevan paulatinamente y tienen bajo su dependencia al *commissioner* que

está obligado á darles cuenta de todas las cuestiones relacionadas con su mandato oficial. Cuando, á indicación del mencionado, se requiera construir una escuela en parage determinado, los *trustees* convocarán inmediatamente á una reunión pública á los habitantes de ese radio. Esa asamblea tiene el derecho de determinar el tamaño del edificio proyectado, el material que se usará en su construcción, y de crear un impuesto local para responder á las exigencias financieras de la empresa, en el entendido de que el costo de ésta no podrá exceder de ochocientos dollars. ¡Maravillas colaborantes del medio! Pero en el supuesto de que los citados no respondan al llamado, entonces los *trustees*, en plazo de treinta días, que se cuentan desde la primera convocatoria, deberán arrendar una casa aparente para escuela y decretar un impuesto en el radio, proporcional á los gastos que su sostenimiento exija.

Las escuelas del sub-distrito quedan entregadas á la vigilancia y competencia de los *trustees*, de las personas que han obtenido la confianza del pueblo para el desempeño de esas tareas. Ellos nombran y destituyen maestros; dan y quitan autorización para ejercer el profesorado en su jurisdiccion: hasta pueden anular los otorgados por el comisionado, dentro de su asiento territorial, comunicándolo en forma y sin apelación al superior; como ya hemos visto, crean por cuenta propia impuestos; fijan libérrimamente salarios y tiempo de servicio; dictan las reglas disciplinarias que se obedecerán en los establecimientos á su cargo y también el método á seguirse en los estudios. Cada año harán conocer, por un informe dirigido al comisionado, los detalles de su actuación, que son hechos consumados y de legalidad inapelable. En cualquier circunstancia y siempre que así lo demanden quince votantes, se provocará un *meeting* de los vecinos para proceder á la fundación de una *union free school district* que, en esencia, no importa otra cosa que un instituto de grado superior sostenido por el esfuerzo aliado de varias comunas, y cuyo objeto consiste en ofrecer aulas más avanzadas á los alumnos que pueden proseguir sus estudios.

En cuanto á los títulos de maestro ya hemos podido conocer dos fuentes de origen, sólo válidas dentro de cada Estado, como así también la tercera que la encontramos en los Institutos Normales. Treinta mil pesos tomados de las rentas federales y otros tantos de los fondos propios se dedican cada año al sostenimiento de centros de preparación escolar académica. En puntos designados por el superitendente del Estado se reunirán, una vez al año, en congreso los maestros en actividad para cambiar ideas y proponer mejoras, fundadas en una fecunda experiencia. Para facilitar esas aproximaciones corporativas se cierran por el tiempo necesario, muy corto, todas las escuelas. Las ciudades tienen facultad de otorgar pensión á los profesores con veinte años de servicios contínuos. La ley ordena imperiosamente que todos los niños en aptitud física y mental concurran á esclarecer su espíritu á las escuelas. A ese fin se prohibe emplear en las fábricas, ó en cualquier otra tarea remunerada, á criaturas de edad entre ocho y doce años, mientras funcionan los establecimientos de enseñanza popular. Contribuyen al mismo propósito los *truant officers* (aprehensores de holgazanes) con sueldo fijo y cuya misión consiste en arrestar á los muchachos encontrados en la calle ó ausentes ilegalmente de su domicilio durante el periodo escolar. Queda expuesto que, dentro de lineamientos generales, el caracter de la instrucción lo decreta la voluntad genuina de los vecindarios, pero es obligatorio adoptar textos que fomenten con propagandas elocuentes la repugnancia á los estimulantes alcohólicos. Por otro lado, manda un inciso, que traduzco al pie de la letra, «que la bandera de los Estados Unidos flamée en el edificio de todas las escuelas». Siempre el símbolo de la patria al alcance del corazón.

Las rentas afectadas á la causa docente consisten en el provecho que rinden cuatro millones de pesos capitalizados en 1838, en otro fondo creado, de importancia algo mayor, y en los impuestos establecidos por los distritos, cuando localizados, y por la legislatura y como afectación sobre la propiedad raiz, cuando generales. Siempre he oído decir que nuestro sistema escolar es reflejo, adaptado al medio, del vigente en

Norte América. En efecto los cuatro brochazos antecedentes bastarían para demostrarlo así, en cuanto á la organización doctrinaria. ¿Pero, cómo se explica que existiendo esa identidad de fórmulas resultando copia inteligente un organismo del otro, sean tan distintos los frutos, de una madurez envidiable, allá, y aún raquíticos aquí? La culpa de la derrota que arroja ese paralelo no recae, seguramente, sobre nuestras autoridades técnicas que trabajan, sin descanso, en la difusión y perfeccionamiento de la enseñanza elemental; ni en nuestros maestros, que pueden competir en aptitudes con los de esta tierra; ni en nuestros niños, tan despiertos y avisados como los que más.

Las causas de esa desigualdad, pues ellas son dos fundamentales, se consignan diciendo: 1.° que en Estados Unidos el pueblo interviene eficazmente en los asuntos escolares cuyo funcionamiento está descentralizado; 2.° que todos los gobiernos federales, obedeciendo á una consigna llena de sabiduría, jamás han escatimado su concurso más decidido á la educación pública. En efecto, la ley escolar norte americana responde al mismo principio equitativo y fecundo que caracteriza á las leyes civiles, políticas, administrativas, electorales y tributarias. El sistema común puede bocetarse de manera gráfica imaginando una serie de círculos concéntricos que recuerdan, por su disposición, los varios anillos de ciertos planetas, pues en el centro del último está el individuo que también es un astro en las democracias verdaderas. De los tres ó cuatro círculos concebidos, el más grande, el exterior, representa la gerarquía suprema de la nación, dueña de ciertas facultades generales, precisas y limitadas, que el lápiz diseñaría sobre el papel como radios dirijidos al interior. El segundo círculo encarna á los Estados, completamente independientes en sus actividades de la nación, y solo ligados á ella por las pocas obligaciones subalternas á que acabo de referir. El tercer círculo personifica el condado, menor que los precedentes, pero poseedor celoso de atribuciones que nadie le disputará y sometido, de manera restringida, directamente á su Estado é indirectamente á la nación que abre el amparo de sus alas sobre ambos. El cuarto círculo lo señala el distrito, menos poderoso

que los anteriores, si consideramos la extensión de sus derechos—que, sin embargo, son proporcionales á sus deberes,—pero que no les vá en zaga en cuanto al poder autonómico con que los ejercita. Y en el fondo, al igual de esa séries de cajas, encerradas las unas dentro de las otras, que guardan en la más diminuta la alhaja, destaca el ciudadano, ese factor simple como la unidad que sirve de base numérica á los millones y sin el cual carecerían de piedra angular las más perfectas instituciones soñadas. Precisamente, porque en otras partes él no ha existido como debiera existir, firme, conciente, instruido, es que en otras partes se han desmoronado los más bellos edificios concebidos por el talento de los estadistas. Ahora bien, este juego emancipado de energías escalonadas, consulta la regla de la división del trabajo, cuya bondad adquiere mayor transparencia, y al repartir la tarea alivia enormemente á todos, garantiza su eficacia y asegura el éxito perseguido.

Para recalcar el contraste miremos para nuestro lado y entonces, ya que nos ha entrado el capricho de representar por dibujos nuestras ideas, concibamos una línea espiral para afirmar, enseguida, que ella retrata la índole del sistema dominante en el Uruguay, que adolece de un pernicioso exceso de unitarismo. Colocando al individuo en el punto interno de la espiral y á la nación en la cabeza externa de la misma, encontraremos que, aún separados ambos factores por gran distancia y debiéndose recorrer larguísimo camino para llegar del uno al otro, una vinculación directa existe entre ellos sin que posean fronteras definidas las responsabilidades que les asigna el buen sentido. Así, ocurre que el elemento exterior interviene en las más leves agitaciones orgánicas del elemento interior y vice-versa, que éste, huérfano de derechos propios, vacilante, sin campo definido de acción, á nada se atreve y nada legal puede hacer sin el visto bueno de aquél, obligado, entonces, en mérito á la acumulación abrumadora de fiscalizaciones serias y subalternas, á fatigar su voluntad sin que se obtenga el resultado práctico perseguido. Ejemplos al canto. Si entre nosotros un maestro del lejano departamento de Cerro Largo desea gozar de una licencia

de ocho días, debe de hacer llegar su solicitud hasta la mesa de despacho del señor Director Nacional, radicado en Montevideo, á cien leguas de distancia; y el mismo caso de engorrosas y complicadas tramitaciones se repite cuando cualquier escuela rural necesita media docena de pizarras ó una resma de papel. ¿Hay lógica administrativa en esa organización cruelmente centralizada? De esa absorción de funciones, á que estamos tan habituados en todas las esferas oficiales del país, proviene que los habitantes, apartados de toda ingerencia social y confirmando así amablemente las desidias corrientes, se han sustraído al cumplimiento de deberes rudimentarios, llamándose extraños á asuntos de tan íntimo interés para ellos.

Los ciudadanos para nada intervienen en el fomento de la instrucción primaria, cuando lo natural fuera verlos colaborando, desde su esfera, en el provechoso desdoblamiento de la misma, recolectando fondos, autorizando su inversión, pagando servicios técnicos y creando nuevos centros. ¡Qué poderosa alianza menospreciada! Pero ¿cómo soñar con esas bienhechoras palpitaciones municipales cuando la misma Dirección, autoridad suprema en la materia, nada puede emprender sin consentimiento ministerial, siempre difícil y demorado? Ahora mismo esa benemérita corporación, á pesar de que dispone de los recursos necesarios, fruto de algunos reembolsos, no puede llevar á la práctica un importantísimo proyecto sobre ensayo de escuelas rurales por no disponer todavía del acuerdo superior. Apreciando estas enormes morosidades de trámite, ¿cómo no explicarse que á menudo desfallezcan en sus tentativas los espíritus más indomables, acosados por trabas inútiles de expediente, por informes y por consultas? Las enfermedades graves dejan siempre rastro y ciertamente que los pueblos no escapan á esas malas herencias. Nosotros, en la infancia, sufrimos la terrible tifoidea decretada por la incapacidad colonial que nos regaló un surtido completo de despotismos achatando á los ciudadanos hasta convertirlos en obleas. De manera que, más tarde, en los primeros ensayos de reconstruccion, habría sido temerario entregar al cuidado de los individuos el florecimiento y arraigo de instituciones casi

desconocidas. En eso nos aventajan los descendientes de la raza anglo-sajona. Pero ese régimen de lógica y preciosa colaboración, que fuera antes tan ideal como impracticable, dado nuestro inmenso adelanto, la capacidad creciente de la población y el grado general de cultura, puede ahora empezar á implantarse sin peligro de contraste y, por lo contrario, con seguridades de alcanzar magníficos resultados. Bajo la simple fiscalización directiva de la autoridad central, debiera concederse á las Comisiones Departamentales el derecho de manejar con autonomía sus asuntos docentes; de invertir en los progresos locales el fruto de los impuestos locales; de contratar maestros y adquirir textos y arrendar por cuenta propia edificios, comunicando lo actuado al final de cada año y sometidas á una celosa vigilancia, que daría motivo legítimo de intervención superior en caso de irregularidad ó negligencia. ¿Quiénes mejor que los vecinos de Paysandú pueden saber cuáles son las medidas que en Paysandú conviene adoptar para difundir la enseñanza, en qué paraje se necesitan nuevas escuelas y cuál será su costo? Por lo demás, se compromete seriamente el principio de equidad obligando á los habitantes de las distintas circunscripciones territoriales del país, á confundir en una misma masa su concurso tributario para que una entidad delegada y que, por más que lo quiera, nunca hará reparto proporcional de beneficios, disponga de esos fondos. Para poner en más evidencia esas desigualdades argumentemos con hechos concretos y con cifras. En el año 1901 el departamento de Río Negro contaba, según el Anuario Estadístico, 23.127 habitantes y el de Colonia 51.563. Gravados todos ellos por el mismo impuesto huelga decir que el segundo de los citados contribuyó al incremento del tesoro de la enseñanza primaria con una suma que excede al doble de la delegada por el primero. Lo natural entonces hubiera sido mantener idéntica desproporción en los favores adjudicados y dar al uno dos veces más que al otro. Sin embargo, la estadística no lo abona así y en sus cuadros aparece Río Negro con un rubro de $ 15.756,44 centésimos y Colonia con $ 24.256,32 centésimos. Nadie negará que la proporcionalidad exigida por la justicia queda rota y

eso á pesar de los desvelos de la Dirección. ¿No fuera más lógico que, en vez de obligar á unas localidades á sostener con sus dineros las instituciones primarias de otras localidades completamente extrañas á ellas y pertenecientes á otro núcleo administrativo, se les permitiera aplicar á intereses propios los fondos propios, y que, en vez de imponer caridades injustificadas,—en el ejemplo citado á la Colonia,—se dejara á sus cincuenta y tantos mil habitantes disponer de sus provechos tributarios, siempre, como he anticipado, bajo el control restringido de la Inspección Nacional? Esta contaría, como fondo independiente para atender á los servicios de otra índole—escuelas normales de señoritas y varones, pensiones, auxilios extraordinarios, etc.—con el producto de otros impuestos, tales como el de herencias y el sugerido, sobre bienes semovientes, por el jefe de la Dirección doctor Abel J. Pérez. Si al escribir el nombre de este compatriota no me detuviera para prodigarle merecidos elogios, cometería una omisión reñida con la justicia. La memoria correspondiente al año 1901, que el citado funcionario acaba de presentar, es un hermoso documento público cuyos capítulos, meditados y sesudos, franquean los límites prosaicos de los informes administrativos. En ese folleto, que es lástima pase en silencio cuando tanto jugo práctico contiene, se hace un juicio crítico completo sobre el estado de la enseñanza entre nosotros, se apuntan resueltamente los peligros trascedentales que aparejará su decadencia, se indican muchas imperfecciones corregidas y también mayor número de obstáculos por salvar. Por esas páginas, claras, sencillas, tan patrióticamente inspiradas, desfila el porvenir de la tierra; y, la verdad sea dicha, cuando el lector tropieza con ciertas cifras y con ciertos datos en ellas contenidos, siente que se le oprime el pensamiento y que vacila el pedestal de las esperanzas esclarecidas. Los informes complementarios, emanados de los inspectores departamentales, acentúan la impresión penosa. Exceptuando el de Río Negro, que ha encontrado terreno cultivado para sus esfuerzos, todos los demás presentan conclusiones adversas, abonando sus comentarios con pruebas irrefutables. Un clamor santo, un clamor que no hay posi-

bilidad honesta de decir, surge de la Memoria á que refiero. *¡Escuelas, más escuelas!* pide el país desde sus más apartados rincones, y lo grave de la cuestión es que á estas voces, justificadísimas, de salud pública, la Dirección solo puede contestar con una negativa, impotente para resolver el problema, desposeída de facultades autonómicas, sin fondos suficientes y sin probabilidad de conseguirlos. Tomemos, al azar, cualquiera de los informes parciales. Venga el del inspector señor Camacho. En él se establece que para atender á una población de 27.035 habitantes, Maldonado cuenta con veinte y dos escuelas públicas correspondiendo, en consecuencia, una para cada 1.227 vecinos y, en extensión, una á un radio de 187 kilómetros cuadrados. Profundizando la investigación resulta que de los 5.400niños que hay actualmente en el departamento, sólo 1.556 concurren á la escuela y que, por lo tanto, un saldo de 3.731 no gozan de ese beneficio, pues 113 de aquel total reciben instrucción en institutos privados. ¿Pueden exigirse datos reales, de una veracidad indiscutible, oficial, que sean más desoladores? En una pequeñísima fracción territorial de la república, á un paso de la capital, existen millares de criaturas de cinco á catorce años, que nunca sabrán leer ni escribir. ¡Tres mil setecientos treinta y un ciudadanos que serán mañana incapaces, inútiles, dañinos, más ciegos que el desventurado que no puede marchar sólo ni gozar el espectáculo sublime de la luz solar porque, hiriendo de muerte su felicidad, el destino puso sobre sus ojos una venda eterna! Tres cuartas partes de una niñez regional sumida en las sombras de la más crasa ignorancia, llamada á degenerar en cretinismo después de la adolescencia; de una niñez que nunca sabrá leer un diario, ni firmar su nombre, ni votar concientemente, ni comprender la virtud, ni gustar las satisfacciones superiores del espíritu, ni querer á su terruño con frenesí intelectual, ni servir á la patria; pero que sí contribuirá á ofenderla, obediente á la solicitud ansiosa de los aspirantes y de las ambiciones reprobables. La mayor parte de una generación local destinada á engrosar las filas de la milicia regimentada, y á robustecer la falange despreciable de los electores frau-

dulentos, y á ser instrumento constante de las voluntades agenas!

Nuevos elementos de juicio. Manifiesta el señor Calvo, Inspector de Canelones: «Todo cuanto se diga para dar idea del estado en que se hallan las casas de propiedad escolar, es pálido ante la realidad y no hay que esperar otra cosa que su total ruina. Algunas, como la del Rincón de Falcón, está inhabilitada ya; la maestra vive en la casa de un vecino. Otra, la situada en Brujas, está apuntalada de la mejor manera que se pudo y amenaza venirse al suelo al menor empuje del viento; y fuera larga la enumeración de las que se hallan en tan deplorable estado.» ¿Pero, á qué buscar ejemplos de convicción á tanta distancia cuando en el mismo departamento de Montevideo ha sido clausurada la escuela instalada en el mirador de Suárez por ser inhabitable este edificio histórico, sucediendo lo mismo con la de Melilla y funcionando en algo así como una tapera la del Cerrito de la Victoria? Además, sépase que hay maestros que ganan un sueldo mensual de veinte pesos con treinta y dos centésimos. ¡Infelices obreros de la causa popular con menos salario que los peones municipales! Y sépase también que para atender á las reparaciones de las escuelas públicas propiedad del Estado, que representan un capital raiz de $ 736.170.34 centésimos, sólo dispone la Dirección General de $ 10.000, suma que era más crecida en anteriores presupuestos, cuando las exigencias del servicio resultaban mucho menores. Apesar de su notoria buena voluntad, ¿qué tarea grande, trascendental, definitiva puede abordar aquella respetable corporación si carece de los recursos más elementales para ello; ó, es que se ha descubierto ya el medio maravilloso de plantear y coronar empresas de empuje sin cimiento abundante de finanzas? No se trata, ciertamente, de un himno poético, ni de apreciaciones pesimistas. Ahí está la Memoria Escolar hablando con la elocuencia triste de sus números á todos los hombres que piensan. Pobre consuelo, semejante al del cojo que se conforma pensando que hay otros mancos y cojos á la vez, importa eso de sostener que, á pesar de esas realidades adversas, marchamos á la cabeza del movimiento educacional en Sud América. Siendo ver-

dadero tal aserto él sólo alcanza á probar que todavía Sud América no ha entrado decididamente por la gran via regeneradora. No en vano muchos de sus poros sudan humores venenosos, que no otro nombre merecen la anarquía y los despotismos disfrazados. La ambición patriótica pide para nuestro país el primer puesto en la línea continental, y ¿por qué él no ha de conseguirlo cuando la naturaleza le ha dispensado sin tasa privilegios? La cuestión no tiene vuelta: para cruzar el océano hay que echarse á la mar. Sin sólido auxilio de dinero no se resolverá el árduo problema, que es de nacionalidad; no colocaremos nuestras fronteras étnicas sobre la misma línea de nuestra frontera terrestre; y, apesar de que ya pisamos los dinteles auspiciosos del período industrial, seguiremos contando por millares á los analfabetos que, como espíritus malos, espantan de las comarcas á la civilización.

Nuestros caudillos civiles insisten solamente, desde el periódico y desde la tribuna, en la necesidad, cada día más urgente, que hay de levantar el nivel de la cultura general, de exigir mayor entusiasmo cívico á los hijos del país, de amansar las pasiones retardatarias de los tiempos históricos y de pulir á los partidos existentes encauzándolos en rumbos definitivamente institucionales y pacíficos. Pues concebir el desarrollo de esta evolución santificada, sin que nuestros paisanos aprendan á leer y á escribir, sin morder en carne viva á las ignorancias encallecidas, vale tanto como intentar con cataplasmas de palabras la cura de las enfermedades del cuerpo.

La escuela será entre nosotros el fundamento único de la grandeza local, como lo ha sido en Estados Unidos, como lo es en todas las sociedades avanzadas. De las razones que expusimos, en líneas muy anteriores, para explicar los éxitos docentes del país recién citado, la segunda estribaba en el apoyo decidido, constante, de los gobiernos federales á las autoridades escolares. Nunca se escatimaron sacrificios para llenar esos propósitos previsores. Y aún á la fecha, cuando ya no se es crisálida, cuando se ha triunfado por completo, se gastan anualmente $ 119:000.000 en

salarios correspondientes á 403.093 maestros, que atienden á la enseñanza de 14:652.492 niños, concurriendo el saldo de criaturas entre esta última cantidad y veintiun millón redondos —toda la infancia nacional— á escuelas privadas. Las propiedades escolares representan $ 469:069.086, y para su cuidado y otras atenciones, menaje, etc., se dedican pesos 88:000.000 más; sin perjuicio de otros $ 20:836.488 invertidos en el sostenimiento de la educación superior.

Huelga proclamar que, dentro de lo relativo, consultando nuestras fuerzas, nosotros estamos en el deber nacional impostergable de imitar esos ejemplos de devoción á la causa del abecedario. Concluido en última instancia el litigio presidencial y extinguida, por consiguiente, la más grave preocupación de la jornada, hay motivo para pensar que por algún tiempo descansan las pasiones militantes. Aprovechemos este gran remanso. ¡Cuánto empuje necesitan, para referir solo á tres cuestiones de actualidad, la enseñanza primaria, la agricultura y la ganadería! Pero téngase presente que la primera apuntada lleva á la solución segura de las que siguen y también de todos los problemas políticos y morales del futuro. Fondos no faltan para atender su servicio. Ellos solo piden reparto más equitativo. En las épocas de ignominia, ya cerradas para siempre, los gobiernos sólo podían sostenerse encajados sobre fusiles, como las bayonetas. Esas subversiones las ha dejado tan á retaguardia el progreso de las ideas que ahora parece increíble las hayamos soportado tanto tiempo. El poder público se apoya ahora sólidamente, inconmovible, sobre la legalidad. ¿Quién se atrevería á desconocerlo? Pues si ya las tropas interventoras en la política interna no tienen razón de ser, ¿por qué no suprimir cualquier cuerpo de línea, el menos necesario, y entregar esos ciento cuatro mil pesos anuales que él cuesta hoy á la Dirección de Instrucción Primaria, para que ella, fundando cien escuelas más en la campaña, nos devuelva diez batallones de prestigio resplandeciente, integrados por los ciudadanos, por los guardias nacionales de mañana? Y hágase así con lealtad, sin mezclar en el asunto cavilosidades políticas estériles. De cualquier manera, no se negará que el esfuerzo extraor-

dinario hay que hacerlo y que su iniciativa práctica corresponde al Cuerpo Legislativo. De alguna parte se impone obtener rentas jugosas para la causa nacional, ya sea quitando esos aparatosos é inútiles tribunales militares, ó suprimiendo legaciones diplomáticas, si eso fueran eficaz y conducente, ó modificando otros rubros del presupuesto, pues, como lo declara con profundo acierto el doctor Abel Pérez: «no se puede hablar con sinceridad de la grandeza futura de la patria y olvidar á la escuela primaria, templo irremplazable en donde laten los corazones, se despiertan las inteligencias y se forjan los caracteres». Pero no es justo, no es generoso echar sobre los hombros del gobierno todo el peso de la enorme tarea. ¿Por qué los vecindarios no han de concurrir resueltamente á la empresa, dirigida á favorecerlos en primer término? Algunos propietarios pudientes de la campaña empiezan á cumplir con su deber escriturando fracciones de terreno á favor de la autoridad escolar, á fin de que ella levante edificios para escuelas. Tan buenos ejemplos de desinterés no abundan y es el caso preguntarse, qué sacrificio importa para un hacendado, dueño de dos ó tres suertes de estancia, el regalar al municipio diez cuadras de campo que, al precio corriente de doce pesos, representarían la cantidad ínfima para el donante de ciento cincuenta pesos redondos. En condiciones tan holgadas, ¿no es imperdonable negarse á contribuir al beneficio de la comunidad? Bien constituída como está la actual Dirección de Enseñanza, déjesela trabajar con energía, dándole, al efecto, tiempo, recursos y libertad de acción. Y antes de poner punto final á estas líneas quiero recordar, con orgullo colectivo, que, en su seno, laborando brillantemente, ocupa un puesto de combate Carlos Vaz Ferreira, que es, sin género de duda, la más sólida y la más esclarecida inteligencia de la generación á que pertenecemos.

XIX

Temas áridos — Algo de organización internacional aduanera — El congreso sanitario — Cuba y el "stegomyia fasciata" — Una purificación admirable — Nueva tendencia escolar -- Los trabajos manuales — La escuela Mac-Kinley — Nuestra escuela de Artes y Oficios — Su defectuosa organización — El ferrocarril trans-americano.

Esta vez romperé el fuego dedicando una docena de carillas al congreso sanitario de las repúblicas americanas, celebrado en la ciudad de Washington y en el seno del cual tuve el honor de representar á nuestro país. De antemano pongo límite á mis párrafos sobre el asunto porque los remedios siempre deben recetarse en dósis pequeñas y desde ya declaro que para ustedes y para mi será tósigo este encabezamiento de conversación. Pero como á tan inmensa distancia gozo de impunidad absoluta y no hay peligro de que me alcancen displicencias, cierro los ojos, como los bañistas timoratos, y... ¡á la una!... ¡á las dos!... ¡á las tres... allá voy! (¡Qué zambullida! ¿Si volveré á la superficie?). En circunstancias anteriores, refiriendo al congreso cafetero, tuve ocasión de recordarles que en asamblea internacional el congreso sanitario y el congreso aduanero fueron proyectados y resueltos por la conferencia pan-americana, reunida en México, debiendo realizarse dentro de un año, á contarse desde la clausura de las sesiones de la misma. A la fecha, ofreciendo al mundo un previsor ejemplo de solidaridad continental, que á nadie más que á nosotros sorprende, se han llevado á cabo aquellos torneos técnicos que señalan

una trinidad de cuestiones trascendentales intimamente ligadas al porvenir de las naciones de occidente. En efecto, la crisis de la industria del café, como sucede por causas muy semejantes con el cultivo del azúcar, amenaza de manera muy seria la estabilidad de la riqueza pública y de la riqueza privada en las repúblicas tropicales de este hemisferio. El temor, muy explicable, de volverme repetidor de ideas ya enunciadas, incurriendo así en debilidad de vejez antes de tiempo, me induce á no insistir en el comentario de un punto de economía general tan interesante y que nos alcanza más de lo que parece.

En cuanto al asunto aduanero, objeto de otro congreso, ya celebrado, su importancia no desmerece del anterior. El deja huella profunda de otra aproximación eficaz y práctica de intereses, que son diversos si los consideramos como factores independientes repartidos sobre un escenario inmenso, pero que sin esfuerzo resultan aliados, notas concordantes de un mismo pentágrama, si los concebimos como partes de un sistema idéntico que surge al través de los mares bautizando una espléndida armonía venidera. Ningún paso más eficaz y significativo de propósitos comunes han podido dar los gobiernos del continente nuevo que el que caracterizan sus delegaciones especiales, reunidas en New York dos meses atrás, para discutir tarifas, proponer medidas que aceleren el despacho de los buques, proyectar facilidades mayores de carga y descarga, simplificar el estilo y trámite de los documentos marítimos, favorecer el comercio de tránsito, insistir en la necesidad imperiosa de que las trabas exageradas de frontera desaparezcan y aconsejar la unificación de las denominaciones que reciben las mercaderías de cada plaza, ó, por lo menos, someterlas á un sistema de concordancias que deberá publicarse en español, en inglés y portugués. El magno relieve de los asuntos sanitarios no escapa aun á los criterios profanos. Las ciudades sucias pregonan el desprestigio exterior de las naciones y también ayudan en esa propaganda perniciosa las malas instalaciones para cuarentenarios. Téngase por cierto que por muchos años naufragó la reputación civilizada de nuestro país en la isla de Flores

cuando su lazareto, solo de nombre y pésimamente servido, era piedra de escándalo en las pasadas y pisadas épocas de subversiones. Más fama hemos perdido allí, ante el concepto extranjero, que por causa de las viejas turbulencias. Felizmente todo eso ya es historia.

Por lo demás, las epidemias ahuyentan á todas las actividades nobles sobre las que fundan su prosperidad los organismos vivos. ¿Quién desembarca en puertos infectados? Ni los irresistibles encantos topográficos de Río Janeiro triunfan sobre las aprensiones exageradas del viajero porque, irguiéndose á la espalda de sus montañas, más alto que ese monte atrevido que en la región de los trópicos se permite el lujo de cubrirse la cabeza con un turbante de nieves, aparece el espectro aterrador de la fiebre amarilla implacable que cansa á la misma guadaña. Manifestarle á un pasajero que esta ó aquella metrópoli conoce el flagelo de las pestes, tiene la misma eficacia desfavorable que decir á un caminante curioso que en tal establecimiento rural los perros son bravísimos y andan siempre sueltos. Si el proyecto de visita existió se disipa al contacto molesto de esa advertencia. Desde que las plagas no respetan bandera, siendo sabido que ellas poseen diversos cuarteles generales de ubicación ofensiva estratégica en América, lo propio es opinar que un interés común induce á combatir, mediante una alianza de esfuerzos sinceros, esas invasiones periódicas que tan enormes perjuicios originan. Extremar las precauciones, creando procedimientos preventivos de un rigorismo tal que á la vez de atajar con muralla china á los microbios detengan y paralicen al comercio, que es la sangre arterial de las sociedades, importa más un desastre que una victoria. Incurrir en el exceso contrario, abriendo las puertas al contagio con desafío de elementales consejos científicos, determina otra insensatez intolerable para los vecinos amenazados. Proponer un justo medio, aunar opiniones alrededor de una fórmula prudente, protectora y liberal á la vez, es el ideal que en la actualidad se persigue y al cual nos aproximan rápidamente éxitos parciales concurrentes.

La descripción sintética de los progresos realizados en todo

el campo continental, así como también el rumbo trazado á la campaña emprendida, podrán encontrarlos los interesados en el volúmen oficial, que aparecerá dentro de un mes conteniendo las actas, las deliberaciones del congreso sanitario y los informes de los diversos delegados. Siendo de tan evidente utilidad ese cambio de ideas sobre una cuestión importantísima para todos, resulta más que sensible, imperdonable, la indiferencia de algunos Estados sud-americanos que no se dignaron hacerse representar en el seno de la conferencia. En el fondo de esa ausencia internacional no existe nada parecido á mala voluntad: solo palpita la desidia característica, las perezas de la siesta, que son la gangrena de nuestro temperamento y de nuestra actividad. Estas contínuas informalidades, el descuido reiterado de las citas del deber laborante, no concurren ciertamente á mejorar el concepto desfavorable que aquí se tiene de nuestra entidad social y administrativa. Y estrujando orgullos y vanidades se impone bajar la cabeza ante la fuerza convincente del contraste. Para no engolfarme en un aparte, que sería muy dilatado, abono lo que acabo de opinar sobre la diferencia de procedimientos agregando que ya, bajo los auspicios del gobierno americano, se han publicado dos volúmenes, perfectamente ordenados y traducidos, sobre los congresos del café y aduanero, debiendo aparecer en espacio de semanas el referente á materia sanitaria. Pero otra vez en el curso de mis correspondencias me cabe la satisfacción de manifestar que el Uruguay no merece el peso de la censura antecedente. El Consejo Nacional de Higiene había remitido á esta legación una memoria solicitada, precisa é ilustrativa, sobre la organización de nuestra sanidad y, como complemento, las leyes y ordenanzas que rigen su funcionamiento. A la par, pues, de Cuba, de Méjico y de Chile, el Uruguay respondió cumplidamente al llamado de la causa común. Lástima que circunstancias explicables no hayan permitido poner nuestra representación personal en manos de algunos de nuestros más distinguidos hombres de ciencia. En cuanto á los documentos referidos y á otros datos, que no hay para qué mencionar, he conseguido que se inserten en el volumen

oficial. Nuestro país, pues, ocupará muchas páginas del mismo. Eso no nos perjudica porque se trata de un material excelente, cuajado de observaciones estadísticas, y por que, en otro concepto, los países de reducida extensión territorial necesitan divulgar sus legítimos merecimientos y empinarse sobre la punta de los piés, para que se les vea la fisonomía, como sucede á las personas de baja estatura perdidas en el seno de una multitud. Una semana duraron las sesiones del congreso, bajo la presidencia autorizada y amistosa del doctor Walter Wyman, jefe de la sanidad federal. Para no perder tiempo se almorzaba en un salón inmediato, prosiguiéndose enseguida las tareas. Repito que no intentaré apreciar en detalle la labor del congreso.

La unificación de los sistemas cuarentenarios fué unanimemente señalada como una necesidad impuesta por el interés general. Cada delegación exhibió el grado de adelanto sanitario de su país abonando con documentos y estadísticas sus afirmaciones orales. Cuando me llegó el turno, pude manifestar sin esfuerzo que la higiene pública entre nosotros presentaba un aspecto muy favorable, gracias á la vigilancia constante de las autoridades competentes y á la benignidad notoria de nuestro clima. Agregué que al proclamar á Montevideo la ciudad más sana del continente no hería en manera alguna la susceptibilidad de los representantes presentes de las naciones hermanas, pues se trataba de un hecho reconocido, confirmado por antecedentes de eficacia incontrastable. Su posición geográfica, su excelente abastecimiento de aguas potables, su servicio de salubridad — el primero implantado en Sud América — amén de otras circunstancias menores, hacían de la capital platina un nucleo de población libre de las enfermedades endémicas. Y las condiciones sanitarias del país ofrecen un testimonio de semejante salud como lo afirma, con verdad legalizada, el dato numérico elocuentísimo de que la mortalidad no excede de catorce por mil. Por lo demás, como nunca perjudica divulgar á tiempo las verdades honrosas, recordé que la primera convención internacional de su índole suscrita y rigurosamente cumplida entre naciones civilizadas, había sido la establecida, el

año 1887, entre el Uruguay, la Argentina y el Brasil. Representaban á Cuba el doctor Juan Guiteras—condíscipulo de Enrique Estrázulas, que en todas partes ha dejado excelentes amigos—y el doctor Carlos J. Finlay, dos celebridades médicas. Por circustancias naturales con especial simpatía escuchó el congreso á los representantes de la nueva patria americana, primogénita del heroísmo y del derecho. Pero la competencia científica de sus delegados y la entidad del asunto por ellos abordado hizo también interesantísima su exposición. Nadie ignora que en los últimos años las condiciones higiénicas de toda la isla de Cuba han mejorado de manera extraordinaria. Sería dejarse dominar por la pasión, y ella no alcanza á los espíritus imparciales, desconocer el mérito efectivo que cabe á la intervención americana en ese triunfo. Apenas terminadas las operaciones militares, se inició una segunda campaña liberatoria, casi tan trascendental aunque de éxitos menos ruidosos para el mundo. La Habana era un foco predilecto de la fiebre amarilla. Aprovechando su permanente estado de insalubridad el calor de los trópicos la convertía, durante el verano, en una marmita de epidemias. Dos recursos eficaces adoptó la autoridad americana para cegar radicalmente esa fuente de calamidades públicas que, en época lejana, con Vera Cruz y Nueva Orleans, determinara los vértices de un lúgubre triángulo geográfico. Por un lado se dictaron severísimas ordenanzas municipales, de pocas palabras pero de aplicación enfática, imponiendo á la población en general deberes higiénicos que ella hasta entonces no practicara en debida forma; el servicio de aguas se mejoró; hízose reglamentario el barrido de las calles y numerosos inspectores, diseminados por todos los barrios, sorprendieron en sus más inexpugnables trincheras á la incuria quemándose, á menudo, sin contemplaciones y pagándose crecida indemnización, objetos de mobiliario particular. El nuevo gobierno de Cuba no ha desatendido el buen ejemplo dado por el extrangero; fuera de otras precauciones indirectas, diariamente se limpian cincuenta millas de calle en la ciudad de la Habana. En diez y seis meses no se ha producido en toda la república un solo caso de fiebre ama-

rilla. Por otro lado, se atacó á la plaza encomendando á hombres de sabiduría la misión de estudiar detenidamente, sin economizar tiempo ni dinero, sus causas y las circunstancias que presiden á su desarrollo. Abordaron esa importante tarea filantrópica los doctores Walter Reed, James Carroll, Arístides Agramonte, Finlay, Guiteras y José Lezear; de todos los nombrados el primero acaba de fallecer en Washington, dejando un recuerdo distinguido, y el último cayó en el curso de la empresa, víctima de su apostolado. La pesquisa iba dirigida á concretar mejor las maneras de trasmisión de la fiebre amarilla.

A varios kilómetros de la capital se construyó un hospital, integrado por diferentes casas de madera. En las inmediaciones se estableció el campo de experimentación alojándose allí todos los atacados por la plaga. El terreno de observaciones más valioso, lo determinaba una habitación especial, completamente tapizada en su interior con sábanas, camisas, almohadas y pañuelos de enfermos fallecidos. Veamos como describe este recinto mortuorio alguien que sabe más que nosotros: «La pieza tenía un aspecto repugnante y en medio de tanto despojo, entre aquellos montones nauseabundos, había una cama en cuyo colchón, húmedo aun con el sudor del agonizante, estaba un camisón sucio y un par de cobijas no menos asquerosas.» La puerta y ventanas de tan repulsivo almácigo, de cierre hermético -pues la entrada de un solo mosquito hubiera hecho fracasar el ensayo—iban cubiertas con una red de alambre. Prosigue el autorizado cronista: «Pues allí entraba á las seis de la tarde un médico militar americano á quien nunca le había dado la fiebre amarilla. Se desnudaba, se cubría con las ropas ya mencionadas y procuraba dormir en medio de tanta corrupción no saliendo hasta el día siguiente á las ocho de la mañana; y así hasta completar treinta y siete noches. Después permanecía un mes en observación, repitiéndose el experimento con nuevos individuos.» No he esquivado esta descripción, que estoy cierto crispará los nervios de algún lector, de intento, porque los detalles repelentes pierden su carácter cuando ellos sirven de marco á tan hermosas abnegaciones

individuales. Se piensa en la bondad humilde y humana de Jesús, que besaba las llagas del leproso para enseñar á amar al prójimo, al conocer la huella de estos heroicos altruismos, que solo reciben de los mortales la sanción impuesta del olvido. Todo el mundo sabe quien es Mussolino, el bandido calabrés lleno de delitos; por los Humbert se conmueve París y un académico llega al duelo en defensa del pseudo honor de los estafadores; el más miserable de los tiranuelos tiene una página en la historia y los índices alfabéticos de las celebridades les abren espacio; en cambio, nadie conoce, todos ignoramos, los nombres esclarecidos de esos médicos de milicia, que se lanzaron oscuramente á desafiar á la muerte en sus mismas encrucijadas, que llevando en la memoria esas idolatrías que no son patrimonio de clase alguna,—padres, hermanos ó hijos,—pusieron en crucifixión sus afectos y respiraron por horas una atmósfera nauseabunda, y reclinaron el cuerpo sobre un lecho horrible, todo por servir á la humanidad y por complacer á la ciencia que es, con seguridad, la más fiel y seductora de las prometidas. Tantas valiosas abnegaciones no podían resultar estériles. Varias dudas parciales quedaron esclarecidas en el curso de estas valerosas experimentaciones. Interesado en evitar comprometedoras colisiones con la ciencia, y no decidiéndome á pasarles gato por liebre, suprimo el detalle de su índice, pegado con ligereza de calcomanía á mi memoria. Pero ya que nó los combates menores, mencionemos las batallas trascendentales, una ó dos. Demostróse acabadamente en 1901 que la fiebre amarilla no se propaga por los contagios siempre sospechados y también que al mosquito del género *stegomyia fasciata* pertenece, en primera línea, el mérito de esa misión fúnebre. Pero en 1902 el doctor Finlay, que descubriera en 1880 las cualidades delincuentes de aquel pícaro sujeto alado, avanzó teorías mas radicales afirmando y pidiendo al congreso que hiciera suya esta opinión, que el *único* vehículo de la epidemia es ese mosquito, á quien apenas me atrevo á llamar insecto, pues hace muchos años que tengo olvidadas las diferencias entre los dípteros, hemípteros y [illegible] importante parentela de fastidiosos zumbadores [illegible] ante su

proposición en un sinnúmero de antecedentes recogidos en los hospitales cubanos. Para confirmarla mejor expuso la forma en que se atiende á los atacados en la Habana. Denunciado el peligroso enfermo, y sin mencionar las prácticas generales conocidas, se le coloca en una camilla envuelta por una red bastante espesa para no permitir la entrada del *stegomyia*, indigno ciudadano del reino de esos aires que el ideal solo concibe patrimoniales de las águilas, de la abeja industriosa y del dulce picaflor.

En tan innovadas condiciones, casi codeándose con los transeuntes y sin inspirar temores, es llevado el pestilento al Hospital de las Animas. Mientras la trompa del mosquito no lo alcance nada hay que temer. Y aquí cabe aquel aserto tan exacto, de que no hay enemigo pequeño. ¡El hombre, más aún, la felicidad de ciudades populosas, pendiente de la voluntad ó del instinto de un adversario que, cuando emborrachado con la sangre deliciosa se deja sorprender y aplastar sobre la pared por la zapatilla del malhumorado cliente, no determina relieve, ni una mancha perceptible! En salas abiertas al contacto exterior, separadas de los demás enfermos solo por puertas y ventanas de alambre, perfectamente cerradas, los atacados pasan por las diferentes faces de la fiebre sin provocar en quienes los asisten el loco terror de otras épocas. Apesar de la erudita exposición del doctor Finlay y de que este recalcara en el hecho de que hasta la fecha solo han podido descubrirse capacidades trasmisoras del mal en el *stegomyia*, sus colegas científicos objetaron que era mucho avanzar el sostener, como una verdad absoluta, la tesis del reputado investigador cubano, pues la controversia no estaba extinguida aún en el concepto universal. De ahí que el Congreso adoptara una prudente resolución estableciendo: «que las medidas de profilaxis contra la fiebre amarilla se han de basar en el hecho de que, hasta la fecha, la picadura de ciertos mosquitos es el único medio natural probado de la propagación de la fiebre amarilla». El doctor Charles Stiles llamó la atención de la asamblea sobre una enfermedad recién descubierta, dijo, en las r[illegible] los Estados del sur de la Unión, muy

semejante á la malaria y causada por un parásito intestinal. Agregó que esta afección, común en la clase del pueblo y trasmitida de generación á generación, entorpece el desarrollo mental y físico del individuo y engendra una irresistible tendencia á la molicie. Apunto esta opinión simplemente para decir, enseguida, que la prensa norteamericana, siempre dispuesta al *humor*, dedicó muchos párrafos de ocurrente comentario á las afirmaciones del doctor Stiles, sosteniendo que se había descubierto el microbio de la pereza. Un periódico travieso, siguiendo la broma, terció para manifestar que los delegados de algunas repúblicas de Sud América habían expuesto su convicción de que la extraordinaria epidemia era conocida en sus países, atribuyéndose á ella el progreso lentísimo de los mismos y el hábito nacional de dejar *for tomorrow* (*para mañana*) todas las atenciones activas. Cerraría con esta nota risueña la crónica, á salto de mata, sobre el congreso si no quisiera antes observar que la próxima conferencia, que será trascendental, pues en ella se aprobarán, por plenipotenciarios con amplios poderes, las bases definitivas de la sanidad internacional en este hemisferio, debe reunirse, dentro de un año, en la ciudad de Santiago de Chile. Visitando la república andina, y de paso las naciones felices del Río de la Plata, podrán penetrarse los delegados *yankees* de que el mal mencionado por el doctor Stiles no tiene arraigo, ha desaparecido ya, de la extremidad austral del continente. Vencida la dificultad de la distancia es de desear que el Uruguay tenga representación lucida, buscada entre sus primeros médicos, en el próximo torneo fraternal.

La enseñanza individual ofrece uno de los aspectos más interesantes de la educación americana del día. Se trata de una especie de estudios, abordados en época relativamente moderna y consultando las necesidades y nuevas aspiraciones de la comunidad. A la conclusión de la guerra antiesclavista el país entró en un período de gran desarrollo económico y fué entonces que, respondiendo á las exigencias enérgicamente industriales de las fuerzas colectivas, se fundaron los primeros establecimientos de educación técnica,

de acuerdo á un plan ajustado de reforma. Así surgieron las escuelas de agricultura y de artes mecánicas concurriendo el Estado con su eficaz ayuda. Pero para que se vea que aquí, apesar de sus opulencias, el gobierno solo da movimiento á las iniciativas, para dejarlas desarrollarse solas después, conviene agregar que la ley de 1890 determina que cada Estado recibirá una cuota anual de quince mil pesos, que se irá aumentando por cantidades de á mil, hasta llegar á la suma de veinticinco mil, límite máximo de protección para extensísimas regiones. La introducción en los programas escolares del dibujo industrial señala una etapa de la reforma en exacta armonía con las exigencias inventivas del espíritu nacional. En la exposición de Filadelfia llamaron la atención pública los testimonios de tan benéficos ensayos, como también algunos labrados en metal y madera (sloid). Enseguida se multiplicaron las experimentaciones pero, como ha dicho un escritor distinguido: «el programa fué al principio lento, pues había dificultad en obtener fondos y asegurar elementos; sin embargo, el esfuerzo se imponía y donde quiera que se ensayó la enseñanza manual se la adoptó.» Simultáneamente se modificaron las cosas en los centros de educación, concurridos por niñas y Boston dió el ejemplo creando en 1870, cursos de costura. A la fecha, la ley del Estado de Massachussets—y casi todos los demás por el estilo—establece que toda ciudad de más de veinte mil habitantes debe sostener, como parte obligatoria de su sistema elemental y también del superior, el aprendizage en trabajos manuales. Un punto más avanzado de la evolución lo señala la aristocrática universidad de Howard, abriendo aulas análogas. Al presente cada ciudad del país, ya sea minera, algodonera, agrícola ó industrial, fomenta los estudios elementales más vinculados á la riqueza local y, en consecuencia, al porvenir de sus moradores.

Apesar de ser un retazo de territorio de vida puramente administrativa, el distrito de Columbia no queda rezagado en la adopción de estas luminosas ideas prácticas. Washington, que llena todo su espacio—y siempre elijo como ejemplo esta ciudad por tratarse de una metrópoli casi igual á

Montevideo — enseña trabajos manuales á 4.000 niños, blancos y morenos; 7.000 niñas aprenden dotes de cocina y 11.000 más á coser y á desempeñar cumplidamente las obligaciones domésticas. Hace pocas semanas se abrió aquí otra escuela industrial que llevará el nombre del presidente Mac-Kinley. En el acto de la inauguración pronunció un concienzudo discurso el doctor Harris, comisionado escolar, del cual tomamos este párrafo tan expresivo y verdadero: «El gran propósito de la enseñanza manual, dijo, consiste en instruir á los niños de manera que ellos posean la misma experiencia técnica de los hombres y puedan, más adelante, entrar en contacto con la naturaleza y utilizar sus preciosas energías. Esta es la edad de las máquinas y de la conquista de la naturaleza. Nuestro país es hoy mucho más poderoso de lo que era hace años, y uno de los principales factores de su desenvolvimiento lo encontramos en la evidencia de que el pueblo ha aprendido á usar las máquinas. Un siglo atrás el promedio de producción era de diez centésimos diarios por individuo; en la actualidad alcanza á cincuenta y dos centésimos. En cuanto á los institutos de educación superior puede asegurarse que, al aceptar la reforma moderna, ellas contribuyen, más y más, al perfeccionamiento de la ciudadanía y á la explotación de la riqueza del país». Hace pocos días visité la escuela á cuya organización he referido, que ya funciona, fabricando obreros, como si tuviera años de instalada. Cuando después de recorrerla pedí los reglamentos y plan de estudios se me entregó, como síntesis de todo, un papel impreso de dos páginas. En un centenar de líneas estaba condensado todo lo necesario para regir la marcha de la casa. Nada de teoricismos ni de capítulos numerados, ni de disposiciones sobre disciplina y régimen interno: allí el jefe superior manda, sin que lo estorben trabas enojosas, y no existe el peligro de una falsa interpretación de incisos, por la sencilla razón de que ellos no existen. Los cursos duran de dos hasta cuatro años. Para ingresar se requiere ser aprobado en un exámen general, que versa sobre gramática y composición, historia y constitución de los Estados Unidos, geografía, aritmética y ál-

gebra. A los varones se les enseña, metódicamente, á manejar aparatos mecánicos, calderas, dinamos y motores. Se empieza por hacer herramientas de carpintería: por armar un martillo, alizar madera, unirla y obtener todo el provecho que ella pueda dar. Luego se pasa á los talleres de herrería: se fabrican clavos, tachos, tenazas, aros, etc. El último escalón lo llena la experiencia en maquinarias á vapor y eléctricas. Todo esto sin gran lujo, en escala reducida, pero admirablemente ordenado. Las señoritas, en su departamento, aprenden ciencia doméstica, incluyendo preparación de una comida y forma de servirla, compra de mercado, planchado y lavado, costura á mano y á máquina, modistería, etc. Un certificado de artesanos competentes se extiende á favor de los buenos alumnos, sin perjuicio de dar mayores facilidades para especializarse á aquellos que acreditan capacidad en una rama determinada de conocimientos. A juzgar por las apariencias, abrigo la certeza de que nuestra escuela nacional de Artes y Oficios posée un presupuesto de gastos muy superior á la escuela Mac-Kinley, sin rendir los beneficios públicos que ésta. El secreto de la verdad de dichas afirmaciones se encuentra pronto si se manifiesta que en esta última institución no se admiten internos debiendo los discípulos concurrir, á horas fijas, á rendir sus lecciones retirándose después á sus domicilios.

En cambio, en la primera citada, el Estado lleva su generosidad hasta el extremo de recoger á los muchachos con empeño paternal, de brindarles educación, albergue, comida, y hasta vestimenta, dándose, como compensación única, el placer de contar con centenares de reclutas, tan necesariamente dispendiosos como un cuerpo de línea. No insistamos en apuntar los inconvenientes sociales de esa agrupación monacal, impropia, cara é ineficaz; ni el foco de corrupción de costumbres que ella funda, á pesar de la más esforzada vigilancia; ni el adulteramiento que se hace de los fines redentores perseguidos al consentir que se remonte su personal juvenil sin el control de exámenes, en todo concepto purificadores. ¿Se alcanza con la actual y costosísima organización el resultado que se tiene en vista? Pensamos que no;

sin que esto importe reproche á su dirección que es excelente y escrupulosa. Comparando con los establecimientos análogos de este país encontramos que el orígen de la desfavorable diferencia para nosotros estriba, simplemente, en la diversa organización fundamental. Todo, ó casi todo, se corregiría quitándole á nuestro gran taller el carácter de asilo que se le ha dado y suprimiendo, sin contemplaciones, el sistema de internato. ¿No es absurdo, no importa el lujo de la riqueza, no extralimita la misión protectora del Estado, eso de que él se convierta en tutor absoluto de cientos de jóvenes que podrían, muy bien, retirarse á sus hogares, y mantenerse á su costo, y vestirse con el fruto de su trabajo, en vez de llevar la vida sedentaria á que se les obliga, apagando en ellos las aspiraciones tenaces, inquietas, nerviosas de labor independiente, que son la base de la prosperidad de todos los hombres en común y de su dicha en particular? Calcúlese la economía de pesos que tan racional reforma determinaría. Entonces fuera posible dilatar en mucho los horizontes del esfuerzo y ofrecer el apoyo de una enseñanza eficaz á las filas femeninas humildes. ¿Es acaso justo que siendo la mujer la débil, sobre todo en el seno de nuestras sociedades, llenas de rancias é irritantes rutinas, no abra para ella el Estado centros de educación manual y sí los ofrezca, de manera poco fecunda, al hombre? ¿Conviene seguir cerrando los ojos á los legítimos reclamos de amparo legal que formulan las clases obreras y al problema social que plantean las generaciones modestas que llegan, aumentando en número cada día? Campo más amplio y generoso que el de la costura, á precio mínimo, colaboradora predilecta de la tuberculosis en sus terribles campañas, debe propiciarse á las jóvenes del pueblo habilitándolas, en forma técnica, á desempeñar otros oficios. En Norte América las escuelas de esa índole funcionan con mayor actividad de noche que durante el día. ¿Porqué no puede ocurrir lo mismo entre nosotros?

Se proclama que los artesanos deben huir de las tentaciones alcohólicas y de las juergas. Pero para que el consejo resulte útil se necesita colocar, frente á los boliches y garitos, el espectáculo moralizador de centros de distracción

noble y fácil; crear *motivos* honestos. ¿Es que acaso no habrá en todo el radio de Montevideo cincuenta ó cien principiantes que ocuparían con avidez los bancos de clases democráticas en que se enseñara gratuitamente un oficio? ¿Es que otras tantas mujeres virtuosas y desheredadas no aceptarían el auxilio de esa preciosa instrucción, que de otro modo jamás adquirirán? Los concurrentes á esos cursos obtendrían al fin de cierto plazo, tan corto como fuera posible, y siempre que acreditaran la exigida asiduidad, certificados de competencia, que les serían muy útiles para ingresar luego á las fábricas. ¡Qué lejos está nuestra escuela de Artes y Oficios de cumplir esa misión civilizadora y de tan fecundas proyecciones! Bajo su actual plan de encerramiento, como institución de cofradía, puede uno preguntarse si el bien por ella sembrado retribuye, en alguna parte, el sacrificio que impone á la benemérita Comisión de Caridad. De día es un convento y una tumba de noche cuando, precisamente, debiera rebozar bullicio y actividad popular. Dudemos, por lo demás, de que esos cientos de seminaristas civiles, recogidos sin que muchos de ellos lo merezcan en ningún concepto bueno, sean elementos de trabajo brioso, mañana, cuando se les pone en la calle, terminada su educación pero quebrado su carácter y la confianza en sí que es la brújula segura que lleva al éxito en todas las esferas. ¡Doctores en jurisprudencia del martillo y de la lima!

Ciertamente que el sistema vigente debilita el individualismo de que tan escasos estamos. Comparemos ese ejemplar artificial con el obrero práctico, hijo de sus obras, valiente, luchador, que encontramos en cualquiera de las fábricas de la Aguada. ¿No merece, este último, ya encariñado con la máquina, que le da pan, que es uno de sus amores en la vida, que él quisiera comprender en todo su complicado mecanismo, alcanzar la educación complementaria que el primero no aprecia tanto, ni utiliza tanto, ni sabrá mañana agradecer? Si se desea sostener el sistema perniciosо de los pupilos, hágase restringido limitando solo á los departamentos de campaña el derecho de optar á becas costeadas por el Estado. Participese á las autoridades del

interior que la ciudad de Montevideo, cumpliendo sus altos é ineludibles deberes sociales, ofrece anualmente dos becas en su escuela de Artes y Oficios á los dos mejores alumnos de las escuelas primarias de cada departamento.

Así se creará un hermoso estímulo y se podrá tener, por lo menos, la seguridad, que hoy no existe, de que los favorecidos por el desprendimiento oficial son dignos por sus cualidades de tal recompensa. No quiero dejarme marear por esas espléndidas ilusiones, pero ¡qué día de intenso regocijo tendremos los buenos orientales cuando, como fruto maduro de las exposiciones ganaderas, de los ferrocarriles y de una mayor cultura general, surjan en el fondo de la república centros de enseñanza rural técnica y cuenten los padres campesinos con ese escudo para asegurar el porvenir de sus hijos! Enseñar el cultivo de una huerta; á hacer quesos y manteca; á explotar la lechería. Todo eso quizá suena prosaico para muchos que se asustan de ordeñar vacas, como si en los dominios del trabajo, que todo lo esclarece y purifica, hubiera tareas más ó menos nobles!

La mejor escuela de artes y oficios de los Estados Unidos es la *New York Trade School*. Fué fundada en 1881, por el coronel Auchmuty, con el objeto benéfico de «dar instrucción manual á los jóvenes del pueblo y de facilitar á los obreros el perfeccionamiento de sus aptitudes». El creador de la institución sólo se preocupó de asegurar la estabilidad de esta obra de alta beneficencia pública. De consiguiente, solo se cobra á los alumnos lo estrictamente indispensable para pagar los gastos del establecimiento. Hay cursos de todo. Las clases nocturnas funcionan de 7 á 9.30, pero desde las seis de la tarde están abiertas las salas de lectura. Se paga 25 $ por el curso completo de pintura á la rústica; 35 $ por el de carpintería; 40 $ por el de albañil, electricista, hojalatero, maquinista, etc., etc. Pero no confundamos esta instrucción técnica especializada con la difundida obligatoriamente en los colegios y que mencionamos en un principio. Ya es, á buen seguro, tiempo de que aquella y esta adquieran arraigo sólido entre nosotros; pero si se objeta la creación de un sistema completo de establecimientos públicos de enseñanza

manual, por la escasez de recursos, ese argumento aplastador no tiene cabida tratándose de un nuevo rumbo, que sólo demanda modificación en los programas escolares vigentes. Poco entendemos del asunto; pero nadie conseguirá convencernos de que al hijo de un artesano le interesa más saber qué son los carpos y metacarpos, cuantos satélites tiene Júpiter y las diferencias que separan á la mica del feldespato, que comprender el mecanismo de una máquina y su funcionamiento industrial.

Una curiosa iniciativa, llamada á desdoblarse en otras más fecundas, acaba de adquirir cuerpo debido al esfuerzo expontáneo de un núcleo de adolescentes pobres. Reunidos en asamblea, genuinamente popular, ellos resolvieron fundar una república en miniatura, no sólo á fin de habituarse á la práctica de los derechos y de los deberes que impone la democracia, sinó también para aliviarse unos á los otros unificando sus finanzas y sometiéndose á un plan de gobierno. El novedoso ensayo da resultado brillante en todos conceptos, no siendo el menor la huella benéfica que deja en los espíritus tiernos habituándolos á la disciplina y á apreciar en su gran valor lo que importa la cordialidad social y la especialización de tareas.

Los altos poderes del Estado están perfectamente constituídos siendo acatada su autoridad, que se ejerce dentro de las leyes, sin que se registre hasta ahora un solo desorden, que en este país hasta los niños poseen buen juicio. La sociedad distinguida de Washington acaba de propiciar una fiesta en honor de esa *National Junior República* que ha dado motivo á calurosos aplausos de la prensa. Tomo este párrafo de una nota editorial de *The Washington Post:* «El objeto en vista es tan plausible y el método empleado tan inteligente que creemos que todas las personas interesadas en el desarrollo de la ciudadanía deben seguir con simpatía á los fundadores de la República Juvenil. En nuestro criterio esta institución es la mejor escuela del caracter y del civismo que conocemos y, por consecuencia, ella merece el más decidido apoyo de quienes aman á su país y se enorgullecen de sus fundamentos libres.» Y confirmando

estos estímulos agregó, como autoridad civil, el edil Mr. Macforland, en el acto de la fiesta: «que ella le era muy simpática pues nada hay más noble en el seno de las comunidades democráticas que empeñarse por ser buenos ciudadanos. Cuando malos, estos, las naciones deben temer más á estos enemigos de casa que á sus adversarios del extranjero. Indiferencia por las obligaciones cívicas, la fascinación exclusiva del dinero ú otros egoismos semejantes, son faltas tan reprobables como una mala conducta.»

No se trata de una originalidad frágil. Aun aquí, en donde ya posee energía orgánica el equilibrio social, se le estimula. Entre nosotros el desarrollo de las escuelas públicas, de ministerios institucionales por el estilo, serviría para grabar profundamente en el espíritu impresionable de los niños un concepto claro y verdadero de la significación del gobierno, predisponiéndolos á la disciplina colectiva y á la moderación que, por cierto, no nos sobra á los criollos de Sud América. Invitado por el honorable John Hay, secretario de Estado, he concurrido en la semana anterior á dos reuniones importantes, especiales para los representantes diplomáticos de las naciones de este hemisferio. Ellas tenían por objeto tratar sobre la realización de dos de los acuerdos sancionados por la conferencia de México: el establecimiento de un museo arqueológico americano y la construcción de un ferrocarril internacional, que partiendo de New York terminará en el extremo sur del continente. Las vías del Uruguay no formarán parte, por decirlo así, del espinazo de la línea gigantesca, pero su misión no desmerece por eso. Así lo expuse cuando le llegó á cada cual el turno de determinar la condición ferroviaria del país que representaba. Apunté un hecho honroso al declarar que nuestros ferrocarriles llegan ya á todas las fronteras y que la extensión norte solo espera el empalme de los rieles brasileros, que ya se aproximan á nosotros. Entonces Montevideo, con su espléndido puerto, será la metrópoli del comercio del oriente. Como manifestó el senador Davis, presidente de la comisión delegada, la empresa no es tan difícil como parece y en su tiempo se juzgó mucho más quimérica la línea del trans-

pacífico que ahora no asombra como realidad. El extraordinario Andrew Carnegie simpatiza con la empresa y si los demás capitalistas norte-americanos no los quisieran dar, que lo quieren, él solo podrá ofrecer, sin trastorno financiero, los doscientos millones de dollars necesarios para coronarla! Un distinguido emisario, Mr. Pepper, que habla perfectamente el español, ha salido ya en viaje de indagación definitiva para Sud América. Llegará á Montevideo dentro de dos meses. El museo arqueológico continental está ya á un paso de realizarse forjando un nuevo eslabón de solidaridad entre las repúblicas que asoman, como una constelación poderosa, sobre el horizonte. ¿Estarán, por ventura, próximos los días de las grandes felicidades colectivas en las tierras opulentas del mundo de Colón?

XX

La última correspondencia — Delicadezas lógicas — Síntesis de los triunfos americanos — Nuestros extravíos meridionales — Observaciones rápidas — El "self-control" — La justicia y su concepto — La Exposición de San Luis — ¡A Méjico! — Porvenir feliz de nuestro país—La vuelta á la patria.

La voluntad de la democracia, que felizmente ya es también soberana entre nosotros, ha condecorado presidente de la república al señor director de *El Día*. Como empleado público, me parece que sería impropio y poco delicado seguir utilizando la noble hospitalidad del diario amigo, tan frondosa, tan favorablemente significativa ahora. Siempre he tratado de adaptar mis párrafos á las cosas del país, rozándolas de paso, con natural independencia de criterio, pero en adelante no sabría hacerlo así desde una tribuna periódica de realce político tan descollante, pues los elogios más justicieros de temas generales parecerían casi engendrados artificialmente, como las flores de invernáculo, pudiendo también tildarse de moneda falsa los comentarios de distinto género. Mientras fuí huésped de una mesa en la que no había manjares que brindar al forastero y á la cual sólo llegaban los amigos desinteresados, no necesité hacer esfuerzos para sacudir las viejas perezas y descolgarme, á vuelta de cada vapor, con cartas del volumen de alegatos de bien probado.

Entonces ensortijé los asuntos más diversos, usando de soltura familiar y sin que jamás me asaltaran perplejidades al desarrollar apreciaciones de sabor local.

La reflexión de que las carillas caerían en manos de ami-

gos y de condiscípulos, apagaba los escrúpulos discretos que relampaguearan alguna vez en mi espíritu. Ahora, las decoraciones han sufrido un cambio radical, ganándose en brillantez sin comprometer la tradición honesta y veterana. Ahora la mesa de antes, que continuará siendo frugal á pesar de todo, muchos la consideran opípara, y para la generalidad, hasta posee esplendores de palacio el zaguán sucio de una imprenta republicana que presenta en él el mejor y más honroso testimonio de su orígen popular. Ahora imagino que deben ser muchos los agregados y, por lo demás, la expontaneidad no resulta ni responde á mi llamado. Se trata de un fenómeno mental al cual pocos pueden sustraerse: ¡cuántas veces lo que se dice, se ejecuta ó recita correctamente, en una reunión privada, cuando los que escuchan son de la casa, repetido en público señala un fracaso que sólo encuentra explicación satisfactoria en la nerviosidad afanosa de quien anhela entonces el triunfo que, precisamente por eso, le huye esquivo, caprichoso, como la fortuna cuando se la codicia! A todos los interlocutores no se les dirige la palabra con igual aplomo en todas las situaciones.

A propósito, recuerdo algo chistoso que me ocurrió en mis primeros días de residencia en Washington. Recien llegado aquí, sin un solo conocido, solía cenar en un restaurant burgués que encontré al paso en mi entrada en la metrópoli, cuando mordido por un apetito revolucionario rodé un rato por esas calles soñando con jamones y calamares.

Días más solitarios que aquellos no los he tenido jamás ni los tendrá el ombú que crece huérfano en el lomo de nuestras cuchillas! Yo no sé ahora como fué, pero probablemente un poco de ansia sociable de mi parte, combinado con otro poco de simpatía caritativa de la suya, me llevó á relacionarme con un sujeto, de excelente aspecto, que se sentara varias veces á mi lado. Talvez comentando el estado del tiempo, primera escaramuza de todas las relaciones adventicias, cambiamos las palabras iniciales. Como en Norte América nadie usa bigote nada me extrañó que mi vecino sacrificara también los mostachos; y, por lo demás, ese rasuramiento total señala mejor los rasgos fisionómicos y parece

que ennoblece el rostro. Más que por culpa mía, por culpa del azar, no cultivé mayormente esa vinculación accidental y lógica en un medio á base democrática y también para quien sólo acepta la alta alcurnia de los duques que llevan sus títulos de linaje en el corazón ó en la cabeza. Pasaron semanas y una tarde, en circunstancias en que entraba á la Casa Blanca concurriendo á una fiesta social, veo que un ciudadano, vestido de librea, me saludaba con toda efusión y sin poder disimular su profundo asombro.

Yo tampoco pude disimularle el mío al reconocerlo: «¡mi compañero de asiento lacayo—pensé yo—sorprendido y explicándome mejor la limpieza irreprochable de su labio superior!» A la vez que le devolvía afectuosamente la demostración amable, leí en su expresión este otro comentario: «¡mi amigo extranjero, diplomático y visitante de la Mansión Ejecutiva!» Pues la moraleja del cuento es que después volví á encontrar en las mismas condiciones de antes al bizarro muchacho que fué mi primera relación en los Estados Unidos y que hablaba de todo, al principio, con tanto despejo y desenvoltura; pero en adelante el hombre ya no se exhibía como en la primera época de su amistad conmigo: me había descubierto la gerarquía oficial y olvidó, como por encanto, su jovialidad para tratarme con el mismo gesto respetuoso que supongo usa para con su patrón al cerrar la portezuela del carruaje.

Parece increible que apesar de las muchas que han precedido á esta última correspondencia, todavia quede tanto por decir. ¿Qué actividad humana, qué anhelo de progreso, qué ideal de perfeccionamiento colectivo, sea en la industria, en el ejercicio del derecho, ó en el campo moral, escapa á la soberana energía asimiladora de los Estados Unidos? Pretextar que esté agotado el asunto de las descripciones útiles aquí, seria incurrir en la misma impúdica audacia del robusto mocetón que pretende justificar sus hábitos holgazanes afirmando que no encuentra trabajo en los talleres de las grandes ciudades. Por todos lados surgen los ejemplos viriles; á todos los rumbos fecunda iniciativas el individualismo, que ilustra al derecho, dignifica á la mujer, ennoblece

al soldado, ofrece la mano y levanta al negro, sanea á las religiones y abre hoy campo, en los más alejados planos de labor, á las tenacidades perseverantes, ensayadas ayer y anteayer en memorables jornadas cívicas y en la conquista material y pacifica de las inmensas praderas del oeste. Ahí estriba la desemejanza de la grandeza norteamericana, si la comparamos á la grandeza de las naciones europeas.

La Francia del imperio la hizo un hombre: Napoleón; la Italia del 70 fué esculpida por el esfuerzo insigne de José Garibaldi; de dos zarpazos geniales, atando los despojos de Sadowa con los de Sedán, cuajó Bismark á la Alemania amenazadora del día; la casualidad de los descubrimientos puso al reino de Portugal entre las potencias de primera línea; la estrella de Suecia lució esplendorosa engarzada en la reputación militar de Gustavo Adolfo; por capricho del acaso pudo pagarse una vez España de que el sol no se ponía en sus dominios; sólo Inglaterra ofrece el testimonio de una pujanza institucional, colonial y política que ha venido creciendo, lenta y firme como la mar, vigorosa como los organismos normales, ágil como la espuma, al través de las épocas y de los acontecimientos más contradictorios. Pues la evolución social de los Estados Unidos sigue las huellas excepcionales dejadas por la experiencia de la ilustre madre trasatlántica, pero acentuada por el empuje hermoso de una raza nueva, más joven y más récia.

Recorriendo las páginas de su historia sólo se recogen impresiones de triunfo y si alguna vez se interrumpe, como en 1861, esa paz admirable de cien años, es para romper gruesas cadenas y aplacar las sedes insaciables de la justicia. Cada capítulo de crónica nacional señala la efectividad de un paso adelante, y son tan persistentes las fidelidades del destino, al través de valles y de montañas, que al cerrar el balance final y coronar la revista de tantísimos éxitos, el pensamiento se pregunta, con asombro, si estamos en presencia de un nuevo pueblo de Israel.

Con respecto á los individuos eminentes, el mérito de los días de victoria reconocida destaca con luz más intensa en la hora de los afanes primeros, cuando se combate, sin es-

peranza, sin apoyo, sin aplauso; y lo mismo puede afirmarse de las naciones. Continuar la obra empezada no es tarea de titanes cuando los cimientos son de granito; la gloria máxima corresponde á quienes, entre incertidumbres y sombras, asentaron la piedra fundamental del gigantesco edificio desafiando á los obstáculos como desafía á las olas, para vencerlas, el coral naciente. De allá, de tan lejos, arrancan estas claridades que todavia están llegando como luces de astros. Y la semilla hermosa de la infancia no duerme en el fondo del surco. Un cultivo constante la estimula al desarrollo, y cuando ella, buscando aire y sol, sale á la superficie libre, ya con energías de tallo, nada detiene el perfeccionamiento robusto. ¿Hay acaso una sola administración pública que no haya contribuído á afianzar poderosamente el roble de cuerpo cada vez más fornido?

Mientras las libertades, ingénitas en la rica sávia, se van adaptando despacio y con lógica al fuerte tronco, las opulencias materiales aumentan, á saltos y de prisa. Si las apreciamos bajo su aspecto territorial, ¿quién reconocería en los frondosísimos follajes del presente á las ramas tiernas y casi desnudas de los tiempos iniciales? El orígen primero lo apuntan establecimientos aislados y distantes, colonizaciones hurañas, autonómicas, que salpican sin plan las costas del océano. Luego, sólo confesando las necesidades de la defensa contra los indios, que por extraño instinto la pubertad siempre oculta estremecia sus benditos despertares, se ensaya una alianza accidental de los diversos núcleos. Más adelante, se sueña con la redención y como las patrias exigen alma y como el alma de los pueblos sólo puede fundirse, al igual del hierro, al calor resplandeciente de la frágua, Boston, la de fama erudita, encrespa las melenas, por asunto de céntimos arroja á las aguas un cargamento de thé, y se lanza enseguida el grito de guerra. La victoria definitiva sorprende á trece estados formalmente unidos. Entonces la población apenas excedía de tres millones, de los cuales á setecientos mil, casi, alcanzaba el número de esclavos. Quince años después del memorable suceso el país sólo exportaba por valor de veinte millones de pesos; es

cierto que esta cifra se elevaba diez años después á setenta millones largos. No perjudica decir que en 1900 el Uruguay exportó por casi treinta millones. Y, de paso cañazo: conviene contestar con este paralelo ocasional, recordando que la gran nación americana en su niñez tuvo un comercio menos activo que el nuestro, — á quienes se empeñan en suponernos entidad insignificante.

En los años subsiguientes piden su incorporación federal los nuevos estados que han surgido entre los Montes Alleghany y el Misisipí. Pero el impulso activo y romancesco ya se revela contra esta frontera opuesta por el extranjero. Pronto se obtiene de España, celebrando un tratado muy adelantado para su época, el uso libre de las aguas del gran río. En 1803 el presidente Jefferson adquiere la Luisiana, duplicando de golpe el dominio nacional; y en 1804, bajo los auspicios insignes del mismo, se arrebatan á la barbarie las regiones remotas del Oregón. Dentro de ese cuerpo, ya inmenso, avanza, crece, prospera, con rapidez febriciente, el pueblo elegido de las instituciones; pero, llamado á destinos superiores y seducido por las circunstancias, en 1845 acepta la anexión, preparada, de la república de Texas, y en 1848, después de la guerra con México, firma la paz llevando su divisoria hasta el río Grande y adquiriendo así nuevos tesoros territoriales. En 1853 se despejan algunas dudas del tratado Guadalupe-Hidalgo, ganando así el estado de Arizona, mediante el precio de diez millones de pesos. En 1867 se realiza una felicísima negociación con Rusia y pagando la insignificancia proporcional de siete millones dos cientos mil dollars, se incorpora la península de Alaska, enorme pedazo de seiscientas mil millas de extensión. En 1898 se anexan las islas Hawai y en 1899, la incorporación de Puerto Rico y de las Filipinas, inaugura el período decididamente colonial. Ahora, aunque interrumpida, está en pié la compra de las Indias Dinamarquesas, y, por otra parte, sólo depende del voto del senado de Colombia, la soberanía perpétua del istmo de Panamá, en el radio ocupado por el canal y sus adyacencias. ¡Y todavía no se ha salido de la juventud! ¿Aparece, acaso, en el horizonte la silueta de una nueva Roma?

Y no se pretenda que todo no excede de un favor exagerado de la fortuna, veleidosa en sus amores como mujer. ¡Pero si la salud material pletórica de los Estados Unidos es simple consecuencia de su salud política y moral! Nadie le gana en civilización y cultura. Nadie educa mejor á las generaciones que llegan. Nadie añade más glorias á la causa del derecho. Nadie resuelve con más liberalismo los problemas sociales y económicos. Su comercio se irradia por todo el universo, derribando competencias, al extremo de que hace pocos días se ha pensado en constituir una alianza defensiva de las industrias europeas contra un rival que acepta complacido los más audaces retos de la emulación legítima.

Sus ferrocarriles son admirables. Lo mismo puede proclamarse de sus leyes, de sus costumbres sanas y viriles, de sus pasiones corporativas, de su patriotismo sensato y bien orientado, de sus ideales y de sus energías batalladoras. Pocos con más títulos que los hijos de Sud-América, aplastados por el gran contraste, mirarán con más franca envidia el espectáculo aleccionador de una tan fecunda y maravillosa robustez. Si en vez de perder lastimosamente el tiempo comentando asuntos diez veces muertos; si en vez de encarnizarnos con la memoria de los que se fueron; si en vez de tirarnos á la cara huesos y pasiones mezquinas, y de dictar leyes teóricas, y de adular á la espada militar, y de mantenernos reacios al espíritu nuevo, y de legitimar el crimen, y el error pagando tributo á intereses comanditarios de divisa, nos resolviéramos todos, patrióticamente, á darnos la mano de buena fe y á combatir, dentro cada cual de su partido, pero juntos, para propiciar aliados el advenimiento de las supremas aspiraciones nacionales, ¡cómo saldriamos pronto, sin trastorno, con entera felicidad, de esta infancia institucional que ya se prolonga demasiado, al punto de provocar sobresalto á los que piensan y aprecian los sucesos por encima de preconceptos! ¿Sabeis cuál ha sido el secreto del adelanto y prosperidad de los norte americanos? Pues su buen juicio. Ellos no nos exceden, con seguridad en inteligencia, en destreza, en aptitud moral, en corazón; más aún, talvez nosotros seamos más brillantes.

Pero, eso sí, ellos nos sobrepasan en equilibrio; ellos ignoran los huracanes de los rencores embravecidos; ellos saben olvidar y ser lógicos, y colocar á la patria por encima de sus disputas, y servirla en todo instante con devociones tan intensas como calladas. Mentemos menos la virtud y practiquémosla mejor, que el tiempo ha llegado de sustituir los lindos párrafos oratorios con cifras estadísticas, más lindas todavía! ¡Eternos en las discusiones y en el culto de los idealismos! Se insiste aun en disculpar los graves desaciertos de Sud-América y sus atrasos declarando, en serio, que se trata de las inocentes calaveradas que bautizan todas las adolescencias. Pero entendamos, ¿es esto cierto? Pudo argumentarse de manera tan desairada hace cincuenta años, cuando fatales atavismos de herencia hicieron buenos los brazos despóticos de Rozas, de Lopez y de cuanto mandón audaz surgió de las entrañas de un pasado sin luces. Al presente no caben, señalan una nueva vergüenza, semejantes atenuaciones. ¿No llevamos casi un siglo de vida autonómica? Pues, ¿qué hemos hecho en ese larguísimo compas de tiempo?

El índice histórico de muchas repúblicas lo llenan miserables discusiones de bandos personales, atentados de todo género, motines y arbitrariedades. Mientras tanto, Australia, cuya colonización empezóse en 1778 con presidarios, sorprende al mundo con sus famosos desenvolvimientos, apesar de encontrarse tan separada de Europa; y el Japón, *en menos de cuarenta años*, realiza una evolución maravillosa y deja estupefactas á las sociedades de occidente. Por otra parte, el desarrollo colosal de Estados Unidos cabe bien en el curso de una centuria. Por lo tanto, ya no somos principiantes, ya nuestros condiscípulos en la tarea organizadora alcanzan la ansiada meta del Excelsior. Acaba de publicarse aquí un artículo, muy comentado, en el que se sostiene que la doctrina de Monroe viene sirviendo de escudo á las nacionalidades del sur, compuestas de piratas en tierra, agregándose que la civilización exige que se reconozca el derecho de las potencias europeas de castigarlas severamente y de ponerles las peras á cuarto. Claro está que se trata de un brulote, que no convence á fuerza de sangriento, pero cuanto mejor

sería que los rezagados en la jornada evitaran á sus hermanos del continente la vergüenza de semejantes procesos! Por fortuna, los pueblos del Rio de la Plata, Chile, Brasil y Méjico, y algún otro, están á cubierto de tales acusaciones.

Con la práctica leal de las instituciones se cerrarán para siempre las viejas cicatrices. Y para eso solo se requiere reemplazar con una dósis humana de tolerancia los fanatismos, tan funestos en todas las causas; no hablar tanto de fraternidad y de conciliación pero practicarlas con más ímpetus sinceros; enseñar á leer y á escribir á la niñez, y extraerle de raiz á la clase militar la glándula venenosa de las afinidades políticas, convenciendo á los servidores armados del país de que el motín es un crimen. No otra receta de salud ofrece al mundo Estados Unidos. Porque esta gran nación de hoy también ha encontrado rompientes y más de una vez el abismo de las catástrofes irreparables se ha abierto á sus piés. ¡Sí, aquí también existe memoria de horas ingratas; sí, aquí también la naturaleza humana rindió frutos de maldición y hubo funcionarios infieles, y no faltó quien traficara con las altas posiciones, y alguna vez se ultrajaron los ideales republicanos y se han conocido, por instantes, angustias de Viernes Santo! Pero, lo repito, por instantes, que amasada ya la conciencia nacional ninguna energía bastarda pudo arrebatar al astro de su órbita.

Bajo la faz partidaria tampoco han faltado serias inquietudes y motivos de cismas desastrosos. Aaron Burr, vice presidente, defraudado en sus ambiciones, intentó, allá en los orígenes, lanzarse á la guerra civil. Antes de iniciar la empresa fué aprehendido y á duras penas salvó de la horca. Cuenta un cronista que, cuando en la prisión el susodicho, «sus compañeros de cárcel se admiraban de ver reducido á su propio nivel á un hombre á quien solo le había faltado un voto para ser presidente de los Estados Unidos.» Nadie ignora que la lucha por la primera magistratura, entre Samuel Tilden y Rutherford Hayes, abrió al país, en 1876, el más tremendo de los conflictos.

Por lo demás, el nombre de Tammany Hall, ese atrevido sindicato popular de fraudes electorales, goza de fama con-

sagrada. Pretextos más ó ménos legítimos de anarquía han existido, pero, ¿qué general americano habria mancillado su honor amenazando con sus tropas sublevadas á la constitución y á las leyes; y qué ciudadanos lo hubieran seguido, al audaz, en la tarea de crucificar á la patria y de robarle su honra? Frutos magnificos de ese justo equilibrio individual, que se adquirió en los bancos de la escuela primaria, oyendo ponderar constantemente las virtudes patricias de los grandes antecesores; aprendiendo á respetar á la verdadera autoridad y al derecho ajeno; acostumbrándose á ser disciplinados, concientes y dignos; convenciéndose de que la patria pertenece, por igual, á todos los hombres libres nacidos á la sombra del pabellon estrellado y de que á su lado los partidos son pigmeos.

Nación de porvenir estupendo la que lleva en sus manos fornidas la bandera del progreso moderno! Un millón de inmigrantes seleccionados han entrado por sus puertos en el año corrido, para irradiar actividades laborantes por los extremos y sacudir en lejanas tierras el yugo de las opresiones proletarias. El pueblo americano no es un pueblo de artistas. De sus filas no saldrán modelos de estatuaria, ni lienzos que sean maravilla de color, ni poetas de estro latino, aunque Edgard Poe nació en estas orillas, ni novelistas psicólogos de altísimo vuelo, pero, en cambio, ¿qué albergue más hospitalario ha encontrado la libertad en su odisea santa al través de las edades; en dónde han florecido mejor que aquí los ideales buenos del orbe; quién prestó apoyo más venturoso á la redención igualitaria del mundo?

El argumento censor de que en ninguna parte como en Norte América posée tanto arraigo la plutocracia y, por ende, la diferencia de clase, se desvanece lógicamente recordando que los padres ó abuelos de los actuales potentados del dinero han sido obreros, *self made men* (hijos de sus obras, traducido en forma gráfica), y que en los escudos de esta nobleza, sin abolengo de flor de lis, sólo existe espacio para símbolos representativos del trabajo, de la tenacidad ó de la inteligencia.

De ellos puede decirse, como de los generales de Bona-

parte, que su gerarquía linajuda empieza con ellos mismos, pues, ¿acaso no sube, haciendo escalón de su propia gloria, á la par del soldado heroico que conquista charrateras imponiéndose por su coraje frente al enemigo, el hombre obscuro que, usando de sus aptitudes distinguidas, se destaca en la muchedumbre y se hace superior en fortuna á los demás porque es superior en capacidad y en génio?

¡Qué poema de vitalidad adivinar una blusa de obrero debajo de muchos fracs, en las recepciones de alto coturno, y saber que, éste, nos revela el secreto de su opulencia millonaria, que consiste en la invención de un freno automático para ferrocarriles, y que, aquel, se enorgullece de haber surgido de las filas del pueblo, y, el otro, protesta que todo lo que es se lo debe á sí mismo, y que, el de más allá, llegó á la cumbre flotando sobre una marejada de petróleo, como un tapón! El día en que desaparezcan esos rasgos de energía romana y surjan las generaciones sibaritas, incapaces de manejar un instrumento de trabajo, porque se lastiman el cutis de las mânos, entonces habrá llegado la hora de llorar la decadencia que empieza. Fuera de duda que esa declinación ha de producirse, pues hasta las mismas piedras—y las sociedades son de arcilla—concluyen por desvanecerse bajo las caricias silenciosas del tiempo. Pero ¡qué distante está ese crepúsculo de la tarde! ¡Pensar en la muerte cuando recién se empieza á vivir y son todavía un dulce símbolo los azahares! La vieja Europa tendría sobrada razón para temblar, bajo el frío de crueles aprensiones, si la vírgen América hablara ya de sepulturas.

Alguna vez se me ha dicho que esta es la tierra del *bluff*, esto es, del bombo. Después de un año largo de permanencia en ella, me pregunto en donde se encuentra el fundamento de afirmación tan severa.

Después de recorrerla en muchos sentidos, de visitar sus capitales, de vincularme á su sociedad, de conocer las ideas de sus hijos, de palpar su desarrollo de maquinaria, de seguir atentamente el juego de sus instituciones, de apreciar las palpitaciones de su vida pública, de ver, en una palabra, sin lentes de aumento, este ponderado organismo de nación,

me he convencido de la injusticia, de la iniquidad que se desprende de aquel aserto acusador. ¿Es posible que sea acertada la crítica cuando ahí está este pueblo atlético ofreciendo el testimonio palpable, viviente, de sus energías libres, progresistas, reformadoras; cuando ya no se discute que en los Estados Unidos brilla, más verdadero que en ninguna otra parte, el faro de la democracia? Habrá en el seno de esta gran nación corrupciones, iguales á las de otros ambientes, á veces más intensas; aquí también arraigan las subversiones; aquí también el voto electoral puede presentar máculas, y la política lo mismo, como así otras mil actividades generales. Indiscutible todo esto, pues que todavía está por descubrirse el palmo de suelo ocupado por hombres sin vacuna de vicio. Pero ello nada eficaz abona desde que, sin base de criterio relativo, cualquier juicio pecará de absurdo. ¿Cómo pretender que no haya vetas oscuras en un cuerpo social inmenso, y buscar pasta irreprochable en los señores norte-americanos cuando, hasta esos mismos ángeles que vemos lucir en los altares, no pasan de ser simples imágenes de palo?

Apreciando á retazos el océano, se sorprenden, sin esfuerzo, escorias aquí, manchas sucias allá, aguas muertas, más lejos; pero, ¿es ese criterio de detalle estricto el que debe adoptarse para juzgar á una grandeza soberbia? Pues Estados Unidos es otro océano; pero un océano formado por la democracia, que, apesar de sus corrientes purificadoras, de sus mareas periódicas, de sus oleajes y de sus espumas, también ofrece, mirado á pedazos, escorias, manchas sucias y aguas muertas. ¿Sufre por eso fundamentalmente la belleza del conjunto? Nadie se atreverá á sostenerlo así. Por lo demás, comparada á otras sociedades constituídas, Norte América marcha á la cabeza por sus virtudes colectivas, ó, si no se quiere así, por sus menos defectos, lo que resulta idéntico, aunque no tan sonoro. No quiero engolfarme en este rumbo que me llevaría á comarcas de comentario muy seductoras, pero muy apartadas de mi caminito de simple transeunte. Solo he evocado la referencia desfavorable para agregar que, opinando en contrario, me parece que en con-

cepto del extranjero, el prestigio de esta nacionalidad aumenta cuando uno se aproxima á ella y la visita, convenciéndose entonces de que está en presencia de una grandeza todavía más alta de lo que se cree á distancia, como ocurre mirando á las montañas.

Para finalizar este tema, si se me diera á elegir una sola de entre todas las cualidades públicas y privadas del pueblo americano, con probabilidad de poderla trasplantar, yo eligiría, para mis compatriotas y para mí, una virtud de que tantos desgraciadamente carecemos, llamada en inglés el *self-control* y, en buen castellano, *dominio sobre sí mismo*. ¡Cómo admiro, cómo envidio, cómo querría para todos nosotros la moderación de juicios, de conducta, de aspiraciones, de fines, de pasiones y de procedimientos que caracteriza á estos ejemplares ciudadanos del norte! Creo tanto en las condiciones honestas y dignas de los ciudadanos del sud que sólo pido para ellos una sola cualidad complementaria: ese bendito *self-control*, que si todos lo practicáramos con ánimo sincero aseguraría nuestra dicha de individuos y también la soberanía de nuestra nación.

Alguien pensará que es muy poco pedir una única virtud, si aspiramos á establecer sólidamente nuestra felicidad. —Te daré lo que desees, le dijo, según cuenta la crónica, un rey á uno de sus súbditos.—Pues, señor, yo sólo pido, contestó el interrogado, que poniendo un grano de trigo en la primera casilla de la primera fila del tablero de ajedrez, me deis tantos granos como resulten de multiplicarlo por dos, y así sucesivamente hasta llegar al último cuadro. Aceptó el soberano, sorprendido de lo que presumía torpeza en su interlocutor; pero al cumplirse el voto formulado vió que se trataba de una progresión que se elevaba á millones. Pues el *self-control* adquirido sería para todos nosotros modesto como el grano de trigo primero y, sin embargo, también trascendental en el resultado de sus diversos desdoblamientos. Poseyéndolo desaparecerían los rencores partidarios, que en el fondo sólo acreditan falta de dominio sobre sí, lo mismo que los autoritarismos y las ambiciones atropelladas y las indisciplinas de criterio y las propagandas insultantes, y á

todos no nos atacaría la chifladura de pretender figurar como personajes de primera fila, y seríamos más tolerantes, los unos con los otros, lo que bastante falta nos hace. Pues, reatando afirmaciones, insisto en que muchas cosas útiles me quedan por describir en este país. Sin ir muy lejos, la organización de la justicia y su funcionamiento ofrece un tema de trascendental interés. Talvez entre nosotros son mejores los códigos y, con seguridad, ellos responden á un plan filosófico superior. Nuestras leyes son irreprochables en su palabra y, teóricamente, ellas deslumbran por su inspiración sabia. Las americanas, en cierto sentido, no son tan buenas. Muchos estados ni tienen texto oficial de legislación común, y la fuente de sus resoluciones judiciales se encuentra en el derecho consuitudinario, en la jurisprudencia y en la costumbre, por viejas que sean.

En el distrito de Colombia recien se acaba de aprobar el código local. Y sin embargo, aquí los resultados son mejores; los pleitos se liquidan rápidamente; los fallos son mucho más ejecutivos y mucho mayor el prestigio de la entidad judicial. Aquí no hay procuradores, pues ellos no tienen objeto; ni duran años los litigios; ni se discuten las cuestiones hasta la eternidad. El secreto de esos envidiables provechos estriba en el propósito breve de las leyes y en el amplio márgen, en el ejercicio de la equidad, que ellos dejan á los encargados de interpretarlas. Convenced á un magistrado norte-americano de que procedeis de buena fe, de que vuestra acción tiene un orígen honrado, y el fallo favorable os pertenecerá, aunque la contra parte se apoye en mil argucias legales. No hay ley escrita que pueda más que la ley moral en los tribunales americanos. Por eso ningún cargo público merece tanto respeto como el de magistrado. Cuando el juez produce su veredicto, asunto concluído. El derecho de apelación está restringido. Por ejemplo, poniendo á contribución mis memorias de antiguo juez de paz, recuerdo que, entre nosotros, en los asuntos de menor cuantía, se siguen los mismos trámites interminables que caracterizan á los de gran bulto, al extremo de que para echar á la calle á un inquilino morosò pagador, ó para condenar á un

reincidente en raterias insignificantes, ó á un escandaloso cualquiera, se requiere un expediente especial, que sólo será corto si se trata de un magistrado honrado, capaz de perjudicar su interés monetario.

Aquí todo eso se resuelve verbalmente y sin consideraciones de ningún género á los convictos de ser explotadores de la buena fé ó del bolsillo ajeno. ¡Comparecer, como entre nosotros, á oponer excepciones y dar plazo de días para las mismas y conceder, obligadamente, una primera y una segunda apelación á quién sólo pretende vivir sin pagar alojamiento! Eso no se concibe aquí. Porque la justicia es ejecutiva, perentoria y no entiende de chicanas; se la teme como al médico. Para abonar todo lo expuesto tomo el caso reciente en que intervino esta legación, con respecto al niño Ames. Se trataba de una criatura nacida en el Uruguay y por lo tanto oriental, pero que, según la ley de este país, es indiscutiblemente americano, por ser hijo de un ciudadano de esa nacionalidad. Residiendo aquí el referido, puede imaginarse si el asunto estaba ganado por una tía codiciosa, que pretendía retenerlo como su tutora. Pues, después de concedérsele á la mencionada tía ese carácter, le fué retirado, sin contemplaciones, cuando se demostró, ante la corte, que aquella sólo perseguia fines utilitarios en pugna con los intereses permanentes del niño huérfano. Para que pueda juzgarse del estilo patriarcal de las sentencias aquí, tomo un párrafo de la que terminó este enojoso asunto. Dice así: «Podrá ser que el litigio, en cuanto á la ciudadanía del niño, sea fundado, pues su padre fué un ciudadano de los Estados Unidos y su señora madre adquirió ese estado; pero yo no veo qué importancia puede tener la cuestión en la presente controversia. No estoy dispuesto á considerar el asunto desde el punto de vista de si el niño es americano ó extranjero y, si todos los antecedentes ahora esclarecidos hubieran sido conocidos antes por la corte, estoy cierto de que ella no hubiera vacilado en rehusar (á la tía) el derecho de tutela.»

Después de establecer, en una série de apreciaciones salomónicas, que el interés permanente del niño reclamado lo

llama al Uruguay, en donde reside su familia y radican sus bienes, termina el juez de la causa: «Yo estoy convencido, por lo testimoniado, que el compareciente N. N. (primo de la criatura, acusado de secuestro por la tutora) procedió de buena fé y dentro de las líneas de su derecho y como fué aconsejado al llevar el niño á New York y al embarcarlo para Sud América.» Y con este fallo, claro, preciso, lleno de reflexiones de carácter moral, que destila en todas sus líneas la voluntad inquebrantable del magistrado de dar la razón á quienes procedieron honestamente, quedó definitivamente concluído el asunto. ¡Cuánto apoyo de parte de los poderes públicos merece entre nosotros, en su importantísima campaña de reforma judicial, el incansable funcionario, doctor Ramon López Lomba! La cuestión de razas, el estado actual de la familia y la lucha de clases, integran una trinidad de puntos trascendentales, que ya preocupa seriamente á los estadistas yankees de mayor vuelo, y á los que podríamos referir, por encima, como simples cronistas, sino fuera ésta nuestra última correspondencia.

Asunto de exterior árido, aunque de capital importancia intrínseca, diera también el congreso internacional aduanero, recien realizado, en cuyo seno me cupo la representación diplomática de nuestro país, teniendo así la buena fortuna de vincular su nombre, por cuarta vez, á las resoluciones de solemnes asambleas continentales, hijas directas y fecundas de la conferencia de México. ¡Cuántas carillas fáciles podría llenar haciendo el comentario de la dedicación de la exposición de San Luis! Esa ceremonia, que se prolongó por tres días, fué brillantísimo amanecer de ese colosal torneo de la industria y de la sabiduria universal, anunciado para dentro de un año. Roosevelt, mandatario de hoy, y Cleveland, mandatario de ayer, hablaron, en el palacio de las Artes Liberales, á veinte mil personas, cómodamente sentadas, mientras un coro de tres mil más hacía vibrar la atmósfera con un trueno de puro patriotismo, cantando al unisono los aires nacionales. ¡Pueblo integrado por atletas con corazón de niño! Luego, en un banquete mónstruo, el presidente de la exposición, republicano, brindó, en presencia del señor

presidente de los Estados Unidos, por su adversario el demócrata Cleveland, diciendo que levantaba su copa en honor del primer ciudadano del mundo (the first private citizen of the world). ¡Los frutos hermosos del «self-control»! ¡Cuánto quisiera hablaros, mucho y dentro del mismo tema, de Máximo Gómez, el héroe de la más trágica de las epopeyas continentales, el obrero admirable que encarnó en el bronce de hechos romancescos las estrofas redentoras de José Marti! ¡Con cuánta efusión estreché su mano caballeresca, esa mano fuerte que rompió cadenas! Pero, basta de apartes. Ahora sigo para México con el propósito de entregar la carta autógrafa oficial de nuestro primer magistrado al señor general Porfirio Díaz, otra figura descollante de la América. Como la opinión vale en materia de gobierno, agregaré que en Estados Unidos se le considera, al referido, uno de los hombres públicos más notables de la época contemporánea. Los lobos políticos, que tanto han afrentado nuestro nombre en el exterior, se van, se van, corridos por la estirpe de los magistrados enérgicos y austeros que ya llega para las repúblicas de orígen español.

En México, disfrutando á nueve mil piés de altura de los encantos de una sociedad proverbial por sus gentilezas, me quedaré días, semanas ó meses, hasta tanto me llegue licencia para volver á esa patria cuyo recuerdo imponderable obra, con virtudes milagrosas de amuleto, sobre el espíritu de los ausentes. ¿Qué vale todo el brillo de las recepciones oficiales y de los uniformes y de las actividades diplomáticas, si se le compara á los atractivos del terruño? Bendito sea ese maravilloso poder de sugestión local que rinde, en todo instante, las altiveces del pensamiento! De mí sé decir que, apesar de las grandezas que he podido admirar y de las seducciones de una superior civilización, gustadas por largo espacio de tiempo, nunca vaciló mi alma en sus predilecciones idolátricas por esa tierra charrúa de nuestros padres, linda y viril como ninguna, eternamente coronada de flores. Si posible, he sentido crecer mi entusiasmo por ella al convencerme, desde lejos y viendo el espectáculo que ofrecen otros organismos continentales, de que nuestra nación, sí,

ese *little* Uruguay, que apenas mancha territorialmente el mapa de este hemisferio, avanza decididamente á la cabeza de la cultura sud-americana. Mal que lo niegue, invocando fraternidad piadosa, algún vecino ensoberbecido, es el hecho que ninguna de las repúblicas próximas nos aventaja en adelantos institucionales; que nuestras energías cívicas han adquirido el más ennoblecedor desarrollo; que, en proporción, nuestra fuerza productiva no admite competencia; que realizamos adelantos positivos en todos los órdenes sociales; que somos uno de los países más libres de la tierra; y que, finalmente, la raza oriental, forjada entre tormentos y dolores, posée singulares virtudes pujantes para conservar sello propio, para persistir autonómica, para redactar en el futuro, que le pertenece, páginas de relieve legendario. Sí, digámoslo con el corazón henchido de orgullo: el Uruguay es, considerado en conjunto, el país de Sud-América de población más compacta, más culta, más capaz, como ya lo ha probado, y más educado para las luchas políticas.

¡Cuánto debe confortarnos y estimularnos á vencer dificultades el ejemplo de la Suiza, respetada por todos los militarismos arrasadores de la Europa porque en la cumbre de sus montañas hace guardia el puro amor á la patria de sus hijos y en sus valles baten sus alas deslumbrantes el derecho y la libertad! Desde la distancia uno se siente fortalecido convenciéndose de que somos mejores, mucho mejores de lo que nosotros mismos á veces pensamos, contagiados por agenos pensamientos. ¿Acaso la honradez no domina estricta en las alturas del gobierno; acaso todos los ciudadanos no son ya iguales ante la ley;. acaso existe motivo para enrojecerse bajo la humillación de atentados; acaso la hacienda pública no vive en caja de cristal; acaso se roba el voto electoral, patrimonio precioso de los hombres libres; acaso el ejército no marcha rápidamente, á su regeneración completa, y la opinión nacional no impone ya las grandes rutas á seguir? ¿Cuántas naciones de Sud América pueden, sin mentir, aseverar lo mismo? Nunca se han coordinado de manera más promisora las esperanzas de felicidad; nunca ha mirado el pueblo con más fe hacia adelante.

Reabilitada la energía de los partidos, rejuvenecidas sus filas, aplacadas las miserables pasiones del pasado, caído, por inútil, el cintillo tradicional de todas las frentes, un hálito purificador de vida institucional, de normalidad, ha recorrido el cuerpo de la patria llamando á funcionar á sus órganos fundamentales y despertando á los músculos de su peligroso letargo de los tiempos sin aurora. En la república se lucha, y en los comicios, abiertos á todas las controversias dentro de la paz sana, discutirán — lo esperamos — sus títulos al mando supremo los partidos militantes. ¿Empiezan ya definitivamente para nosotros, tan calumniados, los días de ventura y de sólida fraternidad, que todos los queremos largos, serenos, luminosos, como esos otros días, sin nubes y con mucho sol, que encuentra el viajero en la región de los trópicos? Y para concluir, las impresiones de la vuelta las realiza nuestra imaginación porque ellas son las del alejamiento, pero invertidas. Ayer, á cada vuelta de rueda del vapor, quedaba interpuesta una ola más entre la tierra y el ausente. Mañana, hasta nos parecerá que ese mar perverso, comprendiendo la intensidad de nuestros anhelos, empuja hacia adelante á la nave y se deja herir, sin protesta, por el filo de la quilla.

Primero, muchos días comprimidos por la majestad aplastadora de dos infinitos que se besan, como labios perfectos, en los límites intangibles del horizonte. Luego, brotarán en lontananza las costas brasileras y, desde Pernambuco hasta Río Grande, navegaremos casi á la sombra de un mismo pabellón amigo. Después, una mañana — que el amanecer se hizo para marco de los espectáculos radiantes — el capitán, señalando con la mano hacia el sur, nos dirá que por allí veremos surgir la visión deseada y, al rato, se perfilará Maldonado, prisionero de sus médanos voladores, que ni nos parecerán áridos ni monótonos. Talvez fué frente á esas mismas perspectivas arábicas que la musa buena y aromada, del insigne don Alejandro Magariños Cervantes dictó aquella famosa poesía escrita «al divisar las playas uruguayas.» Ocho, diez horas más y Montevideo avanzará á nuestro encuentro, como ofreciendo el tesoro de su hospitalidad ma-

rítima al barco fatigado. ¡Poner el pie, otra vez, en la escalera de sus muelles; respirar á pulmón pleno ese aire nuestro, ese aire incomparable de la patria; encontrarnos, á cada paso, con caras conocidas; echar á rodar todas las tiesuras y falsedades diplomáticas, que ya no tienen objeto dentro del hogar; sentirse protegido de nuevo por la gloriosa bandera blanca y celeste de nuestros antepasados, que será la misma de los nietos de nuestros nietos, ¿puede aspirarse á una dicha más grande, á una compensación más espléndida? ¡Sigan gozando de sus millones los ricos de dinero mientras, sin sentir envidia, disfrutamos placeres inefables, que no se compran con monedas, los ricos de corazón!...

APÉNDICE

Necesidad de una explicación personal — Mi renuncia del puesto diplomático — Mi destitución improcedente — Un artículo sobre la guerra civil — Las bases de paz de Aceguá — Su comentario justificativo.

En las anteriores páginas quedan condensadas todas las impresiones escritas que destiné á la prensa diaria de mi país durante mi permanencia en Norte América.

Aquí debiera cerrarse, pues, este libro de recuerdos amables pero se me ocurre que aún queda por agregar algo de interés personal.

Como es notorio, acaba de atravesar la república por un período de dolorosas sacudidas internas. Cuando esos dramáticos acontecimientos se iniciaron, por decreto de una deplorada fatalidad, el autor de este libro, ligado por ardientes simpatías al partido de la llanura, antes de asumir una conducta resuelta, creyó que un deber preliminar de hidalguía le ordenaba renunciar, en forma indeclinable, el puesto diplomático que se le confiara en días de verdadera fraternidad.

Así lo hice dirigiéndome, en términos leales y respetuosos, al señor presidente de la república.

Este correcto proceder fué causa de que se me redujera á prisión pudiendo obtener mi libertad quince días después, gracias á la intervención de las competentes autoridades judiciales.

Enseguida se me destituyó, se me echó á la calle, como se

hace con un mal fámulo. Como mirada desde el extranjero esa mezquina descalificación, pudiera creerse, en ignorancia de estos antecedentes políticos, que esa severidad injuriosa tuvo algún fundamento sério, he creído oportuno hacer esta breve explicación incorporando también á este libro el texto de mi renuncia y el de mi destitución.

Seguramente que en los Estados Unidos, donde las instituciones son una verdad adquirida y donde las libertades públicas forman el cimiento positivo de la organización social, no habiendo mandatario capaz de atacarlas, no se comprenderán bien estas alternativas trágicas de los países sudamericanos que llevan, en horas, á los hombres de las elevadas gerarquías á las resistencias opositoras y que convierten, á menudo, á los campamentos revolucionarios en el más noble y en el más sólido escudo de las desesperaciones ciudadanas.

Sí, son todavía duros y fragorosos nuestros sucesos políticos que, mirados de cerca, pierden muchos de los sombríos atributos creados por la distancia y por un desconocimiento total de los hechos; porque, en el fondo de las tremendas conflagraciones internas, laten pasiones legendarias y el ideal esclarecido de la democracia que para avanzar todavía desgarra y todavía se bautiza con sangre pura en estas tierras meridionales.

Yo siempre recordaré, como un blasón de mi carrera, haber vivido más de una vez la vida desamparada de las muchedumbres oprimidas; haber compartido, igualado á ellas en el sacrificio, sus dolores y sus abnegaciones; haber pasado hambres y penurias sin fin junto á los soldados de la libertad, junto á millares y millares de ciudadanos que desnudos y descalzos han combatido, sin desfallecer, por el advenimiento de la justicia.

Así, pues, para mi es motivo de alto honor que se me haya arrojado de un puesto público porque supe ser leal con unos y con otros en días de borrasca y porque, perseguidos y acosados, otra vez, mis compañeros de toda la vida, no vacilé en volver á su lado para luchar, desde abajo, con los girondinos, por el derecho de todos. Ojalá, mientras tanto,

que estos sacrificios no se repitan y que, en lo sucesivo, podamos dirimir los orientales en la paz, que es bendición, nuestras diferencias políticas.

Van enseguida los antecedentes indicados, complementados con un artículo que escribí en Buenos Aires, á solicitud del eminente argentino doctor Estanislao S. Zeballos, en la importante revista literaria que él dirige, explicando los orígenes y el carácter de la cruzada revolucionaria entre cuyos voluntarios figuré luego hasta el fin de la campaña. También incorporo, como elemento ilustrativo, las bases de paz que tuve el honor de redactar con su comentario que acreditan, elocuentemente, que el ideal de la patria palpitaba fecundo en nuestras filas y que, ni aún en hora de borrascas, rendí tributo á ideas estrechas, consecuente así con las enseñanzas confirmadas en el extrangero. Conviene advertir que el gobierno de la época, persistente en su intolerancia, no aceptó esas bases de alto colorido nacional.

Montevideo, Enero 6 de 1904.

Excelentísimo señor don José Batlle y Ordóñez, presidente de la república.

Excmo. señor:

Por la presente elevo renuncia indeclinable del cargo de primer secretario de nuestra legación en Estados Unidos y México.

Yo no sé, señor presidente, si se hará ó nó la paz, la paz salvadora, que en estos momentos se tramita y que anhelamos de corazón todos los buenos ciudadanos; pero si sé que á estas horas está en armas el partido nacional, al que me honro en pertenecer, y que en estos instantes se derrama la sangre preciosa de adversarios y también de compañeros cuya suerte, buena ó mala, yo también quiero correr.

En consecuencia, un deber de lealtad para V. E. y para mis correligionarios me ordena abandonar el puesto diplomático con que fui favorecido por el gobierno anterior.

A la vez debo reiterar á V. E. mi agradecimiento por las atenciones personales de que me ha hecho objeto.

Pagándose los sueldos diplomáticos por trimestres adelantados, entregaré inmediatamente á la tesorería el importe de un mes de sueldo que he recibido en exceso.

Formulando votos sinceros por la paz de la república y por la concordia verdadera de los orientales, saludo á V. E. con mi consideración más distinguida. — LUIS ALBERTO DE HERRERA.

Montevideo, Enero 19 de 1904.

El presidente de la república decreta:

Artículo 1.° Cesa el señor Luis A. de Herrera en el cargo de secretario de las legaciones en los Estados Unidos de Norte América y en México.

Comuníquese, publíquese y dése al R. G.

BATLLE Y ORDOÑEZ.
JOSÉ ROMEU.

LA GUERRA CIVIL EN EL URUGUAY

Hace ya cuatro meses que la guerra civil azota á mi país, inundando de tristezas las comarcas y sometiendo á tortura á todos nuestros hogares. Van corridas muchas auroras desde que la bandera de la patria flamea á media asta, dolorida, marchita, como si ella también velara llorosa el sueño de tantos valientes, nacionalistas y colorados, inmolados en el choque fratricida.

Prueba cruel, cruelísima, la que impone otra vez el destino á mi tierra cuando después de largas dominaciones oprobiosas, aliadas las tiranías sangrientas con las administraciones disolutas, como una florescencia deslumbradora surgían en el horizonte, al alcance de la realidad, perspectivas de orden, de moralidad gubernativa, de civismo, de triunfos institucionales definitivos.

Todo se combinaba para brindarnos jornadas de reparación fecunda, como si la hora de las siete vacas gordas hu-

biera sonado para la nacionalidad de Sud América más espléndida en sus homenajes á la religión del martirio.

Las tribulaciones, que son casi nostálgicas cuando mucho se ha sufrido, empezaban á disiparse, batidas por los avances crecientes de un bienestar colectivo que quería hacerse orgánico, que intentaba cuajar al amparo del trabajo y de la paz digna.

Ya parecía inútil la voz de los clarines; ya los niños empezaban á vivir aspirando nuevos ideales, acariciados por brisas santas de concordia definitiva; ya se borraba para siempre la tradición de los centauros, que habían rodado, con furores de tormenta, por el fondo de los valles atando leyendas y episodios de drama en cada ombú de las lomas solitarias; ya los favores inefables de la fraternidad verdadera iban difundiéndose á todos los puntos cardinales de la masa social, y se iniciaba el reinado de sagradas devociones, y el arado había triunfado, decididamente, sobre la lanza, y las divisas de pelea no cabían en la copa de los chambergos camperos, y las pasiones retardarias callaban, avergonzadas, sus rugidos, porque la hora era de supremas efusiones, porque estábamos redimidos del pecado de nuestras congénitas anarquías, porque creíamos, á una, que en el orden cronológico de los tiempos nos había llegado el momento esplendoroso de ser opulentos, de ser felices, de aprender á ser grandes.

Todos los orientales de corazón recto lo soñamos así, mejor dicho, lo vimos así, porque ahí, á un paso, materialmente al alcance de la mano, tuvimos el tesoro de la dicha tan heroicamente perseguida, y fuimos tan insensatos, tan temerarios, que sólo atinamos á buscar el modo de perderla! Tal vez con más relieve que la generalidad pudimos apreciar las tintas promisoras que llenaban el cielo de la patria, sus probabilidades de extraordinaria ventura, los que, separados de ella por toda la anchura del océano, pudimos mirar, desde muy lejos, hacia el escenario querido, erguido como una cumbre, allá, en las puertas del oriente.

Pues bien, todo ese caudal de optimismos, de perspectivas patrióticas, ya bosquejadas sobre el lienzo de los hechos, se

ha ido á pique naufragando con él todas las virtudes incipientes y vacilando hasta las esperanzas, que nunca negaron á los buenos su luz en la derrota.

Bastó un segundo de locura, una ráfaga de instintos bravíos, un zarpazo de las pasiones atávicas para comprometer el éxito de la brillante jornada de redención, y así como herido el cimiento flaquean y se desploman los edificios más gallardos, del mismo modo, violada la concordia, que es basamento de felicidad en cualquier asociación humana, llámese ella familia ó patria, rodaron derribados todos los ensueños de ventura y la desgracia volvió á hacer presa de nosotros, más encarnizada que nunca por los rigores de la ausencia.

Desde entonces la noche polar anida sobre la frente de nuestras campañas, tan hermosas; desde entonces un gemido de dolor se escapa de todos los pechos, y crujen las almas más fuertes, y están recargados en su tarea los sepultureros, y nuestras madres y nuestras hermanas viven llorando.

Perfilando más los sucesos, no es mi propósito exhibir lujos de una sabiduría salomónica, de la que estoy muy lejos de sentirme capaz, bajo todos conceptos, y concretar directamente las responsabilidades de este inmenso desastre, que á todos nos flagela por igual porque todos hemos sido amamantados en los senos de la misma patria.

No halaga á mis sentimientos, decididamente tolerantes, un proceso inquisitorial de las personalidades que han intervenido, como factores dirigentes, en el génesis de la irreparable catástrofe. En el fondo de las cosas, todos los países de la América meridional apenas sirven de estuche á democracias hechas á medias y, en resumen de cuentas, la enfermedad anárquica que ahora revienta otra vez en mi país es la misma viruela que hierve sus furores en el fondo de la organización argentina, con la sola diferencia de que ella deja menos señales en este rostro porque ella brota ahogada, sin ser por eso menos violenta. De manera, pues, que estudiados con alta filosofía los antecedentes del grave contratiempo experimentado por nosotros ahora, es justo reconocer que, por esta vez, nos toca recoger la cosecha negra de las anarquías caseras, que son dote patrimonial, acrecido

con vigorosos gananciales, de las naciones sud-americanas, también en esto descendientes legítimas de su metrópoli.

Ya acabaremos nosotros este ingrato pleito de familia para que otras sigan la pavorosa rueda de disidencias resueltas con argumentos de sangre.

A medios imperfectos corresponden fatalmente hechuras imperfectas y, en consecuencia, como la curación radical de la enfermedad no la pueden dar los hombres, que son instrumentos mecánicos de su época, sino el tiempo, que se parece á la naturaleza en que tampoco marcha á saltos, no vale la pena acumular recriminaciones candentes sobre la cabeza de quienes han concurrido á desatar sobre el país este nuevo cataclismo. Bien sé que hay quienes los merecen y, en verdad, lapidarios, por haber desechado los dictados de un elevado patriotismo, aguzando en cambio, el oído en favor de los impulsos enfurecidos; bien comprendo que nuestra historia reserva un capítulo duro que se volcará mañana, como plomo hirviendo, sobre más de una conciencia culpable; bien se me hace que el fallo definitivo será recio con el mal timonel que, por torpeza incalificable ó crasísimo error, hizo estrellar á la nave contra las rompientes fatales de la costa; pero las páginas acusadoras de ese proceso, que serán muchas, las llenará, las está llenando á la fecha, el comentario justiciero de un pueblo agobiado por mil dolores inmerecidos, que va al sacrificio atado codo con codo, contra su voluntad expresa consignada en el estallido de imponentes clamores.

La república gozaba de una paz venturosa y la república siente ahora en sus entrañas cansadas el torniquete de la guerra; sus industrias progresaban rápidamente y ellas están agotadas; sus hijos se habían enamorado del trabajo reproductivo y, de repente, sus hijos se han visto obligados á renegar del trabajo que era su escudo; sus heridas del pasado estaban en vías de una definitiva cicatrización y en la actualidad se han roto todos los puntos de sutura y la sangre gotea, otra vez, de los antiguos labios y el tatuaje horroroso y los golpes y las puñaladas alcanzan ya hasta su fisonomía augusta!

Fatal destino, suerte muy desventurada la de quienes han

sido instrumentos ciegos ó avisados de la fatalidad en esta aterradora emergencia. ¡No les envidio su hado, ni codicio el contingente de sucesos dramáticos que ellos han ofrecido á la historia de mi patria!

Por los motivos expuestos y también por notoria incapacidad imparcial, pues estoy afiliado al partido nacional, que es el que ha resistido con las armas en la mano á la ofensiva del gobierno actual, renuncio á la tarea desagradable de hacer balance de responsabilidades presentes. Pero sí voy á entrar de lleno al asunto que intento dilucidar en este artículo, dirigido á poner de manifiesto antecedentes desconocidos en el extranjero, que explican y justifican plenamente la situación anormal en que los acontecimientos han colocado al partido político de mis afecciones.

Vale la pena traer elementos preciosos de convicción para ofrecerlos, en síntesis, á la crítica de los vecinos, embaucados á menudo, sin darse cuenta exacta del sofisma hábilmente esgrimido por comentaristas de última hora.

Los sucesos que se desarrollan actualmente en mi país son sólo el epílogo de un drama en muchos actos. Ese epílogo no puede comprenderse en todo su alcance social ó histórico, sus proyecciones especialísimas se adulteran fundamentalmente, si despreciamos el indispensable capital ilustrativo que ofrecen las partes antecedentes, elementos esenciales de una misma armadura. Para llegar á los últimos eslabones de una cadena es preciso recorrer antes los primeros. Y precisamente para destruir esa mistificación, lanzada con algún éxito por la situación actual, de que el partido nacionalista ha pretendido imponerse, como un gobierno autónomo y altanero, al gobierno legítimo de la nación, dividiendo con él fueros de autoridad, indivisibles ante las leyes del decoro político, es necesario, es indispensable hacer desfilar un trozo de nuestro pasado.

Entónces será fácil explicarse porque el diálogo patriótico sostenido por los partidos orientales ha degenerado en esta sangrienta disputa, que tan profundamente apena á los buenos. Entónces quedará demostrado que el partido nacionalista ni busca, con la presente guerra civil, satisfacer sen-

sualismos de mando, ni anhela imponerse por la fuerza de las armas, ni confía á ellas la reivindicación normal de sus derechos colectivos.

Desfilen, pues, por mi memoria, en block, rápidamente, ocho lustros de nuestra historia.

El alzamiento revolucionario, en 1863, del general don Venancio Flores terminó, después de casi dos años de dura campaña, con el éxito total de la rebelión, gracias al apoyo conjunto y decisivo del imperio del Brasil y del gobierno argentino, presidido por el general don Bartolomé Mitre. Por ambas entidades vecinas estaba decretado ya el derrocamiento despiadado, á flor de tierra, de la nación paraguaya, y como hacía falta «un baqueano para esa jornada», según la expresiva frase de Carlos Guido Spano, se le buscó en el gobierno oriental. Pero como el partido blanco era amigo de López y Urquiza y quería mantener su neutralidad estricta, había que voltearlo y se le volteó. Así, pues, las ruinas de Paysandú fueron el calvario de aquella situación legal, y el 20 de Febrero de 1865, aniversario de la batalla de Ituzaingó, entraban á Montevideo las tropas brasileñas y entregaban el poder á su aliado oriental. Ese señala el primer día de la administración del partido colorado. Casi cuarenta años han transcurrido desde entonces y todavía los nietos de los hombres caídos de la altura con don Bernardo Berro, nos preguntamos, entristecidos, sin encontrar respuesta hábil á esta interrogación lógica: ¿cuándo, en qué fecha constitucional, tendrá término este asombroso reinado, de intención interna, que señala la efectividad de una enorme aberración republicana?

Pero antes de tejer comentarios prosigamos esta relación sóbria de los hechos, pinceladas largas que llenan la tela y que iluminan su conjunto explicando porqué es sombrío el marco puesto en la actualidad al cuadro por los acontecimientos.

Lo de siempre, al triunfo violento del partido colorado se contestó, en 1870, después de otras tentativas fracasadas, con la reacción violenta del partido blanco. Precisamente contra el general don Lorenzo Batlle, presidente entonces

y padre del actual mandatario, se llevó una formidable campaña guerrera. A los dos años de lucha cupo á don Tomás Gomensoro, en ejercicio del poder, el honroso honor de reconciliar á los orientales bajo las luces benditas de la paz de Abril de 1872.

En el tratado que puso término al conflicto no se decía, porque no era propio decirlo, pero si estaba secretamente estipulado, y así se cumplió por aquel gobernante patriota, que á la colectividad en armas, como garantía efectiva de lo pactado — amnistía plena, sufragio libre, gobierno para todos, etc., — se le daría el desempeño de cuatro jefaturas departamentales. Conviene agregar que inmediatamente, reunidos los hombres de pensamiento del partido blanco y ante la convicción de que para bien del país era necesario modificar, dentro de lo posible, los viejos y ya perjudiciales moldes tradicionales, acordaron introducir una seria reforma en los estatutos de su colectividad histórica. De ahí nació vigoroso el partido nacional de ahora, en cuyo programa, de un principismo deslumbrante aún en la actualidad, se proclamaba valientemente que la nueva asociación política, constituída sobre los cimientos del antiguo partido blanco, «ni condenaba, ni glorificaba el pasado». Se renunciaba á las tradiciones en las luchas cívicas, á esas tradiciones que tanto habían amargado los días inciertos de la adolescencia.

Al amparo santo de la paz de Abril, que fuera saludada con entusiasmo delirante por toda la nación, se inició un período de promisoras efusiones y sellaron su concordia popular y parlamentaria las fracciones ayer rivales. Al calor del olvido y regadas por lágrimas de júbilo brotaban flores sobre la tumba del pasado.

Pero aquello fué el sueño generoso de una hora. Tal vez aprovechando las imprudencias doctrinarias de aquel momento inefable; tal vez respondiendo á la instigación tenebrosa de muchos intereses heridos; tal vez por imposición irresistible de sus propios instintos felinos, ó quizá interpretando, como Juan Manuel de Rozas, las exigencias brutales de los elementos disolventes de la sociedad, alarmados ante la espléndida energía de aquel despertar, surgió en la noche

nefanda del 15 de Enero de 1875 la figura siniestra del coronel Lorenzo Latorre, sostenido por las bayonetas motineras.

Era llegada la hora angustiosísima de los desbordes pretorianos, de las venganzas políticas, á puñal, en la oscuridd de la noche, de los despotismos feroces. Aquella situación de oprobio, que dió nombre al llamado «año terrible», había sido engendro exclusivo del partido colorado, dueño absoluto del poder; pero la indignación nacional era tan intensa que todas las fuerzas vivas del país se fundieron en un gran propósito de reivindicación común y la revolución Tricolor fué el fruto fecundo de aquella noble alianza ciudadana. Es cierto que aquel movimiento popular fué vencido, más existe oportunidad en recordar que el único jefe rebelde victorioso en esa campaña fué el coronel nacionalista don Julio Arrúe. Importa también hacer presente que el partido nacional, por su importancia numérica y también, lógicamente, por ser el del llano, aportó un contingente de hombres muy superior al presentado por el bando adversario.

Diez años corrieron, luego, de tinieblas. El régimen del terror seguía imperando. Diversos esfuerzos revolucionarios dirige, sin éxito, contra aquel sistema de oprobio, el partido nacional. Colmada la medida de la resignación pública, en 1886 se lanza, contra el nuevo tirano Máximo Santos, la revolución tan injustamente fracasada en los campos del Quebracho. Esa tentativa generosa de purificación surgió también de la alianza fraternal de los partidos divergentes. Pero Santos cayó, á consecuencia del tiro que le disparara el patriota Gregorio Ortiz, cumpliendo los deseos vehementes del pueblo oriental, harto de tantas ignominias acumuladas. De ahí nació la auspiciosa conciliación de Noviembre, coronada por la exaltación á la presidencia del general don Máximo Tajes.

En párrafos anteriores he omitido advertir que el partido nacional había sido privado, desde 1875, con burla evidente del tratado de paz de 1872 y sin causa justificada, de la jefatura de los cuatro departamentos entregados al gobierno

sometido de sus afiliados, como garantía de libertad política y de copartición, aunque embrionaria, en el manejo de la cosa pública.

La presidencia de Tajes, si bien imperfecta en determinado concepto, fué de reparación y de concordia. Es verdad que durante el desarrollo de la misma el partido nacional continuó injustamente condenado á pasar como una mínima minoría por el coloradismo dominante. Pero no se hizo mayor hincapié de este prejuicio irregular, cuya virtualidad no se quería, de ninguna manera, someter á la prueba irrefutable de los comicios libres, y el partido nacional acompañó con todo el peso de su prestigio, á aquel mandatario de transición.

Tajes pudo ser punto de arranque de una gran era de felicidad, suavizadas como estaban las pasiones colectivas por la política benigna y moderada que él propiciara. También en este nuevo ensayo de cordialidad ciudadana fracasó el ideal de los buenos, encarnándose en la personalidad discutida del doctor Julio Herrera y Obes, sucesor de aquel militar, todas las intransigencias atávicas. Empezó este magistrado por manifestar que antes que todo estaban en su opinión las fidelidades á su partido y una mañana apareció en la plaza Independencia, flameando por encima de la bandera nacional, un gran trapo colorado.

Julio Herrera, universitario, propagandista de arrastre, austero en las épocas nefandas, una vez en el poder renegaba de las ideas sostenidas en el llano. Al año de gobierno ahogó sangrientamente, en una celada injustificable, una tentativa rebelde, preparada por varios nacionalistas ilusos. Durante su administración el doctor Herrera rechazó todo acercamiento decoroso con el partido adversario y, haciendo escarnio de sus fueros cívicos, llevó al parlamento á personas descalificadas en las propias filas; todo esto al amparo de una ley electoral inícua.

Cuando bajó del poder, el gérmen revolucionario estaba en la atmósfera. Así no era posible seguir, opresores eternos los unos y eternos oprimidos los otros. Una tan alta presión demandaba pronta válvula de escape. En vez de

darla ámplia, Idiarte Borda, audaz y testarudo como era, se rió de la tormenta, que ya se diseñaba en el horizonte, y afrentó á la sociedad oriental con las irregularidades de su administración. Y sin embargo, él conocería en carne propia todo el dolor de la catástrofe, decretada por tantos abusos y temeridades.

No necesito hacer el elogio de la jornada revolucionaria de 1897, encabezada por Aparicio Saravia y por Diego Lamas. Aquel luminoso acontecimiento de nuestra historia está muy próximo en el tiempo y el pueblo argentino, que nos acompañó con su aplauso en la cruzada santa, sabe que la opinión honrada del país entero había puesto sus simpatías en las falanjes redentoras que decretaron, para siempre, humanidad con el enemigo caído enseñando en Tres Arboles á perdonar después de vencer.

También conviene recordar que el actual presidente, señor Batlle, entonces periodista independiente de verdadera fibra, aplaudió públicamente, desde su diario *El Día*, los móviles de aquella campaña guerrera. Conspirador decidido, cruzó el río para proponer bases de arreglo político al directorio de nuestro partido, cuya alianza aceptaba, siendo de los que proclamó, como muy justificado, el asesinato del señor Idiarte Borda por ser éste hostil á la paz. Puede asegurarse, sin incurrir en exageración, que su propaganda apasionada contribuyó á colocar en manos de Avelino Arredondo el revólver homicida.

Reconocida invencible la cruzada de los nacionalistas el día esplendoroso de la paz llegó, al fin, después de siete meses memorables de campaña que sirvieron para poner en transparencia la incapacidad de la tropas de línea frente á los soldados voluntarios. Téngase bien presente que al discutir las bases de arreglo, el partido nacional sólo pidió, como garantía material de sus derechos electorales, la promesa de una buena candidatura para la próxima presidencia. Y no vaya á creerse que se pretendía imponer el triunfo de un adicto á nuestra causa. Muy lejos de ello; conociendo el grado de las intemperancias coloradas, se propuso una terna de colorados netos, dignos de merecer la con-

fianza de sus adversarios. El gobierno no quiso aceptar esta base ámplia y simple de pacificación y fué entónces, cuando fracasó la solución correcta y verdaderamente institucional, que surgió la fórmula de las jefaturas. Se rehusaba pactar sobre la base de una gran candidatura presidencial de garantía para todos y entónces hubo que buscar otro recurso transaccional. Una carta política, recién publicada, del ilustre ciudadano don José Pedro Ramírez, que intervino directamente en la pacificación, protocoliza esta honrosa verdad. De manera, pues, que en contrario de lo que muchos, mal informados creen, el partido nacional no pretendió fundar señoríos feudales dividiendo con el gobierno legal las prerrogativas indivisibles del mando. Hizo, simplemente, lo que cualquier acreedor antes burlado que, para no serlo otra vez, se provee de las garantías elementales de su derecho. Los nacionalistas, conscientes de su importancia numérica, solo pedían sufragio libre para disputar legítimamente la victoria en las urnas; pero como los colorados, ni en broma querían admitir la posilidad de ser deposeídos del poder, su patrimonio, por mandato de la ley, era necesario obtener garantías eficaces de coparticipación hasta tanto ellos se decidieran á dejar librado al fallo popular la solución del conflicto entre las colectividades adversarias. ¡Y véase cuales eran esas tan ponderadas posiciones adquiridas! Seis jefaturas sobre diez y nueve, ó sea las mismas entregadas en 1872 y luego arrebatadas, pues los dos departamentos que aparecen en más en este nuevo pacto eran simples desdoblamientos de los antiguos. Despues de treinta y cinco años justos, después de una media docena de heróicos esfuerzos armados, después de persecuciones y de éxodos en columna, el partido nacional, que acababa de luchar con éxito en favor de las libertades de todos, suscribía un pacto de paz ámplio y generoso insistiendo sólo en la urgencia de que se llamara á comicios purificados.

Fruto directo de la cruzada moralizadora de 1897 fué el gobierno de don Juan Lindolfo Cuestas. Para este ilustre ciudadano reserva la historia del Uruguay una página imperecedera.

Pues bien, él que era colorado neto, contó, sin embargo, con el apoyo firme y decidido de nuestro partido, por la razón lógica de que él interpretaba en el mando supremo los anhelos regeneradores de todas las gentes honradas. En cambio, la casi totalidad de sus correligionarios lo combatieron encarnizadamente, como lo prueban, de manera concluyente, el motín militar del 4 de Julio de 1898 y la revuelta encabezada por el coronel Tezanos, que tuviera fin tan desairado en Piedras de Espinosa. ¿Y sabéis por qué los colorados llamaban miserable, traidor, apóstata á Cuestas? Pues porque Cuestas daba mínima intervención en la gestión política al partido nuestro, pagando con esto tributo elemental á las exigencias cordiales de la opinión y porque, como que era un estadista, comprendió que sin el apoyo de la colectividad del llano, erguida y fuerte, su gobierno sería un desastre. El partido nacional supo colocarse á la altura de sus antecedentes y de los mandatos del patriotismo. Así lo vemos sirviendo de sólido respaldar á la administración indicada.

Es notorio que hasta la estancia de Aparicio Saravia llegaron proposiciones de generales, colorados por supuesto, según las cuales si aquel y sus correligionarios retiraban su adhesión al severo gobernante y dejaban al partido colorado en libertad de derrocarlo, se mejorarían las condiciones del pacto de paz de la Cruz aumentándose hasta ocho las jefaturas. Pero también es notorio que la respuesta del patriarca nacionalista fué digna de la fama de su civismo: el partido nacional no hacía asunto de ventajas parciales; Cuestas era bueno y cumplía lo prometido á la nación y mientras siguiera por esa noble ruta se le apoyaría con los colorados ó contra los colorados. Cinco años de regeneración práctica corrieron así dentro de aquel estado de cosas convencional, acatada, sin embargo, incondicionalmente la autoridad suprema, de un extremo á otro del territorio. Bajo ese noble amparo el país empezó á respirar á pulmón lleno y á curarse de las graves dolencias creadas por las intransigencias y por el militarismo rojo, que por tan largo tiempo pesaron, como una lápida, encima de todos los corazones. Es de advertir

que, figurando en primera línea, fué entonces que don José Batlle y Ordoñez adquirió perfiles de alta personalidad. El hizo la apología entusiasta de la política de fraternidad iniciada por el señor Cuestas y á la sombra de esas cordiales relaciones de los partidos, ya no divergentes y por primera vez co-gobernantes, él fué elegido una vez presidente del senado, ó sea vice-presidente de la república. Más aún, ese triunfo lo decidieron los legisladores nacionalistas. Pero, como ya entonces incurriera en el defecto peligroso de las intransigencias, los senadores nacionalistas no lo votaron, un año después, inclinando el triunfo á favor del doctor Juan Carlos Blanco. Esta derrota parlamentaria, perfectamente legítima, tuvo la ventajosa virtud de exasperar al candidato despechado que entonces, desde la puerta de su imprenta, proclamó á sus adictos, enfurecidos, diciendo que era necesario *reconquistar los departamentos nacionalistas.* Ni habia tales departamentos nacionalistas, ni era político hablar así de reconquistarlos, ni armonizaban esas declaraciones temerarias de revancha en los labios de quien había sido corifeo de aquella situación evolutiva, más aún, su afortunado usufructuario.

Desde ese día y después de semejante estallido atávico dejó de ser simpática al nacionalismo la candidatura presidencial de aquel apasionado ciudadano á quien nadie negaba, sin embargo, honradez personal.

Todo no hubiera pasado de un sobresalto á haber la reflexión fría triunfado sobre las ambiciones de círculo; pero las cosas pasaron al revés y, en lugar de don Eduardo Mac-Eachen, hombre prudente, conservador, acaudalado y tolerante, que era el impuesto por la sabiduría de los acontecimientos, se dió la presidencia al señor Batlle y Ordoñez, el honrado sí, pero también el soberbio y el impolítico.

Si erramos ó no, entonces, un tramo en nuestra evolución progresiva lo está proclamando ahí, con duelo y sangre, esta tremenda catástrofe interna á que ahora asistimos.

Elegido el nuevo mandatario, la opinión pública vió inmediatamente un punto obscuro en la designación de jefes políticos, pues se recordaban sus peligrosas declaraciones, ad-

versas al convencionalismo salvador en que vivíamos, lanzadas en un instante de apasionada sinceridad.

A los quince días, cuando después de una demora penosa, el señor Batlle lanzó un decreto proveyendo dos de las seis jefaturas estipuladas con personas descalificadas por el partido nacional, quedó otra vez demostrado, con una amarga experiencia, que la opinión no habia estado desacertada en sus temores. *¡Vox populi, vox Dei!*

El partido nacional, que justificadamente mirara con desconfianza á la nueva situación; el partido nacional, que como garantía de sus derechos elementales—del sufragio, de vida tranquila, de buen gobierno para todos, en una palabra,—contara solo con esa media docena de posiciones administrativas, conquistadas á sangre y fuego, después de esfuerzos sobrehumanos; el partido nacional, que llevaba ya más de siete lustros de ostracismo político, como si pesara sobre sus afiliados el peso de una maldición judáica, no pudo, no debió consentir que así se le arrebataran sus fuerzas. ¿Acaso no estaba en vigencia el pacto de La Cruz? Por eso, haciendo un doloroso sacrificio, nuestra colectividad se alzó en armas denominando simple demostración á este inmenso latido de energía. En cuarenta y ocho horas se reunieron quince mil hombres en Nico Pérez. Al principio, la opinión exterior fué adversa para el movimiento nacionalista, al que se exhibía con empeño como un estallido de bastardas aspiraciones caudillescas, pero cuando se explicaron los sucesos antecedentes se reconoció que, en el fondo, el orígen del rompimiento no estaba en las filas revolucionarias. Se dá el mejor testimonio de que aquel esfuerzo guerrero no respondió á combinaciones calculadas haciendo constar, primero, que teniendo entonces el triunfo en la mano, pues el gobierno había sido tomado completamente desprevenido, se depusieron, sin embargo, las armas cuando el primer magistrado pareció reconciliarse con las ideas de concordia; y segundo que, á pesar de estar en condiciones formidables y que no se repetirían para ir á la guerra, se llevó la abnegación hasta pactar de nuevo perdiendo la jefatura del departamento de San José; y todo esto sin suscribir ningún

esa índole, porque entonces yo os afirmo que, con toda seguridad, vais á perderla.

Inconstitucional esa componenda patriótica—decís—que ha podido continuar siendo suavizada por una común tolerancia; pero, contestadme, ¿qué vale esa inconstitucionalidad mínima, que apunta la huella de un esfuerzo generoso, ante esa otra, máxima, enorme, sangrienta, sin segunda en toda la extensión de Sud América, que determina vuestra permanencia en el poder, sin derecho, sin legalidad, sin sufragio, durante un espacio, no interrumpido, de cuarenta años, que proclamais de continuo que se prolongará por otros cuarenta años más?

Es claro, si vosotros gobernaseis como debierais, no habría pactos de paz molestos para vuestra soberbia, ni tendríamos revoluciones reivindicadoras, ni viviríamos perpetuamente con el arma al brazo, ni alcanzaría nuestra deuda pública á ciento veinticinco millones de pesos, ni habrían emigrado á la Argentina, buscando tranquilidad y dicha, cien mil compatriotas, ni andaríamos, los jóvenes y los viejos, dispersos hoy por las fronteras de la patria purgando el hermoso delito de ser hombres de carácter y de sustentar convicciones honradas! ¡Ah, qué fácil es desdeñar atención á las demandas de la justicia cuando se está en la cumbre que se cree inexpugnable y cuando se sabe que el adversario, en todos los casos de resistencia, sobre cien llevará ochenta probabilidades de derrota, porque, en las lides guerreras, le opondréis la muralla de las armas y del ejército de la nación, y porque, en las luchas pacíficas, lo combatireis con el fraude, que tiene un defensor atleta en cada soldado de línea!

Y sin embargo, ni esta violencia, ni aquella violencia son incontrastables porque, á pesar de ventajas, vuestros batallones de infantería mordieron el polvo de la derrota en Tres Arboles y en Fray Marcos, y, á pesar de chicanas, sobre seis senaturías discutidas en comicio, en 1898, triunfamos en cinco.

Se dice que el partido nacional quería la guerra. ¿Cómo pueden desearla así los afiliados á una colectividad esencialmente conservadora, que saben que sólo en el trabajo redentor deben poner sus esperanzas de ventura, pues que

las alturas del gobierno les están cerrradas á cal y canto? Ni los nacionalistas, ni los colorados de hombría de bien han deseado este conflicto interno que es fuente de calamidades para unos y para otros.

Pero no quiero seguir cazando observaciones aquí y allá. Eso sería interminable. El hecho notorio, evidente, inconcuso, es que desde hace la friolera de cuarenta años el partido colorado tiene las riendas del poder en las manos. Ahí, en esa monstruosidad republicana y social, yo pongo el origen verdadero de todas nuestras agitaciones, mirando las cosas con espíritu sereno y por encima de divisas.

Es ofensivo para las gentes ilustradas el detenerse á probar que tan prolongada permanencia en el mando denuncia un gravísimo desequilibrio interno.

Rozas, con ser un tirano y buscar apoyo en el terror, no alcanzó á dominar un cuarto de siglo; el partido de Guzmán Blanco, que parecía imperecedero, cayó en Venezuela con su fundador; la dominación sombría de García Moreno afrentó, al fin, transitoriamente al Ecuador; hasta la monarquía ha caducado hace muchos años en el Brasil; pero en el Uruguay, esta fragilidad de los destinos políticos ofrece una singular excepción con el partido colorado que, desde 1865, gobierna á la nación; excepción que sería asombrosa si esa larguísima etapa de mando tuviera su fuente de origen en el sufragio libre. ¿Pero quién ignora que no es así? ¿Quién no sabe que en mi país hay dos castas, la de los que mandan y la de los que son mandados? En las escuelas públicas se enseña una historia nacional hecha al paladar colorado; en la milicia solo se ingresa declarándose antes colorado; en todas las ramas de la administración el porvenir solo es fácil para los colorados.

Así se explica que muchos elementos universitarios, ambiciosos y sin conciencia, se hagan fanáticos rojos al abandonar las aulas, porque, entre nosotros, es un principio de éxito en la lucha por la vida el estar afiliado al partido colorado.

Pero, por fortuna, el culto de la honestidad cívica, frente á esos dispersos del ideal, lo mantienen los colorados sinceros,

que no se contaminan de miserables intransigencias, y las generaciones nacionalistas.

El partido nacional, considerando el bien del país, ha intentado, como lo hemos visto, destruir ese reinado inmoral de un partido, turnándose con él en el manejo de los negocios públicos.

Siempre ha preferido el recurso de la legalidad y de la conciliación, pero cuando esos esfuerzos patrióticos han fallado, el alzamiento armado ha sido el escudo de sus desesperaciones cívicas. Esto es, precisamente, lo que ocurre al presente.

Este conflicto guerrero concluirá, como los anteriores, por la paz. ¡Que, para honor de todos, ella venga cuanto antes, decorosa y digna; y ya que en el seno de todos los males brota siempre alguna enseñanza útil, que de esta inmensa catástrofe, que tan recientemente castiga á nuestro pueblo, surja en la conciencia de nacionalistas y de colorados la convicción sana y verdadera de que la patria pertenece á todos sus hijos, de que ella solo admite las distinciones que se originan en el talento y en la virtud y de que las posiciones políticas, por encumbradas que ellas sean, pueden ser legítimamente conquistadas por todos.

Solo así, cediendo los unos á la razón de los otros, encarando con un criterio de tolerancia y fraternidad nuestras diferencias internas, alcanzaremos los espléndidos destinos á que aspiramos!

¡Que termine cuanto antes el reinado exclusivo de un partido, ese señorío de abolengo sectario que ahora nos aplasta, para que, desapareciendo los autoritarismos intransigentes y las anormalidades sociales, que son causa, la grande y única causa, concluyan también las revoluciones, hijas de la desesperación y de la injusticia, que son efecto!

Antes de poner punto final deseo advertir que este artículo no es fruto de un arrebato partidista y que él tampoco está en contradicción con mis conocidas ideas de tolerancia política. Desde niño, sin una sola incongruencia, he concurrido, en mi modesta esfera, al triunfo de la fraternidad en mi país. Jamás han salido de mis labios palabras

hirientes para mis adversarios, entre los cuales tantos y tan buenos amigos cuento, y nunca he pagado tributo á los fanatismos de fracción. Esa conducta moderada no ha sido siempre del agrado de mis correligionarios; pero sí ha estado de acuerdo con mi conciencia y eso me ha bastado. Favorecido por el señor presidente Cuestas con una designación diplomática, tuve el mayor gusto de conservarla durante el gobierno del señor Batlle y Ordoñez, ciudadano honrado que pudo haber hecho la felicidad de su pueblo. Tan creía que, á pesar de su peligrosa impaciencia, él podía ser eje de una gran época para mi país, que en un banquete que tuvieron la bondad de ofrecerme los nacionalistas de Buenos Aires, á mi regreso de Estados Unidos, levanté gustoso mi copa para brindar por el nuevo mandatario, aunque él no había sido el candidato de mis simpatías de ciudadano. Estas ideas cordiales han sido para mí las predilectas en la paz y continúan siéndolo en la guerra; pero cuando desde las columnas de *El Dia*, órgano genuino del señor presidente, se nos insulta torpemente á los nacionalistas exhibiéndonos, ante el extranjero, como una horda de bandidos y de salteadores; cuando las columnas editoriales de ese diario resultan estrechas para contener la descripción que en ellas se hace, con júbilo incalificable, de las violencias llevadas contra nuestros correligionarios, tildados, á cada línea, de «bárbaros»; cuando se afirma, inícuamente, que el posible triunfo guerrero ó electoral del partido nacionalista sería una espantosa calamidad social, como si nosotros fuéramos la hez de la podredumbre; cuando así se hiere y se mistifica es necesario, es indispensable, acercarse á una tribuna honrada y tomar la palabra para decir llanamente las cosas como son.

¡Y vaya si personalmente tendría motivo uno para contestar á la intransigencia con intransigencia! Desde mi abuelo, ayudante de Alvear en Ituzaingó, que murió en el destierro por ser blanco, hasta mi padre, arrojado por la emigración de su país media docena de veces, y su hermano, sacrificado y horriblemente mutilado en 1858, por ser leal al

gobierno de la época, habría ancho paño donde cortar memorias sombrías!

Pero nó, dejemos ese triste recurso á las causas perdidas.

Buenos Aires, Mayo 1.° de 1904.

BASES DE LA PAZ

Penetrado el partido nacional de que los males actuales del país tienen su origen en causas, ocasionales algunas, y orgánicas, otras, considera procedente, al formular bases de paz, abordar lealmente la apreciación de esos diversos motivos de anormalidad política. En consecuencia, convencido de que es llegado el momento histórico de iniciar una era de reparación fecunda y de consolidar las libertades de todos los orientales, el partido nacional, que desea sinceramente el afianzamiento de la felicidad pública, propone las siguientes bases de acuerdo fraternal, cuyo comentario explicativo se hace en el memorandum que las acompaña.

1.ª Reforma de la Constitución del Estado debiendo elegirse las cámaras que vienen con esa facultad expresa, á fin de alcanzar, además de otras reformas de orden fundamental, la independencia efectiva del poder legislativo, el deslinde claro y preciso de las funciones del ejecutivo, la reforma judicial y la elección de presidente de la república por órgano de un congreso elector exclusivamente elegido por el pueblo á ese objeto.

2.ª Libertad electoral efectiva.

3.ª Descentralización administrativa y creación del gobierno municipal.

4.ª Manifestación explícita del gobierno de que la coparticipación de todos los orientales en el manejo de la cosa pública será verdadera.

5.ª Nacionalización del ejército mediante la creación del servicio militar obligatorio que concluirá para siempre y en forma sana con las tropas de línea con divisa.

6.ª Supresión del derecho de votar á los cabos y sargentos de línea, pudiendo, en consecuencia, el gobierno mover á voluntad las fuerzas, pues esa sola circunstancia de fraude electoral incontrastable motivó las dificultades ya conocidas sobre la materia.

7.ª Anulación de la ley de interdicciones y de todas las demás de su índole dirigidas á despojar de sus legítimos bienes á los miembros del partido en armas.

8.ª Amnistía general y reincorporación al ejército de los jefes y oficiales que hayan sido dados de baja por causas políticas, quedando sometidos á sus jueces naturales los autores de delitos comunes.

9.ª El partido nacional entregará su parque, cañones, ametralladoras, fusiles y municiones, por su valor, debiendo, por su parte, el gobierno entregar la suma que se juzgue razonable para efectuar, en forma decorosa, el licenciamiento de los ciudadanos en armas.

10.ª Dependiendo el cumplimiento de las bases expuestas de la colaboración de otros poderes del Estado, el partido nacional no pretende fijar plazo perentorio para que las reformas apuntadas se realicen, pero simplemente como garantía moral y de acuerdo con lo propuesto por la cámara de comercio y aceptado por el señor presidente de la república, estipula que la proporción de jefaturas se mantendrá ampliando esa base en el sentido de que, pudiendo el primer magistrado llenarlas con entera libertad, lo haría así dentro de una lista de personas intachables, cuyo número se fijaría, designadas de acuerdo con los ciudadanos en armas, y del seno de cuya lista se elegirían candidatos durante todo el tiempo de la presente administración.

11.ª Estas bases las propone el ejército ad-referendum, debiendo ser confirmadas por el directorio del partido nacional.

MEMORANDUM EXPLICATIVO

Apreciando con alta serenidad de espíritu los tristes acontecimientos que en la actualidad se desarrollan en el país, se llega, sin esfuerzo, á la conclusión de que ellos, además de los motivos ocasionales, de todos conocidos, encuentran orígen directo en ciertas deficiencias y vacíos de las instituciones que nos rigen.

Si no lo abonaran así múltiples causas morales y políticas ahí estaría como argumento incontrastable, imponiéndose con la energía de los hechos, esta protesta desesperada y viril del partido nacional, bien caracterizado por su arraigo conservador y por la sinceridad de sus tendencias pacíficas. Algo más que una simple discrepancia sobre conducta cívica del momento palpita en el fondo de esta inmensa conflagración que ahora se intenta apagar en forma noble y fecunda. Cuando veinte mil ciudadanos afiliados á una misma colectividad, toman las armas para luchar en duelo desigual con las tropas de línea, sacrificándolo todo á un idéntico ideal, y otros tantos trasponen las fronteras de la patria, culpables de igual solidaridad política, y muchos millares de adeptos á ese credo van, desde hace años, emigrando para siempre del país, es lógico, es indispensable reconocer que algún gran dolor cívico trabaja el alma de nuestras multitudes, que alguna séria enfermedad castiga las entrañas de la patria.

Todos los hombres de pensamiento, tanto nacionalistas como colorados, están íntimamente convencidos de que esa profunda perturbación pública responde á causas dobles, absolutamente transitorias y personales, las unas, y de carácter orgánico é impersonal, las más; y por eso, á todos alcanza la obligación de apuntarlas con decisión patriótica, proponiendo, á la vez, las medidas apropiadas para que la felicidad común no continúe siendo, como hasta la fecha, una hermosa quimera.

Comprendiéndolo así el partido nacional que anhela la cimentación definitiva de la paz entre los orientales, se resuelve á señalar lealmente los puntos de orden general que

demandan atención urgente de los poderes públicos y las innovaciones políticas que, á su juicio, se imponen para que las instituciones que nos rigen adquieran el carácter verdadero y libre que hoy en mucha parte usurpan.

Iniciadas en forma auspiciosa las gestiones de paz, es necesario elevar el vuelo de las aspiraciones colectivas, por encima de pasiones de bando, hasta el nivel en que radican las grandes aflicciones del país, y reconocer que el bien de la patria recien se labrará sólido desde el día en que se asegure, efectivamente, el control de la acción gubernativa por la opinión pública.

En ese concepto superior, en el pliego adjunto de bases de paz incorporamos á las garantías actuales y transitorias de equidad y de justicia en las esferas del gobierno, que creemos hoy indispensables en mérito á la anormalidad de las circunstancias, las garantías permanentes y orgánicas, también indispensables para alcanzar una estabilidad social definitiva.

En ese índice de proposiciones democráticas se perfilan decididamente nuestras aspiraciones de colectividad militante y para honor de nuestra causa ellas quedan como testimonio irrecusable de que el partido nacional, al lanzarse á la lucha armada obligado por la agena temeridad, no lo hizo persiguiendo ventajas estrechas de fracción. Nadie encontrará en esas bases, cuyo comentario abordamos en seguida, denuncia de que nuestros anhelos cívicos son distintos á los del país entero.

Base 1.ª—La reforma de la Constitución del Estado se impone. El código político que rige nuestras actividades de pueblo libre es el mismo, sin variación, sancionado cuando surgíamos á la vida de las naciones, en circunstancias de verdadera incertidumbre.

Desde 1830 mucho se han ampliado los horizontes del país surgiendo necesidades institucionales que no pudieron existir en la edad primera, cuando carecíamos de muchos atributos políticos. Con población diez veces más densa, con la propiedad ya muy subdividida y, sobre todo, con la experiencia práctica de ochenta años de independencia, estamos en con-

dición de intentar el perfeccionamiento de nuestra organización interna. En la actualidad nuestra carta fundamental no está en consonancia con todas las buenas ideas de la época nueva; y por eso, ella que en tiempos de desastre cívico fué escudo contra las grandes subversiones, ofrece, al presente, estorbo al desarrollo tranquilo de las energías comunes. Su reforma se ha intentado varias veces, pero son tan severos los requisitos exigidos para alcanzarla, que nada definitivo ha podido hacerse en ese sentido, á pesar de que todos los hombres ilustrados reconocen la capital urgencia de esa renovación. Comprobada esa unanimidad de opiniones y habiendo ya una asamblea declarado la conveniencia de la reforma, nada más lógico que decretarla en esta oportunidad memorable. Nuestros infortunios internos han sido también paridos por algunas de las leyes fundamentales que nos gobiernan. Realizaremos, pues, obra fecunda corrigiendo defectos graves de organización y salvando prudentemente, omisiones esenciales, ya que, á pesar de nuestras famosas anarquías de criterio, todos coincidimos en el comentario crítico de nuestra carta magna. Así, es necesario entregar la elección presidencial á una asamblea honoraria, elegida á ese solo objeto por el pueblo, para aumentar la fidelidad del fallo popular evitando, á la vez, la adulteración de la misión legislativa de las cámaras; como también afirmar los fueros de esas mismas cámaras, tan menoscabadas, en la práctica, en su recta misión controladora, lo mismo que poner límites claros y categóricos á las funciones del poder ejecutivo, tan invasor siempre y tan inclinado siempre en el seno de estas democracias elementales, á desdeñar sujeciones. También se impone dar todo su gran concepto al poder judicial procediendo, cuanto antes, á la creación de la Suprema Corte; resolver, de acuerdo con las ideas modernas, cuales deben ser las relaciones del Estado con las religiones; confirmar los alientos, ya esbozados, de la comuna; y echar con sabiduría las bases de una república parlamentaria, sin perjuicio de otras reformas ampliatorias.

Estos nuevos rumbos nos llevarían á un porvenir de paz

esclarecida, concurriendo de manera poderosa, decisiva, á precipitar la evolución democrática de nuestros partidos.

BASE 2.ª—En la libertad electoral efectiva está el secreto, el verdadero secreto de nuestra salud política. En todos los órdenes de la vida la normalidad honrada determina el concepto de positivo bienestar. Pues bien, nosotros recién adquiriremos esa normalidad el día en que el derecho comicial obtenga el homenaje de todos los partidos, cuando las intemperancias de divisa huyan avergonzadas ante la majestad de las urnas. El partido nacional, que es una asociación constituída para luchar dentro de las instituciones por las instituciones, no rehuye el palenque del sufragio para discutir su mejor derecho al gobierno de la república y muchas veces ha abonado la noble sinceridad de sus ideales pacíficos concurriendo á las elecciones, á pesar de que los tiempos eran ingratos para pensar en el triunfo de la justicia y á pesar de la escasez de garantías electorales. Sin embargo, es tal la vitalidad de sus falanges y tan ejemplar su organización que, yendo contra viento y marea, ha podido alcanzar sobre el adversario triunfos tan elocuentes como el de 1900, fecha en que, sobre seis senaturías, ganó cinco para sus afiliados.

El voto libre es, pues, la piedra fundamental de nuestra dicha. La mejor prueba de que él no ha existido, salvo singularísimas excepciones, antes de ahora, la ofrece esa perdurabilidad en el gobierno del partido colorado, tan asombrosa, tan reñida con todas las exigencias de la buena salud democrática, que solo puede apuntarse con alarma cívica como un testimonio enfermo. Es necesario que el partido del poder someta, una vez por todas, sus atanes de mando al fallo de la soberanía nacional apeándose, cuanto antes, de su escalón de bayonetas. El fraude, el despojo descarado de los derechos cívicos, ha sido el punto de orígen de nuestras grandes revoluciones internas, no escapando á esa ley esta misma, pues, la esencia, en sistema pernicioso de las jefaturas exclusivas lo ideó el mismo coloradismo, tan convencido estabá de que después de tantos desengaños, era lícito, era justo que el partido nacional aspirara á algo más tangible

que dulces palabras como garantía de coparticipación y de legalidad electoral. Pues bien, si la campaña redentora de 1897 conquistó definitivamente para el país la moral administrativa, es de desear que esta otra cruzada de los oprimidos, tan aleccionadora para el gobierno, obtenga para todos el voto libre. En esa altísima aspiración se condensa todo el programa revolucionario.

Base 3.ª—Al pedir la descentralización administrativa y la creación del gobierno municipal el partido en armas abona, otra vez, que sus anhelos políticos se identifican con los de la nación entera. La comuna es fuente de orígen de las sociedades felices, primera célula de las instituciones libres y por ella llegaremos nosotros á dar positivo concepto á nuestra organización política. No es de ahora que el partido nacional incorpora á sus ideales ese afán de mejoramiento público.

Su avanzado programa de principios de 1872, ofrecido al país en días oscuros, como trofeo de una fidelidad cívica, aborda resueltamente el problema de nuestra organización municipal y ese gran aliento fué confirmado por la declaración de propósitos de 1890. Montevideo absorbe todas las energías de la campaña, sin devolver con beneficios proporcionales las rentas que injustamente arrebata á los centros rurales. Esa condensación arbitraria en la capital de todas las fuerzas públicas no puede rendir frutos de equidad, pues ella abarca, á la fecha, todas las actividades departamentales, tanto en materia tributaria, como administrativa, política y hasta escolar.

Desde que la implantación definitiva del régimen municipal vendrá á reducir legítimamente el campo de acción del poder central—amenazador para todos los fueros—provocarla es acto de patriotismo.

Base 4.ª—Apena pensar que todavía estamos tan lejos de la verdadera concordia, al extremo de que el partido de la llanura tiene que hacer base condicional en un acuerdo de paz de la coparticipación honesta de todos los hijos de esta tierra en el manejo de la cosa pública. Si el partido del poder hubiera sabido tutelar en forma superior las liber-

tades comunes, no sería tan largo el capítulo de nuestras tragedias, porque precisamente todos los movimientos armados nacionalistas han respondido á los reclamos desesperados de la opinión frente á las opresiones aplastadoras. Nadie ignora que la circunstancia, por lo menos respetable, de estar afiliado á nuestra causa, ha sido motivo determinante, en las alturas del gobierno, de la exclusión odiosa de nuestros correligionarios de los puestos públicos. Por muchos lustros los nacionalistas han sido así hostilizados y si no otra cosa, esa supervivencia del Partido Nacional, cada día más poderoso y nutrido á pesar de injusticias y persecuciones, demostraría acabadamente la intensidad de su arraigo cívico en la masa del país.

Claro está que el partido dominante, como que gobierna, posee el derecho indiscutible de colocar en la administración á sus adeptos, con todo de que su permanencia en el mando no está todavía sancionada por el sufragio. Pero no resulta menos claro, que nada, ni aun las armas, fundarían el derecho despótico de entregar el manejo de la cosa pública á una sola colectividad. El partido nacional, que es una enorme fuerza social, que cuenta en su seno personalidades de primera fila, solo reclama que el concurso útil de sus afiliados sea aprovechado sin miserables restricciones. Solo obrando así, con criterio amplio y equitativo, podrá alcanzarse la sólida reconciliación de las fracciones divergentes, único cimiento de la prosperidad futura.

Base 5.ª—Nadie pretenderá desconocer la influencia funesta y desquiciadora para el país que ha tenido la intervención del ejército en el desenvolvimiento de los asuntos políticos. Hasta el presente, solo en el nombre ha existido un ejército nacional. En las filas de la milicia, que todos pagamos, solo ha habido espacio para quienes, con ó sin violencia de sus convicciones, han protestado adhesión fanática al partido colorado. Esa evidencia es demasiado palpable para que pueda ser oscurecida por argumentaciones habilidosas. La casi totalidad de los jefes de línea existentes hace cuarenta años, cuando nuestro partido cayó de la altura, y culpables de su fidelidad á las autoridades consti-

tucionales de la época, han muerto sin conocer desde entonces un ascenso en su carrera, y los pocos que sobreviven continúan odiosamente postergados, siempre bajo el estigma de sospechosos! La generación que les siguió estuvo desterrada en absoluto del servicio y la presente continúa siendo víctima de esa exclusión que ha extremado su intransigencia al punto de ir á buscar adhesiones políticas juramentadas é impuestas al mismo seno de nuestra Academia Militar, cortando implacablemente su carrera á jóvenes culpables de sostener con energía su independencia de carácter. Algún alumno había escapado á la selección roja y era necesario alcanzar su eliminación. Como consecuencia de tales aberraciones sucede hoy que el ejército de línea es un ejército absolutamente de partido. Ahora mismo, el gobierno que nos ataca, que se dice defensor de los intereses nacionales y que menta, á diario, el bien de la comunidad, que es impersonal y para todos, nos agrede en nombre de una fracción y pone ancha divisa colorada en la frente de sus soldados.

Una fuerza así constituida es un peligro perpétuo para las instituciones y pierde las virtudes superiores de las milicias verdaderas. El orden público no puede sostenerse invocando la personería de un partido determinado; eso es simplemente inmoral y disolvente.

Por lo tanto, la nacionalización del ejército se impone, para beneficio general. Contribuirá en parte á ello la implantación de un criterio más ámplio en la provisión de los cargos militares, abriendo lealmente á todos los jóvenes dignos y capaces, fuere la que fuere su filiación de orígen, la carrera de las armas, en el concepto elemental de que la espada de los servidores del gobierno no pertenece á ningún partido. Pero, sobre todo, fundará eficazmente la reforma anhelada la creación del servicio militar obligatorio, punto de arranque de diversas y grandes redenciones públicas.

Las ventajas que ofrece ese sistema son tan palpables que huelga exponerlas. El ejemplo elocuente que nos brinda la organización militar de ese carácter en países vecinos, dice más de lo que podríamos argumentar aquí. El servicio militar obligatorio llevará transitoriamente á los cuarteles á todos los ciudadanos; y

eso es, precisamente, lo que el país necesita, hasta por interés exterior, porque el día en que todos seamos soldados desaparecerá el peligro de los ejércitos electores ó interventores en el gobierno de la nación.

BASE 6.ª—El partido nacional, tan apegado como es á las instituciones, nunca pretendió desconocer al gobierno la facultad de mover las fuerzas dentro del territorio de la república, en épocas normales calificando así á aquellas en que las libertades políticas fueron una verdad efectiva.

En consecuencia, ni ahora, ni antes de ahora ha podido incorporar á su plataforma una exigencia de ese género. Lo que simplemente ha ocurrido es que, habiendo sido hasta el presente tropas del país, la colectividad del llano, tan educada por una dolorosa experiencia, vió siempre, y con sobrada razón, una séria amenaza para el sufragio en la colocación de cuerpos de línea, aquí ó allá, con fines exclusivamente electorales. Tan es así que, al suscribir la paz de septiembre de 1897, nada se exigió—porque no cabía exigirlo—sobre la ubicación de los regimientos; pero también tan cierto es que con ellos se identificaba el peligro de graves impurezas electorales que el primer magistrado de entonces, señor don Juan Lindolfo Cuestas, decidió, con toda expontaneidad, en tiempo muy posterior á la celebración del pacto referido, que las fuerzas de línea no irían á los departamento á perturbar con su abrumador coeficiente de votos artificiales el acto más sagrado de la actividad popular. En mejor abono de lo expuesto recordemos, como antecedente ingrato, que la reacción censurable contra ese sistema de sinceridad cívica la inició el gobierno hoy combatido trasladando la comandancia militar al sur del Río Negro, del Durazno á la Florida, por la razón interesada de que en el primer departamento citado la inscripción nacionalista estaba en minoria, mientras que, en el segundo, sobrepasaba á la del adversario y solo con el peso de la ayuda oficial podía obtenerse el triunfo. Bajo el peso electoral incontrastable de dos regimientos de línea nuestro partido perdía una mayoría legítima y valientemente adquirida. Esta es la verdad y esta verdad hay que exhibirla desnuda ante los ojos del país, á fin de concluir con

bastardas mistificaciones corrientes y dar prueba acabada de que jamás tuvo nuestro partido la intención errada de desmembrar las facultades ejecutivas del gobierno y sí solo el deseo noble de evitar que un gobierno que debiera ser de todos, pero fatalmente convertido en gobierno de fracción, arrebatara á la república los fueros políticos reconquistados al precio de ríos de sangre inocente. Quitar, pues, el derecho de votar á los cabos y sargentos significaría cegar una fuente permanente y poderosísima de fraude é importaría una confirmación positiva de la conducta prescindente del gobierno en la función comicial. No hay fuerzas cívicas capaces de resistir la competencia que ofrecen los cabos y sargentos votantes, que van á las urnas bajo férrea disciplina, subordinados incondicionales á la voluntad del poder elector y que se desdoblan en legión.

Ellos encarnan una máquina electoral que impide la lucha cívica, alejando toda probabilidad de triunfo de las oposiciones. Abónese la sinceridad de propósitos de contínuo proclamada, concurriendo á la sanción de una ley que aparte ese motivo de inquietudes democráticas, más necesaria todavía cuando acaba de aumentarse enormemente el ejército, ese ejército de partido.

Por tanto, desde que de acuerdo con las dos bases precedentes se elimina un serio factor de bastardias comiciales, desde que la nacionalización del ejército será un hecho, desde que las divisas de bando caerán de los kepies, desde que los cabos y sargentos dejarán de ser elementos de fraude, la movilización de fuerzas, á voluntad del gobierno, no encontrará resistencias en nuestras filas, pues el ejercicio de ese derecho no entrañará peligro para el ejercicio de los nuestros como ciudadanos.

Base 7.ª—Esta base se comenta por si sola. En su afán sectario de aplastarnos este gobierno de partido, no solo hizo un despliegue de tropas nunca visto antes, ni aún en ocasión de conflictos exteriores, sinó que llevó un formidable ataque á los bienes de los ciudadanos perseguidos. Se hizo encarnizadamente la guerra en la campaña y también en el seno de los hogares, como si acosando por hambre á

las familias se pudiera matar á las ideas y derrotar á la justicia. Hija de este propósito cruel fué esa ley de interdicciones que mancha la historia del cuerpo legislativo que la sancionó. Ella califica un imperdonable atentado político y social. La muerte civil de otras épocas se recuerda ya como una aberración de las viejas ideas; en el fondo esa ley de arrebato no es otra cosa que la muerte civil de los ciudadanos, pero decretada por la pasión política, que ofusca, que enfurece en tiempos de lucha, y esgrimida como un arma diabólica de venganza contra las convicciones independientes.

A pesar de nuestros cataclismos, el respeto á la propiedad privada era ya conquista adquirida en nuestro país y ni aún los peores mandones que hemos sufrido tuvieron jamás el coraje de llevar un asalto á la fortuna de sus adversarios políticos. Ni el ciclo de las guerras de partido, implacables, ofreció ejemplo de semejante tentativa, ni tampoco encuentra ella precedente en los tiempos terribles, cuando la vida del derecho era un ensueño generoso. Sin embargo, un gobierno civil, nacido con los prestigios de la legalidad, no vaciló en dar ese temerario zarpazo quitando todos sus medios de subsistencia á millares de familias cuyo delito consistia en llevar apellidos escomulgados por la intolerancia oficial. Purguen los hijos las faltas de los padres. ¡Y la falta de los padres consistia en ser leales á sus afecciones históricas! Pues bien, la referida ley de interdicciones es inicua, es monstruosa, es nula ante la moral y antes las mismas leyes que no se han hecho para sancionar usurpaciones. En consecuencia, su anulación se impone.

Base 8.ª — Casi huelga el comentario justificativo de la amnistía que se reclama. Con una ley de olvido han cicatrizado siempre todas nuestras luchas armadas. Y no ha podido ser de otro modo dado el concepto especialísimo que tienen ante el derecho los llamados delitos políticos. Esto sin recordar que, casi sin excepción, en las filas de las grandes revoluciones de Sud América se han refugiado los ideales de libertad y de justicia perseguidos encarnizadamente por autoritarismos civiles y militares. En consecuencia, nues-

tros sacudimientos violentos tienen un tinte característico.

Aún nuestros hombres más eminentes, aquellos de tendencias más conservadoras y reacios á usar del recurso extremo de la fuerza para dirimir las contiendas populares, han sido revolucionarios militantes y lo han sido con honra, pagando tributo á un deber de sacrificio estoico ejemplar. Haber sido, entonces, soldado del verdadero derecho en el seno de filas insurrectas, mereciendo el odio y el insulto soez de los gobiernos usurpadores, que se han titulado afanosamente y para ironía defensores celosos de las instituciones, entraña un blasón cívico que se exhibe con justo orgullo. La generación á que pertenecemos no ha podido escapar á esa ley dolorosa de propia inmolación, y así ella ha debido correr á incorporarse á falanges revolucionarias, para salvar los fueros ciudadanos de una inmensa colectividad condenada al ostracismo político y á defenderse contra el ataque innoble de un gobierno que también ha pretendido señalarse ante la opinión como guardian severo de las instituciones, como si la más esclarecidas de las instituciones no la determinara su deber sagrado de hacer un culto verdadero de la concordia y de la fraternidad! Esta vez, como tantas otras, el único revolucionario ha sido el gobierno que nos acosó pérfidamente y que nos quiso extinguir, aplastándonos con sus ejércitos preparados de muy largo tiempo atrás, como si con esos sombríos atentados consiguiera otra cosa que engrandecernos moral y materialmente, acrisolándonos en el dolor. Estos comentarios lógicos explican mejor el alcance reconciliador de una amplia ley de amnistía y el porque se solicita la reincorporación al ejército de nuestros escasísimos jefes y oficiales de línea. Pero la revolución no quiere que á la sombra de su gloriosa bandera se cobijen impunes aquellos delincuentes vulgares que aprovechando las horas de borrasca han cometido atropellos y crímenes haciendo explotación infame de una divisa. Aún durante el período más crudo de la guerra las autoridades competentes se han encargado en el ejército nacionalista de proceder al juzgamiento y condenación de aquellos bandoleros denunciados en su pasaje rápido por los vecindarios aterrorizados y también de aquellos

soldados que, creyendo gozar de impunidad, cometieron delitos. Como triste testimonio de esa energía castigadora, que nos honra, queda en más de una cuchilla el recuerdo de merecidísimos fusilamientos. Pero ha ocurrido que dentro del ejército en marcha ha habido que saltar de ese extremo inflexible de muerte al otro, demasiado benigno, de entregar á la infantería, en calidad de presos y como pena, á otros culpables. Sin posible gradación han continuado las cosas así en el deseo de entregar esos encausados á la justicia ordinaria así que volviéramos á una situación normal. Esa feliz perspectiva parece que ahora se aproxima y la revolución, celosa de su prestigio ordenado, quiere concurrir, la primera, á la misión ejemplarizadora de los jueces buscando y entregando á quienes han sido indignos de su partido.

Base 9.ª—No pide mayor espacio el comentario de esta base de pacificación. Nadie ignora que el partido nacional ha sido lanzado á la guerra; nadie desconoce la efectividad de los sacrificios ingentes hechos por nuestras autoridades para afrontar el tremendo y desigual desafío; nadie duda de los sacrificios financieros hechos por nobles ciudadanos para llegar á la adquisición del parque que posée en la actualidad el ejército. Pues bien, desde que éste se compromete á hacer entrega formal de todos sus elementos de guerra, que son suyos, que han sido legítimamente adquiridos por sus representantes, lo propio es indemnizarlo equitativamente del enorme desembolso que ese armamento representa. El gobierno, pues, recibirá de su genuino propietario, que por el hecho le traspasa todos sus derechos, el total del material de guerra que poseemos á la fecha, designando delegado para que se reciba de todo de la manera que luego se determinará; todo eso mediante el pago de su importe, estipulado equitativamente.

Se empleará esa suma, cuya determinación deja el ejército á las conciencias imparciales, en sentido de poder entregar una pequeña cuota á cada ciudadano en armas para que puedan asi todos regresar dignamente á sus hogares, pues se consulta un interés general preocupándose de que el licen-

ciamiento de las fuerzas se realice con el mayor órden y decoro.

Pero, lo repetimos, el ejército no se detiene mayormente á apreciar esta base, porque para el ejército, que es reflejo fiel de las energías y virtudes del partido nacional, siempre será cuestión secundaria todo lo referente á intereses materiales. Para él son sólo fundamentales los intereses morales, ellos ya están bien servidos, ellos se han impuesto ya, gracias al éxito cívico de la noble campaña que parece próxima á terminar con honor para todos.

BASE 10.ª—Tanto se ha debatido lo referente á la subsistencia de las jefaturas nacionalistas, que el ejército siente la necesidad noble de hacer al respecto declaraciones categóricas. Ni esas jefaturas pudieron ser nunca motivo original de esta guerra, ni ellas pueden ser obstáculo para alcanzar la paz que todos anhelamos para bien de la patria.

No queremos insistir en investigaciones retrospectivas, pero es indispensable proclamar que el partido nacional jamás ha hecho de las jefaturas parciales asiento definitivo. Ellas sólo surgieron como una fórmula transaccional de garantías eficaces frente al poder incontrastable del partido oficial.

De manera, pues, que las seis pequeñas jefaturas nacionalistas solo surgieron como diminuto contrapeso opuesto á la gran jefatura roja, la máxima, la avasalladora, poseída desde hace cuarenta y cinco años por un bando político que no apoya su dominación en el sufragio libre, legalmente manifestado y si en la autoridad obscura de la fuerza.

Cuando se discutió la paz de septiembre de 1897, el ejército revolucionario solo pidió una presidencia honesta que permitiera el juego armónico de todos los derechos ciudadanos. Si no bastaran para abonarlo así los antecedentes de aquel hermoso pacto de fraternidad, ahí está diciéndolo el testimonio categórico, irrefutable, del doctor don José Pedro Ramírez, el pacificador de aquella hora histórica.

El hecho de que la era definitivamente institucional no acabara de obtener arraigo fué causa lógica de que se prolongara la práctica de esa fórmula, cuyos inconvenientes to-

dos alcanzamos, pero que no son seguramente mayores que sus beneficios.

Pero lo indudable es que en la actualidad esa combinación transaccional ha fracasado y lo decimos claramente así porque basta que ella, mal ó bien entendida, haya concurrido á originar sangrientas desidencias para que sus prestigios se reduzcan. Es acto inteligente rendirse á estas evidencias y es acto de patriotismo acatarlas con sinceridad.

En consecuencia, el ejército está dispuesto á abrir sus opiniones sobre la materia á todas las reflexiones y convencimientos; pero, por lo pronto, recordando que aún el mismo presidente de la república ha aceptado la fórmula de arreglo propuesta hace meses por la cámara de comercio, que admite la subsistencia de las jefaturas parciales, pero suavizado en su aspecto estrictamente institucional, él señala la ventaja que habría en acatar lo proyectado por las clases conservadoras y que parece consultar todas las opiniones. Mejorando esa proposición en sentido legal y cívico, apunta la siguiente modificación: designar, de acuerdo con el gobierno, una lista de ciudadanos intachables, cuyo número se fijaría, para elegir de entre ellos candidatos á jefes políticos durante todo el tiempo de la presente administración.

Pero habiendo llegado, como parece que ha llegado ya, el día de la concordia, el ejército nacional, que ha sido y que continúa siendo invencible; el ejército, que crée que lógicamente la hora de la paz ha sonado con ecos esclarecidos, no cierra herméticamente la puerta á un debate juicioso sobre la materia, penetrado, como está, de que el verdadero modo de servir al país consiste en adaptar las soluciones á lo que el alma del país puede querer. Con ó sin posiciones materiales es tan grande, tan poderoso nuestro partido que con el acuerdo los gobiernos ó contra la voluntad de los gobiernos, él seguirá cumpliendo eficazmente su alta misión purificadora y vigilante, invocando la personería preciosa de todos los anhelos populares.

Base 11.ª—Este ejército de ciudadanos acepta con simpatía la superintendencia de los elementos civiles.

Este ejército acata, sin vacilación, á las autoridades que

el partido se ha dado de acuerdo á su carta orgánica; y más aún, se complace en reconocer y en declarar que ahora y en todo momento la representación de la causa ha estado legítimamente encarnada en su directorio. Por lo tanto, tiene especial interés en que esa alta autoridad ratifique el pacto de paz y también en que estas bases, que él presenta ad-referendum, obtengan su superior aprobación.

Ahí quedan, claramente reflejadas, las opiniones del ejército nacional sobre la paz que se persigue. Nadie encontrará en las bases, ni en el memorandum que aquí finaliza, un rasgo de pasiones enfermas ó un móvil reñido con las imposiciones del más alto patriotismo.

Buena Vista, Septiembre 22 de 1904.

INDICE

PÁGS.

Fé de bautismo. 5
Ventajas é inconvenientes en nuestro país del número de personas que adquieren título para ejercer profesiones liberales 7
I.—La despedida—Los viajeros egoistas y los altruistas—Las fatigas de la marcha—Mareos en traje de etiqueta—Las dobleces del océano—Río de Janeiro—Su paisaje—Sus condiciones sanitarias—En las Islas Barbados—Fecundidad y miseria—La tierra descubierta por Colón—New-York—En pleno caos—La llegada á Washington 35
II.—Washington y su idiosincracia—La religión del silencio—Los trenvías eléctricos—Sus ventajas é inconvenientes—El sistema de edificación—El «home» de los norte-americanos—Peculiaridades de la capital norte-americana—Un poco de historia—Apología de nuestro cónsul general señor Murguiondo—Con Santos Dumont—Juicio de Edison sobre la navegación aérea—El desastre de la Martinica. 53
III.—La Casa Blanca—Su descripción y su historia—La estatua de Rochambeau—La ceremonia de la inauguración—El presidente Roosevelt—Su oratoria, su figura y sus antecedentes—La emancipación de Cuba—Primeros frutos de la obra—La república de Cuba—Sus relaciones con los Estados Unidos—La obra de los maestros americanos—Sampson y Pauncefote—El ejército yankee—Su idiosincracia—Caracteres envidiables. 71
IV.—Una perspectiva maravillosa—La escuela militar de West Point—Celebración de su centenario—Antecedentes y tradiciones—La fama de sus alumnos—Enseñanza, educación y régimen de vida—Un cadete heróico—El discurso de Roosevelt—Recuerdos de la guerra de Cuba—Un banquete sensacional—Hermoso cuadro de costumbres—Campechada del presidente—Un recuerdo á nuestra Academia . . 91
V.—Un congreso internacional contra la tuberculosis—Importancia del asunto—Intervención de nuestro diplomático—Tesis discutidas—Conclusiones—La mortalidad en el Uruguay—La niñez y la tuberculosis—Una visita á Nueva York—La ciudad vieja y la nueva—El barrio chino—Un parque modelo—La policía norte-americana—Sus procedimientos 109

VI.—El verano en Norte América—En marcha hácia el Canadá - Las nostalgías del viaje—El hábito del silencio entre los yankees—Una ciudad canadiense—El espíritu de sus habitantes—En la escuela de Guelph—La enseñanza teórico práctica de la agricultura y de la ganadería Los estudiantes argentinos—Las teorías del director—La propaganda entre los agricultores y ganaderos—La literatura y la ciencia política en la escuela de Guelph—Condiciones sobresalientes de su director—Elogio de los alumnos argentinos—Una fiesta nocturna en Guelph—Manera oficial de organizarla—El proyecto de mandar alumnos orientales—El presupuesto y las ventajas 129

VII.—Las cataratas del Niágara—Un espectáculo maravilloso—Tradiciones y anécdotas—Aventuras inverosímiles—Las víctimas del abismo—El Niágara artificial—Las aguas dominadas por el hombre—Engendro de la industria yankee—Otro espectáculo asombroso. 149

VIII.—Sobre nuestro tasajo—Las dificultades con el Brasil—La cuestión en Cuba—En busca de nuevos mercados—La industria tasajera y los frigoríficos—Una evolución necesaria—Consideraciones generales 169

IX.—Los juegos atléticos—El box—Una lucha sensacional—Paralelo con el toreo Su importancia en Norte América—Resultados estupendos—Los progresos de la raza—Niños heróicos—La evolución entre nosotros—Ventajas del «foot-ball»—Una iniciativa feliz 191

X.—Más noticias sobre el Canadá—Los rigores del clima y la industria de los habitantes—Influencia de las municipalidades—Los bomberos yankees—Maravillas de la institución—Un congreso extraordinario—Elementos portentosos de salvataje—Referencias sobre el Uruguay—Una raza fuerte contra un clima adverso—Como se progresa—Ottawa, Toronto y Montreal—Por las iglesias—Ecuanimidad religiosa. 213

XI.—Consideraciones generales—La sociedad norte-americana—Sus libertades y sus costumbres—La propaganda electoral—Espectáculo curioso—Desarrollo de una lucha electoral—Elogios—Insultos—Reconciliados—Acatamiento de las mayorías—Lealtad cívica—Una buena lección para nosotros. 233

XII.—La ciudad de Quebec—Una joya antigua—Antecedentes históricos—Evolución política del Canadá—Su porvenir—Un paralelo—La campaña de Quebec—Sobre uniformes militares—Reminiscencias afectivas 259

XIII.—La apología del sufragio libre—Una elección norte-americana—Maravillas democráticas—Peculiaridades edificantes—Fin de una elección americana—La colosal huelga hullera—Un caudillo heróico—Saludable influencia de Roosevelt—La primera nevada 279

XIV.—El congreso pan americano—Las vicisitudes del arbitraje—Los esfuerzos del señor Lazo Arriaga—Beneficios para el Uruguay—La industria cafetera—Angustias en los mercados productores—Extraordinarias medidas preventivas—El periodismo yankee—Sus prodigios. 299

XV.—El congreso de americanistas—Las investigaciones arqueológicas—Norte América «for ever»—Las lenguas muertas—Descifrando geroglíficos—Gira de congresales—Las fundiciones de Pittsburg—Maravillas de la industria—¿Una superchería de Colón?. 321

XVI.—Influencia del ambiente nacional—Beneficiosa evolución de las ideas - La religiosidad norte-americana—Inclinaciones místicas — Estupenda diversidad de cultos — Enorme prosperidad del catolicismo—El colegio de San Francisco Javier—La Iglesia y el Estado—Un orador modelo—Modalidades originalísimas—Una crítica á nuestros liberales —La cuestión religiosa entre nosotros. 343
XVII—La mujer en Estados Unidos—Posición que ella ocupa —Su influencia social y política—Estadística de empleadas oficiales—Evolución de la idea emancipadora—Triunfo definitivo — Algunos ejemplos seductores - Condición injusta de la mujer entre nosotros - Exclusiones odiosas - Una esclavitud disfrazada—Condición falsa de la mujer pobre y de la rica — Necesidad imperiosa de una reacción — Sus frutos 367
XVIII—La idiosincracia americana—El ciudadano yankee—La influencia de la instrucción -El cimiento de una democracia—La organización de la enseñanza primaria en Norte América—Sistema práctico—La comuna y la escuela —Desconsolador estudio de la nuestra - El porqué de su estacionamiento Falta de rentas y de autonomía escolar —Obligación de los gobiernos 393
XIX. — Temas áridos — Algo de organización internacional aduanera — El congreso sanitario — Cuba y el *stegomyia fasciatá* — Una purificación admirable — Nueva tendencia escolar—Los trabajos manuales - La escuela Mac Kinley Nuestra escuela de Artes y Oficios—Su defectuosa organización—El ferrocarril trans-americano. 417
XX.—La última correspondencia—Delicadezas lógicas—Síntesis de los triunfos americanos—Nuestros extravíos meridionales—Observaciones rápidas—El «telf control»—La justicia y su concepto—La Exposición de San Luis—¡A Méjico! - Porvenir feliz de nuestro país - La vuelta á la patria 437
Apéndice—Necesidad de una explicación personal—Mi renuncia del puesto diplomático—Mi destitución improcedente—Un artículo sobre la guerra civil—Las bases de paz de Aceguá—Su comentario justificativo. 457

Tipografía Uruguaya, de Marcos Martínez, Buenos Aires, 155

FEB 13 1930

MAR 27 1941

~~AUG 25 1971~~

US 10008.2
Desde Washington;
Widener Library
005248967
3 2044 086 310 216